

Francisco Herrera Luque

**En la casa
del pez que
escupe el agua**



Francisco Herrera Luque

En la Casa del pez
que escupe el agua



EDITORIAL POMAIRE

Argentina - Colombia - Costa Rica - Chile
Ecuador - España - Estados Unidos
México - Uruguay - Venezuela

A Augusto Germán Oribuela

Libro I

En la Casa del pez
que escupe el agua

(1875-1908)

PRIMERA ÉPOCA

Los fantasmas
de la Historia

(1875)

1. *Los fantasmas* (Primera parte)

A sesenta y un años de Urica, se muere Eugenia.* En la Casa del pez que escupe el agua hay rumores de rezos y de diálogos a sordina y ya vino el arzobispo con sus colores vivos y su óleo de muertos. La caraqueña que tentara al Libertador del Píritu y a Boves en Cumaná deja salir por su boca en agujero un estertor de muerte. Helada, vacía y seca se muere Eugenia, la de los mulatos perfilados y del meneo candente. Sesenta y un años han caído sobre los hombres y sobre las cosas. Del pelo vericastaño que hablaba de sus abuelos godos quedan mechones lacios, y de su boca en pomagás un hoyo sombrío que tienta a una mosca negra.

* Eugenia Blanco, la protagonista de *Boves el Urogallo*, es una tentadora mujer del grupo aristocrático que, al igual que a muchos hombres, inflama de deseos a José Tomás Boves, el caudillo asturiano que provocó entre 1813 y 1814 la insurrección de los esclavos y el más espantoso genocidio. Eugenia en la Emigración a Oriente (donde 20.000 caraqueños huyen hacia Cumaná con objeto de ponerse a salvo de las huestes de Boves) cae prisionera del asturiano. Se fuga cuando el Mulato Machado (también personaje histórico), lugarteniente de Boves y hombre su-

A sesenta y un años de Urica, se muere Eugenia. Generales de la Federación velan su sueño y en Catedral un hipo de campanas dobla por ella.

Fue una mujer de larga historia, que luego de «dar más tute que un porfiado habanero» terminó casándose con el Mulato Machado,* el asesino de su tío, en cuyo camastrón boquea.

Todo el mundo se hizo cruces y sus primas sesgaron perfiles al saber que un mujerón como ella, de tumba en la sacristía y doble repique a muerte, se iba a casar con aquel hombre que, además de magnicida, que sería lo de menos, tenía la piel tan oscura y sin brillo como una caoba vieja.

Pero el Mulato, además de pinta, tenía garra. Desde que se pasó a los patriotas, con Eugenia montada en la bestia, su vida militar y política fue de continuo en ascenso. Al año era Capitán de lanceros. En

mamente apuesto, enamorado de Eugenia, la ayuda a huir pasándose con ella al bando de los insurgentes. Alcanza alta posición y nombradía, en especial cuando luego del armisticio case con la guapa caraqueña de quien tiene un hijo, Víctor Alberto (personaje de ficción, pero tan cierto como si hubiese existido, tal es su influencia en la vida nacional) Boves muere en Urica (campos Orientales de Venezuela) en diciembre de 1814. Con la muerte de Boves termina El Urogallo.

* El Mulato Machado antes de la guerra de Independencia era mayordomo de Fernando Ascanio, Conde de la Granja (personaje histórico), casado con Doñana (personaje de ficción), tía de Eugenia, en cuya casa vivía por haber quedado huérfana. Machado desde los primeros tiempos se unió a la lucha que Boves tenía contra los «mantuanos» (aristócratas caraqueños).

Cuando la vanguardia del ejército de Boves, encabezada por el mulato Machado, entró a Caracas, el Conde de la Granja, en la falsa creencia de que su antiguo mayordomo había tomado la causa del rey (que era la suya propia) salió a su encuentro con intención de apaciguarlo en sus posibles desmanes. El mulato Machado en un arrebató lo asesinó de un balazo. Doñana, su mujer, matrona caraqueña de recio carácter y personaje muy principal en la obra, murió al poco tiempo que su marido. Habiendo muerto los hijos y los nietos de los Condes de la Granja, todos sus bienes se entregaron a Eugenia, su única heredera sobreviviente, con lo que al casarse con el mulato Machado, tanto él como sus descendientes se constituyeron en una de las familias más importantes e influyentes en la vida del país hasta nuestros días.

Carabobo, Edecán del Libertador, y cuando Páez llegó a Presidente, Jefe de Cantón y Diputado a Constituyente. Y así hubiese seguido de rama en rama y de triunfo en triunfo, si una bala goda y fría no lo hubiese transformado en amarilla reliquia del liberalismo.

Del matrimonio de Machado y Eugenia nació un hijo a quien llamaron Víctor Alberto. No heredó de su padre ni el vigor ni la fijeza; pero sí el color de sus tierras y el cabello que le hacía preguntas llegando a las sienes. Era tímido y regordete, de facciones hermosas que recordaban a Eugenia en su cálida cordialidad e insulsa indefinición, lo que desesperaba al Mulato fincado en su creencia de que en Venezuela «al que le ven la oreja blanca se envaina» y «el que pega primero pega dos veces». Cuando el muchacho se desmayó luego de ver azotar a un patiero, Andrés ya no puso en duda que el hijo le había salido blando y maldijo el vientre de su mujer, sabiendo que por su culpa se le había aguado la estirpe.

A Víctor Alberto le gustaban los números, los cuales batía con gracia y prontitud como afirmaba orondo con sus modales blancos de pato gordo o de Papa electo. Y así se fue deslizado por las finanzas y el comercio hasta que terminó como ministro de Hacienda de Guzmán el Bueno, que así comenzaban a llamar los Olavarría y los Matos al nuevo dictador de Venezuela. Por eso la Casa del pez que escupe el agua rebosa de políticos y cortesanos que aprovechan la agonía de la moribunda para hacer méritos de amistad y familia, mientras el pueblo, tras la doble fila de tropa que hace calle al Presidente, ve llegar a los cumplimenteros con sus colores tristes que no llegan a negro.

Un grito en estertor sale del cuarto verde. Los rostros se vuelven tiesos y el Pez que escupe el agua encoge el chorro con tristeza y recogimiento.

2. *Juan Vicente, el de La Mulera*

(Camino de San Antonio

18 de mayo de 1875. 15 horas)

- 1 Juan Vicente sube los Andes por el camino de San Antonio a Capacho Viejo. En la mitad del camino y a dos leguas y media está La Mulera, un altiplano esquivo lleno de nieblas. La Mulera no es tierra de flores a pesar de la bruma y del agua gruesa que cae por las torrenteras. Abundan por el contrario cujes y cardonales como si el páramo se hubiese aposentado en el desierto. Por eso Hermenegilda Chacón detesta la finca de su marido Pedro Cornelio Gómez; pues aquello como decía el dicho no era ni chicha ni limonada.

—Tierra caliente es tierra caliente y tierra fría es tierra fría, pero esa bolada que al lado de un maizal se dé también el trigo, es como para volverse loca; como es cosa de santiguarse cuando apenas pasado el mediodía, la tarde se pone triste y la nube que estaba en la punta se descuaja cerro abajo y lo que debe ser día se vuelve noche y lo que era calor se vuelve frío.

Juan Vicente mira la sombra que no sale de su caballo.

Tiene la talla alta, el cuerpo fuerte y la cara color de humo.

El caballo sube la cuesta. Las orejas las mueve acompasadas; pero a veces se quedan rígidas y alertas como auscultando al viento.

—¿Qué te pasa, Camacaro?

Un relincho respondió al hombre y al trueno.

Juan Vicente mira con aprensión al camino y a la montaña. A la neblina que va bajando; al sol que alumbra pero no brilla; al trueno sordo sin nubes negras; a los pájaros que huyeron; a los trigrillos que rodaron cerro abajo; al aullido lejano de los perros; al aire que baja de la Sierra sin olor a tierra ni a cafetales.

—Tienes razón, Camacaro. Aire sin cuerpo no es cosa buena. Trueno sin nubes es cosa mala. Cerro sin pájaros es cosa rara. Las tardes en la montaña se hacen noche cuando menos se espera. Vivir entre cerros es una vaina; cuando en San Antonio duermen la siesta aquí an-

damos con linternas. Cuando abajo meriendan comemos para acostarnos. A las seis ya es hora nona. Nadie debe cruzar ríos, ni torrenteras, pues los espantos andan entre las piedras, las brujas vuelan y hay duendes con cara de perros y ojos color candela.

Una casa en ruinas alumbra sobre el Topito. Es la casa del Brujo adivinador. Un negro loco que llega al siglo y que habla de Bolívar y de Páez como si fueran Rafael María y Evaristo Jaimés. «Rafael María será jefe de mucha gente y Evaristo guerrero de los siete valles que cantarán las guitarras y sembrarán las leyendas, y uno morirá de viejo y el otro de bala y los mismos brazos que llevarán a uno a la muerte en vida llevarán al otro a la vida en muerte.» Por una botella de miche se adentra en el futuro. Cuando se le traen sardinas piragüca en el pasado. Cuenta mi Señor Padre que está ahí desde la Guerra Larga. Llegó con los Baldó y los Pulido cuando Zamora quemó a Barinas. Dice que cuando yo andaba por los cuatro años me vio de lejos y le gritó: «¡Ah, Pedro Cornelio! ¡Cuidado con el muchacho! E pa' ensalmáelo».

Pero mi Señor Padre siguió de largo porque el negro estaba borracho cantando canciones de antes y desgranando cachos de guerras. Desde hace años el negro Juan, como se hace llamar, no se asoma al corredor y vive en las sombras de los cuartos de adentro. Para verlo hay que buscarlo a pleno sol; pararse en la puerta y gritarle como a un obispo:

—¡Jesús, José y María! Yo soy fulano de tal y quiero hablar con Usía.

Si está de vena, dice «pase su señoría»; pero si está revuelto se queda mudo y hay que salir corriendo más rápido que un espabileo, pues si no, salen pájaros negros y maldiciones que se encaraman en la montura y encabritan la bestia.

Camacaro dio un relincho y se desbocó. Cuando la palabra y el freno lo contuvieron se movía inquieto con la baba sangrante.

Un jinete apareció en la niebla. Juan Vicente se sacudió de malestar. Era el Viejo Orlando, el hombre de la Eloísa.

«Me gusta la Eloísa con su cara de cera que se hace vela cuando la agarro, la tiro al suelo y monto encima.»

3. *El brujo del Topito* (Primera parte)

(18 de mayo de 1875)

—Adiós Don Juan Vicente, ¿cómo está su padre Don Pedro Cornelio?

—Sin novedad Don Orlando. «Si este viejo supiera de dónde vengo de un tiro me dejaba seco.»

—¿Viene usted de San Antonio? —pregunta emparejando la mula.

—Sí, señor; sí, señor. De allí mismo vengo. Ya voy camino de La Mulera.

—¿Y qué se dice de política?

—Pues lo mismo de siempre.

—Es que hasta que no tengamos aquí un gobernador del Táchira, seguiremos fuñidos. ¿No le parece Don Juan Vicente?

—Así es mi don. Así es. Sí, señor; sí, señor —«y no hay derecho que una mujer tan bien hecha como la Eloísa tenga que echarse en el cuero con un viejo como éste. Menos mal que el 24 de julio igual que Bolívar me graduaré de hombre. Entonces tendré revólver, caballo y hembra y me sacaré a la Eloísa para que este viejo baboso duerma solo en el cuero».

—Es que los gobiernos de Caracas nos tienen abandonados y mal tratados como si esto fuera colonia cuando El Táchira es la región más rica del país. ¿Usted sabe cuántos sacos de café exportamos el año pasado?

—No, señor, ¿cuántos?

—Pues, casi la cuarta parte de lo que produce toda Venezuela.

—¿Qué cosa, no?

—¿Y todo para qué? Para que nos manden una cuerda de vagabundos a saquearnos y hacerle daño a las mujeres.

«Qué buena que está la Eloísa. Y yo cavilando bolsas de aires con su dueño.»

—¡ Lo que debemos hacer santanderinos y tachirenses es unirnos en una sola nación y mandar al diablo a Caracas y a Bogotá! Porque de allá nos viene todo lo malo. ¿No le parece Don Juan Vicente?

El mozo vio hacia la montaña. Media legua faltaba para La Mulera. Don Orlando continuaba con su cháchara salivosa.

«Si no me apuro, me va a agarrar la noche y quiero pasar la Batea con el sol afuera, no vaya a ser cosa que me encuentre con la bruja Cativa o el perro con los ojos de candela.»

—Perdone Don Orlando, pero antes de llegar a casa tengo que hacer un mandado y voy a tener que dejarlo con la palabra en la boca.

«Yo no sé qué le pasará a este muchacho; tan simpático y conversador que es el padre y él tan oscuro y tan frío como el páramo a la hora sexta.»

Juan Vicente y Camacaro ya bordean la casa del negro Juan. Vacila ante las ruinas umbrías. De un salto baja y amarra la bestia a un pilar chamuscado. Aunque el sol alumbra con el brillo de la media tarde la casa está oscura y miedosa como una iglesia vacía.

Sin flexionar el cuerpo sumerge la cabeza en las sombras:

—¡José, Jesús... —pero una voz cascada y lejana le corta el conjuro:

—Entra, chico, y deja la pendejada.

Juan Vicente intentó huir pero la voz lo clavó contra la puerta.

—¡Ven!; anda. No tengas miedo. ¡Entra!

Juan Vicente vaciló, pero lo succionó el reclamo.

—Ven. Anda. No tengas miedo. Acércate.

Atravesó dos patios llenos y seis cuartos vacíos. Llegó al fondo del corral. Entre dos columnas y en un chinchorro estaba tendida una sombra envuelta por un halo de tabaco hediondo.

—Son de Barinas —dijo el brujo a punto de hacerse niebla— de los pocos que dejaron buenos mi general Zamora y el compadre Matías Espinoza.

4. *Los fantasmas* (Segunda parte)

(Caracas, 18 de mayo de 1875)

Los gritos de Eugenia alcanzan al patio de los malabares. Un corro de sirvientes rodea a un negro viejo llamado Santiago Blanco.

—La niña Eugenia no se muere, a pesar del Arzobispo y de ese entrar y salir de gente. Ella es como el pescado de la pila del patio que mengua el agua pero no la seca. Muerta la vi cuando parió al niño Víctor Alberto y vino Ella, la duende que se le aparece a los Blanco en trances de muerte. Pero la niña Eugenia peló los ojos y le dijo a la espanto: Todavía no me voy, y no se vino. Porque así son los godos de arrechos.

Los sirvientes se ríen por lo bajo de las cosas de Santiago Blanco y de lo repetidor que se ha vuelto desde que pisó los setenta. Pero hay que guardarle respeto, porque es mayordomo de Las Mercedes y se casó con una isleña catirruana que le parió a Santiaguito, un mulato veinteañero, más pretencioso que oficial de resguardo.

La Casa del pez que escupe el agua rebosa duelo. El mantuanaje y los nuevos amos del país acompañan a Eugenia en su agonía. En la sala Víctor Alberto, despide a los visitantes. A su lado está Carolina, su mujer. Es una hembra de cutis transparente, perfil de trazo menudo y ojos negros rutilantes, de pasión doblada y estrecha.

Sombras y luces atormentan a Eugenia. Encima del armario hay una alucinación de niña antigua.

—¡María Teresa! —grita la anciana al divisar a su prima, quien da un salto y cae en los brazos de un Vicente Berroterán con la cara llena de hormigas—. Yo no tuve la culpa —grita la anciana enloquecida, mientras la sirvienta espanta a los fantasmas con ensalmos de Cabo Verde y buchecillos agrios de tilo.

—¡Juana la Poncha!* ¿Qué haces aquí? —pregunta con voz de es-

* Todos los nombres que aparecen en las alucinaciones de Eugenia son personajes de la obra anterior: María Teresa, Vicente Berroterán, Juana la Poncha, el Marqués de Caza León.

panto la moribunda, pero el aya de Doñana se esfuma tras la cortina.

Eugenia llora desconsolada. Las sirvientas alejan con sus decires a los fantasmas. Pero vuelven. Ahora es Andrés Machado, quien la mira ardoroso y juvenil desde la lámpara. Pero el Mulato pone cara de miedo. En el dintel aparece el Conde de la Granja seguido de Casa León y de Boves, que le gritan sacudiéndole los dedos: «¡Negro asesino! ¡Negro ladrón!» En un chinchorro de palma va volando Juan Palacios.*

—Vine a buscarte mi niña. Qué terremoto viene/ Qué terremoto va/ Corramos a las estrellas/ Cuaj, Cuaj, Cuaj. —Y le enseña su boca grande con un tabaco rojo que le perfora la encía.

Eugenia gime con voz de alcaraván. Hasta la sala llegan sus gritos y la gente entenebrece el rostro. Las pesadillas aceleran aquel suceder de caras. Pasa Don Francisco de la Montera, su primer marido, y le ve el dedo negro picado de mapanare. Pasa su prima Matilde con un loro en la cabeza. Pasa su madre y el mulato Simeón le va acariciando un seno. En un momento todos los fantasmas verdes se escurren como espantados; caminando hacia atrás como la Sayona, viene la mujer del manto, la que predice a los de su familia la muerte que se aproxima. Con esta es la cuarta vez que la ve venir. La primera fue durante el parto de Víctor Alberto cuando estuvo casi muerta; la última, con una erisipela. Nunca le ha visto la cara. Pero esta vez seguro que se la va a ver. El fantasma entre lazos y mantos comienza a mostrar el rostro. Ya lo ve claro y sin dudas. Es un hombre gordo de largos bigotes lacios con la mirada oblicua de Nicasia la andina. Cuando Eugenia intenta gritar, el hombre levanta una mano enguantada, se la lleva a los labios y le ordena silencio.

Cuando cerró los ojos para siempre decía: «Ay, mi negro, qué frío tengo». «Dile que me dé su cobija, su caballo y su cuero.»

Víctor Alberto llora sobre la muerta. El Pez que escupe el agua

* Juan Palacios es un esclavo negro de carácter alegre y festivo, con dotes histriónicas y profetizador del futuro. Se hace también lugarteniente de Boves, a quien abandona al final de la obra por la excesiva crueldad del asturiano.

6 encoge modoso el chorro. Rumores de letanías ponen fin a los ensalmos que sirvientas y manumisas dejaban caer sobre los sahumerios de azahar y canela. Un murmullo de gallos hace levantar cabezas. Acaba de hacer su entrada Antoñito Guzmán, el Presidente.

5. *El brujo del Topito* (Segunda parte)

(El Táchira, camino de San Antonio -

18 de mayo de 1875)

Juan Vicente repuesto del susto hizo un esfuerzo.

—Yo quisiera saber. —Pero la voz sin dueño le salió al paso:

—Lo que tú quieres saber, yo también lo sé, pero apúrate que la muerte viene rondando por la Cordillera y yo me voy con ella y con mi niña que en Caracas está recogiendo sus pasos.

—Yo —volvió a articular. Pero el brujo escupió el pronombre:

—Tú, como él, harás temblar la tierra, los hombres sentirán frío a tu paso y juntarás esta tierra para siempre con la mía, con la que está detrás de esta rimera de cerros. Pero tendrás que tener cojones de bronce y no hacer como él, que por una mujer malogró su destino. Los hombres como tú no deben tener mujer, sino cueros que se ponen de lado, porque la mujer le hace mal al guerrero. Y ahora vete que ahí viene ella roncando como una vieja y yo me voy con ella.

—Pero señor —intentó argüir Juan Vicente, mas fue inútil pues el brujo ordenaba imperioso:

—¡Vete! ¡Vete!, que viene ella.

A largos pasos salió al camino.

Una mujer de batola blanca se extasiaba en Camacaro. Cuando Juan Vicente apareció en el portal se dio vuelta completa, avanzó hacia la casa y pasó a su lado entre sonriendo y sin mirarlo. «¡Qué cara, Dios mío!» Tenía los ojos grandes, verdes y tirados hacia atrás como los de

una gata grande, los labios eran pulposos y húmedos y el pelo, amarillo bricado como los de Eloísa. No parecía caminar sino flotar, cuando entró y desapareció entre las ruinas.

—Qué suerte tienen los brujos —se dijo riendo, y luego de montar en su bestia se quedó viendo hacia la casa—. ¿Quién será esa catira tan linda? ¿Cómo es posible que no me haya llegado la noticia, dada la vecindad? Seguro que es hija de italianos. Solamente los italianos hacen cosas tan buenas.

»¿Pero en qué se vino? La casa más cerca queda a una legua y no hay por acá más bestia sino la mía. Además viene descalza. ¿Descalza con esos piecitos de reina? Ah cosa más rara esa. ¿Será cosa de brujos y encantamiento? —Un mareo lo sacudió—. Dicen que los brujos tienen poderes para llamar a mujeres bellas que se les presentan dormidas y hacen con ellas lo que es y lo que no es. Además que él me dijo que me fuera porque venía ella.

»Sí, eso es, el brujo encantó a la mujer. Si hasta parecía dormida. Mejor me espero y monto vela.

Y se dispuso a una larga espera cuando la tierra comenzó a temblar y saltar. La bestia se le encabritó y lo tiró al suelo. Los árboles temblaban como niños con fiebre. El viejo caserón se vino abajo.

Un tiempo muy largo duró el temblor. Luego fue todo silencio en el descampado. La casa a ras de suelo devolvió la soledad al panorama. Juan Vicente a paso lento se acercó a las ruinas y llegó hasta donde estaba el negro. Una profunda herida en la cabeza manchaba de sangre su rostro color ciruela.

—Señor, señor —llamó Juan Vicente.

El hombre abrió los ojos y dijo sonriente:

—Me voy, me voy.

—Pero antes dígame su nombre; ¿quién es usted? ¿De dónde viene?

El hombre le echó una mirada al trasluz:

—¿Yo?, yo soy Juan Palacios el hombre del Guayabal, el hombre de Boves. Y tú como él, harás temblar la tierra. Y sembrarás muerte a tu paso. 7

6. *Las carreras de Guzmán el Bueno*

(Caracas, 18 de mayo de 1875)

Con paso firme el jeque en gira, Guzmán Blanco, el Presidente, se acerca a Víctor Alberto. Es alto, mayestático y se parece a Napoleón el pequeño, a quien imita en sus gestos Segundo Imperio.

Con rostro emocionado abraza al banquero.

—Siento tanto. Para mí será inolvidable. Llevaba mi sangre.

Víctor Alberto asiente, pues Guzmán, además de ser pariente pobre del Libertador, era primo de Eugenia y de Carolina su mujer, a quien amó en secreto, hasta que los melindres de su cuñada Anastasia le hicieron cambiar los rumbos de la endogamia por los del incesto.

El Presidente se acerca a Carolina y le da una palmadita en el hombro y una mirada profunda buscando brecha; pero un gesto fraternal castra al Caudillo en sus meneos de chivo viejo.

* * *

Círculos concéntricos de chisteras afligidas rodean a Víctor Alberto. Guzmán, con su bien timbrada voz, canta las excelencias de la difunta a quien antiguas esclavas lavan y visten con traje de carmelita.

—Era toda una señora —continúa el Presidente pero nadie le cree, no tanto por Eugenia, como por esa cara de fauno susurrante y versátil.

—Para mí fue una segunda madre.

—Ya me lo imaginaba —pensó José María Otáñez— «tras todo liberal hay siempre una puta».

Y Guzmán se fue por veredas apologéticas, hablando de unas virtudes que Eugenia misma ni presintió que existían.

El cataclismo de San Antonio le levantó las faldas al cerro, recorrió doscientas leguas y sacudió a Caracas. La Casa del Pez que Escupe el

Agua trepidó con bríos. La Negra Domitila, a quien una teja en el año 12 había dejado coja, fue la primera en gritar:

—¡Terremoto! ¡Terremoto!

Los círculos funerarios se disolvieron. Empenachados morriones cayeron al suelo. El Pez que Escupe el Agua interrogó a Don Feliciano con el chorro. Las manumisas que amortajaban a Eugenia saltaron al patio llenas de pavor y le dejaron caer de nuevo la quijada, mientras un polvillo de molduras blanqueaba su cuerpo amarillo y desnudo. Los generales de la Federación corrieron una vez más sin sentido. El Presidente fue el primero en salir y no paró de correr hasta que llegó a la Plaza Mayor.

—¡Carajo con la Doña! —exclamó—. Vivió y murió como un terremoto. Esa sí que fue una gran mujer. —Y repuesto del susto bajó hasta la Universidad donde su estatua ecuestre, como un espejo de bronce, le devolvió su marcial figura de saludante y de mandamás.

7. *Cativa*

(La Mulera, 18 de mayo de 1875)

Juan Vicente buscó a la mujer entre las ruinas. Levantó vigas, apartó tejas. Voceó y clamó, pero sólo respondió el eco húmedo de la montaña. La niebla comenzó a bajar densa y triste. A lo lejos un perro aullaba. El caballo se mostraba inquieto. Un nuevo temblor sacudió el descampado. Del cerro vecino rodó un peñasco del tamaño de un burro. La niebla se transformó en lluvia y la tarde en noche. Juan Vicente se arrebujó en su ruana y picó espuelas hacia La Mulera. El camino se hacía fangoso y resbaladizo. La lluvia aumentaba. De los cerros vecinos bajaban torrentes de fango y tierra. La pulpería de Don Filoquio se había venido al suelo y aprisionaba al pulpero bajo un amasijo de ladrillos y tejas. Una mujer y dos muchachitos lloraban con voz de frío. Juan Vicente sacó al muerto y lo acostó en la mesa, consoló a la mujer y siguió

camino arriba. Ya eran más de las seis de la tarde y entre la lluvia y niebla apenas se veía el camino. En un paso estrecho Camacaro que ya había resbalado tres veces cayó por el precipicio. Juan Vicente saltó de la bestia y siguió a pie por el camino. La tierra seguía temblando. Dos aludes bajaron estrepitosos. Los torrentes ya eran cataratas. La lluvia arreciaba. Trueno y centellas hacían redoblar al callejón rocoso.

—¿Qué habrá pasado en casa?

Apuró el paso angustiado. Los relámpagos que apenas dejaban intervalos de sombras le permitían vislumbrar trechos largos de camino. Allá estaba la Batea, la quebrada que cuando llueve se convierte en río. Un relámpago alumbró a una mujer. Una vieja a la orilla del río. Juan Vicente se detuvo con los ojos desorbitados y el cuerpo en guardia.

—Esa es Cativa —y rezó la Magnífica al revés. Otro relámpago iluminó la noche: la vieja había desaparecido. Avanzó hacia la Batea pero las aguas batían troncos y piedras hacia el barranco. Ya la noche era cerrada. Los relámpagos la hacían día. Juan Vicente se sentó en una peña al lado de la quebrada. Dos ojos rojizos y puntiformes brillaron al otro lado. El relámpago dibujó a un perro. ¿El perro de los ojos color candelá? Juan Vicente bajó la cabeza y musitó un exorcismo. La lluvia dejó de ser tempestuosa y los chorretones se transformaron en una llovizna fina. Bruscamente las aguas bajaron, cruzó el vado y siguió hacia su casa. Las luces de La Mulera parpadeaban vacilantes. Bajó presuroso y corrió hacia la puerta. Los peones y sus hermanos se arremolinaban alrededor del gran fogón, donde Hermenegilda, su madre, con un cucharón de palo meneaba la sopa en un caldero de bronce. Su padre sacaba cuentas en su escritorio alumbrado por una lámpara de kerosén.

Cuando Juan Vicente abrió la puerta, nadie manifestó alegría o sorpresa. Los peones y sus hermanos siguieron adormilados ante el fuego; su padre siguió escribiendo y Hermenegilda apenas le dijo:

—Quítese esa ropa y póngase una muda nueva que se va a enfermar.

Pedro Cornelio, su padre, sin levantar la vista de los libros de contabilidad le preguntó sin acento:

—¿Y dónde lo cogió el terremoto?

—En el camino —repuso en el mismo tono.

Hermenegilda sin variar su expresión siguió meneando la sopa.

«Gracias, Cativa —dijo mentalmente viendo hacia el techo— por haberme devuelto sano y salvo a Juan Vicente. Cumpliré lo que te prometí: te daré todos los días un plato de miel de arica y la leche primera que nos dé "Marina".»

Luego de trasegar tres platos de pizca andina, Juan Vicente se sentó frente a su padre. Pedro Cornelio siguió sacando cuentas. Era un hombre blanco y bien parecido, en contraste con Doña Hermenegilda de recia estampa de india. Cuando terminó de apunatar exclamó con aspereza dirigiéndose a Juan Vicente:

—Míreme lo que me manda el Juez del Distrito: una citación para que comparezca ante él por haberle dado su merecido al bandido aquel, ese que agarramos el otro día robándonos el ganado. El leguleyo me cita para que dé cuentas de las lesiones que le hicimos. Por eso es que no hay orden y el país está lleno de bandoleros. La ley se pone de parte de los sinvergüenzas y en contra de los hombres de trabajo. ¿No le parece Juan Vicente?

El muchacho hizo una señal de asentimiento y recordó con grima al hombrecillo a quien su padre colgó por los testículos hasta que le confesó a dónde iban a parar sus vacas.

Un ruido cayó sobre el tejado. Los hombres arracimados levantaron los ojos y con ojos de miedo murmuraron con una sola voz:

—¡Venga mañana por sall!

Un revolotear de pájaro de la noche sucedió al conjuro. Hermenegilda empalideció:

—La pobre Cativa. Ahora nos lo cobrará caro por malagradecidos —y salió bajo la lluvia para poner en las cuatro esquinas cruces de palma bendita.

Juan Vicente arrebuñado en su ruana se pregunta mientras se extingue el fuego:

«¿Qué habrá sido de la catira linda?»

8. *El secreto de Santiago Blanco*

(Caracas, 19 de mayo de 1875)

La Casa del pez que escupe el agua se agita en marejadas de luto. El cadáver de Eugenia ya navega entre cuatro velones amarillos.

Víctor Alberto, con una mirada ausente, ve caer el chorro de agua del pez de la pileta. ¡Qué de cosas ha visto esta fuente que canta sin parar desde la Colonia!

Una mano grande y callosa toma la mano de Víctor Alberto, y luego de besársela le dice con voz bronca:

—Mi sentido pésame, mi amo. Todavía no lo creo. —Es Santiago Blanco.

»Dios la tenga en su gloria —musita arrodillado el negro. Santiago Blanco, como decían los sirvientes viejos, es hijo de un látigo y de una navaja. Con un látigo el Conde de la Granja, preguntando por Juan Palacios, su padre, mató a su madre la esclava Teresa, cuando Santiago ya estaba a punto de nacer. La acostaron boca abajo, abrieron un hueco en la tierra para que le cupiera la panza recrecida y la amarraron de pies y manos, cada quien por su lado como una cruz de San Andrés. Cuando la pobre Teresa echó su último suspiro, el General Andrés Machado, que en ese entonces era el mayordomo del Conde, de un salto se tiró del caballo y sin que se le aguase el guarapo desamarró a Teresa, la puso boca arriba y todavía caliente ¡zuaz! le abrió la barriga a navajazos y sacó a Santiago.

Por eso Santiago Blanco siempre se decía: «Qué de cosas tiene la vida. Que las mismas manos del General que me trajeron al mundo dejaron viuda a mi madre y madrina».

A su lado, de pie y vestido de dril blanco, hay un mulato de tez clara y mirada brillante. Es Santiaguito, el mayor de los hijos del negro con la isleña de El Hatillo. Es un mozo de medio pelo y de facciones finas. Le regenta a su padre una pulpería en el camino de Baruta. No oculta su desagrado, y sin importarle el amo ordena espinoso:

—Levántese, Taita, que eso ya no se usa. Para algo el General Guzmán Blanco acabó con los godos.

Víctor Alberto le echa una mirada entre rabiosa y suplicante. No soporta las palabras ásperas de los demás. La antipatía de alguien le crispa y lo deja insomne. Por eso tiende el brazo suplicante y gimnástico en busca de una palmadita funeraria. Deseoso de superar el incidente, le dice al muchacho con voz confidencial:

—Ahora, con la muerte de mamá vamos a tener mucho que hacer, Santiaguito. Te voy a mandar para La Guayra para que te ocupes de los almacenes. ¿Qué te parece? —Luego añade con sonrisa blanda—: No te puedes quejar del cariño de tu patrono.

El otro, ante la propuesta, depone su hosquedad y se dispone a la entrega:

—Yo estoy a su mandar, mi amo.

Víctor Alberto, gozoso, inicia una sonrisa, pero la trueca compungido al divisar a su compadre el General Joaquín Crespo, quien avanza por el patio con el bicornio en la mano.

Como zamuro que seca el ala Víctor Alberto corre a su encuentro.

Santiago Blanco y su hijo lo ven hacer con desgano. De pronto el negro dice con secular desconcierto:

—¡Qué vaina, mijo, son los tiempos nuevos! Lo que te hubiera pasado si tú le hubieras dicho una vaina semejante al general Machado. Por lo menos te hubiera desollado vivo.

Y se le fue a Santiago la mirada larga en busca de sus fantasmas mientras su cuerpo cansado tentaba el borde de la pileta. Ese Pescado que Escupe el Agua es lo único que no cambia desde los tiempos en que los negros tenían amo. Al pie de su llovizna ha contemplado setenta años de historia. Desde allí vio entrar al mismo Simón Bolívar cuando vino a darle el pésame a su madrina por lo del señor Vicente. El pescado, como si fuera gente, paró el chorro más alto cuando lo vio trajeado de General en Jefe, pero lo puso bajito cuando supo lo de las hormigas. Lo mismo sucedió cuando llegó la noticia de que al Conde de la Granja le habían cortado la cabeza en El Valle.

Nunca pudo olvidar el día de la muerte de Doñana. Esa mañana

no la acompañó a su callejeo porque ella le ordenó podar los novios que rodeaban la fuente. Jadeante se sentó en el borde de la pileta. Un extraño silencio envolvía la casa. Esa mañana, ni los cristofués, que tanto alborotaban en el tejado, hacían sentir su canto. Tan sólo el barbotear del agua del pescado de piedra que se oía fluir discreto, monótono y languidescente. Santiago comenzaba ya a dormitarse cuando un murmullo en tropel de gente que huye, inundó el portón. Tras el rumor apareció Domitila con su gran bocota morada y sus labios de corneta:

—¡Se nos murió el ama, Santiago! —le gritó al verlo.

Luego vio a su madrina en brazos de Boves, con su cara de tigre bravo o de perro hambriento.

A su lado vio a su padre por primera y última vez. Un negro grandote que se llamaba Juan Palacios. El negro lloró sobre la muerta y sobre su hijo y cuando un río mantuano entró por el portón, voceando penas, Juan Palacios se moneó los techos, y corrió desahogado rompiendo tejas.

Sesenta años han pasado de aquel día y aunque él era un esclavito que por su peso y edad ni para ñapa servía, nunca pudo borrar la imagen de su madrina muerta en brazos de Boves.

A veces, cuando la casa calla, y el caer del agua parece palabra entredicha, Santiago siente y presente que en cualquier momento Boves va a aparecer de nuevo con alguien de la familia muerto en sus brazos. Entonces se santigua y murmura conjuros hasta que espanta el miedo.

Lo mismo le sucede cuando, en las noches sin luna, tiene que dormir en el cuarto que mira hacia el corral. Más de diez veces ha escuchado el alma en pena del Conde de la Granja echar sus paletadas de tierra en la mata de tapara, donde él sabe de fijo que fue enterrado un tesoro y el cadáver del esclavo que abrió el hueco. Todo el mundo dice que hay un espanto en ese sitio. Unos cuentan que es un negro alto y otros que es un tipo flaco y cenceño, como español. Él no los ha visto, porque no hay poder humano capaz de hacerle ir allí después del toque de ánimas. Pero él sí conoce la verdad. La verdad exacta de todo lo sucedido. Fue en el año 14, en vísperas de la gran huida. Santiago no podía dormir porque tenía miedo y tenía frío. Una lechuzca lloraba en el

tejado. Un pistoletazo procedente del corral la volvió nada. A paso chiquito y renqueando el miedo, avanzó en la noche. Una visión me dejó claro y sin vista. El Conde de la Granja, con el gesto hueró y puyudo, jalaba hacia un hueco el cuerpo de Pablo. Lo cubrió de tierra, y le sembró encima la mata de tapara que, en aquel entonces, era tan pequeña como lo fue después su esperanza manumisa.

Muchos años más tarde Santiago Blanco cayó en la cuenta de lo que había sucedido. Esclavos y tesoros fueron enterrados juntos la víspera de la emigración. Pero Santiago Blanco no quiso averiguar lo que guardaba el negro Pablo bajo su osamenta y se hubiera ido con el embuchado a la tumba si la parejería de su hijo no le hubiese hecho pensar que mejor estaban esos reales en manos de su hijo que su hijo sin ellos. Un día decidió contarle la historia, pero antes hizo jurarle en la misma iglesia de Santa Rosalía que no movería un dedo hasta que él estuviese a una vara bajo el suelo y los gusanos de Tierra de Jugo le hubiesen dejado sus huesos limpios y pulidos como piedra cristera.

SEGUNDA ÉPOCA

Los tiempos
de Joaquín Crespo
(1884-1892)

9. *El baile de Crespo*

A nueve años de la muerte de Eugenia, la Caracas guzmancista celebra, el 5 de julio, la Independencia. Sus sesenta mil habitantes están de caramelo y hervor. Se intenta cumplir la promesa de Guzmán Blanco de hacer de Venezuela la Francia de América del Sur. El Calvario está profusamente iluminado y sus jardines recuerdan un patio interior de Versalles. Se inaugura el ferrocarril Caracas-La Guayra y las dos estatuas del Ilustre Americano, «Saludante» y «Manganzón», disputan a la del Libertador las ofrendas florales. 14 15

Esa noche, Joaquín Crespo, Presidente de la República, y su esposa Doña Jacinta celebran en la Casa Amarilla un baile a todo trapo. Acudirá la sociedad de Caracas: la vieja y la nueva sociedad. Desde temprano bandejas y bandejones entran por el ancho portal llevando manjares y golosinas. De un coche de punto cargado de granjerías se bajan dos muchachos de aspecto patricio. El portero, que fue manumiso de la familia, piensa, entre contrito y gozoso: «¡ Los nietos de Misia Eumelia de sirvientes y ella haciendo coquitos! ¡ Toda una Aristeguieta Toro de

Otáñez Mijares en estas pobrezas! ¡Qué gran vuelta dio al mundo la Guerra Federal!».

Y recuerda la altivez mantuana de Doña Eumelia en su gran casa de Llaguno, con sus patios floridos y sus cuadras de caballos buenos, por donde entraba altivo y brioso su hijo D. José María, con sus espuelas de plata y su liqui-lique blanco.

Veinte esclavos salían a su encuentro, para ayudarlo a desmontar. Él ya era un hombrecito cuando estalló la Guerra Federal, vencieron los liberales y saquearon la casa. Sabía que los Otáñez se quedaron sin nada; que a Simón Antonio, el mayor, lo mataron al poco tiempo y que a D. José María lo metieron en la cárcel enseguida que murió su esposa, pero lo que no sabía era que la pobreza llegara a tanto. Eso de que Misia Eumelia, mantuana por los cuatro costados, estuviese haciendo dulces para vender como una cualquiera era como para no creerlo. «¡Qué gran vuelta dio al mundo la Guerra Federal! ¡Sí, señor!», se dijo con tristeza el manumiso cuando vio salir de regreso a Juancito, el hijo de D. José María Otáñez. «¡Qué cosas tiene la vida!», repite con tristeza el negro.

Pero cuando cae la noche y llegan los invitados, acuden también Margarita y Micaela, las hijas de su patrona, aunque encogidas y afales como novicia en visita primera. En el gran salón, al pie de un cuadro ecuestre del Libertador, el Presidente y su mujer reciben el besamanos. El Presidente, con su uniforme y su banda tricolor, realza su aspecto de zambo dominador. Es un hombre de facciones toscas y aspecto solemne de galeón. Tiene fama de hidalgo, cicatero y aprovechador. Es llanero del Guárico, de Parapara de Ortiz, de los predios de Boves. Hay quien dice que Ño Leandro, el padre de Crespo, fue uno de sus lugartenientes, además de brujo y yerbatero. Él nunca lo afirma pero tampoco lo niega. Pero sí cuenta que Páez y Boves fueron las primeras lanzas de Venezuela.

Su mujer, Doña Jacinta, está en plena floración. Es una Parejo del llano que domina a su marido con sus trácalas de hechicera. Adivina el futuro en una tapara llena de abejorros e hizo enterrar a su primer marido, «El Agachado», en el mismísimo Panteón. La aristocracia cara-

queña, a pesar de todo, está encantada con su don de gentes, aunque vaya al mercado de alpargatas con medias y diga que «eso de los blasones es una pavosidad».

Los invitados desfilan ante la presidencial pareja. Lucen vistosos y aturdidos.

Víctor Alberto y Carolina, se hacen acompañar por sus hijos, Belén y Gonzalo. Gonzalo es un adolescente de piel mate y ojos adormilados, con el dejo y señorío de los mantuanos viejos. Es alto, desgachado, buenmozo y tímido. Belén es una bella muchacha de diecisiete años que recuerda en el talle y expresión a su abuela Eugenia, lo que, aunado a su fortuna, les hace olvidar a quienes la rondan que su abuelo fue mulato y verdugo de godos. Los Muchachos —como dice el poeta Núñez de Cáceres—, «siempre han estado más allá del rencor de sus mayores». En el manejo de las familias históricas se contempla la destrucción de sus miembros más prominentes para que sobrevivan los otros, los que babeán y se arrastran como el sietecueros. Víctor Alberto y su familia se aproximan al Presidente. El banquero le había dado a Belencita de ahijada cuando apenas era uno de los liberales de Antoñito:

—Compadre —dijo el Presidente entre paternal y admirativo—. No me diga que ésta es la ahijada. ¡Pero si está hecha una mujer! Y sobre todo qué bonita y fundamentosa se ve. —Belén sonrío entre bobalicona y crispada.

—¿No tiene novio? —preguntó Crespo.

—Todavía no —le respondió Víctor Alberto, asmático de dicha por aquel paréntesis que le dispensaba el Presidente a despecho de la larga fila de invitados que esperaban su turno para saludar.

—No puede ser que no tengas novio —prosiguió el Presidente, y de un esquinazo se aportó con Belencita y su padre a un rincón del patio, mientras Doña Jacinta, indignada, proseguía sola el besamanos.

El Presidente husmeó alrededor suyo. Su rostro lleno de verrugas se blanqueó con una sonrisa:

—Allá está —observó satisfecho—. Ya te voy a presentar a otro ahijado mío, que me traje de Calabozo, y que es ahora uno de mis edecanes.

En un pilar, recostado con indolencia, está un joven militar rubicundo, con grandes ojos de tigre. Es de estatura bizarra y el uniforme le queda estrecho por el amplio tórax, domeñador de novillos.

Escucha con una sonrisa crispada la perorata de un viejo cortesano profetizando el pasado. Simula escuchar, pero sus ojos de cari-cari revolotean vigilantes de un lado a otro. Por eso, cuando Crespo le hace la primera seña, de una zancada lo alcanza elástico.

—Ven acá —le dice el Presidente— que te voy a presentar a la mujer más bella de Caracas.

El edecán se quedó viendo a Belén con la mirada fija del que tienta a un cimarrón y con modales tiesos le espetó que se llamaba Juan Corrales. Belén coloró su rostro en recepción abierta y se fueron bailando por el patio iluminado de la Casa Amarilla, como si se conocieran de toda la vida.

Crespo y Víctor Alberto los contemplan desde un rincón:

—Juanchito es muy buen muchacho —dice el Presidente mientras se acaricia la barba áspera.

—¿De qué Corrales son éstos? —pregunta Machado.

—De los de Calabozo —susurra el otro con la cautela del que espera un comentario preñado de preguntas.

—¡No me diga que este muchacho es nieto de Boves!

El Caudillo asiente con rubor.

—Es una historia triste que seguramente habra oído. Pero, por si acaso, se la voy a contar. Boves, cuando murió en Urica, dejó en Calabozo a una novia en estado interesante. ¿Usted no ha oído el cuento?

—Sí, lo he oído —respondió Víctor Alberto mientras escudriñaba con más atención el rostro atigrado del mozo.

Crespo, con aire grave, prosiguió:

—Cuando el padre de la muchacha se enteró del asunto, llamó a su hija y le dijo: "Ahora mismo nos vamos para Ortiz en donde tengo una mujer y a quien nunca hice mi esposa por no herirte. Pero esto se acabó. Me voy a casar con ella nada más para que pueda parir por ti. Después de eso puedes hacer lo que te dé la gana, hasta morirte si quieres".

»Juan Corrales, cumpliendo su palabra, se casó con la mujer y se

instaló en una finca a dos leguas del pueblo. Entre trapos y fajas le taparon la barriga a Inés y se la fueron poniendo a la otra hasta que nació el muchacho. Fue un niño robusto y muy parecido a Boves y a quien pusieron por nombre Facundo.

»Pero Dios castigó la soberbia de Corrales, cuando le dijo a la muchacha que podía hasta morirle. Jacinta, mi mujer, cree que hay momentos en el cielo en que los ángeles dicen amén, y en este caso lo dijeron. A los dos días se murió Inés de fiebre puerperal y Juan Corrales de tristeza, al poco tiempo.

»El muchacho —continuó Crespo— creció sano y robusto, hasta que la mujer salió de lengua larga a contarle a un médico del pueblo quién era el verdadero padre del muchacho. El hombre, que no era escarapate de nadie, se lo contó a todo el mundo y se perdió el secreto.

»Como ser hijo de Boves * no es ninguna cacaíta, el pobre Facundo es un viejo hosco y huidizo que no trata a nadie. El dice que yo soy su único amigo y me dio, como usted, el muchacho de bautizo. Es oro en polvo como el padre. Por eso me lo traje como edecán, pues, como dice el refrán «hijo de tigre sale pintado, y para edecanes, los nietos de los caimanes...».

10. *La aparición*

A la semana de haber llegado a Caracas, Juan Corrales ya se relaciona con la mejor gente de la ciudad. Ese domingo pasea de un sitio al otro el gran portal de Catedral acechando a Belencita, quien oye misa de diez.

El edecán, que conoce la historia de Machado, piensa en su abuelo y en la distinta suerte de su teniente. A Boves lo detestan en Caracas.

* Juan Corrales en *Boves el Urogallo* es el protector de Boves cuando éste llega a Calabozo. Boves se enamora de su hija Inés Corrales (personaje histórico), con quien no logra casarse al morir al poco tiempo de embarazarla.

En el Llano le encienden velas. Hace días conoció a un abogado Zarrasqueta, cuyo padre fue ahorcado por el Urogallo, por haberle negado a su hija en matrimonio. Y D. José María Otáñez, el que fuera Ministro de Monagas, un hombre flaco y despectivo, refirió el asesinato de su tío la noche en que Boves salió de Caracas. «Se mató tanta gente —refería— que la quebrada de Coticita parecía una gelatina. ¡Tanta era la sangre!» Desde aquel entonces se alzaron los negros hasta terminar en esto. ¡Maldito mil veces sea ese canalla!

El mozo guardaba silencio ante la versión siniestra del hombre que había llenado su vida de preguntas. Su padre, salvo una ocasión, jamás le habló de él ni de la desgarrada simiente. Fue el día en que cumplió los trece años, que hacen al niño hombre, cuando lo invitó a Guayabal, a donde iba todos los años por el mes de diciembre.

—Vamos a la misa de Boves, que ya es tiempo —fue todo cuanto le dijo.

Después de tres días de viaje llegaron al villorrio momentos antes de que comenzara la misa.

El Convento de Guayabal estaba en ruinas; un cura oficiaba en el altar. La iglesia estaba llena de gente de aspecto mísero. En un banco, cuatro ancianos de piel carcomida y pelo blanco tenían la mirada perdida en el parpadear del único cirio.

—Son sus últimos lanceros —señaló con un raro acento de melancolía el viejo Facundo.

Llevando de la mano a Juan Corrales se acercó a ellos y les dijo por todo saludo:

—Este es el muchacho.

Los cuatro viejos se volvieron y enloquecieron los ojos de amarillo.

El que parecía menos fantasma, un indio con boca de agujero, clamó arrebatado:

—¡Es el mismo Taita, Virgen Santa! —y se puso a llorar boca arriba. Era el indio Eulogio* quien gemía.

Pero la llegada de Belencita le sacudió las sombras. Venía la mu-

* Espaldero de Boves.

chacha acompañada por una negra gorda con aires de cochino congo. Al terminar la misa mozos y mozas hicieron corrillos en el atrio. Juan y Belén hablaron de cosas banales, con ese desparpajo de los que se desean mutuamente.

El tañido del reloj dispersó a la gente. La muchacha emprende el camino del retorno hacia su casa, mientras los galanes, con paso vacilante, las escoltan calle abajo.

Juan Corrales y Belencita se ríen de nada, mientras la negra le hace señas con su hocico de danta de que lo despida. Belencita detiene el paso con brusquedad. Empalidece el rostro y comienza a desmayarse, ante la zozobra de Juan Corrales, que logra alcanzarla cuando ya toca el suelo.

Demudado, la toma en sus brazos y se dirige hacia la Casa del pez que escupe el agua. La negra guardiana sonrío despectiva. Bien sabe que Belencita, desde niña, sufre de alferecía.

Santiago Blanco ese domingo se ha venido desde las Mercedes para saludar a sus amos. Desde hace días presiente la muerte. Ochenta años va a cumplir y las fuerzas se le escapan. En el borde de la pileta espera a Víctor Alberto con la mirada fija sobre las baldosas vacías. Desde hace más de una semana tiene una soñadera con Víctor Alberto y la Niña Belén que no lo deja quieto. Por eso se vino en la carreta de Felipe, cuando clareaba el día. Dos horas tardó el viaje y lo han molido. La ausencia de Víctor Alberto y de la familia lo alarma. Una espera incierta lo sacude. Recuerda y llora.

En el borde de la pileta comienza a recoger los pasos perdidos. Acuden Eugenia y el General Machado. Víctor Alberto, niño, le sonrío. Ve a su madrina y los ojos se le achican y ensucian.

Un tropel en la puerta lo sacó de sus sueños. Sólo vio caras, manos y gestos. Finalmente vio a Juan Corrales con Belén en sus brazos. Pero, adormilado y añorante, sólo percibió a Boves dispuesto a llevársela a los infiernos. Fue demasiado. Con un ¡Ay carajo! cayó muerto en la pila. El Pez que escupe el agua cortó el chorro, y a falta de lágrimas, bañó su cuerpo con una garúa fina.

11. *La suerte de Sempronio*

(1884)

La muerte de Santiago Blanco rompió un puente largo y vivo que iba de una historia a la otra. Para Víctor Alberto Machado fue dolorosa la desaparición de su mayordomo. Desde que abrió los ojos siempre lo tuvo a su lado amortiguando los golpes del padre que lo azotaba con saña cada vez que lo rumbaba un potro o rehuía una pelea.

Por eso lloró y voceó su pena. Y su casa volvió a llenarse de gente, como había sucedido con Eugenia. Y Santiago fue enterrado en cripta nueva y vestido de blanco como correspondía a los negros de tradición mantuana.

Santiaguito, por mandato de Víctor Alberto, se vino de los almacenes de abajo para que acompañara a los Machado en el novenario de su padre... La codicia mutiló su pena y sin dedicarle un Credo a Santiago, apenas llegó a la casa cuando ya estaba en el fondo del corral midiendo el taparo que guardaba sus bienes raíces.

El pensamiento de cómo sacar el entierro no abandonó a Santiaguito durante todo el día. Llegada la noche, y solo en su habitación, la idea fija tomó cuerpo. Y se imaginó a él mismo en su riqueza. Se veía en buena casa, rodeado de sirvientes y con un caballo, como el de Toribio el Isleño, con traje de dril blanco y polainas nuevas. Ya redondeaba sus sueños cuando un ruido discreto en la puerta le hizo abrir los ojos con temida certidumbre. Era Víctor Alberto con dormilona de recién casado y arrastrando las chancletas. Sin decir palabra cerró la puerta, se sentó en la cama. Santiaguito, con amargura, se dejó hacer. Era mil veces preferible soportar aquella tocantina de viejo marico que seguir en aquella pulpería del Hatillo hedionda a cebolla, a cochinos y arrieros. Él no era hombre de campo que amara el canto del gallo o el regocijado parlotear de las paraulatas en el tejado ajeno como le encantaba al

viejo Santiago Blanco, que nunca pudo dejar de ser ni campesino ni esclavo. Él era caraqueño por nacimiento y libre por derecho y adopción. Amaba las calles rectas y empedradas. Las casas pegadas, la una junto a la otra, y el traquetear del landó. Por eso vio el cielo abierto, cuando, siendo apenas un muchachón, le caló en los ojos la intención perversa al amo, pues desde que supo las diferencias entre pato y gavilán, sospechó que a Víctor Alberto le gustaban más los negros fortachones que aquellas hermosas mulatas que poblaban sus haciendas. Se lo decía aquella mirada triste, esa boca sin bríos y aquellos movimientos de empapelador sin engrudo. Más de una vez le sintió la mirada húmeda atisbándole las entrepiernas hasta que una vez no pudo más y se le vino encima con arrebatos birriondos. Por eso lo trató desdeñoso el día de la muerte de Eugenia. Pero recapacitó y se quedó quieto cuando Víctor Alberto le propuso que se encargara de los almacenes que tenía en La Guayra, porque ya no soportaba más al viejo Branger, un francés chocante, que tenía tatuada en el hombro la flor de lis de Cayena.

Pero esa noche ya Santiaguito no pudo más. Sus amoríos con una italianita de Maiquetía lo habían incapacitado para seguir aceptando las caricias de Víctor Alberto. Por eso cuando desapareció por el traspatio tomó la decisión de sacar el tesoro antes de que acabara el mes. La oportunidad no tardó en presentarse. Terminando el novenario y estando en plena temporada de playa, Víctor Alberto y la familia decidieron trasladarse al caserón que tenían en Macuto. Santiaguito se mudó con la familia al balneario donde se le asignó una habitación alejada y confortable en el piso de arriba. Un día Carolina, que proyectaba darle un convite al Embajador de España, cayó en la cuenta de que se le habían quedado en Caracas sus cubiertos de plata. Santiaguito, a conciencia de que, salvo de Sempronio, el jardinero, la casa estaba vacía, se ofreció para el mandado.

Caída la tarde llegó a la casa y sin perder tiempo corrió al taparo. Un golpe de pereza le dio en el alma. Él no era capaz de escarbar tan hondo, aunque abajo estuviese el mismo tesoro de Catedral. La voz de Sempronio lo sacó de sus reflexiones y le apuntó una ocurrencia: «Que eche pico y yo haré el final» y dando por pretexto que iba a arrancar la

mata, por orden de su amo, ordenó a Sempronio que hiciera el mismo papel que ejecutara el negro Pablo ochenta años atrás.

Más de una hora tenía Sempronio cavando. Era un baruteño parlanchín que a cada rato interrumpía su trabajo para echarse un trago. Hablaba de entierros y tesoros. De pronto le observó a Santiaguito con mirada burlona:

—¿No estará usted buscando el entierro que está debajo de esta mata? —el mulato se estremeció ante la pregunta.

»Es que dicen las mujeres de servicio ique aquí sale un negro sin cabeza.

»¡Ah mujeres pá hablá tonterías! —y prosiguió su tarea con un dejo de fastidio.

Al poco rato dejó de cavar. Se secó el sudor con los dedos y se echó un trago.

—Cuentan que real de muerto es pavoso. Allá en Baruta, frente a la plaza, cuentan que un isleño ique sacó unos botijos llenos de morocotas, pero ique le cayó una pava tan negra que al año no le quedaban ni los reales del entierro, ni los que tenía antes.

Santiaguito, ansioso, simulaba atender a lo que refería Sempronio.

—Dicen, ahora vaya usted a saber si eso es verdad, que la gente de antes cuando enterraba unos reales ique marcaban el sitio con el esclavo que les abrió el hueco, por lo que dicen, ponga cuidado, que para sacar esos reales alguien tiene que morir para cambiar un muerto por otro.

Santiaguito, exasperado por la cháchara apuntó cordial:

—Apúrese, Sempronio, que ya está anocheciendo.

—No se desespere, mi Don, que después de arrancar la mata lo demás es pan de horno. —Y diciendo esto de un picotazo liberó al árbol de su última raíz a tiempo que un sonido metálico restallaba sordo y triste.

—¡Ah caraj!, y como que hay entierro de verdad verdad, pues aquí hay algo. —Pero tan pronto celebró su hallazgo dio un salto de maromero, mientras gritaba con voz de espanto:

»¡Dios me ampare!, de verdad que esto es un entierro, aquí hay un huesero.

Santiaguito pensó con celeridad, ¿le doy la mitad o la cuarta parte, lo mato o me mata? ¡Qué vaina! Entretanto simuló sorpresa y espanto y se asomó al hueco. En el fondo, mordiendo la tierra, estaba un cráneo mondo y lirondo, dos tibias y un costillar. ¿Con que éste es Pablo? y ya se persignaba cuando un malestar agudo le hizo volver la cabeza: Sempronio con el pico en alto y la cara salpicada de locura se disponía a descargarlo sobre su cabeza. De un salto el muchacho escurrió el cuerpo y el jardinero sin apoyo cayó dentro del hueco resoplando maldiciones. Animalizado de terror, Santiaguito dejó caer una piedra grande sobre la cabeza de Sempronio, que sonó quebrada y húmeda como un porrón sin flores. Un grito de agonía salió de la tumba nueva. Ni por eso Santiaguito se detuvo, esgrimió una barra de hierro sobre la cabeza del baruteño y no cesó de darle golpes hasta volverla pulpa.

Sobrepuesto a la confusión, sacó el cuerpo del jardinero, y el cofre que guardaba, con los brazos en cruz, el esqueleto del negro Pablo. Era un baúl de cobre de dos aldabas. Dentro había tres lingotes de oro, quinientas monedas llamadas peluconas y un bojote de joyas. Más de una hora permaneció extasiado frente al cofre y los dos cadáveres. Y se acordó de su padre, el negro poeta, cuando le decía que el oro de los ricos está siempre envuelto y cubierto por el dolor de los pobres. Una extraña presión sintió en el pecho cuando cayó sobre los huesos de Pablo el cuerpo de Sempronio. Se persignó de nuevo y sembró el árbol. Apenas había terminado su labor cuando unos vacilantes aldabonazos en la puerta de la cochera lo sobresaltaron. Por un rato esperó en silencio, pero como los golpes se repitieron decidió abrir. Un muchacho apareció tras la puerta: Era el hijo de Sempronio.

—¿Cómo está, señor Santiago? ¿No ha visto usted a mi papá?

—No, hijo, no lo he visto.

—Es que esta tarde se murió mi abuelito y mi mamá le manda a avisar.

—No, hijo, no lo he visto. Cuando llegué no estaba. Seguramente no debe tardar. Vete para la casa y llévate estos cuatro reales.

—¡Dios se lo pague! Don Santiago, ¡Dios se lo pague!

Santiaguito, cuando cerró el portal, emitió un sollozo.

Esa noche, Santiaguito sintió una extraña congoja y no pudiendo echar marcha atrás no le quedó más camino que ser distinto. Para probarse se bebió media botella de cognac y durmió su borrachera en la alcoba nupcial de sus patronos. Cuando todo le daba vueltas, ahogó sus remordimientos pensando que, de ahora en adelante, Víctor Alberto no lo volvería a tocar con sus manos húmedas y regordetas.

Cuando en la madrugada tomó el camino de Los Castillitos, nadie hubiera podido sospechar que en aquellos dos burritos cargueros iba medio millón de pesos.

* * *

Santiaguito, tan pronto llegó a La Guayra, se dirigió al almacén. Y enterró su fortuna bajo la losa grande que estaba bajo su cama, mientras seguía preguntándose de qué forma la ponía a circular sin despertar sospechas, pues como señala el dicho «cuando veas negro comiendo pollo es que uno de los dos está enfermo».

Enseguida se dirigió hacia Macuto donde le refirió a Carolina que Sempronio le había robado los cubiertos de plata, pues encontró forzado el ceibó y ni rastros del jardinero. Carolina lloró desconsolada la pérdida del regalo que en el día de su boda le enviara su primo Antónito Guzmán.

—Las desgracias nunca vienen solas, primero Santiago y ahora los cubiertos. ¿Pusiste el denunció en la policía para que hiciesen preso a ese sinvergüenza?

Santiaguito negó con la cabeza, y le respondió a la mantuana:

—¿Para qué, misia Carolina? ¿Usted no sabe que la policía nunca ha servido para nada?

12. *El trasgo de los uveros*

(1884)

El descanso de los Machado en la playa coincidió con la temporada de agosto. Desde comienzos de julio el pacífico burgo macuteño, que en época normal no llega a los dos mil habitantes, veía colmarse sus hoteles y caserones con la gente más empingorotada de la ciudad.

—En «La Alemania» están los Ibarra y en «El Casino» los Matos cuenta Belencita luego de recorrer por el vecindario—. La casa de los Machado, en «La Guzmanía», es un caserón gigantesco que queda frente al mar y tiene más de veinte habitaciones.

Juan Corrales enamorado y retozón le da vueltas a Belencita. Todos los domingos baja y sube de Caracas al balneario en el trencito automático que inauguró Guzmán el año anterior. Belencita no oculta la desazón que le produce el asedio del militar, a quien exhibe entre sus amigas como un deseable pretendiente. Juan Corrales es un hombre sólido, de esos que inspiran confianza y frenan la simpatía. No hay nada que falte, pero tampoco que sobre, en su persona, que luce monolítica desde sus cabellos rubios hasta sus pies anchos de macho cuadrado. Junto a él, Belencita se siente inmensamente protegida y de no ser por la negra que no la desampara con mirada atenta, se le habría recostado en el hombro para quedarse en silencio, contemplando el mar.

Juan Corrales tiene buena voz, lo que entusiasma a las pollas del vecindario e indigna a Víctor Alberto que repudia aquel noviazgo que se le viene encima.

—Es gente del interior de dudoso origen —le dice un día a Belencita—. Pudieras encontrar algo mejor, como ese joven Ceballos, el hijo del Embajador de España, que está chiflado por ti.

—Pero si es caído del catre, papá, y además tiene un aliento horrible.

—Pero es de lo primero de España. De casarte con él conocerás al rey. —Y dominado por una ráfaga ancestral hizo una involuntaria genuflexión, como si se hallase en el mismo Palacio de Oriente. Gonzalo, su

hijo, que en ese momento entra a la casa, no puede menos que sonreír por la posición de su padre.

—¿Como que están bailando minué?

El banquero, sofocado por el esfuerzo, le gritó:

—¡No seas pendejo! —y se dirigió hacia las habitaciones interiores batiendo puertas.

—¿Qué le pasa a papá? ¿Como que le está patinando el coco?

—Es que no le gusta Juan y quiere que acepte al peludo de Mario Ceballos. —Gonzalo hizo un gesto displicente y con igual languidez se dejó caer en el chinchorro.

Gonzalo Machado es un muchacho extraño al que a pesar de su juventud y atractivo físico, se le ve sombrío entre libracos y estudios. No frecuenta sino lo indispensable el trato de los jóvenes de sociedad que en esos días se reúnen en el balneario, y aunque las muchachas lo acosan prefiere nadar y pescar antes que coquetear en el malecón. Posee el perfil aristocrático de su madre y una brillante inteligencia. Desde niño ha sido el mejor alumno de su curso, sorprendiendo a todos por su receptividad y concentración. Simpático y afable cuando quiere, es triste y retraído la mayor parte de las veces. Su padre le reprende por su cortedad y sobre todo por andar para arriba y para abajo con Santiaguito.

—Estás perdido de orillero —le echa en cara con voz ardida el banquero—. ¿Por qué no te reúnes con Antoñito Paredes o Julio Torres Cárdenas que son de la mejor gente de Valencia y que están aquí pasándose las vacaciones con sus padres?

—Uno es muy peleón y pretencioso y Julio Torres no piensa en otra cosa sino en parrandas y en ruletas.

—Es que eso es parte de la educación de un gran señor. Hay que saber un poco de todo y todo de un poco. Un caballero, en sentido estricto, debe conocer mejor que nadie los placeres de la vida sin olvidar sus deberes. O como decía mi padrino hablando de los domingos: a las 10 a misa, a las 4 a los toros y a las 6 al burdel.

Gonzalo lo ve con silencio hosco y se defiende de la cercanía esgrimiendo un catalejo.

Mario Ceballos, tozudo y sonriente, le sigue dando vueltas a Belencita. Un día le pide la mano a Víctor Alberto. Éste, aunque dichoso, le recuerda que en Venezuela los padres tienen que consultar a los hijos. La respuesta de Belencita es un no redondo, que su padre transforma en «esperemos un mes». Belencita es una de las muchachas más atractivas de Caracas, con sus ojos verdes y risueños, y ese cutis rosado y brillante. Santiaguito, sentado en la playa la ve salir un día del pocito que hacen dos grandes piedras frente a la casa. El camisón mojado revela sus formas y le marca los pezones. El muchacho siente rubor en las piernas y se le fija la imagen de Belén como se pegan a las piedras los caracoles babeantes. Pero Belén y las mujeres como ella no están hechas para Santiaguito ni para los de su casta. Por eso sale a escape hacia La Guayra, y abriéndose paso con un pachano de oro en el burdel de los capitanes, descargó en una bella danesa la excitación desencadenada por Belencita.

Su humillación alcanzó a punto de furor cuando la regente se negó a darle cambio:

—Qué va, mi amor —le contestó la mujerona con su acento guaireño—. ¿Cuándo se ha visto a un negrito como tú con una morocota?

Santiago trató de argumentar pero la mujer amenazó con llamar a un cabo de policía.

Temeroso, salió de la casa con el alma abollada y maldiciendo su piel.

Durante días caviló cómo hacer para sacar su dinero a flote sin despertar sospechas. Lo del burdel ha sido una advertencia.

El pretexto comercial no alcanza a un pobre empleado. A través del juego es imposible, porque tendría que ganar, y a él no lo dejan entrar en los casinos. El cuento de un pulpero amigo suyo, que recibió una herencia de un tío en España le da una idea. Su madre era isleña de Tenerife, que se le fue a su padre, con un paisano. Según contara el mismo Santiago tenía en las islas unos tíos podridos en plata. ¿Por qué no in-

ventar un cuento en ese sentido? ¿Por qué no se hace llegar una carta? En Venezuela la gente que se encuentra unos reales inventa que los heredó de un pariente del otro lado. Un día se decide, valido de la amistad fugaz que le brinda un oficial español, camino de La Habana y so pretexto de que quiere gastarle una broma a su patrono, se hace escribir una carta donde un presunto abogado le participa que acaba de heredar de su tío Ramón, quien ha muerto sin hijos, una fortuna de cien mil pesetas.

Víctor Alberto y la familia aceptan el infundio. El banquero todavía se acuerda de la madre de Santiaguito. Era una isleña sucia pero de muy buen ver cuando se ponía cutuperta como decía su padre, el general Machado, al que más de una vez vio echándole los perros, mientras el bueno de Santiago Blanco se sentía orondo de su catira. La mujer, quien había perdido a su hombre en uno de esos alzamientos que precedieron a la Guerra Federal, llegó a casa de los Machado, vacilando entre meterse a sirvienta o acabar de lleno en los burdeles de El Silencio. Santiago Blanco, con sus cincuenta años y su mayordomía, se sentía hombre para la isleña. Pero poco le duró el goce, pues a los pocos meses de haber parido a Santiago se le fue con un paisano de Lanzarote.

El mismo banquero le facilita a Santiaguito el dinero que necesita para el viaje. Y hasta le permite acompañarle en la mesa del jardín cuando toma el desayuno. Belencita lo ve con esos ojos claros que dicen mucho y no dicen nada. A Gonzalo le ha prometido comprarle un bote cuando herede.

En vísperas del gran viaje, Santiaguito está desvelado totalmente. Las caricias de Víctor Alberto lo han dejado tenso. Hace calor esa noche de agosto. No hay ni un soplo de brisa. Las olas revientan aburridas. Es más de media noche y el sueño no viene. Santiaguito se incorpora del lecho. Se dirige hacia la playa. Lo tienta darse un baño en el pozo de Belencita. La luna está llena y mañana será un día diferente. Baja la escalera, traspone el corredor y atraviesa los diez metros que lo separan del pozo. Sus pies desnudos chasquean entre las hojas caídas de los uveros. La luna le cae de pleno a los peñascos. Hay algo vivo entre las aguas. Parece una tonina enana, pero es una mujer que chapotea. La

mujer emerge del pozo. Santiaguito se hace a un lado y se oculta tras los uveros. Está desnuda. Parece irreal. Se sacude el pelo pegando saltitos que no le mueven las carnes. La luna le da en la cara. Es Belén. Santiaguito respira grueso. Siente un impulso emergente: salir de su escondite y enfrentarla como un lancero, pero lo retiene un miedo de siglos. Turgencias dolorosas aplasta con la mano. Belencita se seca con el batolón de dormir. Camina hacia Santiaguito semisonreída. Bruscamente detiene su marcha. Su mano derecha se eleva hasta la cabeza. Un grito de bestia herida sacude la noche. Un grito crudo de epiléptica y ahí sobre las piedras cayó sin conciencia, mientras su cuerpo casi desnudo era preso de airadas convulsiones, con remedos de cópula. Cuando cesaron, tenía la expresión de hembra violada y plácidamente dormida.

Santiaguito se aproximó como perro que husmea basura. Goloso recorrió el cuerpo desnudo. Las manos acariciaron los senos, el rostro, el pubis. El sueño profundo se había llevado las crispaduras. El deseo de Santiaguito fue superior al miedo y allí, entre las piedras de Macuto, le rompió a Belencita centenarios prejuicios de casta.

Cuando Belencita volvió en sí supo que esa noche la había poseído un trasgo en la playa. Carolina al saberlo volvió a comentar:

—No hay desgracia que venga sola. Ya vamos por la tercera. ¿Cuándo será la próxima?

Esa misma mañana, a bordo del «Ciudad de Tenerife» partió Santiaguito hacia Canarias buscando salida a su encubierta fortuna.

* * *

La desgracia en casa de los Machado se negó como vaticinó Carolina, a marchar sola. Al mes de aquel encuentro con el trasgo de los uveros, Belencita tuvo la más absoluta seguridad de haber quedado encinta.

—¿Qué hacer, Dios mío?

Víctor Alberto que tenía sus dudas sobre los elfos playeros y tremendas sospechas contra Juan Corrales, impuso su deseo de emparentar con la nobleza europea:

—Yo sólo veo una solución, que Belencita acepte al Conde Ceba-

llos que tiene cara de no saber lo que es un virgo, y que se case dentro de dos meses, para que le nazca el muchacho sietemesino.

Belencita trató de defenderse pero la situación no admitía más demoras. Un buen día Macuto entero amaneció sorprendido. Belencita Machado se casaba con Ceballos, poniendo inexplicablemente de lado al guapo militar. Nadie entendía aquella decisión y mucho menos el edecán de Crespo que fue enviado en misión diplomática al exterior.

En fecha fijada se celebró el matrimonio. A Belencita se le dio una dote de 50.000 pesos para que fijase residencia en la corte e hiciera la felicidad de su padre.

13. «Sólo falta Doña Carolina» (1886-1889)

Tres meses más tarde los Machado recibieron carta de Santiaguito. La herencia del tío era mucho mayor de lo que suponía —decía el mulato—. Como estaba en bienes raíces difíciles de liquidar, pensaba quedarse una larga temporada en Canarias, «tanto para conocer mundos como para darse sus gustos».

Mes a mes, Víctor Alberto recibió clamorosas noticias de Santiaguito que hablaban de redondas y relancinas operaciones comerciales:

19 —Yo siempre profeticé que ese muchacho llegaría muy lejos —apuntaba el financista—. Así comenzaron los Boulton y mirenme por donde van.

* * *

Al año, y como un Rey Mago, cargado de regalos, llegó Santiaguito. Más de quinientos mil bolívares en efectivo depositó en el Banco. Se le

veía excitado, seguro y más echón que un maracucho, como observa José María Otáñez. Su acento plebeyo de sanjuanero casi había desaparecido. Ahora tenía un tono neutro por donde a veces escapaban los ¡gua! y los ¡cónchales! junto a los ¡vamos hombre! y «no sea usted de-saboria». Su traje —y esto fue lo que llamó más la atención en los Machado— aparte de ser impecable en el corte combinaba con acierto los colores. Y su piel se había blanqueado tanto que a la misma Carolina siempre tan comedida se le escapó un «¡Mijito, hasta te has desper-cudido! Lo que hacen los reales y la buena vida».

Pero la sorpresa de la familia fue en aumento cuando a la primera invitación a cenar que le hicieron al mulato, esgrimió con refinamiento los cubiertos y hasta comentó las excelencias del Chateau Rotschild que le sirvieron.

Santiaguito disfrutaba a cabalidad de la sorpresa de los Machado y se felicitaba por la elección de Aurelio su mayordomo; un español carlista que había sido valet del Conde de la Gomera. Desde el primer momento en que conoció a Aurelio, comprendió que nadie mejor que él para que le sirviese de mentor en el arte del buen vivir. Él fue quien le enseñó a vestirse, lo que, aunado a la buena figura del mulato y al dinero que dejó caer a manos llenas sobre los mejores sastres de la ciudad, lo convirtieron en un hombre cuya presencia correspondía exactamente a su fortuna. Aurelio le enseñó a elegir los mejores vinos y puso en sus manos el abanico de contraseñas que utiliza la gente bien para identificarse. Santiaguito desde el incidente con la meretriz comprendió que sin un trasfondo cultural y técnico su fortuna se volvería sal y agua.

Un día le dijo al español:

—No quiero que sea más mi sirviente. Cuando lleguemos a Caracas le voy a poner al frente de uno de los negocios que voy a abrir y será mi socio.

—No, Don Santiago —le respondió Aurelio—. Yo no sé hacer nada. No tengo iniciativa y necesito que me protejan y manden. A los cincuenta años no voy a cambiar. De modo que si usted no se opone, yo prefiero continuar siendo su mayordomo hasta que Dios disponga.

Por eso, cuando Santiaguito desembarcó en La Guayra, Víctor Al-

berto y su familia no dieron mayor importancia al español que con aires de cura de aldea, traía Santiaguito junto a su equipaje.

Santiaguito Blanco abrió los ojos y se preguntó qué había hecho Aurelio o qué le habían hecho. Nunca lo pudo averiguar. Era un hombre sereno, discreto y plácido que escuchaba misa a diario, comulgaba los martes y vertía a diario sus observaciones hasta lograr que Santiaguito creciera en sabiduría y malicia, como un confesor de cardenales.

Santiaguito, conociendo la pasión amorosa de Víctor Alberto, le propuso la compra de la mitad de las acciones de los almacenes de La Guayra por un precio irrisorio. «Así nos veremos a diario», le susurró coquetón. Y como el otro mostrase vacilación lo convenció reviviendo emociones dormidas.

El viejo almacén cambió su nombre de Víctor Alberto Machado y Sucesores por Machado y Blanco importadores. Luego se compró un viejo barco que hacía el servicio de cabotaje desde Maracaibo y otro que iba hasta Guíría a través del cual metió cuantioso contrabando en connivencia con los cónsules venezolanos de Las Antillas. Con estos tres puntales en su haber, Santiaguito encontró la justificación para poner en circulación el millón y medio de bolívares que todavía ocultaba y que por obra de sus gestiones se triplicaron en pocos años.

Gonzalo Machado, con sus veintiún años, se convirtió en el edecán de Santiaguito, quien lo colmaba de regalos en compensación culpable a la fortuna birlada a su padre.

—Este Don Gonzalo es un chico con clase —decía Aurelio—, me recuerda mucho a mi patrono, que en paz descanse, el Conde de la Gómera. No así su padre, que será todo lo mantuano que usted quiera, pero le falta solera. ¿No ve usted cómo me saluda? Como si yo fuera su igual. Es un charlatán que no puede quedarse en silencio ni un instante, por eso mete la pata, pues por darle a la sin hueso le monta conversación al primero que pasa. ¡En cambio el chico! No dice los años que tiene para sentir su dominio y señorío. Fíjese usted cómo ordena. Uno no puede sustraerse a servirle. Este chico llegará muy lejos. Que se lo digo yo, que he conocido tanto de la vida.

Santiago sentía cariño profundo por Gonzalo hasta deleitarse con

su presencia. Al principio fue un afecto de padre a hijo o hermano mayor al último de la partida; pero luego se dio cuenta que a veces lo confundía con Belencita. Un día en medio de una borrachera no supo ni cómo ni cuándo se encontraron en Sodoma. Cuando el Mulato se despertó y se encontró sin ropas al lado de Gonzalo, se rascó la cabeza y entre risueño y avergonzado exclamó:

—¡Caraj!, de esta familia la única que me falta es Doña Carolina —y se le quedó prendida la imagen de la mantuana.

14. *Los sueños de Carolina*

(1889)

Carolina era una mujer al final de su juventud, con un toque de primera marchitez. Aunque la boca se le había recogido en un pliegue ascético, sus ojos eran húmedos y centelleantes y su talle tenía la belleza de las estatuas clásicas. Santiaguito comenzó a verla fijo y a los ojos. Por un tiempo Carolina simuló no darse cuenta y lo esquivó pudibunda, hasta que un día la mirada se cargó de lascivia en recepción abierta y entendida.

Carolina se mira y remira en el espejo. Los ojos ya no tienen la dulce y dormida expresión de veintitrés años atrás; son ojos resentidos, negros y brillantes, los que refleja el mueble. Ojos de pasión domada por el miedo y la necesidad de olvido. Olvidar y sufrir ha sido su sino desde la muerte de su padre a comienzos de la Guerra Federal. Tenía apenas once años cuando sus mismos hombres lo trajeron en andas. Lo mataron los liberales por los lados de Barinas. Era un hombre apuesto y rubio, con la mirada profunda. Tenía casas y haciendas, negros y campos. Al poco tiempo de su entierro, entraron triunfantes los federales, con Falcón al frente, y arrasaron su casa. Se llevaron los muebles y no le hicieron mal a ella porque Doña Rita, su madre, con una tea en

una mano y un revólver en la otra amenazó con quemarla viva antes de que le pusiesen un dedo encima.

Luego vino la pobreza y la persecución. Vendieron haciendas, se fueron los negros, y los hombres de su casa cayeron uno tras otro, víctimas del odio amarillo.

Cumpliendo los diecisiete años conoció a Antoñito, el que con el correr del tiempo sería Jefe Único de la República. Pero ya estaba de amores con su primo Andrés Vegas Ibarra. Era un espléndido mozo, alto y ágil como una jabalina y de un moreno claro como el café que madura. Duro luchó como el resto de su familia contra las hordas liberales y se cubrió de gloria y de pena en más de cien combates. Antoñito, a pesar de Andrés, le daba vueltas desesperado, sumiendo a Carolina en la duda, pues era también alto y apuesto, con gracia y resabía de aventurero. Lo único que la detenía era el odio que Guzmán sentía por toda su parentela, a quien juró exterminar en tronco y simiente. Cuando Carolina supo lo del juramento, jamás pudo imaginar que también sobre ella se abatiría la maldición.

Nunca olvidará lo que sucedió aquella tarde. Era la hora del paseo y Carolina y Andrés platicaban al pie del balcón de las Ibarras, cuando un destacamento irrumpió en la calle. Un mestizo crucial, hizo la pregunta mientras los troperos formaban un círculo amenazante.

—¿Es usted el capitán Andrés Vegas?

—El mismo —respondió altanero el joven.

—Rece entonces un Credo, porque le llegó la hora.

Los fusiles hicieron una parábola de muerte. Carolina dio un grito.

El mestizo volvió a gritar:

—Quítese de la ventana, señorita, que no le queremos agujerear el busto.

Carolina desesperada invocó a Santiago Apóstol, Patrono de la familia. En el momento en que corría hacia la calle, la tropilla vomitó su carga. Aferrado al ventanal, Andrés, ensangrentado, se deslizó muerto hacia el suelo, entre los sollozos de Carolina.

Andrés y Carolina se habían amado con pasión abierta. Para diciembre pensaban matrimoniar, pero entre tanto Carolina y su primo

hicieron crujir por meses con sus cuerpos desnudos las hojas secas del vasto corralón.

La muerte de Andrés le dejó varada. «Ya nadie se casaría con ella, o la devolverían la noche de bodas, como pasó con su prima María Manuela.» Pero un buen día apareció Víctor Alberto como un arcángel en pantuflas y, cansada de tanta pobreza, decidió seguir el consejo de casarse con el hijo del Mulato Machado.

Por años Carolina mordió la almohada y trató de borrar el recuerdo del joven militar pero Víctor Alberto no servía para el olvido con su cuerpo fofo y su parla ceceante y desvaída.

El mismo día en que entró Guzmán triunfante a Caracas y saquearon la casa de sus parientes, se encontró con su otro primo frente a frente. Guzmán captó su ansiedad de hembra insatisfecha e hizo florecer requiebros y suspiros que se llenaron de bayas succulentas. Por meses se amaron el uno al otro hasta que, sacudida de terror por un falso embarazo, decidió para siempre olvidar las sensaciones que sembrara Andrés entre el crujir de las hojas secas y se adormiló en su quehacer de matrona casta y hacendosa hasta que llegó Santiaguito a perturbarle el sosiego.

Un día el Mulato le atrapó una mano y ella la escurrió con ligereza. Otro día en que la supo sola en la casa, Santiaguito decidió rematar su obra. A paso sigiloso, de ratero entre sombras, se deslizó hacia las habitaciones de Carolina. Ella lo vio venir y huyó a su alcoba. El Mulato, sabiéndola acorralada por el miedo y el deseo, avanzó frontal y violento. Cuando traspuso el umbral se encontró a Carolina totalmente desnuda, con el pelo suelto y la mirada de loca. En la mano derecha tenía un crucifijo y en la izquierda una vela del alma que oponía a Santiaguito.

—Vade retro, Satanás —profirió con voz chillona—. No te basta con haberlos pervertido a ellos, que ahora lo quieres hacer conmigo. —Y Carolina Machado con un llanto incontenible dio rienda suelta a su locura. Cuando la llevaban a encerrarla en el manicomio de los Teques, clamaba por las calles que Víctor Alberto su marido era marico, que Gonzalo su hijo era marico y que el negro Santiaguito Blanco era el

macho de todos y que era el padre del hijo de Belencita. La ciudad rió de aquellas ocurrencias. El grave doctor Rosa comentó que el delirio homosexual es muy frecuente entre los locos retraídos de buena familia.

Cuando ya el coche celular tomaba el camino hacia Los Teques, Carolina, rejuvenecida por la locura que afloraba el deseo, le gritaba a Santiaguito que la seguía con Víctor Alberto en un landó.

—Santiaguito Blanco vente p'acá, pues, ¿todo va a ser para los otros? Vuélveme a ver como antes, mi negro bello. —Y una carcajada estruendosa hacía volverse a los pasantes, mientras agitaba los brazos como rama seca.

—Ninguna desgracia viene sola —le dijo Víctor Alberto a Santiaguito, mientras le acariciaba el muslo por debajo de las mantas escocesas.

15. *El señor de La Mulera*

(1889)

Juan Vicente Gómez a los treinta y dos años era un hombre robusto, a quien se le hizo corta la primavera. Su robustez y su rostro encapotado le dan más años de los que lleva encima; lo mismo que su vientre prominente y su parla comprometida.

Juan Vicente amaba a «La Mulera» con pasión extraña, aunque no era más que una caja de tierra yerma y rojiza que marchaba vertical hacia la cumbre fría para precipitarse sinuosa en la hondonada. «La Mulera» es tierra fría y neblinosa a pesar de su escasa altura y del pasto ríspido y cortante como el que crece en las tierras bajas, rojizas y calientes.

La casa era un rancho grande y feo rodeado de tierra yerma y entristecida. Juan Vicente Gómez había heredado de Hermenegilda el instinto preciso del mandato. No tuvo que gritar ni patalear como la mayor parte de los mozos cuando sustituyen a los padres en la conduc-

ción de hombres. Sea por su estatura bizarra o por la palabra precisa hecha para aquellos hombres que nada saben de dudas, el caso fue que Juan Vicente manejó «La Mulera» mejor que su mismo padre.

Nadie sabía de dónde tomaba su ciencia, aunque a veces decía con asordinada voz de fraile:

—Es bueno irse lejos, a los sitios apartados de la montaña, y oír las voces que vienen de adentro y atender a esos sueños que salen al clarear el día, pues ellos tienen los presagios de ciertas noches largas.

Por eso tomaba frecuentemente el camino de la montaña y entre las doradas cumbres del sol paramero hablaba con sus diablos y con sus dioses que era como hablar consigo mismo. De esa cháchara brumosa salió su fortuna. Gracias a ella Hermenegilda y su tribu llegaron a saber cuándo era el día de vender o de permutar. Cuándo era el tiempo de recoger el ganado y de pasarlo a Colombia o de venderle el café a Blohm antes de que se perdiera la cosecha. Gracias a sus poderes y a sus voces, «La Mulera» se convirtió en el más rico fundo de la región y Juan Vicente sedimentó todavía más su bien justificada fama de faculto.

Pero el hijo de Hermenegilda era brujo y adivinador para él y para los suyos. Nunca para los demás. «El don que nos da Él no se prodiga», respondía a los que mendigaban consejo. «Quien ve el bien para los demás no encuentra el propio. Dinero, dáselo a quien te lo pida —le decía a Juancho—, pero consejo a nadie, porque la suerte es como la mujer, que si la compartes te abandona».

A diferencia de los curas y de los médicos, a quienes nadie hacía caso, por pretender enseñar lo que no sabían, los campesinos de «La Mulera» y sus alrededores trataban de interpretar los modos de Juan Vicente. Si vendía café antes de tiempo, lo imitaban enseguida. En los gallos la gente apostaba al suyo, lo que no dejaba de ser una vaina, pues ya no podía perder como cualquier jayán de los contornos. Por eso iba a las galleras acompañado de su hermano Juancho y hacía que él, secretamente, apostara en su nombre, pues no hay que comprometer su prestigio de hombre sortario.

—«Del hombre sin suerte todo el mundo huye —decía—, porque los

vientos que lo sacuden agarran al que se le acerca y no hay hombre más infortunado que aquél que se ha quedado solo».

* * *

Juan Vicente con los años se ha tornado serio como un mayoral. Eustoquio y Juanchito, que no acaban de entender el cambio del primo y hermano se lo preguntan un día ya que a Juan Vicente nada hay que le guste más que un buen cacho, un juego de gallos y una buena hembra.

—Jefe es jefe y vive solo. El día que yo me eche tragos con los peones, o me vean saltar de contento o de rabia cuando gane o pierda mi gallo, el respeto se me viene al suelo.

»¿Usted cree, Eustoquio, que si la hacienda cayera en sus manos el señor Severig o el señor Nagel le entregarían los créditos?

—Pues claro que no —respondió el rubio.

—Pues ahí tiene la respuesta. Para esos alemanes, como para cualquier criollo con experiencia, la mejor credencial es el trabajo y la peor los tragos y el juego. Hombre que juega y bebe gasta más de lo que tiene y tarde o temprano no paga.

—¿Y las mujeres? —preguntó con sorna Juanchito.

—Eso es distinto. Cuando no ha llegado la edad de pagarle a las mujeres, bien tonto es el hombre que se deja sacar plata. Mujer enamorada paga y no cobra. A mí ninguna mujer me ha sacado ni un cobre.

—¿Y la rusa de Cúcuta, la bailarina del circo?

Juan Vicente sonrió:

—A cualquiera se le muere un tío y no fue mucho lo que me sacó; y ustedes saben por qué me pasó eso: por estar enamorándome. La rusa se aprovechó que yo me puse como pajarito ante la culebra y me bajó con esos ojotes verdes y aquellas piernazas rosadas como jamones. Y retegüena que era la condená. Pero más nunca me volverá a pasar: las mujeres para la cama cuando uno tiene ganas y si no la tiene en casa que friegue y cocine cuando a uno le quede tiempo. Hombre que se salga de esas casillas se fuñe porque las mujeres son como los tigres enjaulados: si uno las suelta se le vienen encima y lo muerden.

Y se le apareció Dionisia, la mujer que se trajo de Capacho, y que una vez le arañó la cara porque lo cazó con Ramona. «Y todo —pensó— porque le di a ella más de lo que le daba a las otras.»

Dionisia Bello era una rica hembra, a quien conoció por casualidad, la tarde en que llevó la tropa revolucionaria hasta Capacho. Ese fue un día memorable, rumia Juan Vicente. Gané un amigo, perdí otro y conocí a Dionisia.

La noche ya estaba alta cuando llegó la aventura. Los perros comenzaron a latir. Él, que en esos momentos acariciaba a Ramona, una india de largas trenzas, se incorporó del suelo y escuchó atento. «Ceniza» y «Chama» ladraban rabiosos apuntando hacia el camino. Eran tiempos de guerra, pero no había noticias de que hubiese partidas por los contornos. El General Evaristo Prato, que había invadido por Colombia, seguía muy lejos de «La Mulera» y el General Colina seguía alzado en Mérida. Juan Vicente aguzó los sentidos y al fin avizó una tropilla que avanzaba por el camino. Eran cuarenta y dos hombres de caballería bien apertrechados, comandados por un joven oficial que le pidió sin alternativa, que los llevaran a Capacho, sitiada por el Gobierno.

Juan Vicente, resignado y hambriento de las trenzas de Ramona, condujo la tropa a través de los desfiladeros y de una interminable llorizna paramera. Ya bien entrada la mañana llegaron al pueblo. A más de una legua se oían los disparos. A galope avanzaron hasta la plaza. Una descarga cerrada aturdió a Gómez y una bala le mató el caballo. Rodó por el suelo y perdió el sentido. Cuando le pasó el aturdimiento, defensores y atacantes combatían con encono. Deslizándose de puerta en puerta llegó a una esquina de la plaza donde borboteaba la pelea. Tronar de fusilería y órdenes de mando se sucedían. No tuvo miedo; por el contrario, se deleitó con la escena. Una voz de mujer dijo a sus espaldas:

—No sea loco, señor Gómez, que lo van a matar. Métase para adentro.

Era Dionisia Bello. La puerta cerró crujiendo y se tragó a Juan Vicente. Arreciaba el combate. Gritos de agonía y maldiciones hicieron

enmudecer a los pájaros. Lleno de embeleso se asomó al balcón como si fuera procesión de Corpus. Un galope de injurias desembocó en la plaza: la tropilla de caballería que él había conducido desde «La Mulera» atacó a los sitiadores. Los soldados del gobierno, entre dos frentes, intentaron huir. Pero los sitiados se salieron de madre y los arrasaron a machete. Al frente de ellos estaba un hombre pequeño y de barba negra que repartía mandobles con extraordinaria energía. Era Cipriano

21 Castro.

A la media hora cesó el combate y las fuerzas revolucionarias tomaron posesión del pueblo. Gómez deambula por las calles después de la batalla. Hay más de trescientos muertos regados por la plaza. Debajo de un banco sobresalen los pies de un muerto. Juan Vicente siente un ramalazo. «Esas patas las conozco» dice. Y de un salto le buscó la cara. Era Evaristo Jaimés con un tiro en la frente.

Contrito y lloroso le dice a un oficial que quiere llevarse al muerto. El hombre hosco le responde que por decisión del general Cipriano Castro los partidarios del gobierno serán quemados en una misma hoguera. Gómez busca al oficial, a quien escoltó con la partida e insiste en que le entreguen el cuerpo de Evaristo. El hombre cordial lo presenta ante Castro y le da cuenta de su auxilio.

Castro le agradece su servicio y pregunta por qué un hombre de sus condiciones se encuentra al margen de la política. Gómez le responde que él es apenas un hombre de trabajo con numerosa familia por quien velar. Castro no acepta la excusa y apunta entre solemne y jovial:

22 —Acuérdese de lo que repetía Antonio Leocadio Guzmán: «Prefiero una libertad peligrosa antes que una esclavitud tranquila» —Gómez lo escucha con fervor. El hombrecillo es como esos indios colombianos que duermen serpientes. Y él, en ese instante, se siente una serpiente gorda, grande y andina. Finalmente le entregan el cuerpo de Evaristo que acomodó atravesado en una mula.

Cuando emprende el camino de retorno piensa en Castro, en Dionisia y en la profecía del Brujo de La Mulera.

A Dionisia le dio tres vueltas y se la quitó al marido con sus cuatro muchachos, lo que le hizo decir a Doña Hermenegilda, su madre:

—Mire que yo he visto cosas en mi vida, pero que un hombre se saque a una mujer con cuatro hijos no se le ocurre sino a Juan Vicente— y pensó con un dejo de envidia cuando veintiocho años atrás abandonó al hombre con quien vivía en Cúcuta y se vino sola y de noche hasta La Mulera donde Pedro Cornelio la esperaba con su cara de españolito.

Dionisia vivía con sus hijos en casa aparte, muy cerca de La Mulera porque él no era hombre de dormir con hembras, pues le sacan los secretos y le hacen mal al guerrero, como dijo el Brujo. La presencia de Dionisia no impidió que Juan Vicente continuase ejerciendo sus derechos de peñador y de gran señor de la conquista.

16. *«Cuentas por cobrar»* (1891)

Desde que murió Pedro Cornelio de una pulmonía, a un año del terremoto, Juan Vicente heredó el mayorazgo. Con tino y tiento —como supuso su padre— enriqueció la finca. De modesto fundo pasó a ser una de las mejores posesiones del Táchira. Como un rey voraz que trasega feudos fue comprando haciendas y fincas limítrofes. En la parte alta sembró bosques para dar sombra al café y en los valles bajos engordó el ganado que venía de San Cristóbal para venderlo alzado en los mercados de Cúcuta.

Trabajaba desde las cinco de la mañana hasta que caía el sol. Con sus propias manos derribaba árboles, sembraba cafetos y cambures, desmontaba techos, bajaba y subía a San Antonio e iba y venía de la frontera.

Con pericia militar organizaba las caravanas que desde La Mulera iban a Cúcuta arriando ganado y alejó y venció los cuatrereros que le salían al paso. Redujo los gastos del acarreo por contabilidad matemática. Sabía cuánto se comía un peón en dos días de camino; cuántas reses se

caían por los desfiladeros, cuánto era el costo desde que nacían hasta el matadero.

Al cabo de diez años de la muerte del padre, Juan Vicente Gómez era uno de los comerciantes más prósperos y respetados del Táchira. Cuando llegaba a San Cristóbal los mayores comerciantes y hacendados hacían lo indecible por ganar su favor, porque además de ser honrado, cumplía con exactitud sus compromisos.

Paulatinamente fue intimando con el General Cipriano Castro, quien además de ser un brillante político y notable orador, gozaba del favor del gobierno. La obsesión de Castro era el poder.

—Sin poder en Venezuela, el más infeliz Jefe Civil, si quiere arruinarlo lo arruina, Don Juan Vicente.

—Eso es verdad, Don Cipriano, pero como yo siempre los tengo de mi lado no hay nadie que me moleste.

—¿Y cómo hace?

—Pues les doy su parte cuando me la piden y cuando no me la piden también. Ya eso lo tengo incluido en los gastos.

—Pero eso no es digno ni heroico, Don Juan Vicente —exclamaba el tribuno—. ¿Cómo se va a dejar quitar el fruto de su trabajo honrado, sin una protesta siquiera?

—A mí me da resultado y me dejan quieto; lo otro me puede salir muy caro, como ya le ha sucedido a varios.

—Pues son precisamente esas cosas las que estoy dispuesto a combatir. Lo mismo que debemos procurar que en el Táchira tengamos un gobernador de la región. Y a propósito, Don Juan Vicente, estoy recogiendo algunos pesos para cuando vaya a Caracas y presente ante el Congreso nuestras necesidades. Como yo soy un hombre pobre no me queda más camino que perderle una ayuda a los amigos —y enrojeciendo un poco añadió:

—Y perdone, Don Juan Vicente.

—Por nada, Don Cipriano. Usted y la causa se lo merecen. —Y esa noche anotó en su libro de contabilidad:

«Doscientos pesos al General Cipriano Castro» y lo colocó en el renglón de «cuentas por cobrar».

* * *

Con los años Juan Vicente, a quien le gustaba el respeto tanto como una caricia de mujer ajena, fue descubriendo en sus constantes viajes a la capital de Estado y en el trato con los políticos y con los hombres de saber, que la mayor palma se la llevaban los políticos, aunque fuesen ladrones, sinvergüenzas e ignorantes. Don Cipriano continuaba martillando sobre el mismo tema:

—Yo no me explico, compadre —ya que lo había hecho padrino de uno de sus hijos—, qué hace un hombre de sus condiciones metido en un cerro arriando ganados, cuando la Patria y su destino lo reclaman. ¿Usted no cree que sería un gran gobernador del Táchira? Goza del respeto y de la admiración del conglomerado. Es usted un gran administrador. Sabe mandar, que es lo importante. ¿Hasta cuándo va a seguir encaramado en aquella montaña triste? ¿No se siente solo y fastidiado cuando cae la tarde y las ranas comienzan a croar?

* * *

La primera noche que pasó en La Mulera después de aquella observación la casa se le hizo insoportable.

¡Qué diferentes resultaban aquellas conversaciones con Don Cipriano y sus amigos a aquellas aburridas veladas con sus primos y sus hermanos alrededor del fuego de la cocina hablando de aparecidos, vacas y hambre!

En San Cristóbal o en Cúcuta a esta hora los hombres conversaban sabroso en los cafés o en el interior de casas bien acomodadas y no en esta pocilga que da vergüenza que nadie la vea. Aparte que las mujeres, malas o señoritas, son muy distintas a estas peonas hediondas a tierra y ya sin dientes a los veinte años.

Don Cipriano le había hecho un mal o un bien, pues le había enseñado un mundo más amplio y divertido.

Lo que decía su compadre también tenía sentido: «Si yo he hecho

de un rastrojo la mejor finca de la región y si por mi propio esfuerzo he pasado de campesino acomodado a un hombre rico, ¿por qué no sigo probando suerte?» ¿Quién quita, como dice el compadre, que hasta llegue a ser gobernador del Táchira? Al fin y al cabo gobernar es administrar y mandar y él tanto en lo uno como en lo otro se las lleva de calles. Aparte que el Brujo en sus profecías, cumplió su primera parte. ¿No condujo él, el cuerpo sin vida de Evaristo? También había dicho que ese mismo hombre haría de Rafael María Velasco un señor de importancia en el gobierno. Si estaba clarito —se dijo Juan Vicente—. Ese hombre soy yo. Yo seré gobernador del Táchira, y Rafael María, Jefe Civil de Rubio o de Lobatera —y por primera vez en muchos años se sirvió una copa de brandy y la sorbió con deleite frente al fuego.

»Mañana mismo me voy para San Cristóbal, para decirle al compadre que cuente conmigo, que voy a seguir sus pasos y me voy a meter en la politiquera —y luego de mucho vacilar volvió a escribir en su libro de cuentas por cobrar:

«Doscientos pesos —General Cipriano Castro—.»

17. *La Madama*

(1891)

A los seis años de su retorno, Santiaguito es uno de los hombres más ricos del país. Por treinta mil pesos compró la hacienda «La Esperanza», la mejor finca de Aragua, y tiene casa en Altigracia que no le baja de otros veinte mil pesos. La gente desconcertada murmura y cotillea sobre el origen de tan cuantiosa fortuna. Unos dicen que encontró el tesoro de la Catedral perdido desde el año 13 y otros que es persona interpuesta de Guzmán. «Negro no le gana a rico sino halando escardilla» —comenta José María Otáñez—. ¿Quién sabe lo que habrá hecho ese negro para reunir tanta plata?

—Lo único que te puedo decir —señalaba Maricusa de Las Casas—

es que esos reales son robados. Los de Las Casas tenemos doscientos años en este país y jamás hemos tenido juntos lo que tiene el negro Santiago Blanco en la sala de su casa.

Pero Santiaguito, que ya tiene cuarenta años y dientes de oro, se limita a sonreír:

—¿Entierro? No jile. Si entierro es agachar el lomo desde que amanece hasta que se recogen las gallinas, llámelo así, porque ahí es donde está el secreto de mis reales.

Y como Santiaguito es cada vez más rico y generoso, con el tiempo nadie lo importuna con preguntas reticentes y afirmaciones burlonas. Un coro de sablistas sigue su huella y no hay taberna ni tahona donde no sea recibido entre exclamaciones admirativas llamándole hermano.

Los diarios realzan su personalidad de acrisolado comerciante, ejemplo de facundia industrial y de generosidad para con los desposeídos, como escribe un cronista del «Constitucional», a quien Santiaguito le editó un libro de poemas. Y Doña Maricusa, que además de anticuaria es prestamista, queda pacificada por un Tovar y Tovar que le vende a Santiaguito a precio de Tintoretto.

—Es que la gente es muy mala lengua, además de que hay historias confusas. Al parecer Don Santiago es hijo de una de las familias más encoquetadas de las Islas Canarias. Sólo que la madre, quien al parecer dio un mal paso con un príncipe árabe mandó al muchacho a Caracas a que lo criaran en casa de los Blanco. Eso de que es hijo del manumiso Santiago Blanco es puro cuento. Igual que Piar. ¿No era acaso hijo de una Jerez de Aristiguieta y Blanco Herrera que metió la pata con el Príncipe de Braganza? ¿No le inventaron también que era hijo de una lavandera curazoleña para taparle el cuento?

—¡Pero Maricusa, tú estás loca! —exclamó espantado Don Aristides Rojas—, ¿de dónde has sacado unos disparates semejantes?

—Que no son disparates Don Aristides, ni lo de Piar, ni lo de Santiaguito. Mi papá estaba presente cuando el Libertador lloró al oír la descarga con que mataron a Piar. ¿Y sabe lo que dijo? «He derramado mi propia sangre...», ¿no es eso muy sospechoso? Por eso es que yo estoy segura de que Santiago Blanco es hijo de alguien muy importante

en Canarias. ¿Usted sabe quién es Aurelio el sirviente? Pues nada menos que ayuda de cámara del Conde de la Gomera. ¿Usted cree que si Santiaguito fuera un pistolo, un hombre como Aurelio estaría a su lado?

26 Don Arístides se quitó los lentes y tan sólo pensó que el cuento de Maricusa era tan verosímil como sus crónicas e historias.

La especie de la anticuaría prosperó y Santiaguito continuó siendo su mejor cliente. De ahí en adelante Maricusa ponía más pepones los ojos y estrechaba su boca en garabato si alguien al hablar de Santiaguito no lo cubría de lisonjas.

Maricusa fue una medida de la penetración social alcanzada por Santiaguito, pues a pesar del descenso económico de su familia, Maricusa, por su vocación de azafata y de modista de los recién vestidos, era un verdadero árbitro del gran mundo que consagraba o fulminaba a los arribistas.

En La Victoria, donde queda «La Esperanza» la aureola de Santiaguito es amplia y luminosa como santo de retablo. Es un auténtico cacique a quien autoridades, pueblo y notables halagan de las mil maneras. Sus alacenas rebosan de las mejores frutas de la región y de piezas de cacería. Las muchachas pintonas le son ofrecidas en racimo y su paso a caballo despierta aplauso y regocijo. Apadrina muchachos, regala dinero a los curas y salpica a todos de pequeños favores sin quitarse la careta de hombre bueno y sencillo, como reza el manual del aprendiz de caudillo en Venezuela. «Ni muy popular, ni muy señor. Hay que ser un popular señor» —señala un aforismo.

El espaldarazo definitivo lo da el Presidente Andueza, a fines del 91, al hacerlo diputado por el Estado de Aragua. Días más tarde, a propuesta de Víctor Alberto, es aceptado como miembro del Club Ve-

27

—¿Un hijo de esclavos aquí? —exclamó Laureano Villanueva, a lo que le respondió el marido de Maricusa, con quien ya tenía un pagaré vencido:

—Pues dile a tus hijos que se pongan de buenas con él si no quieres que los manumisos sean ellos, porque el hombre viene tumbando y capando.

A pesar de que algunos miembros del Club amenazaron con largarse, Santiaguito persistió, y se dejó esquilan en la baraja, como le aconsejó Aurelio.

—A esa gente no la va a conquistar con brindis y saraos. Por lo contrario, los ofende y hace usted el pelma; hágalos ganar dinero, déjese robar en pequeños negocios o pierda en el juego.

Pasado el tiempo, hasta los más recalcitrantes terminaron por admitir que Santiaguito tenía clase y solera, y comenzaron a repetir el cuento de Maricusa sobre la doncella de Tenerife y el príncipe árabe.

Pero Santiaguito, a pesar de su penetración en la oligarquía y de las enseñanzas de Aurelio, no puede desprenderse de su rancia plebeyez, como apunta su preceptor a quien se le seca la lengua de aconsejarlo.

—Don Santiago, no hable con la boca llena. Don Santiago, no se ría a carcajadas, ni le dé palmaditas en la espalda a las señoras. No, Don Santiago, hasta cuándo le voy a decir que botines marrones no van con traje oscuro, ni que el coñac se toma de un solo trago.— Santiaguito se ríe y rectifica, pero el trabajo es duro.

—Qué razón tenía mi amo cuando decía que, a partir del palurdo, se necesitan siete generaciones de señores, para hacer un caballero.

Con las amistades de otros tiempos, Aurelio es particularmente severo.

—No, Don Santiago, esa no es gente para andar con usted. No son personas de su rango. ¿Qué va a decir Don Carlos Alamo o Don Ricardo Zuloaga si lo ven con un hombre tan vulgar como Rendiles? Quien pierde es usted, pues gente cualquiera y zafia jala para abajo.

Santiaguito, que está de vena, le responde cordial:

—Déjate de pendejadas, Aurelio, y vamos a visitar a Rendiles, que ese sí es amigo mío de verdad y no la cuerda de jalabolas que me las tienen tiesas. Cuando yo era un pobre diablo y Rendiles el mismo posadero que es hoy, bastante que me ayudó para que yo ahora le vaya a voltear la espalda. Yo soy un hombre agradecido, Aurelio.

—No le digo que no lo sea, Don Santiago, pero es que Rendiles es un verdadero caso de vulgaridad con avilantez.

El landó que maneja Aurelio alcanza la pensión de Rendiles. Es un

maracucho zambo, gordo y sudado a quien le faltan los dientes delanteros. La pensión es una casa de viejos tiempos de amplio patio y comedor con mampara. Santiago irrumpe con soltura en la antesala donde Rendiles en pantuflas conversa con un joven de aspecto provinciano. Luego de los abrazos y zalemas, el posadero hace las presentaciones:

—El doctor Cipriano Castro, diputado por el Estado Táchira al Congreso Nacional.

Santiaguito lo observa y mide:

Es un hombre pequeñín, de unos treinta y tantos años. Con cara de monito titi y barba negra tupida y brillante. Su traje está mal cortado, los zapatos son viejos y la corbata gusanca en un rojo arcaico.

—Mucho gusto, doctor —le respondió Santiaguito con su estudiada bonhomía.

—Cualquier cosa en que le pueda servir estamos a su mandar. Basta que usted sea amigo de Rendiles.

Castro, vivaz y comunicativo, habla mucho y de prisa; a cada rato interrumpe su relato para reírse de lo que él mismo dice. A Santiaguito, sin embargo, le interesa porque, en un descuido, Rendiles le susurró: «Pela el ojo con este hombre que ahí donde tú lo ves, es la verga de Triana». Hombre poderoso allá en el Táchira y un hombre de porvenir. Su doble condición de gente modesta y de hombre sabido le ganan la confianza y simpatía de Santiaguito.

Pero, además de culto, elocuente y razonador, el diputado del Táchira es un hombre con gracia. Narra dos o tres cuentos que le sacan carcajadas a Santiaguito. Los tres hombres se comunican. Dos horas más tarde se han bebido botella y media de brandy.

Aurelio, sin abandonar su papel de mayordomo, permanece de pie con los brazos cruzados y con rostro de prior. Rendiles, con la entonación nasal de la gente del Lago, le propone:

—¿Y por qué no te sentás, Aurelito?

El mayordomo que no soporta al posadero aprovecha la oportunidad para descargarle con tono frío y distante:

—Ocupo mi puesto, señor. En España los sirvientes no se sientan a la mesa de sus señores.

Santiaguito estalla:

—Ah carajo, usted se me queda donde está y no hable más pendejadas... —El hombre, se encrespa:

—Entonces, Don Santiago, mucho lamento decirle que hasta este mismo instante trabajo para usted. —Y dando media vuelta sale a la calle y caminando se fue muy derecho hacia la casa de Manuel Antonio Matos, un verdadero galantuomo que lo venía sonsacando desde hacía más de tres meses y que además de hablar en francés como su antiguo amo, usaba guantes, sombrilla verde y detestaba a los negros.

Tan pronto Aurelio desapareció, Santiaguito dejó fluir el resentimiento.

—¡Carajo! ¡Menos mal que se fue por sus propios pies! ¡Ya no lo soportaba! ¡Qué vaina tan seria son los españoles! ¡Por eso yo todas las noches al acostarme bendigo al Libertador por habérmolos quitado de encima!

La conversación, luego de disecar a Aurelio, se deslizó a las historias de pensión. Cipriano Castro inflamado y ya más en confianza, se atrevió a observar:

—Tengo más de un mes que no raspo un fósforo, ¿no saben ustedes de algunas amiguitas complacientes?

Santiaguito sonrió con picardía.

—Vamos a casa de la Madama que ahí está lo mejor.

* * *

En una amplia casa cerca del Guaire está la mancebía. Una docena de coches se estacionan a la entrada. De lejos se oyen la voz de los croupiers que gritan con su monótono sonsonete:

—¡Hagan juego señores! ¡Hagan juego!

Castro, que tiene apenas dos días en Caracas, se queda deslumbrado con el ambiente: alfombras, espejos y tres mesas de juego, alrededor de las cuales se amontonan caballeros de etiqueta y rubias mujeres, apenas presentidas. Una mujer vieja y gorda, cargada de joyas y de sombras azuladas, sale al encuentro de los tres amigos. Trae una expre-

sión entre reticente y desdenosa al contemplar de lejos el aspecto de sus clientes. Pero en la medida que se acerca reconoce a Santiaguito. La alcahueta abre los ojos con arrebatos de codicia y con su acento francés, que gusta de exagerar, grita:

—Pego, si es Santiaguito. Niñitas, niñitas, aquí está Santiaguito. Una algarabía de carctas sacudió el salón y un remolino de putas se le vino encima a Santiaguito y a sus amigos. Algunas hasta desertaron del cliente para confiarse a la generosidad desafiante del mulato. Don Cipriano envidia a Santiaguito y a sus amigos. Rendiles permanece plácido y sonriente. Don Cipriano, acostumbrado a ser el centro de atención de los burdeles de San Cristóbal, siente desasosiego. Intenta asir por un brazo a una de las muchachas, pero ella se desvanece en un desdén que va más allá de su oficio. Lo mismo le sucede con otra, que tampoco oculta su desagrado. Finalmente, una francesita flacucha y decolorida lo toma de la mano y se lo lleva en coche a una quinta que queda enfrente. Don Cipriano se escandaliza. Por una carrera de cinco metros le han cobrado cinco bolívares y cincuenta por estar con la mujer un ratico. Por ese precio él hubiera cerrado el burdel de la india Higinia en Cúcuta y se habría acostado con todas las pupilas. La francesita le hace un gesto de enfado y lo abandona tan pronto llegan al salón de juego. En una mesa con media docena de mujeres está sentado Santiaguito. Una tras otra se han ido bebiendo una cesta de champaña. Santiaguito está ebrio. Y a pesar de que en casa de la Madama nadie gana a la ruleta, el nieto de Juan Palacios esa noche ya ha pegado dos plenos.

—¡Real trae real! —exclama Rendiles.

Dos jóvenes entran en el burdel. Uno de ellos es Gonzalo Machado, a quien Santiaguito vocea reclamante.

—Te presento a Julio Torres Cárdenas, un amigo de Valencia.

Es un mozo bien parecido de aspecto aristocrático quien estrecha la mano de Santiaguito y sus amigos con frialdad y sin esbozar ni siquiera una sonrisa. De inmediato se dirige a la mesa de juego y sigue las peripecias de la bolita con embeleso vicioso que no despega hasta que el marcador se queda en paz. Compra unas fichas y acierta en pleno. Las

mujeres lo rodean y siguen su juego hasta que se queda sin una ficha y sin un centavo. Ni en la buena ni en la mala varía su actitud de absoluta indiferencia. A las mujeres que se le aproximan las ve al trasluz y si alguno de los croupiers hace un chiste, permanece inmutable y sereno.

—¿Qué carajito tan antipático, yo no sé qué se creerá —murmura Rendiles, que junto con Castro y Santiaguito observan sus gestos.

Santiaguito, por lo contrario, siente simpatía por el muchacho. Es el típico personaje a quien le gustaría parecerse. Tiene la altivez de Gonzalo, su mejor modelo hasta ahora, pero lo supera en agresividad, confianza en sí mismo y una audacia viril, que pone a prueba cuando le dice a Gonzalo con acento más de orden que de ruego:

—Préstame cien bolívares.

Gonzalo frunce los labios negativo, Santiaguito aprovecha para intervenir y sonriente pregunta:

—¿Qué es lo que pasa? ¿Quieres plata? Yo aquí tengo —y puso en sus manos quinientos bolívares.

Torres Cárdenas emerge de su frialdad y sonrío candente:

—Gracias, Don Santiago.

El mulato es el héroe de la jornada. Semisonreído y goloso mordisquea aceitunas y acaricia a una rubia con una mano oscura llena de sortijas mientras Rendiles, cuenta una historia donde Santiaguito emerge lucido y triunfal. Cipriano Castro, a quien la admiración por otro se le atraganta, se esfuerza por sonreír. Torres Cárdenas, achispado y agradecido, celebra la anécdota. Las francesitas que no han entendido nada se ríen bulliciosas, mientras Gonzalo, con los párpados entornados, se sumerge en un sopor de siesta. Castro intenta entablar conversación con el joven Torres Cárdenas. Pero es inútil. A pesar de su verborrea y de sus malabarismos obtiene tan sólo unas pocas expresiones, frías o displicentes. Al final ya no escucha y deja salir un bostezo de los que Aurelio llamaba «impropios de un caballero de postín».

El desdén llevó a Don Cipriano a un rencor purulento que sobrenadaba en el despecho.

* * *

El negro portero, corre presuroso hacia la Madama y le dice algo al oído. La mujer abre los ojos y hace una contorsión de marioneta. Batiendo sus plumas y sus collares se acerca al director de la orquesta y a su vez le susurra nerviosa. El merengue se esfuma en un vals de Strauss. La Madama agitando el abanico se precipita hacia la puerta. Saltan sus carnes flojas. Se detiene ante un espejo. Acomoda el maquillaje. Llama a Titina y a Sussy, una francesita llegada ayer, a quien presenta como su sobrina. El ruido de la ruleta y los apostadores continúa. Un tropel se aglomera en la puerta. Los parroquianos se vuelven sorprendidos; luego sonrían tiesos y obedientes. Un hombre gigantesco, gordo y barbudo, llena la puerta. Los ritmos marciales del «Gloria al Bravo Pueblo» estallan en casa de la Madama. Cuando finaliza el Himno Nacional, tan sólo se oye el clic clac de la bolita de bronce saltando entre las casillas. Saludando a Raimundo Andueza Palacios, Presidente de la República, quien viene a probar suerte y a divertirse en la mancebía.

18. *La antesala del Presidente*

(1891)

Juan Corrales espera hace dos horas al Presidente y entiende mejor que nadie el sentido de aquella dilación. Eso de pedirle la renuncia a la Gobernación del Táchira «para encontrarle mejores destinos», no es más que una artimaña. En Los Andes trató de conducirse lo mejor posible, pero aquella era tierra problemática que, amparada por sus montañas y largas distancias, no hablaba el mismo lenguaje de Venezuela.

Por primera vez en su carrera tuvo la sensación de ser el jefe de un ejército en país ajeno. En ninguna parte sintió con tanto vigor el regionalismo y el repudio a los gobernantes extraños.

Contemplando un óleo de Miranda, un recuerdo le atropelló la mira. El incidente que tuvo con un rico agricultor del Táchira. Recuerda que se llamaba Gómez. Juan Vicente Gómez. Un hombre de

mediana edad, alto, fuerte y barrigón, de modales suaves, pero de terribles procedimientos, según decían, cuando alguien se le atravesaba en el camino. Él se le puso de frente y, según dicen, por eso fue destituido.

Todo fue debido a un contrabando de café.

Ese día acababa de revisar con el oficial jefe del resguardo la captura de un cargamento de más de cien quintales. Hubo dos muertos por parte de los contrabandistas y uno por los celadores. El oficial del resguardo explicó:

—Lo que sucede es que antes de que usted viniera, el General Castro dejaba que metieran contrabando por ahí, ya que a él le tocaba su buena mascada. Pero con el cambio de guardia todo se acabó. Yo lo vi venir tan pronto usted decidió acabar con el negocio.

Al poco rato apareció el señor Gómez. Venía enfundado en traje dominguero de campesino.

Con aire manso y lento abordó el asunto:

—He sabido que en el pleito entre celadores y contrabandistas, uno de los muchachos suyos perdió la vida.

—Así es, señor Gómez —contestó Juan Corrales.

—Pues bien, como yo me hago cargo de la situación de la pobre viuda y de sus muchachos, he pensado dejarles con usted esta ayudita y que usted disponga de ella como mejor le parezca —y depositó sobre el escritorio diez pachanos de oro. Juan Corrales dio un salto al comprender el sentido de una caridad tan abultada.

—Pero... ¿y esto qué significa?

—Pues que le dé a los huérfanos lo que usted quiera, que el resto es suyo —y sin esperar la respuesta prosiguió, confiado del piso firme.

—El cargamento que capturaron es mío y no lo pienso reclamar, que se lo cojan los muchachos del resguardo. Yo lo que quiero es hablar de los que vienen. Si usted me quita del desfiladero de El Muerto los patrulleros, por cada diez sacos que entren al Táchira uno será para usted.

Juan Corrales enrojeció, infló los carrillos y, con un gesto de profeta armado, lo expulsó violentamente de su despacho. Voces agoreras

le advirtieron del peligro. Don Juan Vicente Gómez era un hombre poderoso que no admitía injurias a pesar de su aspecto bonachón y humilde. Juan Corrales lo perdió de vista, pero a los dos meses llegó el telegrama de Andueza pidiéndole la renuncia.

Las mismas voces se regodearon compasivas: «Don Juan Vicente no perdona, a él debe su destitución». Pero Juan Corrales no lo quiso creer.

«Es cuestión de la mala suerte que me persigue —se dijo resignado—. Desde hace más de cinco años tengo el santo al revés.» Primero fue Belencita Machado. Nunca supo por qué lo mandó a paseo para casarse con aquel imbécil de Ceballos. Luego fue el problema de su padrino y protector Joaquín Crespo, encarcelado y expulsado de Venezuela. Cuando ya se entendía con Rojas Paúl, el hombre se enfermó y le cedió la Presidencia a Andueza, con quien no tiene ningún vínculo de amistad, lo cual en Venezuela es muy peligroso para los que viven de la política.

La voz de un edecán lo sacudió de su abstracción:

—Al Presidente le va a ser imposible atenderlo esta tarde —dijo— porque ha surgido un inconveniente. Si a usted no le importa, será recibido mañana a las cuatro de la tarde.

Juan Corrales sonrió con amargura. ¿Cuántas veces él mismo había comunicado un mensaje semejante?

La noticia de su destitución lo envolvió en el triste hálito de los caídos. Lo vio en el saludo frío de los porteros y de los funcionarios, que hasta hace poco lo abrazaban ruidosamente. Con excepción del poeta Núñez de Cáceres, que lo recibió cálido y afable con su parla caraqueña, tuvo una sensación indefinible de rechazo. El poeta le comunicó lo que se rumoraba; había sido destituido por su despotismo. Una carta suscrita por importantes comerciantes de San Cristóbal y llevada a mano por el diputado Cipriano Castro, pedía su destitución a Andueza por sus constantes atropellos a la dignidad ciudadana. Se le acusaba también de querer pechar con un tributo personal el trabajo de aquellos honorables comerciantes y hacendados.

—Te lo digo para que lo tengas en cuenta y te defiendas —le apuntó

el poeta—. Pero bien sabes tú —continuó— que en un hombre como Andueza, esas no pueden ser las razones de tu destitución. Quién sabe a quién molestaste por allá y cuánto le habrán pagado por sacarte, porque este hombre es una pútrafa humana que comercia con todos y con todo. Se la pasa metido en los burdeles bebiendo aguardiente y jugando ruleta como cualquier hijo de vecino. Pero como tiene chispa y está en un país de sinvergüenzas, todo el mundo le ríe las gracias y nadie protesta. ¡Ay, qué falta está haciendo El Tigre Crespo para que componga esta vaina!

Al día siguiente, después de tres largas horas de espera, el mismo edecán le participó que Su Excelencia el Presidente de la República lo esperaba. Momentos antes salió jocundo y alborozado el General Cipriano Castro, enfundado, ahora, en una elegante levita gris. Algo muy gracioso le decía al secretario que lo acompañó hasta la puerta entornada; por el sesgo de la mano del secretario se dio cuenta que más que despedirlo lo empujaba. El hombrecillo, sin embargo, se aferraba a la rendija tratando de prolongar aquel contacto vitalizador. Era tal su atolondramiento al salir que no reconoció a Juan Corrales.

El militar se incorporó y siguió al funcionario a través del salón que precedía al Sancta Sanctorum. Detrás de un escritorio gigantesco, enmarcado al fondo por un retrato del Libertador, estaba el duodécimo Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, doctor en medicina Raimundo Andueza Palacios. Aunque el corpachón y la barba ennoblecían su figura, sus facciones toscas y el pelo levemente ensortijado revelaban que el señor Presidente procedía de las toldas de los postergados que la revolución democrática e igualitaria que proclamaba la Federación hizo dueños del país.

Con vozarrón de tribuno eufórico saludó:

—¿Qué dice ese palo de hombre que llaman el General Corrales, que se resbala en lo seco y se para en lo mojado?

En el mismo tono cordial le hizo algunos escarceos sobre su vida. Luego de una pausa dijo:

—Lo he hecho llamar para explicarle... —y sus palabras tomaron la canaleta de las mentiras de ocasión y de los responsos cordiales.

—Por los momentos, usted se me va para su tierra en Calabozo, descanse que buena falta le va a hacer para cuando yo lo llame dentro de poco y le encomiende una misión difícil. —Y diciendo esto le entregó como regalo un reloj de leontina. Juan Corrales comprendió por este gesto que su jubilación era definitiva.

Cuando salió del despacho presidencial todavía permanecía sobre el escritorio de Andueza el cheque por diez mil bolívares, que los criadores del Táchira hacían llegar al ciudadano Presidente para el engrandecimiento de la causa liberal.

No había desaparecido tras la puerta cuando el Presidente dijo a su secretario:

—Estos hijos de «El héroe del deber cumplido» son una vaina. ¿Qué necesidad tenía este mozo de andar entrepiteando en los negocios de los demás? El Tesoro Nacional es como el río Guaire: todo el mundo tiene derecho a meter su pichagua, lo que se discute es el tamaño.

* * *

Cuando Corrales atravesó el salón del recibo presidencial abarrotado de gentes, un hombre moreno, que no atinó a reconocer, le tendió los brazos en un cordial saludo. Era Santiaguero Blanco.

—General, qué alegría verlo. Si hubiera sabido que estaba usted aquí lo hubiera invitado para mi matrimonio, que lo celebramos hará una semana. Vinimos precisamente a despedirnos del Presidente porque nos vamos mañana para Europa. Pero permítame presentarle a mi esposa.

El ceño por lo general adusto de Juan Corrales se distendió expectante al vislumbrar la más bella rubia que en su vida hubiera visto. Para él una bella mujer era el mejor antídoto contra la tristeza y la ira. Era delgada y menuda con unos ojos azules profundos que reflejaban inteligencia y bondad, al mismo tiempo que sensualidad y una profunda simpatía.

—Mira mi amor, este señor es el General Corrales, Presidente del

Estado Táchira, y uno de los hombres más bragaos que hay en este país.

La francesita extendió su mano enguantada y sin esquivar la mirada le dijo:

—Encantada General, Sussy de Blanco.

La imagen de Sussy disputó todo el día con la de Andueza. ¿Quién era ella? ¿Dónde la había conocido Santiaguito? Pocas veces Juan Corrales había sentido un impacto semejante por alguna mujer.

No le fue difícil conocer la historia por Núñez de Cáceres:

—Santiaguito anda diciendo por ahí y los adulantes lo repiten, que su mujer es una rica hacendada de la Martinica que vino a Venezuela a hacer negocios por unos días. Pero yo que tengo ojos y oídos por todas partes conozco el verdadero origen de esa historia y es muy diferente. Una noche en que Santiaguito y un tal General Castro fueron con una persona que no te voy a decir su nombre, a casa de la Madama, conocieron a una putica recién venida de París ese mismo día, y que era sobrina de la Madama. Santiaguito, a quien lo vuelven loco las catiras, como le sucede a todo negro, se enamoró perdidamente de la muchacha. Con decirte que esa misma noche se la llevó para su casa de Altigracia y estuvo trancado con ella tres días y tres noches. La musíúa, que no era ninguna zoqueta, cuando se dio cuenta de la realada de Santiaguito y que estaba más enamorado que perro marico, lo puso en el disparadero de casarse o nada. Con el auxilio de este amigo de quien te hablo, y de Castro, falsificaron pasaportes, contrataron damas de compañía y hasta la alojaron con una vieja por dos semanas en el Hotel Klindt, haciéndola pasar como marquesa o millonaria. Como Santiaguito hace lo que le da la gana con los Machado, los primeros en darles su apoyo fueron Víctor Alberto y su familia. Él mismo la llevó al altar y el matrimonio se celebró en su casa a todo trapo. Con decirte que hasta fue el Presidente.

19. Calabozo

(1891-1892)

Juan Corrales sintió un vaho de canícula cuando llegó a Calabozo, de donde faltaba desde hacía más de ocho años. La ciudad languidecía terrosa a consecuencia de la Guerra Federal y de las montoneras que vinieron tras ella. Las calles solitarias y polvorientas eran barridas por el viento y la soledad. En la plaza mayor una cerda recién parida husmeaba la roña de un perro muerto, mientras un policía en alpargatas le tiraba piedritas con desgano. Su padre Facundo, de setenta y ocho años, era un anciano inválido, soldado a su mecedora de paleta. Apenas sonrió cuando lo vio entrar. Los negocios marchaban mal y se pusieron peor cuando lo supieron execrado por Andueza Palacios. Con un enemigo del gobierno nadie hace negocios. No hay crédito, ni mercado, ni compra. La gente tiene miedo de que se le tenga como cómplice si entra a su casa o saluda con fervor no previsto en la ordenanza.

Al aislamiento y al desdén siguió el atropello. Un día el General Figueredo, el Presidente del Estado, arrió hacia su hatu un ganado de su propiedad. Cuando Antonio Crespo, el mayordomo, fue a protestar lo encarcelaron, por irrespeto a la autoridad. Y amenazaron de hacerle lo mismo a Juan Corrales si venía en el mismo tono.

* * *

Un día en que Juan Corrales entra a Calabozo procedente del hatu, ve salir de la casa de Revenga a una bellísima chiquilla que hasta entonces no había visto.

—¡Es Gloria Revenga convertida en mujer! —barbotea excitado desde su caballo. La muchacha tiene la piel blanca rosada de las andaluzas y unos ojos grandes negros y llenos de sombras. Viene de misa y la mantilla y el rosario, de grandes cuentas, realzan su expresión de sevillana de buena casa.

Gloria, además de ser luminosa y espléndida, tiene el don de aque-

tar al mundo que la rodea. Sus modales son suaves, sus palabras lentas, cadenciosas y precisas. Permanece semisonreída como la dama de Elche, a quien se le parece. Nunca se enfada. Habla muy poco, pero su silencio en vez de enervar, complementa. Vive sola con su madre, una señora chapada a la antigua que detesta a Juan Corrales, porque Boves mató a su padre en sus primeras fechorías. Pero a Gloria le importa poco esta historia antigua y todas las tardes se asoma al balcón a verlo pasar. Un día, sin saber cómo ni cuándo, se hicieron novios. Fue un noviazgo sereno, sin tensiones, pasiones ni altibajos. Ella tenía algo de llovizna con el sol afuera y él mucho de esos tamarindos de la plaza que dieron sombra a su abuelo.

A mediados del año se casaron con gran alborozo del pueblo.



Pero, a pesar de Gloria, Caracas y su antigua vida palaciega lo habían desajustado para vivir en Calabozo. Una inmensa sensación de hastío le hacía añorar su vida en la capital. Ya había dejado de ser hombre de pueblo. No es posible pasar de edecán presidencial con esa brillantez que da la proximidad del poder, a la existencia lánguida de esas aldeas municipales con pretensiones de capital de provincia.

Juan Corrales comenzó a desesperarse y a maldecir su falta de tacto para manejar las intrigas políticas. Pero él nunca ha podido defenderse del chisme ni del golpe bajo, y menos ahora sin su padrino Crespo.

—No estando mi padrino en el gobierno —le decía Juan Corrales a Gloria— los llaneros estamos a disposición de quien nos quiera fregar, pues los grupos políticos en Venezuela son como familias, que puede ser que peleen por pistoladas, pero a la hora de la verdad prefieren al pariente antes que al extraño. Los corianos son muy unidos, lo mismo que la gente de Cumaná. Pero los peores son los caraqueños y los trujillanos, que siempre se las arreglan para que la mitad de la familia esté en el gobierno y la otra mitad en la oposición.

El General Figueredo continuó hostilizándolo. Un día le reclutaban los peones. Otro, amenazaba encarcelarlo. Una vez llegó a decirle,

confidencial, que mejor se fuera de Calabozo porque tenía instrucciones del Ministro del Interior de buscarle los tres pies al gato a ver si resbalaba.

—Pues mejor me los busca porque yo de aquí no me muevo.

El gobernante empalideció ante la bravata y el llanero tomó definitivamente la ofensiva.

Sabía por intuición que el gobierno de Andueza no podía durar mucho tiempo, especialmente cuando llegó la noticia de que se iba a trampear la Constitución para prolongar el mandato del Presidente.

—Eso va a traer guerra —dijeron los viejos. Pero Figueredo los mandó a barrer las calles sin tomar en cuenta ni canas ni rangos.

—Eso no se le hace a un hombre como Don Virgilio —le espetó Juan Corrales—. Eso es una falta de respeto.

Figueredo, sin inmutarse, le ripostó:

—No me tiente General Corrales, que a lo mejor lo cambio por usted.

Juan Corrales, en un impulso, le arrebató la escoba al viejo y siguió barriendo.

Figueredo inyectó los ojos de sangre, pero se salió de la suerte con una carcajada.

—Está bien, General Corrales, por esta vez me ganó... que suelten los presos, pero que se muerdan la lengua. —Y se alejó a toda prisa, hacia la Casa de Gobierno, dándole golpecitos a las paredes con su pequeño foete de cuero.

* * *

Lentos y pesados transcurrieron los meses. De todas partes del país arrieros y comerciantes traían noticias del atropello de Andueza contra la Constitución.

—Eso traerá guerra —seguían clamando los viejos como chicharras con sed. Pero la guerra no se presentaba.

—Ya vendrá, muchachos, ya vendrá —decía el viejo Salmerón. La guerra, como la muerte y la desgracia, tarda, pero siempre llega. Todo

marcha hacia su contrario y ya hace tiempo que la paz se quedó atrás. No desesperen, muchachos, que la guerra viene.

Tal como lo decía el viejo, la guerra llegó y llamó a la puerta de Juan Corrales. Era una noche sin luna cuando Gregorio, el capataz de Crespo, le entregó sus recados de muerte.

—Que de parte de mi amo nos vamos a alzar. —Y sin esperar respuesta prosiguió con el mensaje sin variar su acento—. A media legua del pueblo tengo veinte hombres bien armados para tomar Calabozo. Dice el Taita que tome en su nombre el cuartel, que él entra pasado mañana. Diga dónde y cuándo lo encontramos.

Juan Corrales no introdujo cambios en el ritual y en el mismo tono le señaló a Gregorio la mata y el lucero a cuyo pie y parpadear se encontrarían al alba.

Gregorio desapareció en la noche y Juan Corrales saltó de alegría. Al filo de la madrugada entraron los conspiradores en la ciudad y en un golpe de audacia dominaron al cuartelillo. Figueredo no acató la orden de arresto y Juan Corrales le dejó seco de un tiro

Había estallado la Revolución Legalista.

20. *¡Se alzó Crespo!*

(El Táchira - octubre de 1892)

Bruscamente Eustoquio frenó la bestia frente a la pulpería que Juan Vicente había instalado a la orilla del camino de San Antonio.

—¡Se alzó Crespo! A peleá se ha dicho. Que cada uno coja la suya. ¡Aleluya! ¡Aleluya!

Juan Vicente Gómez que en ese momento servía unas copas de ron añejo a unos viajeros finos, estrechó los ojos oblicuos y salió al encuentro de su primo.

El rubio alborozado y hediondo a aguardiente le gritaba al jefe del clan:

—Llegó nuestra hora, Juan Vicente. Llegó la hora de salirnos de este barrial para imponernos como hombres. ¡Aleluya! ¡Aleluya!

—¡Quédese quieto Eustoquio y deje el escándalo! Que hay gente adentro. ¿Qué es lo que pasa?

Eustoquio, ya más sereno, dejó salir:

—Que en Capacho, el General Cipriano Castro recibió la noticia y hay que defender al gobierno. Le manda a decir que se venga, que será su segundo en mando. La oportunidad la pintan calva Juan Vicente, y ni usted ni yo somos hombres para pasarnos la vida aquí sirviéndole aguardiente a estos cabezas de toches.

Los dos viajeros vieron con miedo y molestia y montaron en sus bestias. Eustoquio exclamó ante la polvareda:

—Si ya esto está decidido. Aquellos que van huyendo seguro que son agentes de Crespo. Ya estamos fuñidos. Ya van a ir con el cuento. No piense más y decídase.

La propuesta movió el bigote. Desde sus avances como hombre rico en la capital, su vida de hacendado y pulpero en la Montaña arriba se le había hecho insufrible. A los treinta y dos años ya se sabe para qué se nace y qué es lo que se quiere. Cuando se tienen los diecinueve años como tenía al morir su padre, tener haciendas y vacas es una hazaña, mandonear con los peones un entusiasmo y meterle la zancadilla a las muchachas un entretenimiento. Pero cuando los días son iguales a los otros días y un año se confunde con otro, y el oro que se le saca a la tierra se convierte en más tierra de donde se saca más oro para comprar más tierra. Y el tiempo sobra. Y no hay sorpresas, ni siquiera malas. Y en una avanzada en la política o en la guerra un hombre en una semana alcanza lo que no hace un campesino en diez años, la tierra y las vacas pesan, aburren, apestan.

Las conversaciones con Don Cipriano, quien viene frecuentemente a Capacho, le han abierto las entendederas. El trabajo es un medio para alcanzar un fin: que en unos es riqueza y en otros gloria. Pero desde que me conozco todo sigue igual: caballos, vacas y peones desde que sale el sol hasta que se acuesta. La vieja casa de Pedro Cornelio, salvo uno que otro cachivache, sigue siendo el mismo ranchón de sus moceda-

des; la voz de sus hombres no hace sombra ni compañía y ahora Dionisia hasta le ha quitado el gusto de alzarse con alguna de esas mocitas bajo los cafetales, con sus celos y sus uñas largas.

Juan Vicente cavila sobre el caballo mientras llega a la casa grande. Va cejijunto sobre la bestia sacando cuentas. Apenas llega va al escritorio. Saca papeles. Revisa libros.

—Llámeme a Juancho —le dice a Eustoquio.

—Ha llegado la hora, Juancho, de jugarnos el todo por el todo —le dice al enfrentarlo—. Estoy convencido de que Eustoquio está en lo cierto; que el que no arriesga ni pierde ni gana y antes de morirnos de murria vámonos con el compadre a la guerra. —Y dirigiéndose a Eustoquio le dijo seco:

—Por donde viniste te vuelves a ir. Dile al compadre que cuente conmigo; que mañana a primera hora estaré a su lado con mis hombres. Juancho se encargará de la hacienda.

En Colón se ha atrincherado Eliseo Araujo y ha levantado la bandera de la revolución. Los dos compadres se ponen en camino. Es la primera aventura armada de Juan Vicente. En Topón derrotan a Araujo y de allí raudos marchan contra Espíritu Santos Morales, «El Patón», a quien también aniquilan. El Táchira por primera vez ha combatido con hombres del Táchira. Y el Táchira por primera vez es Tachirense.

Pero cuando mayor es el entusiasmo de los dos compadres les llega la noticia de la derrota definitiva de Andueza, quien ha huido hacia el exterior cobardemente.

Los compadres pesarosos se separan y prometen reencontrarse en Cúcuta. Juan Vicente llega con el resto de sus hombres a La Mulera. Juancho, su hermano, le sale al encuentro con la cara larga:

—Ya todo está preparado para salir cuando usted quiera.

—Saldremos mañana mismo en la madrugada. —Y Juan Vicente Gómez se desgonzó en la hamaca.

TERCERA ÉPOCA

La Revolución Legalista
y la invasión andina
(1892-1899)

21. *El triunfo de Crespo*

(1892)

Después de seis meses de cargas y revueltas con total menosprecio a la estrategia y a la geografía, El Tigre de los Llanos entra a Caracas el 7 de octubre de 1892. Lo acompañaban 12.000 hombres y un torrencial aguacero.

Los caraqueños vitorean a los legalistas. El ejército desfila por las calles estrechas de la ciudad, mientras el cordón de San Francisco cala las banderolas del triunfo. Un oficial llamado Antonio Paredes alcanza a Juan Corrales.

—General —le dice con voz de alerta—, la gente de la retaguardia está saqueando. ¿Impongo el orden?

Juan, que conoce la dureza del joven, desvía su celo disciplinario:

—No, véngase conmigo ahora mismo para que ocupemos con una columna el San Carlos.

Con la caída del Gobierno los archivos alumbran las trapacerías de Andueza. «El país no ha conocido hasta la fecha un mandatario más indigno» —claman los voceros. La prensa lo llama Sardanápalo. Se encuentran cartas que prueban su dependencia de jugadores profesionales y proxenetas.

Crespo es aclamado como nuevo libertador. Víctor Alberto Machado le ofrece una suntuosa recepción en la Casa del pez que escupe el agua, aunque todo el mundo sabe de su intimidad con Sebastián Casañas y Vicente Amengual quienes le llenaron la cabeza a Andueza de planes continuistas.

—La política es el arte de equilibrar el poder —le responde Crespo a Juan Corrales cuando éste le incrimina su trato con tales sinvergüenzas— y Víctor Alberto es un factor económico y social muy importante que no puedo desdeñar, aunque haya cometido ligerezas. Si a cada revolución prescindieramos de nuestros adversarios tendríamos que importar gente para gobernar, porque aquí, cual más cual menos, tiene rabo de paja. Los políticos, como los empleados de ministerio, tienen que ser siempre los mismos, porque son ellos los que accitan los resortes del poder y facilitan la acción del gobernante. Los hombres honestos, los doctos, los hombres nuevos podrán ser muy sabios, inteligentes y representativos pero son una vaina muy seria, pues son más entrépitos que una solterona, complicados y sobre todo muy caros. Los políticos, Juanchito, no tienen ni buenas ni malas entrañas. No tienen entrañas. Sólo nos interesa la conveniencia o utilidad de los hombres. Dios y la historia para cobrar iniquidades. Por eso acepté las excusas de Vicente Amengual, cuando fue capaz de decirme que a él le debía estar en la Presidencia, pues de no haber tentado a Andueza para que siguiese en el poder no hubiera sido posible la Revolución Legalista. ¿Qué te parece?

34 Juan Corrales no pudo menos que soltar una carcajada.

22. *De Altagracia a Carmelitas n° 78* (1892)

Juan Corrales, al ser nombrado jefe de la guarnición de Caracas, montó casa entre Carmelitas y Altagracia. Era una suntuosa mansión de cuatro ventanas y ancha puerta. Cuando vio por primera vez la vivienda que le

había escogido su padrino protestó al presentir una elevada renta. Pero El Tigre le respondió:

—Ah, caraj, haz lo que te digo y no te preocupes por lo que cueste pues el dueño es un godo caraqueño que quiere ponerse de buenas conmigo y me está vendiendo las reses a precio de gallina flaca. Si quiere cobrar sus reales que me pase la cuenta a mí. —Y rió a carcajadas de su picardía.

Juan Corrales ocupó la vivienda de inmediato y le mandó recado a Gloria para que se viniese de Calabozo.

Después de cuatro días de camino la calaboceña llegó a Caracas. De acuerdo con la costumbre, envió a una sirvienta endomingada para que fuera de portal en portal como heraldo callejero pregonando las virtudes del dueño.

—Que de parte de mi ama Doña Gloria de Corrales que ella y su esposo el General Juan Corrales se ponen a sus gratas órdenes en esta misma cuadra en el número 78.

Y en todas las casas una voz respondía:

—Gracias, mijita, dile a tu ama que en cualquier momento le caigo por allá para hacerle una visita.

El vecindario estaba constituido por gente linajuda y notable. Dos casas hacia abajo vivía el General Ignacio Andrade, Gobernador de Caracas. Era un hombre tan parecido a San José que siempre daba la sensación de que el sable se le iba a transformar en azucena. Era rubio, cincuentón y merideño. Su padre había sido edecán de Sucre. Era de modos afables y muy apegado a su mujer quien le manejaba en todo. Salvo su admiración por Crespo que pregonaba con devoción, jamás decía nada que pudiera comprometerlo. Por eso los chuscos, por su falta de perfume y hedor, lo llamaban «Pupú de paloma».

Era humilde por naturaleza. Ponderado y moderado en sus actos. Todos los días antes de ir a su despacho entraba en la Iglesia de Altigracia y charlaba, entre místico y bursátil, con el gran poder de Dios.

Entre el Gobernador y Juan Corrales vivía Doña Josefina Bermúdez de Serna y sus dos hijas Rosario y Dominguita. Doña Josefina, descendiente por una rama de un hermano del General Bermúdez y por

la otra de una de sus víctimas, era una de las matronas más encopetadas de Caracas. Era una mujer tetona, cariancha y cuarentona, que no cruzaba la esquina sin acicalarse como una imagen de Semana Santa.

De niña conoció la traición, la pobreza, ya que su padre pagó con su patrimonio la fidelidad a los Monagas. Por eso aceptó con premura la proposición matrimonial que le hizo Don Manuel Serna, un viejo casposo y feo pero que poseía una inmensa fortuna que le vino por su abuela Rosa Bejarano.

Doña Josefina hizo un mohín despectivo cuando oyó el recado de Gloria Corrales.

—Jum, ¿quién sabe qué clase de gentes serán? —Pero sacralizó la expresión cuando su hija Rosarito le comunicó que parecían gente bien y que el General Corrales, además de ser un político importante y rico, era un catire buenmozo y de ojos azules como abuelito.

Hacia la parte norte, pared por medio de los Corrales, vivía Santiaguito Blanco, y su mujer la francesita Sussy. Y dos casas más allá, Belencita Machado y su marido el Conde Ceballos recién llegado a Venezuela con un cargo diplomático.

Gonzalo Machado le da vueltas a Rosarito Serna. Casi todas las tardes se les ve de gran palique al pie del balcón. A Doña Josefina le tienta el pretendiente y su fortuna:

—Es tan fino y tan inteligente —le comenta con vehemencia a Rosarito cada vez que se le presenta la oportunidad.

Rosarito es tan morena como su bisabuela Rosa Bejarano: ojos grandes, labios gruesos, burlona y jacarandosa como cotorra casera.

Esa tarde Gonzalo con Santiaguito Blanco por compañero conversa animadamente con Rosarito al pie del balcón. Se siente inseguro en su cortedad ante la muchacha que es un as de chistes, pullas y picardías. Aunque Gonzalo es agudo y reticente, su humor no es ni caraqueño ni andaluz, lo que le da un aspecto que va de lerdo a severo, que en Caracas y en el Centro no se estima.

Gonzalo tampoco maneja la esgrima verbal de la gente del Avila, ni tampoco trasuda lascivia a la vista de una mujer hermosa, lo que da pábulo a los más diversos rumores sobre su hombría que contribuyen a

robustecer los rumores de burdel. Por eso a Rosarito no le entusiasma del todo, a pesar de su apellido y del título de abogado que se le viene encima. La muchacha y los dos hombres charlan animadamente. Santiaguíto Blanco le acaba de regalar una yegua rucia sobre la cual paseaba días atrás y que tentó a la muchacha.

—¡Ay, qué rico! —exclamó Rosarito—. ¿No digo yo que Santiaguíto Blanco es el negro más bello que hay en el mundo?

La calle a esa hora bulle de gente. Es la hora del paseo y de las muchachas en los balcones. Juan Corrales, tres casas más allá, se asoma vacilante al portal, sale a la calle y baja hacia Carmelitas.

Gonzalo, al divisarlo, sale entusiasmado a su encuentro. El calabocño distiende el rostro y sonríe abierto al reconocerlo.

Los dos hombres se abrazan ruidosamente. Más de cinco años han transcurrido de los tiempos en Macuto y de su idilio con Belencita. Por un momento le acude el recuerdo de la muchacha pero calla, pues ya le han dicho que parió un niño más negro que Crespo. Al pie de la ventana, atento y semisonreído, aguarda Santiaguíto, a quien Juan Corrales no reconoce y saluda sin bríos luego de hacer memoria. No puede evitar un rictus de contrariedad cuando el mulato le comunica que es su vecino. Santiaguíto, que lo percibe, se vuelve a sumir en el rencor que siempre le tuvo. Gonzalo presenta a Rosarito. Juan Corrales le estrecha la mano. La muchacha, abre la boca y angosta el ojo: le gustan los rubios altos que le doblan la edad. Cuando Juan Corrales sigue su camino calle abajo, Rosarito sin poderse contener exclama: ¡Mamita mía!

23. *Viene el diablo y sopla*

(1893)

Rosarito, a diferencia de su hermana Dominguita, que era blanda e insulsa como una carlota rusa, vivía obsedida por fantasías eróticas «que hubieran puesto colorada a la Tuqueque», como comentaba Ruperta.

una negra tuyera y alebrestada que tenía años de sirvienta en casa de las Serna.

La vez que Doña Josefina descubrió a Rosarito jugando a papá y mamá con su primo Marcelino Madriz, comentó a carcajadas ante los aspavientos de la mujerona: el primer maíz de los pericos.

Pero cuando la encontraron ya catorceañera rascabuchándose con Monsieur François, su profesor de francés, tanto Ruperta, que era la Mesalina de la cuadra, como Doña Josefina, consideraron que la muchacha era demasiado rabocaliente y que había que casarla y que había que casarla pronto.

Por eso, cuando apareció runruneando Gonzalo, a pesar de las reservas de estirpe de Doña Josefina, tanto la madre como Ruperta decidieron dirigir las operaciones a ver si caía el muchacho y salían de eso.

—Mejor dile tú lo que debe hacer porque a mi me da pena.

—Ay, Misia Josefina, no parecen cosas tuyas. Déjeles solos y por su cuenta que al mes están prendidas las candelas.

Doña Josefina hizo un mohín y pensó para sí:

—Pues hagamos de diablos —y aceptó una invitación de Gonzalo, para que toda la familia se pasara dos días en su hacienda de «Las Mercedes» y los muchachos pasearon de lo lindo y por su cuenta por esos caminos tan bonitos llenos de café y de bucares en flor.

Pero Misia Josefina y Ruperta constataron en los días que duró el paseo que la ropa interior de Rosarito seguía limpia y sequita como paño almidonado.

—¿Qué le pasará a ese muchacho? —comentaba Ruperta. Rosarito no hacía sino comérselo con los ojos y le restregaba el cuerpo como un estropajo cuando caminaban.

La primera visita que recibieron los Corrales fue de Doña Josefina Serna y sus dos hijas. Dominguita, sin llegar a fea, resultaba insignificante al lado de su hermana, quien, bulliciosa, hacía lo indecible por ganarse la simpatía de Gloria, envuelta siempre por una timidez estirada que, aunque genuina, parecía estudiada y señorial.

Rosarito y Gloria se hicieron íntimas. La muchacha no perdía oportunidad de meterse en casa de sus vecinos coqueteándole abierta y

claramente a Juan Corrales a pesar de estar de novia con Gonzalo. Cuando el llanero, que no era precisamente un narrador, refería una anécdota, con su estilo pesado y lento, Rosarito entornaba los ojos y se embelesaba en el relato, y si tenía una ocurrencia de intención jocosa, lo cual era muy raro, Rosarito se reía como si fuera de Tancredo el Payaso. Rosarito hasta se las ingenió para que Juan Corrales y Machado comieran en el mismo plato, como ya lo hacía con Gloria. En un comienzo Juan se mantuvo a la defensiva, a pesar del inmenso atractivo de Rosarito. Se sentía nervioso con sus insinuaciones, «aunque la mujer otorga con una mirada —como dice mi padrino—, el ataque es nuestro».

Rosarito una tarde en que sabía que Gloria no estaba en casa, se fue derecho al despacho de Juan Corrales, que cavilaba en su escritorio. No hubo necesidad de palabra alguna. Cuando la vio de pie en el umbral, con la mirada encendida y el pecho jadeante, la tomó entre sus brazos y comenzó a recorrer el camino que pretendió trajinar su abuelo con Rosa Bejarano.

24. *Gavilán que no llega a tiempo*

(1893)

Sussy, la francesita, esposa de Santiaguito, amó a Venezuela desde que François, Duque de Morny y yerno de Guzmán le cambió su aburrida vida de modistilla en Montmartre por la de amante de verano en Biarritz. Lo que no supuso Sussy es que su principesco amante la abandonaría tan pronto y que su padre, un carnicero bretón, se negaría a recibirla de nuevo en casa. Sussy, además de bella, era astuta y llena de gracia. Comprendió su situación: tan sólo le quedaban dos caminos: o casarse con un marido pobre y feo o trotar por las calles probando suerte. Gracias a Morny conoció a la Madama que cada dos años iba a París a renovar su existencia de pupilas. La Madama era sagaz y tentadora en el consejo:

—A los dos años, ya puedes retirarte a vivir el resto de tu vida en París; si en el camino no te sale algún venezolano rico que te ofrezca matrimonio. Esos criollos se vuelven locos por las chicas como tú. Si tú vieras la cantidad de muchachas de tu condición que han hecho matrimonio con un «gran cacao», como dicen los venezolanos. Unos ojos azules en tierra de negros valen tanto como una hacienda.

Sussy no lo pensó dos veces y a la semana partió para Venezuela. En el mismo barco venían Belén Machado de Ceballos, su marido el Conde Mario y el hijo de éstos: un niño de seis años de edad, ágil y travieso como una cerbatana. Mario Ceballos, que regresaba a Venezuela con un cargo de primer secretario y Belén su mujer —la cual había desmejorado mucho con los ataques epilépticos— vivía continuamente preguntándose cuál podría ser la razón de que su retoño tuviese aquel color más que subido para que pudiese ser tolerado en la aristocracia. Fue precisamente ese hecho y los problemas que plantaba en la Corte Española un retoño tan carbonero los que llevaron al Conde Ceballos a solicitar traslado a Venezuela.

Belén fue sorprendida por un ataque durante la travesía. De no haber sido por Sussy se habría caído al mar. Las dos mujeres simpatizaron y la francesita, fecunda, inventó que iba de paso para Venezuela en relación con un negocio de su tía. La hija de Víctor Alberto se tragó el cuento y, cuando Sussy le habló de su amistad con el Duque de Morny, le ofreció su amistad con los brazos abiertos.

Con excepción de Santiaguito, Sussy no conoció a ningún otro parroquiano la noche de su estreno. Y fue tal la sapiencia y ardor que la francesita arrojó sobre el nieto de Juan Palacios, que éste ya no tuvo más pensamiento sino retenerla a su lado aunque tuviese que entrar por la iglesia como hizo semanas más tarde.

La Madama fue generosa con Sussy al no exigirle reparaciones por el dinero invertido en trapos y pasajes. Cuando Sussy le explicó el caso sonrió con placer y le dijo con su voz bronca y maternal de celestina:

—Ya me lo pagarás algún día. Y no vuelvas más por aquí; porque éste no es sitio para una señora decente. Y quédate en paz, que de mi boca no saldrá una sola palabra.

Pero Sussy, como todos los que han sido engañados muchas veces, no creyó en promesas y comenzó a conspirar contra la francesa.

Primero intentó que su marido la hiciera expulsar del país. Pero no fue suficiente la presión de Santiaguito, para que Andueza Palacios, cliente asiduo del lupanar, decidiese una medida semejante. Por eso Sussy decidió jugarse el todo por el todo y le propuso al Presidente, que la venía visteando goloso desde hacía algún tiempo, un pacto bélico pagadero en especies.

Una semana más tarde la Madama y sus muchachas, en seis coches de punto, salieron para La Guayra, escoltadas por la policía y una larga cabalgata de admiradores, lo que hizo decir a Vicente Amengual: Ese es un error político grave, Raimundo; gobernante que en Venezuela cierra burdeles e inaugura cementerios está tumbado. Los burdeles en nuestro pueblo son instituciones tan venerables como las academias.

36

Sussy sonrió para sus adentros cuando supo que su vecino iba a ser el General Juan Corrales.

Luego de muchos escarceos e impúdicas ofertas, Sussy, que pasaba muchos días sola mientras Santiaguito estaba en La Victoria, decidió esperar emboscada en el portal de su casa la llegada de su vecino. Tal como hacía en Montmartre siseó a Juan Corrales cuando el llanero intentaba abrir el portal de su casa:

—Pst, General —luego le dijo susurrante, con pupila y boca dilatadas por el deseo—: General, estoy sola y creo que en mi habitación hay un hombre. Venga conmigo, pero no haga ruido.

Juan Corrales la siguió, llevado de la mano que estaba húmeda. Cuando llegaron a la habitación no había más hombre que él mismo.

Desde entonces fue llegando cada vez más tarde a su casa, hasta que un día Conch'e Piña, el cochero, un catire parlanchín, le dijo a Gloria que lo dejaba en casa dando las once en la Catedral.

Juan Corrales arguyó que a causa de su insomnio se quedaba en la calle a ver si con la fatiga le venía el sueño.

Conch'e Piña, el cochero, que oyó la explicación, se rió en voz baja mientras murmuraba: «¡Ay con Doña Gloria! si sigue así me la van a enterrar en urna blanca».

Esa tarde se decía el cochero mientras le cambiaba la enjalma al caballo:

—Gavilán que no puede llegar a tiempo a su nido es porque está comiendo gallina. ¿Dónde estará la gallina del General? ¿Tú no sabes, Piquijuye?

El aludido, un mestizo de El Valle y de rostro tristón, le respondió ceceante y disgustado:

—Yo no sé por que tú preguntas tanta pendejada, con tan buen gallinero que hay al lado. Se necesita ser ciego para no darse cuenta por dónde revolotea el amo.

Conch'e Piña soltó una larga carcajada, le apretó la cincha al caballo y se dijo:

—Sí Piquijuye, que es tan caído del catre, se ha dado cuenta de lo que está sucediendo, esto lo debe saber toda la cuadra.

Conch'e Piña era un mozo fuerte y sanguíneo que no llegaba a los treinta años aunque su corpulencia y ancho rostro mal afeitado le hacía pasar de mayor edad que su patrono. Hijo de isleños, pasó sus mocedades entre vaqueras y hortalizas hasta que decidió meterse a cochero. Su alegría franca y su precisión en el trabajo le ganaron la simpatía y admiración de Juan Corrales quien lo puso bajo su servicio desde que lo nombraron Jefe Militar de Caracas.

Juan Corrales continuó en sus correrías nocturnas. Como ya la indiscreción de Conch'e Piña había puesto en guardia a Gloria, inventó que por el calor y su insomnio se iría a dormir al cuarto de arriba, desde el cual se divisaba el patio arbolado de su vecina.

A media noche gateaba un techo de pared medianera hasta que alcanzaba un corpulento mango deslizándose hasta la casa vecina.

Varias semanas tenía Juan Corrales en esa práctica cuando una noche le falló el equilibrio y cayó con gran escándalo en su propio corral. Cacarearon las aves, estalló el techo protector y todo el mundo acudió a la algarabía.

Juan Corrales, verduoso le explicó al grupo, con Gloria a la cabeza, que sonámbulo se cayó del techo. ¿Qué peligro, no?

Conch'e Piña se dijo:

—¿Sonámbulo de pantalón y revólver? ¡Baraj!

Al día siguiente, muy de mañana, el primer oficial de Juan Corrales, Diego Bautista Ferrer, lo vino a buscar con urgencia de parte del Presidente. Dolorido e insomne tomó camino al palacio.

Cuando llegaron al despacho presidencial un mazo de abigarrados visitantes hacían antesala. Al fondo del recinto un rostro le pareció conocido. Hizo un esfuerzo y al fin recordó: era Cipriano Castro, el diputado por el Táchira que levantó armas contra su padrino y que lo insultaba por la prensa de Cúcuta hasta el desvarío. Juan Corrales le saludó frío y distante y Ferrer que llegó a ser su aliado, ignoró su presencia y avanzó huyendo. Castro les dirigió una sonrisa amoscada y triste a los dos hombres y caviló con tristeza sobre el peso y el sabor de la derrota.

25. *Gonzalo y Rosarito*

(1893)

El hijo de Belencita Ceballos dio más que hablar que los amores del Nuncio.

—¿A quién habrá salido este niño tan negro? —preguntaba Mari-cusa de Las Casas.

—Ay, mijita, ¿a quién va a ser? —le respondió Doña Josefina Serna—, pues al Mulato Machado, su abuelo, que era más negro que una pasa.

—Yo no sé qué decirte —le respondió la mujeron—, porque si bien es verdad lo del mulato, Belencita salió catira de ojos verdes y su marido, encima, es español, es blanco y rubio como un arcángel. ¿No habrá contrabando? Porque dicen de la abuela de Belencita que era tremenda.

—Ay, qué horror —protestó Doña Josefina—, esas son calumnias de esos malditos liberales que ya no hallan qué inventarnos. ¿No dicen, pues que Gonzalo, el hijo de Víctor Alberto, que es del otro lado, y que los Palacios buenos son los que tienen «S»?

—¡Ay Josefina! —exclamó gozosa Maricusa por el chisme—. Estás peor que Paco Vera y Juancho Madriz, ¡qué lengua mijita!

Doña Josefina que estaba resentida contra Gonzalo por no haberse salido con la suya de casarlo con su hija, se limitó a comentar:

—Eso es lo que dice la gente por ahí —y guardó para sí las opiniones de Ruperta cuando comprobaba a diario la virginidad de Rosarito:

—Es que ese muchacho, Misis Josefina, tiene que haber salido pato como el papá. Qué hombre que no lo sea, deja el pelero con una muchacha como Rosarito. Ese hombre es pato, Misis Josefina, y que Dios me perdone si yetro.

Por eso Ruperta peló los ojos con alegría y sorpresa el día que al recoger las ropas de Rosarito, encontró sus pantaleticas manchadas de sangre y a la muchacha con el rostro angustiado y satisfecho de las que han pasado el páramo. Pero la alegría se le vino al suelo, cuando fingiendo indignación y sospecha interpeló a la muchacha con las ropas sangrientas en la mano:

—¿Qué significa esto, Rosarito?

Cuando la muchacha la abrazó llorando y le refirió lo sucedido, la tuyera, color ceniza, exclamó rabiosa:

—Esto sí que es una vaina. ¡Maldito General!

Y se quedó arrellenada en una silla, mientras Rosarito gemía.

—Pues mijita, aquí no queda un camino sino echarle el muerto a otro. ¿Por qué no le buscas pleito a Gonzalo, ahora que estás cetradita? Mira, con un poco de alumbre y una vejiga de pavo llena de sangre te pongo señorita. No serás ni la primera, ni la última que he compuesto.

Rosarito con los ojos colorados se rió:

—No, hombre, el tercio como que no funciona.

—¿Y si le diéramos agua de babandí? A mí nunca me ha fallado.

—No, negra, deja la cosa. Yo estoy enamorada de ese hombre y no me quedaré quieta hasta conseguirlo.

Ruperta la miró escéptica:

—Ese hombre por las buenas lo pierdes. Si estás en ese estado lárgate con él, déjate poner un hijo y a lo mejor se queda contigo.

—Pues eso es lo que pienso hacer, lo mismo que mandar al carrizo a Gonzalo.

* * *

Gonzalo se quedó estupefacto cuando Rosarito le comunicó su decisión de terminar el noviazgo.

—Pero ¿por qué? —preguntó ansioso el muchacho, quien se había enamorado de Rosarito. La muchacha dejó caer:

—Porque no te quiero y estoy enamorada de otro.

Gonzalo pasó revista a sus posibles competidores y al no encontrar ningún sospechoso pensó que la muchacha se lo decía para quitárselo de encima. Y con voz triste se despidió de Rosarito.

Tan sólo sus amoríos lo retenían en Caracas. Desde hacía algún tiempo quería marcharse a los Estados Unidos, para aprender inglés y vivir las maravillas de su técnica. Pidió una audiencia con el Presidente Crespo y le expuso sus planes.

* * *

Gonzalo Machado fue nombrado Cónsul en Nueva York. Treinta y tres años tenía y una aburrida madurez jurídica.

—Yo no sé qué vas a hacer tú en el exterior —le gritaba Santiago—, cuando todas tus oportunidades están aquí.

—Mientras mi padre viva, yo seré el hijo de papá y eso es precisamente lo que no quiero —le respondió Gonzalo—, aparte de que soy un convencido de que este sistema político no va a durar mucho tiempo. Crespo, por más que se diga, continúa y continuará siendo la sombra de Guzmán y por la ley la sombra acompaña al cuerpo. Ya Guzmán está desentendido de Venezuela. Está haciendo lo que dijo una vez «que su único deseo era robarse dos millones de pesos para vivir el resto de su

37

vida en París». De modo que, muerto el perro, se acabó la rabia. En Venezuela los regímenes personalistas no duran más de veinte años. Por mis cuentas, a Crespo le quedan cinco años y yo no me voy a quemar sirviéndole, ni tengo la habilidad de papá de cambiarme cada vez que se voltea la tortilla.

—No te metas en política: con tu experiencia y clientela te vas por la tapa del frasco.

—Eso en Venezuela es imposible. Los hombres que en nuestro país tienen peso específico, o son cómplices del gobernante de turno o son sus enemigos. Y yo, mi vale, no quiero ni una cosa ni la otra. Por eso me largo a probar suerte a otros lares. Aparte que yo creo que el consulado en Nueva York es más importante que un ministerio. Paulatinamente, el Tío Sam aumentará su influencia en Venezuela. El imperio yanqui es un hecho y nuestro destino es terminar bajo su férula o la del Brasil.

—Tú estás loco —exclamó Santiaguito—. ¿Y para qué fue el esfuerzo de nuestros libertadores? Aquí hay mucho guáramo y tabaco en la vejiga para pararnos ante quien sea.

—Ay, Santiaguito... —exclamó Gonzalo y no terminó la frase por consideración al mulato.

La campana de a bordo, ordenando a los visitantes bajar a tierra, cortó el diálogo.

Cuando Santiaguito descendió por la escalerilla, Gonzalo pensó:

—Este sí que es un hombre hecho para triunfar en Venezuela. Tiene la audacia del ignorante y la dureza del que ha conocido la miseria. El éxito fácil lo ha hecho omnipotente y firme. En cambio para nosotros, ¡cuánto pesa y lastra la historia!

La costa se alejaba. Una voz a su lado le dijo en inglés:

—¿Me da cerillas, señor?

Una mujer menuda y pecosa miraba con desenfado a Gonzalo. No era ninguna beldad, pero podía ser interesante para una travesía. Gonzalo se excusó de no fumar. Ambos se enfrascaron en una conversación de reconocimiento mutuo, salpicado de lugares comunes y de carcajadas apetitosas.

Dos horas más tarde se tuteaban. A la caída de la tarde se daban besos en el entrepuente.

A la hora de dormir, la acompañó al camarote y a pesar de sus ojos expectantes le dio las buenas noches en perfecto castellano. Ese era su problema. Salvo las prostitutas siempre y cuando fueran de su extrema confianza, se sentía inseguro para hacer el amor. En las oportunidades en que intentó una aventura el fracaso lo acompañó. Por eso había llegado a la edad de Cristo libre de toda coyunda amorosa, hasta el punto de haber pensado muy seriamente en abrazar la vida monástica. Había algo dentro de él que paralizaba su expansión erótica hasta cristalizarse en terror escénico. Ni siquiera los besos ardientes de Rosarito eran capaces de romper sus inhibiciones. Por eso cuando la muchacha le dijo a la vera de un camino de «Las Mercedes»: «Hazme tuya», fue tal el frío que lo embargó, que no pudo menos de murmurar excusas y agradeció al cielo cuando un jinete se acercó al chaparral que hubiera podido guarecerlos.

Ese era su drama. Esa impotencia relativa o selectiva que le impedía poseer a otra mujer que no fuese la hembra degradada. Por eso, cuando a la segunda noche, la americanita lo arrastró hasta su lecho y el fracaso lo mordió de nuevo, Gonzalo pasó la noche en vela repitiéndose muy seriamente su necesidad de meterse a cura. Noche tras noche continuaron los fracasos, hasta que la gringa aburrida lo sustituyó por un compatriota suyo que la tomó y retomó desde el camarote hasta el entrepuente.

Cuando el barco atracó en Nueva York y Gonzalo descendía por la pasarela, una voz burlona le gritó:

—¡Oh, mi Dios, que frío es el trópico! —Era la americanita que apretujada contra su compatriota le dirigía una sonrisa hiriente.

* * *

Poco duraron las relaciones entre Juan Corrales y Rosarito. El llanero respondió a las insinuaciones más por afirmar su tentada virilidad que por pasión insólita. Más le atraía Gloria con su belleza serena y su ar-

dor de castidad, que el bullicio lujurioso de Rosarito. Cuando sucedió lo que tenía que suceder ambos lamentaron el desfogue de la flor.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó llorando Rosarito—. ¿Y si salgo en estado?

El llanero tragó grueso. ¿Quién lo mandaría a meterse en líos habiendo tanta mujer libre y sin complicaciones?

Brusco, trató de consolarla, pero no pudo. La muchacha se desbordó en lágrima viva.

—He perdido mi honor. ¿Qué será de mí?

Juan Corrales, descompuesto, murmuraba palabras de ocasión.

—Te quiero mucho. Serás mi mujer. Te llevaré conmigo a Calabozo. A mi hacienda. Lejos de todos. Seremos felices.

La muchacha, como si no esperase otra cosa se abrazó al llanero:

—Llévame, Juan, contigo; llévame lejos de aquí. Vámonos a donde tú quieras.

El hombre la acariciaba pensando en Gloria, que en cualquier momento haría irrupción en la casa. De sólo pensar que su mujer sospechara algo se le ponía el alma chiquita.

—Juan, ¿estás ahí?

Juan tembló como no le había sucedido en los momentos más difíciles de guerra.

—Sí mi amor —respondió Juan Corrales—. Aquí estoy con Rosarito. Sube.

Los ojos profundos de Gloria relampaguearon más de curiosidad que de sospecha, cuando vieron a Rosarito llorosa y desencajada, derumbada en la poltrona. El llanero se apresuró a explicar:

—Rompió con Gonzalo.

Gloria solícita se acercó a la muchacha:

—Ay chica, no te pongas así. Ya vendrá otro. Además, Gonzalo se va y tú sabes, como dice el dicho, que amor de lejos amor de... —y no terminó la frase avergonzada de su efecto.

Juan Corrales, impaciente, dio una excusa y salió a escape, dejando a las dos mujeres enfrascadas en sus cuitas.

Rosarito no desistió de sus propósitos de encontrarle la vuelta a

Juan Corrales. Cada vez que Gloria salía y lo sabía solo en casa, se le subía al despacho, donde el llanero procuraba calmarla con palabras y a veces con hechos. Un día Rosarito le dijo: «Estoy en estado». Juan Corrales sintió hacersele migajones la tierra.

—Si no me llevas contigo, me quitaré la vida.

—¿Qué vaina! —se dijo el hombre y fijando los ojos en una Virgen del Carmen, susurró una promesa:

—Virgen Santa, si me sacas con bien de este lío te prometo portarme bien hasta el fin de mis días.

Pero entre tanto, para domeñar un poco su angustia siguió visitando a su vecina, casi todas las noches.

Con los tres frentes abiertos, Juan Corrales comenzó a dar síntomas de cansancio y enflaquecimiento. Se le veía ojeroso y demacrado. Diego Bautista Ferrer se lo hizo notar, una mañana que iban en coche hacia Miraflores. Conch'e Piña, que los oía, clamó con voz sacerdotal:

—Hermanos míos en el Señor, en verdad en verdad os digo que la paloma hace más daño que el gavián.

Juan Corrales, molesto por la alusión, saltó indignado:

—¿Qué vaina es ésa, Conch'e Piña? ¿Tú como que estás loco?

El cochero murmuró una excusa y el militar se enzurrónó en un profundo silencio, y pensó en el hijo que le había sembrado a Rosarito.

Pero la falta de Rosarito perseveró. A los dos meses ya no había ninguna duda. La muchacha continuaba quejumbrosa y amenazante y Juan Corrales sumido en la angustia. Una tendencia creciente lo obligaba a salvar la honra de la muchacha a expensas de su propia familia.

Un día tomó la decisión. Rosarito, so pretexto de temperar se iría a una casa de campo, que tenían los Serna en Chacao, y allí la recogería Juan Corrales camino de Calabozo. Era la única forma. Al fin y al cabo Gloria y sus muchachos seguirían siendo su familia legal y Rosarito, como muchas otras mujeres de su condición y situación, sería su segunda esposa.

El llanero se sintió obligado a confesarse con Crespo. El viejo caudillo, monógamo empedernido estalló en improperios:

—¡Mire que usted es bien pendejo! ¿Cómo se le ocurre una vaina

semejante? Allá ella que se las arregle como pueda. Usted tiene una familia por la cual velar. Vaya y dígale a la mujercita esa que si se quiere ahorcar, que lo haga; pero si usted me deja a Gloria lo fusilo. ¿Oyó, piazo de sinvergüenza?

Juan Corrales, tragando grueso tomó la decisión. Rosarito lloró y Juan Corrales no supo más de ella, hasta la víspera misma de su partida a París, donde tenía una tía viuda y millonaria la cual veinte años atrás se fugó con un primo.

26. *Se alquila una casa* (1894)

Sussy dio síntomas de embarazo y Santiaguito de la inmensa dicha de perpetuarse. Sentía por su mujer una robusta pasión que le hacía soñar con ella en su finca de Aragua. En el Club Venezuela, al saberse la noticia, se casaron apuestas sobre el color con que vendría el muchacho, pues si a Belencita, como decía el viejo Otáñez, el salto atrás la llevó a Barlovento, lo que era a Santiaguito, «el ritornelo» lo llevaría al Congo.

Pero erraron los cálculos. Un día nació una niña. Para sorpresa de todos era tan blanca y rubia como Sussy, y sus ojos giraron del azul profundo de la francesita al verde felino de los Corrales, lo que dio pie a que Victor Alberto teorizara sobre los misterios de la herencia y del salto atrás.

—Ahí tienen ustedes —le decía a su mujer y a unos parientes—, Belén, rubia como el sol y su marido, un español del Norte, y les sale un hijo tan moreno. En cambio, una hija de Santiaguito, que es mulato, sale más catira que mi antepasada Santa Isabel.

Y aprovechó para restregarle a los presentes su místico parentesco mientras Don Feliciano, desde su retrato, lo miraba con burla y protesta.

Tan pronto fue posible, Sussy y Juan Corrales reanudaron sus entrevistas nocturnas. La francesita ejercía sobre Juan Corrales una tiranía sexual que el militar aceptaba complacido sin pensar ni en riesgo ni en peligro. Como temía Conch'e Piña, todo el mundo se dio cuenta. Doña Josefina Serna, que le tenía ojeriza a la francesita por su falta absoluta de clase, comenzó a difundirlo entre sus amistades a sotto voce.

—¿Que cómo lo supe? —le respondió áspera a las exigencias metodológicas de Doña Isabel de Andrade—. Pues como se sabe todo en Caracas: por las sirvientas, que son la cloaca de las casas. La cocinera de Santiaguito que es tuyera y prima de Ruperta, mi sirvienta de adentro, le contó todo. El General Corrales, como un mismo muchacho se monea todas las noches la mata de mango, que tiene Santiaguito en el patio.

—Y tan serio que se ve. Pero los hombres, mijita, cuando hay fal-das de por medio son una cosa seria.

Cuando Conch'e Piña supo por la misma Ruperta, a quien bruju-leaba, que los amores de su amo eran de público conocimiento, se lo advirtió a Juan Corrales:

—Convénzase patrón que sarna, amor y pobreza no se pueden ocul-tar. —Juan Corrales guardó silencio y tan sólo dijo malhumorado:

—¡Qué vaina!

Cuando Dominguita Serna le reveló a Gloria lo que se rumoraba, la calabocña impertérrita dejó caer con indiferencia:

—Mientras no sea igual a mí o me la traiga a mi casa, no me im-porta lo que haga mi marido.

El rubor coloreó el rostro de Dominguita y con una sonrisa tiesa se fue a su casa.

Esa noche Sussy, como otras tantas, yacía desnuda en su inmenso lecho. Sus ojos azules, adormilados, dejaban escapar una evanescencia de satisfacción. Durante más de dos horas el llanero cabalgó a sus anchas por su colchón de plumas.

—Oh la lá le venézuélien —se decía la muchacha recordando las re-flexiones de la Madama sobre el poder cuantitativo del criollo que tan bien suplía su ausencia de exquisiteces.

Llovía a chorrerones esa noche. Un sapo grande croaba diciendo «sabroso, ¿no?», «sabroso, ¿no?». La francesita le contestaba burlona:

—*Oui ma chérie. Oui ma chérie.* —Un ruido a su lado y una respiración entrecortada la hizo abrir los ojos con cautela.

Primero vio la figura de un hombre al pie de su cama. Luego lo comprendió todo: era Santiaguito, que con la cara crispada por el odio la miraba enloquecido.

A las seis de la mañana Ramona la cocinera llamó con premura a la puerta de Juan Corrales:

—¡General! ¡General!

—¿Qué fue mujer? ¿Qué sucede?

—Venga corriendo General, que algo muy malo ha sucedido.

El militar con un batín de noche corre tras de la cocinera. En la puerta de los Blanco se aglomera la gente. Hay policías. En ese instante sale el Gobernador Ignacio Andrade. Lleva el rostro demudado. Tan pronto ve a los Corrales les dice:

—¡Qué horror!

—¿Pero qué pasa?

—Que Sussy se acaba de pegar un tiro. Se levantó la tapa de los sesos.

* * *

El suicidio de Sussy fue un acontecimiento para la ciudad. Corrieron los más variados rumores y toda clase de hipótesis sobre una mujer que se veía tan feliz.

—Se volvería loca —comentaba el doctor Rosca.

—Yo creo más bien que debe haber sido el café en exceso que tomaba Doña Sussy. A los musiús no les presta —decía con aire doctoral el Curandero de Palacio Telmo Romero, quien no perdía la oportunidad de hacer sentir su preeminencia y en particular si lo oía el Presidente de la República. Rosca se mordió los labios y terció discreto:

—Bueno, es cuestión de criterios, Don Telmo, que me gustaría discutir más detenidamente con usted.

Hipólito Acosta, el jefe de la policía, no creyó en suicidio desde que vio a la muerta:

—La musiúa no era zurda y la bala entró por el lado izquierdo. A mí me huele que Don Santiago fue quien se la pegó.

Ignacio Andrade que lo oía y que rumiaba la misma hipótesis hizo un gesto de protesta:

—Déjese de juicios temerarios, Hipólito, que esa es una familia decente.

Crespo fue del mismo parecer del gobernador:

—Échense tierra al muerto; si parece suicidio que se quede suicidio y no se hable más del asunto. —A lo que respondió zumbón Hipólito:

—Bueno, ustedes y ellos son blancos y se entienden. Dejaremos la cosa así.

Fue un entierro concurridísimo. En la acera de enfrente la Madama hace la señal de la cruz cuando ve salir el cadáver y dice para sí:

—Dios la haya perdonado.

La francesa ha retornado al país gracias a los secretos que guardaba de Andueza y a una pingüe oferta hecha al gobernador.

27. *El garrotazo*

(1895-1896)

Era más de media noche cuando Juan Corrales y su segundo, Diego Bautista Ferrer, salieron del Cuartel San Carlos. Las amenazas de invasión de Rojas Paúl desde Curazao habían reforzado la vigilancia del gobierno. Ferrer, que era un hombre de unos treinta y cinco años, y en otros tiempos amigo y protegido del antiguo presidente, comentó:

—Yo no creo que el doctor Rojas sea capaz de tumbar a nadie y menos al Tigre Crespo. ¿Cuándo se ha visto gallina picoteando fiero?

Ferrer aludía al mote de «Car'e Gallina» con que se designaba al Presidente.

Juan Corrales, recordando que Ferrer le debía su último ascenso a Rojas Paúl le respondió áspero:

—Sin embargo, Car'e Gallina, como tú le llamas, fue quien nos libertó de Guzmán.

—Eso fue con Guzmán que estaba en Europa, pero con Crespo aquí, lo veo difícil.

—Pues yo no diría tanto. La impopularidad del Presidente va aumentando todos los días.

—Yo no creo eso —respondió cortante el otro, y por el tono de su voz Juan Corrales comprendió que lo habían incluido en una intriga. Al poco rato el coche se detuvo frente a la casa de Altagracia. La calle estaba silenciosa. Apenas un hombre venía bajando de la plaza. Juan Corrales metió la llave en la cerradura. Un siseo procedente de la casa vecina le provocó un estremecimiento de pavor.

* * *

Cuando se despertó en el Hospital Militar lo primero que le vino a la mente fue la imagen de Sussy asomada en la rendija de la puerta invitándolo a entrar. Lo que no llegó a esclarecer fue si la imagen fantasmal precedió o sucedió al garrotazo. De no haber sido por el General Jesús María Hernández, el célebre Mocho, que desembocó en la esquina y alertó al agresor en el momento en que se disponía a rematarlo, no estaría contando el cuento. La primera persona que vino a visitarlo fue el propio Crespo. Luego de contemplarlo un silencio largo rato le dijo zumbón:

—Eso es para que sigas defendiendo a Car'e Gallina; todo parece indicar que el atentado es obra suya.

Juan Corrales recordó su diálogo con Ferrer el día anterior, pero guardó silencio ante la presencia del General Ignacio Andrade que acompañaba a su padrino.

—¡Caramba con el vecino! —dijo el Gobernador—. La cuadra pa-

rece estar empavada. Un suicidio y casi un muerto en menos de un mes. ¿Cómo explica usted eso General?

—Pues que hay horas menguadas y cosas sobrenaturales que uno no logra entender; eso es un hecho —respondió el Presidente—. Por cierto que en estos días una india de Urica que vio morir a Boves me pronosticó que yo iba a morir igual. Es decir, que ganaría una batalla después de muerto.

Los presentes rieron a fin de menguar el mal efecto de las palabras del Presidente. El ordenanza de Corrales anunció:

—Que ahí está el General Mocho Hernández que viene a saludarlo.

—Que pase inmediatamente —ordenó el Presidente—, que de no haber sido por él, hoy tendría un ahijado menos y otro angelote con sable en el cielo.

Trajeado con una levita último modelo, entró el jefe de la oposición, que amenazaba, por su creciente prestigio, ganar las elecciones. Era un hombre blanco, de barba, de unos cincuenta y tantos años de edad. Natural de Caracas, había sido en su juventud carpintero en San Juan, donde por razones de su oficio perdió dos dedos, lo que le valió el sobrenombre del Mocho. Era un hombre bueno y centrado que creía en los procedimientos democráticos de los Estados Unidos, donde había vivido algún tiempo. Era de palabra fácil y verbo elocuente. Cuando Andueza pretendió prolongar su mandato, el Mocho se alzó en Guayana en seguimiento de Joaquín Crespo; pero se pasó a la oposición al poco tiempo en vista de la política que venía realizando el Presidente. Aunque días antes había pronunciado un airado discurso contra Crespo, los dos hombres se dieron un cordial y campechano abrazo.

—¿Y qué hay de nuevo, General Hernández? —preguntó Crespo con acento burlón—. ¿Cómo van sus discursitos?

—Pues amolándome con ellos las espuelas, para ver si lo saco de quicio.

Los presentes celebraron la ocurrencia. Andrade añadió sentencioso y vacilante:

—Si la lucha política se redujese a los términos en que los llevan us-

tedes, no habría ningún problema. —Pero sus palabras se quedaron en el aire, como sucedía cada vez que hablaba.

Tras el Presidente entró Juan Otáñez, ex Cónsul de Venezuela en Cúcuta y su novia Dominguita Serna. Era un joven narigudo y pequeño, de las mejores familias caraqueñas.

Por eso Juan Otáñez saluda con respeto y temor al Presidente, que le respondió con un displicente ¿qué hay? Juan Corrales terció cordial:

—¿Qué hubo, narizón?

—Pues aquí, mi General, pendiente de su salud. ¿Ique le amellaron el cogote? Pero por la cara que tiene más bien parece que viniese de temperar. ¿No te parece, Dominguita? —La muchacha a su lado respondió vacilante:

—De verdad que sí, General. Está buenmozo. Ojalá le metan otro palo.

—Ni lo quiera Dios, Dominguita. No sea mala gente. ¿Y cómo está Doña Josefina que no ha portado por aquí?

La muchacha dio una explicación circunstancial y cedió el paso a Diego Bautista Ferrer. La habitación del enfermo estaba llena de gente. En un diván Dominguita y Gloria cotilleaban en voz baja mientras Juan Otáñez se enfrascaba en una discusión con Ferrer sobre el problema de la Guayana y las sesenta mil millas que Su Majestad británica aspiraba a arrebatarse a Venezuela. Joaquín Crespo, de pie y con la cara amarrada, seguía atento al diálogo, mientras el Mocho y Andrade lo secundaban a su lado.

Ferrer, que creía interpretar el sentir del Presidente, no estaba de acuerdo en meterse en líos por unas cuantas leguas de pantanos y de selvas inhabitables. Juan Otáñez, quien aspiraba a lo contrario, respondió:

—Pero ese es el porvenir de la Patria. Es como si tú te dejaras quitar una rebanada en una nalga porque te sobra rabo. —Juan Corrales, entretanto, miraba con rabia a Ferrer: estaba seguro que era él quien lo había chismado con Crespo. Menos mal que el afecto que le tenía su padrino estaba por encima de intrigas y pequeñeces. Crespo, que tampoco tenía ninguna simpatía a Ferrer, aprovechó la oportunidad para zaherirlos a ambos.

—Bueno, me voy porque esta conversación está más fastidiosa que cargar un morrocoy de viaje.

Y dándole un manotón a los pies de Juan Corrales salió sin despedirse seguido por El Mocho e Ignacio Andrade.

* * *

Tras el Presidente entraron los nuevos vecinos de los Corrales: Don José de La Cáscara y su esposa Doña Concha Urbán. Don José era un español que lo mismo podía tener treinta que cuarenta años. Con un doble juego de diplomático, comerciante y jugador profesional, logró casarse con la bellísima Conchita, descendiente por todos los costados de las familias primigenias del país, pero sin un maíz que asar desde los tiempos de su abuelo. Toda clase de rumores circulaban sobre los de La Cáscara. Unos decían que él hacía trampas durante el juego, y otros que era un cornudo del tipo reno. Decían las malas lenguas que Doña Concha recibía visitas de hombres en horas inauditas y en ausencia de su marido, y que su casa era lugar de extrañas citas que nadie entendía.

Con el tiempo se acentuaron los rumores y las señoronas bien de Caracas dejaron de asistir a la casa de los de La Cáscara, lo que no fue óbice para que sus maridos se privaran de asistir, jugando todas las noches crecientes sumas de dinero al póker o al bacará. Por eso cuando el ordenanza anunció la visita, la silenciosa Gloria se irguió en su silla y dijo suavemente:

—Yo mejor me voy porque ya le toca mamar a Mercedes.

A lo que respondió Dominguita Serna contoneándose despectiva:

—Yo no tengo quien me mame pero me voy contigo porque comienzo a oler mal —y con gesto áspero obligó a Juan Otáñez, su novio, a que siguiése tras ella.

28. *Juan Otáñez*

(1895)

Juan Otáñez no sólo detestaba a Crespo, sino a Guzmán y a todos sus corifeos del liberalismo. Nunca llegó a conocer el antiguo esplendor que echaba de menos el portero de Palacio, pues el mismo día de su nacimiento las hordas de Guzmán saquearon su casa.

A consecuencia del atropello, su madre murió a la semana de fiebre puerperal y su padre, Don José María, quien había sido ministro de Monagas, fue a parar a La Rotunda. Tenía ya cinco años cuando lo vio por primera vez; más que un hombre parecía un esbozo, con su color blanco azulado y la mirada vacía. Hasta que Guzmán decidió largarse en el 88, la vida de los Otáñez se mantuvo a la sordina, viviendo de la poca renta que les quedaba de los coquitos y granjerías que hacía su abuela Doña Eumelia. A pesar de todo lo sufrido, el viejo Otáñez no cejaba en su pugnacidad contra el régimen, no perdiendo oportunidad de despotricar contra todo lo que fuese liberal.

—Malditos mil veces sean Antonio Leocadio Guzmán y el bolsa de Mauro de Tovar. El uno por miserable, y el otro por estúpido. Ellos son los culpables de que esta cuerda de zambos alzados estén gobernándonos.

Dentro de esas prédicas creció Juan Otáñez. Cuando se produjo la reacción contra Guzmán y derribaron las estatuas, tenía dieciocho años y estudiaba segundo año de derecho. Fue tal la energía y capacidad lideresca que demostraba, que Rojas Paúl lo introdujo en la secretaría de donde saltó, por sus conocimientos de idiomas, al Ministerio de Relaciones Exteriores.

Juan Otáñez, además de godo venido a menos, era simpático y dicharachero. «Era un tipo entrador —como señalaba Crespo—, pero tenía burla en su risa y arrestos de antiguo propietario.» Además de derecho, Juan Otáñez cultivaba las letras, publicando sesudos artículos de crítica literaria y dando clases en el Colegio Federal de Varones. A pesar de sus excelencias como estudiante y del título de abogado, no pro-

gresó en su carrera administrativa. Sabía mejor que nadie la razón de su estancamiento. Cuando Crespo pasó, una vez, por la Universidad, los estudiantes, le echaron una rechifla. La mirada del Presidente alcanzó de plano a Juan Otáñez. Cuando, años más tarde, Víctor Alberto lo presentó al Presidente y le habló de sus virtudes, Crespo le dijo con frialdad:

—No conozco su obra, pero de que silba, silba como un turpial —y le dio la espalda, suave y solemne. Víctor Alberto le observó:

—A pesar de todo lo que he abogado por ti, creo que no saldrás de abajo, hasta tanto te hagas perdonar la afrenta, y para eso no hay mejor que hacerle un favor extraordinario.

Juan Otáñez sintió un calofrío. El miserable sueldo de la Cancillería a duras penas le alcanzaba para cubrir sus necesidades más precarias. Sus amores con Dominguita Serna, que ya iban para tres años, no tenían perspectivas, como se lo hizo saber Doña Josefina desde el primer momento en que le pidió la mano:

—Yo no sé con qué te vas a casar, porque el sueldo que ganas no alcanza ni para el jabón de mi niña.

Desde entonces un germen de codicia mordisqueaba sus principios. Él tenía que ser gente y hacer dinero a como diera lugar. Él no iba a ser como su padre, vencido invocando el pasado. Su única esperanza era Víctor Alberto, con quien mantenía amistad, a pesar de las reconvencciones de su padre quien lo llamaba poco de mierda. Juan, al darse cuenta de que una de las principales preocupaciones de Crespo era Cipriano Castro, le dijo a Víctor Alberto:

—Dígale al General Crespo que me mande de Cónsul a Cúcuta, que yo me encargaré de vigilar a Castro y de tenerlos al tanto de todo cuanto hace.

Al día siguiente llegó la respuesta:

—El General te felicita y te manda a decir que estará en deuda contigo si logras silenciar al hombre.

Rumiando tristezas, Juan Otáñez se encaminó a la frontera. Pero Castro lo sorprendió. A diferencia del gacetillero de pueblo que traslucían sus escritos, el enemigo número uno del gobierno crespista era un

hombre inteligente, simpático y vivaz que se lo metió en un bolsillo desde que se conocieron.

Sus planteamientos políticos y su opinión de la oligarquía liberal eran los mismos suyos; gente corrompida, ineficaz, que estaba llevando al país a la ruina. ¡Qué lejos está aquella pulcra e inteligente oligarquía conservadora, que para desgracia de todos fue derrocada! Tú con ellos no tienes porvenir, porque no eres de su mismo grupo. Tu familia ha derramado sangre de ellos, lo mismo que ellos han desangrado la tuya. No te peles, Juan, que en ello va implícito tu destino. Hoy por hoy, te están utilizando no sé con qué fines. Pero, cuando te hayan sacado el jugo, te tirarán como un bagazo.

Por meses platicaron el exiliado y el cónsul. Juan Otáñez, huérfano de esperanzas, encontró en Cipriano Castro el padre de sus ideas. Un día, lleno de culpa y congoja, le contó la verdad de todo. Castro lo abrazó con los ojos húmedos.

40 —Yo lo sabía desde el primer momento; pero desde que te vi, supe que no perseverarías. Tú eres godo, mijito. Y los godos son capaces de todas las iniquidades, menos la de ser traidores y espías.

Al día siguiente, Juan Otáñez puso un cable renunciando al consulado, y cuando llegó semanas más tarde a Caracas, le dijo clara y llanamente al Ministro de Relaciones Exteriores, lo que pensaba de Castro, y de Crespo y de su antiguo oficio. Crespo tan sólo comentó:

—Déjenlo donde está, pues es un convencido —y a sabiendas de que hay enemigos que no se rescatan, ignoró a Juan Otáñez sin pena ni rencor.

Entre Castro y Otáñez se estableció una nutrida correspondencia. Con su claro estilo barroco, no exento de ideas y de talento, Castro prosiguió su obra persuasiva sobre el caraqueño, quien en forma entusiasta proyectaba la palabra de Castro hasta crear la leyenda entre sus amigos de que era el hombre necesario. Por eso, cuando Doña Josefina le increpó con acidez por qué se había venido solo con su hija caminando por esas calles, Juan Otáñez pensó para sus adentros:

—Algún día, vieja del carrizo, me besarás las botas.

Pero Juan Otáñez se sentía cada vez más inseguro de su destino. Como miembro de las viejas familias conservadoras que no supieron dar el salto, se quedó en la desesperanza. La pobreza de su familia y su carácter altivo y mordaz lo fueron marginando paulatinamente de los altos círculos sociales. Su rostro poco agraciado no despertaba interés en las muchachas casaderas de la nueva oligarquía. Por eso, cuando Dominquita, que no era precisamente una beldad, correspondió a sus insinuaciones, aceptó con resignación un noviazgo desvaído.

A Juan Otáñez lo indignaban los triunfadores, sus concepciones pedestres y casi bestiales del país y de la política, y más por despecho que por convicción no perdía oportunidad de zaherirlos en público y en privado. Con la ayuda de su padre, Don José María, que era una Gotha viviente y negro, se dedicó a difundir la historia silenciada de los nuevos héroes y el mantuanaje tradicional que como los Machado se plegaban a los triunfadores.

Su víctima predilecta era el propio Presidente Crespo, a quien llamaba «El zambo de Parapara» y de quien contaba las más sarcásticas anécdotas, como la vez aquella, en que rompiendo su temerosa monogamia accedió a acostarse con una bailarina española que le suministró Vicente Amengual: «Igualita que Jacinta —dijo y se abrochó la braguita». De la misma forma que contó a quien se lo quisiera oír que Doña Jacinta era bruja y hechicera y que todas las mañanas le leía el porvenir a Crespo en una tapara de abejorros.

41

—¿Cómo es posible —decía frente a un grupo de amigos de la cervecería «El Príncipe»— que una zamba pata en el suelo como Misisa Jacinta entierre en el Panteón a su primer cuero «El Agachado»? ¿Es que aquí no hay hombres? ¿Cómo es posible que esta cuerda de sinvergüenzas, como son los ministros, permitan un desafuero semejante? ¿Cómo se sentirá Bolívar al lado de un guerrillero como «El Agachado»?

Una voz bronca procedente de una mesa vecina clamó:

—Cállese usted la boca, so falta de respeto.

Era uno de los generales de la Federación. Juan Otáñez, hipersensibilizado por unos cuantos brandicitos, le replicó:

—Vaya usted a callar a su madre, so pendejo.

Relucieron revólveres, empellones e injurias. Esa noche y la siguiente, Juan Otáñez durmió en la jefatura y cuando salió a la calle, un amigo le comunicó que por decisión del propio Presidente había quedado cesante.

Cuando regresó a su casa su padre le gritó eufórico:

—Me siento orgulloso de ti. Eres todo un godito. Y eche palante que para eso me tiene a mí.

Pero los amigos de Juan Otáñez hicieron protestas más o menos firmes de su adhesión al régimen y repudiaron la actitud descompuesta, propia de un loco, de Juan Otáñez.

Juan no cejó en su lucha y, convencido y resentido más que nunca contra su propia gente, puso en circulación historias oscuras de la godarria, como la complacencia de Soublette con sus hermanas, a quienes entregó, por cuotas al Libertador, o cómo los familiares de José Félix Ribas que, para congraciarse con el gobierno español, iba todas las mañanas a la Plaza Mayor a escupir su cabeza clavada en una pica. De la honorable familia Machado, recordó cómo la niña Pepita, la amante de Bolívar, hizo retrasar la flota en Los Cayos por caprichos de mujer. Todos los viejos espadones se llenaron de regocijo con estos cuentos y se sintieron más libres del acatamiento reverencial que mantenían hacia las viejas familias, y aunque jamás le perdonaron a Juan Otáñez sus cuentos y maledicencias rieron a carcajadas de las invectivas del godito.

Cuando Pepito Herrera, que se las daba de aristócrata, supo que Juan Otáñez difundía que su padre no era más que un isleño hortalicero de los lados de Gamboa, le dio un patatús y le juró odio eterno. De la misma forma que José Loreto Arismendi buscó a Juan Otáñez con una pistola cuando se enteró de lo que contaba el caraqueño sobre su abuelo Juan Bautista Arismendi bailando «el palito» sobre los cadáveres de sus víctimas.

¿Ustedes saben lo que dijo el General Pablo Morillo de Arismendi

cuando recibió a Soubllette años después de la Independencia? «No me hable usted de asesinos. Es un indio con la ferocidad de un tigre.»

Anastasia Ibarra, la cuñada de Guzmán era su amante y en una madrugada en que fueron sorprendidos por la Tuerta Ana Teresa, el Ilustre Americano asustado ante los gritos de su mujer, mandó a tocar diana, para encubrir sus alaridos, pero se olvidó de que eran las dos de la mañana y se enteró toda Caracas.

Los chistes y chismes de Juan Otáñez le fueron tendiendo un cerco de odio y resentimiento.

A pesar de la animadversión que provocaba, un grupo de jóvenes de su edad, continuaba admirándole y oyendo con devoción sus prédicas sobre el país y sobre un hombre lejano llamado Cipriano Castro.

—Ese es el hombre que necesitamos. Ese es el hombre que nos liberará algún día de toda esta corrupción amarilla. Algún día vendrá. No desesperen muchachos, pues el país está hambriento de hombres decentes, con inteligencia, corazón y boñas.

Pero cuando Juan Otáñez se quedaba solo rumiaba su desaliento. ¿Será cierto que algún día vendrá a liberarnos? Y si no fuera así ¿qué será de mi destino? Y para darse bríos escribía a su amigo cordillerano, pintándole la degradación del régimen de Crespo y el entusiasmo colectivo que despertaba su figura.

* * *

Cipriano Castro, que a su vez mantenía el mismo escepticismo, le respondía con redoblado entusiasmo, enseñándoles a sus seguidores las noticias que recibían de Caracas.

Don Juan Vicente, a quien no le terminaba de gustar el antiguo cónsul observaba con su acento suave:

—Puede que sea verdad compadre, pero usted sabe que el papel aguanta todo y a mí el jovencito Otáñez, me parece, además de cambiante, un poco bocón.

—¿Qué quiere decir con eso compadre? ¿A usted como que no le cae en gracia el muchacho?

—No se trata de eso, compadre. Yo tan sólo digo, que hombre que traiciona una vez, traiciona dos.

Cipriano Castro echó una larga mirada a su compadre y finalmente dijo:

—Me voy para Caracas. Voy a aprovechar el armisticio que dictó Crespo para ver si llegamos a un acuerdo.

Gómez lo miró enigmático:

—Usted sabe lo que hace compadre, pero yo en su caso no iría. Si el General Crespo es el hombre serio que yo tengo entendido, va a salir con tablas en la cabeza porque no le va a perdonar todo lo que le ha dicho. Yo no se las perdonaría.

—Es que usted no es político, compadre. Los golpes en política nada tienen que ver con los sentimientos personales. Obedecen a necesidades tácticas que los verdaderos políticos no toman en cuenta. Juan Otáñez me dice que el momento es propicio, y que con la escasez de hombres de valía que hay en Venezuela, Crespo, estoy seguro, está dispuesto a cualquier transacción con tal de poner orden en el país. Yo tengo el presentimiento de que si yo hablo con el Tigre Crespo, no tiene nada de particular que regrese como gobernador de los Andes o jefe político del Táchira. ¿Usted no está cansado de este exilio en Cúcuta?

—Claro que sí, compadre; pero algo me anuncia que los mangos ni están maduros, ni están bajitos.

—Puede que tenga usted razón, compadre, pero más pierde el venado, que quien lo tira. En caso de que fracase ¿qué puedo perder? Crespo, no es hombre de meterlo a uno en la cárcel y de fusilarlo. Lo más que puede hacer es decirme que no. ¿Qué puedo perder?

«El respeto», iba a responder Gómez, pero convencido de que Cipriano Castro no desistiría de sus propósitos, guardó silencio y le suministró a su amigo los doscientos pesos que necesitaba para el viaje. Al día siguiente, muy de madrugada, Cipriano Castro salió en dirección a Caracas.

29. *Castro y Crespo*

(1897)

Joaquín Crespo y Juan Corrales están sentados, con expresión aburrída, el uno frente al otro. El viejo caudillo se ve fatigado en su trono republicano. Esa mañana exhala una tristeza agria que no encaja en su proverbial placidez. Es día de audiencias. Afuera se aglomeran los peticionarios. El Presidente tiene por norma hacerse acompañar por alguien en estas entrevistas.

—Así son cortos para pedir y para chismear —le apunta a Juan Corrales—. Yo no me explico cómo a la gente no le da pena esa pedigüería. Y las cosas que piden. El otro día vino un señor a pedirme un viaje a Europa para verse con un especialista porque ique no le funcionaba la paloma.

—¿Y qué le dijo, padrino?

—Pues lo que dice el refrán, «que cuando se caen el palo y el pelo no lo para sino el suelo».

Crespo echa un vistazo a la lista de audiencias. Sus ojos se dilatan y hace un gesto airado al ver el nombre de Cipriano Castro.

—Mírame quien está aquí, nada menos que Cipriano Castro. Este hombre sí que tiene bolas de pedirme audiencia después de todas las vainas que me ha echado.

Juan Corrales comprende su mal humor.

El caudillo lo detesta con odio visceral. Juan Corrales lo atribuye a las diatribas que ha escrito el andino. Crespo, aunque respeta la libertad de expresión, es hipersensible a los insultos en letra de molde. Los que escriben, buenos o malos, viven cien años y lo que digan de nosotros los gobernantes será mañana historia. Por eso, cuando le dice al ujier «pásenme a ese carajo», Juan Corrales se agazapa en platea esperando reír a sus anchas.

Tras el llamado aparece el andino con su barba negra tupida, y botines amarillos. Con afabilidad compulsiva saluda al Presidente sin que

lo altere el aire hosco que exhala. Aún más, se permite saludar e interrogar a Juan Corrales por su salud y familia.

Sin variar su rechazante actitud, Crespo le espeta desde su sillón presidencial:

—Lo he mandado a llamar porque quiero que me diga, de una vez por todas, qué es lo que no le gusta de mi gobierno.

Castro se atraganta, pero no pierde el aplomo. Con risa brillante le responde:

—No, General. Usted ha interpretado mal mis críticas. Ellas no van dirigidas a usted sino a muchos de sus gobernadores que van a exiliar lejanas provincias como la mía.

El llanero, de creciente mal talante, estalla atajándole el discurso.

—Usted sabe, señor Castro, que a los políticos se les calumnia continuamente. Si yo le fuese a hacer caso a lo que dicen de su actuación como gobernador del Táchira lo haría poner preso de inmediato por asesino, ya que se le atribuyen más de doscientos muertos.

42

—¡Pero eso es una infamia!

—Lo mismo que usted escribe de mí.

—Pero usted es un hombre público.

—Sí, pero usted me confunde con una mujer pública a quien todo el mundo le mete el dedo. Si acepto la crítica exijo un mínimo de respeto. Si lo he recibido en audiencia fue, no porque tuviera nada que ofrecerle ya que usted es mi enemigo y está irremediabilmente derrotado, tan sólo quería conocerlo. Yo soy un demócrata, señor Castro; pero no tolero calumnias. Le advierto que como continúe molestándome le va a pesar para el resto de sus días. —Y trasudando desdén ordenó a un sirviente, que traía en esos momentos un guarapo de canela:

—Acompañe al señor hasta la puerta. La entrevista ha terminado.

Con las orejas ardientes Castro dio media vuelta y masculió amenazas.

Crespo, que alcanzó a oírle, exclamó con voz retumbante:

42

—Ese es un indio que no cabe en su cuerito.

* * *

Cuando Juan Otáñez vio salir a Castro percibió la contrariedad que lo agobiaba.

—¿Cómo te fue? —preguntó ansioso. El andino, consciente de los peligros de desertión de su más fiel seguidor, se apresuró a cambiar de expresión.

—De maravilla. Mucho mejor de lo que me imaginaba.

—¿No te decía yo?

—Pero, ¿qué te dijo? —insistió Juan Otáñez con angustia.

—Deja que lleguemos a la pensión y luego te cuento. Es peligroso hablar en la calle.

Cuando llegaron al hotel, Castro, ya más calmado, se atrevió a mentar:

—Me insinuó, aunque no me lo dijo claramente, que si le prometía fidelidad me nombraría jefe civil y militar del Táchira.

—¿Y qué le respondiste?

—Pues que lo pensaría; pero bien sabes tú, que yo no puedo ponerme al servicio de un déspota. Para eso prefiero seguir en Cúcuta hasta que vengan nuevos tiempos.

Juan Otáñez sintió un hondo desencanto, pero no pudo menos que decir:

—Eso era lo que esperaba de tí. Crespo se tambalea y es mejor estar afuera que adentro cuando se haya caído definitivamente.

—Esa es mi tesis, hijo. Hay que seguir la lucha porque al final triunfaremos.

—Quiero que conozcas a mis amigos y a mis padres —observó Otáñez.

—Lamentablemente no puedo —respondió a la ligera Castro—, tengo que salir ahora mismo para La Guayra porque mañana parte el «Brión» para Maracaibo, y asuntos importantes me reclaman. En otra ocasión hablaremos con más detenimiento. —Y sin decir más, amarró sus petacas en un burrito carguero y en un poderoso alazán se dirigió hacia el camino. Cuando Juan Otáñez lo vio desaparecer sintió que se desvanecían sus esperanzas:

—Como que me anoté una vez más en el carro que no iba —se dijo

pesaroso. Una voz bronca y un resonar de cascos lo reclamaron cuando más ensimismado iba rumiando sus errores:

—Eso te pasa por andar mal acompañado. —Era Juan Corrales, quien desde su caballo le sonreía.

—¿Qué hubo, General? —dijo pronto y afable Juan Otáñez—. Mire qué casualidad, precisamente estaba pensando en hablar con usted.

—Pues la oportunidad la pintan calva y que su boca sea la medida.

Juan Corrales, quien sentía viva simpatía por el narigudo diplomático y estaba al tanto de todos sus sinsabores, se bajó del caballo y entregándoselo al ordenanza, siguió calle arriba con Juan Otáñez.

—General, hoy he descubierto que soy una mierda.

—Ah caraj, si se me pone llorón no hablo con usted —respondió jacarandoso el llanero—. Vente, carajito, vamos a tomarnos una cerveza.

Juan Otáñez, a punto de llorar, siguió al Jefe Militar al reservado del Bar de Carmelitas.

Con aire meditabundo Juan Otáñez le dijo al llanero:

—Por raptos de locura me he portado muy mal con el General Crespo, a quien tanto debo.

Juan Corrales, sonreído, oyó la confesión con actitud benevolente.

—He caído en manos de ese aventurero de Cipriano Castro, que con su labia endiablada me ha hecho ver que todos ustedes son unos muérganos. Es tal mi desgracia, que hasta he pensado en suicidarme.

—No hables tantas pendejadas, muchacho del carrizo, que la cosa no es para tanto.

—En mi casa se pasa hambre por mi culpa —continuaba el mozo hipeando.

—No exageres, Juan.

—Yo soy capaz de hacer cualquier cosa con tal de reconciliarme con el Presidente.

Por horas hablaron Juan Otáñez y Juan Corrales. Cuando ya habían escanciado media docena de botellas de cerveza, el llanero dijo:

—Descuida que mañana mismo hablaré con el General, y estoy seguro que le echará tierra al asunto, pues como bien sabes es un alma generosa.

Entre confuso y estable, Juan Otáñez llegó a su casa y lloró amargamente en su cama. Al día siguiente en la tarde llegó la orden del Presidente restituyéndolo a su cargo en la Cancillería. Cuando se lo comunicó a su padre, éste se limitó a dirigirle una larga mirada y siguió leyendo el periódico.

30. Las palabras del padre

(1897)

Juan Otáñez, recuperó su cargo, no así el mediano aprecio de sus compañeros. Su maledicencia había resquebrajado gravemente el aprecio de la gente de Cancillería.

La mayor parte de sus gestiones eran ignoradas y cualquier imprecisión le atraía las más duras reprimendas. La gente le regateaba el saludo o permanecían firmes y hostiles en su presencia. Aunque Crespo jamás pronunció su nombre, Doña Jacinta lo detestaba; por eso se sintió profundamente afectada cuando supo que había sido reeganchado a su antiguo oficio. El odio estalló y se hizo público cuando el Jefe de Protocolo le enseñó la lista de los invitados a un baile en la Casa Amarilla y reparó en Juan Otáñez.

—Me quitan a ese desgraciado. No lo quiero ver ni en pintura. Ese es un mal agradecido y un calumniador. Y que agradezca que Crespo es un alma de Dios, porque otro lo hubiese guindado por esa narizota de payaso.

La indignación de Doña Jacinta traspuso el recinto de la Cancillería y la gente, por hacerse grata a la Presidenta, hostilizó y se burló de Juan Otáñez con maldad exuberante y contagiosa.

Una vez que su padre lo vio llegar, desorbitado de pena, le dijo con su sequedad habitual:

—Eso te pasa por sinvergüenza. Cuando uno escoge camino y una bandera, aunque esté convencido de que ha sido un error, debe seguir

con ella hasta el final. Fíjate en mi caso. Muerto de hambre, pero jamás humillado. Recuerda que por tu apellido y por lo que has hecho, ni Crespo ni su horda de forajidos te darán descanso. El mísero sueldo que te pagan se convertirá en supositorio. Tú para ellos, además de ser un enemigo natural, has sido traidor y eso no lo perdona ningún jefe que se respete. De modo, mi amigo, que prepárese, porque aguacero viene.

Las palabras del padre reforzaron la sospecha que el mozo alimentaba sobre sí mismo y que no se quería decir. Hiciera lo que hiciera estaba condenado de antemano. Su único vínculo con el gobierno era la familia de Andrade, el gobernador, con quien los Otáñez tenían amistad por casi un siglo.

Su noviazgo con Dominguita, quien por su intimidad con los Andrade, era como un miembro de la familia, lo protegió de los liberales que le querían ver el hueso.

Un día Andrade le dijo:

—Para que veas lo que se te quiere, he decidido nombrarte secretario de gobernación.

Juan Otáñez se sintió confuso y agradecido. Pero su mala estrella, como se dijo a sí mismo le había jugado otra mala pasada. Semanas antes, lacerado por los agravios decidió seguir el consejo de su padre y empuñar nuevamente la causa que defendía Cipriano Castro. Por eso le escribió una amplia y comprometedora carta donde le testimoniaba una vez más su lealtad y el deseo de servirle. A vuelta de correos recibió respuesta entusiasta del caudillo andino, y una vez más se encontró envuelto en un epistolario comprometedor, donde se hablaba de invasiones, alianzas y magnicidios. Juan Otáñez, aunque consciente de los peligros que amenazaban su dura pero efectiva sobrevivencia, decidió proseguir la lucha por ser su única esperanza de salir adelante y librarse de los males que lo agobiaban.

Tan pronto Juan Otáñez comprendió, como todo el mundo, que el liberalismo tocaba a su fin, saltó de alegría, cuando le dijo a su padre:

—Por fin, papá, saldremos de abajo —a lo que respondió Don José María:

—No te hagas ilusiones, porque como yo, naciste con mala estrella y nadie se evade de su destino.

A pesar con sus compromisos con Castro decidió aceptar la propuesta del benévolo Gobernador. Y para evitarse riesgos le escribió a Castro: «así estoy en mejor posición de servirte, para cuando llegue el momento». Si Castro fracasa, se dijo, aquí no ha pasado nada y si llega, aquí estoy para secundarle; y para ahogar sus contradicciones se tomó cuatro tragos de «fruta de burro» y se quedó dormido.

31. Juan Vicente espera a su compadre

(Cúcuta, 1897)

Juan Vicente Gómez, desde su hacienda «Buenos Aires», contempla con sus ojos oblicuos las montañas que lo separan de Venezuela. Al otro lado está «La Mulera», la hacienda donde nació y vivió por treinta y cinco años, hasta que un día, tuvo que huir a Cúcuta con sus vacas y con su gente.

Cinco años han transcurrido desde aquella mañana del 92 y todavía no atina a saber si aquello fue para bien o desventura. Su patrimonio se ha acerecentado, pero también su triste opinión sobre los hombres.

Desde su partida, la vida rompió su predecible sucesión de cosas y un vaho frío de destemplanza lo agarrota. Aunque trabaja todo el día, no le encuentra sentido a su existencia: porque la sensación de cuerpo vivo que tienen los feudos no la suple la simple transmutación de posesiones. A Juan Vicente le hacen falta los hombres de su pueblo, sus patios y sus peones, gente que comparte su sangre o la recibe de él. Le hace falta esta comunicación profunda con el hombre de su tierra para asistir impávido a esa lucha y regocijo del campesino contra la naturaleza y contra su propia historia. Esa lucha que le hace sentir que aquel pedazo de montaña es propio y el azul del cielo o la escarcha que colo-

rea la cima es parte de sí mismo, como lo son esas piernas largas y fornidas o ese bigote lacio.

En Colombia se vive en moratoria, permitiendo la palabra y el dicho sobre lo que se piensa de los hombres o de las cosas. Continuamente tiene por delante la palabra forastero. El que no es de ahí. El extraño. El que va de paso.

Cuando Gómez cruzó la frontera con su tribu tenía treinta y seis años, una edad donde ya no se aprende y donde se recela todo lo que es distinto. Es la hora de contemplar la obra realizada y regodearse en ella aunque haya sido pobre y escasa. Siempre es peor lo nuevo que lo viejo. Por eso Juan Vicente no aceptó jamás su vida de hacendado cucuteño o de cacique en exilio. Una amargura tenue lo sacudía cuando al final de la jornada se sentaba en su silla de vaqueta a contemplar la caída del sol con su tristeza montañera.

Cuarenta y dos años y una estatura de gigantón ventrudo lo ungen de patriarca andino.

Espera la visita de su compadre quien esta mañana regresó de Caracas de entrevistarse con el Presidente Crespo. El compadre iba muy esperanzado de alcanzar la reconciliación y hasta de alzarse con un buen cargo administrativo. Él no era tan optimista. Cuidate de amigo nuevo y de enemigo viejo. Hace poco tuvo el gran desengaño con el cónsul Juan Otáñez, de quien el compadre se hizo íntimo amigo, sin darse cuenta de que lo espía. Pero el compadre es así. No sabe distinguir amigos de enemigos. Don Cipriano no quiere darse cuenta de que un hombre de su prestigio tiene que andar con cuidado, porque el traidor y el espía siguen al político como el ladrón al rico. «Yo por eso tengo como sirviente y guardaespaldas a Eloy que huye de algo y huele a cárcel o a cementerio».

Ya la tarde avanzaba y Juan Vicente comienza a impacientarse.

—Eloy, Eloy —le ordenó al espaldero—, acércate hasta casa de Don Cipriano a ver qué le sucede, porque ya van a dar las cinco.

El indio, un enano de expresión hosca, sin responder, montó en su bestia y se alejó por el camino. Una sombra se dibujó en el pajonal y un cuerpo de hombre robusto se ocultó tras la maleza.

Nadie sabe sino él, que lo ha sufrido, lo que significa para un hombre modesto y apegado a su terruño, abandonar su casa para marcharse lejos, aunque la fortuna le haya salido al paso, como ha sucedido.

Por eso siempre tiene presente el día en que el compadre lo metió en el vainón.

Fue allá por el 91. Don Cipriano regresaba de su viaje a Caracas y contaba sus andanzas con el nuevo Presidente Andueza. Era un chorro que no paraba. Contaba su vida en Caracas ¡Qué ciudad! ¡Qué mujeres! Usted se mete en una de esas casas de mujeres de la vida y no sale en una semana. Hablaba de las francesas y de su forma de hacer el amor. Juan Vicente achica los ojos, y apenas comenta ante las excitantes revelaciones:

—¿Y a usted no le da asco, compadre?

Luego habló de sus francachelas con el Presidente.

—¡Qué hombre compadre! Encima de ser un talento, un gran político y un gran orador, es un hombre ocurrente, bebedor de aguardiente y enamorado. Después de Bolívar no habíamos tenido algo semejante. Debe continuar gobernándonos. Por eso vengo, precisamente, porque se está pensando en modificar la Constitución con el fin de alargarle el período. Dos años para un presidente no es nada. Usted sabe lo que son dos años. Nada, nada.

Alguien con voz tenue señaló los peligros de la componenda:

—Eso traerá guerra.

—No, hombre —le respondió Castro burlón—, aquí ya ni los gallos pelean; como dice el doctor Andueza, hay que importarlos de Puerto Rico. —Pero se equivocó el compadre medio a medio y tuvieron que salir a toda carrera para Cúcuta dejando atrás el pelero.

44

El recuerdo de la huida le angosta la mirada y tira hacia abajo la guía de sus bigotes.

Entre familiares y sirvientes sumaban cincuenta personas. Juan Vicente corría de un lugar a otro revisando su pequeña tropa.

A la media noche en punto dio la orden de partida. En una mula blanca llevada de las riendas por Dionisia iba Hermenegilda. No había emoción en su rostro que es su mejor forma de expresar la ira. En un momento le dijo al hijo:

—Yo no sé quien lo mandó a usted a meterse con el pendejo de Don Cipriano. Cada quien a lo suyo. El político a su política y el hombre de trabajo a su trabajo. Ahí tiene los resultados. Vuelta atrás después de tantos años de sacrificio.

En sus brazos llevaba a un recién nacido. Es su nieto Alí. A un lado caminaba José Vicente, su otro nieto, que tenía cuatro años y era rubio, fornido y regordete.

Una larga recua de ganado, amarrados rabo por rabo, bajaba por el desfiladero mientras los peones los azuzaban con sus imprecaciones. Juan Vicente dirigió una mirada vacía a la casa de la hacienda y le dijo a su hermano:

—Véala bien, Juancho, porque nunca más volveremos los Gómez a este lugar. Cuando los toros viejos dejan sus abrevaderos es para morir o para hacerse más fuertes en los pastos ajenos.

Juancho no pudo evitar que los ojos se le humedecieran y Juan Vicente Gómez, desde su montura, le masculió a su casa una larga despedida.

* * *

El reloj del comedor cantó cinco campanadas.

Juan Vicente volvió a decirse: «las noticias que debe traer el compadre no deben ser muy buenas, que digamos, porque de lo contrario ya habría volado a contarme».

El galopar de dos caballos que se aproximaban le advirtió la presencia de Don Cipriano. El hombrecillo de barba negra lo saludó con voces y manos desde que lo tuvo a tiro, pero por el brillo de sus ojos supo que traía malas nuevas.

Luego de abrazarse y prodigarse saludos y cumplidos, Don Cipriano y Juan Vicente se sentaron el uno al lado del otro viendo hacia

las montañas. Por un buen rato permanecieron en silencio. Juan Vicente callaba plácido y receptivo. El silencio de Don Cipriano era lloroso, casi culpable. De pronto dejó escapar:

—Carajo, qué razón tenía aquel jefe galo cuando dijo: «Ay de los vencidos». Es mil veces preferible la muerte a la derrota.

Juan Vicente no respondió. Su compadre estaba a punto de estallar. Cuando comprendió que la tensión bajaba le observó con voz suave y compasiva:

—¿Por qué dice eso, compadre? Unas son de cal y otras son de arena, y como dice el refrán: «la pelea es peleando».

Castro recogiendo su angustia, habló reposado:

—Sí, compadre, pero es que tenemos Crespo para rato. Y encima de dominar la situación no quiere nada ni con usted, ni conmigo.

Juan Vicente dio un respingo excéptico.

—¿Y el General Crespo sabía de mí?

—Pues, claro que sí, compadre. ¿Cómo no iba a saber de usted?

—Le respondió alzando la voz para borrar la duda.

Un ruido de hombres que forcejean se oyó detrás de la casa. Los dos amigos, empuñando cada quien su revólver, salieron al encuentro de la bullaranga. Juancho, Eustoquio y Tarazona, traían a empellones a un indio de piel cobriza que se debatía entre sus captores.

Eran raros los merodeadores de este tipo por aquellos contornos. Juan Vicente agarró al hombre por el cuello y le espetó con voz sombría:

—¿A ti quién te mandó?

El hombre guardó silencio. Juan Vicente le pegó con el puño.

—Que me digas quién te envió.

El hombre persistía en callar. Un puñetazo le partió el labio. Castro intentó ser persuasivo:

—Si nos dices de parte de quién vienes, dejaremos que te vayas. Si callas, de aquí no saldrás vivo.

Gómez, con voz nueva interrumpió el diálogo:

—Déjeme este muérgano de mi cuenta, compadre, que yo lo haré hablar. Váyase para su casa, que Doña Zoila lo espera.

Y dirigiéndose a Tarazona le ordenó que llevase al prisionero a una oficina donde antiguamente se beneficiaba ganado.

Es una habitación sin ventanas. Del techo hay una polea donde colgaban las reses para hacerlas cuartos. Los hombres arrastran a su prisionero y cierran tras de sí las puertas.

—Amárrenmelo bien —dice Gómez.

Tarazona cumple la orden y un grueso cabestro rodea manos y pies.

—Métanle un trapo en la boca para que no se oigan los gritos. —El mismo pañuelo del espía entra a empellones dentro de la boca sangrante.

—Bájenle los pantalones y échelo en el suelo. —Gómez lleva en la mano una verga de toro. Con la cara crispada la deja caer con toda su fuerza sobre las nalgas del hombre. Un ronquido que se ahoga se atropella en el pañuelo. El hacendado sonrío. Es la primera vez que Tarazona ha visto reír a su amo, con verdaderas ganas.

—¿Me vas a decir ahora quién te mandó para acá, grandísimo muérgano?

Y sin esperar respuesta, dejó caer con furia el segundo vergajazo. Media hora más tarde las posaderas del hombre eran una sola úlcera sanguinolenta. El indio yacía exánime debajo de la pértiga de levantar reses. Un mecate que bajaba vertical apuntaba hacia los genitales negruzcos. Era un hombre de pene largo y de inmensas bolsas cuarteadas. Juan Vicente recordó lo que hizo su padre a un ladrón de ganado en los tiempos del terremoto.

—Eloy, ¿y qué te parece si guindamos a éste por las muchísimas?

La propuesta sacó una carcajada al espaldero.

—Pues si las tiene para callar, debe tenerlas para que lo levanten.

—Guíndalo, pues.

Las manos de Tarazona hicieron un nudo alrededor de los testículos y procedió a levantar muy lentamente al hombre. Un alarido bronco que estranguló el pañuelo, sacudió la habitación. Juancho y Eustoquio sonreían, erizados de miedo.

Por segunda y tercera vez el hombre fue izado. La sogá, endure-

cida por la sangre de las reses, corta la carne amoratada. El hombre gira en el aire como un trapecista. La soga penetra cada vez más. Los testículos no van a soportar el peso. El cuerpo, finalmente, cae con un alarido más profundo. Abajo el hombre sangrante y moribundo. Arriba, las bolsas grandes de su virilidad.

32. *¡Viva el Mocho Hernández y las pantaletas de Misia Jacinta!* (1898)

A comienzos de 1898, se realizaron las elecciones. Al frente de la oposición estaba el Mocho Hernández, a quien se daba como ganador indiscutible, tanto por su prestigio como por la triste aureola que rodeaba al candidato oficial, General Ignacio Andrade.

Sin censo previo y sin control de la oposición, los gobiernistas hicieron lo que les dio la gana. De los cuatrocientos y tantos miles de votos, tan sólo dos mil fueron para el Mocho, lo que fue considerado una burda y cruel mentira.

El 28 de febrero, el Congreso proclamó al General Ignacio Andrade XIV Presidente de Venezuela y la ciudad se pobló de fiestas y de riñas. La calle, de Carmelitas a Altagracia, reverberaba de gozo. El triunfador abrazaba, uno tras otro, a los visitantes que acudían a felicitarle. Doña Josefina de la Serna, en su entusiasmo, llegó hasta darle un beso en la mejilla; lo que fue imitado por Concha de La Cáscara quien, tentadora y sacudiente, le restregó sus opulentos pechos en la banda tricolor. Cuando hizo su aparición Víctor Alberto acompañado de Carolina y Gonzalo, el General Andrade achispado por unas cuentas copas de champaña gritó a voz en cuello:

—Acaba de entrar en estos momentos el nuevo gobernador de Caracas.

Víctor Alberto que le había aceptado el cargo en la mañana, simuló sorpresa y detuvo el paso, como percherón asustado, lo que motivó entre los presentes nutridos aplausos y apretones de manos. Diego Bautista Ferrer fue nombrado Ministro de Guerra y Juan Corrales siguió en su cargo de jefe de la Guarnición de Caracas. Los nuevos ministros fueron: José Loreto Arismendi, Bernardino Mosquera, Nicolás Rolando, Juan Calcaño, Manuel Antonio Matos, Alberto Smith y Antonio Fernández. Juan Otáñez fue ratificado por Víctor Alberto en su cargo de Secretario General de Gobierno.

Doña Josefina de Serna comentó orgásmica:

—Este gabinete sí da gusto. Es la crema de la buena sociedad.

Diez días más tarde, sucedió lo que todos temían: El Mocho Hernández se alzó en pie de guerra seguido de sus partidarios. Se salió de Caracas y se internó por las montañas de Carabobo reclutando gente.

Juan Otáñez, a pesar de su propósito de enmienda con respecto a Crespo, no pudo contener su júbilo por el alzamiento del Mocho Hernández y entre dos luces por efecto de los tragos pegó a todo pulmón un grito:

—¡Viva el Mocho Hernández y las pantaletas de Misia Jacinta!

—Lo que le valió un arresto preventivo por tres días y una reprimenda del nuevo presidente.

—Compórtate bien, Juan —le dijo Andrade—. Ya eres un hombre, ¿hasta cuándo vas a estar cometiendo tonterías? Tú abusas de mi magnanimidad. Si tú hubieras hecho lo mismo en tiempo de Guzmán, todavía estarías en La Rotunda. Que no vuelva a saber yo que andas despotricando contra el General. Vete ahora.

Juan Otáñez, entre arrepentido y satisfecho, salió a la calle. Pero al llegar a la esquina un grupo de estudiantes, a la cabeza de los cuales iba Justo Ceballos, el hijo de Belencita, repitieron el grito y se dispersaron ante la presencia de un piquete de policías con los sables desnudos.

El «¡Viva el Mocho Hernández y las pantaletas de Misia Jacinta!», se convirtió en el grito de guerra de los anticrespistas y se fue tras el zambo de Parapara, quien fue nombrado Jefe del Ejército en

Campaña. El 4 de marzo y, teniendo por segundos a Juan Corrales y a Ramón Guerra, salió en persecución del revolucionario. En la mañana del 16 de abril, Crespo logró alcanzar a las reducidas fuerzas insurgentes en un espacio montañoso, llamado la Mata Carmelera. Dio de inmediato orden de atacar poniéndose a la cabeza de su caballería. Una descarga cerrada salió del campo contrario. Juan Corrales atónito vio caer del caballo a su padrino. Las bandas del Mocho fueron destrozadas. El caudillo rebelde huyó hacia las montañas de Lara donde fue hecho prisionero por Ramón Guerra. Pero el zambo de Parapara murió en la acción, como había profetizado la india de Urica. Sus restos fueron embalsamados con alcanfor y cagajón de vaca. Y al paso lento de sus hombres enlutados, recorrió su último camino, precedido por el cabizbajo Juan Corrales. Con la muerte de Crespo moría la aventura que comenzó Guzmán veintinueve años atrás en Curamichate.

Cuando el antiguo dictador de Venezuela recibió la noticia en París, enjugó una lágrima y le dijo a uno de los mariscales del imperio con quien jugaba al ajedrez:

—Era uno de mis fieles.

Y sin decir más, continuaron hablando sobre los últimos achaques de la Duquesa de Orleans que tanto preocupaba al Ilustre y ya casi desconocido Americano.

45

33. Santiaguito en La Victoria

(1898)

Desde la muerte de Sussy, cinco años atrás, un profundo cambio se operó en Santiaguito. Al día siguiente del entierro, se marchó a La Victoria, donde se encerró por meses con la recién nacida Isabel Teresa. Fueron meses de locura, de angustias fantasmales, de borracheras, de cabalgatas interminables que reventaban las bestias.

Todas las tardes un grupo de músicos animaba su soledad y tocaba

sin parar hasta que se sumergía definitivamente en una ebriedad comatosa. Al principio lo acompañaban las muchachas en flor de su peonada y de sus caporales: luego invadió los predios de la gente decente sin dinero y terminó viviendo con la mujer de un médico, a quien expulsó a los pocos meses y con el vientre lleno.

—Ese muchacho no es mío, ¿quién sabe de quién será? —Y al decir esto apretaba contra sí a la rubia Isabel Teresa.

Isabel Teresa, que cada vez más se parecía a su madre, era despierta, inteligente y vivaz. Santiaguito no la apartaba de su lado ni en sus momentos de desenfreno. Más de una vez padre e hija se quedaban dormidos el uno junto al otro en el chinchorro, mientras músicos aragüeños y mujeres a medio vestir acompañaban su borrachera. A pesar de sus escándalos y de sus afrentas progresivas, ni la gente de La Victoria, ni sus vecinos los hacendados le cerraron sus puertas, ni su amistad. Tal era el terror que inspiraba. Tres hombres pagaron con sus vidas el derecho a afrentarlo. Sus cuerpos abaleados aparecieron a la orilla de los caminos, sin que los jefes civiles hicieran el menor esfuerzo por aprehender a los culpables. Conuqueros y pequeños hacendados de la vecindad fueron desalojados y absorbidos por Santiaguito.

Un día su vecino, un joven alemán y gigantesco llamado Franz Eppinger, quien se había ganado la amistad de Santiaguito, le expresó su preocupación por la suerte de Isabel Teresa.

—¿Por qué no te traes una institutriz? —le dijo un día—. Yo tengo una prima lejana en Suiza, que, además de enfermera graduada, es maestra de primaria. Creo que le haría un bien inmenso a tu hija. Pensando en esto, te traje una foto.

Una seductora mujer que recordaba vagamente a Sussy llamó la atención de Santiaguito.

—No está mal la musíúa, aparte que puede servir para las dos cosas.

—Oh no, Santiaguito, las europeas no son como las peonas de tus haciendas. Son mujeres respetables que se hacen respetar. De lo contrario, no te la hubiese recomendado para mi ahijada.

—Está bien, vale —respondió el Mulato—. Escríbele y fija tú mismo las condiciones.

Dos meses más tarde llegó la respuesta; la enfermera, quien se llamaba Lorika, aceptaba venir a Venezuela por cien dólares mensuales y un viaje anual a Suiza.

Un día llegó a La Victoria y al mes escaso Santiaguíto constató su juicio primero de que podía servir para las dos cosas.

Al poco tiempo Andrade le ofreció a Santiaguíto la presidencia de Aragua, la cual aceptó, jubiloso y festivo.

Su cargo de Presidente agigantó su desequilibrio. Su poder y prestigio en la región lo hacen inamovible. Andrade le teme y lo necesita como puntal de su tambaleante régimen. Santiaguíto, que lo sabe, abusa como nadie del poder.

34. El viaje de Don Cipriano

(1898-1899)

Castro, al saber de la muerte de Crespo, se apresura a organizar un viaje a Caracas. Tiene la esperanza de hacerse nombrar gobernador de la sección Táchira. Castro se siente importante a nivel nacional. Cree que cada una de las cien mil palabras que ha venido vertiendo desde los periódicos de Cúcuta han sido absorbidas y vibran en cada uno de sus compatriotas. Confía en que el Presidente Andrade accederá a sus deseos, pues él representa un importante sector de la opinión pública, y particularmente en El Táchira, la región problema. Por eso anuncia su viaje con bombos y platillos y escribe a Juan Otáñez para que alerte a sus seguidores. «Ya puede entrar y salir libremente de Venezuela». En San Cristóbal dialoga y discursa con sus amigos y con quien quiera oírlo. La alegría y la esperanza ponen más brío en su voz. Nunca se le ha visto más activo ni elocuente. Baila, salta, discute y pronuncia arengas, con o sin motivo. Siembra el rumor y lo esparce de que ha sido llamado por el nuevo Presidente para un alto cargo. Toma, acucioso y amable, nota de los problemas que le llevan sus vecinos.

—¿Cómo está la cosa, Don Fidel? ¿Que no me lo molesten cuando usted pasa ganado de un lado a otro? Descuide que de eso me ocupo yo. ¿Que quiere ser jefe civil de Táriba? Eso mismo pienso yo. Delo como un hecho.

Juan Vicente Gómez y su tribu se sumergen en el mismo embeleso. Después de seis años de exilio y sacrificio, van a recoger lo suyo. Con Don Cipriano de gobernador volverá a circular el café de un lado a otro de la frontera y el ganado de contrabando. Juan Vicente siempre tuvo fe en su compadre. Por eso le ha aguantado el hambre y su chá-chara que a veces es más aburrida que musió conversador. A Don Juan Vicente le cansa la habladera. «La verdad se dice en muy pocas palabras». Son los embusteros y los tramposos los que necesitan adornarse con polvos y pinturas como las mujeres feas. Sobre todo cuando usan palabras raras y rebuscadas y se pone en boca de hombres que nadie conoce, cosas que aunque parecen tontas las cuentan de tal forma que es como si las hubiese dicho el Papa de Roma o el Libertador. «No es que yo crea que ése sea el caso de mi compadre. ¡No señor! ¡Ah hombre para tener su cabezota! Y las más de las veces tiene razón, o a mí me parece, aunque no entienda ni jota. Pero si hablara más llano y más corto sería mejor; porque a veces habla tanto y tan seguido, que yo no sé cómo no se le va el aliento y a mí la compostura.»

Juan Vicente ve en el viaje de su compadre un buen negocio; por eso es el primero en propiciarlo.

—Aquí tiene estos trescientos cincuenta pesos y si le hace falta más no tiene sino que pedirlos.

Una mañana, muy de madrugada, sale Don Cipriano buscando el Lago hacia Encontrados, donde lo espera un barco que ha de conducirle a La Guayra.

35. *El préstamo de Rendiles*

(1899)

La Caracas del 99 respira un vaho de espera incierta, de cosa transitoria que aplasta. El nuevo Presidente no inspira confianza. Es capaz de interrumpir un Consejo de Ministros porque uno de sus hijos sufre de anginas. ;Qué lejos está de aquel rotundo zambo que apadrinó su candidatura aunque fuera para manejarlo tras de bastidores! Muerto Crespo, sus partidarios no están dispuestos a secundar a quien su mujer domina. Muchos oficiales le regatean el saludo y otros lo afrentan con opiniones hoscas.

Este es el ambiente que percibe Gonzalo Machado tan pronto llega a Caracas después de cinco años en los Estados Unidos.

—¿No te decía yo —le señala a Santiaguito— que el gobierno de Crespo toca a su fin?

—Tenía razón, compañero. Lo que estamos viviendo es el joropo de un gran baile.

—Ahora es que me voy a meter de lleno en política. Espera, como decía el Duque de Orleans, es una forma de conspirar.

Treinta y ocho años tiene Gonzalo, pero su delgadez y aspecto juvenil mantienen su lozanía de cinco años atrás. Sus inhibiciones han cesado casi totalmente. Una periodista judía en Nueva York hizo de terapeuta. Le llevaba diez años y era impúdica y agresiva. Un médico de la misma raza le dio la explicación: «Las mujeres viejas, lo mismo que toda hembra menospreciada suelen ser eficaces para curar a los tímidos, porque en el fondo, doctor Machado, usted le tiene miedo a las mujeres; ya que como decía Fray Luis de León: "Se ama lo que se teme y se teme lo que se ama". Si a usted una mujer no le interesa demasiado, no le preocupa el fracaso y por eso actúa libre y espontáneo. Sus potenciales están intactas; la mejor prueba —le dijo socarrón guiñándole un ojo— es que puede con la Timberg; eso es una proeza digna de Sansón.»

Gonzalo, a los pocos días de estar en Caracas fue a saludar a Rosarito, quien llegaba de París. La casa de los Serna se llenó con sus amis-

tades, las mujeres curiosas rodeaban a Rosarito y la colmaban de preguntas:

—Dime chica, ¿y es verdad que las mujeres ique son las diablas?

—¿Y que salen sin chaperón?

—¿Y es muy bonito París?

Rosarito, condescendiente, le respondió a sus amigas, a quienes encontraba distantes, aburridas e infantiles.

De Rosarito había desaparecido aquella alegría saltona y bullanguera. Ahora se mostraba entre silenciosa y retraída y había en sus ojos un viejo dolor, que cinco años no habían extirpado. Su pretendido embarazo fue una falsa alarma. Otro médico le explicó la razón: «el temor y el deseo, inflan tanto el vientre como el mejor semental», y le recomendó, para evitarse problemas en el futuro, un método anticonceptivo inventado meses atrás por un médico inglés, llamado Mr. Condon. Pero fue tal el sufrimiento de la muchacha en los tres meses que duró su agonía que se juró a sí misma ser casta como una lapa y desconfiada como un aduanero.

Juan Corrales y Gloria, como vecinos y amigos de la familia fueron a saludar a Rosarito, quien los atendió con cortesía glacial.

—¡Qué vaina! —se dijo Juan Corrales.

Rosarito, sin embargo, lo tienta más que nunca. Sus modales recogidos y su continente severo le conceden un aire tentador que años atrás no tenía. A Juan Corrales se le abre un viejo apetito y a pesar de la evidente hostilidad de la muchacha, aprovecha un momento en que pasa a su lado, para decirle:

—Rosarito, tengo algo que decirte.

La muchacha sin alterarse, y con la más esplendente de sus sonrisas le susurra:

—General, si no se quiere arrepentir hasta el resto de sus días, le agradezco que no me vuelva a dirigir la palabra en privado. Yo a usted y a su mujer, los odio con toda mi alma. —Y con la misma expresión cordial se alejó del militar dispuesta a saludar a Gonzalo Machado.

Gonzalo Machado y Rosarito después de aquel encuentro reanuda-

ron sus viejas relaciones. Tres semanas más tarde se hicieron novios con la general complacencia de la buena sociedad.



El malestar político se agravaba día a día. Los adversarios del Gobierno de Andrade no perdían oportunidad de expresar su descontento.

El Mocho, en La Rorunda, parece un huésped del Hotel Klindt. Hipólito Acosta, el jefe de la policía desde los tiempos de Guzmán, ha tomado semblanza de posadero, desde que su ilustre preso habita la cárcel pública. Aquello es una romería de mochistas que quieren saludar a su jefe desde la madrugada hasta el anochecer. El Mocho asegura que si lo ponen en libertad se levantará en armas; lo que le impide al Presidente ejercer su clemencia. En su celda se bebe champaña y se discute política. Hipólito Acosta, el jefe de la policía, es el primero en asistir a esas veladas y hasta hace acopio de los adminículos festivos de aquellas tenidas. Hipólito es un mulato, hijo de manumisos de buena casa, que conoce tan bien su oficio, que ninguno de los gobernantes se atreve a sustituirlo, por más que haya servido al régimen anterior. Conoce a fondo la delictiva nacional y la idiosincracia de sus escasos ladrones.

Andrade, conociendo el poder creciente de este hombre, le sube el sueldo y le consulta, lisonjero, problemas que conciernen al Gobernador de Caracas; pero Hipólito, que conoce su debilidad, evade las situaciones de favor que fraguan los compromisos.

En la calle, Andrade es víctima de chistes y chascarrillos, que achican su ya triste figura. Los amigos del gobierno acuden diligentes a casa de Hipólito, quien oye con desgano el chisme.

Cuando se retiran los denunciantes les dice a sus esbirros:

—Se fregó Andrade porque le cogieron la vega para potrero.

Juan Otáñez es el gran beneficiario de la situación. De una parte su amistad con la familia presidencial y sus amores con Dominguita aumentaron su desaparecido crédito en los círculos gubernamentales y sociales y de la otra su sabida enemistad con el liberalismo, en un momento que se desmoronaba, lo hacían aparecer como una figura promi-

sora ante los cambios inevitables e inmediatos que se avecinaban. Justo Ceballos, con catorce años, viveza y corpulencia, hace de escudero.

* * *

A las pocas semanas llegó Cipriano Castro a Caracas acompañado por sus espalderos Pancho Terán y Obdulio Bello. Juan Otáñez, a pesar de su cargo, lo recibe como a un triunfador y lo pone al tanto de la descomposición que vive el país. Castro averigua por sí mismo lo que está sucediendo. En la pensión de Rendiles se conspira abiertamente. Los generales Julio Sarría y Jacinto Lara, a quienes no conoce, le envían recado para que se una a ellos. En la casa de Doña Belén, la viuda de Alcántara, se celebra la entrevista. Son dos espadones, que fundamentan su derecho a gobernar en las armas que no tienen. Don Cipriano comprende que no llegarán a ninguna parte y esa misma noche le dice a Otáñez, pensando en la gobernación que aspira sacarle a Andrade:

—Esos generales me han invitado a una revuelta. Los he dejado hablar sin pronunciarme. Porque el día que yo me alce, me alzo solo. No soy de esos hombres que comparten responsabilidades.

Juan Otáñez ve por primera vez a Castro con ojos de decepción. Lo encuentra ridículo con su pintoresca vestimenta, donde la americana es de un color diferente al chaleco y su paso es seguido por dos rudos y confianzudos espalderos, que ya no estilan ni los mismos ministros. Comienza a dudar de que llegue a ser una figura relevante de la política nacional. El sondeo que hace de la opinión pública se lo confirma: con excepción de sus íntimos amigos, Don Cipriano es un desconocido. El primero en saberlo es el mismo Castro. Cuando Otáñez y Rendiles le van presentando gente y pronuncia su nombre en espera de un ¡Ahh! largo de emoción y sorpresa, el silencio frustra sus anhelos de resonancia exclamativa.

Juan Otáñez comienza a sentirse incómodo con aquel hombrecillo de la montaña que, además de vulgar y mal vestido, se le ve por encima de la ropa que anda escaso de dinero. Tiene miedo de llevarlo a casa, donde seguramente su padre, al verle, pondrá mala cara, para re-

petirle la misma cantinela: —«Mire mi amigo, usted en la calle puede tener los amigos que quiera, pero a su casa me trae a sus iguales. Hay amigos de la calle y amigos de la casa». —Comprende, sin embargo, que no puede soslayar la invitación, y lo invita a cenar, mientras sus hermanitas mal contenían sonrisas burlonas por su forma de sorber la sopa o de esgrimir los cubiertos.

—Cipriano no es sutil para comprender el rechazo —observa Juan Otáñez—. No sabe aquello de que «es preferible faltar que sobrar.» De haberlo sabido se hubiese callado y largado de inmediato. Por el contrario, obligó a su enojado y aburrido padre, a oír por dos horas sus planes de renovación para Venezuela.

—A este país no lo compone nadie —le respondió con mal humor el viejo Otáñez—; mientras no se renueve la raza con inmigración europea seguiremos sumidos en el atraso. Eso que usted dice de los malos gobiernos es consecuencia de la raza. Inmigración, inmigración y más inmigración es lo que necesitamos y no más aventureros. —Cuando Castro hubo partido, añadió:

—Ese amigo tuyo es más fastidioso que la sociedad bolivariana —luego apuntó con un dedo a sordina y ausente—: Como todo hombre que no nos interesa.

En la casa de Doña Josefina, Castro no se inmutó ante el hierático desdén de la mantuana o la gélida cordialidad de Rosarito, quien le hurgó con los ojos aquella barba negra y aquellos ojos de poeta insomne.

—Tu amigo tiene cara de loco —observó Rosarito tan pronto desapareció el andino.

—Y habla más que Maricusa en un velorio —ripostó Doña Josefina.

—Ese hombre es un talento que llegará muy lejos —contraatacó molesto Juan Otáñez—. Si no, no lo hubiese traído aquí.

—A mí me pareció muy simpático —señaló dulzona Dominguita—. Sobre todo que se ve que quiere mucho a Juan.

—Qué va a quererlo; lo adula porque lo necesita —exclamó Doña Josefina—, ese es el hombre más medio palo que ha entrado en mi casa. No me lo vuelvas a traer. Yo con gente cualquiera no quiero nada.

Los días transcurrían aburridos para Cipriano Castro. La inmediata entrevista que le había solicitado al Presidente Andrade no se producía, mermando a diario sus escasos recursos. Los caraqueños le resultaron una vez más incomprensibles con aquella sorna perpetua y esa forma ligera de hablar tan ajena a la gravedad de la gente de la Cordillera. Decir andino en Caracas era como decir trinitario o curazoleño. Había gente que no sabía si el Táchira era venezolano o colombiano.

Después de otros quince días de espera, fue citado a Palacio, lo que armó de nuevo sus esperanzas, e hizo descender su ira.

Pero el resentimiento ya había calado muy hondo. Por eso, cuando llegó el día ansiado y lo hicieron esperar en la antecámara más de tres horas, no pudo contenerse y ante el asombro de los edecanes, prorrumpió en improperios contra Andrade, a quien echó en cara su falta de cortesía para un hombre que, además de General, representaba la voluntad y el sentir del Táchira.

47 —Díganle al Presidente que se va a arrepentir de esta afrenta; que muy pronto volveré y no para pedirle sino para imponerle. —Juan Corrales que en ese momento sale del despacho presidencial y que alcanza a oírlo, se le enfrenta con el gesto descompuesto.

—Cállese la boca, so falta de respeto, si no quiere que lo saque de aquí con los pies para adelante.

Castro le dirige una mirada verde de rencor y por segunda vez le da la espalda, mascullando amenazas.

—Yo no sé qué se habrá creído este cunene —dice en voz alta el llanero.

Indignado salió Don Cipriano.

Al encontrarse con Otáñez le espetó sin saludar:

—Vine a pactar por las buenas, pero está visto que en este país no funcionan sino las armas. El Presidente sabrá cómo le derribo cual castillo de naipes ese estúpido gobierno de Morales en la Cordillera. O arde el Táchira o triunfo. Volveré a Caracas a cobrársela al hombrecito

Andrade. Juan, me voy a alzar. En lo que tengas noticias mías me esperas en Barquisimeto. Entraremos triunfantes en Caracas. —Y le confía que mochistas y godos ya están de acuerdo en alzarse cuando le entre a tambor batiente en el Táchira—. Andrade está solo. Nadie lo quiere. Tantéame a los jefes militares y en especial a tu amigo Juan Corrales, aunque le guarde un rencor profundo que algún día le cobraré. Pero por ahora lo necesitamos y no vamos a estar con pendejadas de que si me cae bien o mal en momentos en que está en juego el porvenir de la Patria.

Juan Otáñez trata de excusar a Juan Corrales, y Castro, comprendiendo que no puede lastimar viejos afectos, cambia de tono y dice:

—La victoria es nuestra. Ponte a trabajar de inmediato.

Esta vez Castro sí convence definitivamente a Juan Otáñez. Esa mañana se siente distinto y lleno de esperanza.

Cuando Castro llega a la pensión, se entera que no sólo no tiene con qué pagarle a Rendiles, sino que le debe cuatrocientos pesos.

—Rendiles, préstame cuatrocientos pesos y te los devolveré con creces.

El gordo posadero no vacila y su mano sudada y gruesa deja caer sobre la mano de Cipriano Castro doce morocotas.

—Eres un amigo —dijo Castro—, no te arrepentirás de lo que has hecho... —y con paso firme sale a la calle.

36. *Los sesenta*

(1899)

Cuarenta y un años y la aureola de la fortuna tiene Don Juan Vicente cuando Castro le propone la aventura:

—Mire, compadre, el Gobierno está a punto de caer; al menor empujón se viene abajo.

El hacendado ni niega ni afirma. Sus párpados hacen cada vez más

diminuta la hendidura de sus ojos. Se acuerda de la huida y de aquella mañana fría del 92.

—La revolución es cuestión de horas. La gente de Rangel Garbiras está pronta a invadir. En varios pueblos de la Cordillera he logrado contactos. En el Centro, los mochistas se alzarán tan pronto yo tire la primera piedra.

Castro continúa desarrollando sus planes en su hablar presuroso y entusiasta:

—Tan sólo se necesitan unos cuantos pesos y usted los tiene, compadre. Será una inversión del millón por ciento. No habrá fuerza que se resista a los andinos. Los caraqueños son unos pendejos que dejaron las mochilas en el Perú. Allá no hay sino militares de desfile. Generales que no han visto jamás un tiroteo. Anímese, Don Juan, que su hora ha llegado.

La mirada del hombrón se hizo cada vez más inexpresiva; parecía leer su fortuna en las losas del piso. Ya no sacaba cuentas, como creía Castro; ya lo tenía decidido. Por eso cuando le respondió: «Está bien compadre, cuente conmigo», se había vuelto a jugar en un topo a todo con la vida su hacienda de «Buenos Aires», sus hijos y sus mujeres.

* * *

El 23 de mayo de 1899, sesenta hombres armados charlan y toman café caliente en los corredores de la Hacienda Gómez. Juan Vicente se despide de Hermenegilda y Dionisia. Juancho, su hermano, quedará al frente de la finca. Con los ojos turbados oye la voz de mando de su compadre, ordenando la partida.

Por el camino oscuro baja la tropa. Al lado de Castro va el hombre de La Mulera ascendido a General en la madrugada.

—Compadre, si yo muero continuará mi obra —le dice Castro con acento conmovido. Luego, como arrepentido de su tono, le dice—: Somos sesenta y mandaremos sesenta años. Un año por cada hombre.

Cuando clarean los gallos, la tropa cruza la frontera húmeda del río Táchira. Y cuando el padre Justo Pastor, en Capacho, comienza a lla-

mar a misa, los hombres de «Buenos Aires» se aparecen en la plaza, donde los esperan Pedro María Cárdenas, Régulo Olivares, José Antonio Dávila, Román Moreno y Miguelón Contreras, con toda la peonada que han logrado alzar en sus haciendas y en los alrededores. A 180 hombres alcanza tres horas más tarde el pequeño grupo inicial.

Una bandera conservadora enarbola Don Cipriano.

—¿Qué haces, muchacho? —le grita a su lado el General Gálvez, que surge tras un paredón.

El Caudillo se sorprende ante la presencia del Patriarca, a quien respeta y admira por su legendaria historia militar.

—¿Tú estás loco? —continúa el viejo sin saludar—, ¿vas a defender la causa de un muerto sin doliente, como es el partido conservador?

—Pero es que el liberalismo está podrido.

—Podrido, pero vivo; los godos al contrario, están enterrados.

Castro piensa en Juan Otáñez, en los godos de Caracas y en el Mochó Hernández.

Por más de media hora platicaron Gálvez y Cipriano Castro. Cuando el Caudillo andino salió a la calle le dijo al abanderado, que era Miguelón Contreras:

—Miguelón, quémame esa bandera, que seguiremos de amarillo. No somos godos; somos restauradores del orden liberal —y con un abrazo al viejo Gálvez se despidió y gritó a su tropa:

—¡Viva el gran partido liberal!

Castro le pasa revista a su gente. Una viejecilla que lo conoce desde niño le apunta burlona al ver el aspecto de los voluntarios, rotos y descalzos, armados apenas de peinillas y de uno que otro fusil.

—¿Ciprianito, y tú te vas a alzar con esa gente desarmada? —Pero el Caudillo, quien ha leído a «Venezuela Heroica», le riposta altivo:

—No se preocupe, Doñita, que las armas las tiene el enemigo y se las habremos de quitar.

No son palabras vacías. A los pocos días unos doscientos soldaditos del gobierno son sorprendidos por la gente de Don Cipriano y, además de quitarles los fusiles, para que sepan que la cosa va en serio, les quitan también la vida.

Don Juan Vicente cavila: «Qué palo de jefe es mi compadre, además de macho sabe organizar su gente».

Hay alegría en el campamento y Don Juan Vicente, aunque general y segundo en mando, hace de pulpero y administrador. Tiene especial celo de que no le roben la mercancía.

Una noche dos muchachos de Tárriba son sorprendidos por la gente de Don Juan Vicente robándose un pernil del almacén de campaña.

—Eso está muy mal, muy mal, sí, señor, tropa que no respeta a su jefe está perdida —y da orden de inmediato para que los «afusilen». La orden se cumple ante protestas de los otros jefes; Castro, quien no se atreve a desautorizarlo, le dice por lo bajo:

—¿No fue demasiado, compadre?

—No, señor, así verá cómo no volverán a robarnos. El afusilamiento no corrige al muerto pero atempera al vivo, y en lo que estamos metidos no es ninguna tontería, como para andar con chiquitas.

Día tras día, aumentan los voluntarios. Pareciera que los hombres de la montaña se han cansado de empuñar la azada y de ser escribanos de alcaldía. Muchas mujeres se van tras sus hombres. Van la campesina y la putica del pueblo. Unas cocinan arvejas y otras aplacan a los hombres en las laderas de los caminos. Por primera vez en la historia de Venezuela van soldaderas. Los militares del Centro no conocen la peligrosidad de una carga de peñilla andina y así son destrozados los ejércitos de Leopoldo Sarria y Pedro Cuberos. En agosto, Castro es dueño del Táchira, aunque en San Cristóbal continúa resistiendo Peñalosa.

En Cordero, derrota al Ministro de Guerra, Antonio Fernández, y cuando llega al Páramo del Zumbador, por donde viene bajando Espíritu Santo Morales «El Patón», es todo un General de dos mil hombres.

El Patón es un hábil conductor de tropas y aguerrido combatiente. Más de tres mil hombres esperan sus órdenes bajo la niebla.

Castro vislumbra el estrecho donde, agazapado, lo está esperando el enemigo.

El Caudillo tiene su presentimiento:

—Si yo fuera Morales me hubiera emboscado ahí.

—Pues ni lo diga compadre, porque ahí es donde nos están esperando.

Una lluvia de balas sucedió al augurio. El sendero se llenó de fusiles vociferantes.

—¡Nos fregamos! —dijo Castro al ver caer a sus hombres.

Pero los chopos del gobierno, no volvieron a disparar. Cuando los soldados del Patón pretendieron renovar las cargas comprobaron que las balas eran de distinto calibre.

Castro, al verlos confusos, ordenó una carga a machete, lo que se tradujo en aparatosa huida del enemigo, que abandonó armas y cartucheras sobre los frailejones.

* * *

Luego de marchas y contramarchas y de derrotar a González Pacheco en Tovar, Castro entró a Mérida donde fue aclamado.

Gómez se extasía en la contemplación de la ciudad. Hasta la fecha no conoce otra mejor que Cúcuta con sus diez mil habitantes. En la universidad, un joven orador, Caracciolo Parra, hace un paralelo entre la gesta de la Campaña Admirable y la que realiza este caudillo de la Montaña, «fiero en la guerra y dulce y sonriente en la paz». Juan Vicente que oye la perorata hace un gesto airado y se dice para sus adentros:

—Estos doctores son todos iguales, adufantes y exagerados como ellos solos. Mi compadre será un gran hombre, pero cómo va a compararse con el Libertador. Este hombre es un farsante que yo lo mandaré al cepo para que no diga tantos disparates.

Esa misma noche un diario atrasado trae la noticia: el General Antonio Guzmán Blanco, el Ilustre Americano, dueño y señor de Venezuela, murió en París el 28 de julio.

—Con el siglo que muere —se dice Don Cipriano— también muere una época. Es de buen augurio que la estrella de Guzmán se apague en el preciso instante en que la mía despunta en el firmamento de Vene-

zuela. Ha terminado la era de Guzmán, comienza la mía. —Gómez y Tarazona, que lo escuchan, simulan extasiarse en la contemplación de un pernil que se dora al fuego.

* * *

Sin disparar un tiro, el caudillo invasor va de Mérida a Valera a través del Páramo y el 17 de agosto, en la villa trujillana, lanza su nueva proclama del liberalismo que le merece el título de «El Restaurador», y a cuyo llamado se le suman los jóvenes andinos de Mérida y de Trujillo.

El 22 de agosto entra a Carora, sin encontrar resistencia. El 25, llega a El Tocuyo; pero esta vez, dispuesto a pararle el trote, lo espera el ejército del General Torres Aular, Presidente del Estado Lara.

37. La misión de Juan Otáñez (1899)

El avance de los andinos sorprende más que preocupa. La gente se extraña de la debilidad del Gobierno y de la audacia del jefecillo montañés. Se habla de traiciones. Lo de las balas de calibre diferente al de los fusiles da mucho que hablar. Se acusa al ministro Diego Bautista Ferrer. El militar se defiende y acusa a sus subalternos, entre ellos a Juan Corrales, quien estalla en improperios contra el ministro de Guerra. Esa misma tarde el calaboceno es abordado por Juan Otáñez. El joven y el militar cabalgan hasta Sabana Grande.

Juan Corrales se queja amargamente de la administración de Andrade:

—En mal momento mi padrino me nombró Jefe de la Guarnición de Caracas. No hay nada peor que trabajar con bolsas.

Juan Otáñez guarda un silencio complacido. Ya aflora en sus labios la difícil propuesta:

—No se lo niego, mi general. La verdad es que el país está peor que nunca.

El militar tiene un sobresalto, pero el otro prosigue:

—Andrade no significa nada. No era más que una mampara del general Crespo, a quien Dios tenga en su Santa Gloria. —Y le recuerda la confesión que le hizo el caudillo llanero a Vargas Vila sobre las razones que lo habían llevado a apoyar la candidatura de Andrade—: «Andrade nació en Colombia y por eso no lo quieren los venezolanos; fue conservador y por eso no lo quieren ni los godos, ni los liberales; de modo que sin partido y sin gente, no tiene más camino que obedecer».

—Esas son vainas de ese colombiano intrigante —exclama Juan Corrales—, mi padrino era incapaz de una bajeza semejante y menos salirse a decir a un periodista chismoso.

—Pero el hecho es —responde Otáñez— que las cosas están saliendo tal como lo dije, cierta o falsamente, Vargas Vila.

—En eso no te quito razón —afirmó el jefe de la Guarnición de Caracas—. Más de una vez he pensado en presentarle mi renuncia a Andrade y largarme para mis hatos. Esto no hay quien lo aguante.

El entusiasmo de Otáñez sube ante la respuesta de Juan Corrales.

—Eso no es necesario, general; en mi opinión, incluso contraproducente. Usted es un hombre indispensable, a quien todos quieren y respetan. Hay mejores salidas.

Juan Corrales frunce el ceño:

—¿Qué quieres decir tú con eso?

—Bueno, mi general —añade Juan Otáñez—. Yo creo que la causa de Andrade está perdida. A este desastre no hay quien lo pare porque todo está podrido. A mí personalmente me consta que ninguno de los jefes militares del Centro lo quiere y están dispuestos a cualquiera parada, con tal de salir de Andrade y de su gobierno.

Juan Corrales, aunque ya ve claramente las intenciones de Otáñez, simula interesarse.

—Expíciate mejor —dice—, que puede interesarme. —Juan Otáñez tiene un golpe de contento.

—Bueno, mi general, vamos a hablar claro. Yo a usted lo quiero como un hermano mayor. Siempre ha sido mi apoyo y sostén. De no ser por usted estaría pasando hambre. Por eso no puedo sino desearle a usted y a su familia lo mejor —y tragando grueso terminó por decir—: Yo soy amigo del general Cipriano Castro y a él he dedicado todo mi esfuerzo para que entre triunfante en Caracas. La mayor parte de las guarniciones que encontrará a su paso están comprometidas y ninguna se le opondrá. Nadie quiere a Andrade y mucha gente cree que Cipriano Castro es el hombre que necesita Venezuela.

Juan Corrales iba romando el color de los pavos iracundos; pero Juan Otáñez, temeroso de su audacia, veía hacia el camino. Por eso se atrevió a concluir:

—Bueno, mi general, le tengo un recado del general Castro, que en cierta forma es obra mía: le manda a ofrecer el Ministerio de Guerra, cuando entre triunfante a Caracas.

La cara de Juan Corrales para el momento de la propuesta estaba amoratada. Cuando Juan Otáñez se lo encontró de frente por un golpe de brida que le interceptaba el paso, comprendió su error. Juan Corrales con voz extraña, dejó caer su sentencia, con ojos centelleantes:

—Te doy una hora para que salgas de Caracas y te unas a los andinos, si no quieres que te entregue a un consejo de guerra.

Juan Otáñez intentó argüir pero, ante la actitud descompuesta del llanero, volvió grupas y al galope se marchó hacia Caracas.

* * *

Cuando Juan Corrales llegó a su casa dos mensajes lo esperaban: uno del gobernador Víctor Alberto Machado y otro de la señora del Presidente de la República, su vecina de más abajo, que le suplica que se acerque «en un saltico» tan pronto llegue.

Juan Corrales se dirige a la casa de Andrade. Desde la entrada alcanza a ver a Dominguita, quien se desliza furtiva hacia las habitaciones interiores. Comprende para qué lo quiere la dominante mujer de Andrade. Con la seguridad del que exige reparaciones inapelables, la presi-

denta le pide a Juan Corrales que revoque su orden contra Otáñez, porque Dominguita está desconsolada y ella la quiere mucho.

—¡Señora! —exclama Corrales, rojo de consternación—. Pero si ese joven es un traidor que conspira contra su marido. —La señora de Andrade pone cara de iguana:

—¿Un Otáñez, traidor? Vamos general, que eso se usará en su tierra. Ya veo que entre usted y yo, no hay nada que hablar. Yo pretendí por las buenas que usted cambiara una decisión precipitada e injusta contra un muchacho, que conocemos desde niño; pero ya veo que tendremos que pasar por encima de su autoridad.

Juan Corrales, desbordado, le responde a la presidenta:

—Mire, señora. Si ese joven no sale dentro del tiempo señalado, yo mismo le caeré a balazos con la aprobación o sin la aprobación de su marido. —Y de un salto salió hacia la calle.

Hecho una cuaima, como observó Conch'e Piña, siguió hasta la gobernación donde lo esperaba Víctor Alberto.

El orondo gobernador le extendió la mano y le dijo suave, a modo de saludo.

—Esto se acabó, General, qué desastre. —Corrales frunció el ceño y apretó el sable.

»Este es un gobierno inepto —continuó Víctor Alberto—. El pobre Andrade no sabe dónde está parado, aparte de que es cierto que le faltan bolas.

—¿Y por qué usted no renuncia? Nadie lo obliga. Usted me está hablando de traición —exclamó Corrales fuera de sí.

El gobernador lo miró con sus ojos blandos de animal herbóreo y al comprender que el Jefe de la Guarnición de Caracas no permitía divagaciones desleales, atemperó sus equívocos y centró su conversación sobre la defensa militar de Caracas, interrogándole sobre sus planes tácticos y poder de fuego.

Juan Corrales, a pesar de sus reservas informó a Víctor Alberto de sus planes. En ese momento hizo su entrada Hipólito Acosta, el jefe de la policía quien venía a darle cuenta sobre el estado de las fuerzas policiales y de sus guapos de barrio.

Cuando ya estuvo escanciado el tema y era inminente la partida de Corrales, dijo el gobernador con acento plácido:

—Ya me informaron de su encuentro con Otáñez. Ese muchacho es sólo un bocón. —Juan Corrales tuvo un gesto de desagrado:

—Con muchachos así —dijo— está escrita, en pus, la historia de Venezuela. —Y dando media vuelta cruzó el gran salón en dirección a la calle, no sin antes dar un portazo estremecedor y una mirada de tigre al gobernador.

Víctor Alberto, sacudido en un primer momento por la furia de Juan Corrales recuperó su aplomo y terminó dirigiéndole una mirada entre compasiva y burlona a Hipólito Acosta que en un ángulo de la habitación y en absoluto silencio contemplaba la escena. El gordo gobernador dio un silbido de tres tonos. Una portezuela al fondo se abrió y tras ella apareció el mismo Juan Otáñez. El joven lucía entre envarado y burlón.

—¿Oíste al General Corrales? —le preguntó a modo de salutación Víctor Alberto—. Te veo con un zamuro de prendedor en el pescuezo.

—Es que ese General Corrales es muy arrechó: con razón es nieto de Boves. Yo no sé lo qué le he hecho a ese señor. La verdad es que la tiene cogida conmigo. ¿No te parece, Hipólito? —El jefe de la policía por toda respuesta largó una sonora carcajada.

* * *

Cuando Juan Corrales llegó a su casa se encontró con otro reclamo presidencial. Esta vez procedía del mismo Andrade. El Presidente de barba josefina le dijo con voz suave:

—Comprendo, General, su fidelidad para con mi gobierno y se lo agradezco infinitamente; pero como soy más viejo que usted le puedo decir dos cosas: una, que eso de Castro no pasa de ser una asonada más, que hasta ahora ha tenido éxito porque no ha encontrado un ejército realmente organizado que le haga frente, y la otra que Juan Otáñez, a quien conozco desde niño, no es más que un muchacho hablador que está deslumbrado por Castro.

Juan Corrales se mordió los labios y respondió con voz recia:

—¿Cómo que no ha encontrado ejércitos organizados para hacerle frente? ¿Y el de Antonio Fernández? ¿Y el del Patón en Mérida? ¿Y el de Peñaloza hasta el Tocuyo? Y si es hablar tonterías que un hombre de treinta años, hábil e inteligente, le proponga a uno alzarse con la guarnición a su mando, el día y hora que le señale el General Castro, no sé qué será hablar en serio.

Andrade, lejano aunque condescendiente ante las palabras de su Jefe Militar, continuó:

—Por eso se me ha ocurrido una idea, que sin desautorizarlo en su decisión, correcta en principio, mitiga un poco el rigor del castigo. Como yo pienso que Castro no es más que un ambiciosillo, he pensado aprovechar la amistad que tiene Juan Otáñez con él, para que lo convenza de que acepte la jefatura del Táchira y demos por terminada esta matanza. De esta forma mato dos pájaros de un mismo tiro y la pobre Dominguita deja de llorar.

Juan Corrales abrió muy grande los ojos cuando el Presidente, luego de acariciarse la barba, le preguntó gozoso:

—¿Qué le parece mi plan, General? ¿No cree usted que esa sea la solución?

38. *Después de Tocuyito*

(1899)

Juan Otáñez pasó la línea de guerra cuando Castro se disponía a lanzarse contra Nirgua, que tenía sitiada con el ejército, que ya andaba por los ocho mil hombres.

El General Rosendo Medina, Jefe del Ejército gubernamental, presintiendo la verdadera misión de Otáñez, le dice al entregarle la bandera blanca:

—Vea, mi doctor, si le ponemos un parado a este asunto, pues ya

está bueno de muertos. Yo por Venezuela soy capaz de cualquier cosa, aparte de que mi mujer es una Angarita del Táchira.

Otáñez sonríe. Eso mismo le han dicho la casi totalidad de los jefes militares. En La Victoria Santiaguillo Blanco, Presidente de Aragua, oyó con atención el mensaje que le enviaba Víctor Alberto.

—Estoy de acuerdo —respondió el mulato—, con bolsas como Andrade no se va a ninguna parte. ¿Pero quién va a respetar un hombre que no se eche un palo y que no tiene más mujer que a Doña Isabel? Eso no es de machos y éste es un país de machos cuatriboleaos. Mientras el difunto Crespo estaba vivo uno aguantaba la vaina, porque el Tigre estaba por detrás. Pero muerto el Tigre, yo estoy muy viejo para cuidar venados. Por mí lo pueden tumbar que no pienso tirar ni un cohete para defenderlo.

—¿Podemos contar contigo entonces? —preguntó grave y emocionado Juan Otáñez.

—Pues claro que sí, ¿o es que tú crees que yo hablo pendejadas?

En Valencia, el magnate Tello Mendoza, le dijo sin el menor empacho:

52 —Yo pensaba que Andrade llegara a mi casa y por eso se la estaba acomodando; pero dile a tu amigo que aquí también estamos a sus órdenes, porque yo, como mi antecesor Manuel Antonio Malpica, estoy siempre con el que gane.

Tello Mendoza era un hombre de mediana edad. Alto, blanco y elegante, de gran parecido a Guzmán, y que había hecho fortuna monopolizando los arreos de burro que sustentaban el tráfico comercial de Valencia.

* * *

Con un gran abrazo y risotadas, Castro y Otáñez celebraron el encuentro, mientras Juan Vicente Gómez, con sus atuendos de guerra lo miraba desconfiado.

—La victoria es tuya, Cipriano, no hay quien te resista. El país está abierto de piernas.

Un suboficial de apellido López Contreras interrumpió el diálogo:

—General, ya es la hora ¿abrimos fuego?

—Desde luego —dijo Cipriano Castro, y a los pocos instantes el cañoncito ganado a Torres Aular comenzó a tronar contra la villa yaracuyana.

Poca resistencia encontraron los invasores. El enemigo se batió en fuga dejando abandonado abundante material de guerra. Los mochistas, que tenían mayoría en Nirgua, celebraron la liberación de la ciudad y entre tragos de ron, terneras y cohetes le dieron las gracias al Restaurador, que siguió avanzando hacia el Centro del país. Juan Otáñez, para celo y despecho de los andinos, se hizo cargo desde el primer momento de la secretaría y daba órdenes con más énfasis y autoridad que el mismo Juan Vicente Gómez, quien lo veía con recelo y creciente antipatía. El caraqueño, experto en animadversión, percibió la hostilidad y trató de ganarse la confianza del Gran Compadre. Pero éste se mantuvo distante y cauto.

Dos días más tarde el ejército invasor se topó en Tocuyito con el de Andrade. Ocho mil hombres lo componían y lo comandaban dos enemigos irreconciliables, Antonio Fernández y Diego Bautista Ferrer. Castro echa un vistazo al campo enemigo y contrae el rostro.

—Esa posición es inexpugnable —le dice a Gómez, al contemplar las baterías emplazadas en los cerros que van del Alto del Uslar al camino. —Si no se me da el plan que tengo, vamos a perder el chivo y el mecate.

En ese instante la infantería enemiga avanza a todo meter por el campo. Los andinos se retiran buscando posiciones más ventajosas. Las baterías comienzan a tronar. Para sorpresa de todos, los cañones del gobierno comienzan a destrozarse su propia gente.

—¡Traición, traición! —claman los oficiales de Andrade, mientras sus baterías van diezmado el ejército. El pavor cunde. Los soldaditos en alpargatas corren despavoridos y abandonan fusiles y cartucheras.

—¡Dios te maldiga, Ferrer! —clama en la agonía el general Ortega.

Don Cipriano sonrío caprino cuando le apunta a Gómez:

—Ese era mi plan. Ferrer cumplió lo prometido.

Juan Otáñez también asiente complacido: «Y bastante que me costó convencerlo».

* * *

La batalla, que costó dos mil vidas, terminó en completa victoria para los andinos. Don Cipriano, luego de haber sorteado toda clase de peligros, se quebró una pierna al caer de su caballo en una zanja.

Al atardecer, y en camilla, hizo su entrada triunfal en Tocuyito. Todo es fiesta y jolgorio. Rompen las guitarras y el olor a carne asada envuelve al campamento. Castro y su Estado Mayor contemplan satisfechos la escena. Hacendados y notables del pueblo presentan sus parabienes.

* * *

Por el camino real avanza un lujoso coche. Es Tello Mendoza quien, acompañado por el Dr. Julio Torres Cárdenas, viene a presentarle desde Valencia sus saludos al Jefe. Torres Cárdenas ha madurado en estos ocho años. Castro tarda algunos segundos en reconocerlo. Una sombra de rencor se interpone cuando el joven valenciano le extiende la mano. Recuerda su aspecto desdeñoso en casa de La Madama, pero la efusividad de Torres Cárdenas y su agilidad verbal terminan por destruir la resistencia inicial que le opone el Caudillo:

—Pero qué gusto de verlo nuevamente —exclamó gozoso—. ¿Y qué le pasó en la pata? Pero no es nada de cuidado, ¿no? Tómese un trago de brandy para que se alivie. —Y sin esperar respuesta le hizo trasegar la mirad de una mulita de un estupendo coñac.

—Buena esta Sangre de Cristo, ¿no? —exclamó el Caudillo y se alivió de los dolores y antipatías que lo agobiaban.

Castro y su Estado Mayor observan a los recién llegados: son unos caballeros en todos los sentidos. Se les ve en el traje, en los modales, en la dicción perfecta, donde introducen con gracia un chascarrillo criollo de buen gusto, que los caraqueños llaman *chispa*. Son chistosos los va-

lencianos. Sobre todo, adulan sin ponerse en evidencia. Don Cipriano se siente tratado de quien a quien y lentamente se le va el resentimiento que impone la diferencia. El doctor Tello Mendoza es un verdadero portento en el uso de la palabra. Dos horas tiene con el Restaurador y ya se ha ganado su ánimo y el de todos sus conmlitonos, que ríen a carcajadas de sus ocurrencias o celebran su fino sentido político. Al final de un chiste, dice:

—Yo había acomodado mi casa de Valencia, para recibir al Presidente de la República, pero yo no había aclarado a cuál Presidente le pongo mi casa a su disposición, pues usted es el amo del país. 53

Gómez le echa una mirada de recelo a Tello. Jamás en su vida había oído hablar a nadie con tanto descaro. «Un hombre así no puede ser bueno, no señor, no señor», pensó para sí y siguió observando al valenciano, a quien no entendía la mitad de las palabras que decía.

En un momento de la conversación, Tello, al ver el aspecto apocado y humilde de Gómez, le ordenó que le trajese un vaso de agua.

Gómez, sin proferir palabra se retiró de la habitación, mientras Castro turbado le explicaba al magnate la significación de su compadre.

—Ah, caraj, ¿como que metí la pata? —respondió jocoso sin darle mayor importancia al incidente.

* * *

Don Tello echa la casa por la ventana festejando a su ilustre huésped. La residencia valenciana se transforma en el palacio de gobierno provisional, a donde acuden, a solicitar gracia y negociar, los políticos de todo el país. Juan Otáñez se siente desplazado y postergado por Don Tello, quien lo trata con displicencia e irrespeto.

Castro mismo no tiene palabras y oídos sino para los valencianos.

En una suntuosa cena que Don Tello le ofrece a Castro omite a Juan Otáñez de la mesa principal. El caraqueño le protesta al anfitrión y le recuerda su importancia ante un grupo de andinos. Los montañeses se ríen de sus reclamos. Don Tello que percibe la situación grita de un extremo a otro, para que lo oigan todos:

—Pónganle en la punta dos puestos al Señor Otáñez. Uno para él y otro para su nariz.

Todos ríen, incluso Castro. Juan Otáñez, encendido de ira, le responde con voz estentórea:

—Y ponga una poltrona para su madre y si es macho sálgase para afuera para caernos a tiros.

—¡Otáñez! —grita Castro iracundo—. Repórtese de inmediato y salga inmediatamente de aquí.

El caraqueño, pálido y cabizbajo, sale en medio del silencio de todos. Alguien se levanta de una silla y se va tras él. Es Gómez.

* * *

A Valencia llega Manuel Antonio Matos, el millonario cuñado de Guzmán. De guantes blancos y perfil cesáreo, negocia con el invasor, mientras Aurelio, su nuevo valet, no oculta el desdén que le producen los montañeses.

—Pongamos fin a esta guerra sangrienta —dice Matos—; el Presidente Andrade está dispuesto a olvidar lo sucedido y le ofrece la gobernación del Táchira.

Una sonrisa burlona es todo cuanto logra sacarle al hombrecillo, que con el pie quebrado parece un duende de la montaña.

54 —Si el Presidente quiere paz, que renuncie, es lo único que puedo ofrecerle.

En una cama, temblando de fiebre, Juan Vicente Gómez asiste a la entrevista.

—No cante todavía triunfos, General Castro —responde Matos—, que le falta sortear al ejército de Luciano Mendoza, que lo está esperando en La Victoria, junto con las fuerzas del Presidente de Aragua, Don Santiaguito Blanco.

Castro, que ya ha capitalizado la traición de ambos, no puede evitar un rictus mordaz. Matos capta y comprende que todo está perdido. Paulatinamente va abandonando su altivez de plenipotenciario para transformarse en turco regateador de quiebra.

—General —dice—, como yo soy de los que cree que a la historia no la para nadie, no seré yo, precisamente, quien retarde su triunfo. Gloria al vencedor y hagámonos perdonar los vencidos. 34

Castro esta vez ríe suelto y franco y le echa una mirada burlona a Aurelio, quien rígido como siempre, permanece ausente.

—Yo a ti te conozco, gavilán —le dice Castro.

—Por supuesto, General, y permítame darle mi enhorabuena —le responde Aurelio.

Y a Castro se le fue el recuerdo a la pensión de Rendiles y a los tiempos de Crespo y de Andrade.

39. *¿Presidente, yo?* (1899)

El Presidente Andrade cavila sobre la proposición de Cipriano Castro. El viejo General se pasea de un sitio a otro con ligereza ajena a su parsimonia. Acaba de despedir, casi de mal modo, a Antonio Paredes, Gobernador de la Plaza de Puerto Cabello, quien le pidió más poderes y armas para combatir el enemigo.

—No, y definitivamente no, —le respondió el Presidente—. No quiero más sangre. Dos mil hombres han muerto en Tocuyito. Hasta ahora Castro ha tenido éxito; pero todavía no se ha medido con las verdaderas fuerzas del gobierno. En La Victoria lo está esperando con cuatro mil hombres bien apertrechados Luciano Mendoza. 55

—Póngase entonces al frente de la tropa. Esto es lo que está esperando todo el mundo.

—No me diga, Paredes, lo que tengo que hacer.

—Perdone, General, pero la situación es demasiado grave. Si usted no quiere ir, deme a mí el mando de la tropa y le salvo el gobierno.

—No puedo, Paredes.

El militar argumentó, protestó, amenazó; pero el Presidente lo

dejó con la palabra en la boca desapareciendo por una de las habitaciones por donde salió consternada su presidencial consorte.

—Perdónelo, Paredes, pero la verdad es que no podemos hacer nada —le dijo la matrona, quien prosiguió firme, convencida y locuaz—. Venezuela no es país de grandes gestos como usted supone, sino de muchas y seguidas picardías. Así tenemos el caso del General Crespo, ya está muerto y olvidado por la necedad de hacerle caso al reto de un guerrillero loco como el Mocho. En cambio, fíjese usted en Andueza Palacios que salió huyendo: encima de estar vivo es hoy día todo un señorón. Por eso es que yo le digo tanto a Andrade, como a usted que no vale la pena tanta matazón, ¿no le parece? —Paredes, con la expresión rígida, se atusó el bigote y se quedó viendo largo a la mujer del Presidente.

* * *

56 En la casa de Andueza, el ex presidente conferencia con Guillermo Tell Villegas y el General Víctor Rodríguez.

—Andrade está caído —anota Andueza.

—Esto es inevitable y hay que aceptar la realidad histórica —le respondió el otro sin huella de rubor.

—A mí me da miedo que el imbécil de Andrade suelte al Mocho de La Rotunda como está pensando. Eso sería la ruina de la revolución liberal —señala Andueza.

—Que Castro por otra parte encarna —anota Villegas.

—Pues yo supe que esta misma tarde Fernández Arvelo conferenció con Andrade y le propuso el apoyo de los mochistas si liberaba a su jefe.

—Eso ni hablar —protestó con vehemencia Villegas—. Antes prefiero pactar con Castro.

56 —Pues eso precisamente es lo que hemos hecho Víctor Alberto y yo —expresó Andueza—. Si tú quieres te encaramas en el carro. Yo conozco bien a Castro, y estoy convencido de que es el hombre que necesitamos.



En La Rotunda, Hipólito Acosta, el carcelero, visita al Mocho Hernández.

—Muy pronto lo tendremos en la calle.

—Si Dios lo quiere y las circunstancias son dignas —responde el Caudillo con acento apostólico.

Hipólito lo ve con ojos certeros y piensa:

«Yo no sé qué le ve la gente a este hombre. Es un bolsa redomado y se matan por él».

—El General Castro le manda a decir que no le oiga propuestas al mochiludo de Andrade porque está caído. Que él mismo vendrá a sacarlo de la cárcel.

El Mocho apenas oculta su desdén.

«Si yo fuera Presidente —se dice—, haría encarcelar este bandido.»

«Si yo fuera Presidente —piensa el otro—, tendría a este hombre en la calle para que se desacredite. Nunca en mi vida he conocido a un hombre tan pendejo.»

Tras el jefe de la policía entran risueños y festivos Pepito Herrera y el Dr. Alejandro Urbaneja.

—Luciano Mendoza ya no obedece órdenes —dice el primero.

—Está atravesado en La Victoria y no deja pasar a nadie —añade el segundo, mientras desempaca una botella de champán.



La mujer de Andrade se lamenta de la ingratitud humana. Su casa de Altagracia, siempre colmada de gente, está solitaria. Ni siquiera Doña Josefina de Serna, su amiga del alma, que la acompaña todas las tardes, está con ella. Dice que está acatarrada, pero en eso tiene más de una semana. Hasta el servicio está desertando. Sinforosa, la negra que tiene años con ella, se le fue ayer porque tiene una tía grave en Petare. Rosalba ni siquiera le pidió permiso. Salió ayer en la mañana a comprar

unos chorizos en Benedetti y se desapareció sin recoger sus corotos. Maricusa de Las Casas la llamó para reclamarle el último giro del seibó y como le pidió paciencia hasta el próximo mes se atrevió a decirle:

—¿Próximo mes? —y dejó salir una risita acre y demoledora.

Su teléfono privado, que antes no paraba de sonar, ahora guarda un impresionante silencio. El rostro de su marido tiene la huella de muchos días de insomnio. Sigue caminando de un extremo a otro del patio, mientras su mirada se posa fijamente en los mosaicos del piso. Necesita tomar una decisión. La noche avanza. Afuera, en la calle, se oyen órdenes de mando. Un batallón está apostado frente a su casa. En una silla del corredor, Juan Corrales con sus ojos de gato, sigue atento la marcha cavilante del Presidente. En un momento Andrade se interrumpe y con una faz distinta le anuncia:

—General, he llegado a una conclusión que supongo será favorable al país.

* * *

- 57 Andueza y sus amigos continúan discutiendo. Esperan a Manuel Antonio Matos que viene de hablar con Castro en La Victoria. Ha prometido verlos antes de entrevistarse con el Presidente. Llegó a las once de la noche. Con aire pausado cuenta que Castro acepta que se reúna un congreso de plenipotenciarios, nombrados de por mitad por el Presidente Andrade y por el Jefe de la Revolución. Andrade renunciaría ante ese congreso, procediéndose de inmediato a elegir presidente.

—Como es de imaginar —dijo con voz sibilina—, procuraríamos que la representación de Castro esté constituida por gente nuestra. Ya Tello Mendoza y José Rafael Revenga se lo han metido en una manga; al fin y al cabo son unos campesinos alzados. Y el jefe no es más que un politiquero de provincia que le gusta la buena vida. Con dos o tres vueltas lo mareamos y encerramos. ¿No les parece? La debilidad de estos caudillos provincianos está en su afán de disfrutar lo bueno y de sentirse parte de nosotros. No conocen aquel viejo refrán que dice: indio que se sube de grupo se malea.

Todos celebran la habilidad de Matos, y a propuesta de Andueza que ya ha escanciado con sus amigos una botella de coñac, se abre otra de champán y se brinda por la Restauración.

Más de tres horas llevaban los cuatro amigos haciendo y deshaciendo listas de presuntos candidatos, cuando apareció en el portal la silueta de Hipólito Acosta. Los conspiradores se sobresaltaron, pero Andueza recuperando su aplomo le dijo altivo:

—Hipólito, ¿y qué significa esto, de que usted entre a mi casa sin anunciarse?

El jefe de la policía deslizó con voz suave:

—Perdóneme, doctor, pero si me hubiera anunciado a estas horas de la madrugada ustedes hubieran salido corriendo. Yo solamente quería advertirles que hace más de una hora el General Andrade salió de Caracas con un batallón hacia La Guayra. Tan sólo lo acompañan los Generales Juan Corrales y Antonio Orihuela. Como va con los niños y la señora, me parece que no va en plan de pelea sino huyendo. Por eso me dije: Huido Andrade, la Presidencia le corresponde al General Rodríguez, que es Jefe del Consejo de Gobierno. Por eso corrí a advertirle, General, que la Presidencia es suya.

Víctor Rodríguez tragó grueso y dijo con voz estridente y desafiada:

—¿Presidente, yo? ¿Presidente, yo? Qué vainas tiene la vida... 57

40. *General, usted*

(1899)

El incidente con Don Tello dos días antes, sumió a Juan Otáñez en hondo rencor.

—Qué razón tiene el refrán —se dijo al encontrarse en la calle—, cuando afirma: hay unos que nacen con estrella y otros estrellados.

No había terminado de llegar a la esquina cuando la voz de Juan Vicente Gómez a sus espaldas lo reclamó:

—Don Juan, párese un momento.

En tres zancadas lo alcanzó. Sonriente y suave le dijo:

—Bonita que está la noche ¿no le parece? —Los dos hombres caminaron en silencio por un buen tiempo. De pronto Gómez dijo:

—Quiero que sepa que comparto su dindignación. Así no se trata a un hombre y estuvo muy bien dicho lo que le dijo.

—Gracias, General, pero a quien no comprendo es a Cipriano. ¿Cómo es posible que permita que me injurien después de todo lo que yo he hecho por la causa?

—Son las cosas de la política, mi amigo. Él sabe que puede contar con usted, pase lo que pase, como se lo ha demostrado. En cambio al viejo ése, tiene que conquistárselo, para atraerlo a su favor.

—Yo no entiendo ese modo de ser, General. Los amigos no son incondicionales, todo depende del trato que reciban y si yo por Cipriano soy capaz de dejarme matar, no permito faltas de respeto. ¿No le parece, mi General?

Gómez no respondió y dijo después de una larga pausa:

—Don Cipriano a usted no sólo lo aprecia como hombre inteligente, sino que lo quiere como un hijo. Deponga su orgullo y mañana acérquese a él, como si nada hubiese sucedido.

Juan Otáñez decidió seguir el consejo de Gómez. Pero al día siguiente Cipriano Castro lo saludó con ostensible frialdad. Cuando intentó chanclear, el otro simuló no escucharlo y dirigió su atención a Torres Cárdenas, quien a mitad del saludo le arrebató la atención. Juan Otáñez, ruborizado, no encontró dónde ocultarse y se dejó caer en uno de los sillones que rodeaban la cama del Restaurador y que paulatinamente se fueron llenando con los hombres de Valencia y con dos o tres jefes andinos.

Don Tello llevaba la voz cantante, y Don Cipriano, como desde el primer día, lo seguía con entusiasmo y embeleso. Durante horas charlaron unos y otros. Juan Otáñez comprobó con ira y tristeza que Castro no sólo no le dirigía la palabra, sino que permaneció en silencio cuando

le hizo observaciones en tres oportunidades. Una presión malsana y humillante lo zarandeó por horas. Rumiaba su mala suerte para ganarse el favor de los hombres y recordaba la voz de su padre cuando le decía:

—Los godos estamos fregados para progresar en política porque no sabemos adular. Hablamos con altivez del antiguo propietario y nos igualamos con el más pintado. Por eso no se nos soporta y por eso no harás carrera.

Juan Otáñez decidió aclarar de una vez por todas su situación ante Castro. Cuando él mismo solicitó de los presentes que se retiraran porque sentía deseos de descansar, con una bella mulatica que le había prometido Don Tello, el caraqueño decidió quedarse. Castro, como si no existiera, ignoró su presencia por un rato hasta que Juan Otáñez le habló:

—Cipriano, necesito hablar contigo.

El Caudillo por primera vez en dos horas posó su vista en su interlocutor y dirigiéndole una mirada extraña donde se entremezclaron la hostilidad con el menosprecio le dijo suprimiendo el tuteo:

—¿Qué quiere usted?

Juan Otáñez, sorprendido una vez más por el inusitado trato distanciado tan sólo se atrevió a decir:

—Nada, mi general, y perdone —y se dispuso a dar media vuelta para marcharse cuando la voz cálida de Castro le retuvo:

—Ven y siéntate, muchacho malcriado. ¿Cómo es posible que me hagas una escena como la que me hiciste ayer? ¿No te das cuenta que soy un jefe triunfante? ¿Que soy el dueño del país? ¿Y que tengo que manejar las cosas de manera diferente al trato que entre los dos hemos tenido? Yo a ti te quiero mucho y te estoy muy agradecido por lo que has hecho. Pero quiero que sepas de una vez por todas que en política no se pasa la cuenta por favores otorgados. Yo no tengo compromisos con nadie y lo mismo te puedo nombrar mi ministro, como pienso hacer, que mandarte fusilar. ¿Entendido? Me haces el favor de pedirle disculpas a Don Tello o hasta aquí llegamos.

—Me pides demasiado, Cipriano.

—Cipriano no, General Castro usted.

—Está bien, mi general —dijo perturbado Juan Otáñez.

En ese momento el ordenanza advirtió:

—Ahí está Don Tello Mendoza con un regalo que le trae. —Los ojos de Castro brillaron de alegría.

—Dígales que pasen.

Tras la orden apareció el valenciano con una mulatica circumspecta de mirada brillante y dentadura perfecta.

—¿Qué le parece mi general esta yegua para que la monte en su convalescencia?

—De maravilla, Don Tello. ¡Qué belleza? ¿Cómo te llamas, hija?

Juan Otáñez, que permanecía rígido ante la escena, no cabía en su asombro. Castro le echó una mirada y dirigiéndose al valenciano le dijo:

—A propósito, Don Tello, Juan Otáñez tiene algo que decirle. —El barbado magnate le dirigió una mirada entre indiferente y burlona. Juan Otáñez haciendo un esfuerzo dijo:

—Siento mucho lo de la otra noche. Le doy mis disculpas.

—No tienes porqué, Cyrano, no tienes porqué. Estás perdonado.

—Juan Otáñez, rojo como una bandera conservadora, salió a toda prisa de la habitación mascullando maldiciones, mientras a lo lejos se oían las carcajadas del Restaurador, de la muchachita y de Don Tello. Cuando salió a la calle se encontró de frente con Juan Vicente Gómez, quien pareció adivinarle el pensamiento:

—¿Qué le pasa al amigo, que lo veo tan sofocado?

—Que acabo de coger el disgusto más grande de mi vida.

Gómez, parsimonioso y esbozando una sonrisa paternal, tan sólo dijo:

—Tenga paciencia, amigo, y sepa esperar.

41. *La entrada*

(1899)

El triunfo de la revolución fue aceptado con regocijo por todo el país. Caracas amaneció engalanada de banderas amarillas y todos se aprestaron a sacar el mejor partido. El General Víctor Rodríguez, Presidente provisional de la República, invita al caudillo andino a tomar formal posesión de la presidencia.

Castro sube al tren que lo conducirá victorioso a Caracas. En La Victoria, hace un alto exclamativo. En el andén de gran gala, lo espera el General Luciano Mendoza, el vencedor de Páez, el jefe feudal del Centro. Un viejo alto y desgachado con cuello de zamuro blanco. Los dos hombres se abrazan. La escasa alzada de Castro les saca sonrisas burlonas a los negros de Barlovento, que rodean a Mendoza.

—Parece un mono tití —murmura un negrazo ceilón que se llama Juan Onofre.

—Qué gusto de conocerlo, mi General —dice con voz cascada el Caudillo.

—Igual le digo al gran Mendoza —responde Castro. Ambos jefes se prodigan zalemas y abrazos.

Y lo que había de acabar en sangrienta algarabía terminó entre sonrisas y sancochos.

El viejo militar trepa al cortejo y sentado al lado del Caudillo ve las azules cordilleras de La Victoria y el río Tuy zigzagueando entre torreones y cañaverales.

—Este 19 de octubre será recordado en los fastos de la historia patria —dice Tello Mendoza al lado de los dos Generales que le sonrían afirmativos. En menos de quince días ha conquistado la condición de consejero del Jefe.

José Rafael Revenga, un médico valenciano del grupo de Don Tello, pregunta con voz dulzona:

—¿Y cómo va esa pierna, mi General? —y sin esperar respuesta se arrodilla y comienza a masajearle el miembro herido.

—¡Caray, vale! —le apunta Juan Otáñez—, ustedes los valencianos nos dejan atrás a los caraqueños jalando mecate.

Torres Cárdenas sonríe y con su lengua filosa dice una agudeza, mientras Santiaguito Blanco, ratificado en su cargo, lo mira despreciativo.

Juan Otáñez en el último asiento del vagón rumia su resentimiento. Después de su último incidente con Castro pareció desvanecerse entre los dos hombres, aunque no del todo, la nube de extraña e injustificada hostilidad. Aunque Castro mantenía una tenue pero perceptible distancia con su antiguo amigo y colaborador, le consultaba y hablaba con la misma familiaridad de antes, aunque era evidente una gran irritabilidad que no sabía si iba dirigida a él, o era expresión del cansancio y del dolor que lo afectaba. Por eso continuó soportando con paciencia benedictina los crecientes y frecuentes raptos de ira de Don Cipriano, quien no perdía oportunidad de zaherirlo o de regañarlo como a cualquier muchacho.

Pero las cosas llegaron al colmo, cuando en el momento de subir al tren, Juan Otáñez se sentó en el asiento que quedaba frente a Castro. Violento y estentóreo le gritó:

—Párate de ahí, que en ese asiento va Don Tello. —Una vez más Juan Otáñez salió huyendo ante las risitas de todos.

El trencito continúa su fatigoso ascenso con los vagones abarrotados de gente. Por el camino real marchan los seis mil hombres del Ejército Restaurador.

Ya el tren se aproxima a Las Adjuntas. En el andén de Palo Grande lo esperan los notables y las dignidades. El Presidente provisional, de gran banda tricolor parece el padre de la novia. A su derecha el Arzobispo en morado, se pregunta ansioso si será pecado bendecir al usurpador. Soldaditos venezolanos con kepis franceses se derriten bajo el sol de octubre, mientras gordos ciudadanos de redoblados mostachos, exhiben cucardas con los retratos de Cipriano Castro y del Mocho Hernández. El tren presidencial llega a su destino. Estalla el Himno Nacional. Vivas al General Castro. A la Revolución Liberal. Y al Mocho Hernández. La estación crepita ante los aplausos. Don Ci-

priano hace su aparición arrastrando dos muletas. Víctor Rodríguez, con sombrero de Mariscal de Campo, lo estrangula en un abrazo. Andueza Palacios intenta darle un beso a la francesa. El triunfador le saca el cuerpo. Una representación del gremio médico, integrada por Luis Razatti, Santos Domínicí y Acosta, se aproximan solícitos a la pierna lujada. José Rafael Revenga, indignado, hace constar que esa pierna es suya. Los merodeadores, ante el reclamo, recogen sus plumas y se alejan contritos. Víctor Alberto Machado con su gran panza se abre paso.

—Permítame presentarme, General. —Santiago Blanco favorece el encuentro:

—El gobernador de Caracas, General. —Castro se muestra particularmente deferente.

—Otáñez me trajo su carta. Me impresionó mucho.

—Más me impresionó su gesto.

—Tenemos que hablar, Don Víctor. Búsqueme esta tarde. —Y con un guiño afectuoso volvió a posar sus ojos en la multitud que lo aclamaba. De pronto dijo con intención de gracejo—: Que los médicos me sanen pronto, pues pienso gobernar sin muletas.

Quienes lo oyen celebran con una carcajada la ocurrencia. Los que no alcanzan a escuchar preguntan y en compensación ríen dos veces. La risa, ondula sobre el campo de cabezas, hasta que se muere en los callejones desiertos. Castro, llevado en hombros, sube a la carroza de cuatro caballos empenachados que lo espera a la salida de la estación. A su lado, con su gran sombrero dos veces cornudo, va el Presidente provisional de la República. En cada esquina hay un arco de flores que dice: «¡Viva Castro y la Revolución Restauradora!». Mientras los caraqueños viejos se preguntan escépticos: «¿Hasta cuándo, jefecito?».

Los andinos están boquiabiertos con Caracas.

—Alas pues, esto sí que es güeno —y comienzan a emborracharse por la ruta del triunfo. Mientras, los capitalinos se ríen a carcajadas de las soldaderas con sus ollas, sus fusiles y sus cananas.

—Adiós caraj, mírenme esos disfraces —grita a todo pulmón Conch'e Piña desde su coche.

Uno de los triunfadores se le viene encima y en la esquina de Prin-

cial se produjo el primer encuentro limpio y frontal entre andinos y centrales.

Sesenta coches siguen al triunfador. Castro no oculta su entusiasmo. El auriga toma el camino de la Casa Amarilla. El Caudillo protesta:

—No, todavía no. Tengo que cumplir una promesa. Vamos a La Rotunda a liberar al Mocho.

El Caudillo caraqueño, de punta en blanco y acompañado por Hipólito Acosta y Pepito Herrera, esperan a Castro en su celda. Afuera la multitud se aglomera curiosa. No quiere perderse aquel encuentro que se presiente histórico.

Castro llega a La Rotunda. Los aplausos en chorro advierten al Mocho de su llegada. Los dos hombres se encuentran frente por frente. El Mocho, siempre protocolar, le tiende un brazo altivo, pero Castro lo abraza emocionado, mientras deja escapar un sollozo.

Esa misma noche se celebra un banquete en la Casa Amarilla, al que sólo asisten el Restaurador y sus íntimos. Destaca entre ellos la morena redondez de Rendiles, quien, discreto, trata de pasar desapercibido.

58 —Rendiles, ven acá —le dice en voz alta el Restaurador.

El gordo posadero se aproxima lento y sonriente. Castro pone en sus manos, las doce morococas que le adeuda:

—No te puedes quejar de mi puntualidad en el pago. Ahora quiero que vayas pensando en un buen financista para Ministro de Hacienda.

Tello Mendoza, que escucha el diálogo, observa entre burlón y grave:

—Yo no creo mi General, que usted necesite de ninguno de esos chivaros. A usted lo que le hace falta es un ministro como yo, ante quien no se ruborice cuando quiera pedirle cien mil pesos.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, se hizo la transmisión de mando. El General Víctor Rodríguez pronunció la frase que consagró la usurpación:

58 —Tenemos el honor y grato placer de poner en sus manos el Gobierno de la República.

Afuera el pueblo vitorea, la banda marcial gorgea y el Mocho Hernández y Juan Otáñez son nombrados ministros. El resto del gabinete está constituido por prominentes hombres del Centro. Víctor Alberto es ratificado en su cargo de gobernador y El pez que escupe el agua, en señal de alborozo, eleva el chorro hasta llegar al techo.

* * *

Juan Otáñez, en su desvencijada casa de La Pastora, recibe las felicitaciones y parabienes de sus amistades.

—Si yo siempre lo dije, que llegarías muy lejos —le dice en un abrazo colmado de efusividad su antiguo jefe en la Cancillería y quien por años le hizo la vida imposible. Caras que antes fueron hoscas le sonríen. Gente de la crema que lo negreó de sus fiestas le ofrecen banquetes y saraos. Doña Josefina Serna, como se lo había prometido, literalmente le limpió los zapatos.

—Pero niño, mírate cómo tienes las botas llenas de polvo, —y presurosa y solícita se puso en cuclillas y le lustró el calzado. Entraba y salía gente. Los que conocía y los que jamás había visto. Niñas de sociedad que antes se burlaban de su nariz descomunal y de su pequeña estatura le hacían ojitos y danzaban a su alrededor como si fuese un ídolo pagano.

Dominguita desbordaba felicidad, y la casa rebosaba de flores avileñas. A las once de la noche llegó José Isabel, con su conjunto de arpas y maracas, y desgranaron coplas festivas y adulantes, que tan sólo había oído en la casa de los grandes.

El único que permanecía serio, aislado y silencioso era el viejo Otáñez. Cuando Pepito Herrera se acercó a felicitarlo le dijo:

—¿Por qué? En Venezuela cualquiera es ministro.

Cuando la horda de felicitadores se hubo marchado y Juan Otáñez se encontró solo en su habitación, se dijo para sí:

—Ahora comprendo porqué los hombres cambian cuando llegan al poder. De un lado las mayores humillaciones y afrentas; de la otra la más asquerosa adulancia. Definitivamente que para ser ministro se neces-

sita una estructura muy especial, que yo no tengo. Antes creía que lo que hoy tengo era mi ambición más preciada; hoy la amargura de la lucha me ha robado el placer del triunfo y la dicha misma. —Y de un manotazo arrojó al suelo el retrato que Cipriano Castro le dedicase cuando era apenas un desconocido caudillo opositor.

Cuando ya se disponía a acostarse sintió los pasos renqueantes de su padre, quien al ver el retrato en el suelo, por primera vez en muchos años, endulzó la voz y le dijo:

—Comprendo lo que te pasa, hijo, y te compadezco. Yo también fui íntimo amigo de José Tadeo Monagas y por servirle lealmente perdí mi fortuna y los condené a ustedes y a mí mismo a este destino incierto que me hace desear todos los días la muerte. El poder no es que corrompa, cambia a los hombres. Los hincha, les hace conocer las últimas realidades de nuestros semejantes. Se conoce el odio y la maldad en toda su dimensión. Se conoce toda la abyección de que es capaz el alma humana por codicia, por miedo o por odio. Hay un momento en el que el gobernante se siente solo. Ya sus amigos no son sus amigos porque la proximidad del poder también los ha cambiado y se disputan como fieras los lugares prominentes. Por eso el mandatario de repente se siente tentado de jugar a Dios. Lleva a los hombres a las más increíbles humillaciones y también los colma de los favores más imprevistos. Sólo aquellos que sean capaces de soportar su soberbia gozarán del Paraíso. El gobernante no quiere amigos a su alrededor, sino autómatas sumisos. Él no necesita amigos, porque el precio del poder es no volver a sentir ese sentimiento maravilloso que es la amistad. Él lo que quiere son esclavos, secuaces, capataces que ejecuten sus órdenes más absurdas. De lo contrario, caerás en desgracia. Mientras más alto subas, el porrazo será más duro. Tú, como yo, no tenemos alma de políticos. Deserta hijo, antes de que sea tarde, mírate en este espejo de tu padre, a quien la política venezolana arruinó y maltrató hasta dejarlo hecho un guiñapo.

Juan Otañez oía con tristeza y parsimonia lo que su padre desgranaba y, cuando se hubo marchado, ya no pudo dormir.

42. *Caracas y el General*

(1899)

Todo un mes permaneció Juan Vicente en Valencia aquejado por la disentería. En la casa del doctor Tello Mendoza era atendido por su espaldero Eloy Tarazona, mientras mesoneros de guantes blancos le servían casabe con guasacaca.

Hasta su refugio llega la primera ola de descontento de sus paisanos:

—Don Cipriano está en manos de los caraqueños —le observa Rafael María Velasco mientras se acariciaba el bigote.

—¿Para eso hemos peleado tanto? —pregunta Zustoquio Gómez con su rudo acento cordillerano.

—Don Cipriano no los olvidará —dice Gómez—. Lo que sucede es que el momento es difícil. Pero luego que se tranquilicen las cosas todo mejorará, ya verán, muchachos, ya verán. —Pero en el fondo pone en dudas sus palabras. A Don Cipriano siempre le ha gustado la gente fina y pulida de la capital. Allá en Mérida no tuvo más que ojos y palabras para con los doctores, que lo envolvían en sus fiestas y discursos. Hubo hasta un momento en que lo dejó con la palabra en la boca y le volvió la espalda, como si no existiera, para ponerle cuidado a un viejo alto y pretencioso de apellido Picón. En Valencia pasó igual. Ya no tenía tiempo para comer ni conversar con sus hombres, todo era para los doctores y las niñas bien.

Por eso no le extrañaba la protesta de sus compañeros. A lo mejor él era más bruto y no entendía, porque la política es larga y complicada, pero el compadre se estaba conduciendo como un aprovechador que luego de utilizarnos nos dio la espalda. Sin embargo apartó violento el mal pensamiento cuando Eloy Tarazona le dijo:

—Ahí está el Presidente del Estado Aragua, que viene a visitarlo.

Juan Vicente se incorpora cuando entra Santiaguito. Le mide en la cara la crispadura del odio. Hablan largamente de vacas, tierras y ca-

bestros. Juan Vicente se siente cómodo con la simpleza inteligente de Santiaguito. Ya está harto de la palabrería del doctor Tello y de sus amigos, a quienes tiene anotados por más de diez desplantes. Eloy Tarazona estimula su vena de desconfianza pronta siempre a desbordarse:

—Para mí que a usted trataron de envenenarlo. Esa diarrea es muy extraña, pues usted es un hombre muy fuerte.

Juan Vicente tiembla ante la sugerencia. Él mismo ya lo había pensado.

Los valencianos tratan de alejarlo de su influencia. Ese doctor Revenga que le da masajes de Bay-rum al Restaurador no le inspira confianza. Por consejos suyos se tomó un brebaje para un dolor de cabeza, y desde entonces se le ha presentado esa diarrea que no cesa.

Santiaguito sigue y anima el diálogo. Por primera vez desde que pisó tierras centrales Juan Vicente se siente a gusto con alguien.

El mulato se ofrece a acompañarlo en su primer viaje a Caracas. A los pocos días los dos nuevos amigos emprenden el viaje hacia la capital. Desde el tren contempla la campiña aragüeña y sorbe goloso el olor a mastranto y a bosta de vaca. Cuando pasan por Maracay su entusiasmo no tiene límites y exclama:

—¡Cómo me gustaría vivir en estas tierras!

Y se le quedó prendido del ojo aquel paisaje de samanes y sementeras.

Cuando el tren pasa por La Victoria, Santiaguito señala a Gómez su hacienda.

—¿Qué le parece mi General? ¿No es una belleza?

Juan Vicente Gómez deja salir una larga exclamación. Santiaguito hace detener el ferrocarril.

—Venga para que la vea, mi General.

El andino piensa en la incomodidad de los otros pasajeros, pero el mulato lo tranquiliza:

—Que se esperen, que para eso somos jefes.

Los dos hombres descendieron del tren y se fueron riendo hasta la Casa Grande mientras un centenar de personas los veía alejarse con re-

signación, calor y aburrimiento. En el corredor, y de punta en blanco, los esperaba Lorika.

Gómez, con parsimonia, saludó a la institutriz, quien al verlo aindiado le respondió distante y cortés.

Isabel Teresa irrumpió en el corredor. Gómez la acarició, celebró la belleza de sus ojos y el color de su pelo y terminó por darle una morocota.

Desde el corredor de la hacienda se veían los valles de Aragua, amplios, luminosos, esplendentes.

—Lo felicito, Don Santiago, tiene usted la mejor hacienda de los contornos.

—Y eso que no ha visto las caballerizas, ¿quiere verlas?

Gómez vio el reloj y pensó en los pasajeros que se derretían bajo el sol de la tarde.

—En otra ocasión, Don Santiago; mejor nos vamos.

—Usted es el que manda, pero antes déjeme hacerle un regalo —y dio orden a uno de sus peones para que le trajera a «Sabana» un caballo que por su blancura parecía un cobertor de fino hilo.

Gómez prorumpió en una exclamación admirativa y añadió emocionado:

—Muchas gracias, Don Santiago, muchas gracias —y los dos hombres volvieron a paso lento a abordar el tren.

* * *

Caracas deslumbró a Gómez. La cháchara de los edecanes Rodríguez Llamozas y Angel Alamo, que lo fueron a recibir de parte de su compadre, era incapaz de apartarlo del asombro que le producían la gente y los lugares. Cuando vio el tranvía, su júbilo no tuvo límites.

—Pero qué maravilla es esto, Don Santiago.

Santiaguito le hizo una señal imperiosa a los edecanes para que contuvieran la risa y el General continuó deleitándose con Caracas y con los caraqueños.

Finalmente, se detuvo frente a la Casa Amarilla. La Plaza Bolívar

se encontraba convertida en la caballeriza de sus paisanos. En medio del recinto pastaban los caballos, mientras sus jinetes los vigilaban desde los chinchorros. En medio de la plaza, las soldaderas de Capacho y Trujillo les hacían comida a sus hombres al pie de la estatua del Libertador, mientras los caraqueños, curiosos y sorprendidos, se preguntan qué clase de tribu había bajado de la montaña. Dentro de la casa de gobierno imperaba el mismo régimen de campamento. A lo largo de las arcadas colgaban las hamacas tejidas de los jefes. En la sala que había sido de embajadores se amontonaba el parque. Entre la tropa y los políticos, circulaban prostitutas. Santiaguito se tropezó con La Madama, quien venía de las habitaciones del Restaurador.

—Mon cher —le dijo la alcahueta, a tiempo que le daba un beso en la mejilla.

—¡Qué resistencia la de tu jefe! Anoche le traje a Loló y ahora le acabo de traer a Mimí.

Juan Vicente y Santiaguito avanzaron hacia las habitaciones privadas del Restaurador.

Un grito de alegría salió de Castro al ver a su compadre, a quien dio un estrecho abrazo mientras dos lagrimones rodaban por sus mejillas. Al lado de la cama estaba una mujer casi desnuda, pintorreteada, y vieja, a quien Castro señaló como la mejor hembra que en su vida había conocido. La mujer, agradecida, le sonrió con un diente de oro.

—Lo mejor de Caracas son sus mujeres. ¿Quiere que le mande a buscar una, compadre? El doctor Tello tiene muchas conocidas. ¿No es así doctor Tello?

—Así es mi General. Si quieren les presento una catirita de maravilla. —Santiaguito le dirigió una mirada de desprecio y Juan Vicente declinó la oferta con expresión benévola.

Desde el balcón del Palacio, Gómez se sumió en la vista de la plaza y el vivaquear de su gente, en medio de la cual estaba la estatua ecuestre del Libertador. El andino la miró sacramental y se preguntó: «¿Qué pensará él de todo esto? ¿A dónde me llevará el compadre?». Las cosas han sucedido demasiado pronto y demasiado fácil. Parece no más ayer que se sentaba aburrido en «Buenos Aires» a ver la nación de enfrente.

Hoy, están en el Palacio de Gobierno. Es el segundo en mando. El segundo dueño del país. Él, un hombre que apenas escribe. «¿Qué será de nosotros?».

Una mano en la espalda lo sacudió de sus cavilaciones: Era Don Tello:

—¿Y qué le parece al amigo el sabor del triunfo? ¿Verdad que es casi igual que una buena hembra? —El reloj de Catedral cortó a Don Tello y dejó caer con cadencia musical cinco campanadas. Tello, risueño, le apuntó a Gómez con la entonación musical del campanario—: ¿Sabe usted lo que dice el reloj?

59

Rojas Paul tumbó a Guzmán
¿Qué quieres tú?
Yo quiero pan,
Pan, pan, pan...

43. *Andinos y caraqueños*

Juan Corrales, luego de acompañar al Presidente hasta La Guayra, regresó a Caracas.

Cuando llegó a la casa la encontró vacía. Gloria —según le informó Ramona— estaba en la iglesia de enfrente, mientras los niños jugaban en la plaza vecina. La casa y la cara de Ramona estaban extrañamente silenciosas. La andina era toda un advertencia. Estaba más sombría que nunca. Era una india joven de largas trenzas, a quien la pobreza y los sufrimientos le habían concedido esa precoz madurez de las campesinas. Un hombre rico, allá en el Táchira, le puso un hijo, y la esposa del hombre amenazó con matarla, si no se largaba del pueblo. Enlazando tragedias y de mano en mano, llegó al mercado de Caracas, donde conoció a Conch'e Piña quien luego de cortejarla y saborear sus fritangas, se la llevó a Gloria, que ansiosa buscaba servicio. Gloria simpatizó con

la andina, y a pesar de su avanzado estado de gravidez, la contrató de inmediato. A los pocos meses parió un muchacho, y se lo dio a sus patrones de ahijado de bautismo. Ramona quería entrañablemente a Juan Corrales, con ese amor confuso de las hembras idas ante el macho total y presente.

Juan Corrales se incorporó del chinchorro, resignado, cuando la vio entrar con expresión descompuesta:

—Corra mi General, que ahí vienen mis paisanos. —No había terminado de hablar cuando ya tenía frente a sí a Hipólito Acosta y dos oficiales de la restauración. Entre ellos venía el rubio Eustoquio Gómez.

—Se habían tardado mucho—exclamó con desgano el llanero.

—Lo lamento, General —respondió Hipólito con voz de pesar—. Pero tengo órdenes superiores de llevarlo a La Ronunda.

Juan Corrales le dirigió una larga mirada de asco, pero no dijo nada.

El militar dio un vistazo de despedida al caserón y le dijo a Ramona:

—Dile a los niños que se porten bien y a Gloria un beso. —Y subió al landó de Hipólito Acosta mientras los hombres de la montaña lo disecaban con sus ojos de escalpelo.

—¿Con que usted es el único central macho? —le preguntó Eustoquio con intención malvada.

—No... —le respondió con desgano Juan Corrales— tenemos también a Miranda, a Guzmán y al Libertador.

• • •

Los transeúntes se detenían al ver el coche policial y ensombrecían el rostro al percatarse de que llevaba adentro a Juan Corrales. En la esquina de Sociedad se entorpecía el tránsito de vehículos. La gente contemplaba con hostilidad a los andinos. El militar calabocero alcanzó a ver a su cochero Conch'e Piña que con ojos extraviados por el dolor y el asombro, veía a su jefe camino del presidio. Envalentonado por dos

tragos de ron que se ha tomado en el botiquín de los chinos le sale al paso al coche mientras grita con voz atropellada:

—¡Que viva el General Juan Corrales y abajo los andinos!

Los dos chácharos se incorporan y Eustoquio esgrime un revólver, pero cuando intenta disparar, ya el cochero va muy lejos, llorando a lágrima viva, camino de Carmelitas.

* * *

La tensión entre caraqueños y andinos estalla al poco tiempo. Los caraqueños se burlan de los habitantes de la Cordillera y los andinos no terminan de entender el por qué de ciertos hábitos de los capitalinos. No había días en que no hubiese dos o tres muertos. Las peleas sangrientas sobrevenían por motivos nimios. En el Guarataro un oficial andino mató a un pulpero por la espalda porque el hombre murmuró acremente de los invasores. Tres calles más abajo, unos muchachos asesinaron a pedradas a un mozalbete de Capacho que se alejó de su patrulla y se perdió en los callejones.

—Pero es que son unos bestias —murmuraba Doña Josefina Serna—. ¿Tú sabes a lo que han llegado esos monstruos?: hasta a hacer sus necesidades en la Plaza Bolívar. Razón tenía papá, que en paz descansase, cuando decía, que lo mejor que se podía hacer con los Andes era concederles la autonomía, para declararles la guerra y tratarlos como país ocupado.

—Jesús, mamá —dice Dominguita, que tiembla por la mirada gélida que Maricusa le dirige a Doña Josefina:

—Pues yo por lo contrario, estoy encantada; ya el gobierno de Andrade no se aguantaba. ¡Qué desorden! ¡Qué falta de autoridad!

—Me extraña, Maricusa, que hables de esa manera, pues si mal no recuerdo tú eras una de las habitués de los Andrade.

Maricusa se sonrojó y cambió de tema.

* * *

Víctor Alberto, ratificado en su cargo de gobernador, hace lo indecible por ganarse el favor de Castro. Le enseña a Tello su proyecto de reajuste fiscal y de policía urbana.

60 —Déjate de pendejadas, Víctor Alberto, y piensa con la de arriba —le responde con tono aburrido el valenciano. —Si quieres mantenerte en la buena con mi General, traéle buenas hembras.

Víctor Alberto que, como alcahuete es virginal, se exprime el seso y, finalmente, con la ayuda de Hipólito, le llevan a Castro una muchacha, huérfana, de un médico de Los Teques quien, además de ser muy bella, ha sido confiada por su padre al jefe de la policía y a su familia.

El Restaurador agradece el obsequio y esa noche Víctor Alberto asiste a la orgía «Petit Comité» que, como casi todas las noches, se promueve en la Casa Amarilla.

—¿No te decía yo, pendejo, que la mejor forma de domar a un gallo alzado es una buena gallinita? Sigue así y harás carrera. Yo le tengo un encierro que ya quisiera para sí Solimán el Magnífico. —Víctor Alberto, turbado, esbozó una sonrisa y por primera vez en su vida tuvo repulsión de sí mismo.

Prostitutas francesas a medio vestir y modestas puticas criollas rellenan con sus risas el vasto caserón, mientras jóvenes edecanes de históricas familias dilatan los ojos entre espantados y complacidos. El Restaurador, a pesar de sus muletas, corre como un fauno tras una francesita que lo tienta con su falsa huida; mientras dos ex presidentes de la República y un coro de vetustos académicos, celebran con sus carcajadas las aventuras de aquel Dionisio de la Cordillera.

* * *

En las jefaturas civiles, la oficialidad andina desplaza y opaca a las autoridades nativas. Los pequeños calabozos están abarrotados de gente honorable que ha sido encarcelada por tonterías. A los culpables de delito de mayor cuantía como es dar abajos al gobierno, se les azota y a algunos se les llega a colgar por los pulgares.

El General Juan Vicente supervigila la situación.

—Sí, señor, muy bien hecho —le dice a un jefe civil que le acaba de dar una paliza a un limpiabotas que se burló de su arriendo montañés.

—No hay que dejarse faltar el respeto, porque el respeto es la base del orden y sin orden no hay gobierno. Eso de que nos vengán a decir chácharos a los del Táchira es una grosería muy grande. Sí, señor, sí, señor. Póngame a ese vagabundo tres días a pan y agua para que no sea falta de respeto. ¿No te parece Eloy? Hay que hacerse respetar y estos caraqueñitos me están resultando muy muérganos. Pelen el ojo, muchachos, y cualquier cosa me avisan.

* * *

Gómez, seguido de Tarazona y del jefe del cuartel de San Mauricio, recorre las celdas abarrotadas de prisioneros. Al fondo del patio voces atipladas escandalizan con regocijo:

—Pero que chácharo tan bello —grita una voz.

—Dame un besito, mi General.

Gómez frunce el ceño:

—¿Y éstos quiénes son?

—Un harajo de afeminados que agarramos en el Silencio.

—Dígales que se callen o les voy a mandar a dar plan de machete.

El esbirro comunica la amenaza y cesa el escándalo, aunque no el estallido de una que otra voz burlona.

Gómez se detiene ante una celda que ocupan siete muchachos entre catorce y quince años. Justo Ceballos, el hijo de Belencita, está entre los detenidos. Lo acompañan Luis Tovar y Nico Zuloaga. Los otros cuatro, por su aspecto zambo y su ropa raída, parecen negritos sanjuaneros. El jefe andino posa su mirada en Tovar y en Zuloaga y le pregunta al alcalde:

—¿Y éstos por qué están detenidos?

—Porque se pusieron a insultarnos en grupo frente a la Plaza Bolívar.

—¿Y qué decían?

—Pues lo mismo de siempre: chácharo, coge tu monte.

—¿Cómo se llama usted? —le pregunta Gómez a Zuloaga. El mozo responde respetuoso y abatido. Una asociación se enciende en Gómez.

—Suéltelo inmediatamente —le dice al cabo—. Y al otro catire también.

—¿Y los otros? —El General Juan Vicente los mira con sus ojos chiquitos y luego de un rato ordena:

—Me les baja los pantalones en el medio del patio y me les da a cada uno cuatro latigazos bien dados para que aprendan a respetar. Después me los suelta.

Uno de los muchachos morenos es el primero en recibir la paliza en medio del alborozo de los homosexuales que celebran sus partes desnudas con expresiones soeces. Cuando le toca el turno a Justo Ceballos, éste se niega a obedecer. Cuatro chácharos pretenden dominarlo. Gómez lo observa silencioso. Justo le grita:

—¡Usted me mata, pero no me cuerea! Andino'el carajo.

Gómez se sobresalta ante el insulto que le llega de frente y lo mide con odio recrecido. Los homosexuales siguen alborotando:

—Écheme pacá a ese negrito para comérmelo vivo —exclama una voz burlona. Gómez recoge la propuesta y ordena burlón:

—Bueno, como es tan macho, no me lo cuereen sino tránquenlo con los maricos. A ver cómo se defiende.

Voces de júbilo corearon a la propuesta. Justo fue arrastrado hasta la celda donde veinte manos y labios pintados cayeron sobre él y se lo tragarón entre carcajadas.

Apenas Juan Vicente Gómez dio vuelta en dirección a la calle le salió al paso Víctor Alberto Machado con aire compungido:

—General, General, me han dicho que mi nieto Justo Ceballos lo tienen aquí preso.

Gómez se mordió los labios y ordenó que rescatasen al muchacho.

Cuando lo tuvo de frente con las ropas desgarradas y la mirada rojiza comprendió que un odio profundo se había posesionado de él.

Víctor Alberto vio a Justo con dolor profundo y sin despedirse de Gómez, nieto y abuelo se alejaron por la calle renqueando de tristeza y dolor.

Juan Otáñez desde su Ministerio se siente avergonzado e iracundo al darse cuenta de que las tropas de Castro se conducen como invasores. Sus amigos se lo reclaman con enojo.

—¿A ti no te da vergüenza, Juan —le dice Don Martín Tovar—, ponerte al servicio de un pueblo extraño que maltrata al tuyo? No me explico cómo tu padre no se ha muerto, ni tus abuelos te han salido. No eres más que un traidor —y diciendo esto, le volvió la espalda.

Hasta Conch'e Piña se atrevió a afrontarlo cuando le negó sus servicios en un momento de urgencia:

—Lo siento, doctor, pero en mi coche no se montan andinos nacionalizados, y si no le gustó, mándeme a poner preso —y siguió de largo chasqueando el látigo para huir más aprisa. Juan Otáñez, que conocía al cochero desde niño lo dejó partir, y los ojos se le humedecieron. Pero lo peor fue un día en que llegó a su casa, y se encontró con las maletas en la puerta. Tras la pregunta, apareció el padre, quien solemne y distante, le dijo:

—Me has cubierto de oprobio, al hacerte cómplice de esos bandidos. Por eso te agradezco que te largues y no vuelvas por aquí. Acuértese, mi amigo, que el apellido no es de usted solo.

Contrito y humillado se alejó Juan Otáñez y, cuando llegó al Hotel Klind, donde fijó su alojamiento provisional, sintió una congoja extraña, viva y reverencial.

El 28 de octubre la ciudad se entera de que el Mocho Hernández, a los cinco días de haber sido nombrado Ministro, abandona su cargo y se declara en rebeldía. Lo que a todo el mundo extraña y hace dudar de su cordura, es que, teniendo de su parte al General Samuel Acosta, nuevo jefe de la Guarnición de Caracas, en vez de hacer prisionero a Castro en el Teatro Municipal, donde se encuentra, sale de Caracas e inexplicablemente emprende una larga romería por los caminos del Centro hasta que lo derrotan en Tocuyito. Una vez más la ciudad ve pasar a su pintoresco héroe camino de La Rotunda en el coche de Hi-

pólito Acosta. Esta vez el sagaz policía no le ofrece al jefe del nacionalismo una celda confortable.

Como el caudillo nota la marcada displicencia de Hipólito y se lo hace notar, el Jefe de Policía le señala con un empujón y una blasfemia, que esta vez y para siempre está perdido.

* * *

Juan Corrales fue encarcelado el 23 de octubre y ya ha llegado diciembre y no se tienen noticias. Gloria Corrales está desesperada. El sueldo del militar ha sido suspendido y el propietario de la casa que no cobraba alquiler desde hacía siete años, amenaza con embargarlos, por cobro de renta caída.

—Es que tu marido es muy soberbio —le apunta Doña Josefina—. Qué necesidad tenía de cogerla con el pobre Otáñez. Ahora que se volteó la tortilla, que se aguante. Al que le gusta comer tierra que cargue con su terrón.

Rosarito, con la mirada vacía y esquiva, tan sólo dijo:

—El General, por lo que he oído decir, tiene enemigos poderosos que quieren verle el hueso. Y el peor es Santiaguito.

El antiguo posadero Rendiles le prometió hacer lo que estuviera a su alcance, pero por el tono de la voz comprendió que mentía.

Y Maricusa de Las Casas, que no le podía perdonar a Juan Corrales que la viera indiferente, se contentó con recordarle la copla:

*Pasando el puente dijo una loca
y yo me río cuando me toca.*

Una tarde, en que Gloria lloraba desconsolada, se le acercó Ramona. La sirvienta, con voz serrana, le dijo afectuosa:

—Si la doña me deja salir, yo creo que la puedo ayudar.

Gloria la contempló escéptica y la dejó partir. Endomingada la moza y con Eleuterio su muchacho de la mano, salió a la calle.

* * *

Juan Corrales, echado en su catre se distrae con la marcha vacilante de un ciempiés. Pasos en el corredor que se detienen a su puerta lo sorprenden. La Voz de Hipólito Acosta anuncia:

—Levántese General, que aquí le traigo muy importantes visitas.

—El llanero no ha tenido tiempo de incorporarse, cuando ve a Ramona su sirvienta, seguida de un hombre grueso, vestido de militar, a quien le dice, mientras besa la mano de Juan Corrales:

—Mire Don Juan Vicente, este es mi amo y su compadre.

El hombre estrecha la mano del prisionero y le dice:

—¿Ya no se acuerda de mí, General Corrales? Yo soy Juan Vicente Gómez, su viejo amigo de San Cristóbal.

Juan Corrales abrió los ojos atigrados y se le fueron diez años.

44. *El baile y la mujer de arriba*

(1899)

Hay una fiesta esa noche en la Casa del Pez que Escupe el Agua. Víctor Alberto Machado, el gobernador, ha preparado un baile a todo trapo, para agasajar al Restaurador. La recepción ha sido fijada para las diez de la noche. La casa luce engalanada, desde el primer patio hasta el corral. El Pez que escupe el agua borbotea presuntuoso el chorro, que alarga y encoge, saludante o protestario, según la índole de los invitados.

A las once de la noche la casa está plena. Damas de vestido largo y caballeros de frac hacen corrillos. Víctor Alberto corretea de un sitio a otro, prodigando simplezas. Carolina, recién salida del manicomio, vaga plácida y fantasmal entre sus invitados. En un ángulo del corredor está Santiago Blanco con su nueva mujer, la suiza Lorika, que se ve constreñida por el corsé y el vestido largo de organza. Debajo del cuadro de Don Feliciano charlan animadamente Doña Concha de La Cás-

cara y un grupo de jóvenes andinos que jamás han visto a una mujer con las tetas al aire.

Juan Otáñez, en su cargo de ministro, aparenta disfrutar de su prominencia, pero presiente un reproche en cada gesto. A su lado Dominguita pavonea a su novio el ministro. Gloria Corrales, en un rincón, trata de vencer su timidez para interceder por su marido, pero no atina a quién dirigirse, ni cómo empezar. Finalmente se decide y de un impulso sale a la calle, por donde se va gimiendo.

Diego Bautista Ferrer, en soberbio uniforme, ríe con estruendo y sin ganas, un chiste de Colmenares Pacheco. Un hondo vacío lo circunda. Lo de Tucuyito es inaudito, aun para muchos de los presentes, acostumbrados a morder el agua. Ferrer alcanza a ver a Santiaguito y le vocea cordial un saludo. El mulato con cara de piedra apenas le responde. El militar se siente ardido. Cuando Pernía, otro de los oficiales de la Restauración, le regatea el saludo, hierve de pena y de rabia y apartándose de todos se cobija bajo la fuente de piedra, para encender un cigarrillo. Es tranquilizador el fluir del agua. Apoya el pie derecho en el pretil y da una larga chupada a su tabaco, mientras contempla la gárgola. «¡Hola!» le dice fantasmal a la estatua, quien merma el agua ante el saludo, para devolverla violenta en chorro oblicuo que lo moja de cabeza a pies. «¡Carajo!» —dice Ferrer, pero nadie se entera de lo sucedido.

En el centro de un corrillo el poeta José María Núñez de Cáceres hace comentarios desgarradores sobre el Presidente Andueza. La gente ríe. Todo el mundo trata de congraciarse con él, pues tiene la palabra fácil y sabe golpear como un verdugo.

Su hermana se le acerca y le dice al oído:

—En lo que llegue Castro nos escurrimos, porque a las doce le toca el remedio a Dolores Amelia. —Núñez de Cáceres accede y continúa en su perorata, mientras Eleazar López Contreras se ríe de este caraqueño tan lacerante para con su propia gente.

Doña Josefina Serna, altiva y distante, está apoltronada en la gran sala de los retratos. No terminan de gustarle los nuevos amos del país, aunque sus hijas tengan estrechos vínculos con los triunfadores. Con el

abanico trata de apartar el recuerdo de los liberales entrando a Caracas en el 61. Se les parecen demasiado, y hasta parecen peores. Carolina Palacios, que está aprisionada por el mismo recuerdo, se sienta a su lado, y ambas permanecen en silencio.

Rosarito, con un traje parisién, es la atracción de todos. A su lado Gonzalo se mueve lento y parsimonioso y apenas cruzan palabras entre sí, y simulan mirar atentos las caras nuevas y viejas que van apareciendo.

Gonzalo todavía no se ha repuesto de lo que le ha dicho Rosarito momentos antes, cuando expresó su piedad por Gloria y por Juan Corrales.

—Eso es como revivir a una culebra de cascabel. Todo el mundo está creyendo que es una gran persona y es el ser más hipócrita que nadie haya conocido. Cuando yo era casi una niña trató de violarme y por años no hacía sino acosarme como si yo fuese una perdida. Por él tuve que irme de Venezuela, para que lo sepas de una vez y sepas por donde pisas.

Gonzalo se quedó varado ante la acusación y cuando Rosarito le comunicó lo que Juan Corrales murmuraba de su hombría y dejadez, un sordo rencor arrolló la simpatía que profesaba al llanero.

Los invitados continúan riendo y cotorreando entre sí, aunque cada cierto tiempo se producen largos silencios donde pululan preguntas. En el aire ya está la duda de que el Restaurador recuda a la recepción. Sería una forma cruel y expedita de señalar que Víctor Alberto está caído. Es propio del nuevo amo de Venezuela. Ya lo ha hecho varias veces. Hace pocos días dejó esperando en la pila bautismal a un señor Rísquez, quien le dio un hijo para que se lo apadrinara.

El gobernador toma del brazo a Rendiles, convertido de hecho en secretario privado y le pregunta ansioso por el significado de aquel dilatado e inexplicable retardo. El antiguo posadero de Carmelitas le aconseja paciencia, pues sabe que en el fondo Castro hace sentir su ausencia.

No ha terminado de consolar a Víctor Alberto, cuando ve aparecer al Dr. Raimundo Andueza Palacios, nuevo Ministro de Relaciones Exteriores. El posadero funge de augur:

—Ahora sí es verdad que se puede quedar quieto, que el General Castro vendrá a su casa. Si estuviera caído no estaría aquí ni el Dr. Andueza, ni los que lo acompañan.

Andueza y Víctor Alberto, gemelos de aspecto y panza, avanzan entre la gente con los brazos abiertos:

—Mio caro comendatore —saluda gracejo el ex mandatario mientras Víctor Alberto, de tanta emoción, casi lo besa.

El rubio Eustoquio acompaña a Andueza:

61 —Te presento al Coronel Eustoquio Gómez, uno de los hombres de confianza del Jefe. —Los dos hombres se estrechan la mano y se repelen mutuamente. Los dos viejos políticos se enfrascan en un mutuo gorjeo de lindezas, mientras Eustoquio le dirige miradas lascivas a Rosarito Serna. Maricusa, que lo alcanza a ver, apunta complaciente y envidiosa:

—Hay que ver que estos andinos son bien buenos mozos. Es que tenían que ser gente blanca para haber realizado esta proeza.

62 Los rasgos mongólicos de Santos Matute Gómez se contraen burlescos. Torres Cárdenas, José Rafael Revenga y Tello Mendoza se mofan de todos en una esquina. Revenga imita el acento serrano del General Régulo Olivares y se ríen a carcajadas de que el General Gómez use babero para comer y le regale monedas de cinco reales a todo el que se le acerque.

63 —¡Guá!... y así no empezó el negro Manuel Corao cuando era pulpero en Valencia.

—Deja la vaina que se les va a arrear Manuel —terció Torres Cárdenas, mientras llamaba la atención del grupo sobre Juan Otáñez.

—Hay que pelar el ojo con el narigón ese. Creo que nos detesta y tiene mucho ascendiente sobre el Jefe.

—Déjenlo de mi cuenta —dice Tello—, que lo tengo en la mira.

Los mesoneros montan silenciosa guardia a los largos tablones llenos de copas y golosinas. Los músicos en sus puestos observan con atención e indiferencia a la concurrencia. Uno de los violinistas es hermano de Hipólito Acosta, quien con su cara de piedra, sigue la cháchara salivosa de Don José de La Cáscara.

—¡Hipólito! —le grita con afecto un viejo militar de aspecto fiero.

—¡General! —le responde el jefe de la policía con acento de sincero aprecio. Es Luciano Mendoza, el otro general que hiciera posible el triunfo del caudillo andino.

A las once y media el Restaurador no ha llegado todavía y el pánico sacude a Víctor Alberto.

—Me va a hacer el fío —piensa espantado y restriega sus manos en un pañuelo de seda empapado en sudor frío.

—Rendiles —le dice una vez más al posadero—. ¿Por qué no va y me averigua qué pasa? —El posadero reacciona hosco ante la propuesta:

—Porque yo no soy sirviente suyo. —Pero tal es la confusión y pena del gobernador, que Rendiles compasivo añade:

—Pero entratándose del Gobernador le voy a hacer el recado.

No ha dado tres pasos cuando un revuelo les da a entender que hace su entrada El Restaurador. A una señal de Víctor Alberto, la orquesta entona el Himno Nacional. El Pez que escupe el agua eleva marcial el chorro y lo mantiene fijo como un pendón. Víctor Alberto, aprovechando la parálisis provocada por el himno patrio, contempla a sus anchas al Cabito.

Es un indio extraño, de naricilla quebrada y quijada prognática de asesino lombrosiano. La mirada es de mono rabioso. La barba increíblemente negra. La postura teatral, forzada y ridícula. Víctor Alberto aparta la mirada de Castro y la posa en Gómez que está a su derecha. El traje militar le da prestancia. De él manan poder y majestad. El hombre, a diferencia de Don Cipriano, que tiene la mirada perdida en el espacio, mira y remira todo cuanto caiga bajo su campo. En Rosarito Serna la mirada se ha posado tres veces. En Víctor Alberto una. Eran unos ojillos brillantes y afilados, que miraban fijos y profundos, sin que se atisbase en ellos la menor sombra de simpatía o rechazo.

Tan pronto terminó el Himno, Víctor Alberto salió a estrechar la mano a Castro y luego a Gómez.

Con una mano enguantada éste le estrechó la diestra y dijo:

—Bonita casa tiene usted, Don.

Una llamada terrible sintió en la sien Juan Vicente Gómez. Cuando se dio vuelta se topó con la mirada más llena de odio que jamás encontrara en su vida: la de Justo Ceballos, quien lo midió, como un animal salvaje, de abajo arriba.

* * *

64 El Restaurador se dispersó entre la concurrencia. Cada una de sus palabras era seguida con atención idolátrica. Los que lo escuchaban hacían con la cabeza automáticas señales de aprobación que a veces no correspondían a la intención del Caudillo. En otras ocasiones se reían a carcajadas cuando el Conquistador comenzaba a contar un chiste y reía antes de tiempo. Doña Concha, con su escote y opulencia acaparó la atención del Caudillo.

Juan Vicente Gómez exploraba con admiración y asombro aquella casa. Jamás en su vida había conocido otra más rica y lujosa. Víctor Alberto, desplazado por Doña Concha, mataba su despecho mostrándole a Gómez la casa y sus interioridades:

65 —Este es mi chozno —dijo enseñándole con un dedo elegante el retrato de Don Feliciano. Gómez, al verle la figura angulosa, y aquella peluca erizada, que no terminaba de entender, tan sólo se atrevió a decir:

—Flaco el hombre, ¿no?

Don Feliciano, indignado, lo vio con furia y le hizo con tres dedos la higa mantuana y tradicional.

—A esta casa —le observó a Gómez Víctor Alberto con voz aburrida de cicerone— han venido uno tras otro, todos los gobernadores y presidentes que ha tenido Venezuela. En esta fuente que usted ve, han posado sus ojos desde Boves a Bolívar. En este mismo sitio ví conversar al General Páez con mi padre y aquí he hablado con Guzmán y con Crespo.

Gómez seguía la exposición sin decir palabra, mientras veía embozado el chorro de agua que caía sobre la pileta arrancándole un sordo y húmedo canto.

Víctor Alberto se sintió acongojado. Esa noche, a las doce, cumpliría setenta años, aunque nadie diría que pasa de los sesenta. «El secreto para mantenerse joven es no vivir», le dijo una vez el brujo Telmo Romero. Y él no ha vivido, él ha reptado. Se ha deslizado entre las tinieblas y el pantano, como le escribiera hace poco su primo Antonio Guzmán. «Yo en cambio sí he vivido», le señalaba el Autócrata, «he amado y he odiado, me he enfrentado a la vida y le he arrancado sus secretos y ella los míos que los ha hecho públicos. Por eso tengo grabada en mi cara las huellas de la aventura. Cualquiera puede leer en mi rostro la historia de mis tempestades y de mis éxtasis. Tú, en cambio tienes cara de plasta, porque tu vida ha sido una mierda, aunque seas millonario y ministro de todos los gobiernos. No has hecho nada que valga la pena. Siempre has sido sombra de los otros, nunca tú mismo. Eres, fuiste y serás un cobarde que por sobrevivir eres capaz de todas las iniquidades. Si tu padre está en el infierno, como creo, Satanás en su perfidia, más que atizarle el fuego hará que vea desde allá la historia asquerosa de su hijo.»

La carta, escrita seis meses atrás, llegó ayer a sus manos. Ya Guzmán había muerto, lo que aumentaba en Víctor Alberto su desazón por el insulto.

Desde que recibió la carta, una profunda tristeza lo obsesiona. La carta póstuma le ha abierto una brecha profunda, por donde fluye una sanguaza amarilla llena de preguntas.

«¿Qué he hecho yo con la vida? ¿Qué hago yo entre estos campesinos alzados? ¿Qué hago yo con este mono de los Andes rindiéndole pleitesía y arrastrándome de miedo? ¿Que diría mi padre?» Y su recuerdo le atropelló el pensamiento. Lo ve claro, con el foete en la mano, agitándolo furioso contra el hijo que ha rehuido una pelea.

—Sea macho, carajo. Que prefiero verlo muerto que correlón.

Juan Vicente Gómez, a su lado, guarda silencio mientras Víctor Alberto sueña. De pronto le dice:

—¿Como cuánto costará una fuente como ésta?

El banquero emerge del sueño.

—¿Cómo dice... mi general?

Gómez repite la pregunta. Víctor Alberto, con el pensamiento fijo en la historia, responde con rabia:

—Esta fuente se compra, pero no se vende...

El andino pone cara de extrañeza y es él esta vez quien interpela de nuevo. Pero ya Víctor Alberto no le escucha.

Un dolor agudo en el pecho lo dejó sin respiración. Un sudor frío lo envolvió en sudario y la casa y la gente comenzaron a darle vueltas. Pensó en dirigirse a la habitación de arriba y reposar un rato. Le murmuró a Gómez una atropellada excusa y se apartó de su lado. Abriéndose paso a empujones entre los invitados y con una sonrisa crispada por el dolor, subió las escalinatas. Iba lívido cuando llegó a la habitación de arriba. Cerró la puerta tras de sí y se desabrochó con premura el cuello. El dolor arreciaba y la sensación de muerte que se avecinaba no daba lugar a dudas.

Cerró los ojos y volvió a abrirlos. Una visión lo sobrecogió. Frente a él y de espaldas estaba la matrona que se les aparece a los Blanco. La misma matrona que vio de niño cuando se moría y que llevó a su madre a suplicarle al cielo. Extendió la mano derecha como queriendo rechazar o palpar el espanto. Pero el fantasma no desapareció sino que tomó cuerpo. Ya se ve claramente el vestido a pesar de las tinieblas. Es de amarillo oro, de oro viejo y pesado. El dolor es ya insoportable. El vértigo se acelera. La vida se le escapa. La mujer se da vueltas muy lentamente: Víctor Alberto da un alarido: la mujer del manto tiene la cara del jefe andino, que dejó abajo, frente a la pileta del Pez que escupe el agua.

Cuando cayó al suelo ya estaba muerto.

CUARTA ÉPOCA

Los tiempos
del Restaurador
(1899-1908)

45. *El retorno*

(Diciembre 1899)

La muerte de Víctor Alberto conmovió a la ciudad. Ésta rebosaba de pesares, temores y augurios. Todo parecía anunciar el fin de una época. Era el último mes de un siglo, en una ciudad recientemente conquistada por hombres que se decían venezolanos pero que la gente sentía como espina en la carne.

Esa misma madrugada, Juan Vicente Gómez fue designado Gobernador de Caracas y El pez que escupe el agua, como ballena reina, acosada y herida, cortó el chorro tres veces.

Al frente de la casa se aglomeró el pueblo, mientras policías con peinillas hacían dique a su angustia vaga, curiosa y reverencial.

Carolina, entristecida, por el hombre a quien no quiso, recibe el pésame rodeada por las mujeres de su casa. A su derecha, se sienta Belencita y a su izquierda, Doña Josefina Serna, enlutada y mayestática, con la expresión agria y cambiante de los cristofué. Don Feliciano, que no la resiste, frunce la boca desde su marco centenario. Belencita tiene el aire ausente y entontecido. Los ataques epilépticos han

ido llevando como crecientes jirones de entendimiento y parcelas de juventud.

A la entrada del salón, Gonzalo Machado y su cuñado el Conde Ceballos reciben el pésame. Pancho Rendiles le da un abrazo que le resiente el espinazo. Juan Otáñez le da palmadas en la espalda como si fuera un bongó.

Gonzalo tiene la madurez de cuarenta años bien vividos. Es blanco, alto y diplicente, lo que le confiere un aire principesco que a la oligarquía seduce y a los arribistas pasma. Una aureola de indiferencia lo santifica. Le aburre el ser humano y en particular la gente de sociedad, a quien encuentra sosa y envanecida. Maricusa de Las Casas intenta una apología en do menor de Víctor Alberto. Gonzalo, que siempre ha despreciado a su padre, evade el tedio penetrándole el alma. Es una mujer frustrada en todos los sentidos. La naturaleza la hizo cálida y desprovista de encantos como un budare. Ama el poder, pero creció sin él y es tan fea y maligna como un diablo de Yare.

Los circunstantes abrazan y besan a Gonzalo. Le toca el turno a Gloria Corrales. Viste de negro y lleva en su rostro la huella de las noches largas. Estecha la mano de Gonzalo y saluda a Maricusa, quien le responde con un murmullo torcido.

Gloria, que la alcanza a oír, se encoge y desaparece en uno de los sillones que rodean al catafalco.

El entierro ha sido fijado para las cuatro de la tarde. Ya las coronas apestan con su olor dulzón a campo muerto. Don Feliciano desde su retrato alarga la mirada cuando ve llegar una cruz de malabares que Doña Josefina toma entre sus brazos.

—Es la corona del Presidente —dice con amor de nodriza.

A medida que se acerca la hora de las exequias, aumenta la afluencia de gente que se estanca en el patio. Se da por sabido que Castro vendrá al entierro. Santiaguito Blanco irrumpe, violento y ansioso, en la casa. Abraza a Gonzalo, que huele a comida y aguardiente.

A tres minutos para las cuatro hizo su entrada el Presidente, acompañado de Juan Vicente Gómez. Castro y su acompañante se atrincheran en la pileta.

—El difunto, que en paz descanse —señala Gómez—, me decía que en esta misma fuente estuvo Bolívar y todos los presidentes que ha tenido Venezuela.

—¡Eso es lo que se llama una casta dominante o adaptable! —responde el Cabito. Eleazar López Contreras trae un mensaje. El Restaurador lee y frunce el ceño; el joven militar se apoya en el brocal de la fuente y el Pez lo salpica alborozado y confianzudo. 66

—¡Qué vaina! —exclamó el Restaurador.

—¿Qué sucede?

—Que sigue el pleito entre paisas y caraqueños. Es un recado de Rafael María donde me dice que en La Pastora una poblada tiene sitiados a Jesús Moncada y a Natividad Santana. Por mí, que los maten. Ya es hora de acabar con estos pleitos. Ni cobro andinos ni pago caraqueños. —Y se plantó firme porque hacía su entrada el arzobispo. 67

—Si esto sigue así, dijo el Cabito, me temo que un día de estos se nos van a alazar los caraqueños y nos van a pasar por el filo.

El Caudillo y Gómez presiden el cortejo que negro y acongojado reptaba tras el muerto. La gente se aglomera a cada lado de la calle. La policía con sus peinillas los apartaba y comprimía como si fueran beju-cos. Un vaho de odio abismal sintió el Cabito en los miles de ojos que lo seguían. Dos palabrotas gruesas salieron de un grupo. Un oficial amenazante obligó a los curiosos a retroceder hasta el fondo de la cal-zada. Don Cipriano comentó con tristeza:

—Ya no encuentro cómo frenar a los paisas contra los caraqueños, ni hacerles ver a éstos que los andinos son tan venezolanos como ellos.

—Pues yo sí sé —le contestó Gómez— regresémoslos a Los Andes que allí es donde los necesitamos para acabar con Peñalosa. Nombreme Jefe Civil y Militar del Táchira, déme esos muchachos bien armados y yo le acabo la revolución. —Don Cipriano se quedó sorprendido de la propuesta, pero una lluvia de flores le recordó que en ese instante termi-naba una historia.

Esa tarde Don Juan Vicente recibió una visita.

—Ahí está un doctor llamado José Rosario García ¡que es pariente suyo.

Un recuerdo largo le atropelló el presente: «El Dr. José Rosario, el hermano de mi padre... el viejo revolucionario colombiano».

—Dígale que pase.

Un hombre pequeñín, próximo a los sesenta años, se bosquejó en la puerta.

—¿Sabe quién soy?

—Desde luego mi doctor, desde luego.

El hombre era de palabra docta, ágil y estimulante. Por horas conversaron tío y sobrino, sin mencionar el enojoso parentesco.

García estaba ladrándole a la luna como le hizo saber al sobrino, cuando éste le habló de sus planes de marcharse al Táchira.

Sin posibilidades de apelaciones le preguntó:

—¿Y por qué no me lleva de secretario? Como buen político que soy sé de todo un poco y nada de nada. Los políticos como yo no son un peligro sino un complemento.

68

* * *

Días más tarde, en barcos de la armada, más de mil muchachos tachienses emprendieron el camino de retorno a su tierra y los caraqueños, aliviados, los dejaron partir.

46. *De La Rotunda al San Carlos*

(1900)

Los cañonazos del año nuevo los oyó Juan Corrales en La Rotunda. De aquella entrevista con el General Gómez quedó la espera. Una tarde llegó prisionero Antonio Paredes.

—Son unos carajos que no tienen palabra. Ramón Guerra, después de haberme ofrecido garantías al rendir Puerto Cabello, me hizo preso y vejó tan pronto entregué la plaza.

Paredes era áspero en su forma de hacer sentir su autoridad. En su actitud no cabían treguas ni componendas. Su cultura era vasta y su inteligencia aguda. Su análisis de la situación venezolana, lúcido y persuasivo a pesar de la irracional oposición que provocaba.

—Andrade —decía— era un pobre hombre que no sabía dónde le quedaban las narices. ¿Cómo es posible que no se diese cuenta de que su cuñado José Rafael Revenga, era un traidor de marca mayor? ¡Yo no sé por qué carajo no lo hice preso en aquel momento! Si lo hubiera fusilado, otro gallo nos cantara.

En vísperas de Reyes, Juan Corrales fue trasladado a otro calabozo rebosante de prisioneros. Al día siguiente llegaron detenidos el General Manuel Antonio Matos y un grupo de banqueros. El cuñado de Guzmán, sin sus afeites, parecía una vieja desgüeñada. En la tarde dejaron entrar a Aurelio quien procedió a afeitar a su amo en el patio del presidio.

—Castro solicitó de nosotros —dijo Matos con voz caprina— un cuantioso préstamo que no estaba en condiciones de avalar. Como nosotros le expusiéramos nuestras razones, el doctor Andueza Palacios nos contestó el muy grosero, que si los bancos se negaban a concederle un préstamo, bastaría caerle a mandariazos a las bóvedas para conseguirlo. ¿Qué les parece un lenguaje semejante en un hombre que ha sido hasta Presidente?

Hipólito Acosta participa a los presos que serán trasladados al Castillo de San Carlos en la Barra de Maracaibo.

Entre dos filas de soldados la ciudad ve marchar, camino de Caño Amarillo, a Matos, Valarino, Egaña, Montauban y al cura Delgado.

Desde un balcón, Castro, que contempla el desfile, se ríe. A su lado, está Gonzalo Machado, silencioso. Tello Mendoza y Revenga le hacen coro a Castro en sus burlas. Gloria Corrales, con pañolón de penitente, persigue con sus hijos el cortejo. Juan Corrales, con la mirada perdida en el vacío, no alcanza a verla.

En un descuido de la guardia, Mercedes hace un esguince y le sale al paso:

—Papaíto —grita la niña.

Pero un cabo piadoso la libró del atropello.

Juan Otáñez, que llega a verla, contiene un sollozo y de un salto entró a un bar y se tomó dos tragos de «fruta de burro».

El pueblo enjuga con vivas sueltos la pena de los cautivos. En las proximidades de la estación reciben una ovación. Más allá, el viejo Marturet les grita:

—¡Valor, señores!

Lo que iba a ser un escarmiento es ya una glorificación. Después de una fatigante marcha a través de la ciudad, la columna se detiene ante la estación donde la locomotora resuena su pito festivo. Los banqueros tienen la cuenta y la cara embargada. Suben al tren. Cuando ya están instalados en los vagones y la máquina con sus silbatos amenaza partir, llega un oficial con una orden del Presidente: la Junta Directiva del Banco ha concedido el préstamo, que devuelve la libertad a los prisioneros. Los banqueros ríen y hay uno que aplaude.

El pagaré libertario no alcanza ni a Paredes, ni a Juan Corrales, ni al cura.

Los tres seguirán hasta La Guayra, donde hay un barco que los llevará al Castillo, de donde no se vuelve.

Cuando Juan Corrales gira su cabeza hacia la multitud, ve a Gloria y a sus dos hijos llorando como cachorros con frío. Cuando la máquina arranca no puede contenerse y grita estentóreo:

—Cipriano Castro, ¡maldito seas!

Un oficial, se le viene encima y deja caer el foete sobre su cara.

—Cállate, muérgano —le grita con voz crispada por los vientos de la Cordillera.

El hijo de Juan Corrales, que lo alcanza a ver, llora con tono agudo, mientras el tren, lleno de temporadistas, se desliza avergonzado por el camino que lleva al puerto, al presidio y al balneario.

47. *Visita gerencial* (1900)

Manuel Antonio Matos, con un impecable traje de corte inglés, da una vistazo a su reloj de leontina.

—Las cinco en punto; ya deben estar por llegar.

Matos espera la visita de Mister Loomis, Ministro de los Estados Unidos y de los gerentes de la «Bermúdez Company», «The Orinoco Corporation», y «The Orinoco Shipping Company».

Una campana, pasos, voces quedas, Aurelio de librea y guantes blancos, anuncia a los visitantes. El cuñado de Guzmán los saluda en inglés, cordial, pero distante.

Mr. Loomis es un gigante rubio, de expresión afable, aunque se le presiente un trasfondo de solapada violencia. Sus tres acompañantes son también norteamericanos y escuchan semisonrícos y expectantes los escarceos de Mr. Loomis, mientras Matos, con su sereno rostro de cabra alpina, atiende sin sonreír al humor gerencial que exhala el gringo.

Luego de una larga pausa y de un doble trago, Mr. Loomis dice:

—Vamos al grano, General Matos. Tanto al gobierno de los Estados Unidos, a quien represento, como a los grandes capitales norteamericanos representados por los amigos, nos preocupa notablemente la situación financiera de Venezuela. La deuda pública alcanza ya la crecida suma de ciento ochenta y nueve millones de bolívares y el ingreso nacional es apenas de treinta millones. Se necesitarían muchos años, quizás demasiados, para sanear las finanzas, salvo que, de una manera racional y con técnicas modernas, se exploten las riquezas naturales del país, como es el caso concreto del asfalto, del oro y de la madera.

—Matos, sin variar su expresión, hace una señal de aprobación, invitando al yanqui a que prosiguiera:

—El caso es que, tanto a los aquí presentes como a las grandes potencias, nos preocupa aún más la forma como el General Castro pretende manejar las finanzas, como fue el caso sucedido a usted y a sus

amigos banqueros, a quienes, según tenemos entendido, atropelló villanamente.

Matos, inmovible, seguía escuchando con atención a Mr. Loomis.

—Con semejante política el General no sólo no resolverá la situación financiera sino que llevará a Venezuela a la ruina definitiva. Bajo una administración semejante no hay garantía alguna para el capital nacional y mucho menos para el extranjero.

Si el General Castro no varía de actitud, es muy probable que se encuentre en situación muy difícil, no sólo con sus compatriotas sino con poderosos adversarios como Inglaterra, Alemania, Holanda e Italia, a quien Venezuela debe cuantiosas sumas. Ya órganos oficiosos y oficiales de sus respectivos gobiernos pretenden justificar hasta la agresión armada. Bien conoce usted nuestra política respecto a Latinoamérica. Un enfrentamiento con cualquiera de estas naciones nos obligaría a intervenir con todas las consecuencias funestas que cabe prever, como sería hasta una guerra mundial. En cambio, si al frente del gobierno estuviera un hombre más ponderado y respetuoso de los compromisos internacionales, se presentaría un panorama menos sombrío.

Cuando los yanquis partieron, Manuel Antonio Matos se mesó la barba y cambió el Oporto por un High-Ball.

48. *El Gobernador*

(1901)

Cuando el campesino en armas retorna vencedor a su pueblo, cae en el aspaviento: se sumerge vestido en el río, devora a dos carrillos los platos de su tierra y abraza con emoción de huérfano a los desconocidos. Así procedieron los muchachos tachirenses tan pronto llegaron a San Cristóbal. La Cordillera se cubrió de rumores que recordaban los primeros tiempos de la Conquista. Se pintaba a Caracas y a los valles del

Centro como una nueva Manoa, llena de palacios áureos, de ganado gordo y de bellas mujeres, «todas fáciles, bien provistas y dispuestas a ponerle un cacho a esos machos caraqueños que no sirven ni para un mandado». Y entonces contaban una y diez veces la historia de los tres paisas que hicieron correr a un pelotón del gobierno con un general al frente; para más tarde contradecirse cuando necesitaban la fiera ajena para abonar el heroísmo. Hablaban de un trajinar sangriento. Aunque nadie contó de las guarniciones que se disolvían sin combatir, y cómo en Tononó tronó el cañón por dos días y hubo apenas cincuenta muertos. 69

Pero todos se quejaban de los caraqueños. «Son piores que una culebra enroscá o que una bura maluca. Cuando usted menos piensa viene el tarascón o la patada.» Y entonces hablaban de las puñaladas de Camino Nuevo o de la cayapa que en un barrio llamado San Juan le hicieron a un muchacho de Rubio que amaneció vuelto nada. Y todos se quedaban con la boca abierta en señal de protesta, hasta que la frase de siempre: «Ah caraqueños muérganos», suspendía la molienda ruda de aquella idea enconada.

Juan Vicente no hizo ni dijo nada, ni en un sentido ni en otro. Ni se hartó de acemitas ni de chicha andina. Por estos signos, José del Rosario García comprendió que ya había estirpe de jefe en su sobrino. Lo sintió en el manejo que hacía del silencio. Hasta hace poco Juan Vicente era incapaz de dejar sin respuesta una pregunta o de rellenar, cortés o compasivo, cualquier afirmación que hiciera el más humilde de sus soldados. Hoy, resta a sus contertulios esa cálida confianza que debilita al jefe.

Juan Vicente —se decía para sus adentros—, está cogiendo color de caudillo. Ya se aprendió la lección de la soledad, la de estar a solas consigo mismo. Y le concedió más importancia a sus observaciones cuando se dio cuenta de que no venía dictada por la vanidad sino por esa soledad acastillada, que invade al hombre cuando se eleva por encima de sus congéneres.

• • •

Juan Vicente se valió de todos los medios para dominar las partidas guerrilleras del General Peñalosa. Primero fue comerciante; intentó el soborno y todo fue inútil. Luego fue militar y comenzó el asedio con los nuevos fusiles y cañones traídos de Caracas. Los revolucionarios fueron cayendo uno tras otro a pesar de sus tácticas y estrategias. A patos y colgaduras les arrancaron los secretos. Y cuando su primo Eustoquio intentó reírse de uno que zarandeaba al aire le dijo con voz grave:

—No hay porque reírse, Eustoquio. Estas cosas no se hacen por gusto, sino para evitar que los buenos hijos de la patria sufran más penas a causa de los malos.

Con sus mañas —como él mismo decía— restableció la paz y como un visorey de una lejana provincia, gobernó a sus anchas en aquella aldea, que en sus mocedades aldeanas le pareció vasta, corrompida y peligrosa.

Pero ya Caracas lo reclamaba. Si en la capital añoró constantemente sus montañas andinas y a sus amigos de la plaza, ahora, a doscientas leguas y a más de un año de haber partido, San Cristóbal se le antojaba aburrida y aplastante como un noviazgo de viejos en vísperas de aguacero.

—Véngase inmediatamente, que ya hay mucha gente alzada y necesario poner orden.

Juan Vicente se atusó el bigote y marchó a Caracas.

49. *El San Carlos*

(1901)

La fortaleza de San Carlos es un dique armado hecho por los españoles para contener a los piratas a la entrada del Lago de Maracaibo. Se erige en una isla de pescadores donde hay un pueblecito mísero y grandes manglares que enriquecen a Jorge Bello, jefe del presidio. Un hom-

bre alto, blanco y barrigudo que calza alpargatas y está vestido de dril, a pesar de ser cuñado de Cipriano Castro.

Paredes y Juan Corrales son encerrados en el doce: una celda de metro y medio por seis, donde se hacinan siete prisioneros. La mitad de la celda es un fangal lleno de excrementos. Durante el día los dejan salir al foso, otro calabozo al aire libre de piso enarenado con tres metros de ancho por donde pasa una cloaca. Arriba, en la muralla, están los centinelas. El calor es de 40 grados. El agua dulce escasea y el jefe del presidio la vende a real el litro. Los calabozos están llenos de ciempiés y de arañas monas. La comida es agua hervida con rodajas de plátanos. A las seis de la tarde los encierran de nuevo en el calabozo. En los primeros días nadie puede dormir. Además del calor, de las escolopendras y del mar reventando contra la muralla, los centinelas se pasan la noche voceando su presencia: ¡siete! ¡ocho! ¡nueve! La voz se va perdiendo por las murallas como un lamento y luego se acerca in crescendo hasta que revienta como un disparo sobre los prisioneros.

Entre los siete prisioneros del doce, hay dos corianos que están apersogados. Un invento de los andinos, donde se aherroja a dos hombres pierna con pierna, lo que lleva a estos siameses carcelarios a una existencia doble. Seres que se quieren terminan por sentir impulsos criminales contra su gemelo en hierro. A veces se pegan, se arañan y muerden, para terminar exhaustos el uno junto al otro. Los verdugos, que conocen estas reacciones, las disfrutan con regocijo. Enyugan a enemigos irreconciliables. En el cuatro, hay enyugado un ordenanza con su general y en el ocho un mochista con un crespista. Hay presos que arrastran al compañero muerto hasta por dos días.

Pero no todo es maldad en el presidio. Hay un centinela llamado Cristico que dice ser primo hermano de Sandalio, uno de los ordenanzas de Paredes. Es un mozo larguirucho, amarillento y afeminado. Cuando todas las mañanas entra a retirar el pote de basura, les filtra a los presos noticias del mundo exterior: que la revolución progresa, que en cualquier momento se rompe la piñata, que las bolas ruedan y son tamaño de casas.

Cristico es la esperanza hecha hombre, como dice el padre Zuleta.

Al único que no le gusta es a Antonio Paredes. Dice que tiene modos de marico y que sería el primer carcelero buena persona que ha visto en su vida para que pudiera ser verdad.

—No seas deslenguado, Paredes —le apunta el Padre Zuleta—, que eso lo castiga Dios. Un día de estos te vas a morder la lengua y te va a pasar como una de las Ramella que murió envenenada.

—Siga creyendo en pájaros preñados, mi cura, para que le den la palma del martirio.

Cristico, impertérrito al desdén, trata de conquistar el aprecio de Paredes. Un día se presenta con una hueva de sábalo y otro con cartas de la novia del militar.

—Es que tiene alma de misionero —comenta el Padre Zuleta—. ¡Qué lástima que bote el remo! Si no fuera así se lo mandaba al Obispo.

Un día Cristico no viene a hacer la limpieza. Tampoco viene al día siguiente, ni el que sigue. Los sutituye un zambo torcido que ni saluda al entrar.

—Este sí es de verdad un producto auténtico de Jorge Bello —apunta con regocijo Paredes—; el otro no era más que un mal espía.

—¿Cómo? —preguntaron sus compañeros. Y Paredes contó que hace una semana Cristico, trayéndole papel y lápiz le preguntó que por qué no le escribía a sus amigos, ya que él podría hacerles llegar las cartas cuando fuera a Maracaibo.

—El muy bolsa como que creía que yo era cogido a lazo. Cuando Jorge Bello leyó la carta se encontró esto —y les leyó lo siguiente:

«Señor General Jorge Bello. Siendo usted jefe de esta fortaleza es usted quien maneja este asunto o al menos ha autorizado a algún subalterno para que lo realice. Qué decepción para usted, cuando al romper la cubierta no encuentre lo que espera». Por eso no ha vuelto —concluyó con amargura Paredes—. Era el espía que nos había mandado

70 Jorge Bello.

La traición de Cristico les hizo más daño a los presos que el calor, el hambre y los grillos. Un día el padre Zuleta enloquecido gritó a las murallas:

—Jorge Bello, ojalá algún día padezcas los mismos males que produces. ¡Yo te maldigo!

El presidio destruye como el salitre defensas de hierro, y saca a flote virtudes que nadie sospecha. Un día se pierde la noción del tiempo y del espacio, de la mujer y de los hijos, del pasado y del ayer, y así como el padre Zuleta pasea en las tardes por la cloaca, y los centinelas anónimos son miembros de familia, las ratas grises adquieren nombres propios y hay una araña en la losa cuatro a quien se ayuda a tejer su tela.

A Juan Corrales, cuando piensa en Gloria y en sus hijos, el corazón se le pone chiquito y le dan ganas de romper su cabeza contra el muro.

50. *En casa de Doña Concha*

(1901)

Una semana después de la prisión de Juan Corrales, un tribunal embargó su casa. De no haber sido por Concha de La Cáscara, que le brindó asilo, Gloria hubiese dormido en la calle.

De su familia quedaba sólo su madre, que le hizo saber en carta color de hiel que permaneciera en Caracas, pues Calabozo no era sitio para una mujer sin hombre, y menos si era la esposa de Juan Corrales. Le envió doscientos bolívares y la advertencia de que su renta no le permitiría seguir de bocarate.

Inútiles fueron las cartas que dirigió al mayordomo de su marido. Un día llegó un escueto recado verbal, donde le informaban que un tribunal había congelado las rentas.

Gloria sintió la espera incierta. El sufrimiento acentuó la angulosidad de su rostro y el brillo de sus ojos, borrándole esa placidez que tiene la madre cuando ha domado a la hembra.

—Te has puesto una belleza —le dijo con voz zalamera Doña Concha—. El otro día un grupo de amigos míos muy importantes estuvie-

ron celebrando tus encantos y entre ellos el General Linares Alcántara. —A Gloria le escoció el elogio. Doña Concha, con toda su generosidad, desgraciadamente era cortesana, como rumoraba la gente. Dos veces a la semana acudían a su casa hombres de negocios, políticos y militares a jugar crecidas cantidades en la ruleta. Gloria, entre tanto, se ocultaba en su habitación con sus dos hijos y le pedía a Dios por la salud de Juan Corrales.

Don Pepe hace trampas en el juego y Concha retoza en las habitaciones con sus invitados mientras su marido juega. A veces lo hace en la habitación contigua. Para que sus hijos no escuchen rezan rosarios y letanías.

Concha es de esas mujeres de edad indefinida, que lo mismo puede estar cerca de los treinta años que de los dieciocho. Nunca pierde la tersura de su rostro, la elegancia de su talle y el brillo pícaro de sus ojos.

—A mí, como a ti, me sorprendió la desgracia —le cuenta a Gloria—. Pepe, que hoy ves convertido en un piltrafa, hace diez años era el príncipe azul de la nobleza española y no dudé en casarme con él cuando me pidió a papá, que en ese entonces era Ministro de Venezuela. Al principio todo marchó sobre ruedas. Pero Pepe jugaba y hacía trampas. Un día lo sorprendieron y le metieron cuatro años de presidio en Carabanchel. ¡Qué te cuento! No teníamos nada, salvo las relaciones sociales que nos volvieron la espalda. Una mujer práctica me hizo ver que estaba perdiendo el tiempo, ya que había un rico banquero que no me quitaba el ojo cuando paseaba en las tardes por La Castellana. Un día lo fui a ver y tuve un vómito de asco: era un viejo gordo y horrible que olía a ajos. Pero apremiada como estaba no me quedó más camino que entregármele. Me puso piso, servicio y renta. Se lo participé a mi marido en mi primera visita a la cárcel. Al principio lloró, pero luego bajó la guardia. Cuando Pepe salió de Carabanchel era un sirvengüenza total. Ya no tenía orgullo, y mucho menos ganas de trabajar. Se había perfeccionado en sus marrullerías de jugador y no le importaba lo que yo hiciera, siempre y cuando pudiese vivir de gratis y sin dar un golpe. Con decirte que hasta llegó a decirme que un hombre sin cuernos era como un jardín sin flores.

Desde aquel entonces he tenido una sola obsesión; que ni a mí ni a los míos les falte nunca un centavo y como yo no tengo, como tú, más industria —y puso tono andaluz contoneándose zalamera— que esta cara y este cuerpo que Dios me ha dado, pues nada Nena, que hay que sacarle el jugo antes que me ponga fea. Si además de enriquecerte, te diviertes, pues verás que no es tan malo lo que hago.

Gloria tuvo lástima de Concha pero se le abrió una tremenda sospecha. Al principio le insinuó que debería divertirse un poco. Gloria desde el amanecer hasta que comenzaban a llegar los visitantes, ayudaba en la cocina, pero observó que su esfuerzo no era tomado en cuenta y que se la impulsaba a que participase en la intensa vida social de la casa. Don Pepe, muchas veces, la sacó cariñoso de la cocina y se la llevó a rastras a tomarse un aperitivo.

—Véngase para acá, Cenicienta, que no tarda en llegar el Príncipe Feliz.

Gloria saltaba ante la ambigüedad y compartía el sano encuentro. Concha, con el tiempo, se hizo más directa y apremiante. Una noche le ordenó, con voz suave pero firme, que la ayudase a recibir a los invitados pues esa noche venía nada menos que el General Pablo Albornoz, uno de los hombres más importantes de la Restauración. Gloria comprendió que había llegado el momento de marcharse o de aceptar lo que viniese. Pero ¿adónde? Su propia madre le había negado la ayuda. Tan sólo una vez intentó hacer algo por su marido; el día que le pidió una entrevista a su omnipotente primo José Rafael Revenga, quien siempre la había visto con cariño y simpatía. Pero Revenga por todo consejo le sugirió que le sacase más partido a sus encantos. Salió de la entrevista indignada y llorosa. Pero luego quedó más aterrorizada que colérica cuando sacó cuentas de su desamparo.

Todas sus amistades le sacaron el cuerpo. Rosarito Serna lo hizo con aspavientos. Gloria que no hizo caso a la primera advertencia un día que la vio pasar, se fue tras ella. Con paso vacilante llamó a la puerta. Ruperta, la sirvienta, exclamó sonriente:

—Pero qué gusto de verla, Misia Gloria, ¡ay cómo me la tiene de acabada el sufrimiento! ¿Y qué noticias tiene del General? No sabe lo

que la compadezco. Pero siéntese, Misia Gloria, que ya le voy a avisar a las señoritas y a Misia Josefina.

Las tres mujeres que se encontraban charlando tras una romanilla, oyeron el parloteo.

—¿Quién está ahí, Ruperta?

—Es Misia Gloria, que viene a visitarlas.

Madre e hijas se vieron unas a otras.

Rosarito se sobrepuso y contestó a todo leco:

—Dile que no estamos. Dile que no estamos para mujeres que viven en casas de citas.

—¡Jesús, Rosarito! —protestó Dominguita.

—Cállate, imbécil, que tú de la misa sabes la mitad.

* * *

Como lo sospechaba, Concha la reservaba para el general Pablo Albornoz, un militar andino, que se las daba de elegante con sus trajes demasiado nuevos y sus colmillos de oro. El cordillerano celebró su belleza con ojos encendidos y le refirió atropellado por el deseo y la cortedad:

—Desde que la vi en misa mi doña no he tenido más pensamiento que conocerla. Por eso le rogué a Concha que me la presentara para evitar un suicidio.

Gloria sonrió sin ganas y se impuso acompañar por un rato a aquel hombre que se le venía encima. Cuando pretendió retirarse, Concha, con un dejo de reproche le indicó que volviese de nuevo a su puesto. Arrastrando su pena, regresó al lado del militar, que en un lenguaje tedioso y tartajeante, le hizo un recuento de su página militar y bancaria. Cuando el ruido de los jugadores y tres copas de champán comenzaban a sumirla en el embotamiento una voz familiar la saludó:

—Gloria. ¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo es posible? Nunca me imaginé que su desgracia fuera tanta.

Era Juan Otáñez, quien con los ojos desorbitados la veía. El joven ministro sin decir más salió de la casa casi huyendo, y cuando pasó frente a la iglesia de Altagracia se arrodilló en las gradas oscuras y dijo:

—Señor, apiádate de los que sufren.

Esa noche Gloria lloró en silencio y se durmió en cruz con Gastón y Mercedes a cada lado.

Al día siguiente volvió el General Albornoz. Gloria se negó obstinadamente a salir.

—Yo soy una mujer honrada, con su marido en la cárcel, para estar hablando y divirtiéndome con desconocidos.

Concha entenebreció el rostro. Cuando Gloria terminó de hablar le dijo con la aspereza de una casera de vecindad que reclamaba su renta:

—Si ése es tu deseo, muy bien —dijo—, pero como comprenderás, esto no puede quedar así... ¡Luego hablaremos! —y dando media vuelta, salió a paso firme a recibir la visita del General Albornoz.

Al poco rato Gloria y sus hijos se vieron obligados a rezar las letanías.

Cuando la casa quedó en calma, Concha volvió sobre Gloria.

—De una vez por todas o le haces caso al General o te largas, porque mi casa no es un hospicio. Nadie hace nada por nada, mijita, métete eso en la cabeza.

* * *

La voz de la sirvienta la despertó con el sol afuera.

—Misia Gloria, ahí está un cura que quiere hablar con usted. Dice que es muy urgente.

Un sacerdote de mediana edad la esperaba en la sala. Con voz profesional le dijo:

—No me pregunte nada. Soy tan sólo un mensajero de alguien muy importante que tiene particular aprecio por el General Corrales y se hace eco de sus tribulaciones. Esta casa no es una casa para usted sino una casa de pecado. Y por eso mi amigo ha pensado en pasarle una renta de cincuenta pesos mensuales que algún día le cobrará a su esposo. Creemos que esto le alcanzará para vivir decentemente hasta que el General Corrales salga del presidio. Previendo todo, le hemos alquilado

también una muy pequeña y modesta casa en La Pastora que tiene el alquiler pagado por un año.

Gloria se quedó con los ojos claros y le dijo al cura:

—Esto es un milagro de la Virgen de la Copacabana.

51. Los caminos de la guerra

(1901)

El 23 de marzo de 1901, Juan Vicente Gómez llegó a Caracas. Ese mismo día fue designado Jefe Expedicionario y Vicepresidente de la República. En catorce meses de ausencia encontró muchas cosas trastrocadas, la gente, el Gobierno y su compadre, quien se veía más excitado que nunca. Rafael María Velasco le susurró:

—Tiene veintitrés mujeres. ¿Qué le parece? Va a morir como San Lucas. Todas las noches parrandea y se emborracha con los doctores «muérganos» del círculo valenciano. Puticas de lo último y medio desnudas bailan can-can como unas locas, mientras los hombres del gobierno, con Cipriano a la cabeza, las aplauden y corean.

—Eso, Juan Vicente, no lo puede hacer un Presidente. ¿No te parece?

Gómez no respondió y se propuso reconocer el terreno con sus propios ojos. A la primera fiesta se sintió turbado ante la procacidad de las escenas, y más confundido, aún, cuando vio a Castro trastabillando y con la lengua tartajosa voceando tonterías.

—Esta no es forma de comportarse. Se están burlando de él como un payaso —rumió para sus adentros—. Esto no es Don Cipriano. No es mi compadre. No señor; no señor.

Juan Otáñez, que era el único de los ministros con expresión adusta, le dijo a Gómez al captarle su desaprobación.

—¿Y a usted no le parece general, que Cipriano está haciendo el ridículo?

—No, señor, ¿y por qué? Apenas se divierte.

—Pues yo creo que eso lo desacredita y usted que es su amigo debe decírselo.

—¿Usted se lo ha dicho?

—¡Hasta cansarme!

—¿Y qué le respondió?

—Pues que si no le gustaba lo que hacía, que con renunciar me bastaba.

—Umjú, muy interesante, muy interesante —dijo el hombre y a paso quedo salió a la calle y se fue caminando por la plaza, hasta que llegó ante la estatua del Libertador.

—¿Y qué le parece todo esto, Don Simón? —le dijo al bronce mientras cerraba su capotera—. ¿Le parece bueno lo que está haciendo mi compadre?

—¡No, claro que no! —y en la hendidja de sus ojos se asomó una lucecilla extraña.

El reloj de Catedral dio las once de la noche y Juan Vicente Gómez siguió su camino, seguido muy de cerca por Eloy Tarazona.

—¡Qué tristeza tan grande, la que me dio Don Cipriano! Nunca me lo imaginé haciendo de payaso —y siguió calle abajo a paso firme y con el cuello alto.

* * *

El estado de las finanzas era caótico. La miseria había llegado a nivel antillano.

—Si esto sigue así —gritaba Conch'e Piña—, todo será Guarataro.

Las potencias extranjeras reclamaban, en términos conminatorios, el pago de las acreencias. «Me quedo con cien Peñalozas y no con un Blohm, pues hay algo peor que cien guerrilleros: una letra vencida. El compadre debe pagar a como dé lugar. Si es posible que venda el Pantecón o la Guayana, pero a los musiúes hay que pagarles, pues si no, estamos mal, sí, señor; sí, señor. ¿No te parece, Eloy?»

Redoblaban desde hacía un año tambores de guerra del llano a la montaña y de la selva al mar. En Trinidad, Nicolás Rolando convocó a una reunión de caudillos feudales. El día de Santa Lucía el escritor Celestino Peraza ex secretario de Castro se levanta en armas, en el alto llano.

—Eso es lo malo de los intelectuales —observó el Cabito—, no saben ser leales.

—No somos leales a los hombres sino a los principios —exclama Juan Otáñez.

Castro le dirige una mirada agría y se aleja refunfuñando.

Desde enero los caudillos margariteños hacen sonar guaruras de muerte, y por los Andes, Rangel Garbira, con un ejército de colombianos, que organiza el gobierno conservador de Marroquín traspone la frontera del país vecino y parten puntales agresivos. Por eso Castro trama derrocar al gobierno conservador. Urde una idea y hace comparecer a su presencia al Ministro de los Estados Unidos, Mr. Loomis.

Luego de lentos escarceos, y fogoso por las copas de brandy, hace su propuesta:

—Yo tengo suficiente ascendiente sobre los liberales colombianos como para convencerlos que les cedan Panamá a Estados Unidos, siempre y cuando les suministren armas para derrocar a Marroquín.

Loomis le dirige una mirada burlona.

71 —Nosotros no necesitamos ayuda de nadie. Tenemos suficiente poder y dinero para hacer en el mundo lo que nos dé la gana.

Tan pronto hubo desaparecido Loomis, Castro estrelló la copa.

—Eso me pasa por pepa asomao.

En octubre, los peones de la hacienda de Juan Pietri dejan la zafra para escribir historias que no han de conocer los escolares. Castro se sorprende de que un patiquín abrillantado sea capaz de empuñar las armas. Cuando lo tiene enfrente y ante su oficialidad, a quien acaba de enviar a La Rotunda y a la muerte, le dice condescendiente:

—Y usted jovencito, váyase para su casa. No vaya a ser cosa que su mamá se inquiete.

Hasta entonces Castro ha vencido las seis insurrecciones que desde el 2 de octubre de 1899 hasta ese diciembre de 1901 han estallado en todo el país. La escasa altura de los alzados y la ausencia de coordinación inclinaron a su favor la balanza.

Pero ahora el problema es diferente. En Curazao, el doctor y General Manuel Antonio Matos convoca a una reunión de caudillos para una revolución en regla y piratea un barco de alquiler llamado «El Libertador».

Meses atrás, Manuel Antonio Matos se decidió a jugar la carta definitiva y se presentó en las oficinas de la «New York y Bermúdez Company», dispuesto a aceptar la propuesta que le hicieran los gerentes norteamericanos.

La Junta Directiva en pleno salió a su encuentro y lo agasajan con una suntuosa recepción. Castro amenaza con demandar a la Bermúdez y revisar el contrato que suscribió Crespo con Horacio Hamilton, dieciocho años atrás, cuando era vaga y difusa la utilidad del oro negro. A pesar de la creciente demanda e importancia del asfalto en el mundo, Venezuela recibe apenas dos bolívares por cada tonelada que se exporta.

En medio del banquete, Henry Willard, director de la compañía, entrega a Matos un cheque por 100.000 dólares, «como pequeña contribución a su justa causa» y a la hora de los licores, en un pequeño salón de grandes poltronas de cuero le hace saber que el Gerente de Venezuela tenía intrucciones de ayudarlo incondicionalmente en sus acciones revolucionarias y que los barcos de la compañía estaban a su disposición para trasladar hombres y armas a Trinidad y a los puertos del Oriente venezolano.

Matos viajó a Europa y, con el auxilio del cónsul del gobierno Conservador de Colombia, aperó un barco, de apariencia mercantil, en poderosa nave de guerra. Su destino fue Martinica, donde se encontró bajo la benévola complacencia de Francia, con los viejos caudillos de Oriente. Luego de piratear a todo lo largo de la costa venezolana, el

barco arriba a Curazao. Y Matos, con ojo avizor, analiza la situación de Venezuela mientras van llegando los caudillos.

En Caracas, el Ministro de los Estados Unidos, Mr. Loomis ha sido sustituido por Mr. Bowen. Matos le cede su lujosa casa sin cobrarle renta. Los diplomáticos europeos cuchichean entre sí y envían encendidos informes sobre la situación política y financiera del país. En los Estados Unidos, Francia y Alemania, se hace una intensa campaña de prensa que justifique una intervención armada de las potencias en Venezuela.

Las insurrecciones contra Castro continúan estallando. Luciano Mendoza, desde su Presidencia de Estado, levanta la bandera de la rebelión y se interna hacia el llano.

—Traidor y más que traidor —exclama Castro fuera de sí.

—Tráigame a ese carajo amarrado o sin cabeza —le grita a Gómez.

El vicepresidente embarca sus tropas por tren hasta Turmero, donde toma el camino del sur.

Santiaguito Blanco, quien siempre ha querido conocer la guerra, lo acompaña. Se ha terciado una banderola en el liquilique y un sable de campaña.

—Nómbreme coronel, para empezar —le dice a Gómez, quien con ganas se sonríe. Le gusta Santiaguito, a pesar de todo lo malo que murmura la gente.

—Tiene la franqueza del odio y guerra avisada no mata soldado —le respondió a Juan Otáñez cuando lo alertó contra el mulato.

Gómez y Santiaguito cabalgan el uno junto al otro, mientras la tropa avanza por los caminos arbolados de Taiguaiquay y de Cagua.

Santiaguito desgrana su sapiencia campesina.

—Aquí las frutas se dan por racimos. Míreme qué naranjales aquellos y fíjese el tamaño de los plátanos.

Pero el General Juan Vicente ya no escucha, hace rato que muele su complacencia.

72 «¡Qué cosas extrañas tiene la vida! ¡Yo combatiendo a Luciano Mendoza!» —Y recuerda que de muchacho tenía dos ambiciones: conocer al Samán de Güere y a Luciano Mendoza, el vencedor de Páez.

Fue tremenda la impresión que le hizo, desde el primer momento, el viejo caudillo con sus gestos fáciles de hombre sin miedo. Comprendió por un solo golpe de vista que jamás se supeditaría a su compadre, como tampoco lo haría el resto de aquellos jefes. Antes que miedo, que es lo que se trasuda ante el jefe, aquellos hombres eran guasones y de una familiaridad zumbona. Jefe es jefe mientras los que lo acompañan sientan miedo. Ese mismo miedo que siento yo frente a Don Cipriano desde que salimos con él a jugarlos la vida. Miedo que fue aumentando mientras peleábamos. Por eso es que no entendía al principio, hasta que me lo explicó el doctor García, por qué los hombres de guerra del Centro no respetaban a Don Cipriano.

Castro —decía el tío secretario— es un desconocido, sin vínculos de parentesco con los caciques del país, pues los Andes hasta ahora no han sido más que una lejana y extraña provincia, más colombiana que venezolana, que jamás ha tenido ni arte ni parte en la vida política de Venezuela. Si permitieron el triunfo de Castro, como dijo Luciano Mendoza, «no fue por falta de bolas, fue para darnos el gusto de ver cómo se defendía el bolsa Andrade de aquella cáfila de campuruzos con ruanas». ¡Mire qué muérgano!

Por esa misma razón el Mocho Hernández antes de parar su traición bajo su disfraz de ministro, prefirió irse por los caminos de Aragua batiendo cajas de macho sin miedo. Tenía que darle tiempo a Castro —como decía el doctor García con sus finuras— de preparar su lanza y armadura para la singular justa que ante Dios y Venezuela lo había citado. El Mocho era una mezcla de pendejo con romántico, que no se había dado cuenta que la pelea es peleando y que con el enemigo todo vale: desde el plomo hasta la tierrita en los ojos.

Gómez, además de Jefe Expedicionario, no deja de ser comerciante en viaje de negocios. Con ojo experto va inspeccionando las tierras ubérrimas que van de Cagua a Villa de Cura.

—Buena para el ganado —le apunta a Santiaguito.

—Buena sombra la de aquella ceiba —le responde el Mulato—. Ahí dicen que espantan porque Boves ahorcó de un solo lepe a diez hombres.

—¿Para qué habrá guerra? —se pregunta el andino—. ¿Cuando pudiéramos estar todos dedicados al trabajo?

Cabalgando en su monólogo llega a la Villa donde lo espera agazapado Mendoza. Suenan los primeros tiros y Gómez dirige la primera carga. Santiaguito pelea con bravura. Se deleita en la muerte y con la sangre. Derriba hombre por disparo. Tras breve escaramuza el enemigo se bate en retirada hacia la Puerta donde se atrinchera en la rocosa garganta. Como Boves ochenta años atrás, hace que sus hombres trepen por los desfiladeros y fusilen a sus contrarios. Después de algunas horas de trajinado combate, Mendoza vuelve a ponerse en fuga, mientras Gómez se dice a sí mismo y con voz queda:

—Yo, Juan Vicente Gómez, he derrotado a Luciano Mendoza. ¡Qué cosa! ¿No?

Esa noche acampó al pie del matapaño donde Boves degolló a mil patriotas. Al rasgar de una guitarra que entonaba un guariqueño se metió en el chinchorro, mientras su cerebro trataba de desalojar una idea que por su fijeza le quitaba el sueño:

74 —Yo he vencido a Luciano Mendoza, el hombre que venció a Páez. Yo, Juan Vicente Gómez, un pobre muchacho de La Mulera. —Y esa noche tuvo el mal sueño de que era Presidente.

En la madrugada, se internó en el Llano persiguiendo a Mendoza, a quien volvió a derrotar la misma tarde de Navidad. No había terminado de enterrar a los muertos, cuando le avisaron que dos ejércitos rebeldes convergían hacia el sur para hacerle frente. El primero de ellos venía comandado por la pugnaz pareja que hizo posible el triunfo de Tocuyito: Antonio Fernández y Diego Bautista Ferrer; y el otro, por Jesús Arvelo. El 30 de diciembre, Gómez los alcanzó y los derrotó uno tras otro.

• • •

Cuando cae la tarde y las hogueras le sacan lustre a los murallones de La Puerta, Juan Vicente Gómez se va quedando dormido en su hamaca, mientras a lo lejos, la misma voz del guitarrista deja oír un viejo

lamento guariqueño, donde se habla de una doncella desvalida y catiriana que robó un caporal.

El recuerdo del brujo se le viene encima:

—Él unió la tierra andina con la que está detrás de la Cordillera. ¿Quién era aquel Juan Palacios? ¿Qué fue lo que quiso decir? ¿Quién era él? —Y bruscamente se acordó de la catira que desapareció entre las ruinas. Por más que buscó y rebuscó nunca más supo de ella.

—Bonita que era la condenada. Aunque hubiese sido un espíritu, le hubiese dado lo que no tengo por montarla en el chinchorro, y saboreando recuerdos se fue quedando dormido. —Una voz a su lado lo sacó del ensueño:

—No se me duerma General, por aquello de que camarón que se duerme...

Era Santiaguito quien sonriente lo miraba.

—No, no estaba dormido, estaba pensando en un recuerdo de mis años mozos. En un brujo que me hizo un adelanto de lo que me pasaría.

—Mi abuelo también era brujo —respondió el Mulato—, pero vaya usted a saber.

Y los dos hombres, charlando animadamente, comenzaron a recorrer el campamento.

52. *Las glorias del peleador* (1902)

Por más de quince días Gómez rastrea el paso de Mendoza, quien se ha dirigido hacia El Pao para reunirse con Loreto Lima, otro centauro legendario cuyas proezas cantan las guitarras desde el cajón del Arauca hasta San Sebastián de los Reyes.

El 7 de febrero Juan Vicente llega a Tinaquillo, un mísero pueblo

del llano cojedeño. Apenas acampa cuando los vigías le avisan que vienen tropas revolucionarias en son de guerra. Al frente de todos viene Loreto Lima, con su estampa heroica de jipato soñador. Con la mano huesuda hace detener la caballería y luego de una breve arenga, donde se blanden lanzas y banderolas, todos a una se orinan en la llanura y se desplazan cien varas al poniente.

Juan Vicente, que poco comprende de estos rituales de caballería, sí sabe que Loreto y su gente no pueden contra los nuevos fusiles. Y en vez de responder al reto embistiendo con sus lanceros, lo espera a la salida del pueblo, con sus trescientos corceles tendidos a lo largo.

Loreto Lima enarbola su lanza y al grito de ¡Viva la Virgen del Carmen!, los caballos se desbocan entre gritos de guerra y muerte. Gómez los deja avanzar sin hacer el menor gesto. Cuando los tiene a tiro su caballería se abre en abanico y tras ella surge una triple fila de insospechados fusileros que a distancia también inesperada disparan sobre los lanceros. Loreto Lima es herido, el pecho se le empapa de sangre y sin caer del caballo, vuelve grupas. Gómez lo deja huir sin perseguirlo. Sabe que cuando muera el viejo guerrero, los llaneros se dispersarán por los caminos como se espanta el rebaño cuando muere el gran padrote. Con la muerte de Loreto Lima la insurrección comandada por Mendoza se extinguió con tristeza.

Barráez, el último caudillo insurrecto, fue derrocado días más tarde. Pacificado el país Juan Vicente Gómez y su ejército se dirigen hacia Caracas.

* * *

La entrada militar de Gómez coincide con algunas modificaciones en el Gabinete. Gonzalo Machado es nombrado Ministro de Fomento, lo que sume a la familia, y en particular a Doña Josefina, en el mayor alborozo. Y como es costumbre, esa noche la Casa del Pez que Escupe el Agua echa la casa por la ventana y a ella acuden desde el Restaurador hasta el Vicepresidente.

El General Juan Vicente Gómez deambula tímido y barrigón por

la vieja casona. La casi totalidad de la gente allí presente le es desconocida. A lo lejos ve a Santiaguito Blanco rodeado de un grupo de hombres que celebran sus proezas con grandes carcajadas.

Doña Josefina Serna y Maricusa de Las Casas, desde un sofá, donde se abanicaban, lo escudriñan y critican:

—Qué hombre de aspecto tan vulgar —dice Doña Josefina.

—Parece un sapo a caballo —señala Maricusa.

—Yo no me explico cómo pudo vencer a Luciano Mendoza con esa barrigota.

—Y dicen que la mujer es una auténtica campesina.

—Será por eso que nunca la trae a sociedad.

—Menos mal, mijita, porque sería la torta. Tú sabes lo que es tratar de quién a quién a una gente así.

—Me lo vas a decir a mí —deja salir con asco Maricusa, quien se había ganado una fortuna vendiéndole muebles a los vencedores.

Gómez les dirige un saludo entrecortado que apenas responden. Se siente incómodo. Permanece solitario en medio del patio. Por un momento, El Pez que Escupe el Agua atrae su atención y recuerda a Víctor Alberto. Un mesonero le ofrece una copa de champán que rechaza. Una voz a su lado lo saca a flote. Es Gonzalo Machado, flanqueado por Juan Otáñez, quien hace una semana se casó con Dominguita.

—¿Y qué le pasa a mi General que está tan solo?

Gómez atropella una excusa. Pero sonrío a gusto ante la presencia del joven ministro.

—Su campaña, mi General, ha sido una segunda Campaña Admirable.

—Gracias, mi doctor, pero no es obra mía sino del Gran Poder de Dios y de las instrucciones recibidas de mi General Castro.

—No sea tan humilde, mi General, que todo el mundo sabe que es obra suya.

Gómez se dispone a responder cuando se acerca Rosarito.

—Pero, ¿qué le pasa, mi General, que lo veo tan solitario? —le apuntó condescendiente. Luego le dijo a Gonzalo—: Ahí tiene rato Mr. Bowen y no le has dirigido la palabra en toda la noche.

—Es que conversaba con el General Gómez de su reciente campaña.

Rosarito con acento lejano le dijo al jefe andino:

—¿Y usted no se cansa de pelear, General? —Gómez percibe el sutil rechazo:

—Pues claro que sí, doña; claro que sí —y se le crispó en la cara una sonrisa que la mujer no alcanzó a ver, pues el Pez que escupe el agua exhaló el quejido ululante de las tuberías cuando se atragantan de aire.

* * *

Gonzalo Machado y Juan Vicente Gómez se desplazan a paso lento por el patio.

—Vamos a mi despacho para que lo conozca. Tengo una buena biblioteca.

Gonzalo saca una llave y la introduce en la cerradura.

—Es lo único que guardo cerrado.

Juan Vicente en la oscuridad presiente un inmenso vacío. Gonzalo enciende la luz. Una biblioteca de madera oscura cubre las paredes de arriba abajo. En el único espacio libre destaca un cuadro grande de una mujer.

Juan Vicente abre los ojos, todo lo que puede, mira y remira al cuadro, finalmente de un salto se acerca. ¡La catira linda!

—Pero, ni puede ser —dice—, ¡esto es un milagro!

Gonzalo que observa con deleite el interés de Gómez por la pintura, señala:

—Es mi abuela Eugenia. Murió cuando el terremoto de San Cristóbal en 1875.

Una palpitación galopante se apodera de Gómez, pero cauteloso inquiere:

—¿Murió entonces muy joven?

—No, que va —responde Gonzalo—, murió con más de ochenta años. Ese es un retrato que le hizo Lovera antes de que estallara la guerra de Independencia.

53. *La Victoria*

(Abril-noviembre 1902)

En los desiertos de Coro sus caudillos son ásperos y vigorosos como esas cabras enanas que pueblan los cardonales. Gregorio Riera es su jefe y Rafael Montilla, el Tigre de Guaitó, su segundo. Riera es un caballero de los tiempos del Cid: recia estampa, ritual complejo, leyes de caballería. El Tigre de Guaitó es un indio salvaje de las montañas trujillanas que pregunta a los soldados que captura con copretérito funerario: ¿cómo se llamaba usted?

A finales de abril la revolución coriana ha sido finiquitada por el Vicepresidente de la República. Juan Vicente saca cuentas: Mendoza Loreto, Lima, Riera y el Tigre de Guaitó. ¡Cuántos grandes jefes en menos de cuatro meses! ¿Seré yo el ángel exterminador de los caudillos? El 27 de abril se embarca rumbo a las provincias orientales donde Rolando y Monagas, los dos grandes padrotes de la Nueva Andalucía, han dicho: «Para bachaco chivo y para andino oriental».

—Los Andes y Oriente son el alfa y el omega de la nacionalidad; la tesis y la antítesis de un cuerpo nuevo que se llama Venezuela —dice a su lado con acento magisterial su tío José Rosario—. Por siglos fueron diferentes. Los andinos eran chibchas de cuerpo achaparrado; los orientales, caribes de venustas formas. Los unos campesinos de la montaña, los otros campesinos del mar. Abiertas hacia el mar y el mundo de la gente de las provincias del Este; abiertos hacia adentro, hacia su propia tierra, la gente de la Montaña. Demócratas e igualitarios unos; autoritarios y distanciadores nosotros..., —y suspendió el tono declamatorio al darse cuenta de que aburría a su sobrino.

Dos operaciones anfibas han colocado en manos de los revolucionarios el dominio de una vasta zona costera y de la tierra adentro. El Caribe Vidal ocupa Cumaná y Rolando derrota a los gobiernistas a mitad de camino entre Aragua de Barcelona y Maturín.

Juan Vicente Gómez toma a Cumaná y Vidal huye a Carúpano a donde lo persigue el Vicepresidente. El sitio de la ciudad es largo y tedioso. Lluve en goterones. Las tropas andinas se hartan de mejillones y de indias de largas trenzas. Gómez se aburre. La revolución progresa. En Guayana se ha declarado por la revolución el Coronel Farreras. Con esta acción se domina la navegación por el Orinoco y se abre una puerta hacia Colombia.

El 15 de mayo desembarca en Güiria Manuel Antonio Matos, con su tropa de mercenarios. La situación es grave. El ministro norteamericano Bower le propone a Castro llamar la flota norteamericana; el viejo resentimiento le atropella:

75 —No, gracias; yo me basto, sin ayuda de nadie, para acabar la revolución.

Tan pronto parte el ministro yanqui, exclama:

—Mire que estos musiúes son bien vivos; bajo el pretexto de poner el orden, me meten las cabras en el corral y después se quedan con todo.

Y para celebrar se tomó una copa grande Henessy

Todas las provincias orientales están en poder de la gente de Rolando y de Monagas, los dos grandes taitas del Oriente venezolano. Un balazo en el muslo deja fuera de combate al General Juan Vicente, quien tiene que marcharse a Caracas para someterse a una operación difícil.

En junio se casan Gonzalo y Rosarito. El General Gómez no puede asistir a la boda y envía regalo de reyes.

Rosarito, cansada de un noviazgo que ya iba para los tres años, le simuló un embarazo a Gonzalo, no sin antes hacerse pasar por virgen con la ayuda de Ruperta y de su vejiga de pavo.

Cuando Rosarito le contó a Doña Josefina lo que presuntamente había sucedido ésta montó en cólera y llamó a Gonzalo:

—Usted, mi amigo, ha deshonrado a mi hija, y si usted no repara su mal con el matrimonio se las entenderá conmigo, que no se me agua el ojo para meterle un tiro a cualquiera, aunque sea ministro.

Gonzalo no la dejó terminar y dijo suave y condescendiente:

—Está bien, Misia Josefina. Está bien, me casaré con Rosarito mañana mismo, si usted quiere.

—No, qué locura. Por lo menos dentro de dos meses. Si no quién sabe lo que dirá la gente.

Cuando Juan Vicente Gómez recibió la noticia le comentó a Tarazona:

—Pobre doctor Machado, esa mujer lo va a enjaular, pero ¿qué se le hace al pájaro que no ve la candela? —y se contorsionó por el dolor del balazo.

* * *

A su lecho de enfermo le van llegando toda clase de noticias. La insurrección se propaga. Bandoleros cometen tropelías contra la población civil. El tren de Caracas a La Guayra es asaltado. La situación financiera es grave. Los banqueros se niegan a conceder préstamos. Matos, con el apoyo de Inglaterra y de la «La Bermúdez», sigue incendiando la costa con fusiles de contrabando y marinos ingleses.

El 5 de julio, Don Cipriano echa a un lado su pereza y sale en campaña. Que no se diga que los laureles de la Restauración los gana su lugarteniente.

Pero en Guanta le anuncian rostros terrosos que el ejército ha sido derrotado, y que Rolando y el viejo Domingo Monagas avanzan hacia el Centro. Sitiando a Barquisimeto y comiendo en el mismo plato están mochistas y liberales. Castro se desespera. El 24 de julio regresa a Caracas con las manos vacías. La ciudad no le oculta su desencanto. Gómez piensa: «En cuatro meses pacifiqué el Centro y el Occidente y acabé con caudillos de la talla de Mendoza y de Loreto Lima. El compadre se está volviendo nada entre sus aduladores, su brandy y sus parrandas. Ya no es el mismo de antes, pero todavía sigue siendo mi compadre».

Cipriano Castro vuelve a salir en campaña el 2 de agosto. Lo acompañan seis mil hombres y un sombrero de jipijapa. Por la Cortada del Guayabo baja al Tuy y va dejando tropas escalonadas para futuros asedios. El aire del campamento lo favorece. Vuelve a dormir en medio

de su tropa y a beber agua del río sin poner cara de asco. Vuelve a ser Cipriano Castro, el guerrillero, quien se pone en marcha. Al llegar a San Juan de los Morros le avisan que la Revolución Libertadora, con un ejército formidable, ha llegado a Zaraza. A su cabeza viene Manuel Antonio Matos, con su extraña sombrilla verde y su facha de turista inglés. Hace contraste ese Tartarín guzmancista con los toscos caudillos del llano que lo siguen en su empresa. Uno de sus oficiales da la explicación: «Le daremos la zancadilla cuando agarre el cororo con la ayuda de los musiúes». Aurelio, de bombín, permanece hierático e impecable, al lado de su patrón en lo más enconado de la batalla.

El 1º de septiembre muere el viejo Domingo Monagas de una tisis intestinal. Pero antes de morir le dice al jefe de la Libertadora:

—Manuel Antonio, no le combatas nunca a Castro en La Victoria.

Entre salvas de artillería, chirimías y caracolas, fue enterrado el gran Taita de los llanos de Monagas y el ejército siguió avanzando hacia la rocosa garganta de La Puerta. De occidente avanza también otro gran ejército revolucionario dirigido por Luciano Mendoza y Gregorio Riera, quienes vienen por la revancha. En Aragua se han citado los dos grandes ejércitos que entre ambos suman catorce mil hombres. Don Cipriano apenas cuenta con seis mil y muy pocos oficiales expertos.

Los ejércitos de Riera y Mendoza ya han llegado a Tocuyito y a Valencia. Los de Matos arriban a La Villa. Castro se retira hacia La Victoria, donde fortifica las colinas circundantes.

Matos hace caso omiso del consejo del viejo Monagas y se deja persuadir por Mendoza de luchar en La Victoria. El 11 de octubre de 1902 comienza el asedio. Los cañones matistas hacen destrozos, pero hay indisciplina en la tropa. Hay demasiados jefes. Una tras otra van siendo diezmadas las sucesivas huestes de los revolucionarios; pero ya el 16 de octubre comienzan a escasear las municiones. Castro solicita auxilio: que le envíen hombres y balas en el trencito en que subió triunfante a Caracas. Pero no hay respuesta. Sólo quedan dos horas de fuego. Dentro de un momento todo se habrá perdido. ¿Qué pasa con ese maldito ferrocarril alemán? ¿Por qué no me mandan balas? El enemigo sigue incursionando como si estuviera en posesión del secreto. Un

sol abrasador quema las sementeras de Aragua. Matos avizora el campo desde un montículo. Su sombrilla verde es una excelente señal. Aurelio a su lado, contempla la batalla como si fuera un desfile. Las balas caen en derredor suyo. La sombrilla de Matos tiene dos agujeros.

—Cuidado, General —le dice uno de sus oficiales—, que le están apuntando.

Matos hace un gesto desdeñoso. Aurelio lo imita, los proyectiles caen alrededor, hasta que una bala que vio venir de frente, se le metió en un ojo.

—Murió como un valiente —dijo Matos—, fue un digno seguidor del Conde de la Gomera. —Y dio orden de que lo enterraran al pie de un mango mientras él seguía observando al enemigo.

A lo lejos se oye el pitar del tren. Venciendo obstáculos llega el trencito cargado de hombres y de municiones. Al frente de la operación viene Juan Vicente Gómez.

—Yo mismo quise traerle la gente y las balas.

Esos mil hombres nuevos que trae Juan Vicente le dan a Don Cipriano la victoria; el 1º de noviembre los enemigos se batan en retirada.

Él y Mendoza escaparon por el camino de Cagua, y entre las tantas cosas abandonadas, dejaron miles de papelotes con ascensos militares en blanco y proclamas de triunfo. Por meses, los pulperos de Aragua envolvieron con estos papeles tiesos los chorizos con comino y el papellón moreno.

54. *La buella insolente*

(Diciembre 1902)

El Canciller López Baralt se ha despertado ese domingo dispuesto a darse un banquete de holgazanería. En pijamas y sin afeitarse, se dirige hacia el jardín con «El Constitucional» bajo el brazo. Una hamaca teji-

da lo espera entre dos mangos. Sus pasos por el jardín umbroso espantan una bandada de torditos que picotea el alpiste salpicando la pajarera.

—¡Rosalia! —llama el Canciller.

Aparece una sirvienta.

—Caliéntame una hayaca, y me la pones ahí mismo. —Dice refiriéndose a la mesa de piedra empotrada en el jardín.

La mujer desaparece y López Baralt se sumerge en la hamaca.

«Alemania e Inglaterra coaligadas contra Venezuela». El diario copia las declaraciones que en el día de ayer hiciera el Presidente Castro. El Canciller se siente invadido por el tedio y el malhumor. Eso es lo que lo tiene precisamente exhausto. Esos alemanes e ingleses con sus absurdos reclamos son una vaina muy seria. Sobre todo lo parados que son. Ese señor Haggard, el ministro inglés, parece un mismo pavo atravesado en un gallinero y no hablemos de Von Pilgrim, el alemán, con su cabezota rapada y su monóculo insolente, que cuando habla parece que ladra y cuando camina patea. Hace un fresco delicioso. Los pájaros de la jaula y del jardín cantan alegres. Tiene un hambre incontenible. Piensa en la hayaca. Aunque faltan catorce días para Navidad, hoy ha decidido abrir los fuegos contra el succulento plato criollo. López Baralt se ha saltado las noticias políticas. No quiere saber nada de intrigas internacionales. Lee la descripción del matrimonio de la hija de Acedo. Presuroso, busca su nombre: «Inocente Palacios y señora; Cecilio de Castro y señora; Alejandro Ibarra y señora; Mister Phelps y señora. López Baralt, el culto canciller de la República y señora». El adjetivo lo satisface. Aunque su nombre sale casi a diario en la primera página, a él lo que realmente lo conmueve es cuando aparece en las sociales, al lado de esos grandes hombres de la oligarquía caraqueña. Le hace olvidar su procedencia humilde de médico provinciano.

Rosalía se acerca con una bandeja humeante. López Baralt, goloso se incorpora de un salto y se acerca a la mesa. Desempacar la hayaca de su envoltura es como desnudar a una dama antigua. Con expresión golosa se lleva a la boca el primer bocado:

—¡Deliciosa! —le dice a Rosalía que sonriente espera a su lado—. Pero le falta un poquito de azúcar.

La mujer se va tras la azucarera. El Ministro espera. Rosalía tarda. López Baralt se impacienta. No soporta más y da otro bocado. Espera. Rosalía no llega. ¡Qué vaina! ¿Qué le pasará a la negra ésa? Impaciente se levanta de la mesa y se dirige hacia la cocina. Rosalía le sale al paso. En una bandeja de plata, como le enseñó insistentemente, trae dos grandes sobres.

—Pero, mujer de Dios, ¿por qué te tardaste tanto?

—Es que les estaba abriendo la puerta a unos musiúes que le mandan esto.

López Baralt se estremece. Los sobres traen los sellos de la legación imperial de Alemania y de la embajada británica.

Se entera de su contenido. Empalidece. Presuroso corre hacia su habitación.

—Dile a Francisco que prepare el coche que ya voy a salir.

—¿Y la hayaca?

Pero Rosalía no obtiene respuesta.

* * *

Entre la niebla del amanecer la rada de La Guayra aparece adormilada, cuando Von Pilgrim y Haggard en un coche cerrado, pasan por un costado del muelle en dirección hacia el Este. Los dos ministros plenipotenciarios guardan silencio. El coche avanza por el sendero. El toque de diana se esparce claro entre el silencio. Procede del castillo «El Vigía» en lo alto del cerro. Casi de inmediato responden cuatro cornetas de cuatro buques que se balancean entre las aguas inquietas.

Von Pilgrim esboza una sonrisa desdenosa. El coche avanza y se pierde entre la bruma del amanecer. Al poco rato se detiene. Haggard mira su reloj de leontina:

—Faltan cinco minutos.

Von Pilgrim hace mofa de la puntualidad inglesa. Los dos hombres atisban hacia el mar. Sólo sombras confusas y el rumor de las olas les responden. El ministro inglés enciende una linterna. Casi de inmediato un punto rojizo aparece en el mar, para dar paso a un lanchón que

avanza acompasado por el golpe de los remeros. Un cuerpo cae al agua. Un marino inglés semidesnudo se cuadra ante Haggard.

—Tendrán que mojarse, señores. Es imposible acercarnos más a la playa. Y les presenta dos boyas atadas con un grueso mecate. Los dos diplomáticos hacen una señal de resignación y se introducen en el agua fría con bombín y chaleco.

El bote, con sus remeros, se aleja mar adentro.

Un oficial desde la torre del Vigía mira, complacido, hacia el mar. El horizonte se ilumina. Es una fresca mañana decembrina. El oficial abandona la posición contemplativa y mira fijamente hacia el mar. Dos sombras inmensas se destacan en la rada. Pide un catalejo y el corazón se le agita violento. Dos grandes acorazados, el uno con la bandera inglesa y el otro con la alemana, avanzan a media máquina hacia el puerto. El toque de rebato sacude a la fortaleza y llena de alarma a los guaireños que despiertan. El pueblo en masa se precipita hacia el tajamar. Del barco alemán sale una lancha erizada de ametralladoras y se dirige veloz hacia el «General Crespo». Los guaireños, estupefactos, ven a los alemanes subir al primer barco de la armada. La bandera tricolor es arriada. Una bandera negra, amarilla y roja la sustituye.

Un clamor de ira sacude al tajamar. Voces de alarma y llanto espeso se esparcen por las aguas turbulentas.

Otra lancha, procedente ahora del barco inglés se dirige hacia el «Margarita». Suben marinos, bajan banderas, crece el clamor. Nuevas barcas armadas paren los acorazados, que se dirigen rápidas hacia el «Totumo» y el «23 de Mayo». Desde sus respectivas naves insignias, Haggard y Von Pilgrim observan complacidos las maniobras. Una lancha inglesa, rebosante de hombres armados, se dirige hacia el tajamar. El pueblo inerte los ve venir. Son hombres enormes que les llevan dos cuartas. Vociferan en lengua extraña, actúan rápidos y ordenados y miran a la muchedumbre con ojos de indiferencia.

Extrañas maniobras y cables van de los cuatro pequeños barcos venezolanos a los dos acorazados. Una corneta estalla entre los intrusos. Cuatro marinos, dos ingleses y dos alemanes, hacen señales con bande-

ras. El barco alemán emite un pitazo largo. Cinco segundos más tarde hace otro tanto el inglés. Humo negro despiden las chimeneas. Los acorazados se ponen en marcha lentamente hacia el horizonte. Los cables se ponen tensos y los cuatro barquitos de la armada venezolana, batiendo al viento las banderas de Inglaterra y Alemania, son remolcados mar afuera.

—Me siento como Gulliver en un Lilliput Caribe —dice Mr. Haggard.

Caracas estalla en tumultos. Los negocios y las casas de los alemanes y de los ingleses son saqueadas por el pueblo enfurecido. Una larga recua de rubios funcionarios y comerciantes son conducidos a planazos hacia La Rotunda.

En la Plaza Bolívar, los estudiantes pronuncian arengas. Cipriano Castro, enfurecido, camina a largos pasos por su despacho de Miraflores. Mr. Bowen lo saluda. Castro apenas responde al Ministro yanqui. El hombre suplica la libertad de los prisioneros. Castro replica y arguye, Bowen insiste. Finalmente, exclama:

—Está bien, que los pongan en libertad. Que no se diga que para triunfar necesitamos rehenes.

Y volviéndose a Lucio Baldó exclamó con voz emocionada:

—Y que pongan en libertad inmediatamente a todos los presos, comenzando por el Mocho Hernández.

El telégrafo canta alegre y triste las dos noticias.

Castro baja a La Guayra y llora amargamente en el tajamar. Los puños se le contraen con furia y los ojos relampaguean cuando mira los acorazados y los pobres barcos de la armada venezolana abatidos por las banderas extrañas.

El Presidente sube hasta El Vigía. Con un largo catalejo explora a los invasores. En la pasarela alcanza a ver al odiado Haggard. A su lado hay un marino de bicornio que debe ser el Almirante Douglas. El hombre, a su vez, esgrime un catalejo que parece toparse con el suyo. Un lanchón se desprende del barco inglés. Un oficial se dirige hacia el muelle portando una bandera blanca. Castro lo ve avanzar. Castro lo ve atracar. Castro lo ve subir desde la playa hasta el castillo, rodeado

de oficiales venezolanos y de una larga muchedumbre. El doctor Fortoul, a su lado, se aparta de Castro y se ajusta el monóculo para recibir al parlamentario. Al poco rato regresa el barquisimetano. Los ojos y los labios de Castro continúan murmurando maldiciones.

—General —dice Gil Fortoul con su acento francés adquirido en Duaca—, el Almirante Douglas quiere hablar con usted.

Cipriano, sin volverse y mirando fijamente los barcos, le espeta.

—Dígale que no sea pendejo, que las gentes cuando están arrechas no se hablan.

76

El 12 de diciembre se provoca un grave incidente en Puerto Cabello, bloqueado por los acorazados «Charibdis» y «Vineta», de las armadas inglesa y alemana respectivamente, como en La Guayra lo hacen el «Panther» y el «Retribution».

Un barco mercante inglés, de nombre «Topaze» se desliza jactancioso entre los acorazados y atraca en Puerto Cabello a proveerse de carbón. El capitán, imperioso, ordena a los obreros cobrizos que se arremolinan en el muelle que se apresuren a satisfacer sus deseos. Baja la pasarela. Desciende el capitán —un rubicando y obeso marino. Se dirige a un oficial venezolano y repite sus órdenes. El oficial no responde. Los hombres que lo rodean tampoco. El inglés repite con más violencia la orden amparado por sus dos cuartas de estatura. Un margariteño nervudo se abre paso y le pregunta en inglés de Juangriego lo que desea. El marino repite por cuarta vez la orden. El margariteño se encrespa, y diciendo: —Esto es lo que te vamos a dar, grandísimo coño e madre —le tiró un puñetazo al mentón y lo derribó.

—Vamos al barco, muchachos —gritó el margariteño— y por la pasarela subió un río cobrizo erizado de puñales. Los marinos ingleses, aterrorizados, se lanzan al agua. La turba destroza todo cuanto encuentra. La bandera inglesa ondea insolente sobre el azul porteño. Alguien repara en ella y la arria a tirones. Con el pendón en la mano baja del

barco y se va a la calle seguido por la multitud que da gritos de muerte contra los ingleses y contra los alemanes. Pantin un comerciante inglés, alarmado, contempla la escena. A paso sigiloso se va hasta el «Topaze» que se dispone a zarpar y ponerse a salvo tras los acorazados.

Del «Charibdis» avanza una lancha fuertemente armada y batiendo una bandera blanca. José Arria y Secundino Torres la ven avanzar. El parlamentario exige la entrega de los culpables. Son las cuatro y media de la tarde. El ultimátum expira dentro de media hora. Si dentro de ese plazo no han sido satisfechas las demandas inglesas, los acorazados abrirán fuego contra la ciudad. Inútilmente se piden instrucciones a Caracas. El telégrafo no responde.

A las cinco en punto, el «Charibdis» avanza a toda máquina hacia el puerto. Suena un primer cañonazo y una muralla se derrumba arrastrando a un grupo de soldados. Otro cañonazo le da de pleno al Castillo Solano. La gente huye confusa. Los ingleses desembarcan y saquean la vieja fortaleza. Los alemanes pasean por el tajamar y los venezolanos lloran.

El mundo se conmociona «ante la cobarde agresión de las potencias contra un pueblo inerme» —como escribe el New York Times. En la misma Alemania, algunos diarios levantan su voz airada. En Inglaterra se producen furibundas sesiones en el Parlamento, donde se le echa en cara al gobierno de su majestad su extraña alianza con el eterno enemigo. Kipling escribe un poema elegíaco que circula por Europa aclarando conciencias. Los pueblos de Latinoamérica levantan su voz airada. Argentina y México se colocan, vigorosas, al lado de Venezuela.

Italia, sin embargo, comunica a través de su Ministro en Venezuela que ha decidido sumarse al bloqueo, y el 13 de diciembre, Mr. Bowen acompañó a La Guayra al señor Riva para que saliera del país, mientras los acorazados «Agordat» y «Elba» avanzaban a toda máquina hacia Venezuela.

Todos los puertos de Venezuela están bloqueados por los barcos ingleses y alemanes.

El 22 de diciembre, llega a Caracas el Mocho Hernández y pronuncia en la Plaza Bolívar una arenga entusiasta donde proclama que ha dejado en el fondo de su calabozo el rencor que sentía contra Castro. «Es el momento de la unión», dice, y Presidente y revolucionario se dan un estrecho abrazo.

55. «Nochebuena»

(1902)

La casa en La Pastora era larga y estrecha, a la entrada de un callejón polvoriento, con una sola ventana y un patio en dedal, que se inundaba con los aguaceros. Los doscientos bolívares le son apenas suficientes a Gloria. Hace tortas y granjerías para cubrir sus necesidades.

Esa Navidad le está dando los últimos toques al pavo relleno que le encargó el Coronel Cadenas, Jefe Civil de La Pastora, un andino atrabiliario que hace tiempo la ronda y le contrata obsequios. Los muchachos del barrio para hacerlo rabiarse, cada vez que lo ven pasar, le gritan con cadencia musical del himno patrio:

77 —¡Abajo Cadenas! —lo que promueve en el militar una enconada persecución de los granujas.

Pero Gloria lo ha puesto de su parte, y el Coronel, enamorado del aire aristocrático de Gloria, la trata con exquisita cortesía y se desvela por ofrecerle su protección contra los machos del barrio, siempre rondándola de mala manera, por su doble condición de mujer bella y solitaria.

Tres años han transcurrido desde que viera a su marido camino del San Carlos, y sólo ha recibido dos cartas donde escuetamente le dice que está bien de salud. Gastón ya tiene once años y Mercedes diez. Pero en amargura rebasan los sesenta.

En estas pascuas ha hecho quinientas hayacas. Por especial deferencia le ha preparado el pavo al Coronel Cadenas.

—¡Caramba! —exclama al ver el reloj—, son las diez y media y todavía me falta rellenarlo.

Gloria ha recibido varias invitaciones para cenar pero a todas ha rechazado. Lleva vida de viuda y tan sólo piensa en el momento en que su marido retorne de la cárcel. Le han dicho y ha leído ya en la prensa que Castro dio orden de liberar los presos con excepción de algunos. Ya han transcurrido doce días de la orden de excarcelación y no hay noticias. Las veces que ha preguntado por su marido sólo responde de la consternación.

Conch'e Piña fue el único que le habló con firmeza, esa misma tarde del 24.

—No se haga ilusiones, Misia Gloria. Yo mismo le oí decir al General Albornoze que el General Corrales, por Castro y por él, no saldría en mucho tiempo. Yo no sé que le habrá hecho el General al andino ese del carrizo.

Gloria rumió una reflexión y dijo para sí:

—Yo sí sé lo que quiere el General Albornoze. Mañana mismo lo complaceré con tal de que suelten a Juan.



Gastón ha crecido triste. Campanea la expresión amarga y odia a los andinos. Mercedes tiene la precocidad e indiferencia de las garzas reales. Su mejor amiga es Isabelita Blanco, la hija de Santiaguito. Hace una semana recibió una invitación para una piñata. La firmaba Lorika, la nueva esposa del mulato. Gloria recuerda con afecto y simpatía a Santiaguito, aunque sospecha que algo tuvo que ver Juan Corrales con el suicidio de su mujer. Pero ya que la invita es porque no le guarda rencor, aparte de ser una buena ayuda para abogar por su marido.

La casa de Santiago Blanco en El Paraíso es un palacio. Más de una hectárea de cuidado césped la rodea. La construcción es de estilo Tudor, que arquitectos ingleses han puesto de moda. Gloria se enfunda su mejor traje. En la puerta reciben Santiaguito y su mujer. El mulato no reprime su entusiasmo.

—Caramba, Doña Gloria, qué gusto verla —y los ojos le chisporrotean con un brillo extraño.

Santiaguito se adosó a Gloria como su sombra. La invitó a conocer la casa. Habitación por habitación le fue mostrando las magnificencias de su vivienda.

Gloria simulaba interesarse, pero sentía una creciente repulsión hacia el mulato. Antes era cordial, afable y simple. Ahora lo sentía como lascivo, confanzudo e impredecible.

Cuando la tomó del brazo y la condujo a lo largo de un oscuro corredor, tuvo la sensación de que iba a violentarla en la alfombra. Cuando comenzó a piropearla en la biblioteca, luego de tomarse dos coñacs en diez minutos, sintió pánico.

—Y usted, Misia Gloria, se ha puesto requetebuena moza. ¿Como que le asienta la viudez?

Gloria se sacudió confusa y rabiosa.

—A ti lo que te hace falta —dijo bruscamente Santiaguito—, es un hombre como yo, para que te mime y proteja.

Gloria se indignó más ante el tuteo, que ante la propuesta, pero apenas balbuceó:

—Usted como que tiene muy mala opinión de las mujeres, Don Santiago. No todas somos iguales.

—Toditas son iguales. Es cuestión de tiempo y oportunidad. —Y ya tartajeante por el quinto coñac añadió—: como decía el General Villegas Pulido: «A todas las mujeres hay que pedírselo, porque la que no lo da lo agradece».

Gloria se puso en pie y avanzó hacia la puerta. Santiaguito la agarró por un brazo.

—No te pongas brava, mi reina —y trató de abrazarla. En ese momento apareció Lorika. Con su acento germánico dijo:

—Ya me lo sospechaba. Usted no es más que una vagabunda. Salga inmediatamente de mi casa.

Gloria, llena de estupor huyó hacia la calle, mientras Santiaguito, corriendo tras ella, trataba de retenerla.

Gloria, mientras adereza el pavo, sigue pensando en su destino y se replantea la vieja propuesta de Concha y de lo que le sucederá cuando por su intermedio logre la liberación de su marido. El General Albornoz persistía en cortejarla desde que la conoció hace tres años. Esa misma tarde de Navidad su ordenanza le trajo una esmeralda y juguetes para Gastón y Mercedes. Ante el asombro de los muchachos, Gloria devolvió los regalos.

En la plaza vecina estallaban cohetes y coheteros. Son las once de la noche y ya el pavo está listo. Gloria le echa un vistazo al delantal manchado. Golpes tímidos se sienten en el portón. «Debe ser el ordenanza del Coronel Cadenas» y con el pavo en la bandeja se acerca al portón. Impedida de abrir, ordena:

—Entre, Rodríguez, que la puerta está abierta.

Pero no es Rodríguez. Es un mendigo de pelo blanco y carrillos macilentos. Gloria no cree en el milagro que tiene ante sus ojos, es el propio Juan Corrales.

—¡Juan! —clama la mujer y se precipita en sus brazos, mientras el pavo relleno cae al suelo, los niños gritan y en la plaza vecina estallan los pitos y los coheteros.

56. *Los presos como los muertos...*

(1902-1903)

Juan Corrales, con voz distinta, le refirió que hacía diez días lo habían libertado.

—El bloqueo extranjero rompió las rejas —dijo—. Castro habla de paz y de unidad.

»Pero yo no creo que esto termine aquí. La guerra continuará. El

odio es mucho. Antonio Paredes salió con la intención de irse de Venezuela y ponerse en contacto con los revolucionarios. Yo, por el contrario, no quiero saber nada de política.

Gloria estudia a su marido y le asusta el cambio. De aquel hombre macizo, con los ojos verdes relampagueantes queda un anciano quebradizo que habla con lentitud y que se cubre la boca cada vez que se ríe para no mostrar las encías desdentadas.

Un olor tenue pero persistente a enfermedad exhala su cuerpo.

Gloria no puede resistir aquel olor. La primera noche que Juan se durmió a su lado comprendió lo que le quiso decir el viejo Otáñez un día:

—Alguna vez comprenderás que los presos, como los muertos, no deben volver.

Gloria, en la creencia de que Juan dormía, sollozó en la cama y le dijo mentalmente a la Virgen de la Copacabana:

—Perdóname madre mía por el mal pensamiento que tuve esta tarde. Haz que vuelva a querer a mi marido. Haz que no sea un extraño. Haz que vuelva a la vida. —Y se imaginó a Juan Corrales con sus ojos de tigre en celo cabalgando brioso por las calles de su pueblo. La voz de Juan Corrales la sorprendió:

—¿Por qué lloras, mi vida?

—De felicidad, mi amor —y se abrazaron, a pesar del olor a cárcel y a cementerio.

* * *

En dos semanas Juan Corrales no salió de la casa ni permitió que los niños se ausentaran ni para ir a la placita; tal era su empeño de verlos y de acariciarlos continuamente.

Gloria, al día siguiente, le refirió sus vicisitudes y de su amistad con el Coronel Cadenas y el misterioso protector. ¿Quién será ese buen amigo? Dios lo bendiga por haber velado por los míos; y se sumergió en cavilaciones llorosas.

Una tarde recibieron la visita del Coronel Cadenas que no podía

ocultar su disgusto, cuando supo que a Gloria le había retornado el marido. Sus primeras palabras fueron para decirle:

—Bueno, mi amigo, espero que lo sucedido le sirva de escarmiento. Mucho juicio de aquí en adelante.

Juan Corrales, vencido y flácido, no encontró qué decir y se preguntó si aquel hombrecillo sabría que él había sido alguna vez Jefe de la Guarnición de Caracas y edecán del Presidente. Pero no se rebeló, dispuesto a vivir en unión de su mujer y de sus hijos en esa paz mortecina que sucede a la derrota.



El Día de Reyes, el cura que todos los meses le traía a Gloria los doscientos bolívares se le presentó a Juan Corrales con un cheque de gerencia por diez mil bolívares y el consejo de su protector de que se marchara a Calabozo.

Nada más pudo averiguar Juan Corrales ni del cura ni de su protector.

—Algún día lo conocerá y le cobrará lo suyo —fue todo cuanto dijo al despedirse—. Se identificará como «Bigotes». Nada más puedo decirle.

Su primera visita fue para Gonzalo Machado; pero el joven ministro se negó a recibirlo. Llegando a la esquina de Las Monjas alcanzó a ver a Diego Bautista Ferrer, ahora Ministro de Guerra. El militar apresuró el paso y desapareció tras una puerta del Capitolio.

Todos habían cambiado: Rendiles, el gordo posadero de Carmelitas, era un potentado que jugaba fortunas en el Club Venezuela. Santiaguito, desde su presidencia de Aragua, hacía sentir su prominencia y crueldad. Juan Otáñez de ministro, era un hombre importante.

Doña Josefina Serna, siguiendo su tradición presidencialista, era gran azafata de Doña Zoila y suegra de dos ministros. Todo esto se lo contó Conch'e Piña que fue el único que lo abrazó con regocijo frente a la Iglesia de San Francisco.

El 20 de enero, Juan Corrales, que sigue con indiferencia el pro-

ceso del bloqueo, se entera de la proeza de su carcelero Jorge Bello. El acorazado «Panther» al pretender pasar la barra de Maracaibo quedó varado en un banco arenoso. Jorge Bello cañoneó al barco estrella de la armada alemana, con tan buena suerte que una de las balas cayó en la chimenea y causó destrozos. El buque alemán hubo de retirarse mar afuera como una pantera herida. Tres días más tarde regresó el acorazado acompañado del «Viñeta». El Castillo abrió fuego. Los barcos responden. Vuelan las murallas coloniales. Se incendia el pueblo de pescadores. Pero Jorge Bello, por ocho horas, mantiene el fuego de sus viejos cañones piratas. Finalmente se retiran las dos naves sin haber logrado penetrar la barra.

¡Victoria! —clama Jorge Bello desde el torreón.

¡Victoria!, responde «El Constitucional» con titulares en primera página. Jorge Bello es el héroe nacional. «El héroe del deber cumplido», dice Castro, olvidándose de que ese título le pertenece al difunto Crespo.

—¿Héroe? —exclama indignado Juan Corrales dando tirones al diario—. ¿Héroe? ¿Aquel desgraciado que nos matara de calor y de hambre? ¿Héroe, quien nos ahetrojaba pierna con pierna y dejaba a un hombre vivo apersogado con un hombre muerto hasta que la podredumbre los liberaba? ¿Héroe, un gran carajo que nos robaba la comida a los presos? Si así son los héroes, Dios libre al mundo de ellos. —Y tuvo que emborracharse esa noche para espantar su pena.

57. *Plaza Bolívar*

(1903)

Cuando bajó al Centro por tercera vez se observó más animoso, a pesar de que su traje pasado de moda y holgado, y su rostro envejecido proclamaban la historia de su derrota.

Pero después de tres años de encierro en el Castillo, el estar de

nuevo con Gloria y los muchachos, el aire fresco y perfumado de Caracas, la jacaranda de la gente y el arbolado de la plaza hacían una cantata de regocijo, que adormilaba sus penas.

—Carajo, ¡qué bello es el mundo! —se dijo al sentarse en la silla de alquiler, ante la misma estatua del Libertador—. Con razón dice el dicho que nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde. La vida es esto: aire puro, ver pasar la gente, y perder el tiempo, sin que nadie nos quite la luz del sol. —Y se dispuso a darse un banquete de color y de bullicio en el centro de la plaza.

Diez metros más allá charlaban el Nato Morreo y Santiaguito Sucre; pero como no dieron señales de reconocerlo fijó su atención en una de las perezas del parque que se desplazaba de una rama a otra con precisión y lentitud de funcionario. Un limpiabotas le ofreció sus servicios y un pregonero un diario. El rítmico masaje del lustrador lo sintió como placer nuevo, lo mismo que su cháchara caraqueña, picaresca y zumbona. Por un rato ojeó el diario, rebosaba de adulancia retumbona. Continuaba el problema del bloqueo. El ministro estadounidense Bowen había sido investido con el rango de embajador plenipotenciario de Venezuela para negociar en Washington ante las naciones europeas. Los «sociales» describían los saraos de la Restauración con acento versallesco. Los asistentes, salvo uno que otro andino injertado eran «las mismas caritas del 92».

—Ah, gente bien sinvergüenza —comentó risueño el llanero, alegrándosele la pupila al paso de una hermosa mujer.

Dos mujeres jóvenes acompañadas de otra de mayor edad emergieron tras la estatua del Libertador. Una era guapa, morena y vistosa y la otra menuda e insignificante. Tardó segundos en reconocer a Rosarito y a Dominguita acompañadas de Doña Josefina. Juan Corrales intentó saludarlas. Pero ellas bajaron los ojos y siguieron de largo, un saludo caluroso lo regresó a su tiempo. Era el poeta Núñez de Cáceres, quien lo abrazó emocionado y se sentó a su lado. Con ojos lacrimosos lo miró hondo.

—Carajo, mi viejo, te han caído diez años.

Un hombre pequenín de gran nariz, escoltado por dos hombres mal

encarados se destacaron en la avenida. Juan Corrales tardó más tiempo en reconocer a Juan Otáñez que a las Scrna. Estaba desconocido tras un inmenso bigote y unas gafas nuevas.

El llanero sintió un sacudón al percibirlo y angustia aguda al percatarse de que se aproximaba.

—Mi general, qué gusto de verlo —exclamó Juan Otáñez con los brazos abiertos.

Juan Corrales de un salto se puso en pie y le espetó al otro:

—¡A mí no me salude, gran carajo! Usted no es más que un traïdor y un malagradecido. Si yo hubiese cumplido con mi deber y lo hubiese fusilado, ni yo habría estado donde estuve, ni Venezuela estaría como está.

Los dos espalderos intentaron intervenir; pero un gesto del ministro los mantuvo a raya, y con la cabeza baja se alejó hacia la gobernación, que amarilleaba enfrente.

Juan Corrales, sintió desvanecerse su alegría y una sorda ira lo sacudió en la silla. Por segundos permaneció meditabundo. Luego sintió la necesidad de tomarse un trago y con el paso enfermo del que conoce los grillos, se acercó a «La Glacière».

Haciendo caso omiso de los presentes, en los que adivinó caras conocidas, se dejó caer en una mesa esquinera y se rodeó de preguntas.

Pensaba en aquella mañana del encuentro con Juan Otáñez. En todo cuanto lo había ayudado. En la simpatía que siempre sintió por el muchacho. En las largas y entretenidas conversaciones que sostenían. En la amistad traicionada. Un odio revoltoso lo sumergía en un torbellino. Pero de pronto una ocurrencia entumeció su odio. ¿No sería «Bigotes», el generoso protector de su familia, el mismo Juan Otáñez? ¿Quién, sino él, sería capaz de un acto semejante? ¿No sería acaso el remordimiento lo que lo había impulsado a actuar en esa forma? Según Gloria, el único de sus amigos del nuevo régimen que había tenido una actitud generosa y cordial con ella había sido Juan Otáñez. Además se ha puesto bigotes. ¿Y si fuera Juan Otáñez? ¿No se le habría ido la mano? Juan Corrales sintió emergente la necesidad de un trago. Por segunda vez palmoteó al mozo; pero, su reclamo quedó sin respuesta.

Volvió a llamar más enérgico con idénticos resultados. Se dio vuelta en redondo y se encontró con la mirada de Tomás Boada, el dueño del lugar, su amigo y compañero en quien no había reparado hasta ese momento. El hombre, que lo veía fijamente recostado contra el bar, desde que entró al negocio, no depuso su actitud ante el reclamo amistoso. A paso de banderillero se acercó a la mesa y antes de que Juan Corrales pudiera saludarle le dijo con voz estentórea mientras sacudía la barriga y el bigote:

—En este negocio tenemos por norma no atender a los enemigos del General Castro. De modo que levante el pollo y váyase con su música a otra parte.

Juan Corrales abrió la boca vacía y los ojos color de tigre. En la mesa de enfrente Gumersindo Rivas, el obeso periodista del «Constitucional», contenía la risa entre grandes bocados.

—¡Usted es un miserable! —exclamó Juan Corrales al salir de su espor. A una señal de Boada, Luis y Arcadio, dos fornidos meseros que estaban a su lado lo tomaron en vilo y a empellones lo tiraron al medio de la calle. A los gritos de Juan Corrales y de los meseros acudió curiosa la gente. Suponiendo que se trataba de un borracho comenzaron a vocearlo:

—¡Échenle agua!

—¡Borracho no va a pastelería!

Mientras en «La Glacière» Boada, con los brazos en jarra, exhibía su desdén con apostura.

—¡Sinvergüenza! —le gritó a Juan Corrales, quien sacudiéndose el polvo en medio de la calle, no sabía si echarse a correr, matar a Boada o sentarse a llorar.

El tránsito de vehículos se había atascado.

Un landó de lujo esperaba paciente en medio de la calle. De él salió una voz fuerte:

—¡General, venga conmigo!

Cuando levantó la cabeza y miró hacia el coche vio a un hombre gordo de aspecto mongólico. Tardó segundos para reconocer al General Juan Vicente Gómez.

—General Corrales —insistió Gómez—, véngase conmigo, que yo lo llevo.

El llanero vaciló ante la propuesta, pero el recuerdo del San Carlos le vino como una descarga, y revuelto de dolor, sin contestar siquiera, salió corriendo, desesperado a través de la Plaza Bolívar. Cuando llegó jadeante ante la estatua del Libertador se paró en seco y con la cara crispada de dolor le gritó al bronce, con voz quebrada por el llanto:

—¡Libertador, para qué carajo independizaste a los andinos!

* * *

Un nubarrón de comentarios cayó sobre Juan Corrales. Se decía que estaba completamente loco; que habían tenido que botarlo de «La Glacière» porque pretendió orinarse en un florero y que echó un discurso en la Plaza Bolívar donde llamó salvajes a los andinos. Todo esto se lo vino a referir muy preocupado Conch'e Piña, quien se lo había oído contar al Coronel Anselmi, un edecán de Castro, quien dijo que en lo que viera a ese caraqueño muérgano le iba a sacar a mandobles el alma.

Gastón esa tarde regresó con el traje y la boca rotos:

—¿Qué te pasó, hijo?

—Que me expulsaron del colegio por haberme guindado a pelear con el hijo del General Sánchez.

—Pero, ¿por qué peleaste?

—Porque me dijo que tú eras un loco de mierda.

Juan Corrales se mordió los labios y tan sólo dijo con acento melancólico:

—No has debido pegarle, porque a lo mejor es verdad.

Y por segunda vez en su vida hizo un esfuerzo terrible para no llorar.

* * *

El reloj de La Pastora musitó con frío la hora y Gloria y los niños estaban dormidos. Juan Corrales dio un largo bostezo y se dirigió hacia el zaguán. Cuando ya cerraba el portal apareció el cura:

—Vengo a decirle, General Corrales, que mi jefe y amigo «Bigotes» le recomienda que mejor se vaya para Calabozo como le tiene dicho, porque de lo contrario no responderá de lo que le pueda suceder, pues el General Castro ya lo tiene en la mira, y Don Santiaguíto Blanco lo viene reclamando para sí.

Y como esa misma advertencia se la hiciera a Gloria su amigo el Coronel Cadenas, la familia Corrales salió días más tarde en dirección a Calabozo.

58. Arbitraje

(Febrero 1903)

Juan Otáñez se tragó la injuria y justificó a Juan Corrales.

Tres días después, Castro se le enfrentó en su despacho:

—Me dicen que el General Juan Corrales lo carajeó públicamente.

¿Es verdad eso?

A la vista de los dos escoltas, respondió:

—Sí, es verdad, Presidente.

—¿Y usted, ique se quedó callado, dio media vuelta y se fue?

—También es verdad.

Castro con una señal hizo salir a los esbirros.

—Yo creía que tú eras un hombre con bolas.

—Y lo soy Presidente, pero hay que tomar en cuenta...

—No hay que tomar en cuenta nada. Tú eres mi ministro, y si te dejas carajear me están carajeando a mí. Ese General Juan Corrales lo que es es un gallo pataruco que ya no canta y tú un bolsa redomado que no se sabe dar su puesto. —Y con la mirada descompuesta le gritó:

»Sepa de una vez por todas mi amigo, que la próxima vez que yo

sepa de algo semejante, no es que lo voy a despedir como ministro sino que va a parar a La Rotunda. Y ahora, váyase; es todo cuanto tenía que decirle. —Juan Otáñez dio media vuelta y se dirigió a su casa, seguido por los mismos espalderos.

* * *

El bombardeo del San Carlos inclinó definitivamente la opinión mundial hacia Venezuela:

Bowen en Washington discute con el Embajador alemán la suma a pagar. La cifra que señala el teutón es mucho mayor de la que sospechaba el comisionado.

—Muy bien —le dice con tono amenazador—. Pagaré lo que usted pide, porque no estoy en condiciones de impedirlo. Pero sepa de una vez, que por cada mil dólares que paguemos, Alemania perderá un millón en los mercados latinoamericanos.

El Embajador vacila. Su cancillería sabe que esas ridículas republiquillas americanas aunque son los estados desunidos de América padecen de identificación mutua ante la agresión extraña.

El Embajador consulta al Kayser. Inglaterra, que desea deshacerse lo más pronto posible de esa aventura, hace presión para que Alemania acceda a la propuesta de Bowen. Finalmente se acepta que las aduanas, intervenidas por funcionarios belgas, retendrán el 30% de sus ingresos para las potencias reclamantes. Cuando el 14 de febrero Bowen le anuncia a Castro la firma de los protocolos y la suspensión del bloqueo, éste le envía un cable expresándole en su estilo retumbante «el eterno agradecimiento de Venezuela y el mío propio».

Juan Vicente Gómez que ejerce la presidencia provisional por designio de Castro, no se emociona ante los hechos y bate números sobre un atlas del Caribe.

—¿Conque tendremos que pagarles a los musiúes el 30% de lo que nos entre por las aduanas de Puerto Cabello, La Guayra y Guanta? Pues muy bien, si eso significa la paz; pero para enderezar las cargas vamos a ponerles la contra; que de aquí en adelante todos los productos

de Alemania, Inglaterra, Francia, Holanda y Suecia paguen un 30% más de impuesto por sus mercancías. 79

Bowen al regresar a Venezuela es condecorado con una Orden reciente y el General Castro desborda toda su efusividad para mostrarle el afecto de su pueblo. «El honor de la nación ha sido salvado» proclama con voz aguda. Pero esta vez las palmadas que salen del pueblo son tibias y de compromiso como si lo sucedido les hubiese revelado que Venezuela era un barquichuela a la deriva con un derviche mesiánico empuñando el timón. Castro percibe el rechazo y se sumerge en la depresión.

Cuando se reúne el Congreso en marzo, Castro arrepentido presenta su renuncia. Votes erráticas y sin bríos pretenden sacarle un no rotundo a la Asamblea; pero los padres conscriptos guardan silencio. El General Velutini, el segundo vicepresidente de la República percibe el espíritu de Madariaga y antes de vocear su discurso, le entrega a Castro un papel donde ha escrito: «No insista en renunciar, porque la masa no está para bollo y se la pueden aceptar». Castro abandona su actitud vencida y apunta su prognático mentón hacia la Asamblea, mientras sus ojos brillantes y despóticos recorren cada uno de aquellos rostros como mira el amo a quien le debe el sustento. 80

—Por eso yo pido a los honorables congresantes —exclama Velutini— que le supliquen al General Cipriano Castro, nuestro segundo libertador, que no nos abandone, que continúe dirigiendo los destinos del país.

Castro da señales de asentimiento.

Un nutrido aplauso convulsionó al hemicycleo y El Cabito resignado ante la voluntad de la Asamblea, decidió seguir al frente del Ejecutivo.

59. *Dos mil velas del alma festejan al General* (Junio-julio 1903)

La victoria no pacificó definitivamente al país. A los tres meses el General Rolando por Oriente y Matos por Occidente encendieron de nuevo la guerra. Juan Vicente Gómez los derrotó con pasmosa celeridad. Matos regresó a Curazao y Rolando se retiró hasta Ciudad Bolívar.

El Vicepresidente salió de La Guayra dispuesto a liquidar, definitivamente, el foco insurreccional que mantenía vivo y artillado Rolando en la antigua Angostura. El Vicepresidente parte con tres buques de guerra y dos mil hombres.

En Güiría lo esperaba Antonio Paredes. En menos de una hora arrasó sus defensas y Paredes huyó a Trinidad.

Gómez, cavila:

—¿Tendrá razón mi tío José Rosario, cuando dice que estoy poseído por el Dios de la Guerra? —y se acarició el bigote mientras su buque insignia entraba por las bocas del Orinoco. Pero hizo un alto a la ocurrencia. Él no quería ser como su compadre, que de tanto pensar se estaba volviendo loco. Pero el tío, que le caló la intención, vino en su apoyo.

—Nadie como usted ha tenido en Venezuela ni tanto dominio de la situación militar ni tanto poder político, como para que otros se estén aprovechando y encima ni lo agradezcan.

Don Juan integró el consejo pero aparentó rechazarlo y siguió viendo el vuelo de las garzas rojas y las aguas tormentosas del río.

El doctor García pretendió insistir pero lo obligó a callar con un gesto airado.

El tío, simulando indignación, se retiró mascullando:

—Sin discusión, el que nace barrigón ni que lo fajen chiquito, y eso de que Dios no le da cacho a burro es un hecho.

Después de cinco días de navegación llegaron al pueblecito de Santa Ana, más abajo de Ciudad Bolívar. García fue enviado como

parlamentario a reclamar la redención incondicional de la ciudad. El 13 de julio estuvo de regreso. Traía consigo al General José Manuel Peñaloza, al Obispo de Guayana y a los cónsules de Francia y Alemania. Las condiciones eran inaceptables. Como el Obispo regateara evangélico le respondió:

—Como que hay un Dios, padrecito, yo tomaré a Ciudad Bolívar y usted brindará allí por mi salud. 82

A las tres de la mañana del 19 de julio las cañoneras abrieron fuego y barrieron las trincheras de Punta Mateo, lo que permitió a la infantería desembarcar con seguridad. Fue una batalla ardua que duró tres días. Se combatió calle por calle y casa por casa. Al amanecer el 24 de julio, también día de su natalicio, el último foco de la resistencia había cesado. Gómez cumplía cuarenta y seis años y dos mil velas del alma alumbraron su cumpleaños.

Rolando y Peñaloza fueron reducidos a prisión. El obispo, como lo había pronosticado Gómez, brindó por su salud y Cipriano Castro, en un telegrama de claro estilo barroco, lo llamó El Salvador del Salvador. José Rosario García comentó iracundo:

—Yo no sé qué se habrá creído ese mono ridículo al creerse El Salvador cuando no es más que un enano con suerte a quien empuja mi sobrino. Juan Vicente Gómez es el fundador del estado moderno venezolano; el héroe a quien le corresponde enterrar el feudalismo, el César Borgia de los Trópicos, el Luis XI venezolano. El hombre que liquidó el caudillismo. Lo malo es que todavía no lo sabe o no es tiempo de que lo sepa.

Juan Vicente Gómez, que simulaba otear el horizonte, no pudo menos de sonreír. El barco insignia desembocó en el Atlántico y giró hacia el norte, buscando la ruta de los caudillos y de los corsarios.

60. *El salvador del salvador*

(1903)

Caracas celebra la derrota de Rolando. Castro baja a La Guayra a recibir a su compadre. El vigía dispara salvas de salutación cuando el barco insignia hace su entrada en la rada. Gómez siente una leve opresión al mirar aquel pueblecito achatado que es el primer puerto de la República, y ve también la montaña colosal, misteriosa y profunda.

El barco ancla a doscientas varas del muelle. Gómez y su séquito avanzan en un lanchón. Siente su dignidad achicada, como si se hubiese bajado de un corcel de guerra para montarse en un burrito carguero. El lanchón continúa acercándose al muelle. Castro lo espera bajo el sol de La Guayra. Don Juan Vicente se queda boquiabierto. Su compadre lleva, como Matos, una sombrilla.

—Esos son los doctores valencianos que me lo han puesto así —pero las notas del Himno Nacional lo llevan por otros caminos.

Don Cipriano lo abraza emocionado y deja salir una lágrima. A su lado con sus caretas burlonas: Tello Mendoza, Torres Cárdenas y Revenga. Los tres le dan la palmadita saluatoria y la sonrisa crispada. Los valencianos y Gómez se detestan briosamente. Ambos lo saben. Cada uno es la negación del otro. Para los valencianos, Don Juan Vicente es la personificación de la barbarie. Su aspecto lo dice todo, con aquellos bigotazos sin peinar y esa barrigota de sapo hartó. No sabe comer. A veces toma la comida con las manos. El tenedor es un instrumento que parece ignorar. En las comidas oficiales no tiene empacho en ponerse la servilleta como si fuera un babero, sin darse cuenta de cómo ríen a sus expensas los comensales. Su conversación siempre es pesada, como una plasta.

—Dicen que hace el amor —dice Revenga— vestido y con zapatos.

—Como los campesinos —amplía Tello— a puyón clavao.

Gómez, a su vez, piensa que los valencianos son unos marranos que hacen sus cosas delante de todo el mundo y con mujeres bailando,

cuando eso es una cosa muy seria que no se exhibe. Esa gente está matando al compadre con la bebedera de aguardiente y las mujercitas baratas. Tello Mendoza es un cabrón que va y se las solicita de casa en casa como un buhonero. Ya lo llaman el Ministro de Relaciones Sexuales. Veintitrés muchachas con casa propia tiene Don Cipriano. Eso no lo aguanta nadie, cavila Juan Vicente. Hay días que monta dos y tres mujeres. Con razón tiene que desvirgarlas con los dedos. Un hombre sano salta y rompe en un solo brinco. El no monta mujer sino una vez y nada de estarse apechugando con una hembra ni de dormir con ella. Eso le hace mal al guerrero, como le dijo Juan Palacios. Otro de los que está matando al compadre es ese doctor Revenga con sus remedios para devolverle o aumentarle la fuerza. —¡Ah hombre bien sirvengüenza ése! ¡que estar sobando a mi compadre cuando ése es oficio de mujeres o de franceses como Soucy.

El grupo valenciano y Don Juan Vicente eran la diestra y la siniestra del Restaurador. Su fuente de equilibrio y poder. Juan Vicente era su espada y los valencianos su parlamento. Castro conocía de sobra la animadversión que se prodigaban y se reía a sus anchas de aquella permanente esgrima.

Una distancia progresiva se fue estableciendo entre Castro y Juan Otáñez. A la repulsión que iba sintiendo por Castro, se añadió al ataque sistemático de Don Tello y de sus amigos. Con aliento sísmico fueron demoliendo afectos.

—Usted debe estarle muy agradecido a Juan Otáñez —asomó una vez Don Tello con reticencia tal que Castro preguntó:

—Sí ¿por qué? Es un muchacho muy inteligente y valeroso que me ha sido un fiel servidor.

—Eso mismo nos decía el otro día; que lo había conocido en sus tiempos de indigencia y que gracias a su auxilio y a sus relaciones usted está donde está.

El Caudillo dio un respingo y quedó malhumorado.

En otra oportunidad en que el Cabito trajinó en la cama con tres bailarinas francesas, para pasmo de los valencianos, Revenga comentó con voz de estilete.

—Esto hay que decírselo a Juan Otáñez, para que no esté hablando tantas pendejadas.

—¿Y qué es lo que dice? —preguntó el Restaurador.

Todos simularon un embarazoso silencio, que rompió Castro repitiendo la pregunta.

—Guá, que usted no tiene ya fuerzas ni edad para estar en estos bretes —respondió Revenga.

La observación le dio de lleno al Caudillo, en etapa de reafirmar su inseguridad frente a su potencia y poder de seducción.

En otra ocasión, Tello Mendoza le susurró:

—Yo sé lo que usted quiere a Juan Otáñez, pero a mí me parece que él no le corresponde del todo en su afecto. Por ahí andaba diciendo que usted es un zángano que se durmió en sus laureles y que de no ser por él y por el General Gómez ya lo habrían tumbado.

—¿Conque eso dijo el muy muérgano?

El trencito, empavesado de máquina a carbonera, sube fatigoso la cuesta que conduce a Caracas. En la estación de Caño Amarillo esperan para festejar al Restaurador los notables de la ciudad y el cuerpo diplomático. Tan pronto el tren se detiene en la estación, vuelven los himnos, los abrazos y los parabienes. Pero a Don Juan no alcanzan las alabanzas. Todas son para Cipriano Castro quien, sonriente y locuaz, centraliza el meollo de los discursos.

Pero, en las avenidas, el vaho de admiración que le viene de la gente del pueblo y de la que se aglomera en las calles estrechas es diferente. Nunca hasta entonces ha sentido ese vaho de mujer seducida que las masas exhalan al paso de los héroes. Y el vaho lo perturba, lo tienta, lo excita. Se da cuenta de que la mirada de los policías o de los muchachos trepados en las ventanas se dirigen a él y lo siguen y penetran con esa curiosidad y admiración propia del triunfo verdadero. En esta ocasión el postergado era su compadre, quien a su lado continúa saludando alegre.

—¡Qué bien nos salió esto, compadre! —exclamó en un momento. Y Juan Vicente, viendo en su cara los estragos de tantas noches de orgía, tan sólo masculló:

—Así es, compadre, así es; nos salió muy bien la cosa. Sí, señor.

83

61. *Capagatos*

(1903)

En Ciudad Bolívar se extinguió la insurrección. Sobornados, muertos y prisioneros los caudillos, cayó sobre Venezuela una paz de sacristía. El pueblo y los que tenían algo que perder aceptaron la solución andina. Todo era preferible al estado de guerra que sufría el país desde hacía más de cinco años. La nación estaba exhausta. La pobreza general y el malestar, infinito.

Liquidada la oposición, Don Cipriano dio rienda suelta a sus afanes capricantes. No había noche en que no participase en un gran baile de sociedad, en una orgía bizantina, en una ronda de tragos con sus ministros del círculo valenciano quienes competían para ver quién era el más ingenioso, el más desfachatadamente cruel o el más agudo. Como turista en balneario, dejaba transcurrir la vida entre jolgorios y dispendios. Nunca despertaba antes de las nueve y media de la mañana. De ahí saltaba a los baños turcos instalados por Soucy en El Calvario; y entre la bruma cálida, masajes enervantes y ginebra inglesa borraba la resaca opalescente de la noche anterior.

Al mediodía llegaba a Palacio delegando en Torres Cárdenas todas las decisiones. Luego de un opíparo banquete venía una larga siesta con alguna de sus favoritas quienes competían por ver quién le prodigaba mejores y más originales caricias.

Juan Vicente Gómez veía todo esto con ojos acuosos. Un día en que Don Cipriano le refería su última parranda y lo útil de Torres Cárdenas, le dijo con voz de narrador:

—Cuando yo estaba muchacho conocí a un señor de San Antonio, casado con una bella mujer, y después de hacerse rico por su trabajo, le dio por flojear y parrandear. Le entregó la hacienda a un joven, inteligente, bien parecido y sumiso y hasta hacía que acompañara a la señora a misa o cuando iba al pueblo. ¡Tanta era la seguridad que tenía! Hasta que un día se encontró sin hacienda ni señora.

Castro arrugó el entrecejo:

—¿Qué quiere decir, compadre?

—Pues que en Barinas hay un dicho que dice «no dejes que tu caporal administre tu hacienda, monte tu caballo y cuide a tu mujer, porque te puedes quedar sin hacienda, sin caballo y sin mujer».

Castro con los ojos llameantes respondió:

—Yo sé lo que hago. A mí nadie me da consejos.

* * *

Al caer la tarde, Castro, inmerso en el coche presidencial y acompañado de Tello Mendoza, salía a recorrer las calles. Si alguna muchacha lo tentaba, Don Tello, con aires de apoderado industrial iniciaba conversaciones. De acceder la chica, recibía un cuantioso regalo y si tenía méritos, se le daba casa, pensión oficial y un policía en la puerta. Pero ¡ay! si algún macho impertinente se oponía. No había terminado el día cuando ya estaba Hipólito Acosta acosándolo por conspirar contra el régimen.

—Uno de los peores aspectos de los dictadores tropicales —observaba el cónsul francés— son los abusos sexuales que promueven los gobernantes.

»Más de una vez maridos, padres y hermanos pretendieron vengar la afrenta y fueron abatidos como delincuentes. Pero el país hambriento y roto estaba dispuesto a soportarlo todo.

»En esa indiferencia de los pueblos —señaló el mismo cónsul— se apoya el poder del tirano. El tirano nunca es fuerte; son los pueblos al debilitarse lo que hacen gigantes de enanos, como se oye imperiosa la voz atiplada que resuena en la caverna. Lo que está sucediendo con este

hombre es expresión de lo que está sucediendo con este pueblo. —Y el cónsul francés se sacudió indignado, cuando supo que si había hombres que morían de pie, eran muchos los que esperaban el paso del príncipe feliz con la zapatilla roja en la mano.

La ciudad asistió impávida a aquellos escarceos de ópera bufa sin precedentes en su historia. Primero muda y hosca, luego sonrió tolerante y terminó aplaudiendo las aventuras galantes de «aquel hombrecillo feo y lujurioso —como decía el doctor García—, que a los cuarenta y cuatro años le arrancaba a la vida lo que por las buenas la vida no quiso darle. Por eso se jacta de guapo, de príncipe azul en busca de su cenicienta». Muchas doncellas soñaban con la idea de que el geniecillo de la montaña les pusiera un policía en la puerta. Don Cipriano, que ya se ha comparado con el Salvador, se siente también Lord Byron, sultán de leyendas o erguido macho de la Cordillera. Sus íntimos y sus edecanes le hacen coro a su fantasía.

Cree en el poder seductor de sus ojos negros y su sonrisa esplendente. Por eso no comprende por qué la españolita de la esquina de Manduca se tomó un frasco de corrosivo luego de haberle dejado la doncellez en los dedos.

—¡Qué mujer tan necia! —fue el comentario que a modo de responso dejó salir Doña Concha.

La distancia entre Juan Otáñez y Cipriano Castro fue en aumento. El antiguo cónsul en Cúcuta llegó a la más profunda decepción por el Cabito.

—Yo te lo decía —le recordaba su padre—, que con un hombre así no se puede ir a ninguna parte y usted, con su presencia mi amigo, se está haciendo cómplice de todas esas iniquidades.

—Pero, ¿qué quieres que haga?

—Pues que renunciés, como él mismo te dijo una vez.

—Pero si yo no sé hacer nada. ¿De qué vivo?

—¡Qué horror son los políticos!

—No digas eso, que tú también fuiste político.

—Y fíjate como estoy arruinado y amargado. En Venezuela quien quiere hacer carrera en política tiene que estar dispuesto a robar y a ja-

lar bolas y tú, por la maldita educación que te he dado, ni siquiera eso sabes hacer.

Pocos días más tarde se produjo la ruptura definitiva entre Cipriano Castro y Juan Otáñez, la tarde en que le mandó a buscar a una de sus queridas.

Juan dejó salir su verde rencor.

—Mire General, yo le he probado mi amistad y fidelidad en los momentos difíciles, pero no me compare con Tello Mendoza, así que acépteme la renuncia.

Castro empalideció y con la mirada ausente le respondió:

—En el acto Juan, en el acto.

Juan Otáñez salió a la calle pensando cómo darle de comer a Dominguita.

Cuando llegó a su casa y le contó lo sucedido a Dominguita, ésta exclamó:

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —y lloró desconsolada por el ministerio perdido.

»Es que tú eres muy malcriado y falta de respeto. Y no tienes paciencia —y volvió a hippear amargamente al pensar que nunca más volvería a pavonearse entre sus amistades.

»Eres un bicho inmundito —le gritó iracunda—, botar una posición como esa por no aguantar un poco.

El ex ministro flameando su odio dejó salir el insulto muchas veces postergado:

—¡Cómo se ve que descienes de prestamistas y de mulatas confiteras!

Dominguita prorrumpió en alaridos. Juan Otáñez salió hacia el bar de la esquina mientras se decía, por centésima vez, que su mayor desgracia era su cuna, su fealdad y su pobreza. Y a solas en un bar sucio de moscas, trató de calmar su pena y el resentimiento profundo que sentía hacia su mujer.

* * *

Más de veinte millones de bolívares ha acumulado el Cabito desde que llegó al poder. El presupuesto de la nación apenas alcanza a los cincuenta millones. En El Paraíso ha construido un pequeño Triánón para su consorte, la fiel y abandonada Doña Zoila, que cada día sigue más alarmada de la conducta de su marido. Con voz desgarrada le cuenta a Gómez sus penas de esposa afrentada.

—Esos son los doctores valencianos —le responde el Vicepresidente con las manos ensangrentadas por haberle capado el gato como se lo pidió su comadre. La política no le ha hecho perder sus habilidades cruentas de carnicero. Doña Zoila, que las recordaba, lo hizo venir desde sus fincas de Maracay a través de un telegrama que seguramente comenta todo el país entre carcajadas. «Necesito con urgencia que se traslade a ésta para que me cape al gato.»

84

Pero Juan Vicente sabe ocultar sus rencores y Doña Zoila encarna para él todas las virtudes de la mujer andina, aunque sea cucuteña e hija de un militar de Caracas. José Rosario García es opuesto a que su sobrino cultive y mantenga la amistad de Doña Zoila.

—No hay nada más peligroso —mintió el tío—, que ser amigo de la mujer del César, decía Cicerón. Porque si César la ama y ella te estima, te tendrá odio y si él la odia y tú la estimas el odio llegará hasta ti.

Juan Vicente simuló no entender y de mal talante le respondió ante el pretendido aforismo:

—Yo no sé quién es esa señora; pero yo soy amigo de mi comadre y de mis amigos lo soy hasta el fin —y por primera vez se preguntó qué haría su tío y secretario, si alguna vez le volviera a cambiar la suerte.

* * *

Un revuelo se siente a la entrada de la residencia presidencial. Órdenes de mando, sonar de armas, correr de gentes.

Es Cipriano Castro y sus áulicos que hacen su entrada en la residencia presidencial. El Cabito le echa el brazo a su compadre. Con él viene Tello Mendoza, Manuel Corao y Revenga. Este último, con su gracejo peculiar, le dice en voz alta:

85 —¿Y qué dice el General Juan Vicente Gómez, pacificador de Venezuela y gran capagatos?

Juan Vicente no ríe. Sus ojillos centelleantes revelan que la mofa le ha sacudido la hombría hasta la raíz.

62. *El compadre Pimentel* (1903)

En Aragua el sol revienta entre los pastizales. El General Juan Vicente, desde su finca, ve declinar la tarde. Su habilidad comercial lo ha enriquecido. Las mejores haciendas que rodean el Lago de Valencia son ya de su propiedad. En ellas trabajan peones andinos olvidados por Don Cipriano, y más de algún desafecto del régimen a quien Juan Vicente protege. Por la prensa sigue los avatares de la política, y se entera de la renuncia de Juan Otáñez. Columnistas a sueldo lo cubren de oprobios. Lo llaman inepto, cobarde y hasta hacen alusión a sus crecientes hábitos alcohólicos.

Gumersindo Rivas, director del «Constitucional», compara a Castro con Bolívar y Jesucristo. Hay una página de felicitaciones donde se deslizan los mejores intelectuales y científicos del país. Hasta el gran Razetti es capaz de halagar con alguna frase de mal gusto la vanidad del Restaurador. Se organizan concursos literarios donde Pedro Emilio Coll y Eduardo Blanco se calientan los sesos para dictaminar quién fue más grande, si Castro o Bolívar. Francisco Antonio Rosca se va de ministro a España y trata de convencer a Alfonso XIII de que Castro es un Bolívar redivivo.

Tello Mendoza le dice a Torres Cárdenas:

—¡Qué gran dicha para el Cabito, conciliar la sumisión de la oligarquía con el acatamiento de los intelectuales! Hay pocos casos en la historia.

—Esos no son intelectuales —responde Torres Cárdenas que no está

de vena—. Los intelectuales lo son en la medida que protestan. Esos son plumíferos sin escrúpulos que se evaden en la belleza de las formas para ignorar la esencia.

La alta sociedad de Caracas abre sus salones para que el Restaurador colme con su presencia viejas casas patricias, hasta entonces cerradas como un lamasterio. La Casa del Pez que Escupe el Agua abre, una y otra vez, sus anchos portales e invita a fundirse a los vencedores con los jamás vencidos.

Andrés Mata hace prodigios de galanura en la descripción de estos saraos. Rufino Blanco lo llama Andrés Rata y escupe de asco cada vez que recuerda una estrofa del carupanero. 86

Juan Vicente Gómez, desde El Trompillo, explora con alma risueña la podredumbre. A su lado está su nuevo amigo Don Antonio Pimentel, un rico hacendado de los contornos. Es un hombre moreno, delgado, con aspecto de monito alegre que tiene mucha gracia cuando deja caer sus chascarrillos. Juan Vicente lo oye con el mismo embeleso que antes dedicaba a su compadre. Es un geniecillo maligno y burlón que se conoce la vida y milagros de toda Venezuela y que deja caer sus opiniones con la franqueza del hombre libre. En su presencia Gómez se siente cómodo, confiado y firme. El doctor Borjas, quien se las da de saporrabudo —como apunta Don Antonio— explica la extraña afinidad.

—Compañero o amigo es aquel que le puede decir a otro lo que piensa. Por eso los poderosos sólo pueden ser amigos de los poderosos. Gómez es un poder político y Don Antonio un poder económico. Tan sólo los une la simpatía, o como decía Goethe, «la afinidad electiva». Por eso Gómez le aguanta la mamadera de gallo que no le acepta a nadie.

Don Antonio, que lee el periódico, prorrumpe en una exclamación: —Míreme esta noticia, compadre: El General Ignacio Andrade, recién llegado al país; felicita al General Cipriano Castro por su magnífica labor al frente del ejecutivo. Mire que yo he visto vainas en mi vida, pero jamás una como ésta. 87

Gómez no responde. Está absorto contemplando a un perrillo que lame los genitales a un mastín que le busca pelca.

Don Antonio le refiere el desfalco del Conde Ceballos, el marido de Belén Machado.

—Se le dieron 100.000 bolívares para que fuera a Europa a comprar maquinaria agrícola y de allá le mandó a decir a su pobre mujer que no volvía. Ese español es un muérgano que después de botarle toda la fortuna en juegos y en malos negocios a la pobre Belencita, ahora pone al cuñado, que es un hombre serio y formal, en un aprieto que le puede costar el puesto.

—Al doctor Machado no le pasará nunca nada —responde Gómez—. A los hombres como él nunca les pasa nada; pues son como el gamelote que se agacha cuando arreceja el viento. En cambio, su conculnado, el doctor Juan Otáñez, es como el ciprés alto y bien nacido que por parado lo destrozan. Ambos merecen mi aprecio: uno por inteligente, discreto y sabido y el otro por macho, sincero y honrado. El compadre no sabe lo que ha perdido con su renuncia.

63. *La muñeca*

(*Mayo-junio 1904*)

El 6 de mayo de 1904, el Congreso eligió a Castro Presidente de la República y a Juan Vicente Gómez Vicepresidente. Se modificó una vez más la Constitución, y el período presidencial se alargó a 7 años. A los pocos días una caricatura aparecida en un diario expresa la protesta. Un negrito que encarna al pueblo le pregunta a Venezuela con gorro frigio y con aire compungido:

—¿Qué te pasa chica, estás enferma?

—Es el período, que está muy largo.

El Mocho Hernández como protesta renunció a su cargo de Ministro Plenipotenciario en Washington. Pero su altivo gesto fue silenciado por muchas manifestaciones de apoyo y regocijo a cuya cabeza estaban los ex presidentes Rojas Paúl, Andueza Palacios y Andrade.

—Hay que ver que ese Mocho es bien pendejo —comentó a sus contertulios Andueza Palacios—. En Venezuela nadie renuncia ni debe renunciar. Aquí esos gestos clásicos lo exponen a uno a la burla, pues como decía uno de los congresantes del 24 de Enero cuando Fermín Toro lo invitaba al sacrificio: «Yo soy del Mijagual y llanero no pelea enchiquerado».

Cuando el viejo Otáñez se enteró de la actitud de los ex Presidentes tuvo un acceso de ira, le vino un síncope y se murió al instante. Fue un entierro de 16 esquelas y muy concurrido. Cuando llegó la corona del Presidente, Juan Otáñez, para terror de los presentes, la tomó entre sus manos y la arrojó a la calle.



Un vaho de cuerpo muerto envuelve al país. La adulancia campeaba del cuartel a la Academia y del Club a la Iglesia. Las lisonjas de Gurnersindo Rivas y de Andrés Mata ya sonrojaban a las cariátides del Congreso; pero el país, ahito de guerra, volvió a aplaudir, aunque las cárceles se hincharan como preñadas y el hambre silenciara al sueño.

La conducta desenfadada de Castro subió de pronto como la fiebre cuartana. Al círculo íntimo de la valencianidad ingresó como lego Carlos Borges, un cura extraño, que lo mismo caía en éxtasis de sublime alcance como en las más abyectas procacidades. El seminarista frustrado que duerme en Castro encuentra en el cura bulas papales. Cuando le recitó su poema sobre el confesor que enamorado de una monja corrió «tras ella y la vida toda se la di en un beso», Castro conturbado lloró de complacencia y estalló en lágrimas y carcajadas cuando Jesús le dijo ante su arrepentimiento: «Dale otro beso, que eso no es pecado».

—¡Carajo, mi cura. Eso sí que es poesía. Venga acá y déme un abrazo.

—El confesor es él —le susurró Velasco a Juan Vicente— y la monja es Venezuela. El padre Borges no es más que un cínico que absuelve con sonetos.

Juan Otáñez, sumido en la pobreza, arrastra una culpa larga:

—¡Y pensar que yo permití que se entronizara un monstruo semejante!

Dominguita no cesa en sus nostalgias y reproches. Doña Josefina, su suegra, lo acicatea amarga.

Gonzalo Machado es el único que lo sigue tratando con afecto.

—¿Por qué no te vas al exterior? Yo estoy seguro de que si yo hablo con el General te puedo conseguir un Consulado.

—¿Yo? —exclama Juan Otáñez—. Yo no quiero nada con ese desgraciado.

Y Gonzalo, consciente de que el rencor de su cuñado era irreversible, le puso una pensión secreta que se hacía pública al llegar a Dominguita.

A mediados del año Castro se sintió enfermo y desposeído de ánimo. Por consejo de sus médicos Revenga, Razetti y Baldó, decidió darse una gira al interior, dejando a Gómez encargado de la Presidencia.

De todos los pueblos y caseríos del país acuden los políticos y poetas a recitarle ditirambos y a pedirle la libertad de sus presos. Cuando entra a Calabozo lo acompañan 600 jinetes de liquilique y una jorobadita vestida de organdí que le recita poesías aprendidas de prisa.

Al mes está de regreso, luego de recorrer como un sátiro en bacanal las mismas playas que su lugarteniente Delgado Chalbaud volviera añicos con su fuego de metralla.

* * *

Pero la gira erótico-política por el sur y el oriente del país, antes que saciar su sed de aventuras la ha desbocado. A diario exige nuevos y más complicados placeres. Sus áulicos pierden el sueño por complacerlo. Tello Mendoza y algunos ministros, recorren oscuros callejones porque les han dicho que al final de la calle tal hay una muchachita que es una belleza. Tello Mendoza sabe de una que vive en la calle del Tamarindo y sin mucha pérdida de tiempo, como es su estilo, hace la propuesta:

—Ochocientos bolívares y me la llevo ahora mismo.— Los pertur-

bados padres se resignan. Esa noche es 23 de junio, cumpleaños de la Restauración, y noche de la muñeca.

La muchachita, que no ha cumplido los trece años, es una morenita bien formada como le gustan al Restaurador.

La muchacha, con desenfado, presiente su destino sin sobresalto. Tres cuadras más allá, el Ministro de Finanzas, presuroso y sin rubor, pregunta lo que ya le ha contestado la madre:

—¿Tú no has conocido hombre? ¿No es verdad?

Y para cerciorarse mejor le levanta las faldas y en medio de la calle comprueba por un grito de dolor que la doncellez está en su punto. Luego la entera de su destino y de lo cariñosa que debe ser con el Restaurador. El coche se detiene frente a la casa de Doña Concha.

—Concha, Concha... ven a ver lo que te traigo.

A medio vestir sale la mujer de la habitación donde retoza con el General Albornoz.

—Mira lo que conseguí —le dice sin saludar.

La mujer, al verle la cara pícara, da su señal de aprobación. Le toca los senos que apenas despuntan y observa:

—Son pequeños pero duros.

—Acomódala pues y enséñale un poco de las cosas que tú sabes que le gustan al Cabito. —Y diciendo esto Tello se esfumó por la puerta.

Concha echa una mirada penetrante a la mozueta y como no percibe sombra de rubor le dice cómplice y complacida:

—Vas a hacer carrera y te llamarás Cuqueta. —Y diciendo esto la invitó a entrar en la habitación. Sobre un cuerpo vivo recibió su primera lección de lo que es bueno y de lo que es malo para hacer gozar al Cabito.

* * *

Esa noche, a las ocho en punto, llegaron los invitados.

Pasaron a la sala. En el fondo estaba la muñeca. En una gran caja de cartón y con un lujoso vestido de salmantina estaba inmóvil la muchachita de la calle del Tamarindo, tan pintorreteada y al mismo

tiempo tan lívida que cualquiera hubiera dicho que estaba muerta.

—Es una preciosidad —exclamó Gonzalo.

—Es mucho mejor que las dos anteriores —observó una voz bronca.

—Y es una gran discípula —comentó Doña Concha.

—¿Cuánto te costó, Tello?

—Pues novecientos bolívares y será mejor que vayan brincando.

—Hagamos pues la rifa a ver quién se gana la muñeca.

Se echaron las cartas y después de aproximaciones y escarceos salió ganadora la dueña de la casa.

A las nueve llegó el Restaurador. Bebió champaña hasta las once. A esa hora Don Tello, con remedos solemnes, llamó la atención de todos:

—Es la hora del sacrificio —dijo. Doña Concha se puso de pie. Y, más solemne que Don Tello, describió el cortinaje donde estaba la muñeca. Don Cipriano se acercó a pasitos cortos como niño mimoso ante un regalo. Vio a la muchachita y dio un silbido de aprobación. Con delicadeza rompió la cinta roja que la envolvía. Volviéndose a todos dijo con voz quebrada por la emoción:

—Sumamente agradecido, señores. —Y se llevó su muñeca a la habitación vecina.

90

64. *Asfalto*

(Julio 1904)

A mediados de año, se reúnen las comisiones mixtas a fin de estudiar las reclamaciones que hacen las potencias a Venezuela por deudas o por perjuicios ocasionados a sus súbditos.

Hacendados europeos señalan que los revolucionarios o la gente del gobierno les robaron el ganado en el 92, en el 98 o en las numerosas guerras, guerrillas y asonadas que sacudieron a Venezuela en los últimos cinco años. Cuando Castro se entera exclama colérico:

—¿Es que acaso los súbditos de las grandes potencias, cuando se trasladan a un pobre país, como el nuestro, sólo pueden compartir nuestra riqueza y tienen el seguro de los acorazados para reclamarnos los fracasos?

La lista de reclamaciones es interminable y carente del menor sentido de juridicidad. Las reclamaciones francesas alcanzan a 19 millones de bolívares; los venezolanos las reducen a 2 millones y medio; las alemanas de 8 millones descienden a 2; las italianas suben a casi 40 millones. Castro gime con rabia:

—¿Conque por un rebaño de vacas o una estatua fraudulenta las cultas y cristianas naciones de Europa fueron capaces de agredir y de vejar a un país inerme?

—¿Qué es entonces la justicia y el derecho internacional? —clama en un botiquín Juan Otáñez—. ¿Es que acaso todo cuanto se dice sobre los valores y los deberes entre los pueblos es sólo fucgo de retórica y que sólo priva el derecho del más fuerte?

En Miraflores, Castro, de pantuflas y con gorro de terciopelo, cavila sobre la situación:

—¿Conque los grandes sí nos pueden reclamar los daños sufridos por sus súbditos durante las guerras? ¿Y a nosotros, quién nos paga los incumplimientos de contrato, los robos desvergonzados de sus compañías y las guerras civiles que han promovido? Pues si ellos tienen algo que cobrar nosotros también.

En julio, los bienes de Manuel Antonio Matos son embargados por valor de 24 millones de bolívares, como indemnización por los daños ocasionados con la Revolución Libertadora.

El ministro del Interior, Lucio Baldó, llamó al gerente de la Bermúdez Company y le transmitió la lista de agravios que Venezuela tenía contra la compañía y que se estiman en 50 millones de bolívares. El gerente, escandalizado, corre a la Legación Norteamericana.

—Eso nos pasa por aceptarle arbitrajes a un bandido como Castro. Esto debe arreglarse con acorazados.

Mr. Bowen trata de calmar al asfaltero. Se cruzan telegramas en todos los sentidos. Theodore Roosevelt pregunta a diario por los asun-

tos venezolanos. Mr. Bowen aboga ante el Departamento de Estado para una investigación más radical en el levantisco país. Mr. Loomis, ex ministro de Estados Unidos en Venezuela, se opone a las propuestas de su colega. «No es por simpatía a Venezuela —observa Bowen— ni a su régimen que Loomis asume esa actitud, sino porque representa a otra compañía asfaltera de Filadelfia que compite con la Bermúdez». Entre tanto la Corte Suprema de Justicia declara que encuentra con lugar que el gobierno de Venezuela cancele el contrato que tiene con la empresa norteamericana. Castro ordena el embargo de la compañía y, al frente de un pelotón de coroneles mal encarados, el nuevo gerente hace ondear el pabellón venezolano en la factoría yanqui.

Mr. Bowen blasfema en sánscrito y pide al Departamento de Estado que envíe una flota a La Guayra.

«Si las propiedades americanas no son devueltas a las veinticuatro horas de llegar los acorazados, propongo que las aduanas de La Guayra y Puerto Cabello sean ocupadas por el gobierno americano y retenidas hasta que se obtengan las satisfacciones correspondientes.»

La ira de Mr. Bowen se redobla al recibir por toda respuesta que el gobierno norteamericano enviará al Juez Calhoun y al Agregado Militar Parker, para que hagan una investigación de los hechos.

Mr. Calhoun se aloja en casa de la familia Ibarra y estudia con detenimiento, tanto el asunto asfaltero, como la vida y costumbres de la ciudad.

A su regreso a los Estados Unidos, el gobierno de este país le propone a Castro un arbitraje para dilucidar tan enojosas cuestiones. El Cabito se niega a la propuesta. «Eso es cosa juzgada y hecha.»

Gustavo Sanabria deja de ser Canciller para dar paso al General Alejandro Ibarra, casado con la hija de un antiguo diplomático en Caracas, y a quien se atribuyen virtudes de hábil negociador.

La respuesta de Mr. Hay, Canciller de los Estados Unidos, es todo un ultimátum:

«Si el gobierno de Venezuela se niega a consentir un arbitraje, los Estados Unidos, pueden verse obligados a tomar todas las medidas que juzgue necesarias para lograr reparación, sin acudir al arbitraje.» El Ge-

neral Ibarra hace un gesto apoplético cuando recibe la nota. Castro responde: «Venezuela es una nación soberana, y lo único que nos interesa saber es si los Estados Unidos la reconoce como tal. Y si la reconoce tiene que aceptar los veredictos de sus tribunales.»

Mr. Bowen ante la respuesta replantea su vieja tesis de que no hay más correctivo sino enviar la flota yanqui, para que ocupe las aduanas y destruya y encarcele a Castro.

A Theodore Roosevelt le tienta el consejo. Siente que «ese mono ridículo» —como lo llama—, afrenta al poderío norteamericano. Pero sus asesores le advierten que sus impulsos niegan el espíritu de los protocolos de Washington.

Teddy Roosevelt exclama «Goddam» y, para descargar su ira, se disfraza de cazador y, a falta de latinoamericanos, se va a matar cabras en las montañas Rocosas.

El Ministro Bowen abandona el país y lo sustituye un encargado de negocios. Castro se ríe a carcajadas.

Mr. Bowen, tan pronto llega, se dirige a las oficinas del Departamento de Estado y acusa a Mr. Loomis de recibir fuertes dádivas de las empresas competidoras de la Bermúdez. Mr. Loomis, a su vez presenta pruebas de que Mr. Bowen no es más que un asalariado de la Bermúdez. La prensa norteamericana recoge las mutuas acusaciones y pregunta si el gobierno estadounidense es expresión de la voluntad del pueblo o de las poderosas compañías internacionales. La tempestad se aleja. Castro sonrío.

65. *El pincel de Pierre*

(1904)

Rosarito, a pesar del ministerio de su marido, se aburre como un trapense. Los años pasados en París le han dado una nueva visión de la vida, que la han desajustado para vivir en Caracas. Gonzalo no ha col-

mado sus necesidades vitales de mujer, siempre ardientes y presentes, aparte de que su vida ministerial lo mantiene todo el día envuelto entre citas y papelotes.

La proximidad a la treintena la ha embellecido. Su hermoso cutis y sus grandes ojos negros relampaguean de necesidad y a pesar de sus juramentos, comienza a impacientarse.

Cada vez echa de menos París con sus puentes y sus cafetines a las orillas del río. Con sus intelectuales brillantes. Con la gente de sociedad que le presentó su tía, ágiles, elegantes, bien parecidos. Con aquellos pintores, entre los cuales sobresalía Pierre, que la colmaron de encanto y copiaron en sus lienzos hasta cansarse su figura tropical y menuda.

Un día en que la atenaza el hastío, la sirvienta le dice:

—Misía Rosarito, por el teléfono la llama un musiu, pero yo no entiendo ni jota.

Rosarito toma el teléfono. Alguien le responde. Estalla en una carajada de alegría, que jamás le ha oído el Pez que Escupe el Agua.

—¡Pierre! ¿Cuándo llegaste? Vente inmediatamente para acá. Ya te mando a buscar con mi chofer.

A la hora llega Pierre. Es el mismo Pierre de las orillas del Sena. El de los besos ardientes y suplicantes que la zarandeaba alegre por Montmartre. Sin importar le poco ni mucho la proximidad de alguien, lo arrastró por una mano hasta el salón, y le dió un beso largo y ardiente que descuadró a Don Feliciano.

Por horas platicaron la mujer y el pintor. Pierre le refirió que su fama como pintor había crecido de tal forma que ya podía permitirse hacer un crucero por Sudamérica. Tan pronto llegó a Caracas, preguntó por ella y le contaron que estaba casada con el ministro más importante del régimen y, ni corto ni perezoso, la llamó en el mismo instante de llegar.

Rosarito sacó cuentas con premura. El «caído del catre» de Gonzalo ni cuenta se daría. Se haría pintar un retrato, con el que Pierre tardaría meses. Luego se lo presentaría a sus amistades y tardaría años, y se quedaría en Caracas, y le quitaría de encima ese aburrimiento feroz y envolvente y volverían juntos a recordar los tiempos de París.

Pero el pintor dejó caer con tristeza:

—No puedo, chérie, estoy casado y ando con mi mujer en luna de miel.

Rosarito sintió desplomarse y tan sólo preguntó:

—Entonces, ¿cuándo te vas?

—Mañana en la tarde.

La mujer ahogó un sollozo y después de otro beso largo y ardiente, lo dejó partir.

Rosarito cayó en una depresión tan profunda, que los mejores médicos de la ciudad se cruzaron de brazos. Un día Revenga, que como médico era cuestionable, pero que conocía bien el alma humana, dijo para contento de Rosarito:

—Yo creo, Gonzalo, que lo mejor será mandarla a Europa, pues nosotros aquí ya hemos hecho lo que hemos podido.

—Pero yo no puedo acompañarla —fue lo primero que dijo el ministro.

—Puede ir con Misia Josefina —apuntó rápido el galeno en auxilio de su paciente.

—Pero yo me mareo horrores —observó la matrona.

—Pues yo puedo ir sola. En París está mi tía Carmelita.

—Pero, ¡niña! —protestó Misia Josefina—, ¿cómo se va a ir sola en un barco una mujer buenamoza y casada?

—Ay, mamá —respondió Rosarito—, cuando una mujer quiere dar un mal paso lo da detrás de una puerta. Aparte de que soy ya mayorcita y me sé cuidar sola.

—Ninguna mujer se sabe cuidar sola —pensó Revenga—. Basta una noche de luna llena en el entrepuente, dos copas de champán y unos violines, para que hasta Santa Catalina baje la guardia.

* * *

Rosarito arrió la bandera de Gonzalo Machado al tercer día de navegación y, desde ese momento hasta que llegó al Havre, se entregó en cuerpo y alma a un comerciante francés, joven y bien plantado, que,

además de dominar la acupuntura crónica, tenía el sentido de humor fino y brillante que tanto la excitaba y complementaba.

Tres meses después llegó a Venezuela.

Cuando Gonzalo la vio hermosa y radiante, no pudo menos de observar:

—Indiscutiblemente que el doctor Revenga como político será malo, pero como médico, es un gran médico. —Revenga, que estaba a su lado respondió, malicioso, viéndole los ojos a Rosarito:

—Ojalá aquí se consigan los mismos remedios; si no, vamos a tener que importarlos.

* * *

A los tres meses de haber llegado a Caracas, Rosarito se deshizo nuevamente.

Volvió el insomnio lúbrico. El desgano con hambre y la ira mal contenida. Gonzalo llamó de nuevo al taumaturgo.

—Es mejor que pidas el remedio que te tomaste allá —le susurró Revenga en un descuido del marido.

Rosarito siguió el consejo. Dos meses más tarde desembarcaba en La Guayra Pierre de Savatin y su mujer. Venían con varios contratos. Entre ellos hacer un óleo de la esposa del Ministro Machado.

66. *La conspiración* (1904)

A finales de año el Restaurador se sintió nuevamente enfermo. Agudos dolores lo conmocionaban desde el riñón a la vejiga.

—Por donde pecas, pagas —decía grave y burlón el padre Borges, tratando de sacarle una sonrisa a aquel rostro crispado por el dolor y por la fiebre. Tiene el rostro hinchado y la urea alta. En un salón ve-

cino, Razetti, Acosta Ortiz, José Antonio Baldó y Revenga celebran junta médica.

—Es un cólico nefrítico —dice Acosta.

—No, es algo más grave —respondió Razetti—. Es una nefritis.

—Su porvenir es malo —señaló Baldó.

Revenga comprende que un riñón enfermo va a poner fin a la Restauración y en el despacho de Torres Cárdenas en Miraflores informa a sus compañeros del círculo valenciano:

—Está liquidado —les dice. Tiene el riñón podrido. De vivir mucho vivirá dos años. Yo creo que llegó la hora.

En un ángulo del salón, una moldura se desplazó lentamente sin que nadie reparase en ello.

Un largo silencio había caído sobre el grupo. Finalmente observó Eduardo Celis:

—Lo malo es el otro. No creo que se quede quieto a pesar de su aspecto inofensivo.

—A mí no me da miedo Gómez —observa Carnevali Monreal—. Es demasiado bruto para intentar algo por sí mismo. Sin Castro es un cero a la izquierda.

—No te comas el trazo, que yo lo he visto de cerca —señala Manuel Corao—; y el hombre no es tan lerdo como parece. No se les olvide que él fue quien acabó con la revolución de Matos y cuidado si acaba también con nosotros.

—Eso es lo que dice Laureano Villanueva —observó Celis—. El otro día me gritó de calle a calle: Dile a Álvarez de Lugo que te pule las espuelas lo más pronto posible, porque por ahí viene Gómez y nos va a cortar el pescuezo a todos.

—¿Y si lo envolvemos y lo ponemos de nuestra parte? —preguntó Tello Mendoza con modales de tendero.

—Qué pelado está Don Tello —observó Torres Cárdenas—. Gómez no nos puede ver y menos a usted.

—Gómez no es Castro —continuó el secretario— y es al mismo tiempo su más fiel soporte. Yo antes pensaba como Carnevali, que sin Castro, Gómez no valía nada, pero ahora me doy cuenta de que es al

revés. Sin Gómez, Castro estaría derrotado. Es un hombre enigmático que nosotros no comprendemos ni él a nosotros, pero de ahí a que sea un bolsa hay un trecho largo. El ejército lo respeta sobremanera, el pueblo lo celebra, los curas y los conservadores lo ven como un hombre respetable.

—Que tiene una querida —metió baza Carnevali.

—Pero que trata como a su esposa —le respondió Torres—. Gómez, además, es inmensamente rico, valiente y tiene gente propia en sus haciendas.

—Entonces tú lo que quieres decir es que nos fuñimos —observó Revenga.

—Pues, más o menos.

—Yo no creo —respondió el médico disgustado—. Si metimos en cintura a este mono de Los Andes, no veo por qué no podemos salir del otro. Ya Castro no tiene apoyo. Apenas le quedan algunos soldados y pocos oficiales andinos. En cierta forma su otro gran apoyo es Panchito Linares Alcántara, que tiene más prestigio en el Centro que el pobre General Gómez. —Linares sonrió ante la propuesta de Revenga.

—A mí me parece —dijo Torres Cárdenas— que nosotros debemos pensar ya seriamente a quién vamos a apoyar para que suceda a Castro. Panchito me parece bien, siempre y cuando sea generoso.

Todos celebraron complacidos. Torres Cárdenas siguió hablando:

—Lo de Panchito está bien. Que sea él o alguno de nosotros quien mande, es lo de menos, pues al fin y al cabo somos socios de la misma empresa. A mí lo que me preocupa es ¿qué hacer con el hombre de «La Mulera»?

—Yo creo que hay que indisponerlo con Castro, para que sea él mismo quien le dé la puntilla —señaló Linares—. No creo que será difícil, porque me parece que ya comienza a estar predispuesto contra él. Varias veces lo he notado celoso, sobre todo cuando le dicen que Gómez es un gran militar. Yo, que no pierdo oportunidad de envainarlo, el otro día hasta le dejé caer, que Doña Zoila protegía demasiado a Gómez.

—Y es verdad —dijo Celis.

—Es que son socios en varios negocios —apuntó Corao—. Entre los dos se han hecho ricos.

—¿Y no se entenderán en la cama? —preguntó Tello en su obsesión de que la política es cosa de pantalón y falda.

—No creo —apuntó Revenga—. Doña Zoila es una verdadera plasta, que sólo está pendiente de los centavos.

Por horas los valencianos continuaron pesando y midiendo en el despacho de Torres Cárdenas. Se desechó una vez más la propuesta de Carnevali de solucionar el problema con un balazo, y se acordó aplicar estímulos adecuados para que Castro reaccionara contra su compadre y lo aplastase en alguno de sus arrebatos.

—No hay nada más fácil de incitar que la cólera del César contra sus espadones —recordaba Torres Cárdenas—. Y para ello no hay nada mejor, que seguir el consejo de Maquiavelo de «Calumnia, calumnia que algo queda».

«Calumniemos a Gómez como hicimos con Juan Otáñez. Hagamos que el Cabito se sienta celoso y temeroso de su prestigio. Y salimos del problema. De fallar este plan se pudiera pensar en el balazo.

Luego de consumir dos botellas de buen coñac, salieron del salón hablando en alta voz.

En la habitación contigua una mano enguantada volvió a poner en su sitio la moldura por donde se filtraba la voz de Torres Cárdenas.

92

67. *Y volvió a la celda de su abuelo*

(1905)

Desde los tiempos de la Revolución Legalista en el 92, Juan Corrales no había vuelto a Calabozo. Cuando retornó trece años más tarde tenía dos hijos, una mujer todavía bella y la mirada seca.

Su vieja casona frente a la plaza permaneció detenida en el tiempo. El hijo de Juan de Dios Crespo, Antonio, igual que su padre, adminis-

tró hasta donde le permitían sus escasas luces las propiedades en Calabozo.

Juan Corrales dirigió una mirada triste al viejo caserón de sus abuelos y un silencio de espanto le respondió.

Antonio le dio la gran noticia. Le tenía más de dos mil pesos guardados por concepto de alquiler de las seis casas que tenía en Calabozo. Juan Corrales observó que la renta acumulada era por lo menos tres veces mayor, pero Antonio se perdió en tan complicadas cuentas y explicaciones que a Juan le dio más pereza que lástima revolver las cuentas y las aceptó como venían.

—Cuando uno está en la mala —le dijo a Gastón—, hasta los perros lo mean.

El Coronel Fernández, el nuevo Presidente de Estado, era un buen hombre, que importunó lo menos posible a sus gobernados, a pesar de la fría recepción que le opusieron por ser de Los Andes.

Juan Corrales se apartó radicalmente de la política. Calabozo, más que ninguna otra ciudad del llano, había sufrido los embates de la guerra.

Nada valía nada, ni a nadie le importaba la suerte de nada ni de nadie.

El calor de Calabozo, el abandono y el hastío, fueron quebrando la voluntad de Juan Corrales y fue adquiriendo la costumbre de beber grandes cantidades de licor tan pronto llegaba a su casa desde el hato cercano. La barba comenzó a encanecerle y a cargársele los párpados de libación y de pena, lo que contrastaba con la juvenil figura de Gloria, quien volvió a florecer en su belleza como en los primeros años de matrimonio.

* * *

A fines de año llegó la nueva: Santiaguito Blanco había sido nombrado gobernador de Calabozo. Se decía que había sido trasladado de la gobernación de Aragua a la del Guárico, como castigo por haber violentado a una muchacha parienta del General Castro.

Juan Corrales sintió un estremecimiento con la noticia y sospechó que era el principio del fin.

Un día cualquiera, Santiaguito llegó a Calabozo. Juan Corrales hizo lo imposible por ignorarlo. Salía de madrugada en dirección al hato y regresaba cuando la siesta asolaba la ciudad.

Pero una tarde que llegó más temprano, se encontró con el mulato en su propia casa, conversando con Gloria y con los muchachos.

—General, ¡qué gusto de verle! Parece que estamos condenados a ser vecinos —le dijo con tono reticente al llanero.

«Como la montaña no va a Mahoma... por eso me dije: ¿cómo es posible que mis buenos amigos los Corrales no me hayan venido a saludar, cuando los he podido mandar a buscar con la policía? —agregó con sorna.

Juan Corrales guardó silencio. Santiaguito se veía libre y distinto. Se sentía desfachatado y sobre todo lleno de un odio verdense pronto a estallar. Siempre burlón, prosiguió:

—Pero qué buenamoza está Gloria, General, aunque a usted lo veo más viejo. Cuidado, pues recuerde lo que dice el dicho, que el hombre que se casa con mujer bonita hasta que no llega a vieja el susto no se le quita.

Juan Corrales frunció el ceño y respondió sin contenerse:

—Mejor mida sus palabras, que estamos entre hombres de bien y mujer honrada.

El Mulato, como si no entendiera y siempre riendo, se puso en pie y a paso lento, sin despedirse, salió a la calle. Cuando llegó a la casa de gobierno pidió al ordenanza un trago de brandy y luego otro, y se metió en el chinchorro. Una nube de malos sueños se le vino encima. La muchacha a quien violentó tuvo la culpa. Bastante fiesta que le sacó al principio. Por ella se divorció de Lorika, con quien se había casado y a quien mandó a Suiza con Isabelita. Esa fue la condición que le puso la muchacha, para luego arrepentirse. Pero él no era hombre de quien nadie se burlara. La hizo raptar a la salida de misa, la violó y poseyó tantas veces como pudo.

La muchacha llegó a su casa y sin decir nada se ahorcó en el baño.

Por primera vez se alborotó el pueblo. Hubo muertos y refriega. A los dos días Castro lo hizo llamar y de muy mal talante lo mandó a Calabozo.

Pronto el genio atormentado de Santiaguito se proyectó en su jurisdicción: encarcelamientos arbitrarios, raptos de mujeres, asesinatos sin dueño. Todas las semanas organizaba ruidosos bailes en la casa de gobierno, donde obligaba a asistir a lo mejor y lo peor de la ciudad. Invariablemente las fiestas terminaban en bacanales, como las que organizaba en Caracas su jefe, el Restaurador.

Gloria y Juan Corrales se negaron a asistir a las veladas de Santiaguito.

Pero una noche en que salían de la casa del mulato estruendos de furrucos y carcajadas, se presentó un pequeño piquete de policías con la orden de llevar a Corrales y a Gloria a su presencia. Juan Corrales, lleno de ira, se dejó conducir en mangas de camisa. Cuando el jefe de la guardia le hizo ver que podía esperar, le gritó:

—No sca pendejo y cumpla su oficio. Lévenos presos ante ese carajo.

El llanero, con el pelo en desorden y la crispadura del odio, era la imagen de la venganza.

Cuando hizo su entrada en la casa presidencial el mulato bailaba un movido merengue:

—¿Conque no querían venir? —voceó burlón—. Pero no hay quien pueda con Santiaguito Blanco. ¡Soy demasiado camisón pa' Petra! Venga para que baile, misia Gloria —y se adelantó vacilante tratando de enlazarle el talle. Pero no le alcanzó la mano.

Juan Corrales, de un salto le metió un empellón.

—No me toque a mi mujer, ¡piazó e' mierda!

Diez hombres lo derribaron y lo maniataron. Santiaguito iracundo dejó escapar el secreto que había hecho de su vida un desierto:

—¿Y qué hiciste tú con la mía, grandísimo carajo? Métnlo en la cárcel por faltarle el respeto a la autoridad.

Y entre el llanto de Gloria y el silencio de todos llevaron a Juan Corrales a la misma celda que guardó a su abuelo noventa años atrás.

Santiaguito le mandó a Gloria un recado salaz.

La calabocena estalló:

—Míreme, grandísima sinvergüenza, dígale a ese negro de miércoles que si quiere matar a mi marido que lo haga, porque a nosotros nos enseñaron a morir y no a vivir, y que se vaya a la porra junto con usted.

La mensajera, santiguándose, salió corriendo hacia la calle. Gastón, que alcanzó a oír el estruendo, preguntó qué sucedía; pero por toda respuesta Gloria estalló en llanto que no quiso explicar al hijo. Y la vieja casona se sumió una vez más en su tristeza de casi un siglo.

Pero alguien más estaba profundamente perturbado con la prisión de Juan Corrales: era Gregorio Mata, el nieto del indio Eulogio, el espaldero de Boves. Mata era carcelero de Calabozo desde hacía más de cinco años, y para él la familia Corrales era sacramental y parte de su sangre.

—Descuide, mi General —le dijo al verlo—, que yo estoy aquí para velar por usted y que no le suceda mal.

Y por siete días y siete noches cuidó al nieto del Taita como si fuese el dueño de una hostería. La octava noche lo despertó y con voz grave le dijo a tiempo que le entregaba un revólver:

—Levántese, General, que Don Santiago acaba de entrar a su casa.

Juan Corrales se irguió de un salto y en una sola carrera seguido por Gregorio, llegó a la casona. De adentro se oían los gritos de Gloria y las carcajadas de Santiaguito corriendo tras ella. Grupos de curiosos se arremolinaban en la puerta. Cuando vieron llegar a Juan Corrales, revólver en mano, le hicieron un callejón de angustia.

Adentro restallaron tres disparos. Luego salieron Gloria, Juan Corrales y los muchachos. Ya Gregorio Mata venía con cuatro hombres y seis monturas.

—Véngase, General, que somos varios para protegerle.

El judío Abraham, de la tienda de al lado, entró a toda prisa en su casa y volvió corriendo con un fajo de billetes:

—Agarre, General, que los va a necesitar.

Juan María Ravelo, que pasaba en ese momento en un soberbio caballo blanco, le ofreció la montura:

—Toma, Juancho, llévatela, es tuya —y le dio dos morocotas que llevaba consigo.

Juan Corrales y su tropa tomaron camino hacia el Orinoco, donde Gregorio Mata tenía un hermano que sembraba cacao por los lados de Barrancas.

—De ahí nos será fácil huir hacia Trinidad.

68. *Aquí mando yo* (Marzo 1906)

La enfermedad y el brandy tienen a Cipriano Castro en un estado de irritabilidad crepitante que se desborda al menor estímulo, cebándose caprichosamente o con motivos sobre funcionarios y personalidades, como es el caso Monsieur Tagny, encargado de los negocios de Francia.

Desde hace tiempo tiene en la mira al «Cable francés». Es una de las tantas empresas monopolistas que surgieron ante la benévola complacencia de Guzmán Blanco. La compañía no sólo explota la línea submarina que comunica a Venezuela con el exterior, sino las comunicaciones con provincia. Por presión suya, la Corte Federal, disolvió el contrato en septiembre. Mr. Brun, jefe del Cable alega que se está atentando contra el derecho de propiedad. Castro responde:

—Para que el musú no nos esté dando consejos legales, que lo expulsen del país. —Monsieur Tagny dirige una nota al canciller venezolano, donde no oculta su menosprecio por Castro y Venezuela. Venezuela replica a su vez «que mientras Monsieur Tagny, represente a Francia, el gobierno nacional no seguirá tratando con la nación gala ningún asunto diplomático».

Francia observa «que los términos de Venezuela son inaceptables» y mantiene sin remover a Monsieur Tagny.

En enero de 1906, el Cabito ordena el embargo del cable francés. Castro declara que en lo sucesivo las comunicaciones cablegráficas de Venezuela con el exterior se harán a través de Trinidad y de Curazao, mediante lanchas que partirán de La Vela y de Macuro.

La medida apareja comentarios sobre la cordura del Presidente. Francia rompe relaciones diplomáticas con Venezuela.

Monsieur Tagny aún permanece en Caracas, en espera de las instrucciones del Quai d'Orsay.

Llega a La Guayra un transatlántico francés. Monsieur Tagny sube al barco en calidad de visitante. Por horas bebe champaña y dialoga con sus compatriotas. Cuando llega la hora de partida y el francés, medio ebrio, se dispone a bajar a tierra, las autoridades venezolanas se lo impiden y tiene que retornar a Francia en el transatlántico.

Venezuela entera ríe de la ocurrencia del Cabito.

Gonzalo Machado cavila sombrío y Juan Vicente Gómez le comenta a Pimentel:

—Esto sí que se puso mal compadre: sí, señor; sí señor.

—Eso es para que esos musiúes sepan de una vez por todas, que aquí mando yo —exclamó el Cabito y se tomó la cuarta copa de brandy, aunque le doliese el riñón.

69. *Y a La Victoria se fue*

(Abril 1906)

Gómez, desde la vicepresidencia, intensificó su política de dispersión y afianzamiento. Hasta muy entrada la noche trabajaba en su despacho de Miraflores. Era un trabajo de oír y resolver los múltiples problemas que se le pueden ocurrir a los vecinos de un pueblo en crisis: la madre que implora por la libertad del hijo, el paisano que mendiga el pasaje de

retorno al Táchira, el que viene de la montaña confiado en una amistad inexistente con Don Cipriano. Don Juan oye a unos y a otros. A nadie rechaza en sus pedimentos. A todos consuela con promesas o ayudas en metálico.

Espías espontáneos y a sueldo lo tienen al corriente de cada uno de los actos y gestos de Castro y de su camarilla. Sabe todo cuanto murmuran de él. Conoce las burlas de Revenga y los comentarios de Tello Mendoza sobre su forma de hacer el amor. Todo esto lo altera y lo incomoda. No es de los hombres que resisten impávidos ni la afrenta, ni la traición, y mucho menos la burla. La burla, sobre todo, lo desquicia y en particular esa burla caraqueña que llaman mamadera de gallo, y que no termina de entender a pesar de sus seis años en la capital. Nunca sabe por qué ríen los caraqueños, ni cuándo es tiempo de reírse. Tampoco ellos se ríen cuando los paisas se carcajean. Eso de Juan Vicente Capagatos le produce una rabia desquiciante que se traga la guía de sus bigotes. Juan Vicente sin embargo no expresa sus sentimientos. Sin alterarse, como en los primeros tiempos, sigue alternando con los amigos de su compadre. A veces departe con ellos en el saloncito privado del Presidente y con su mirada somnolienta de comensal hartado, asiste sin reírse a las cabriolas de Tello Mendoza o a los sarcasmos de Torres Cárdenas.

Gómez siente con preocupación el alejamiento progresivo de Don Cipriano. A veces no le corresponde el saludo y simula estar preocupado por asuntos administrativos. Ya no media entre ellos aquella conversación chispeante donde el Restaurador le refería emocionado sus planes y sus temores. Ahora su actitud es la de alguien resentido por uno de esos chismes, que no se pueden acallar por una simple pregunta. ¿Cómo se sabe si es verdad o es mentira que Gómez rió a carcajadas cuando Don Antonio Pimentel dijo que Castro parecía un monito? ¿O que de no haber sido por él la Restauración habría sucumbido en La Victoria? La mayor parte de las veces deja sus palabras sin respuesta o lo contradice airado.

José Rosario, que observa el nuevo estilo de Castro hacia su sobrino, le aconseja:

—Eso está malo, Don Juan Vicente, cuando un gobernante irrespeto a un leal servidor, a quien siempre lo ha tratado con estima, es porque quiere salir de él. Si usted no se enfrenta a esa falta de respeto le doy seis meses para que le den de baja.

Gómez comprobó día por día el diagnóstico. Castro se negaba a recibirlo a solas y si lo hacía por exigencias imperiosas de su oficio, era por cinco minutos y con aire distraído.

En público y particularmente en el gabinete, era cada vez más rechazante. Un día le gritó delante de Revenga y de Tello:

—Déjese de pendejadas, Don Juan Vicente, y piense con la de arriba.

Gómez sólo dijo:

—Mire, compadre, yo me puedo hacer matar por usted, pero no me grite —y dio media vuelta lleno de rencor verdadero. 93

Castro reaccionó ante la actitud de Gómez y se deshizo en excusas. Pero el doctor José Rosario García, le susurra con su aliento de saurio:

—No le haga caso, lo que se va no vuelve. El amor, como la amistad, después que se quiebra, no se recoge. Su compadre dejó de ser su amigo y tarde o temprano tratará de aplastarlo. Cúidese y tome precauciones.

Don Juan se mesa el bigote y calla como un dios chibcha, pero se revolvió lleno de inquietud al comprobar que las palabras de su tío coincidían con las de Tarazona.

—Por otra parte —le apunta García—, la popularidad del régimen está más baja que bombillo de zapatero. La situación económica es cada vez peor, las cárceles son ya insuficientes y las extravagancias sexuales de este mono han llegado a la abyección más increíble. Ya su paso por las calles no despierta aclamaciones como antes. Fíjese no más y compruebe por usted mismo. En el extranjero lo llaman «el Tiberio tropical». ¿Y usted se va a echar ese muerto encima?

A Castro los epítetos de sus enemigos lo dejaban por días insomne. Particularmente los de Antonio Paredes, con su prosa suelta y malvada martilleándole su odio, con agudeza y coraje.

Los abusos alcohólicos y sexuales lo enervan de una ansiedad iracunda. Ya los calmantes y los afrodisíacos de Revenga no logran su efecto.

Un día insultó públicamente a Tello Mendoza.

Otro día volvió a maltratar a Gómez, Doña Zoila, que tuvo noticias del incidente, se lo reprochó con miedo:

—Cipriano, así no se trata a un amigo y menos a Juan Vicente, a quien le debes tanto.

Don Cipriano volvió a sentirse culpable y pidió perdón a su compadre. Ambos derramaron lágrimas de reconciliación ante la mirada enternecida de Doña Zoila y el recuerdo de «Buenos Aires».

Esa tarde, a instancias del Cabito, los dos amigos decidieron dar una vuelta en coche por la ciudad. Al pasar por la esquina de Angelitos, Don Cipriano reparó en una rubia de ojos rasgados que lo miraba desde un balcón. El Cabito se volvió para mirarla a sus anchas. Ella le guiñó un ojo.

—Buena la muchacha —comentó Castro—. Lo que es esta tarde le mando a Don Tello.

Juan Vicente, ronroneante, festejó la escena:

—¡Qué fortaleza la suya, compadre!

—¡Quién lo dice! —comentó satisfecho el otro, ya casi convencido de su beldad y apostura.

Al llegar a la iglesia de San Juan, una voz salió de la multitud:

—¡Viva el General Gómez!

Los viajantes buscaron al dueño del grito. Pero una muralla sonriente lo impidió.

—Ya veo, compadre, que va usted camino de la popularidad.

Gómez tan sólo comentó desconcertado y sorprendido:

—Umjé, ¿y qué le parece?

Al llegar ante la estatua de Páez en El Paraíso el ¡viva Gómez! se repitió. Castro esta vez no dijo nada y su rostro amarillo se volvió hueco. Los valencianos bajean como culebras. Acusan a Gómez de conspirar.

—Los andinos lo adoran —opina Torres Cárdenas.

—Una cosa es la guerra y otra la política —responde Castro malhumorado—. En la guerra cualquier bestia puede cubrirse de gloria. En la política el burro fracasa. Juan Vicente es muy torpe y muy lerdo para que me pueda tumbar. Ya los tiempos de guerra pasaron. El mismo mató al tigre. Yo no tengo por qué temerle al cuero. 94

Torres Cárdenas sonrío enigmático.

Otro día en que está de particular mal humor, Rafael María Velasco hace la apología de Gómez. Castro vuelve a estallar.

—Gómez sin mí no va a ninguna parte.

—No creo eso, Cipriano. No seas malagradecido e injusto —le responde el otro.

Lenguas sibilinas repiten a Gómez las opiniones de su compadre. El Vicepresidente espera. Un día que el Restaurador tiene los ojos de páramo lo reconviene con dejo suave:

—Compadre, he sabido que anda usted por ahí diciendo que yo soy un burro que no sirve para nada y que lo estoy velando para echarle un empujoncito. Eso es una maldad, compadre; yo a usted le he sido fiel desde el principio hasta el fin. Por usted dejé de ser hacendado, que es lo que a mí me gusta, y por usted salí a matar gente cuando he podido quedarme en Maracay haciendo negocios y viendo mi hacienda, que es lo mío. Y si soy bruto, ni yo tengo la culpa, ni he hecho nada para parecer lo contrario.

La voz del hermano congela brumas. Castro se revuelve. El desprecio, el recelo y la desconfianza de hace unos momentos desaparecen. Y vuelve el cariño, la confianza y la culpa. Salta bruscamente de la depresión rencorosa a la euforia desbordante de comentarios y lisonjas.

Juan Vicente recuerda en ese instante la voz de José Rosario:

—Ese es el licor que lo tiene loco. Si el Cabito sigue bebiendo y parrandeando van a tener que meterlo en el manicomio, porque poder y aguardiente no andan juntos. Ya de por sí el poder enloquece; ahora, imagínese usted, si le mete mujeres y parrandas. El General Castro, además de concupiscente, es muy vanidoso y le gusta mucho la gente fina y la crema de Caracas. El otro día lo oí hablar de su ancestro y de su abuela la encomendera. Si usted hubiese visto las risitas de los godos

caraqueños que dicen que el interior comienza en Chacaíto. Eso es lo que lo tiene enfermo.

Cuando Juan Vicente desaparece tras la puerta, el Cabito hace cuentas:

—Estoy cansado y mi popularidad decae. Este hombre me es fiel. Hay quienes pretenden elevarlo para enfrentármelo, pero él sin mí no va a ninguna parte. En el poder no hará otra cosa que desacreditarse. Es bueno, pues, que le pase la Presidencia de la República, para que vea lo que es bueno y se fuña. Antes de un año estará pidiendo cacao.

Y sin consultarle a nadie su decisión, Venezuela se enteró sin mover el gorro frigio que, el 10 de abril de 1906, Castro se retiraba a la vida privada. Quedaba encargado del poder el General Juan Vicente Gómez.

—Está loco de bola —comentó Núñez de Cáceres cuando lo supo.

—Con el poder no se juega —observó el padre Borges—, porque, como dice el dicho, quien va a la villa pierde la silla.

70. *El coche del Restaurador*

(Mayo-julio 1906)

Pero Gómez no erró, como pensaba y deseaba Castro. Sin que mediasen milagros en el campo de las finanzas, la idea de un Gómez ordenado y buen comerciante sembró cierta tranquilidad en los sectores económicos y se abrió un compás de espera que volvió más optimista el rostro ansioso de la ciudad. A diferencia de Castro, Gómez comenzaba a trabajar a las cuatro de la mañana y terminaba pasadas las diez de la noche. Su despacho era una interminable romería de diplomáticos, de hombres de negocios y políticos del interior que salían satisfechos de la celeridad del nuevo Presidente. A diferencia de las eternas bravatas de Don Cipriano, empeñado en negar la deuda exterior, el General

Gómez prometió a las potencias que antes de cinco años sería cancelada. Un día el embajador norteamericano, Bowen, le susurró:

—Qué bueno sería que fuera Presidente de una vez por todas. Desde que está usted al frente del Ejecutivo las cosas han cambiado.

Gómez no dijo nada, pero dejó que la mirada se le pusiera larga. Días más tarde, el ministro de Holanda le dijo algo parecido.

Esta vez Juan Vicente le regaló una yegua rucia de bella estampa. Dos semanas más tarde la corona holandesa lo condecoraba. Era su primera condecoración y se sintió hondamente agradecido a la potencia. Juan Vicente sentía una admiración reverencial por los Estados Unidos y por las grandes naciones de Europa. Para él todo lo bueno procedía del Viejo Mundo y tenía una especie de pavor sacrílego por todos aquellos atentados contra los bienes de los musúes. Por los alemanes tenía predilección. Era una reminiscencia de sus tiempos de hacendado en «La Mulera», de cuando hacía negocios con Blohm y Compañía, y los buenos alemanes le financiaban la cosecha. Sentía veneración por el Kaiser Guillermo II. Uno de sus primeros pasos, al ser Presidente de la República, fue tener una cortesía para con el Emperador de Alemania. La nota de agradecimiento que recibió semanas más tarde, del propio Hohenzollern, lo sumió en el éxtasis y en la expectación.

Gómez, a diferencia de su compadre, fue descubriendo que le gustaba el ejercicio del poder por el poder mismo y no por sus ventajas. Él no era hombre de bailes, ni le gustaba hacer discursos, ni presidir actos oficiales como le encantaba a Don Cipriano. Para él, mandar es hacer que su voluntad se proyecte en realización; que al conjuro de su verbo las circunstancias caminen por el sendero que él les señale. Para él, gobernar es pasarse horas infinitas en su despacho de Miraflores y mirándoles el ojo a los jefes militares en el tablero blanco y negro de los cuarteles. Por eso Caracas no volvió a ver a la Casa Amarilla iluminada por los banquetes, y los baños de Soucy en El Calvario se vaciaron de políticos y de prostitutas. Una nube de ascetismo cayó sobre la capital, lo que fue celebrado por los moralistas y voceado por los curas.

A Don Juan Vicente tampoco le gustaba exhibirse en público. Ante todo, por temperamento y luego por lo que le oyó decir a su tío, el doc-

tor García, sobre el poder y su gesto. «Los que ejercen el poder deben dejarse ver lo menos posible, pues el contacto humano los daña en su aureola.»

Por eso Don Juan vivía entre sombras y no tardó en darse cuenta de que sus escasos recorridos en coche por la ciudad eran tomados como actos sorprendentes. Pronto sus espías y corifeos le informaron del ascenso de su prestigio en todo el país.

—Mucha gente opina —le decía su primo Eustoquio— que usted no debe esperar más para darle el golpe a Don Cipriano que está loco.

Con un gesto hosco Juan Vicente apartó a su primo y a su proposición:

—Yo no soy un traidor.

Pero otro día fue Delgado Chalbaud, el jefe de la armada, quien le hizo ver de manera más sutil que la propuesta de Eustoquio no sería mal recibida. Esta vez Juan Vicente sintió la mano de Don Cipriano y rechazó con indignación la oferta. El otro, a mitad de camino, pudo desenvolverse para hacer protestas por su fidelidad al Cabito y Gómez respiró satisfecho.

A diario enviaba mensajes congratulatorios y administrativos a su compadre en La Victoria, que la mayoría de las veces quedaban sin respuesta. Don Juan seguía, no obstante, fiel a su plan de no responder a las celadas del campo contrario. Los lunes de cada semana hacía una visita a Doña Zoila en su casa de El Paraíso. En tres ocasiones, la señora de Castro lo hizo esperar por más de una hora, como en sus tiempos de mayor modestia.

«Doña Zoila se olvida que soy un Presidente en ejercicio y me trata como a un mayordomo». El recuerdo del gato castrado lo importunó. De un salto se puso en pie y abandonó Villa Zoila. Esa misma tarde recibió un recado de su presidencial comadre, donde le ordenaba que pasase esa misma noche por casa, porque tenía que hablarle. Por primera vez Don Juan Vicente se atusó el bigote y la dejó esperando. Doña Zoila indignada se lo hizo saber a su marido. «Don Juan Vicente está alzado con el coroto —le escribió—. Me dejó esperando. Será bueno que te encargues de la presidencia si no lo quieres perder todo.»

Castro hizo más prognático su perfil cuando leyó la carta de su fiel Penélope. Si Zoila me previene contra Don Juan es que las cosas han ido más lejos de lo que esperaba. Y se sumió en esa excitación celosa que tienen ciertos maridos cuando obtienen prendas de una infidelidad presentida y deseada.

Al día siguiente tomó el tren para Caracas. Durante todo el trayecto, acompañado por Linares Alcántara, no hizo otra cosa que saborear su triunfo. Ya se veía llegar a Caño Amarillo con la multitud esperándole y con Don Juan y sus ministros en actitud sumisa. No tendría ni siquiera que reprenderlo sino ignorarlo. A Júpiter le basta con quitarle su mirada benéfica a los dioses menores, para que se precipiten en el Averno. «Le haré sentir mi autoridad y que todo el mundo sepa que yo soy el que manda.»

Castro no se siente con muchos ánimos para encargarse de la Presidencia. Los cuatro meses que ha pasado en La Victoria lo han reconfortado, a pesar de que continúa con el brandy y con sus abusos sexuales. Piensa que Don Juan continúe por un tiempo al frente de los negocios, a pesar de los consejos que en sentido opuesto le señala el grupo valenciano.

—Se está encaramando demasiado y eso es muy peligroso —le dice Celis.

Don Tello, a pesar de haberse burlado hasta la saciedad de las torpezas del Vicepresidente, refiere con alarma que su prestigio está aumentando y desplazando a Castro. Pero Castro no le teme a la ambición de Gómez sino al desvío adúltero de la masa caraqueña, a quien cree haber seducido para siempre con sus discursos garibaldinos y con sus carnavales renacentistas. Por eso va dispuesto a la reconquista. Bastará un simple recorrido por sus calles —piensa— y tres discursitos vibrantes. Sus ojos otean la estación, tan pronto el ferrocarril penetra en la vía franca. Pero no cree lo que está viendo. El andén está vacío. No hay bandas marciales, ni Gómez, ni tampoco público.

—¿Qué significa esto?

—Eso fue que no llegó el telegrama —apunta en una excusa ansiosa Linares.

Pero Conch'e Piña les roba el pretexto cuando les dice:

—Vine a recogerlos, de parte del General Gómez.

En coche cubierto Don Cipriano recorre la ciudad a la caída de la tarde y enfila hacia El Paraíso. Otra sorpresa lo espera. No hay guardia presidencial a la puerta de su residencia, ni siquiera un policía.

71. *La aclamación*

(Julio 1906)

El 5 de julio Cipriano Castro se encargó de nuevo del poder, luego de una humillante campaña de descrédito desarrollada por sus áulicos contra Gómez. Castro quería regresar a la presidencia por aclamación popular. Quería de esta manera satisfacer su amor propio lastimado por los coqueteos que ha tenido el país con su lugarteniente. Al mes escaso de haber abandonado Castro la presidencia, Tello Mendoza comenzó a escribir una serie de artículos abogando por el retorno de Castro y acusando a Gómez del estado desastroso de las finanzas, lo que dio pie para que un periodista de La Victoria le endilgase a Gómez un furibundo ataque acusándolo de inepto y excitando a su vez a todos los pueblos de Venezuela a que le suplicasen a Castro su retorno al poder. Gómez por primera vez supo en carne propia lo que duelen las injurias en letra de molde y comprendió por fin los ataques de ira que sacudían a su compadre.

El 23 de mayo, día de la Restauración, se organizó en La Victoria un acto político donde un poeta, a nombre del pueblo, le pidió a Don Cipriano que retornara a la presidencia. Castro, con su claqué organizada y firme, le respondió con su voz timbrada:

—Si todos los pueblos de Venezuela me pidiesen lo que ha hecho hoy el honrado pueblo de La Victoria, no vacilaría en hacerlo.

Era lo que necesitaba el círculo valenciano para ponerse en movimiento. Hacia Los Andes salió Carnevali Montreal a recoger firmas. En

Aragua fue su presidente Linares Alcántara el encargado. En Valencia, Torres Cárdenas; en Caracas, Tello y Revenga. Los ataques contra Gómez se redoblaron, lo que provocó un aglutinamiento de sus partidarios que lo impulsaban a actuar. Gómez, con aspecto sosegado, rechazaba suplicándole al mismo tiempo a Castro que tuviesen una entrevista para dirimir estas diferencias que estaban envenenando tan vieja y profunda amistad. Un día, so pretexto de un almuerzo en su honor en el pueblo de Los Teques, le propuso que discutieran a fondo el asunto. Gómez acudió con sus edecanes y secretarios al pueblecito montañoso. Pasó una hora y pasaron dos. El Cabito no acudió a la cita, ni tampoco envió excusas. En la mesa grande Juan Vicente, con su servilleta a manera de babero, sorbió la sopa, pero esta vez también tenía la mirada larga. Gonzalo Machado, que está presente, saca cuentas y renuncia al Ministerio de Fomento. Antes de hacerlo, se lo consulta a Gómez: «Yo con usted voy al fin del mundo, pero con Don Cipriano hasta el cielo va a salir hipotecado».

Don Juan Vicente lo ve con simpatía y lo deja partir.



Gonzalo, además de las razones políticas, quiere hacer un viaje a París para traerse a Rosarito, quien se fue hace ocho meses con los Savatin y tiene más de tres que no escribe.

Cuando se lo comunica al General Gómez, éste, venciendo su reserva, se atreve a decirle sonriente:

—Me parece muy bien, doctor Machado: al caballo y a la mujer de cerca y con brida.

Rosarito, ante la presencia de Gonzalo, accede a regresarse para Venezuela, no sin antes hacerle prometer que todos los años la dejará pasar tres meses en París.

Gonzalo acepta complacido la propuesta y se dedica durante la travesía a estudiar unos libracos inmensos de economía política, mientras Rosarito hace de capitana con la oficialidad.

72. *La conjura*

(1906)

Pero al mes escaso de haberse encargado de la Presidencia, Castro recayó en su enfermedad. La fiebre alcanza a cuarenta grados y lo hacía delirar. Su rostro tenía el color de una naranja cajera y acusaba un permanente dolor de cabeza. Habla de los diablos azules que le hacen mal y de la unión de repúblicas sudamericanas.

—Ahora sí se envainó Don Cipriano —le comentaba José Rosario a Gómez—. Presidente venezolano que comienza a pensar en la unidad latinoamericana está a punto de chaqueta de fuerza.

—¿Y el Libertador? —preguntó Gómez.

—No estaba loco, pero murió abandonado por ofrecer más de lo que le pedían.

—Umjú —respondió Don Juan Vicente y se atusó el bigote.

La enfermedad de Don Cipriano progresaba tanto en lo físico como en lo mental.

Un día le dijo a Linares:

—Pancho, engrasa tu revólver porque la conjura viene. —Como en ese momento entrase Doña Zoila, le susurró:

»Hay que tener cuidado con ella pues es gomecista.

Linares tuvo miedo de aquellas palabras y se lo participó a sus socios:

—Delira —observó Revenga—. Aunque Doña Zoila indiscutiblemente conspira contra su marido, Castro no lo sabe por vía propia. Por eso delira. Y si delira está loco. Y si además de loco tiene un riñón perdido, o corres o te encaramas, porque Gómez viene atrás tumbando y capando.

—Ya yo les había dicho —observó Carnevali Monreal—, que lo mejor era salir de ese hombre con un buen tiro y no me hicieron caso.

Los presentes callan ominosos un largo rato hasta que Mata les deja caer:

—Como que tiene razón Carnevali.

Castro, entretanto, se ha trasladado al balneario de Macuto. Revenga es el médico de cabecera. La gente murmura que lo está envenenando lentamente o que es un médico inepto. Gómez, retirado a sus haciendas de Maracay, viene frecuentemente a ver a su compadre. Un día está consternado por lo que ha descubierto y se lo participa a Doña Zoila:

—En una casa de Maracay encontraron un muñeco de trapo en la casa de Castro, vestido como él y acostado en el suelo con cuatro velas funerarias. Eso es brujería, comadre, y lo están ensalmando. Se lo dije a Linares Alcántara y lo cogió a guasa, pero yo sé que eso es brujería y de la mala.

La enfermedad hace renacer la vieja amistad de los dos compadres. Las habilidades de curandero de Juan Vicente alivian los dolores de Don Cipriano.

—Gracias Don Juan. Véngame a ver todas las semanas y perdóneme si alguna vez por alborotado lo traté mal.

—No haga caso, compadre, yo sé que me tenían chismeadado y contra el chisme no hay contra. —Pero esta vez Gómez tiene también la mirada larga.

La angustia del círculo valenciano se esparce como calina.

—Castro morirá pronto y no podemos llamar a la presidencia a un hombre que nosotros mismos hemos vejado —observó Linares. Delgado Chalbaud y Eliseo Sarmiento proponen dar golpe de estado y entrar a tambor batiente en la ciudad. Castro sigue delirando. Escribe poesías y proclamas que hablan del porvenir de Venezuela.

—De todo lo que ha dicho —afirma Revenga—, esto es lo más grave.

Se queja y lamenta. Un día llama a Doña Zoila a quien implora perdón por sus faltas y otro día hace traer a hurtadillas a Cuqueta, que ha hecho progresos «de individuo de número».

La proximidad de la muerte del Restaurador fortalece al grupo de Gómez. Ya lo tratan como Presidente en ejercicio. Doña Josefina Serna lo invita a un banquete. Invitación que declina. José Rosario le apunta:

—Me parece muy bien que no se deje envolver por la godarria caraqueña. Eso fue lo que perdió a Don Cipriano.

Cuando Rosarito le manda de regalo un bienmesabe, comprende que la buena sociedad se entrega y aunque le gusta el postre, se lo regala a Tarazona. Sus haciendas pululan de gente armada. Los espías de Torres Cárdenas anuncian que en la hacienda de El Trompillo están trasbordando cajas largas y pesadas que parecen máuseres y que los generales mocheros, Luque y Gimón, son sus huéspedes.

La situación es apremiante. Hay que liquidar a Gómez lo más pronto posible. Se establece un plan. En una hacienda de Maracay, propiedad de Torres Cárdenas, se organizará una ternera en honor del Vicepresidente. En medio de la fiesta un asesino a sueldo procederá a ultimarlo.

Gómez acude a la cita. En el patio de la hacienda se asan dos terneras. Músicos aragüeños rasguean la guitarra. Muchachas alegres del vecindario exhiben su alegría y belleza. Gómez ve a unos y otros. Percibe en el aire el peligro que lo acecha. En una vaquera de lujo, a cincuenta metros, está una vaca Holstein de bella estampa. Los conjurados saben que Gómez no resistirá a sus encantos. Como lo suponían, el Vicepresidente se aparta del grupo y con pesados pasos de toro alerta se aproxima a la vaquera donde hay un peón que hurga el pesebre.

Como en todos los momentos en que ha peligrado su vida, siente una desazón creciente a medida que se acerca al hombre. De un vistazo lo sabe todo. Las manos largas y frágiles no son de peón, ni la agilidad es de campesino, ni la mirada vivaz es de cuidador de vacas. Gómez ve largamente al hombre mientras su mano palpa su revólver de bolsillo. El hombre se queda rígido cuando Gómez le dice:

—¿Conque tú eras el que me ibas a matar? Ahora escoge: o te vas ahora mismo cierto arriba, como quien no quiere la cosa, y me esperas en El Trompillo, para que me cuentes lo que pasa, o te dejo tendido de un balazo.

El asesino, con los ojos abiertos, se fue caminando hasta el cerro donde desapareció en la cima.

Cuando Gómez regresó sonreído, y vieron al hombre huir hacia el

cerro, Revenga y sus amigos se quedaron sin aliento. Con amplio gesto de triunfo, Gómez se despidió de todos. Tan pronto se perdió de vista, Carnevali le dijo al grupo:

—Con Gómez no hay quien pueda. Realmente es brujo, como dice la gente. Yo me retiro de esta vaina. Conmigo no cuentan para más nada.

* * *

Gonzalo Machado, haciendo cálculos y arrojando situaciones, se presenta en La Hacienda de Juan Vicente Gómez. En su diestra lleva un abultado maletín de mano. Gómez lo hace pasar a su alcoba.

—¿Y a qué debo el honor, mi doctor?

Gonzalo serio y enfundado de negro le responde:

—Sé que los tiempos no son buenos para usted, y quiero testimoniarle mi amistad y confianza.

—Gracias, mi doctor; yo sé que en usted tengo un amigo.

—Quiero que cuente conmigo para lo que sea y donde sea y por si acaso lo necesita aquí le dejo esto —y puso sobre el escritorio el maletín.

—¿Y eso qué es, mi doctor?

—Una ayudita, mi general, a su causa.

Cuando Gómez abrió el bulto lo vio colmado y rebosante de billetes de 500 bolívares.

—Son doscientos mil bolívares que se los entrego sin recibo, ni hipotecas; son simplemente suyos.

Juan Vicente Gómez lo vio sorprendido y hasta se le humedecieron los ojos.

73. *Aquí no hay más macho sino yo* (1906)

Luego de despedir a Gonzalo, Juan Vicente Gómez interrogó a su frustrado asesino. Dijo ser un preso de La Rotunda a quien se le había ofrecido la libertad por matarlo. Según el hombre, la propuesta se la hizo el alcaide de la cárcel, pero fue el doctor Mata Illas, gobernador de Caracas, quien se lo confirmó.

Juan Vicente se atusó el bigote y puso los ojos chiquitos.

—Tenemos que hacer algo, Eloy —le dijo a Tarazona. Y volvió a repetir la frase, lo que era señal de que estaba profundamente perturbado.

Al día siguiente, acompañado por su espaldero y por su primo Eustoquio Gómez, llegó a Caracas y se alojó en su casa de Bolero, que se vio invadida por un verdadero batallón de familiares, paisanos y amigos, ya en pie de guerra por la progresiva enfermedad del Restaurador.

—Entre los sirvientes hay un espía —le refiere Aparicio Gómez. Es Cristico, el mesonero marico que le recomendó Doña Zoila.

—Está comprobado —le apuntó su tío José Rosario.

—Hay que salir de él inmediatamente —apoya Antonio Pimentel.

—Yo me lo pego —observa rabioso Eustoquio.

Gómez, lento y parsimonioso, observa:

—No señor, nada de eso; déjenlo quieto que espíe todo lo que quiera. Así le llevará al General Castro lo que a nosotros nos parezca. Y nada de facilitarle el trabajo, porque de lo contrario sospecharía el compadre.

Y de acuerdo con este plan, el Vicepresidente, cada vez que Cristico escucha, habla de Castro en unos términos que harían palidecer de envidia a Gumersindo Rivas o al padre Borges. Si alguien celebra sus triunfos militares, susurra sacristán:

—Yo no hice otra cosa sino seguir las instrucciones del hombre más grande de todos los tiempos, que es Cipriano Castro.

Si se recrimina un error añade:

—Eso me sucedió por no seguir las instrucciones que me diera el hombre más grande de todos los tiempos, que es Cipriano Castro.

Una noche un papel con letra torpe que encuentra bajo su almohada le advierte:

«Tenga cuidado con la comida porque piensan envenenarlo.»

La advertencia pone en marcha su viejo temor de ser asesinado mientras come o duerme. Deja de comer, él que ha sido tan voraz. Pierde peso y gana insomnio. Tarazona, como perro de presa, duerme en el suelo atravesado en el quicio de la puerta. A los pocos días otro papel le dice:

«No duerma en la casa porque su vida corre peligro.»

Gómez se sobresalta. En la casa, entre guardias y sirvientes, hay más de veinte personas. ¿Cuántos Cristicos hay entre ellos? Hay que actuar de inmediato. Llama al espía a su despacho. Eustoquio y Alí, su hijo, lo derriban. Cristico pone expresión de espanto cuando Juan Vicente Gómez, se le sienta encima y le dice con acento paternal y asesino:

—¿Qué te he hecho, desgraciado?

—¡Ay, nada, mi General! —exclama con voz atiplada el soplón del San Carlos—. Yo fui quien le puse en la almohada los papelitos avisándole; pero no me quería comprometer.

Gómez guarda su ira:

—Desembucha lo que sabes si en algo aprecias tu vida.

Cristico tembloroso cuenta:

Su jefe es el doctor Mata Illas. Sus socios dentro de la casa, el jardinero y uno de los pinches de cocina. Esa misma noche pensaban asesinarlo. El plan era darles a él y a Tarazona un fuerte narcótico y entrar por el techo quitando tejas y caña amarga.

* * *

Una noche en que regresa de Villa Zoila se detiene en la vaquera del islote Juan Bautista Pérez. Tiene el mismo ramalazo de advertencia que

sintió en la vaquera y en un impulso le pide al isleño que lo oculte. Media legua más allá una partida de forajidos interceptaron el coche y mataron al cochero.

Por tres días se ocultó en casa de los Pérez; hablaba de vacas con el vaquero y de leyes con su hijo.

Entre los partidarios de Gómez al saberse el atentado, cundió el desconcierto y aumentó con su desaparición. Ya nadie ponía en duda su muerte. En el momento más crítico apareció de pronto. José Rosario García y el resto de sus partidarios lo enteraron de la situación. La reacción antiandina iba en crescendo. Los tachirenses habían sido desplazados de los puestos de mando. El pueblo caraqueño era más antianantino que un cumanés. Mata Illas, carupanero, había organizado una guardia montada de negros ruyeros, a quienes los caraqueños halagaban como si fueran los dragones del ejército libertador.

—Ya no se puede esperar más —exclamó García—. Hay que actuar. Y la mejor defensa, como decía Napoleón, es el ataque.

Gómez, por primera vez, se sintió impulsado a la acción. Eustoquio, el más exaltado, salió con Isaías Nieto y Rafael de la Cova de la casa de Bolero. Y con su típica bazarria, en coche descubierto, se dedicó a insultar a todo aquel que se le antojase hasta llegar a un botiquín en Puente de Hierro, donde, ya ebrio, se dedicó a dar vivas a Gómez y mueras a Mata Illas. Luego sacó el revólver y comenzó a disparar contra la botillería. Los parroquianos abandonaron el lugar a toda prisa.

Conch'e Piña, que estaba con Cuqueta y Cristico, salió a escape al grito de: «¡Se formó la Sampablera!»

La voz de Eustoquio atronaba:

—¡Aquí no hay más macho sino Juan Vicente Gómez y después lo sigo yo! —clamaba el hombretón.

Isaías Nieto y Rafael de la Cova celebran entre carcajadas los aspavientos del Gómez de aspecto germánico, a quien las malas lenguas hacían descender de un agente cafetero de Blohm y compañía.

Esa noche Juan Vicente Gómez se enteró de la noticia:

—Eustoquio borracho mató en un botiquín de Puente de Hierro a Mata Illas, gobernador de Caracas.

Eustoquio fue hecho prisionero por el doctor Carnevali Monreal y condenado a quince años de presidio por el juez Abreu.

La muerte de Mata Illas puso fin a la conjura. Como lo pronosticara su tío José Rosario, muerto el jefe los demás se batieron en retirada.

En lo sucesivo, Gómez recuperó totalmente su ascendiente sobre Castro, y Tello, Revenga, Torres Cárdenas y Celis trataron de ganarse el favor del triunfador, sin que Gómez diese muestras de percatarse de ello. La balanza del poder se inclinaba definitivamente hacia Juan Vicente. Júpiter sin embargo, vivía. Bastaba una simple orden a la poderosa oficialidad andina, que lo seguía viendo como el Moisés que liberó a su pueblo del desierto, para que Gómez fuese aplastado en forma inmisericorde. Por eso, comprendió que no tenía más salida que esperar la muerte de su compadre. Y se preparó con devoción a hacer por un tiempo su papel de hijo amantísimo.

74. *Sin odio estoy perdido*

(Trinidad, 1907)

A finales de enero la salud de Castro empeoró. Ya nadie da más de un mes por su vida. Los conspiradores de adentro y de afuera esperan con modales de agentes funerarios.

—Si Castro no muere, iremos a las armas —le han respondido a Antonio Paredes los revolucionarios de Nueva York, Puerto Rico y La Habana—. Pero, vamos a esperar. —Paredes ha sido nombrado General en Jefe del Ejército Revolucionario. Desde su cuartel general en Trinidad, organiza la revolución que pondrá fin al régimen andino. Carlos Benito Figueredo, el cónsul de Castro, los espía constantemente.

—Es uno de los personajes más abyectos de la política nacional —le cuenta Paredes a Juan Corrales.

Figueredo es hábil y, a pesar de la anglofobia de Castro, se hace

respetar en la isla donde hace lo indecible para que Paredes y sus compañeros sean expulsados.

En el exterior la imagen de Gómez es débil. Nadie se imagina que pueda sustituir a Castro. Muerto el dictador, todos piensan que será fácil salir de su lugarteniente. No es de la misma opinión Juan Corrales. En dos oportunidades habló con Gómez: una como vencedor y otra como vencido. Y en ambas ocasiones le dio la impresión de encontrarse ante un coloso lleno de astucia y de una poderosa fuerza vital.

La actividad conspirativa en Trinidad toma fuerza y se expande. Paredes se veía como gallo fino después de un aguacero. Juan Corrales, ya desposeído de vanidad y esperanza, lo secunda sin bríos.

De las Antillas llegaban toda clase de noticias. Castro se morirá de un momento a otro. Los andinos están a la expectativa. Los valencianos están ya sin poder. Linares Alcántara, que es el único con prestigio militar, se ha plegado a Gómez.

Paredes y sus compañeros conferencian y escudriñan mapas costeros. Un día el doctor Rosca, que está exiliado, no por enemigo del régimen sino por haberle seducido la mujer a uno de los grandes generales de la Restauración, le habla como médico:

—Tenga paciencia, Paredes, que Castro en este tiro se muere y en especial si lo opera Revenga que es una mula. Se lo digo yo que fui su maestro.

Otro día se presenta un señor Hobaica, de Margarita, quien dice ser revolucionario. A los pocos días se identifica como agente del General Gómez. El Vicepresidente les manda a decir que suspendan sus planes conspirativos porque en lo que Castro muera habrá amnistía general. Y a nombre de Gómez le ofrece a Paredes la Presidencia de Carabobo, y la del Guárico a Juan Corrales.

Paredes estalla de indignación tan pronto el sirio termina su propuesta y a empellones lo tira a la calle.

El hombre, sin embargo, vuelve y temblando le refiere a Juan Corrales:

—El General Gómez tiene mucha admiración por usted y quiere que sea su colaborador, en esa dura empresa de sacar al país adelante.

A Juan Corrales le desagrada el aspecto untuoso del hombre y se lo dice sin ambages. El mensajero haciendo un último esfuerzo por no correr le dice:

—Gómez me pidió que en el último momento le dijera que él era un buen amigo suyo llamado Bigotes. No sé qué me quiso decir con eso. Usted lo sabrá mejor que yo.

Y desapareció de la vista de Juan Corrales.

* * *

Juan Corrales se sumió en el desconcierto ante la revelación:

—¿Conque «Bigotes» era Gómez? Y yo que todas las noches maldecía a Gómez y bendecía a «Bigotes».

Cuando se lo contó a Gloria ésta lloró de confusión. Gastón, que estaba cerca, le preguntó ansioso:

—¿Por qué llora mamá?

—Porque es una vaina muy seria descubrir que les debes la honra y la vida al hombre a quien se la tienes jurada.

—¿Y quién es Gómez? —insistió el muchacho.

—Un hombre bueno que se arrejunta con canallas. Un hombre a quien le debes odio y agradecimiento eterno. ¡Palo e' vaina! La que te ha caído encima, carajito.

Cuando Juan Corrales se quedó solo se dijo:

—¡Me jodí! Sin odio estoy perdido.

* * *

Justo Ceballos, el hijo de Belencita Machado, está entre los revolucionarios. Es un muchacho de diecinueve años, alto y hercúleo. De facciones gruesas y muy oscuro. Nadie diría que es depositario de uno de los mayores títulos de España. Odia a su padre, quien siempre lo despreció por su color oscuro, y acusa a su tío Gonzalo de haberle robado el patrimonio. A Belencita —según le cuenta a Juan Corrales— los ataques epilépticos la han transformado en una momia y vive arrimada en casa

de su hermano. Juan Corrales, a pesar del cariño por Belén, siente una extraña repulsión contra Justo. Lo encuentra desfachatado y vulgar, con facha de váquiro alzado. Jamás en la vida ha visto una acción armada y no habla sino de guerras y de matanzas. De su tío Gonzalo refiere que es un bolsa mala gente y de Rosarito, que es una vagabunda que trató de seducirlo. Juan Corrales quien ya no podía más, le gritó con ira a tiempo que le enseñaba la puerta:

—Vete pa' carajo.

Tan pronto salió Justo, Juan Corrales rasgó el sobre de una carta procedente de Caracas. El llanero dio un salto al fijarse en el remitente: Gonzalo Machado.

«Estimado amigo:

«Molesto su atención para pedirle que avise a mi sobrino Justo, que su mamá y mi hermana Belencita (q.e.p.d.) murió ayer a consecuencia de una fractura de cráneo provocada por un ataque epiléptico...», Juan Corrales corrió tras del muchacho gritando con todas sus fuerzas:

—¡Justo! ¡Justo!

* * *

Para el 15 de febrero en la madrugada se planifica el desembarco en Güiría. Con la gente de Rolando, que llegará muy pronto, y con el barco de Matos, que viene de Puerto Rico, será suficiente. La gente de Paredes trabaja afanosamente. Se escriben proclamas, se limpian viejos fusiles, se revisan y embalan las municiones. Faltan once días para el verano que librerá a Paredes del fracaso y del olvido.

—Cualquier cosa es preferible a vivir vegetando esta existencia miserable —le escribe Paredes a Margarita Olavarría, su novia.

—Pronto saldremos de esto y viviremos felices —le decía Juan Corrales a Gloria mientras acariciaba a Mercedes.

En ese momento recibió un mandato del gobernador de Trinidad para que compareciese con Antonio Paredes de inmediato a su presencia. Juan Corrales y Paredes se quedaron con la boca abierta cuando el gobernador les ordenó abandonar la isla antes de cuarenta y ocho ho-

ras, pues Su Majestad Británica no estaba interesada en favorecer revueltas contra los países vecinos.

Esa misma noche Paredes y Juan Corrales tomaron una decisión.

Cuando en la madrugada Juan Corrales vio a Gloria y a sus hijos dormidos apretó el sable con furia y salió en puntillas de la habitación.

75. *La Patria y el riñón*

(1907)

El 9 de febrero de 1907 la residencia presidencial en Macuto está rodeada de angustia. El Presidente Castro será operado esa misma mañana por el doctor Revenga. Ya la intervención no puede postergarse. «Y el país espera con el alma en un hilo —escribe el diario oficial—, que el secretario y médico realice el milagro de concederle la vida al Restaurador.» Los mejores médicos están presentes en el trascendental acto: Eduardo Celis, Ministro de Finanzas, tendrá a su cargo el control del pulso y Lino Clemente la anestesia. Para cualquier eventualidad, quedan como centinelas Pablo Acosta Ortiz, David Lobo, Adolfo Bueno, José Antonio Baldó y Arturo Clemente.

«Se va a decidir en la mesa operatoria —escribe Gumersindo Rivas— la vida de un pueblo y de una sociedad.»

Muy de mañana comulgaron enfermo y cirujano. Juan Vicente, con mirada llorosa, abrazó a su compadre. Castro como en «Bella Vista» ocho años atrás, le dijo con voz quebrada:

—Compadre, si algo malo sucede, usted siga mi obra y cuídeme a la doña.

—Nada malo sucederá —dijo el otro—. Váyase quieto. —Pero cuando pronunció estas palabras tenía, como otras veces, la mirada larga.

A las ocho en punto fue fijada la operación. Momentos antes los Generales Delgado Chalbaud y Pedro María Cárdenas se acercan a Revenga y le dicen con expresión sombría:

—Tenga cuidado, doctor, por si algo le sucede a Don Cipriano, porque en ese caso los muertos serían dos.

Revenga no pronunció palabra, pero cuando entró en el improvisado quirófano sudaba profusamente, aunque era fresca la mañana.

A las ocho quince comenzó la anestesia y a las ocho y media la intervención, que terminó a las diez de la mañana. A las diez y cuarto despertó, y a las once ya se encontraba en su habitación. La operación había sido una proeza. Llueven salvas y felicitaciones. Revenga es ensalzado como un nuevo libertador del Libertador.

La Casa Presidencial de Macuto comienza a inundarse de gente. Doña Josefina Serna, con Dominguita de Otáñez, quienes desde el día anterior permanecen acampadas en un hotel de Macuto, son las primeras en llegar. Doña Zoila sale al encuentro de las dos mujeres y se prodiga palabras de cariño y felicitación:

—Alabado sea Dios, que salimos con bien de este trance —exclama patética la matrona.

—Qué consternación tan grande, Zoila, no sabes cómo he rezado toda esta mañana.

La primera dama sonríe:

—Así es Josefina, no sabes cuánto he sufrido; pero a Dios gracias y a San Judas Tadeo, que salimos con suerte.

Dominguita ruborizada y balbuceante dice:

—Esto es para el General, para cuando se recupere: son unos alfonduques.

—¡Alfonduques! —exclama consternada Doña Josefina—. Pero niña, ¿tú eres loca? ¿A quién se le ocurre traerle una cosa tan pesada a un convaleciente?

Dominguita, del color de una granada pintona, se atreve a articular a modo de excusa:

—Es que como me dijeron que al General le gustaban tanto los alfonduques y pensé... —pero la sonrisa plácida de Doña Zoila la abandona para atender a Don Pepe y Concha de La Cáscara que con aire consternado hacen su entrada.

Dominguita rumia y comprende: ese fue el desgraciado de Juan

que me hizo pasar la gran pena y todo porque no quería que viniera. Cuando le pregunté qué sería bueno para un enfermo del riñón, y qué era lo que más le gustaba al General Castro me respondió: Llévale un alfonduque. ¡Qué desgraciado! Y comprendió el por qué de la risita burlona de su marido cuando le hizo la recomendación.

Tras los de La Cáscara, apareció Maricusa. La anticuaria precedía a un sirviente de librea que traía entre sus manos una inmensa sopera de plata. Antes de que Doña Zoila la saludara, le dijo fatigada como si ella misma llevara la carga:

—Es un consomé de gallina, que yo misma, esta mañana, le hice al General. —Luego añadió:

»¡Qué sofoco, Zoila, cuánto hemos sufrido!

El Presidente se recupera de su letargo e intenta reír, pero el dolor y la fiebre no lo permiten. Los calmantes tienen poco efecto. Hay momentos en que delira. Llama a su padre Don Carmelito y se acuerda de su niñez en Capacho. Visto de cerca, produce lástima. A su lado, como un mameluco, está Juan Vicente, quien le mete y le saca la vasija de los excrementos sin menear el bigote.

—Y pensar, compadre, que yo alguna vez dudé de su fidelidad.

—Todos cometemos errores y sobre todo si nos rodean malos consejeros.

Don Cipriano, en aquel momento, vuelve a ser el caudillo de los años mozos. Su cara se contrae levemente ante la observación. Se diría que va a confiarle al amigo sus errores de los últimos años. Pero guarda silencio y cambia de tema, porque la fiebre asciende verticalmente y le saca calofríos y recuerdos.

Así han transcurrido cuatro días. El Restaurador se ve exhausto. Tan sólo tienen vida aquellos ojos enloquecidos por la fiebre.

El 13 de febrero Revenga pone en sus manos un telegrama: Es del Presidente del Estado Bolívar, Luis Varela, donde le participa que cerca de Morichal Largo fueron capturados el General Antonio Paredes y sus oficiales. El Restaurador masculla unas frases pero se sumerge en el sueño que le ofrece el calmante.

76. *Madrugada en el Socorro*

(1907)

El vapor «Socorro» de la armada nacional afila su sombra metálica frente al apostadero de Barrancas, un pueblecito de bahareque y barro a orillas del Orinoco.

Aunque son las cuatro de la mañana, la selva le saca fuegos al agua. En el camarote presidio de el «Socorro», cuatro hombres sudan despiertos su desesperanza. Uno de ellos es Juan Corrales quien ese día cumple cincuenta años. El otro, Antonio Paredes, el militar de los mostachos largos. Los pasos que se oyen arriba corresponden al Coronel Jesús García, su aprehensor en Morichal Largo.

Juan Corrales lamenta ausente su arrebato de seguir a Paredes sin armas y sin hombres. Jamás supuso que todo terminaría tan pronto. Pero él ya estaba a punto de suicidarse. Para un hombre acostumbrado a una intensa actividad la paz que venía arrastrando desde hacía cuatro años lo desquiciaba. Por eso escuchó el reclamo de la revolución. El país estaba harto de la dictadura de Cipriano Castro. Sólo bastaba que hombres de prestigio pusieran pie en territorio venezolano para que se incendiaran los caminos. El 4 de febrero en un «tres puños» margariteño salieron rumbo a Pedernales. En un golpe de astucia desarmaron a la gente del gobierno. Con viejas escopetas y cuatro presos, se fueron por el camino de Uracoa, sin que más nadie acudiese en su seguimiento.

Ocho días después, Paredes y Juan Corrales, amarrados con mecate, hacían su entrada en el «Socorro». El Coronel Jesús García no parece un mal hombre. Cuando Paredes, hambriento y lastimado, cayó prisionero y le dijo, patético: «Mátame de una vez, pero no me veje», el militar cubrió su desnudez con su propia chaqueta, le dio a comer su rancho y lo montó en su caballo. Esa misma noche lo invitó a su mesa junto con sus compañeros y sus oficiales. La mirada de García expresaba preocupación. Él era un militar, no un asesino. Días antes, cuando

se embarcó en Ciudad Bolívar en persecución de los revolucionarios, el General Luis Varela, presidente del Estado, le dijo enérgico:

—No traiga presos. De oficial para abajo fusílelos. Son órdenes terminantes del General Castro.

De la costa salta el canto de un gallo. Paredes le dice a su compañero al oírle rascar un cerillo.

—Buen día, General. ¿Cómo amaneció en su cumpleaños?

El día se viene encima con un revolotear de pájaros. A lo lejos se oye el ruido de una lancha de vapor. Desde la cubierta, Jesús García la ve venir entre el clarear del alba. Es una lancha del resguardo. Juan Corrales y Antonio Paredes, en la sentina, oyen el traquetear del lanchón contra la borda de hierro. Al poco rato el Coronel Jesús García, con voz descompuesta, les da la noticia. Con expresión entre confusa y dolida le da a leer a Paredes la carta que le ha traído el lanchón de parte del Presidente de Bolívar, General Luis Varela. El revolucionario lee:

Ciudad Bolívar, 14 de febrero de 1907.

Coronel Jesús García.

Presente.

Le reitero las órdenes que le di verbalmente en el momento de salir.

Proceda, pues, de inmediato y sin ninguna excusa. Si usted no fusila a Paredes usted será fusilado.

Paredes, sin arrugar los ojos, termina la lectura del parte.

—Lo siento —añade a modo de consuelo García.

Con su árida altivez, Paredes responde:

—Nadie lo obliga a este oficio. Usted es tan culpable como ellos y no tiene disculpa. ¡Asésineme de una vez!

García aprovechó el denuesto para matar la culpa. Salió como si huyera de la celda y dio órdenes de formar el pelotón de fusilamiento. Los cuatro hombres con las manos amarradas suben la escalerilla y emergen en la cubierta. El sol ya ha despuntado. La mañana está clara y el Orinoco se arrastra pesado y sucio por la selva. La brisa fresca des-

peja la pesantez que desde la noche anterior abrumba a Juan Corrales. Paredes contempla con desprecio al pelotón de fusilamiento. Entre ellos está un hombre llamado Eloy Silva, que en sus mocedades fue peón en la hacienda de su padre. Hay abatimiento profundo en la mirada del hombre. Jesús García, con voz bronca da órdenes de mando. Los prisioneros tienen la boca larga y opaca. Dieciséis hombres los van a fusilar. Les ofrecen un trago de ron, pero Paredes lo rechaza: «Eso es para los borrachos». Cuando los van a vendar exclama: «Eso es para los cobardes». No parece un hombre a punto de morir sino el mismo jefe del pelotón de fusilamiento. No hay miedo sino indignación ante la idea de que le arrebaten la vida. Juan Corrales se ve resignado. Los años de la derrota ya lo habían asesinado. Su barba es ya cana, y sus ojos verdes de tigre en celo tienen ya el color triste de los morichales. Un profundo cansancio desde hace ya tiempo le penetra. Desde Ciudad Bolívar ha comprendido que un nuevo orden se ha impuesto en Venezuela. Por eso ve con tranquilidad a los fusileros que a pie firme esperan la orden última.

El Coronel Jesús García absorbe los restos de su cigarrillo. Del bolsillo de la guerrera extrae un documento que vino con el anterior. Es un parte de guerra, que él debe firmar, donde le participa a su superioridad que en la madrugada de ese mismo día los prisioneros Juan Corrales, Antonio Paredes, Manuel Hernández y Raimundo González, murieron al tratar de apoderarse del buque de guerra. García está rabioso contra aquella falacia que no se podrá ocultar. De esta forma se pretende legalizar una pena que las leyes de Venezuela proscriben. García es un militar pundonoroso. Comienza a detestar este régimen de asesinos. Por un momento juega con la idea de declararse en rebeldía con el «Socorro» y libertar a los prisioneros. Pero piensa en sus hijos y en la mirada de gavilán de su segundo, el general Morales Roche, que parece penetrarlo las intenciones.

Juan Corrales, entre tanto, ve las aguas oscuras del Orinoco pasar frente a la costa verde. No quiere pensar en Gloria ni en sus dos hijos.

No se debe pensar en esas cosas cuando la muerte viene. García ha terminado de fumar el cigarrillo. Lo aplasta con el pie. Los cuatro prisioneros, de espaldas al río, se dejan escudriñar el rostro por los dieciséis fusileros.

—¡Pelotón! —ordena la voz áspera de García. Los soldados se cuadraron ante la voz de mando.

—¡Apunten!

Cuando Paredes vio elevarse hacia él la boca negra de los fusiles, gritó con la boca llena de odio:

—Cipriano Castro, ¡maldito seas!

Una descarga hizo volar las garzas.

Los cuatro cadáveres fueron echados al río. Un sembrador de cacao los vio venir corriente abajo y se persignó con espanto. Los fue sacando uno por uno con una pértiga de madera. Una profunda emoción se pintó en su cara cuando se dio cuenta que uno de los muertos era el General Juan Corrales, el nieto del Taita, a quien su abuelo Eulogio le encendía velas por el mes de diciembre.

—Alabado sea Dios —dijo Pablo Mata, y le limpió la cara mordisqueada por los peces.

77. *¿Quién dio la orden?*

(1907)

La muerte de Antonio Paredes sacudió al país y particularmente a Caracas y Valencia donde el militar gozaba de alto aprecio por su linaje y rango. Voces airadas en todos los tonos clamaron venganza. Más que nunca a los chácharos odiados por el pueblo caraqueño se les enrostró su falta. Más que nunca Venezuela se sintió ocupada por un país extraño y enemigo que se llamaba Los Andes. Las paredes blancas se vieron conturbadas por letreros:

—¡Abajo los andinos! ¡Muera Castro!

Con el de Mata Iñas eran dos crímenes increíbles en menos de dos meses.

Con el asesinato de Paredes y de sus compañeros la tensión volvió a subir. Juan Otáñez leyó llorando un elogio del muerto y de Juan Corrales ante la estatua del Libertador mientras los caraqueños hacían cruzar las quijadas acompañándolo en su elegía. La muerte de Paredes fue una revelación y una declaración de guerra para la oligarquía del centro. Un nuevo trato regiría la guerra en lo sucesivo. Que ellos y sus miembros fueron encarcelados hasta por uno o dos años en la lóbrega Rotunda o en el Castillo de Puerto Cabello, era admisible. Eso lo habían hecho todos los caudillos liberales desde Guzmán hasta Crespo. Que los humillaran haciéndolos desfilar vestidos de presos como hizo Castro con los banqueros en el 900, indignante pero soportable. Que de vez en cuando los chácharos asesinaran a un hombre del pueblo o algún personaje de segunda fila, tolerable; pero que se asesinase vilmente a uno de los suyos, como lo habían hecho con Antonio Paredes, era demasiado. Eso ya no es admisible, ni tolerable, ni soportable. El Gobierno de Cipriano Castro y de sus andinos había de terminar. El país entero debería ponerse en armas. La hora de la venganza y de la liberación había sonado.

Juan Vicente Gómez fue el primero que se atrevió a señalarle a Castro, dos días más tarde, el mal efecto que había causado el fusilamiento de Paredes. El Restaurador languidecía en el lecho de enfermo, cuando le hizo el comentario con voz pausada y significativa.

99 —Creo que se le fue la mano, compadre, en esto de Paredes.

Castro, que no había terminado de despertarse, hizo un gesto de extrañeza.

—¿Qué pasó con Paredes?

Gómez, sorprendido, se preguntó: O a Don Cipriano le estaba fallando la memoria o estaba mintiendo descaradamente.

—Pues que lo fusilaron.

—¿Cómo? —gritó esta vez el caudillo—. ¿Quién dio la orden?

—Usted mismo.

—Usted o yo estamos soñando, compadre. Yo no he dado una orden semejante.

El lento pero certero razonar de Gómez, volvió a replantear la situación. Él mismo había leído la copia del telegrama que el telegrafista, espía suyo, le había entregado y que estaba dirigida al Presidente de Bolívar, donde le ordenaba en clave el fusilamiento de Paredes.

El Cabito, ya completamente despejado, se enfrentó con los hechos y siguió negando, pero tuvo un presentimiento:

—¿No daría yo esa orden durante el delirio?

Desde hacía una semana la fiebre y el dolor lo llevaban a un estado de estupor que lo conducían por el camino del sueño hipnótico.

—¿No habría dado yo esa orden en medio de la borrachera de estos calmantes? —preguntaba en voz alta, mientras Juan Vicente permanecía imperturbable tratando de penetrar en el misterio.

—Compadre —dijo—, si usted dio esa orden, tiene que estar en la oficina del telégrafo. Espérese ahí, que yo mismo voy a buscarla.

Y diciendo esto recorrió las calles de Macuto.

Pero la orden no estaba en la oficina, a pesar de haberla visto el jefe del telégrafo con sus propios ojos.

En el momento en que Gómez le comunicaba a Castro los resultados de su pesquisa apareció Revenga. Una ocurrencia estalló en Castro. Revenga odiaba a muerte a Paredes por los vejámenes de que le hizo víctima en Puerto Cabello y por la serie de insultos que le prodigaba desde la prensa en sus eternos ataques de guerrillero verbal.

—¡Revenga! —gritó con voz metálica el Caudillo. El médico tembló ante la mirada.

»¡Revenga! —insistió el Restaurador—. Tú fuiste el que mandaste el telegrama para que fusilaran a Paredes. No me lo niegues.

El médico empalideció, balbuceó excusas, expresó sorpresa, intentó chancear, pero enfrente tenía la figura atormentada de Cipriano Castro y la tranquilidad de paquidermo de Juan Vicente Gómez.

78. *El pueblo está tranquilo*

(1907-1908)

Revenga fue destituido ese mismo día como secretario general. Lo sustituyó otro médico, el zuliano y canciller López Baralt.

Gómez al frente de las investigaciones, revolvió tumbas y archivos para encontrar la orden autógrafa: pero fue inútil. Ya cansado y frustrado en su búsqueda torturó a los empleados de telégrafo, quienes terminaron por confesar que había sido Torres Cárdenas quien recogió la orden. Pero ya era tarde, el secretario se había marchado a Europa. Gómez trata de aprehender a Revenga pero también ha huido. Gómez se regodea de satisfacción; sin Torres Cárdenas ni Revenga, Castro ha caído totalmente en sus manos y especialmente cuando progresa el malestar y la fiebre.

La situación internacional es cada vez más complicada. El 20 de junio de 1908, Estados Unidos, después de un año de intercambio de notas acres, suspende sus relaciones diplomáticas con Venezuela. La causa es la política nacionalista y antimperialista que sostiene el Cabito; la yesca que enciende el fuego es la multa que les ha impuesto a los asfalteros de Guanoco por 24 millones de bolívares. Los norteamericanos se sienten agraviados y le recuerdan a Venezuela que, de no haber sido por ellos, hubiese sucumbido en 1903.

Los periódicos estadounidenses lo llaman tirano inmoral y refieren, para escándalo de los puritanos, sus cabriolas de sátiro.

Al mes justo se suscita otro problema con Holanda. El Ministro Van Reus es declarado *persona non grata* por sus artículos en los periódicos europeos. Castro ordena someter a requisa infamante a las naves holandesas que lleguen a puerto venezolano y eleva a nivel prohibitivo los aranceles de sus productos. Esta última medida desquicia la economía de Curazao. Los periódicos curazoleños descargan sus dicitos contra Castro, y el 25 de julio una turba apedrea el consulado venzo-

lano. El Representante de Venezuela, a duras penas, logra escapar. El 28 de julio, Venezuela rompe relaciones diplomáticas con Holanda.

El pulpero Fruto Lamache se queja amargamente ante sus contertulios de la bodega:

—¡Qué ridiculez, que un pueblecito como Venezuela —dice en su chapurreado español— pretenda enfrentarse a las grandes potencias! ¿Qué será de nosotros sin el queso holandés y sin la ginebra?

Conch'e Piña, que se toma una cerveza en el mostrador, le arrebató la palabra al pulpero:

—Cállate la boca, musiú. No seas mal agradecido con el país que te da la arpa. El General Castro tiene razón de pararle el trote al atrevimiento de los grandes.

El italiano trata de argüir, pero el cochero, a punto de estallar, le espetó:

—¡Que le he dicho que se calle! Usted no puede sentir lo que significa para nosotros los venezolanos una humillación como ésa. Usted es un colado en Venezuela y lo que está pensando es en hacer real lo más rápido posible para largarse a su país. Por eso es que a mí no me gustan los musiús. Para sentir a Venezuela hay que haber nacido aquí y marmarse las buenas y las malas.

Las palabras de Conch'e Piña fueron coreadas por los presentes y, de no haber pasado un piquete de policía, hubiesen saqueado el negocio. Conch'e Piña, cuando salió a la calle con dos botellas de ron que le robó a Lamache, se decía para sus adentros: «Cómo cambian los tiempos. ¡Yo i'que defendiendo a Castro!»

Doña Josefina Serna ante la mirada atenta de Maricusa y de Rosarito comenta:

—Pero qué atrevimiento el del General Castro de meterse con los Estados Unidos y con Holanda. Ojalá le manden sus barcos para que le den una lección.

La fiebre vespertina y enloquecedora no abandona al Restaurador, y vuelve el malestar del riñón. Un joven médico de apellido Iturbe, luego de un examen de orina y de una uretrocopia, le hace el diagnóstico definitivo:

—Usted tiene una fístula en el ano que se le ha abierto en la vejiga. Tiene un riñón perdido, y si no se apura va a perder el otro. Aquí no hay médico para eso. Váyase a Europa.

Al día siguiente recibió el joven galeno un cheque por cinco mil bolívares con la insinuación de haberse prescindido de sus servicios.

La opinión de Iturbe finalmente es tomada en cuenta, y se envía al doctor José Ignacio Cárdenas, agente del Restaurador en Europa, y a su vez miembro de la familia, para que contrate al mejor cirujano del ramo. Cárdenas hace el viaje y regresa al poco tiempo con las manos vacías.

—He caminado medio mundo, pero ninguno de esos musiús quiere venir a Venezuela. Le tienen miedo a las fiebres y a las guerras civiles. El cirujano Israel le manda a decir que él no puede abandonar su clientela, que si usted quiere se traslade a Europa, que le servirá de descanso.

Cárdenas aprovecha la oportunidad en que Castro baja resignado la cabeza para hacerle un guiño a Gómez, de quien ha recibido instrucciones para que no encuentre cirujano.

—¡Qué vaina! —exclama Castro—. Pues, si es así, tendremos que irnos.

—No se preocupe, compadre —dice Gómez—, que yo le cuido las espaldas, como lo he hecho siempre —le apunta dulzón.

—Así es —observa Cárdenas—. Con Gómez en la silla usted no tiene nada que temer.

* * *

Cipriano Castro cavila. «¿Y si Gómez se alza con el coroto?», pero inmediatamente se responde: «Pero si no me voy me muero». No hay para donde coger.

Luego se consuela al pensar que Guzmán fue y vino de Europa varias veces y no le pasó nada. Y él no es menos que Guzmán. Aparte de que cuenta con la fidelidad de la guarnición del Mamey. Su guardia preferida a quien siempre ha mimado y consentido como si fueran sus hijos. Maximino Casanova es obra suya. Es uno de los sesenta y se le

trasluce el cariño y la admiración que le tiene. Cuenta además con su cuñado Jorge Bello en el San Carlos, con la guarnición de Puerto Cabello y con Pedro María Cárdenas el gobernador de Caracas y si se alza Juan Vicente, mejor; a mí me gustan esas vainas. Doña Zoila disipa su última duda:

—Déjale la cosa al compadre Juan Vicente que es hombre de confiar y que te quiere mucho. Vámonos, Cipriano, que te veo muy mal y te me vas a morir.

Castro, a pesar de su vida disipada, profesa un profundo afecto a su consorte y cree a pie juntillas en todas sus advertencias y premoniciones.

—Bueno, está bien —le responde a Doña Zoila—, vamos para Europa, pero si las cosas salen mal la culpa será tuya.

Con trescientos mil bolívares en efectivo y una carta de crédito por un millón, se embarcaron para Europa Don Cipriano, Doña Zoila, Don Carmelito Castro, el padre del Restaurador, y uno de sus hermanos.

Hasta el zig-zag del ferrocarril por las alturas de Guaracarumbo acompañó Gómez a su compadre. Hubo lágrimas y apretones de parte y parte. El día anterior Castro había enviado una circular a todos los presidentes de Estados pidiéndoles que cuidasen a Gómez como si fuese él mismo. La orden la repite en presencia de su compadre, quien lo ve partir como si quedase huérfano.

El General Juan Vicente retorna a Palacio. Desde ese mismo instante comienza a actuar en una forma diferente. Se le ve imperioso y dominador.

Esa misma noche recibe un telegrama de Castro, procedente de Carupano, donde le comunica: «La mar está serena lo que es de buen augurio», Gómez sonríe burlón.

Al día siguiente ya no oculta el afán dominador que lo embarga. Ordena y manda. Su expresión bonachona ha cambiado en dura y resplandeciente. Hay saludos que deja sin respuesta. Su paso por los corredores es recio y marcial. Su voz restalla imperiosa y enérgica. Al Palacio de

Miraflores llegan viejos enemigos de Castro que se colocan en sitios claves. De sus haciendas comienza a desplazarse mucha gente hacia Caracas.

El 13 de diciembre un buque de guerra holandés, aprisiona al buque venezolano «Alcjo», en represalia a los vejámenes que se le hacen a las naves de su país.

El pueblo se exalta ante la noticia. Se forman motines, donde se mezclan los mueras a Holanda con los mueras a Castro. Un farmacéutico de apellido Thielen, de origen holandés y yerno de Tello Mendoza, es agredido por la turba que saquea su farmacia. Luego, como un tornado, gira sobre sí misma y se dirige a *El Constitucional* y lo destruye.

Juan Vicente Gómez reflexiona. Teme represalias por parte de Holanda y ya no cuentan con los Estados Unidos. El canciller José de Jesús Paúl, un hombre menudo y nervioso, que ya siente y sufre la presión arrolladora de Gómez, le hace una propuesta:

101 —Pidamos ayuda a los Estados Unidos. Que nos manden sus buques de guerra. Con ellos acá Holanda se queda quieta.

José Rosario García, quien asiste a la entrevista, le guiña un ojo a Gómez. Su mismo sobrino ha captado la peligrosidad de la propuesta: quedaría en entredicho la dignidad nacional, pero la situación se presenta tan grave que no queda, al parecer, otra disyuntiva.

—Déjeme pensarlo, mi doctor —y se encierra en su gabinete con su tío y secretario.

—Solicitar la ayuda norteamericana es infamante, pero indispensable, tal como están las cosas. Será considerado un acto oprobioso y las críticas más acerbas caerán sobre usted. Aparte, que con los norteamericanos es difícil deslindar ocupación de protección. Lo mismo pueden permanecer meses en el territorio venezolano que toda la vida. Con una solicitud semejante se expone usted a que Venezuela se transforme en una colonia norteamericana. Pero si no lo hace es casi seguro que Holanda será el amo.

—Y entonces, ¿qué hacemos, mi doctor?

—Pues a mí se me ocurre que si utilizamos a Paúl, que al fin y al

cabo es el Ministro de Relaciones Exteriores de Castro, para que pida caxao a los Estados Unidos, con echarle la culpa a él tenemos y aquí no ha pasado nada. Llegó la hora de rifárnosla.

Juan Vicente Gómez se mesa el bigote:

—Tiene razón, mi doctor. Esa es la vía. Llámeme al señor José de Jesús Paúl.

El hombrecillo, emocionado por la aceptación de su propuesta, observa:

—Esa es la única salida, mi general. Yo sabía que con un hombre de su talento no habría problema para hacerle comprender la situación.

—E inmediatamente salió hacia la legación brasileña, encargada de los asuntos de los Estados Unidos, para que por su intermedio se cablegrafiara la propuesta al Departamento de Estado.

* * *

Gómez, entre tanto, sigue moviendo sus piezas. Sustituye incondicionales de Castro por hombres de su confianza.

Su casa es un entrar y salir de andinos de alto rango.

Gonzalo Machado entra, casi furtivamente. Juan Vicente Gómez despide a un grupo de seis oficiales en el medio del patio. Cuando lo alcanza a ver se desprende efusivo a saludarle.

—¡Qué gusto de tenerlo en mi casa, mi doctor!

Los andinos lo ven con desconfianza y antipatía.

—Lo que tengo que decirle, mi general, es muy breve, pero muy importante.

Gómez les hace con la mano una señal a los militares y se apartan a un rincón del patio con Gonzalo.

Los andinos observan el diálogo. Gonzalo parece un penitente confesándose. Su rostro permanece inescrutable. Gómez da señales de asentimiento, pero en un tono que nada transluce.

—Pero qué buena noticia, mi doctor, pero qué buena noticia...

Gonzalo al retirarse hace una inclinación de cabeza al grupo. Los seis militares no le responden. Gómez lo acompaña a la puerta y lo des-

pide con un abrazo. Tarazona, que también lo observa, sabe que su amo está eufórico, aunque mantiene la misma expresión anterior.

—Bueno, mis amigos, sigamos con el asunto aquel... —y la conversación prosigue con el mismo ritmo y color que tenía antes de la visita de Gonzalo.

Al día siguiente el *New York Times* editorializa: «Castro y sus revolucionarios son un obstáculo para el progreso del país, lo mejor que pudiera ocurrir sería la llegada al poder de un Porfirio Díaz venezolano, lo suficientemente fuerte para mantener el orden civil y lo suficientemente sabio para dar a los venezolanos el sincero deseo de perpetuarlo». El texto es cableografiado ese mismo día a José Rosario García, que se lo presenta jubiloso a Gómez:

—Bueno, no se puede quejar; ya tiene la bendición del Tío Sam. Gómez abre la pupila y dice tan sólo:

—¡Umjúi!

La Casa Amarilla está casi vacía. Los amigos de Gómez brillan por su ausencia y los de Castro también. López Baralt, el nuevo secretario de gobierno, frunce el ceño. No le gusta el aire que se respira. Presiente lo que va a suceder. Recibe un telegrama en el momento en que Cristico, que ahora es camarero en la casa de gobierno, le sirve un café. El médico secretario lee y se levanta de inmediato a llamar por teléfono:

—Póngame con el gobernador de Caracas.

»Oiga, mi general, aquí estoy recibiendo un telegrama en clave del General Castro. Véngase para acá inmediatamente para que lo descifre. No, no se lo puedo leer por teléfono —arguye López Baralt.

Cristico, que ha tenido tiempo de leer el texto, se apresura a enviarle un recado a Gómez.

—Aquí el secretario López Baralt acaba de recibir un cable del General Castro, que dice: «La culebra se mata por la cabeza».

Gómez se encierra con su tío a descifrar el misterioso mensaje. El tío no tiene dudas sobre el sentido.

—¿Quién es la cabeza de la culebra? ¿Usted o yo por casualidad?

—Para mí está muy claro: lo que quiere decir es que lo maten a usted porque ya descubrieron la conspiración. No hay tiempo que perder. Vamos a actuar de inmediato.

Gómez, con la mirada perdida, se mesa el bigote y repasa mentalmente las sentencias de su compadre. Se pone en pie y dice:

—Tiene razón, doctor García. Eso es lo que significa. Vamos a proceder de inmediato. Llámeme a los muchachos.

Un hora más tarde, sesenta coches llenos de militares avanzan de la casa de Gómez en El Paraíso hacia el centro de la ciudad.

Su primer paso es dirigirse al cuartel El Mamey, de cuyo jefe no estaba seguro lo secundase en sus planes. Cuando Maximino Casanova, el jefe de la guarnición, vio entrar a Gómez seguido de sus edecanes, se dio por muerto. Por eso, cuando el hombre de «La Mulera» le preguntó:

104

—¿Me reconoce usted como Presidente de Venezuela? —el otro respondió balbuceante y lleno de alegría:

—Sí, mi general; sí, mi general.

—Entonces, acompáñeme a poner orden.

Casanova, entusiasmado, accede y sube al propio coche de Gómez. La caravana sigue rumbo a La Rotunda, cárcel y plaza fuerte.

El alcaide es hombre de confianza y muy comprometido. De todas formas le pregunta:

—¿Me reconoce usted como Presidente de la República?

—Sí, mi general. Desde luego estoy para servirle.

—Entonces guárdame a éste por los momentos y me lo cuida bien.

Y, señalando a Casanova, salió a la calle en dirección a la Casa Amarilla, donde lo esperaban Pedro María Cárdenas, Gobernador de Caracas y López Baralt, secretario general de gobierno.

Cuando el médico zuliano vio llegar a Gómez seguido de un tropel de gente, tuvo miedo y se ocultó detrás de un cortinaje. Gómez irrumpió en el despacho del gobernador de Caracas. Acostumbrado éste a los modos humildes de Gómez, pensó que lo podría amedrentar con su sola presencia de fornido varón, y por eso le gritó cuando lo tuvo a su alcance:

—¡Traidor! ¡Y más que traidor! —A lo que le respondió Gómez con un puñetazo mientras sus oficiales le caían encima.

—Llévenselo a La Rotunda —ordenó Gómez—, y a éste también —y tocó con el sable desenvainado la cortina que ocultaba a López Baralt. El médico político prorrumpió en alaridos y suplicó por su vida, mientras el oficial Spinetti, luego de propinarle varios golpes, lo tiró escalera abajo.

En la Plaza Bolívar el pueblo se arremolinaba. Ya se oían mueras a Castro y vivas a Gómez.

Juan Pietri, de un empujón, obligó a Gómez a que se asomase al balcón y dijese algo al pueblo. Juan Vicente tuvo miedo. Nunca había podido hablar en público. En aquel momento el pueblo enmudeció. Los áulicos y corifeos que rodeaban a Gómez lo apremiaban para que verbalizara la usurpación. Pero no salían de esa boca las palabras. Luego de un gran esfuerzo exclamó:

—El pueblo está tranquilo, el pueblo está en paz. Sí, señor; sí, señor.

Libro II

¡Viva Gómez y
adelante!

(1908-1935)

QUINTA ÉPOCA

El señor de Maracay
(1909-1916)

79. *Los guantes del General*

(20 diciembre 1908)

Esa noche el insomnio se pobló de imágenes y de preguntas, de angustia y de resplandor, y la herida de Carúpano la sintió como crispadura de hielo abotonada en la carne.

—Eloy, Eloy... —llamó, y de un salto se sentó en la cama.

El indio no respondió. Sabía que su amo hacía volutas con el silencio.

—Y ahora hay que componer todo esto, que está muy revuelto, sí, señor, sí, señor... ¿Pero por dónde empezar? —continuó atusándose el bigote y con otro salto se puso en pie. Las botas que no descalzó para dormir resonaron en la madrugada. Los interiores de lana ceñida al cuerpo realzaban su consistencia atlética.

De un empujón metió la cabeza en la jofaina que le regaló Dionisia. Los gruesos bigotes erizados por el agua fría robustecían su facha de tigre viejo. Tarazona vertió el contenido de la jarra sobre las manos finas del nuevo amo de Venezuela.

—Brrr —gruñó estremecido—, Caracas es más frío que San Cristóbal, sí, señor; sí, señor, ¿no te parece, Eloy?

El espaldero siguió de piedra en su trajín.

—Los caraqueños son el problema, sí, señor; sí, señor... Los otros son más fáciles. ¿No te parece, Eloy?

El indio sonámbulo le entregó una toalla. Se secó la cara, lento y parsimonioso.

Cuando llegó a las manos las vio largamente con sus ojillos oblicuos. Le habían salido unas pecas negras en el dorso que lo contrariaban más que una mala pregunta. De niño había visto unas manos así y le sacaron un vómito de asco, porque Doña Hermenegilda lo obligó a besarlas. Eran las del cura de San Antonio. ¿Me estaré poniendo viejo? El espejo sucio por las moscas le devuelve la figura. La cabellera abundante y negra y el recio mostacho son los de un hombre en franco mediodía. Ni una arruga cruza su rostro atezado por diez años de intemperie, y todas sus facultades, desde montar una mujer o a un caballo arisco, las mantiene igual que en sus tiempos mozos. Pero las manos ¡qué vaina! son las manos de un viejo.

Esa madrugada la mancha se ha extendido sobre el anular. «¿Sería por lo de ayer que creció la mancha? Las manchas se oscurecían o se acentuaban a cada susto o un disgusto. Lo de ayer claro está que no fue disgusto. ¿Cómo va a ser disgusto que de la noche a la mañana se encuentre uno, pobre campesino de «La Mulera», convertido en el dueño y señor de Venezuela? Bueno, que vistas las cosas desde fuera, aquello de ser Presidente parece tan imposible, como encontrar trigo en el páramo o escarcha en la palmera. Ni con el mismo compadre Castro, con todo su verbo, se podía imaginar que aquello terminaría con tanta suerte. Pero todo es comenzar, rodar por el mundo y conocer gente. Desde lejos, uno piensa que hombres como Diego Bautista Ferrer son algo así como la misma Virgen del Carmen; pero cuando se les conoce y se descubre que son tan hombre como uno, y hasta peores que uno porque yo no soy capaz de ametrallar a mis hombres, entra como un frescor, pues uno se siente menos chiquito que antes. En estos ocho años en que conocí todos los caimacanes de Venezuela salvo dos o tres, los demás no eran más que mautes flacos y vacas viejas: el que no era cobarde y tramposo era traidor, adulante o embustero. Cuando llegué a la Vicepresidencia, sentí miedo. A cada rato pensaba que iba a meter la

pata. Que descubrirían todo lo ignorante que era. Que me iban a humillar. Pero no. Todos los que me buscaban ya venían disminuidos: gagueando, sonriendo, adulando, celebrando mis ocurrencias como si fueran buenas, riendo a carcajadas de mis cachos, como si yo fuera el mismo payaso Cantalicio, para luego hacerme propuestas que no son de machos serios ni de hombres decentes. Así fui descubriendo la altura de todos y vi que no era tan, tan pequeño. El último en medir de largo fue a mi compadre. Al principio hasta me asusté, porque Don Cipriano había sido mi padre y mi ángel custodio y todo se lo debía a él. Pero desde que lo vi borracho y diciendo tonterías se me vino al suelo. El desencanto subió poquito a poco como se llena la cantara del tinajero. Hasta que un día terminé dándome cuenta que más me debía Don Cipriano a mí, que yo a Don Cipriano. Ahí comencé a devolverme como viajero que equivoca el camino. El primero que se atrevió a decirme la verdad de las cosas fue el compadre Pimentel: "¿Quién sino usted le financió la expedición a Don Cipriano? ¿Quién tomó a Ciudad Bolívar? ¿Él o usted? No sea pendejo, compadre, que se lo están comiendo vivo". Las palabras de Don Antonio me llenaron el alma de salpullido. Hay palabras que no deben mentarse porque son como brujerías. Desde que Pimentel me dijo aquello, el compadre se me volvió nada. Y cuando al respeto se lo llevó el viento le cogí ojeriza. ¿Qué razón tenía el Padre Ginés cuando decía que la fidelidad de los hombres, se fundamentaba en el respeto. Sin respeto no hay fidelidad posible como no hay humo sin candela ni subida que no descienda. Por eso me atreví a darle el empujoncito, que si no se lo daba yo se lo iba a dar cualquiera, y era mejor que todo quedara en familia después de tanto sacrificio. Ya nadie creía en Don Cipriano. Con esa habladera y esa fiesta de la noche a la mañana.

»Si yo no hablo, nadie llega a mis entendederas: ni hay posibilidad ni de error, ni de enmienda. Del trato con los demás viene la sarna. La mejor forma de que lo respeten a uno es cercar la confianza que da la vecindad pues no hay peor negocio que intimar con el vecino. Eso lo sé desde que era muchacho y comencé a bregar con los peones de «La Mulera». El jefe tiene que mamarse solo sus penas y sus cavilaciones.

Ya hasta darle la mano a la gente me produce grima. Más ahora con esa sudadera que me ha caído. Dicen que es nerviosa y debe ser de verdad, pues me cayó encima desde Tocuyito y tuve que saludar a tanta gente falsa y a tanto muérgano. Por eso, entre pecas y la sudadera me puse guantes. Así ni me sienten el sudor, ni me ven las pecas, ni tengo que aguantar el asco.»

Un murmullo lejano lo impulsó hacia la calle.

80. *Andino, es andino*

(20 de diciembre 1908)

Juan Vicente Gómez y Tarazona salieron a la calle. El oficial estaba alerta, como esperando. No había traspuesto el umbral cuando una voz recia de tachirense estremeció la callejuela de La Pastora:

—Compañíaaa. ¡Presenten armas!

Un acompasado ruido de chancas, chopos y bayonetas estremeció los faroles. Cien hombres iban de una esquina a la otra. La noche era negra y cerrada. Los gallos apuntalaban su canto con frío y recogimiento. Juan Vicente Gómez estaba absolutamente solo con un batallón de andinos.

—¡Qué día este! ¿Qué me depara el destino de aquí en adelante?

105 —Y de un salto se encaramó en la bestia y partió hacia Miraflores seguido de sus lanceros.

Las calles estaban solitarias y húmedas. Un hombre dormitaba en un portal. Parecía muerto, pero estaba borracho. Gómez detuvo su caballo y lo miró con dureza:

—Vea nomás qué le pasa a ése. —Un chácharo saltó de la bestia y le dio con el pie. El borracho exhaló un gruñido. Era un hombre de edad indefinida. Juan Vicente dejó caer:

—Que se lo lleven a La Rotunda. En mi gobierno habrá orden y hombres de trabajo.

Nadie respondió y la cabalgata continuó su marcha.

A los caballos se los tragó la reja crespada y a los diez minutos se encendieron todas las luces de Miraflores y como cocuyos vacilantes, las de las casas de enfrente. Los vecinos, en saco de pijama y con aspecto somnoliento, hacían comentarios mientras tomaban café al pie de un portal alumbrado.

A las cinco de la mañana retumbó la diana. En los quince minutos siguientes, salieron del palacio correos al galope, en quince direcciones diferentes. Ya antes de las seis de la mañana, habían retornado con cuatro hombres sigilosos.

En la primera bestia llegó el General Román Delgado Chalbaud, Almirante de la Flota. En el segundo caballo, el Encargado de Negocios de los Estados Unidos. En el tercero, Juan Pietri. En el cuarto, Gonzalo Machado.

Gonzalo Machado se apoltronó en la antesala. El doctor José Rosario García hacía de maestresala. Su perfil de guacharaca, se asomó varias veces por la puerta dorada para despedir y recibir a los visitantes.

El primero en salir fue el ministro norteamericano. El yanqui no ocultaba su regocijo y soltó una carcajada de beisbolero cuando estrechó la mano enguantada que lo despidió en el portal. Tras él, salieron Aquiles Iturbe y Francisco Linares Alcántara. Ambos iluminaron la cara al ver a Gonzalo.

—¿Qué hubo, vale? Ahí dentro te están esperando para una cosa buena, ¡cuidado si te niegas! Mira que yo soy el Ministro del Interior y Aquiles es el Gobernador de Caracas.

El gringo levantó ambas manos, entrecruzadas como los pitchers estrellas, y siguió de largo.

Gonzalo se sumergió en la cavilación. No se le notaban sus cuarenta y ocho años por su estilada figura y sus finas facciones que recordaban a su abuelo el General Machado. Su continente grave, su traje negro y las sienes plateadas, le daban una aureola de autoridad serena y doméstica.

A los cinco minutos salió con paso enérgico Román Delgado Chalbaud, Almirante de la Flota y hasta ayer uno de los niños consentidos del Cabito. Gonzalo no pudo menos que pensar: hoy amigo, mañana enemigo, qué cosa es la política.

Cuando ya se adormitaba el doctor José Rosario García lo reclamó con redoblado acento andino:

—Venga por aquí, mi doctor.

Gonzalo contuvo un estremecimiento. José Rosario García no era Torres Cárdenas, su compañero de infancia. Era un ser enigmático e impredecible en quien los años no abren brecha, como en el fondo sucede con todos los andinos.

Dejándose preceder por García, recorrió un primer salón que ya conocía, pero que le resultó extraño. Como en los primeros tiempos de la invasión, media docena de montañeses, con trajes entre rurales y militares, le dirigieron otra media docena de miradas, donde había burla, miedo y recelo. En un diván charlaban musitantes los generales andinos Félix Galavís y Manuel Salvador Araujo.

Los dos espadones respondieron con displicencia a la inclinación de Gonzalo.

Pasado el primer salón, seguía un saloncito pequeño. Cubriendo todo el portal, estaba Eloy Tarazona y seis soldados de aspecto feral.

Con un gruñido respondió al saludo caraqueño.

Finalmente se abrió el portal y apareció Juan Vicente Gómez tras el escritorio presidencial, gordo, grande y con bigotes agresivos a lo kayser. De su rostro había desaparecido toda huella de mansedumbre y de atontamiento. Ahora era una mirada verdadera la que miraba. Era una mirada dura, enérgica, impersonal y al mismo tiempo significativa. Algo tenía de sabucso y de confesor, de alquimista y de pesador de carne. Por un tiempo la mirada se le quedó en suspenso. Gonzalo se sintió turbado.

—Vea mi doctor —comenzó diciendo, y la partícula posesiva le devolvió la calma—. Lo he mandado a llamar para ofrecerle el Ministerio de Hacienda. Usted, como su padre, que en paz descansa, es garantía de honorabilidad para cualquier gobierno.

Gonzalo dejó salir la respuesta que rumiaba desde el amanecer:

—Es para mí un alto honor contribuir al desarrollo de su gobierno, mi general —y robusteció el acento sobre el pronombre posesivo, sabiendo el efecto mágico que tenía sobre los hombres de la montaña.

El resto del discurso fue innecesario. Juan Vicente Gómez lo cortó de plano y lo invitó a pasar al Consejo de Ministros a cuya puerta los esperaba José Rosario García.

—Lo felicito, mi doctor —apuntó el tío—. Con hombres como usted, tendremos un gran gobierno.

El viejo Francisco González Guinán fue nombrado Canciller; Régulo Olivares, Ministro de Guerra y Marina; Rafael María Carabáño, de Fomento; el Tuerto Vargas, Ministro de Obras Públicas y Samuel Darío Maldonado de Instrucción Pública.

También estaban presentes como fisgones de segundo turno, los hermanos Iturbe, Francisco Linares Alcántara, Juan Pietri y los dos generales de aspecto turcomano que conversaban en el diván.

El doctor José Rosario García, con su acento serrano pulido en Bogotá, lee el contenido del acta constitutiva. La usurpación —piensa Gonzalo— rebosa sofismas, retórica y contradicciones.

Juan Vicente Gómez, de piedra y plomo, escucha el enunciado de su gobierno.

Tan pronto termina la invocación, José Rosario le pide un juramento de fidelidad a sí mismo.

—¡Juro! —dice con voz atormentada, pero esta vez no hay lágrimas en sus ojos.

Luego de los aplausos y parabienes, se oye la voz del nuevo gobernante.

—Aquí estoy, por mi propio esfuerzo y por haber sabido esperar. —Un largo silencio retuvo la carcajada. Juan Vicente Gómez capta en los risorios de sus ministros y en los ojillos de Juan Iturbe el efecto de su patética afirmación. Se achica y deprime. La sesión concluye. Los ministros se alejan. Gonzalo Machado se acerca al Presidente y más compasivo que palaciego le dice:

—Muy buenas sus palabras general, muy sencillas, pero muy expre-

sivas. Con ellas dijo todo. El derroche de palabras y de dinero con usted toca a su fin, y se lo digo yo que soy su ministro de Hacienda.

—Muchas gracias mi doctor, muchas gracias —y dio media vuelta caminando aprisa hacia el retrete.

A doscientos metros los Iturbe comentan:

—¿Qué te pareció el hombre de Presidente? ¿Eso de por haber sabido esperar? Por el tono con que lo dijo se creía Luis XIV.

—No seas imprudente, Juan, mira que las paredes tienen oídos.

—Es que la Presidencia le queda como pumpá de resorte.

—Mejor para nosotros. ¡Imagínate si fuera un talento! Lo tendríamos por cuatro septenios, como dice el zen.

En la esquina de Carmelitas, Francisco Linares Alcántara le dice a Juan Pietri, con quien se ha venido caminando desde Palacio:

—Es un hombre de muy pocas luces como tú dices, pero era el único que teníamos a mano para aplacar a la oficialidad andina. Él mismo se dará con las espuelas, es cuestión de esperar la oportunidad.

En Palacio, Juan Vicente Gómez, risueño, les dice con voz grave a sus coterráneos:

—Abran bien los ojos, muchachos, que estamos en tierra enemiga. No confíen sino en la gente de allá, como dice el doctor García. El que no gobierna con su gente se suicida. Por eso se perdió Don Cipriano. Cuidado con dejarse envolver y acuérdense que andino es andino y el resto es el resto. Esta gente está por meternos a todos la zancadilla. De modo que hay que andar con mucho fundamento. Y ahora, para repornernos, vamos todos a desayunarnos. —Y pasó al comedor con los ojos desorbitados de hambre, sueño y ambición.

En medio del desayuno un oficial le entregó a Gómez un telegrama. El General lo miró detenidamente y no pudo evitar un raptó de contrariedad. Régulo Olivares que estaba a su lado, percibió enseguida la angustia.

—¿Qué sucede?

—Mire, no más.

—Esto puede ser una vaina muy seria —dijo Olivares y se quedó en silencio mirando al pocillo de café negro.

81. *La mujer del manto*

(20 de diciembre de 1908)

Gonzalo Machado cabalgó hasta su casa.

Lento y parsimonioso, atravesó la mansión y se llegó hasta la cocina. Rosarito le tomaba cuentas a Ruperta.

Con su estudiada indiferencia y natural languidez dijo tenue:

—El General Gómez me nombró Ministro —Rosarito pegó un grito que retumbó el zaguán.

A la hora ya no cabía la gente en la casa. De todas partes acudían los felicitadores. Cuando entró Maricusa de Las Casas con una torta, el Pez que Escupe el Agua elevó el chorro tres veces y lo sesgó en espiral, mientras Don Feliciano desde su retrato dejaba salir una larga y estruendosa carcajada.

Ya tarde, llegaron Juan Otáñez y Dominguita. Juan, desde que dejó de ser ministro cayó en el olvido. Intentó entrar en un bufete pero le cerraron las puertas. Finalmente terminó de consultor jurídico de unos judíos de Marruecos y con unas clases de historia que daba en el Colegio Alemán sobrevivió muy duramente.

—Hace rato que te espero —le dijo Gonzalo—, por sugerencia mía, el General Gómez te manda a ofrecer la Aduana de La Guayra. No te puedes quejar, ni yo tampoco, porque los dos muchachos vinieron con su arepa bajo el brazo.—Gonzalo Machado aludía a los hijos que sus mujeres habían parido en esos días y a quienes bautizaron como José Ramón Machado y Luis Alfredo Otáñez.

Juan Otáñez se sacudió ante la oferta. Los administradores de las aduanas eran, con muy pocas excepciones, peones peculadores que hacían fortuna en pocos meses. Desde hacía más de cuatro años, conocía la miseria, la humillación y el resquemor de los que nada siembran porque nada esperaban de él. Pero si su caída le hizo un cerco de asperezas,

el encontrarse de nuevo con su gente, con sus caraqueños viejos, a quienes volvió a ver de frente le hizo sentirse limpio y descubrió que ya era un hombre nuevo y verdadero.

Por eso apenas vaciló cuando dijo:

—No mi viejo, yo con generales andinos no voy ni a misa. Dile al General que muchas gracias, pero que yo estoy bien donde me encuentro.

Gonzalo intentó responderle pero una ola salivosa de abrazos y parabienes lo alejó de su cuñado quien se perdió en el tumulto.

Al amanecer, Gonzalo se encerró en el oratorio a cavilar sobre su nuevo cargo y la gravedad de Carolina, su madre, a quien un cáncer devora.

Desde el sillón de Doña Ana ve chisporrotear la lamparilla de aceite y el sudar del San Sebastián, de mano esclava.

Sabe perfectamente por qué Juan Vicente Gómez lo ha elegido para Ministro de Hacienda; no tanto por su ascendencia sobre el comercio y la industria, como por sus buenas relaciones con los norteamericanos. Quien ha derrocado a Castro en verdad no ha sido Gómez, ni el ejército, ni el pueblo de Caracas, sino la Bermúdez Company. ¡La Bermúdez! Que no estaba dispuesta a que aquel jefecillo montañés viniese a perjudicar sus intereses, en un arranque de nacionalismo trasnochado. Pero ¿por cuánto tiempo se mantendrá Gómez en el poder? De una parte es torpe, ignorante e ingenuo, pero al mismo tiempo tan brutal y zamarro que es difícil vislumbrar la resultante de aquellos vientos encontrados. Gómez parecía un becetto caído en charca caimanera. Más talla de jefes tenían Francisco Linares Alcántara y Leopoldo Baptista. Lo de esta mañana fue de sainete. En tres oportunidades, el doctor José Rosario García le quitó la palabra para redondearle el pensamiento lento y entrecortado, carente de síntesis, abstracción y sentido. Era un pensamiento concreto y prolijo, sin vuelo, sin asidero, como morrocoy en sequía y cunaguaro en herbolario. Juan Vicente Gómez parecía un acorazado caballero medieval, acicateado por ágiles y coordinados esgrimistas. Le arrebataban la palabra, se cruzaban entre sí miradas burlonas o lo contradecían y reconvenían con insolencia y sar-

casmo. El General se veía ansioso y a la defensiva. Su mirada perdida y huérfana buscó en un momento la de Gonzalo quien se la prodigó con firmeza.

El ministro cerró los ojos y su recto perfil se rejuveneció en las sombras. La voz suave de Rosarito lo reclamó con ternura:

—Mi amor... mi amor...

—¿Qué pasa, qué pasa? —preguntó con un dejo de protesta el ministro.

—Perdona que te haya interrumpido, pero tu mamá te llama, parece que se siente muy mal.

Gonzalo corrió hacia la habitación de Carolina.

Desencajada le dirigió una mirada triste cuando lo vio entrar:

—Me voy, mi amor...

Gonzalo intentó chancear, pero Carolina le replicó firme:

—No es cuento, ya vino Ella... y me enseñó la cara.

Gonzalo intentó una expresión de extrañeza:

—No se te olvide que yo soy también una Blanco... y Ella siempre está presente cuando nos vamos...

—Pero mamá —balbuceó el ministro.

Carolina siguió su perorata ininteligible. Cuando cerró los ojos, de una vez por todas, se decía burlona:

—Y quién me iba a decir que tenía cara de chácharo... cara de chácharo... cara de chácharo.

82. *La muchacha de la tercera fila*

(22 de diciembre de 1908)

Como en el entierro de Eugenia y de Víctor Alberto, la Casa del pez que escupe el agua se engalanó de coronas, pendones y figuras enlutadas. Doble fila de tropa hizo calle al Presidente y Gonzalo Machado, en la puerta, hizo repicar al duelo.

El General Arístides Tellería, Presidente por el Estado Bolívar, le palmorea el hombro. Tras él viene Francisco Colmenares Pacheco, cuñado del Presidente y le restriega el vientre.

Los de La Cáscara, seguidos por sus hijas Berta y Margarita, dos bellas adolescentes recién llegadas de un colegio de Suiza, dejan caer como hisopos sus palabras de condolencia. Gonzalo no oculta su embeleso. Doña Concha, atenta al gesto, señala con gracia buhonera.

—¿Verdad que están bellas?

Pero la expresión luctuosa de Gonzalo la bate en retirada.

Berta, la mayor, es de una blancura mate y labios carnosos; Margarita es morena clara de ojos penetrantes. Gonzalo las deja ir entre paternal e indiferente. Es tímido más que ascético y teme a la espera ansiosa más que a la misma muerte.

Las de La Cáscara siguen hacia el salón, donde el cadáver de Carolina descansa en su ataúd, bajo la mirada adusta de Don Feliciano. Rosarito, sentada entre Dominguita y Doña Josefina de Serna, recibe las palabras de condolencia. Tiene treinta y dos años y se ve espléndida enfundada en negro. Doña Concha y sus hijas sentadas cerca de la puerta se deleitan con el desfile mortuario:

—Don Nicomedes Zuloaga... A número uno —comenta la matrona a sus hijas.

—Los Montaubán... muy ricos, pero...

—Maricusa de las Casas... na parvení.

—Don Lorenzo Marturet... de lo mejor.

—El viejo Núñez... y la hija... ¡pero cómo ha crecido!

Las muchachas exclamaron a su vez sorprendidas:

—¡Pero si es Dolores Amelia, desde que no la veíamos!

Una muchacha alta y regordeta, de grandes ojos negros y perfil de Etruria atrajo la atención de todos. Iba del brazo de un vejete temblón que amenazaba desplomarse. Caminaban hacia Rosarito con los ojos bajos. Luego del saludo, la muchacha y el anciano se volvieron ansiosos, en busca del primer patio. Los ojos de Dolores Amelia centellaron de gozo al divisar a Berta y Margarita.

—Niña, pero qué de tiempo sin vernos, ven, siéntate aquí.

Y se quedaron juntas mientras el viejo solo y vacilante, siguió hacia el patio, donde se aglomeraban hombres de negro, tabaco y chistera en mano.

Olía a flores viejas y a perfumes caros, a podredumbre y a crepitar de cera. Afuera, se oía el rumor de la tropa masturbando los fusiles y el acento circense de las órdenes de mando.

El Pez que escupe el agua dejaba apenas fluir el agua. Con un pie en un pretil, el Coronel López Contreras dialoga animadamente con Rafael María Velasco y José Loreto Arismendi.

Un rumor de voces en el portal atrae las miradas. Voces de mando salpican el luto. Un hombre alto y de uniforme se destacó en el umbral. Era el General Juan Vicente Gómez. El Pez se sintió tan sobresaltado que al parar el chorro, mojó al doctor Gil Fortoul, que estaba tres varas más allá.

—¡Mon Dieu! —dijo el barquisimetano y con un pañuelo secó el monóculo. 108

El General Gómez le dio un abrazo redondo a Gonzalo:

—Siento tanto, mi doctor.

Tras él venía su hijo José Vicente, un robusto mocetón de cara hosca y aguerrida presencia.

Gonzalo acompañó al Presidente y a su cortejo hasta el sillón de Rosarito. Don Feliciano, desde su retrato, lo examinó curioso y hostil. Doña Concha y sus hijas lo vieron con temor y codicia. Juan Vicente Gómez las miró también fijo; pero sus ojos se extasiaron hasta lo inconveniente en Dolores Amelia Núñez de Cáceres. Ella, a su vez, sostuvo la mirada. Cuando salió del salón, Gómez le dijo a Tarazona:

—Averíguame quién es la muchacha que está sentada en la tercera fila a la derecha.

83. *¡Cállese, General!*

(Diciembre 1908)

Cuando Gonzalo entró al despacho presidencial, además de Gómez, lo esperaban Don Antonio Pimentel y José Rosario García.

—Lo he mandado a llamar tan de mañana, mi doctor —le dijo el Presidente—, porque quiero que me ayude a finiquitar lo más rápido posible la deuda externa. De eso depende la estabilidad de mi gobierno.

—Bueno, no tanto como eso —observó García—. Pero sí que es muy importante. —Gonzalo captó en Gómez una larga mirada de contrariedad; sin alzar la voz, Gómez repitió gélido:

—De eso depende la estabilidad de mi gobierno.

—Sí, señor —señaló Pimentel saliendo al paso—, del crédito con el pulpero depende el respeto del vecindario. ¿No le parece, doctor Machado?

Gonzalo asintió con desgano, mientras el doctor García pensaba que ya no era tiempo de enmendarle la plana a su sobrino.

109 —No quiero que termine el año —prosiguió Gómez— sin que le dé una solución al problema. Con los musiús tranquilos ya no habrá que temerle al General Castro, que de tenerlo a raya se encargarán ellos.

* * *



Gonzalo reflexionaba:

«Lo interesante es pagar, lo demás es paja. ¿Pero cómo pagar, si la deuda externa es de noventa millones de bolívares, los ingresos son de treinta y el déficit anual es de cuatro millones? Yo seré Ministro de Hacienda pero no malabarista».

Tras Delgado Chalbaud, entraron Leopoldo Baptista y Francisco Linares Alcántara. El primero traía dos cablegramas de exiliados, solicitando autorización para regresar al país. Alcántara decía:

—Es un acto de justicia y de gran proyección política establecer una amnistía.

—Así es —observó Baptista.

—Pero hay algunos que deben seguir estando afuera —señaló con su cara de loro enano José Rosario García—. Entre ellos hay algunos muérganos, tan enemigos de Castro como de nosotros.

—Eso mismo pienso yo —sentenció Delgado Chalbaud.

Juan Vicente Gómez se frotaba el bigote mientras le dirigía miradas interpelativas al cuadro del Libertador. En un esguince se aproximó a Pimentel.

—¿Y a usted qué le parece, compadre, esto de traer a esos chivatos del extranjero? ¿No se me irán a alzar?

El otro con su timbre zumbón le respondió:

—Tráigalos, compadre, que esos patarucos ya están cansados; y de pelear, será entre ellos. Aparte de que con nosotros los centrales está usted más protegido que con su misma gente.

Una voz cascada reclamó la atención de todos; «¡Pascen señores al Gabinete!» Era el doctor González Guinán quien llamaba como superiora de internado a los nuevos Ministros.

Juan Vicente Gómez malcontuvo un gesto airado:

—¡Doctor González Guinán! ¡Hágame el favor de venir acá: la próxima vez usted hará pasar la gente cuando yo lo ordene!

González Guinán balbuceó excusas y se inclinó ante el reclamo.

* * *

La sesión del gabinete se desarrolló entre tensiones esquivas y un afán evidente de Baptista y los Iturbe de llevar la voz cantante.

José Rosario García, propuso un Consejo Federal que asesoraría aparentemente al Presidente. Estaría constituido por todos los caudillos regionales como Rolando, Peñaloza, Rangel, Garbiras, Pulido, el Mochó Hernández y Jacinto Lara.

—De esta forma —señaló— los apartamos de sus regiones nativas, les ponemos un bozal de arepas y encima los hacemos creer que son corresponsables del gobierno, sin que tengan arte ni parte en el gobierno.

El gabinete estudia en silencio la propuesta; José Rosario, sin poderse contener le susurra a su lado a Pimentel:

—¿Qué le parece la medida? ¿Verdad que Maquiavelo al lado mío es un pendejo?

—Yo no sé quién es ese señor. Pero de que usted es un tronco de verga, eso sí no se lo discuto.

Baptista ante la propuesta de García hizo un gesto despectivo y dudoso:

—Yo no sé qué necesidad hay de estos malabarismos políticos cuando se tiene a la sartén agarrada por el mango; pero en fin —y accedió con desgano a la propuesta.

La influencia creciente de Baptista secundada por Linares Alcántara y los Iturbe se hacía sentir frontal y omnipotente. Juan Vicente Gómez desde su sitio los veía actuar entre irritable y temeroso con sus ojillos agudos y su grueso bigote.

—Baptista y su gente están buscando pleito —piensa Gómez y le vino aleccionante el recuerdo del Mocho Hernández en los primeros gabinetes de Castro. El Caudillo mostraba la misma actitud puntillosa e intransigente—. En cualquier momento se me enfrentan. Si me les paro en cuatro estallan y si paso agachadito, se me encaraman.

Baptista, insolente y locuaz, seguía con su perorata incisiva dominando y atemorizando el auditorium. A cada frase suya sentía Gómez que iba perdiendo terreno. Régulo Olivares se hacía las mismas reflexiones. Gonzalo Machado, atento, veía con preocupación el drama que se desarrollaba. Juan Vicente Gómez continuaba cavilando:

—Estos hombres al salir de aquí van derecho a los periódicos y de allí cogen pal cerro. Así han comenzado todas las revoluciones que tienen su cabecera en el gobierno. La masa no está pa' bollo. No se ve claro. Castro tiene gente y Baptista y Linares Alcántara también. Hombres de su prestigio y alzada son capaces de cualquier vaina y en cualquier momento.

Olivares a su vez reflexionaba:

—Juan Vicente está entre la espada y la pared. Si no lo agarra el chingo lo agarra el sin nariz. Si estos muérganos salen de aquí seguro

que se alzan y si los ponemos presos se alzan sus partidarios. —Baptista a una sugerencia de Gómez de devolverle a Colombia la navegación por el Meta estalla en una serie de razones que más tienen de diatriba que de reconvencción.

El General-Presidente se ruboriza y encoge. Finalmente deja caer con acento neutro:

—El caso es doctor Baptista que ya lo hecho está hecho, ya que esta mañana le mandé un telegrama al gobierno de Colombia autorizándole la navegación.

111

—¡Pero eso es un disparate increíble! —gritó sin sordina Baptista. Eso es casi una traición a la Patria.

La mayoría de los presentes dieron señales de consternación y repulsa. Juan Vicente Gómez comprendió que había llegado el momento crucial. Régulo Olivares llegó a la misma conclusión y diciéndose: más pierde el venado que quien lo tira, de un salto se puso en pie, cárdeno de la ira, y le gritó al gabinete:

—Señores, guarden las formas y no irrespeten al Presidente. El que no esté de acuerdo que se largue y el que se quede que obedezca, porque ni el General ni yo estamos dispuestos a aguantar esta faltadera de respeto.

Baptista, desconcertado por el improntus, trató de argüir.

—Cállese, General, que estoy hablando —gritó Olivares.

El hombrón desinflado se quebró en la silla. Aquiles Iturbe con gran aplomo y visible enojo intentó una carga, pero Régulo Olivares lo dejó con la palabra en la boca y con recios pasos marciales se dirigió hacia la gran puerta de bronce tras la cual montaba guardia un piquete de chácharos.

«Nos jodimos», pensó Baptista. Olivares abrió con furia el portal:

—¡Comandante! —llamó estentóreo. Un andino mal encarado proyectó su figura en el portal.

—¿Diga, mi General?

Olivares se volvió hacia el grupo y levantó el dedo acusador hacia Baptista:

—Tráigale al doctor Baptista un vaso de agua.

—¿Nada más? —preguntó el hombre desconcertado.

—Nada más, por los momentos. Es que el doctor Baptista se atragantó, pero no creo que lo vuelva a hacer. ¿No es así, doctor Baptista?

—Así es, General —respondió el otro de mala gana.

* * *

Cuando terminó la sesión Juan Vicente Gómez respiraba calmoso y sus amigos también. Al llegar a su casa Baptista se encontró con dos espalderos desconocidos:

—Venimos de parte del General Gómez. Como las cosas están tan revueltas el General quiere que vigilemos muy de cerca a sus ministros y los protejamos no vaya a ser cosa que a cualquiera se le ocurra una locura.

El 27 de diciembre, a catorce días del llamado del Canciller Paúl, aparecen en La Guayra tres acorazados yanquis. Mr. Buchanam, Comisionado especial de los Estados Unidos, baja al puerto con aire triunfal y desde el entrepunte le dice a los honorables congresantes y personajes de la alta sociedad, que con este acto los Estados Unidos de Norteamérica expresan su beneplácito por el ascenso al poder del General Juan Vicente Gómez.

La oficialidad yanqui con burla mal contenida observa a estos mestizos altivos con aires de grandes señores y se preguntan el por qué de esta pantomima, cuando les basta la tripulación que llevan para apoderarse del país, explotar el asfalto e implantar un gobierno títere y sumiso.

—Eso es precisamente lo que tendremos con Gómez —le responde Mr. Buchanam a la alta oficialidad—. Es un pobre hombre, que no tiene más salida sino echarse en brazos nuestros.

A la sombra de los cañones beben champaña nietos de próceres y encopetadas damas de sociedad, que ni por asomo piensan en el ultraje que un hecho semejante implica a la dignidad nacional, como lo comienzan a gritar destemplados desde Juan Otáñez hasta Rufino Blanco.

El nuevo gobierno promete revocar la política del Presidente Cas-

tro: Se eximirá de la multa a la Bermúdez Company; se le permitirá a los barcos de la Orinoco continuar con sus tropelías y a Mir Jauree, un aventurero a quien Castro expulsó, se le indemnizará por los perjuicios sufridos. Todo esto se llevará a cabo en fecha próxima, en que firmarán ambos países sendos protocolos.

84. *El regreso de los Corrales*

(Enero 1909)

La amnistía fue recibida en todo el país como lluvia florida. El primero en llegar fue el General Nicolás Rolando; luego el Caribe Vidal, a quien nombraron Presidente del Estado Sucre.

La Rotunda, Puerto Cabello y San Carlos abrieron sus puertas. Salieron los presos políticos y hogares llenos de pesar volvieron a encenderse de palabras tiernas y sonrisas verdaderas.

¡Viva el General Gómez!, era el grito que sacudía al país de un confín al otro.

Su paso por las calles era acogido entre aplausos, a los que respondía con humildad y encogimiento. La prensa en el exterior lo exhibía como un héroe, que había librado a Venezuela de la tiranía de Cipriano Castro, quien de país en país, y de hospital en hospital, comenzaba a recorrer el camino del exilio, entre vendajes y proclamas.

Gloria Corrales se trasladó a Caracas. Los dos años transcurridos desde la muerte de Juan Corrales fueron suficientes para secar su belleza. A los treinta y cinco años era mujer de edad indefinida de labios finos y sinuosos, y de mirada opaca. Gastón tenía quince años y representaba diecisiete. Tenía el gesto áspero y la figura corpulenta. Mercedes era una adolescente de catorce años, de bella silueta pero fría y distante como un camafeo.

Gómez les envió el pasaje y dos mil bolívares para los gastos de última hora. La travesía la hicieron llenos de esperanza. Al divisar la

mole del Avila se echaron a llorar. Y cuando el barco atracó en La Guayra y Gastón volvió a ver negros mentando madre en guaireño pegó un grito agudo:

—¡Viva mi patria, carajo!

* * *

Gloria fue recibida ese mismo día por Juan Vicente Gómez en su casa de El Paraíso.

El General-Presidente de pie, le tendió la mano enguantada. Entró de lleno en la memoria de Juan Corrales.

—Quiero también que sepa —le dijo— que los doscientos bolívares que les mandaba los continuarán recibiendo por cuenta del Ejecutivo. Y si usted quiere, al muchacho lo metemos en la Academia Militar y a la niña en un buen colegio. ¿Qué le parece a la Doña?

Gloria, sin pestañear oía la propuesta. Comenzaba a preguntarse el por qué de tanta generosidad cuando el General-Presidente le dijo:

—Pero usted me está debiendo unos reales —y sacó de una gaveta un grueso paquete de vales donde Gloria vislumbró su firma y la de su marido.

—Usted entre una cosa y otra me debe siete mil doscientos pesos.

Gloria tembló ante la revelación.

—Yo he pensado —continuó el general— que yo los ayudaría mucho a saldar esa deuda si les compro la hacienda El Totumo que el General tiene por los lados de La Puerta.

El Totumo, pensó Gloria, era una de las mejores fincas ganaderas y valorada en unos quince mil pesos, como le había dicho su marido Juan Corrales.

—Con las cosas como están, todo esto está enmontado y yo creo que una mujer como usted no puede ocuparse de la finca y menos el muchacho que está muy jovencito. Por eso yo he decidido comprársela en diez mil pesos que es muy buen precio. ¿Qué le parece a la Doña?

La mujer sorprendida sólo atinó a responder:

—Así es General, así es.

Cuando el Presidente puso en sus manos los 2.800 pesos que restaban, Gloria comprendió lo cierto de aquella frase de Doña Concha de que: «Nadie hace nada por nada» y salió de la casa, atropellada, confusa, casi llorando.

* * *

Cipriano Castro no dio crédito a los rumores que procedían de Venezuela hasta el momento en que los bancos alemanes se negaron a pagarle su carta de crédito por un millón de bolívares.

Bajo el frío invierno berlinés, con un riñón de menos y con el dolor agudo de una herida que no termina de cicatrizar, «es la imagen de la tragedia» como lo describe Gómez Carrillo, quien lo entrevista en el Hospital *Hyleia*. «Relampaguean aún terribles los ojos de rey asirio; de casi sátrapa oriental entre las barbas negrísimas. Anuncia castigos y venganzas. Sigue creyendo en su destino. Se compara con Napoleón y le da a entender al guatemalteco que se están viviendo unos nuevos cien días.»

Esgrime en su mano enferma el comunicado del Departamento de Estado donde se justifica la visita de los acorazados a Venezuela.

—Es que Juan Vicente Gómez no es más que un arriero sin visión ni dignidad que por codicia es capaz de entregarle el país a los norteamericanos. Yo —exclama mesiánico— estaba completando la obra de Bolívar porque si él nos libertó de España, yo lo iba a hacer de las demás tutelas extranjeras.

«Pero volveré triunfante a Venezuela. A mi paso se entregarán las guarniciones y me bastará la mano para acabar con ese infame traidor. —Y piensa y saca cálculos de lo que va a hacer tan pronto haya recuperado la salud. Se irá a Trinidad. De allí embarcará en Güiría. Tiene gente suya en ese puerto. Y tan pronto ponga pie en la tierra venezolana se le derrumbará a Juan Vicente Gómez esa estructura de fantasía.

La prensa internacional recoge las declaraciones de Castro. Juan Vicente Gómez lee con preocupación sus contenidos y hace llamar a Mr. Russel, el nuevo ministro de los Estados Unidos en Venezuela.

85. *Ilegalizar lo legal*

Un hábito de preocupación envuelve a Juan Vicente Gómez y a sus ministros ante las claras amenazas de Castro. González Guinán es el más consternado.

—Si Cipriano Castro —dice— con un puñado de valientes fue capaz de derrocar al gobierno de Andrade no hay que subestimar su poder, a pesar de lo sucedido.

—El Castrismo no es tan sólo un hombre sino una serie de intereses creados, aparte que Castro es un hombre de muchos recursos y por consiguiente muy peligroso —concluye con voz grave el viejo secretario, mientras el resto de los ministros, salvo José Rosario García, asienten graves a sus palabras.

—La legalidad es una bandera muy poderosa —continúa el viejo—. Y Castro, para nuestra desgracia, la tiene.

—Pues ilegalicémosla —exclama José Rosario.

—¿Y de qué manera, doctor? —pregunta entre sorprendido y retador González.

—¡Ay!, mi doctor —responde el tío—. No parece usted el toro corrido en siete plazas que me dicen que es, ¿Es que acaso usted no sabe que el poder sirve para todo? ¿Desde legalizar lo ilegítimo hasta ilegítimar lo legal? Y cuando el poder real está en manos del mismo que dicta normas lo absurdo puede resultar ejemplar y el vicio arquetipo. Dígame una cosa: ¿No es acaso el General Juan Vicente Gómez, el Vicepresidente Constitucional de Venezuela y por ausencia del Presidente, el Presidente legítimo del país?

El viejo asintió automático sin poderlo evitar:

—Pues bien. Si el Presidente es Gómez, Castro no puede ser el Presidente. ¿No les parece señores? Dos cosas diferentes no pueden ser al mismo tiempo lo mismo.

—Desde luego —añadieron a coro los presentes.

—Y si Castro que no es el Presidente, atenta contra el gobierno de Juan Vicente Gómez que sí lo es, estamos ante un caso típico de insurrección que nuestras leyes castigan. ¿Es o no es verdad señores?

González Guinán iba a protestar, pero las señales de aprobación del grupo lo obligaron a replegarse.

—No tenemos las pruebas de que Castro conspira para derrocar a Gómez pero se necesita ser ciego para no verlo —continuó el doctor García—. Y si tenemos la certeza no es un juicio temerario, aunque nos falten las pruebas, señalar que el General Castro es una amenaza pública, que atenta contra la Constitución y que por consiguiente debe ser suspendido en sus funciones de Presidente de la República.

González Guinán se frotaba los largos bigotes, mientras Gonzalo Machado con expresión hipnótica seguía los ademanes ágiles del tío del Presidente.

—Usted es un hábil malabarista doctor García, pero la verdad es que no veo.

—No es necesario ver, mi doctor, hay una verdad real y otra forma que a veces vale más que la primera. Por eso es que dice el dicho que entre abogados te vea, que si ganas el juicio pierdes el pleito. Si el señor Presidente Gómez me autoriza, en un santiamén legalmente ilegalizo a Castro.

Juan Vicente Gómez miró largamente a su tío y se sonrió:

—Proceda pues mi doctor. Proceda pues.

El 26 de enero de 1909 los diarios lanzan la noticia: «Descubierta una gran conspiración del General Cipriano Castro para derrocar al gobierno de Juan Vicente Gómez». Cinco jefes militares sospechosos de desafectos al régimen son destituidos y encarcelados. Se traen a juicio cartas apócrifas donde se demuestra la connivencia del depuesto Presidente con los señalados militares. La policía allana numerosos hogares. Partidarios y familiares de Castro son interrogados. Testigos falsos aportan pruebas. Columnistas de prestigio invocan el peso sagrado de la ley, la majestad de la Constitución ante el crimen de lesa Patria.

—¿Se fija mi doctor, que no hay nada más fácil a un gobernante

que fabricar pruebas? —le señala García a González Guinán—. Ya las pruebas sobran y se bastan, ahora lo que nos falta es un acusador enérgico y un jurado imparcial. Y yo creo que tengo de ambas cosas.

El 9 de febrero, el Procurador General declara ante el Congreso, que después de haber estudiado las pruebas presentadas contra el General Cipriano Castro por el General Juan Vicente Gómez, Presidente Encargado, lo acusa por su evidencia incontrastable de traición a la Patria e instigación a delinquir, pidiendo a la Corte Suprema de Justicia que dicte su juicio. Los sesudos y honorables miembros de la Alta Corte, doctores Enrique Tejera, Alejandro Urbaneja, Carlos Grisanti y Horacio Velutini se encierran a estudiar el expediente. Después de ocho largos días, dictan su veredicto:

116 «El General Cipriano Castro es culpable y, por consiguiente, se le suspende de su cargo de Presidente de la República.»

La noticia conmueve al país y al mundo.

En el mercado, Conch'e Piña comenta entre tragos de chicha:

—A mí no me gusta Castro, pero a esta guarandinga no hay quien la entienda. ¿Cómo es posible que se le siga juicio a un señor que trata de recuperar su coroto, que se lo quitaron por mampuesto y a traición?

—Yo no sé por qué tú te preocupas tanto —le observó otro cochero—. En Venezuela pierde el pleito el pendejo. Eso lo tengo yo por sabido desde hace mucho tiempo.

—Mejor dejan la habladera de pistoladas y sigan su camino que me comprometen el negocio —les dijo el chichero.

—Ay, papá —le gritó Conch'e Piña—, si sigues así vas a pará muy pronto en la Alta Corte.

—Y tú en La Rotunda, roto e pendejo.

Y ya se cuadraban como gallos enfrentados cuando la voz de un chácharo los contuvo.

—Ora pues, ¿y qué es lo que pasa aquí?

Un repiqueteo de tacones dispersó a la ira y un perfume fuerte concitó el deseo.

Era Cuqueta, seguida de Cristico, la que avanzaba meneando con armonía las caderas enfundadas en un traje rojo. El primero en deponer

la actitud adusta fue el policía. El chichero dejó de esgrimir el cucharón y abrió goloso la boca. En cuatro años, la indefinición puberal de la muchacha que hiciera de Muñeca restalla en violenta hembra. Es alta y espigada, ojos negros relumbrones y cintura de jícara que mueve bulli-ciosa y reilona, como batiendo espuma. Por eso Cuqueta es la prostituta más fina de la ciudad, aparte de ser prestamista y alcahueta.

Conch'e Piña saludó sanjuanilmente:

—Ay mi madre, ¡cómo se menea el mundo y no se cae! ¿Para dónde va la niña con tan bello mozo?

—Qué va, Conch'e Piña —le respondió la mozuela pintorreteada—, estás muy viejo pa' la gracia, lo que debes hacer es llevarme gente para el negocio y comerás de golilla.

Cristico asintió, disimulando el disgusto que le producía el co- chero:

—Tenemos una francesa que hace la toma de Ciudad Bolívar en treinta y dos partes. ¿No te animas, viejo bandido?

—A mi edad no se come en restaurante, ni que sea gratis —respon- dió el hombre socarrón—, y menos teniendo de mesonero a un lambucio como tú, piazo e marico.

Cristico ladeó con furia la cabeza y cuando llegó a la esquina le sacó la lengua al cochero.

* * *

Días más tarde, la Corte Suprema le sigue proceso al General Castro por el asesinato de Antonio Paredes y de sus compañeros. Los periódicos relatan la odisea de Paredes y su trágico final. El diario *Sancho Panza* reproduce su libelo, «Diario de mi prisión en San Carlos». El país ruge de indignación. Se piden los honores del panteón para el valenciano. El General Gómez ordena honrar a la víctima de su compadre. Una junta de apoteosis presidida por el General Nicolás Rolando, ordena que el mismo vapor «Socorro» salga en busca de los restos que aventase al Orinoco. El 26 de mayo a las cinco de la tarde, llegan los cadáveres a la estación de Caño Amarillo. Coronas, cañones y madres

enlutadas llenan de calor la escena. Gloria Corrales y sus hijos, en sitio de honor, asisten a las exequias. Los féretros son depositados en la Catedral. Música fúnebre, banderas a media asta, oradores estentóreos, líricos, fugaces, cantan las glorias de Paredes, de Juan Corrales y de sus compañeros. A las once y media se inicia la marcha hacia el cementerio. Estudiantes y obreros se disputan los honores de cargar los despojos. Oficiales de la restauración los apartan bruscos y se echan las urnas al hombro. Manuel Díaz Rodríguez desgrana su verbo. Desde un balcón de la Casa Amarilla, Juan Vicente Gómez observa a los que lloran y protestan. Hasta hace poco aplaudían a su compadre. La evidencia le roba el goce. A su lado Gonzalo Machado contiene un recuerdo doloroso al ver pasar el ataúd de Juan Corrales.

—Adiós, mi jefecito —gritó Conch'e Piña—. ¡Qué mala leche la tuya!, ¡i'que ir para Tierra de Jugo cargado por los chácharos! —y se sonó las narices, en el momento en que retumbaban los aires marciales de «La Muerte del Héroe». Juan Otáñez, a su lado gimió compulsivo. Los dos hombres, se fundieron en un abrazo y lágrimas ácidas llenas de vida relampaguearon en sus ojos.

86. *En el San José de Tarbes*

(Marzo 1909)

Con los doce mil bolívares que le restaron de la venta de El Toumo, Gloria compró una pequeña casa de Fe a Remedios y mantuvo una representación digna y estrecha.

Mercedes ingresó al San José de Tarbes. Los años pasados en Trinidad le dieron superioridad sobre sus compañeras más atentas a la caligrafía y al acento gálico que a la matemática y a la ortografía.

Entre sus condiscípulas estaban las de La Cáscara.

Cuando les dijo que vivía de Fe a Remedios hicieron un mohín de desconcierto.

—Por el Panteón —dijo avergonzada Mercedes.

—¿Y eso por dónde queda?

Entre las nuevas amigas de Mercedes está Dolores Amelia. Su padre fue amigo de Juan Corrales y, al decir de la gente, es la peor lengua de Caracas.

Una tarde Mercedes se fue a merendar a casa de Dolores Amelia. Es una casa vieja y gigantesca de donde huyó desde hace tiempo la fortuna. Un escudo de armas y un piso roto le hieren la vista. El doctor Núñez es una ruina humana. Conoce al dedillo la historia de su familia.

—Yo fui muy amigo de tu padre, era un hombre admirable. Eso les viene a los de tu casa por la sangre.

Gastón Corrales ingresó a la Academia Militar, recién fundada. Instructores chilenos y belgas ejercitan a los nuevos cadetes. Gastón es perezoso y distraído, aunque alegre y vivaz.

Hace buena amistad con Alfí Gómez, el hijo del Presidente, y entre ambos se dedican a cortejar a las muchachas del vecindario.

Un día su madre, que lo ve venir, le riposta:

—Mire, mi amigo, tenga cuidado con lo que hace, que ni su padre, ni sus abuelos fueron bastoneros.

Gastón no termina de entender el reclamo materno y pasa al corral para enseñarle a Alfí una venada que le trajeron del Llano.

Gloria envejece día tras día. El tedio la envuelve como un sudario y con excepción de ir a misa en Altagracia y a la exposición del Santísimo en la Iglesia de la Fe, permanece anclada en su humilde casa desvalida.

Mercedes estudia en esos días el papel que le han asignado en el Colegio para la representación teatral que se ha de celebrar el día de San José. Dicen que asistirá el Presidente. La Madre Febronia está vibrante ante la promesa.

Llega el día ansiado. Padres endomingados y de grandes mostachos se aglomeran en el salón. Diez minutos más tarde, llega el Presidente. Lo acompañan su hija Flor y Don Antonio Pimentel. Al Presidente le gusta el teatro, aunque sea en francés y no entienda nada. A una palmada de la hermana Febronia se descorre el cortinaje. El Presi-

dente exhibe una sonrisa beatífica, de esas que le ha enseñado como convenientes el doctor García. De pronto sus ojos se endurecen y su cuerpo se crispa. Haciendo de capitán romano está la muchachita aquella que lo acicateó en el velorio de los Machado. El casco de cartón pintado realza sus mechones negros y las botas encuadran una hermosa figura de esas que se ven en los daguerrotipos de «Rojas Hermanos». No escapa a Don Antonio la excitación de su compadre y se atreve a decirle:

—Ojo'e garza, compadre, que ese disfraz no es de Pilatos sino de Judas.

Juan Vicente ni siquiera ríe. La muchachita lo perturba.

Sigue cada uno de sus pasos. Se deleita en su voz. Pocas veces una mujer ha ejercido sobre él una atracción tan poderosa y envolvente.

La función termina y Don Juan quiere felicitar a Dolores Amelia.

La muchacha capta el sentido de aquellos ojos y se deja conducir por ellos. Hace pocos días, Mary, la trinitaria de los Corrales, le pronosticó su matrimonio con uno de los hombres más poderosos de la tierra. Le interesa más el poder que el amor. Sin poder, la vida carece de sentido. Y ella ya está harta de soportar humillaciones y malos tratos. ¿De qué le ha servido a su familia toda aquella larga historia de próceres y de libertadores, si su padre no tiene ni con qué llevar el diario? En el San José de Tarbes la mayor parte de sus compañeras la ven con desdén. Su única amiga es Mercedes Corrales, tan pobre como ella.

* * *

A los pocos días, el muchacho que le da vueltas a Dolores Amelia es encarcelado. Según el doctor Núñez, se le acusa de estar metido en una conspiración que dirige Rufino Blanco Fombona.

—Pero si Florián es un muchachito de dieciocho años —observa Dolores.

—Pues los he visto más jóvenes pudrirse en el Castillo —observa con regocijo el viejo, a quien no le simpatiza el cadete.

La muchacha piensa: «¿Y si ella hablara con Gómez?»

El mismo le había dicho con ojos puntillosos y relampagueantes:
—Y lo que necesite no dude en pedírmelo, de Miraflores para abajo.

La entrevista se la concedieron de inmediato. Mercedes la acompañó a Miraflores. Las recibieron al llegar. Un edecán invitó a Dolores Amelia a seguirlo y Mercedes se quedó quieta y confusa mirando el retrato de Páez y pensando en Barbarita Nieves. Cuando ya comenzaba a languidecer de calor y aburrimiento apareció su amiga seguida por el General-Presidente. Comprendió desde el primer instante que Dolores era ya diferente.

—¿Cómo te fue?

—Bien —respondió la muchacha—, demasiado bien —pero en sus ojos había destellos de triunfo, dolor y esperanza.

A los pocos días estalló la noticia: unos enmascarados raptaron a Dolores Amelia a las puertas del colegio. El primer día la prensa armó un gran revuelo. Luego no dijo una palabra más. Se hacían las más extrañas conjeturas. La verdad finalmente rodó de lengua en lengua:

—Ha sido raptada por el General-Presidente —le dijo Maricusa trémula de emoción a Doña Josefina— y, como muchas princesas cautivas, terminó por enamorarse de su raptor, con quien vivía plácida y feliz en una gran casona acastillada. ¿No te parece bello el cuento? ¿Se concibe algo más romántico en nuestros tiempos?

Una semana más tarde, salió el joven Florián con un cargo diplomático y el viejo Núñez, murió antes de que finalizara el mes.

El 23 de marzo, Cipriano Castro toma el tren que ha de conducirlo de París a Burdeos, de donde ha de zarpar «El Guadalupe» en dirección a Trinidad. Tiene un color amarillento de limón pasado, pero los ojos le continúan brillando de firmeza, odio y ambición. Momentos antes de partir declara a una rueda de periodistas:

—El destino me llama a Venezuela. Todo se ha perdido, como dijo Francisco I, menos el honor.

Al día siguiente Mr. Wilson, encargado de la Secretaría de Estado

acude ante Mr. Taft, el nuevo Presidente, con el diario que recoge las declaraciones del Cabito. «Ya he recibido el informe de Mr. Russel sobre los temores de que este "mono ridículo" como lo llamó Roosevelt perturbe la paz del Caribe» —observa el Presidente. Y da órdenes para que los acorazados «Montana» y «North Carolina» aguarden a Castro y a Doña Zoila en aguas trinitarias, al mismo tiempo que solicita la colaboración de Inglaterra, Francia, Holanda y Dinamarca para que no le den asilo al ex expresidente en ninguna de sus posesiones caribeñas. Como el Departamento de Estado sabe de la amistad de Castro con Zelaya, el dictador nicaragüense, se le dan instrucciones al ministro americano para que haga presión en el mismo sentido y se amonesta al Presidente panameño Obaldía por haberle brindado hospitalidad al perseguido.

El Cabito no se da cuenta de la intriga del Tío Sam hasta que llega a la isla francesa de Guadalupe, donde el barco hace su última escala antes de llegar a Trinidad. El cónsul británico le participa que su gobierno le ha negado asilo a residir en la isla fronteriza.

—Me quedaré entonces en Guadalupe. Queda lo bastante cerca de Venezuela y es posesión francesa, tierra de Libertad.

Pero cuando se apresta a respirar los tibios alisios del Caribe, se le ordena salir inmediatamente de la isla y regresar a Francia en el vapor «Versalles» que está pronto a zarpar.

—Pues me sacarán muerto, pero de aquí no me muevo.

El oficial echa una mirada al cuerpo esmirriado y enfermo que se agita en la cama y se pregunta:

«¿Quién será este hombre, para que las mayores potencias lo acosen como una fiera dañina?»

A la hora regresa el oficial con seis gendarmes.

—Tiene usted que marcharse señor Castro, de lo contrario nos veremos obligados a utilizar la fuerza.

—Háganlo —responde Don Cipriano confundado en un elegante pijama gris.

El oficial hace una señal y los seis guardias se precipitan sobre Castro, lo envuelven en su propia sábana y se lo llevan a hombros y por las

calles hasta el buque donde lo depositan en su camarote como si fuera una alfombra.

Don Cipriano le dice al oficial con los ojos húmedos:

—Y yo que creía que Francia era el país de la Libertad.

—Para los franceses, monsieur —le responde el otro.

120

87. *Justo Ceballos*

(Agosto 1909)

El 11 de agosto, Juan Vicente Gómez, fue elegido por el Congreso, Presidente Provisional de Venezuela. A diario llegaban al país nuevos exiliados. Entre los primeros estaba Justo Ceballos, el hijo de Belencita Machado. Su primera visita fue para Gonzalo, su tío. La carta y las advertencias que le envió a través de Juan Corrales, lo interpretó como una reconciliación.

El patio de geranios lo iluminó de gozo. ¡Cuántas veces en su exilio echó de menos la vieja casona de sus abuelos! Pero cuando la sirvienta anunció la visita, todos tuvieron una expresión de desagrado:

—¿Y qué vendrá a hacer aquí ese desgraciado? —exclamó con des-templanza inusitada Rosario.

—¿Y a quién se le ocurre visitar a nadie en hora de almuerzo? —apuntó Doña Josefina.

—Pues a los que llegan del exilio a ver a su gente —observó calmoso Gonzalo.

—Dígale que espere que terminemos de almorzar —ordenó a la sirvienta.

Después de una prolongada sobremesa, Gonzalo salió al encuentro de su sobrino.

Justo, desde que lo vio venir, comprendió que el odio persistía.

—¿Qué hay? —le dijo por todo saludo Gonzalo y se le quedó mirando con unos ojos fríos.

Luego de un prolongado silencio le dijo sin acento:

—Tienes muy mal aspecto y andas como un mendigo. Tienes que hacerte ropa. Vete ahora mismo a casa de Luis Roche o de Imery y te compras ropa. Aquí tienes trescientos bolívares y perdóname, porque tengo mucho que hacer —y sin extenderle el brazo, a paso firme se dirigió hacia el interior de la casa.

12) Justo sintió una inmensa amargura y se fue a la calle en dirección a El Silencio.

Eran más de las siete de la tarde cuando cruzó la Plaza Miranda. En la esquina de Maderero un bar lleno de luces y carcajadas le tentó las ganas. Sacudiendo su pereza hercúlea se abrió paso entre la muchedumbre de parroquianos ebrios.

Cansado y ausente se recostó contra el bar y pidió un cognac. Como la francesita que atendía la barra lo miró incrédula, Justo puso sobre el mostrador un billete de cien bolívares. La mujer esta vez sonrió y le preguntó profesional:

—¿Estás fatigado, mon cher...?

Al otro extremo del bar, hombres de mediana edad conversaban entre sí alrededor de Román Delgado Chalbaud. Todos pretendían disputarse su atención. Entre los que más gritan, reconoce al General Zoilo Vidal, el célebre Caribe, ahora miembro del Consejo Federal y a quien más de una vez llevó recados de guerra de parte de Antonio Paredes. El guerrillero lo reconoció de una mirada y con voz de trueno mojado gritó:

—¡Ahí tienen un macho! ¡Venga para acá, mijo!

Los dos hombres se abrazaron y palmotearon, mientras el Caribe Vidal, casi llorando, les decía a los presentes:

—Éste es el lugarteniente preferido de Antonio Paredes: Justo Ceballos.

El muchacho captó el impacto reverencial de la invocación. Todavía palpitaba en el aire la apoteosis.

—Mire, General —le dijo Vidal al hombre que centraba la atención—, quiero presentarle a mi hermano del alma, Capitán Justo Ceballos, uno de los verdaderos baluartes de la revolución.

—Mucho gusto —dijo el hombre alto de recia estirpe guerrera—. Mi nombre es Román Delgado Chalbaud.

Justo Ceballos y Román Delgado Chalbaud simpatizaron. Justo contó con lujo de detalles las acciones armadas en que tuvieron que enfrentar a Delgado y los pequeños incidentes de la frustrada invasión.

Al despedirse, Delgado le dijo a Justo:

—Búsqueme mañana en mi oficina que quizás hay algo para usted.

* * *

Justo Ceballos, en menos de dos semanas, se convirtió en el hombre de confianza de Román Delgado Chalbaud. El hecho mismo de ser un desertor de la oligarquía caraqueña, robusteció la simpatía del grupo andino hacia el muchacho.

Cuando Justo Ceballos, ebrio, repetía una y otra vez cómo Gonzalo Machado no era más que un ladrón y Rosarito una puta, Delgado y sus conmitones se arrastraban de risa.

Un día Delgado llevó a Justo hasta Miraflores y le presentó a Gómez. Los dos hombres se midieron y volvieron al cuartel de San Mauricio diez años atrás.

El Presidente le dirigió una mirada penetrante y sintió una inexplicable aversión.

Justo le sostuvo la mirada y a pesar de su odio se sobresaltó cuando Juan Vicente Gómez lo miró con sus ojillos de rara.

88. «Encuentro en el San Carlos»

(1909)

Un día Gómez le dijo a José Rosario García:

—Quiero que me pongan en libertad a Eustoquio.

—Todo está muy bien —le respondió el tío que ya había aprendido

a no discutirle—. Pero hay que cubrirlo y ampararlo con el manto de la legalidad. Debemos manejar a los abogados con mano izquierda; deje eso en mis manos.

La Alta Corte, al revisar el proceso de Eustoquio Gómez, lo encontró inocente y recomendó su absolución. Pero la sentencia despertó la indignación del juez Juan José Abreu, quien la voceó y publicó a los cuatro vientos.

122 —Eustoquio Gómez es un asesino y los que lo han absuelto unos vagabundos. Yo no me vendo, ni temo, ni firmo.

Eustoquio Gómez, sin embargo no sólo fue liberado sino que fue nombrado Jefe del presidio donde hasta hacía poco cumplía condena, y Abreu encarcelado. La opinión pública se escandalizó:

Los diarios *El Pregonero*, *Sancho Panza* y *El Nacional*, protestaron airados. La libertad de prensa fue suprimida y los periodistas Rafael Arévalo González, Manuel Flores Cabrera y Rafael Martínez, fueron arrestados y conducidos al Castillo de San Carlos.

123 —Eso es para que vayan sabiendo —dijo Gómez— que cuando se sugiere se está ordenando. Hay que estar bien preparado para entender el lenguaje de los jefes.

»Yo con leguleyos no quiero nada; si uno deja que los plumíferos se metan en política estamos mal —y se acordó de su compadre Don Cipriano cuando decía que su pluma le había hecho más daño a Crespo que el Mocho Hernández, o que más valía una mala imprenta que un verraco general.

—¿No decía yo —comentaba Conch'e Piña—, que no podía ser verdad tanta belleza? Gómez es el mismo musiú con otro cachimbo.

—Bien hecho —decía Doña Josefina—, yo no sé quién manda a Abreu a meterse de brejetero. El General tiene razón de mandarlo para el Castillo junto con esa cuerda de muertos de hambre.

—Si en Venezuela —le respondió Juan Otáñez— hubiese diez Abreu, no habrían ni Gómez ni Castro. Es esa falta de coraje lo que ha sumido al país en la barbarie.

—Ay, mijito —respondió la matrona—. A ti lo que te pasa es que estás respirando por la herida.

En Miraflores, Gómez discurre con su tío sobre los últimos sucesos:

—Pero hay que estar de buena con los intelectuales —se atrevió a decirle José Rosario—. De ellos depende el juicio que de usted hará la historia. Ignorarlos fue la perdición de Tiberio que fue el más grande de los emperadores romanos, y cultivarlos la gloria de Octavio, que era un hombre opaco. Uno los ignoró y el otro los complació.

—Bueno mi doctor, cómpreme a los que se venden y persiga a los rebeldes, porque después de muerto no me enteraré de lo que digan y tenga por cierto que moriré en la silla.

124

* * *

Justo se enamoró de Mercedes Corrales tan pronto la volvió a ver; pero la muchacha lo desdeñó altanera.

El mulato se tragó el despecho en los burdeles del Silencio, hasta que conoció a Cuqueta, quien se prendó de su audacia desenvuelta y de su humor negro festivo y brincón.

A la salida de su trabajo se iba a la mancebía donde hacía de apoderado, propietario y cantinero y entre tragos y picardías anestesiaba sus sueños hasta caer en una borrachera elíptica y sinusoidal.

El negocio era un lugar reservado a la gente de importancia, y en particular a los hombres del gobierno.

De esta forma los vínculos entre Justo Ceballos y los jefes andinos se fueron estrechando paulatinamente, convirtiéndose en un ser —como decía Juan Otáñez— “con algo de sicario, poco de chulo y mucho de cabrón”.

A veces sus borracheras lo tornaban tan peligroso y estremecedor, como el váquiro que tentaba el bestialismo de Cuqueta, quien al abrazarlo le decía tierna: «Véngase para acá mi negro peludo».

Una noche intentó quitarle una catirruana a un joven militar que resultó ser el Coronel José Vicente Gómez. El hombre, intentó hacer valer sus derechos de príncipe real. Pero fue inútil; Justo violento siguió reclamando a la mujer, hasta que José Vicente indignado le gritó:

—Carajo, ocupe su puesto y déjenos quietos.

Justo volvió a la carga y con rostro demencial le espetó:

—Cállese usted, so pendejo.

Un andino gigantón le partió la boca de un puñetazo, mientras tres espalderos le cayeron encima hasta dejarlo exánime.

Una semana más tarde Justo Ceballos salía a bordo del «Zumbador» camino del San Carlos.

* * *

Cuando desembarcó en el Castillo, Justo Ceballos se encontró de frente con Eustoquio Gómez y con su cómplice Isaías Nieto, con la nariz ya comida de lepra.

Eustoquio vio con regocijo a los presos y luego descargó bajo el sol una andanada de insultos sobre los prisioneros mientras los esbirros les remachaban los grillos. Justo mantuvo la mirada con insolencia y con odio.

—¡Baje la vista, grandísimo carajo! —le gritó Isaías Nieto.

—Más carajo será usted y la madre que lo parió.

No necesitó de más el leproso. Se le vino encima a Justo y lo desnudó a latigazos. Cuando ya era un amasijo de sangre y de carne viva que llevaban a rastras, Eustoquio ordenó:

—Échenle sal, para que no se agusane, que lo quiero vivo. Caraqueño, muérgano y falto de respeto —y le dio un vistazo sonriente a un prisionero que languidecía colgado por la mandíbula de un gancho de carnicería.

Dos zamuros huyeron cuando Eustoquio pasó ante el agonizante:

—Todavía no, mis amigos. Quizás para esta tarde, y mejor todavía

125 si es mañana.

89. «El toque sagrado»

(Noviembre 1909)

A raíz de la escena en el Gabinete, Gómez terminó de comprender que el poder debe afirmarse a diario como lo hace en la llanura sin cercas el señor de tierras nuevas.

Lentamente aprendió a ordenar y a amenazar. Pronto descubrió que con los enemigos no hay concesión posible sino agresión constante hasta aniquilarlos.

En la medida que alzaba la voz y se hacía imperioso, los otros se achicaban tornándose sumisos y condescendientes. Paulatinamente pone de lado su natural campechano y comienza un nuevo juego del poder con precisión y acritud.

Como Aquiles Iturbe es hombre de mucho prestigio en Caracas, lo transfiere al Táchira. «Así ponemos a zamuros a cuidar pesa de carne».

—Me parece muy bien la medida —le dice su tío—. La Gobernación de Caracas es una presidencia dentro de la presidencia para que esté en manos extrañas. Yo le tengo más miedo al barrio de San Juan que a todo el Estado Sucre. Por eso tiene que tener al frente de la gobernación a un hombre de su más extrema confianza, o a un hombre dócil.

Por esta vía, salió electo el doctor Carlos León, Gobernador de Caracas.

Pero el nuevo Gobernador resultó un hombre molesto que comenzó a perseguir los garitos, donde la familia de Gómez tenía importantes intereses.

—Deje a esa gente quieta, mi doctor —le decía Gómez al profesor de sociología—, que jugador no tumba gobierno, ni borracho es mujeriego.

Pero como el doctor León insistiera, una garúa de chismes e intrigas cayó sobre él, hasta que Gómez lo sustituyó por su cuñado Francisco Colmenares Pacheco. Designación que complació sobremanera al

doctor García por la doble condición de andino y deudo del Presidente.

126 —País ocupado es país ocupado —decía con regocijo—. Usted es como Guillermo I, el Kaiser, que unificó a Alemania partiendo de Prusia. Nosotros los andinos y en particular los tachirenses, somos los prusianos de Venezuela. —Y se imaginaba en su pensión de Llaguno como la encarnación tropical de Bismarck, mientras su egregio sobrino se calaba el yelmo puyudo de los Hohenzollern.

Cuando Juan Otáñez se enteró por Carlos León de lo sucedido, le comentó con lástima:

—Esa es la tragedia del hombre honrado en Venezuela, si se niega a ser cómplice es automáticamente enemigo mortal.

—Juan Vicente Gómez cambia día a día —observa Gonzalo Machado—. Aunque no hay altivez ni jactancia en su apostura, de él ha desaparecido totalmente aquel hábito de campesino acomodado: humilde, comedido y jovial. Ya su presencia cohibe y la gente se emociona al verlo pasar. Razón tenía aquel filósofo cuando decía que el ejercicio del poder, más que el tiempo y el espacio introduce cambios substanciales en el individuo. El toque sagrado infla y trastorna la personalidad.

»¡Qué poder de sumisión tienen los símbolos!

* * *

A finales del año nuevo, el país, más que paz, tiene la tranquilidad de los enfermos graves. Nadie quiere saber de guerras ni asonadas, sino de la paz y trabajo que promete Gómez.

En noviembre, el Dictador casa a su hija mayor con el mozo de dudosos gestos.

Esa misma tarde le dijo a Dionisia:

127 —Ya sabe que hasta hoy estaré con usted. Las mujeres deben retirarse de la vida cuando las hijas comienzan a vivir.

Y los esponsales de su hija divorciaron a la madre.

90. *¡Misericordia, Señor!* (1910-1913)

En junio, el Congreso de Castro designó a Gómez Presidente Constitucional de Venezuela para el período 1910-1914. Gonzalo Machado fue ratificado en su Ministerio de Hacienda. González Guinán sustituyó a Pimentel en la Secretaría y Manuel Antonio Matos, el pintoresco General de la Libertadora, fue nombrado Canciller para que le hablase en tres idiomas a los Plenipotenciarios europeos.

El día del centenario de la Independencia, la Universidad de Hamburgo, para sorpresa del mundo y remilgos culposos de Matos, lo nombró Doctor Honoris Causa, lo que le hizo decir a Don Antonio Pimentel:

—Compadre, si a usted le dieron título, dígales que me nombren Rector, porque yo a usted en buen saber le saco una cabeza.

Gómez no rió de la ocurrencia de Don Antonio y tuvo un gesto airado.

«Juan Vicente ha cambiado —se decía Don Antonio—; ahora es una vaina rara; es como si estuviese triste, pero tampoco lo está; es como si estuviese pensando en otra cosa, y no lo está; es como si estuviera distraído, y está pendiente de todo. Es como si de repente a mi amigo de hace tantos años me lo hubiesen cambiado por otro».

Ya no aceptaba consejos ni opiniones que no hubiera solicitado. La primera víctima de este sesgo de Gómez fue el doctor José Rosario. Por los imperceptibles raptos de contrariedad a cada reflexión suya, comprendió que había llegado la hora de guardar silencio y de oír a su pupilo, que se fue tornando más sentencioso y audaz que un intelectual de aldea.

Treinta países enviaron sus representaciones y Dolores Amelia dio a luz su primer hijo a quien llamaron Juan Vicente, como su padre.

Un día el Presidente recibió la noticia: los presos del San Carlos capitaneados por Justo Ceballos se insurreccionaron y mataron a Isaías Nieto, el leproso cómplice de Eustoquio. El primo salvó milagrosamente la vida. Algunos presos huyeron hacia Colombia y otros fueron masacrados. El recuerdo nítido de Justo le vino a Gómez y la antipatía vital que sintió hacia él desde el primer momento le retornó recrecida. Eustoquio fue trasladado a San Cristóbal y designado Comandante Militar de San Cristóbal. El Presidente del Estado, General Régulo Olivares, protestó por la medida, y antes de que Eustoquio llegara a su destino, cruzó la frontera y se inscribió en la escuela de los exiliados políticos.

128

Gómez quedó afectado por la actitud de Olivares. Era un hombre valiente y respetable por quien siempre sintió el mayor afecto y admiración. De no haber sido por él, Leopoldo Baptista y su grupo lo hubieran depuesto aquella mañana en Miraflores.

—¡Qué cosa es la política! —se dijo para sus adentros—, muele y destroza lo que uno quiere y lo obliga a compartir el aire con muérganos.

Y por una semana lo acongojó la tristeza.

* * *

El Congreso, para compensar a Gómez de la desertión de Olivares, lo elige General en Jefe.

En 1912, los estudiantes se declaran en rebeldía contra el Rector, doctor Felipe Guevara Rojas. El Presidente sentencia:

—Aquí no hacen falta doctores sino hombres de trabajo. —Los viejos portales de San Francisco se cierran crepitantes y el Rector asciende a mejores destinos.

Ya en esa fecha Gómez comienza a rehuir a Caracas, y cada vez permanece más tiempo en Maracay, donde lo esperan sus hatos y haciendas. Tiene 56 años y el aspecto poderoso de esos búfalos africanos que sembró en la Laguna de Maracay, como comienzan a llamar los adulantes al Lago de Valencia.

A mediados del año, le ordena al doctor González Guinán que le pida la renuncia al gabinete. Cuando el viejo liberal le presenta la dimisión de los ministros omitiendo la suya, el Presidente le dice con voz suave:

—Firme usted también, mi doctor. Es bueno que acompañe a los amigos. 128

* * *

A González Guinán lo sustituye ahora el doctor Ezequiel Vivas, un tachirenses sanguíneo, que justifica por la calle del medio el derecho de conquista. La desconfianza del Presidente encuentra en él su mejor forma y asidero. A diario le trae un fardo de anécdotas y situaciones que abonan su angustia: los caraqueños lo odian, hacen chistes a su costa y conspiran para derrocarlo. Una tarde le trae las pruebas de cómo Leopoldo Baptista, su amigo, socio y ministro, es el jefe de una conspiración compleja y poderosa. La ira mal contenida que siente contra Baptista, se desborda. Ordena que se hagan las averiguaciones. Quiere saber a cualquier precio toda la verdad. Los sospechosos de saber algo son llevados a La Rotunda. A Juan Otáñez se le intercepta una carta de Justo Ceballos, desde Colombia, que muestra en una frase su connivencia con los enemigos del régimen.

«Como tú dices —escribe Justo— no es posible que un pastor con sable domine al país. Un analfabeto diría yo, una bestia sedienta de sangre, un sapo hinchado de ignorancia.» 129

Los párpados de batracio del Presidente se repliegan sobre la hendidura al leer la carta y dejan salir un fluido verdoso y mortecino.

Juan Otáñez es encarcelado. Juan Vicente Gómez asiste tras una cortina negra al interrogatorio. Cuando Duarte Cacicque le muestra la evidencia, Juan se defiende:

—Eso lo hizo Justo para envainarme, que no sería ni la primera, ni la última vez que lo haga. Él a mí me odia, como puede dar fe, mi cuñado Gonzalo Machado.

Tras la cortina resonaron tres golpes de bastón contra el piso. Juan

Otáñez se volvió curioso. El carcelero cambió su expresión adusta y casi sonrió:

—Bueno mi doctor, nos ha convencido. Puede retirarse, está libre.

Cuando Juan Otáñez se encontró en la calle, le dijo mentalmente a Justo: «perdóname vale por haberte negado, pero tú tienes la culpa por escribir pendejadas». El resto de los detenidos no tuvo la misma suerte.

En la misma sala sin ventanas del cortinaje negro se les cuelga por los testículos. Los alaridos y las maldiciones no salen del cuarto. El esbirro iza una y otra vez a las víctimas. Se dicen nombres, se inventan otros. Unos lloran, otros piden piedad, alguno maldice a Gómez. Al otro lado del cortinaje el dictador se acaricia el bigote mientras dirige el interrogatorio dando golpes con su bastón desde una silla de mimbre.

Todos los gritos y maldiciones conducen hasta Baptista. Un hombre viejo dice antes de morir: «Sí es verdad, coño, que el jefe es Baptista, Baptista, coño, Baptista».

El General de la silla de mimbre se yergue y aparece tras la cortina. Con voz rabiosa exclama:

—¿Conque entonces es verdad? Que me agarren a ese vagabundo de Baptista, por traidor y malagradecido.

Al rato cuando se le ha pasado el acceso de cólera, el alcaide le pregunta a Gómez luego de analizar la larga lista de detenidos.

—¿Y qué hacemos con estos cuatro? No hay duda de que son inocentes.

Sin dejar de acariciarse el bigote responde el jefe con voz suave:

130 —Después que se cuelga a un hombre por las pelotas ya no es inocente. Si los soltamos ahora nos van a armar un rebullicio y a lo mejor vamos a tener que matarlos. Déjelos por un tiempo largo, que los presos después de varios años bendicen la mano que les da la libertad, aunque sea la misma que se las quitó. Así son los hombres, Don Abel, y es bueno que vaya aprendiendo a conocerlos. —Y como el hombre vacila le apunta sonriente—: Así son los hombres, sí, señor, sí, señor. No se le olvide, Don Abel, porque de lo contrario se encontrará con su Caín.

Se inicia la persecución en gran escala y Gómez fiel a sus creencias, intensifica la participación andina en su Gobierno. Desde los altos jefes

militares hasta los jefes civiles y comisarios de las más apartadas regiones son andinos. Victorino Márquez, un trujillano, es nombrado Ministro de Guerra y Juancho Gómez, su hermano, se encarga de la Gobernación de Caracas.

Una redondilla popular salta de boca en boca:

*Andino es el Presidente,
Andino el Gobernador,
Andinos cinco ministros,
¡Misericordia! ¡Señor!*

* * *

En mayo de 1913, los espías de Vivas descubren una conspiración comandada por Román Delgado Chalbaud. Gómez sufre una conmoción. Román es de los pocos hombres a quien guarda afecto.

—Román, Román. ¿Por qué me traicionaste? —ronronea en el silencio de su cama. Y la imagen del almirante a quien puso afecto de hermano e hijo, lo desveló toda la noche. El toque de diana lo levanta. Media hora más tarde el ordenanza le advirtió la presencia de Almirante, quien como tantas veces llegó con el clarear del día. Delgado acude cordial y apuesto. Gómez no varía su actitud. Hablan y discurren con la mayor parsimonia. Gómez lo recibe en camiseta y calzoncillos largos. En un momento y con mirada vidriosa le dice a Delgado:

—Yo soy todo para los míos; pero para mis enemigos tengo la muerte de agujita, y si el sapo salta y se ensarta, la culpa no es de la estaca, sino del sapo.

130

—¿Y a qué viene eso, compadre? —preguntó el Almirante.

Pero Gómez no tuvo ya qué responderle y lo despidió con un gesto ambiguo, donde, más que ira, había una gran tristeza.

Al llegar Delgado a Puente Yáñez, una patrulla policial interceptó su coche.

—Tengo órdenes de llevarlo a La Rotunda —le señaló el esbirro. Allí lo esperaba Duarte Cacique.

131 —La noche en que usted se casaba en Puerto Cabello, siendo Gobernador del Castillo, hasta mi calabozo llegaba la música de la fiesta. Yo tiritaba de frío y de fiebre esa noche. Ahora me toca a mí. La historia de Venezuela es como un gallinero. A veces estamos arriba y cagamos a los de abajo, otras veces se suben los de abajo y cagan a los de arriba. ¿No le parece mi general? —Y dio la orden de que lo llevaran al «tigrito», un calabozo sombrío, lleno de humedad, de silencio y de ratas gordas.

* * *

Desde que Gómez destituyó a González Guinán y al resto del Gabinete, se ha operado un giro de noventa grados en la política. Desaparece la legalidad y se asienta el atropello. Comienzan las vejaciones y los encarcelamientos sin fórmulas de juicio. Las cárceles engullen cada vez más prisioneros. La prensa, paulatinamente, va callándose; la crítica al gobierno, por leve que sea, va desapareciendo. La lisonja sube de tono. Se escribe mucho de historia, y de noticias sociales. Los viejos caudillos del Consejo Federal huyen al exterior. Se acercan las elecciones. Rafael Arévalo González lanza la candidatura del doctor Félix Montes. Gómez los hace arrestar. Hasta entonces ningún gobernante ha procedido con tanta impudicia. Ha sido un golpe, más que audaz, insensato.

—Gómez no sabe con quién se ha metido de frente y por todo el cañón —anota Juan Otáñez—. Con este acto se ha puesto la soga al cuello. Le doy un mes para que lo tumben.

—No sé qué decirte —le responde su cuñado Gonzalo Machado—, el acierto de los actos políticos se demuestra por su eficacia y a posteriori. A lo mejor tienes razón, pero tengo la impresión de que Gómez saldrá ganando.

91. *La dictadura*

(1913)

Castro en su habitación del «Parker» en Nueva York rumia esperanzas contradictorias. El malestar contra Gómez se intensifica. Ya todo el mundo sabe que no es el manso palurdo, sino el salvaje despiadado, que se le aparecía de pronto en Cúcuta. Hay diversos focos revolucionarios en todo el mundo. En el mismo Nueva York están Ramón Ayala y Ortega Martínez, que lo ven con recelo. El Mocho Hernández está acantonado en Cuba. México está en plena guerra civil; pero los revolucionarios ven con simpatía su actitud antimperialista. En Curacao está su gente. Y al frente de ellos su cuñado Simón Bello, auténtico héroe nacional, quien le comunica entusiasta que Venezuela espera con ansias su retorno.

Pero Don Cipriano guarda un extraño rencor recordando su humillante peregrinar por el mundo. De Francia, a donde los arrojó el «Versalles» marchó a España y de allí a Canarias y de nuevo a Francia. En todas partes lo esperaban las manos del Departamento de Estado para hacerle la vida imposible. Su renta ha menguado a causa de la enfermedad y del embargo de sus propiedades, a propuesta de su íntimo amigo Manuel Modesto Gallegos, quien para sacudirse la sospecha de Gómez hizo de sayón y verdugo. Harto, tomó la decisión de meterse en la boca del león: marcharse a los Estados Unidos. Una cosa era el Departamento de Estado y otra el pueblo norteamericano, demócrata por excelencia y auténtico paladín de la libertad.

El 31 de diciembre de 1912 llegó a Nueva York en el «Turaine», bajo una gran tormenta invernal. La estatua de la Libertad parecía darle la bienvenida y por primera vez en muchos meses le dio un beso a Doña Zoila. Tenía 55 años, y un aspecto macilento de anciano indefinido.

Don Cipriano miraba con deleitación los rascacielos de la gran ciudad del Norte.

—La Babilonia —dijo— que condena a muerte desde Wall Street a

los latinoamericanos que hablan de nacionalismo y de independencia económica. Pero es también el país de la libertad, de la dignidad, de la pureza de sus jueces. En ellos confío, para alcanzar el perdón definitivo y el derecho a transitar por el mundo sin que fisgones y policías me salgan al paso a cada instante.

Ya se veía transitando por Broadway la calle-país, con sus espectáculos luminosos y sus grandes restaurantes y aspira feliz el frío aire invernal.

Pero tan pronto se enfrenta a las autoridades portuarias comprende que el Tío Sam lo va a castigar como cualquier jefe civil de la frontera.

A empellones lo bajaron del barco, ante la desolación de Doña Zoila, y lo empujaron hacia una lancha de resguardo que lo llevó a Ellis Island, un degredo insular donde las autoridades neoyorkinas arrojaban a los extranjeros indeseables, a los indocumentados y a los afectados de enfermedades contagiosas. No le dieron explicaciones. Los médicos lo desnudaron, le hicieron sacar la lengua. Descubrieron su herida y la examinaron con manos ásperas. Luego le dieron por habitación un cuartucho, por donde entraban y salían borrachos y mozos camorristas que lo insultaron y molestaron hasta sumergirlo en un amargo insomnio. Por cuatro semanas Don Cipriano llevó vida de recluso y su rostro pálido se tornó ceniciento, comiendo con mendigos y hampones en tablonas asquerosas. Un día un reportero del *New York Herald* lo descubrió entre la muchedumbre harapienta. Conmovido le hizo un reportaje que sacudió a la opinión pública norteamericana. Don Cipriano pregunta: «¿Es éste el país de la Libertad? Soy una víctima de las compañías asfalteras, a quienes pretendí impedir que continuaran saqueando a Venezuela». Al día siguiente del reportaje aparecieron funcionarios sonrientes que le devolvieron el pasaporte y le autorizaron a permanecer en el país.

Al llegar al hotel se encuentra una carta de Simón Bello donde le participa que el Presidente del Estado Falcón está en connivencia con los revolucionarios de Curazao, y los invita a invadir Venezuela en fecha próxima. Tan sólo esperan su presencia para proceder a la aventura.

Cipriano Castro se traslada a Curazao y se embarca para Venezuela en un barco de alquiler con Simón Bello y sus muchachos.

Los invasores desembarcan confiados. Don Cipriano por sus molestias prefiere quedarse a bordo. «Cuando ocupan Coro me avisan». Y desde la barandilla del buque atisba su amada Venezuela y los botes que conducen sus esperanzas. Los ve desembarcar y perderse en los médanos. Durante tres horas mira fijamente la tierra desértica de Falcón. Caen la noche y un silencio de resaca lejano se esparce entre la tierra y el mar. El barco se balancea. En medio de la oscuridad algo se mueve. El potente reflector de la nave lo ilumina. Es una piragua con un hombre que rema de prisa.

—¡Es Estanislao! —grita el remero.

Sudoroso trepa el hombre la escalerilla:

—Vámonos a toda máquina, General. Todo era mentira. El General Jurado nos traicionó. Cuando desembarcamos nos estaba esperando un batallón. A todos los pusieron presos. Yo escapé de milagro. Fue una traición. ¡Maldito sea!

La frustrada invasión de Cipriano Castro, que el mismo Gómez planificó, le sirve de pretexto para suspender las garantías y hacerse nombrar General en Jefe en campaña. Ha comenzado la dictadura de frente y de hierro. Juan Vicente Gómez a los 57 años, sabe de una vez por todas cuáles son sus limitaciones y sus posibilidades.

132

Pero sus enemigos no descansan. Allá en la frontera en Colombia, Arévalo Cedeño y Justo Ceballos preparan una invasión.

—¡Maldito Justo! ¡Eres como el cigarrón en la oreja! —y dirigiéndose al oficial le dice descompuesto:

—De una vez por todas quiero que me traigan vivo o muerto a Justo Ceballos. Pero esta vez que no fallen, porque de lo contrario se la van a tener que ver conmigo.

—Sí, mi General —y el hombre se alejó presuroso hacia el telégrafo.

92. *El Arauca y los hombres de a caballo* (1914)

El campamento rebelde del General Arévalo Cedeño bulle de acción. Justo Ceballos ve pasar las aguas oscuras y tormentosas del río Arauca. Siete años de cárceles, aventuras armadas y sufrimientos no han hecho mella en su cara ni en su cuerpo. Sigue siendo el gigantón hercúleo de los tiempos de Cuquetta, con sus facciones burdas, jactanciosas y hoscas.

Desde que se fugó del San Carlos, siete años atrás, no hay asonada ni arrebato que no haya coloreado su vida. Comenzó por planificar el alzamiento de los presos contra Eustoquio Gómez y con sus propias manos mató a Isaías Nieto, el leproso segundón del tirano. Luego, por más de quince días, él y otros dos presidiarios huyeron por la Guajira tratando de alcanzar la frontera colombiana. Uno de los fugitivos era un ladrón cuchillero llamado «Culo'e Pasa» y el otro un periodista que se quedó en el camino. Sin fuerzas para cavar su tumba le cubrieron el cuerpo con pencas de tunas verdes y siguieron su marcha quejumbrosa por el arenal.

Al llegar a Barranquilla Justo y Culo'e Pasa separaron sus vidas. Justo se empleó de carga-maletas en un hotel de segunda y Culo'e Pasa siguió abriéndose paso en la vida con su navaja «pico'e loro» hasta que ella lo regresó de Cartagena.

Pero a Justo tres meses apenas le duró el trabajo. Un día llegó al hotel el General Pablo Albornoz y tan pronto lo identificó le tiró las maletas escaleras abajo al grito de «Mojón de Bagre».

De nuevo se encontró en la calle, sin recursos y hambriento. Un día en que su penuria lo tenía listo para seguir las huellas de Culo'e pasa, recibió un llamado de Pepe Ruta, el gerente del hotel:

—No sabes cuánto he lamentado tener que ponerte en la calle; pero como tú comprenderás no podía hacer otra cosa.

—No se preocupe don —le respondió Justo sin sombra de rencor—. Hay gustos en la vida, que uno tiene que darse, aunque se le reviente el alma.

Pepe Ruta cambiando de expresión le dijo:

—Te he llamado porque tengo una carta para ti.

Justo tuvo un gesto de extrañeza y en particular cuando reparó que procedía de Venezuela.

Por un momento retuvo el sobre en sus manos, preguntándose quién pudiera escribirle y cómo lo habían localizado a tres meses escasos de haber llegado a Barranquilla.

Justo rasgó el sobre y le salió al paso un cheque de gerencia por mil quinientos bolívares y una tarjeta adjunta que decía simplemente: Gonzalo Machado.

El muchacho miró y remiró cheque y tarjeta ante la mirada complacida del hotelero:

—¿Como que te llegó plata?

—Así es, don —le respondió con voz ausente.

—Quiero que me haga un favor, regáleme un sobre y las estampillas que se necesitan para mandar una carta a Venezuela.

—Y más que fuera —le respondió el otro.

Cuando Justo tuvo en sus manos el sobre escribió con caligrafía vacilante: Sr. Dr. Gonzalo Machado - Ministerio de Hacienda - Caracas, Venezuela.

Y ante la expresión confusa del gerente del hotel rasgó minuciosamente el cheque. Metió los restos en el sobre y se lo extendió al hombre:

—¿Sería usted tan amable de enviarla junto con el resto de la correspondencia? —y a modo de despedida volvió a decir:

»Es que en la vida, don, hay que darse ciertos gustos, aunque uno se muera de hambre.

A los tres días y cuando la patrona de la pensión reclamaba destemplada su renta, recibió una nueva llamada del gerente, quien al verlo le dijo con expresión complacida:

—A mi amigo y compadre el General Uribe, a quien tengo el gusto de presentarte, le ha impresionado mucho tu gesto y te ofrece un sueldo a su lado.

Un hombre, alto, viejo y apuesto le extendió la mano sin sonreír.

—Yo necesito un hombre valiente y leal. ¿Quiere usted trabajar conmigo?

—Por supuesto, mi general —respondió Justo.

Y los dos hombres salieron del hotel camino de la casa de Uribe.

El General Uribe era un viejo caudillo liberal colombiano que mostraba viva simpatía por los enemigos de Juan Vicente Gómez. Ayudaba a los revolucionarios que como Arévalo Cedeño y Carmelo París oteaban desde las tierras fronterizas los campos solitarios de su país.

Por cuatro años Justo trabajó al lado del viejo Uribe en ese ir y venir de gente armada; hasta que un día, doce hombres de la guarnición de Elorza cruzaron el río y esperaron la medianoche. Cuando más profundo dormía en su hamaca el General, un machetazo le partió la cara. Justo logró escapar porque en ese momento aliviaba su vientre en el río. Los esbirros dispararon a las sombras; el muchacho se guareció en el canal lleno de caribes y de tragavenados. Desde su escondite oyó la voz del jefe de la patrulla.

—Búsquenme a ese carajo de Justo Ceballos que no debe andar muy lejos.

La luna llena era toda una traición a la revuelta. La llanura estaba clara y luminosa como si fuera de día.

—Ese tiene que estar metido por aquí o si es loco en el tremedal. Registren la casa y ustedes vayan al río. —Justo vio acercarse seis hombres con linternas inglesas y machetes refulgentes. Algo sinuoso y viscoso se le deslizó entre las piernas. Los hombres ya estaban a escasos metros; la cosa siguió de largo y Justo se sumergió en el lodazal en el momento en que un haz de luz caía sobre su cabeza.

Por un largo rato hurgaron en la poza y dispararon a los bejucos. Varias veces pasaron sobre su escondite. La voz del jefe retumbó a lo lejos:

—Vámonos, muchachos, que ya amanece.

Cantos de gallos y llamaradas violentas salieron del caserón llanero.

Justo Ceballos vio arder largamente la casa y permaneció en la poza hasta que llegaron los peones de Uribe con el clarear del día. La casa había sido destruida en buena parte. Dos de los peones yacían degollados en la entrada. El cuerpo y la hamaca del General Uribe no aparecieron. Un reguero de sangre apuntaba hacia el río. Al cuarto día los peones encontraron tres leguas abajo un esqueleto limpio y pulido por los caribes. Sólo que no tenía cabeza.

—Se la llevaron a Juan Vicente Gómez —exclamó con rabia, tristeza y asco Justo Ceballos y le dio un abrazo a Felipe Uribe, el hijo mayor del general quien corrió de un pueblo cercano al saber la noticia.

Felipe reaccionó con odio cabalgante. Ya no fue, como su padre, un mecenas y protector de la revolución venezolana. Se convirtió en un agente activo. Vendió casas, haciendas y propiedades que se transformaron en fusiles de repetición. Entró en contacto con los comités revolucionarios de Nueva York y Las Antillas y los invitó a Colombia a planificar la invasión. Por meses fueron llegando al ható revolucionarios y aventureros de toda laya. Generoso dio de comer y de vestir a más de trescientos hombres. Entre ellos venían Arévalo Cedeño y Carmelo París. A Justo no le cayó en gracia Arévalo Cedeño, un hombre pequeño y orejudo, mal encarado y autoritario. Más de una vez, recios caciques llaneros se le encrespaban airados al orejudo por sus arrebatos de intemperancia.

—¿Qué será de Venezuela, si este carajito le pone la mano a Miraflores? —pensaba Justo mientras veía pasar el Arauca—. Realmente, ¿qué diferencia existe entre estos caudillos y Juan Vicente Gómez? Son tan fieros y primitivos en sus concepciones políticas como el mismo despota. ¿No estaremos haciendo un gran esfuerzo para nada?

Una tarde en que uno de los lugartenientes de Arévalo Cedeño asesinó a mansalva a un muchacho por el solo hecho de parecerle espía, Justo estuvo a punto de desertar no tanto por el crimen del secuaz como por la condescendiente actitud del caudillo.

—¡Qué vaina! —fue todo cuanto dijo al ver a su esbirro descargando puñaladas contra el muchacho, quien amarrado contra un habillo espinoso no terminaba de entender por qué lo asesinaban.

—Es mala cosa empezar una revolución con un muerto entre las propias filas —dijo por toda sentencia y sin darle mayor importancia a lo sucedido volvió a sentarse a la mesa donde almorzaba, mientras el cadáver del asesinado quebraba cabeza y cuello sobre la soga que lo ataba al habillo.

Justo rumia frente al Arauca una amarga decepción.

«Todo me sale malo —se dice con acento sombrío—. No levanto cabeza, siempre me anoto con quien no va».

La voz chillona de Arévalo lo sacó de su ensimismamiento. Una hora más tarde los trescientos hombres a caballo cruzaron el río Arauca haciendo restallar la revolución.

SEXTA ÉPOCA

El septenio de hierro
(1916-1923)

93. *El señor de Maracay*

(1916)

La mañana es fresca y luminosa; los pajonales de los potreros estallan en verdor; el ganado pasta goloso y plácido cuando Juan Vicente Gómez llega con su cortejo a la vaquera. En tres años ha crecido su robusta figura y exhibe mayor parsimonia. Sobresale por encima de todos como un toro de lidia en un corral madrinero. Los largos bigotes a lo Kaiser lo ungen de autoridad. Es el dueño y señor de Venezuela. La oposición de los caudillos ha sido aniquilada: los que no están en las cárceles, deambulan en el exilio o abonan con sus cuerpos los camposantos. «Los hombres de saber» como llama a los científicos y a los intelectuales, «los que complican las cosas», han seguido la misma suerte o se disputan sus favores o cavilan en calabozos sombríos sobre Venezuela y su pasado, porque ya no hay presente y ni siquiera futuro. Juan Vicente Gómez se extrasía en la pinta de una vaca de raza a quien el becerro le restriega las ubres:

—¡Buena moza que está la condenada!

»Los animales son como los hombres, mi doctor —le dice a José Rosario—, se enamoran, tienen sus amistades y sus odios igual que no-

sotros. Todo es cuestión de quién come más y quién se lleva la mejor hembra.

Un torete joven huye del rebaño ante los embates de un toro padrote:

—Fíjese no más, mi doctor, cómo el becerro pretencioso le corre al viejo. Eso es lo que hay que hacer en política. De repente hay tipos que aprenden a mover las patas y por eso nada más se creen con derecho a hacerse amos del rebaño. Un buen padrote de raza lo cornea y saca del lote como hizo «Satanás» orita. ¡Igualito que los hombres! ¿Verdad, mi doctor? —y José Rosario García asintió prudente.

»Los problemas entre los humanos —continuaba el Presidente— no son tan complicados como dicen ustedes «los doctores». Todo es cuestión de forraje y plata y de saber quién es el toro que más mea. Si usted le tiene la boca llena a alguien y le da seguridad de que la seguirá teniendo llena, se queda quieto. Por eso le devolví al General Leopoldo Baptista sus centavos. Yo sabía que Baptista con un millón de bolívares en la mano se dejaba de estarme organizando revoluciones en Curazao y se largaba muy lejos de sus socios para que no le fueran a pedir prestado. Así son los hombres, mi doctor. Sí, señor; sí, señor.

134

José Rosario García cavila, mientras su sobrino sigue dándole vueltas a la manada.

La lucha por el poder, no es más que «el quitate tú, para ponerme yo»; lo otro: la bandera que se esgrime, los principios que se invocan, las ideas que se exhiben, no son más que afeites que ocultan la verdadera intención: sobrevivir, prevalecer, dominar. Gobernar, como dice él, es tener la mirada profunda y el coraje suficiente para actuar rápido y cruelmente cada vez que sea necesario. El General tiene la intuición del mando. Y eso ni se adquiere en la Universidad ni se aprende en los libros. Juan Vicente Gómez nació con ese ojo y por eso de simple pulpero en Cúcuta gobierna a Venezuela desde el 99. Nosotros los doctores, los hombres de saber lo que hacemos es ponerle música de fondo y razonamientos jurídicos a lo que el hombre ha decidido. Lo demás es paja y fantasía.

Y dejó de pensar porque el General-Presidente le llamaba la aten-

ción nuevamente sobre el maute que había desafiado al jefe y que ahora en un descuido del padrote arremetía por un flanco.

—Mire no más, mi doctor, míreme al torito. Ese llegará a padrote porque sabe encontrar su oportunidad.

El Padre Borges y Victorino Márquez Bustillos celebraron las observaciones del Presidente:

—Es que el General es verdaderamente genial en sus apreciaciones —decía Márquez Bustillos—, a todo le saca punta y con qué maestría.

El General-Presidente se regodea satisfecho ante el elogio.

—El campo tiene mucho que enseñarnos. Sí, señor; sí, señor. —Y se sentó a la sombra de un samán a observar la mesnada, mientras los doctores de traje y chaleco se derretían bajo el sol aragüeño a discutir entre sí las virtudes más destacadas del Benemérito. Juan Vicente Gómez confundido en su traje entre campesino y militar los observa y se ríe por lo bajo, del miedo que sintió hacia ellos y hacia su palabrería extraña.

Para él todo aquello de Patria, Congreso, Derechos Humanos, Partidos Políticos, Prohombres de la Historia era un magma confuso que lo angustiaba. Por mucho tiempo ignoró el sentido de ciertas palabras, aunque a su lado estuviese el doctor García. «No hay maestro que respete a su alumno —decía para sí—; quien enseña se siente propietario. Por eso los maestros de escuela son caciques sin espada y con palmetas que tienen pupitres por caballos.»

Y el General-Presidente se sonríe al recordar las vueltas y revueltas que dio para hacer luz en su mente sin pedirle a nadie cacao. Observaba y apuntaba lo que decían los doctores; luego se lo dejaba caer al doctor García como si comprobara opiniones. García con su verbo abundoso rellenaba a veces el vacío cultural que lo inquietaba o hacía más tremenda su angustia al develarle un mundo gigantesco y confuso que apenas presentía. A veces se sentaba al lado de alguno de sus hijos a oír las clases que algún maestro de primera enseñanza dictaba al muchacho, emocionado por la presencia del General-Presidente. Y en las noches, en la soledad de su habitación, espulgaba libros primarios de geografía e historia redondeando los conocimientos que le sacó al maestro. A lo largo de más de diez años y con la ayuda involuntaria de José Rosario,

aprobó la primaria y se hubiera graduado de bachiller si la incoherencia no le hubiese salido al paso.

Por eso valoraba tanto la palabra de los doctores cuando aprobaban sus dichos, sus actos y sus sentencias. Por eso las lisonjas y adulancias comenzaron a caer sobre el Dictador como una garúa fina.

El 24 de julio, natalicio de Gómez y de Simón Bolívar, Laureano Vallenilla Lanz, director del periódico oficial publica en la primera página los retratos del Padre de la Patria y del Rehabilitador. El de Gómez supera su extensión en un tercio al de Simón Bolívar. La opinión pública reacciona desfavorablemente. Juan Otáñez se lo echa en cara a Vallenilla en la Cervecería Strich. El cumánés por toda respuesta le dice, mientras trasiega una lista:

136 —El General Gómez pone grillos y el Libertador no —y todos ríen ante la salida.

«Esa es la peor tragedia que tiene Venezuela en nuestros días —le escribe furibundo Juan Otáñez a Justo Ceballos—: todos ríen. Hace tiempo que se fueron los dioses. El país en la medida que se desborda en iniquidad se afianza en ingenio. Los padres dicen que se prostituyen para que no se les prostituyan las hijas. “La Constitución como las mujeres hermosas nacieron para ser violadas”, escribe Vallenilla, quien tiene la habilidad de cruzar el pantano sin ensuciarlo. Aquí se ha perdido toda noción de juridicidad y de decencia. Gómez no sólo ha sido reelegido Presidente, como lo prohíbe la Constitución, sino que ese congreso de eunucos le ha prorrogado el mandato hasta 1922. La gracejería ha sustituido a la dignidad, la habilidad a los principios, las opiniones a las creencias. Aquí el arquetipo predominante no es ni Bolívar, ni Miranda, ni el mismo Castro, que con todas sus loqueras tenía la brillantez de su talento y el mérito de pensar en forma épica. Todo esto es un inmenso pantano, sórdido, mezquino y degradado, donde el héroe es el General o todo lo que se le parezca a él, esto es: el brujo montaraz a horcajadas de la cultura, la intuición bárbara arrollando la lógica y el saber, la picardía campeando sobre la inteligencia y la probidad. Se ponen en boca del bárbaro anécdotas que su pobre cerebro es incapaz de concebir aunque tengan el sello del mal gusto. Venezuela se ha conver-

tido en un adefesio tanto en la forma como en el fondo. Ya han desaparecido de nuestra vida política las grandes frases de un Guzmán o de Andueza, unas grandilocuentes y otras rebosantes de verdadera chispa criolla. Ya ni siquiera se ven los bellos gestos de Crespo que con toda su ignorancia era un verdadero Cid Campeador, digno de inspirar una odisea y te lo digo yo que fui su víctima y que tanto trabajé para derrocarlo. Dicen, y esto es lo único gracioso que recuerdo en los últimos tiempos, que cuando Gómez hizo nombrar presidente provisional a Márquez Bustillos para evitar ser el responsable de la neutralidad de Venezuela, y que le dijo a los embajadores aliados que volvían a hacerle presión para que entrase en la guerra: "Hablen con el Presidente, porque yo estoy de permiso". Esto te da una idea, mi querido amigo, de nuestra tragedia por no haber tenido las bolas de echar por la calle del medio y arrostrar el exilio, como afortunadamente hiciste tú.»

137

Juan Vicente Gómez y su largo cortejo de autos armados emprenden el camino de regreso de las vaquerías hacia la casa campestre de Las Delicias.

Maracay desde el año 13 se ha convertido en la sede del gobierno o del poder gomero.

La villa que lo tentara desde la primera vez que la conoció, le recuerda las tierras cálidas de San Antonio y Cúcuta donde pasó toda su mocedad.

Maracay es la clave de Venezuela. Su acceso al mar es inmediato. La Puerta, a media jornada, domina la llanura y si se desplaza hacia La Cabrera taponará cualquier invasión que venga de Occidente. Además, como dice José Rosario, Maracay, como Madrid, es una aldea sin historia. Sin clase media ni oligarquías municipales poderosas y antiguas como las de Caracas y Valencia; Maracay nació como pueblo de indios y así siguió hasta que él bordeó sus contornos. Maracay estaba sin hacer, y él la hizo crecer entre sus manos. Comenzó fijando su residencia en una casona frente a la Plaza Bolívar e hizo construir un gran hotel para sus ministros, diputados y embajadores.

La comitiva se detiene ante la casa de campo. Gómez y Antonio Pimentel se sientan solos en el corredor, mientras beben guarapo de caña.

El Dictador, de blusa militar, hace un saldo en voz alta de los tiempos idos:

—El país está tranquilo. Los caudillos ya no valen un centavo; los que no son miembros de mi gobierno están fuera o en La Rotunda. Nicolás Rolando murió hace un año en Trinidad. Zoilo Vidal está loco y a Ducharne lo mataron. El Mocho Hernández y Peñalosa no hallan qué hacer en Nueva York y en Cúcuta. Del Consejo Federal no queda ni el recuerdo. Fue el arma que me dio el Señor para fuñir a los caudillos. Entonces pensaban que yo iba a ser flor de un día, y todos esperaban su oportunidad para darme el manotón. Por eso cuando les dije con aire humilde: «A ver, General, deme acá la lista de sus oficiales para colocárselos en el gobierno regional», cayeron mansitos; porque les hice la mala jugada de colocar en los puestos, no a sus oficiales sino a sus parientes, lo que les trajo el recelo de su gente al pensar que a la hora de puestos no pensaban sino en la familia. Por eso me bastó con quitar a los parientes y cambiarlos por los oficiales para acabar con los caciques. Por eso, compadre, ahora no hay perro que me ladre a todo lo largo de Venezuela, y si no, vea esto —y le extendió un libro grueso empastado que contenía todos los telegramas de adhesión a su régimen conmemorando el golpe de Estado del 19 de diciembre.

Los ojos de Pimentel brillaron burlones y fue repitiendo nombres:

—Inocente Palacios, John Boulton, Sosa Báez, Augusto Guinán, José Loreto Arismendi, Luis Teófilo Núñez, David Lobo, Juan Pablo Pérez, Henrique Eraso, Tomás Reyna, Miguel Chapellín, José Rafael Revenga, Andrés Ibarra, E. Guzmán Blanco, Rodríguez Llamozas.

»La misma gente de siempre —observó con desgano Pimentel.

—Por eso han sido, son y serán —respondió el Presidente, mientras le extendía la mano sin levantarse de su asiento, al General Ignacio Andrade, ex presidente de la República y nuevo diputado, que venía a presentarle sus congratulaciones.

A los pocos minutos llegó Gonzalo Machado, enfundado como

siempre en su terno negro encuadrado por una corbata gris. El General-Presidente se puso en pie y salió a su encuentro:

—¡Qué gusto, mi doctor! ¿Y cómo está Doña Rosarito?

—Pues muy bien, mi general. Allá la dejé en el hotel emperifollándose para la fiesta de esta noche donde le presentará sus respetos.

El General-Presidente vio con simpatía a Gonzalo y dejó salir:

—Me parece muy bien, me parece muy bien. Esta noche tendremos el placer de saludarla. Sí, señor; sí, señor. Pero siéntese, siéntese, que aquí estábamos conversando con Don Antonio y el doctor Andrade, sobre el acorazado francés que nos estuvo visitando por aquí hace dos meses.

Media hora más tarde un Lincoln se detuvo a la entrada de «Las Delicias». Del auto bajó un militar de unos treinta y cinco años, moreno, ventrudo y feo como un Dios azteca. Era el Coronel Amador Pernía, uno de los hombres de confianza del General y hábil como un lombardo para los negocios y la administración. Era uno de los principales socios del General-Presidente y una de las pocas personas que todavía merecían su aprecio. El padre de Pernía era un acaudalado comerciante del Táchira, quien en más de una ocasión ayudó a Juan Vicente a superar el cerco económico que le tendieron los valencianos. El General-Presidente, fiel a sus normas de «favor con favor se paga» se propuso saldar en el hijo el agradecimiento que debía al padre. Y como el hombre, además de ser hijo del amigo tenía virtudes inestimables, lo distinguió con su aprecio y con su afecto de padre. Por eso se sacudió gozoso cuando entró Amador con su carpeta bajo el brazo.

El Dictador se fue con Pernía en dirección a su despacho. Tan pronto estuvieron solos Pernía dijo:

—Ya lo del Central es un hecho. Usted tendrá el 20 % de las acciones y yo el 32 %. De modo que es totalmente suyo.

—Me parece muy bien, muy bien y te felicito. ¿Y Tocarón? —preguntó el General displicente.

—¡Perfecto, mi General! Eso va por muy buen camino.

—¿Y qué más me cuentas?

—Pues muchas cosas, y esa era una de las razones principales de mi

viaje: la señorita Corrales por fin me dio el sí y Dios mediante pensamos casarnos en diciembre; por supuesto si usted me da la venia. —El General-Presidente bajó la cabeza y pareció sumirse en la meditación. Por una parte sopesaba lo que Dolores Amelia le había referido sobre las dudas de Mercedes por aceptar al andino, a quien no encontraba todo lo atractivo que ella hubiese deseado, y por la otra las condiciones morales y físicas que adornaban a la muchacha.

—Esa gente es muy buena. Su madre es toda una señora y su padre uno de los hombres más respetables de Venezuela. Pero, ¿ella te quiere? —Pernía esbozó un interrogante:

—Yo creo que sí. Por lo menos lo aparenta, aunque es un poco fría y comedida para mi gusto.

—¡Qué importa! —exclamó de pronto el Presidente—. A un hombre para arrejuntarse con una hembra lo único que le interesa saber es si ella le gusta a él. No es de machos serios estarle preguntando a las mujeres cuánto de bonito tiene uno. De modo que cástate. Por mí tienes el permiso y la bendición.

139

94. *El marinerito*

(1916)

Desde que Gonzalo Machado accedió a que Rosarito pasara todos los años tres meses en Europa, desaparecieron las crisis de neurastenia.

Por más de ocho años, mantuvo su espléndida figura y a cada temporada hacía nuevas conquistas que satisfacían su vanidad y sus necesidades de mujer. Pero al décimo año de su primer encuentro con Pierre, su figura, a pesar de los masajes y de las dietas rigurosas, no pudo evitar que se la tragara la obesidad. Ya de su belleza quedan los grandes ojos que brillan ansiosos sobre una cara redonda y una doble papada.

Paulatinamente pasó de bella mujer acosada, a vieja acosante rodeada de gigolós. El último había sido un joven leonés que conoció mo-

mentos antes de que estallase la guerra. Juntos habían ido a Niza y en momentos de embeleso se emborracharon y jugaron desnudos por las playas de Antibes y de Jean le Pin. Hasta entonces Rosario supo manejarse con discreción y tino, sin dar pie a escándalos ni a murmuraciones. Pero el leonés, que se llamaba Albert, averiguó su identidad así como el nombre e importancia de su marido. Frontal y brutal le dijo a Rosario:

—O me das diez mil francos o le haré llegar a tu marido estas fotos tuyas donde estás desnuda.

Rosarito entregó la cantidad deseada sin pensarlo tratando de poner tierra de por medio con el chulo. Pero en el mismo puerto se le apareció y le presentó un nuevo juego de fotografías exigiéndole esta vez 50.000 francos.

Rosarito se deshizo de sus joyas y del dinero que tenía en efectivo.

Dos años habían transcurrido desde la última escena y Rosario que ya comenzaba a adaptarse a su nuevo papel de matrona honorable se encontró una tarde con Albert en la acera de enfrente, vistiendo el uniforme de los marinos franceses.

Rosarito demudada le hizo al hombre una señal para que la siguiese a través de las calles. Cuando entró en la Catedral, el hombre arrodillado en el banco de atrás, le dijo:

—Yo sé que tu marido es Gonzalo Machado, el gran ministro y el hombre más rico de Venezuela. Cien mil francos para él o para ti son una bagatela. Mañana, al amanecer, nos marcharemos de aquí. Necesito ese dinero para las seis de la tarde en este mismo sitio. O me lo tienes o le haré llegar a tu marido el resto de las fotos.

Rosarito se levantó temblando. Revisó las joyas que le quedaban y a través de Ruperta, consiguió la gruesa suma, con Perdomo el usurero. Llevando en su bolso doscientos billetes de a quinientos bolívares, se fue al sitio señalado una hora antes de la cita prevista. Llegó la hora fijada, pero Albert no apareció. Transcurrió la media hora que faltaba para cerrar la iglesia y el marino no llegaba. Veló toda la noche al pie del balcón de su casa por ver si lo atisbaba, pero el chantajista no dio señales de vida. Al día siguiente, supo que el acorazado había partido pero Albert Rivaud, según decía la prensa, había desertado y se había

quedado en tierra. Rosarito se estremecía cada vez que llamaban a la puerta o al teléfono. Pero pasó una semana y el francés seguía sin aparecer. En el octavo día de espera, Ruperta la sirvienta con un bulto en la mano, le dijo a Rosarito:

—Aquí te trajeron un paquete.

Rosarito en acecho, fue cautelosa y lo abrió con cuidado en su habitación. A pesar de sus sospechas la sorpresa fue mayor de lo que esperaba. Junto a un sobre conteniendo las fotografías estaba una gorra de marino, como la que llevaba puesta Albert, el último día.

Rosarito se preguntó:

—¿Se arrepentiría? —pero la calma de la pregunta le robó otra.

»¿Por qué se quedó entonces? ¿Qué trama Albert? ¿Tendrá más fotografías? ¿Querrá más dinero?

En esa situación pasó toda la tarde, la noche y la madrugada. Al día siguiente, cuando tomó el diario en sus manos, la fotografía de Albert, en primera plana le salió al paso: «Marino francés, que se tenía por desertor —señalaba la leyenda—, apareció asesinado en la Sabana del Blanco».

Rosarito a pesar del terror inicial, respiró aliviada y se hizo toda clase de hipótesis. ¿Le habría hecho un chantaje a otra persona y el marido o la víctima, decidió asesinarlo? Sí, eso era lo que indiscutiblemente había sucedido. Pero entonces, ¿qué significaba que le hubiesen enviado a ella las fotos junto con la gorra del marino? Indiscutiblemente, que el asesino de Albert se había puesto al tanto de la situación vivida por Rosarito y tarde o temprano haría sentir su presencia. ¿Sería para bien o para mal? ¿Aspiraría a más dinero que el victimado? Por dos meses Rosarito vivió en la agonía, prometiendo a Dios y a todos los santos voto de castidad y pobreza con tal de salir con bien de este trance.

* * *

Rosarito, del brazo de Gonzalo, hace su entrada al Hotel Las Delicias, donde el General-Presidente celebra una gran recepción. Ministros y

embajadores saludan al Jefe máximo en su silla de mimbre. A todos saluda con efusividad y simpatía. A uno que otro le dirige observaciones y a algunos les hacía preguntas. Cuando llegó el turno a los Machado, el Viejo con mirada de tigre burlón le dijo a Rosarito, mientras Gonzalo saludaba a José Vicente.

—Doña Rosarito, todavía no me ha dado las gracias por el regalo que le mandé hace dos meses.

Como Rosarito tuvo un gesto de extrañeza, Gómez se apresuró a explicarle:

—El gorro de marinerito, ¿se acuerda? Bueno, ese fue regalo mío. 140

95. *La buena sociedad*

El noviazgo de Mercedes Corrales con el Coronel Amador Pernía, sacudió a la oligarquía caraqueña.

—Los caraqueños viejos —como decía Juan Otáñez— se casan con sus iguales. Por eso es que yo no entiendo por qué Mercedes se va a casar con un hombre como Pernía. Si estuviera enamorada pase, pero ese andino es más feo que El Valle. ¿Busca plata entonces? ¿Cuándo carajo, entre nosotros ha tenido valor el dinero? Gente decente es gente decente, con dinero o sin una puya.

Gonzalo Machado, que lo escuchaba le respondió:

—Yo creo que tú estás meando fuera del perol. Plata es plata y la Guerra Federal acabó con todas esas pendejadas.

—Tú sí que tienes bolas. Si alguno es la expresión más acabada de que en Venezuela no ha sucedido ningún cambio en la dirección del país eres tú y tu familia, que están mamando desde Colón.

»La democracia se pone a prueba en la amistad de familia —continuó Juan Otáñez— y en los matrimonios. Mientras eso no se produzca lo demás es pendejada. Tú verás en el Club Venezuela a viejos godos caraqueños de quien a quien con los Santiaguito Blanco, pero anda y

pregunta si dejan que sus mujeres se reúnan con las de ellos. Ve a ver qué pasa con las fiestas de los triunfadores para agasajar a la buena sociedad. Por obra de los repentinos dolores de cabeza o de las enfermedades de los niñitos son fiestas de hombres solos.

Gonzalo sonrió al recordar a su madre.

—Pero niño, ¿tú estás loco? ¿Cómo voy a darle el pésame a la viuda del General Prato, si yo ni conozco a esa señora? Eso lo que va es a dar pie para que me hagan otra visita. ¡Cuándo!, ¡qué va niño! Dile lo que a ti te de la gana, pero yo no voy.

—Pero mamá, pones en peligro mi porvenir político.

—Pues me importa un pepino. No voy y no voy. Yo con andinos no quiero nada.

Por eso Gloria lloró todo el tiempo por el noviazgo.

—Todos mis esfuerzos de tantos años se vendrán al suelo.

»¿Qué diría Misia Trinidad Vegas de este horror?

»¿Qué pensaría la buena Soledad de este yerno?

El primero en decírselo fue Juan Otáñez:

—Pero, ¿es verdad lo de Mercedes?

—Así es, Juan —respondió compungida.

—Pero, ¿y tú no te vas a oponer?

—¿Cómo, mijito?

—Pero es una verdadera torta. ¿Qué diría el General si pudiera darse cuenta de estas cosas?

Conch'e Piña se vistió de luto:

—Vengo a darle el pésame por lo de Mercedes. ¡Qué desgracia tan grande! ¡Qué falta está haciendo el General! ¡Y que casarse mi niña con un andino tan feo!

Mercedes resistió de frente todas aquellas invectivas. Sabía que cuando la fortuna cayese sobre ella toda aquella gente acudiría presurosa a la hermosa casa, la misma que tenían sus padres en Altagracia, y que ya Amador había adquirido por una crecida suma.

Una de las pocas personas que se solidarizó con Mercedes fue Doña Josefina Serna, quien se las ingenió para hacerse perdonar viejos resentimientos.

—Mira, mijita. No le hagas caso a Gloria, que esa es una vieja chiflada que está pensando en escudos y en esas pistoladas, cuando en este país lo único que importa es la plata. Eso mijita, lo vi yo muy claramente cuando me casé con Serna. ¿Tú crees que él era igual a mí? Si tú vieras la cara que puso la gente cuando yo dije que me iba a casar con un nieto de las Bejarano. ¡Válgame el cielo! Pero como yo sabía cómo se batía el cobre, me dije: aquí lo único que me sale es casarme con uno de estos goditos arruinados porque nadie que valga la pena o como a mí me gustaban se va a casar con una limpia como era yo, aunque sea nieta de próceres y demás zoquetadas.

Mercedes seguía complacida el discurso de Doña Josefina. Todavía la sacudían, como una pesadilla, los años pasados en aquella horrible casa de La Pastora; los tiempos de exilio en Trinidad; la muerte del padre, todos estos recuerdos, desquiciantes y trágicos. Tenía once años, una edad precisa para descubrir el horror del mundo y sin fuerzas para defenderse. A la muerte de Juan Corrales, cesó el crédito que pulperos y caseros les otorgaban con el aval de la próxima revolución. «Los revolucionarios son oportunidades a quienes se apuesta con sonrisa, préstamos y concesiones», le dijo a modo de reflexión el casero Hobaica. «El General Juan Corrales ya perdió; por eso, mi doña, olvídense del crédito y busque otros nortes.» Y diciendo esto les dio tres días para desocupar la casa.

—Una muchacha de tu rango, con tu pobreza y encantos —continuaba Doña Josefina— tiene dos caminos: o irse resbalando poco a poco con uno y con otro y terminar como Concha o transformarse en doncella o escudera de muchachas de más valer, como Maricusa. Si tú la hubieras conocido en su juventud de correveidile de todo el mantuanaje caraqueño. Cuando había una fiesta, allí está ella ayudando a la familia en los quehaceres antes de que invitaran a la gente. Era chaperona, lisonjeadora de postín, y payasa de todas las reuniones. Con el tiempo fue aceptada y ella se cree parte de la crema, aunque su familia no es gran cosota. Con decirte que son de Petare.

—Hay otra salida más decente —clamó Gloria, que escuchaba en silencio y con rabia creciente los consejos de Doña Josefina— bajar el co-

gote y aceptar lo que Dios disponga, como hace la gente decente de verdad.

Mercedes, a pesar de la recia oposición de su madre, decidió casarse con Pernía.

Juan Vicente Gómez fue el padrino de honor, y la pareja pasó a vivir en la misma casa de Altagracia. Gloria no asistió a la boda, y la Caracas goda y tradicional la aplaudió en silencio.

96. *Zobeido y la quinta generación*

(1916)

Juan Otáñez, con su hijo Luis Alfredo, desciende en la Plaza Bolívar del tranvía de La Pastora. Luis Alfredo está próximo a cumplir los ocho años de edad y ese 16 de septiembre es su primer día de colegio. Juan Otáñez se observa viejo y enfermo; su gran nariz se ha hecho cada vez más rubicunda y su flacura contrasta con un vientre abultado. Con paso vacilante cruza la calle y se dirige a la Casa del Pez que Escupe el Agua.

—Repíteme la cancioncita con que me despertaste esta mañana.

—Y la oirás hasta el resto de tus días —le responde Juan con evidente emoción y ternura:

Que toca indina.

Que toca indana.

Que son las siete

De la mañana...

El muchacho ríe con ganas y se la repite a Juan con exactitud.

—¡Ah, vaina! —exclama Juan Otáñez—: el muchacho me salió pocta. —Y para sorpresa de Luis Alfredo y de un transeúnte le gritó

mientras le daba una palmada en el bulto que llevaba en la espalda:

—¡Hambre!, hambre y más hambre, es lo que te espera carajito; pero alégrate hijo porque no hay nada más bello que la existencia del poeta —y diciendo esto le dio un beso de despedida para no tenerle que ver la cara a su suegra.

Frente a la casa un imponente Lincoln, el carro de la gomera, esperaba a Doña Josefina y a sus dos nietos. Rito, el chofer de Gonzalo Machado, lo saludó con respeto:

—¿Lo llevo, mi doctor?

—No, Rito, muchas gracias —y dio media vuelta en dirección a su vieja oficina de la Cancillería.

Doña Josefina acicalada como siempre cruza el portal con sus nietos. José Ramón, el hijo de Gonzalo y de Rosarito, es también un muchacho alegre y despierto, quien compite con su primo en travesuras y fantasías. Es moreno, regordete y musculoso.

La matrona y los dos muchachos se arrellanan en el asiento de atrás y el Lincoln parte raudo hacia la esquina de Santa Teresa donde queda el colegio que regenta el Padre Franchi.

El auto se detiene a las puertas del plantel. Doña Josefina, con Luis Alfredo y José Ramón en cada mano, hace su entrada altiva. Un tumulto de muchachos corre de un sitio a otro. Padres endomingados se despiden de sus hijos.

Doña Josefina inspecciona con ojos de joyero a los niños y a sus representantes. Al descubrir entre los asistentes a José Antonio Marturet, sus ojos se iluminan de placer. Es un gordito de cara redonda y rosado como un querubín.

—¡Toñito! —exclama Doña Josefina—. ¿Y qué edad tienes tú para estar en el colegio?

—Ocho años —responde el crío.

—Pero estás enorme —apunta cotorróna, mientras le pregunta a la sirvienta:

—¿Y cómo están por allá?

El Padre Franchi se acerca a saludarla. Es un hombre de mediana edad, hijo de corsos. De faz rojiza y enérgicos ojos azules.

—Aquí le traigo mis nietos para que me los haga unos caballeros.
—Mejor se los hago buenos cristianos, que no caballeros —responde el cura.

Doña Josefina cala el entrelíneas que no existe, y desvía la tensión preguntándole al sacerdote por un muchacho de pelo ensortijado y de color más que subido para un colegio privado.

141 —Ese es un Velutini.

—¿Velutini? ¿Y qué le pasó a ese niño que salió tan moreno?

—Es que los corsos que vinimos aquí, unos veníamos en la sentina del barco y otros en la cubierta y como usted comprenderá se quemaron un poco. Ustedes como vinieron antes están más quemados.

* * *

El Padre Franchi, luego de saludar a sus catorce pupilos, comenzó a hacer algunas preguntas al voleo.

—A ver, Eustoquio, ¿qué es lo que te gustaría ser cuando seas grande?

—Médico —respondió el hijo del gran primo.

—Eso está bien —le contestó el cura.

—¿Y a ti, Zobeido?

—Yo, cochero, como mi padrino Conch'e Piña.

Una carcajada sacudió al salón de clase. Quien acababa de responder era un muchacho de piel mate y grandes ojos dormidos que se parecía al angelito gordo tallado en el coro.

—¿Y por qué cochero? —preguntó con voz risueña el maestro.

—¡Gua!, porque uno anda todo el día paseando y con el carro lleno de borrachos, echando cuentos coloraos.

El Padre Franchi continuó su interrogatorio.

—¿Y tú, José Antonio?

—Igual que Zobeido.

Cuando terminó el interrogatorio, con excepción de Eustoquio que quiso ser médico, todos mostraron su predilección por la profesión de Conch'e Piña.

Al terminar el primer día de clases, los muchachos se dispersaron en busca de sus padres. Zobeido se precipitó hacia la calle. El Padre Franchi lo alcanzó a ver, y como no observara la presencia de adulto alguno, preguntó:

—¿Zobeido, y a ti quién te viene a buscar?

—Mi mamá.

—Pero no la veo.

—Ella me dijo que me esperaba en la esquina.

Una sonrisa iluminó la faz del cura y lo dejó partir. Zobeido, regordete, corrió hacia la esquina agitando el bulto que llevaba en la espalda. Una mujer joven lo esperaba:

—¡Zobeido! —gritó Cuqueta, la prostituta.

—Mamá —gritó el muchacho de una esquina a la otra—. Convencí a todos los muchachos para que fueran cocheros.

—¿Sí, mi vida? —exclamó orgullosa la madre—. ¿Y cómo hiciste?

—Igual que tú, piazó e puta —gritó Rito, el chofer, a su lado—. Me-neando las nalgas.

La mujer, con el hijo de la mano, salió huyendo hacia Pajaritos, mientras el hombre gritaba a todo pulmón:

—¡Cuqueta! ¡Cuqueta que estás podrida!

97. «La historia de Cuqueta»

(1916)

Cuqueta, por primera vez en la vida, sintió hacerse remolino. Hasta ese mismo instante jamás había sabido lo que era tristeza, pena o remordimiento. Desde que salió a la vida metida en una caja de muñecas no hizo más que reírse y disfrutar de la vida. Cientos de hombres distinguidos pasaron por su cama, se enamoraron de ella y hasta le ofrecieron matrimonio; pero Cuqueta prefirió su independencia.

—Putas no se debe casar —decía—, porque hombre que se casa con

puta o es un bolsa redomado que me viene a fastidiar, o es un vivo y resabido que me busca explotar. Y como yo no estoy ni para una vaina ni para la otra, mejor me quedo donde estoy.

Cuqueta tenía gran habilidad para los negocios marginales. Al poco tiempo ya era dueña de la mejor mancebía de Caracas y en connivencia con Papagayo, alcahuete e invertido, que contaba con el apoyo de la prefectura, monopolizaron la industria prostibularia del Silencio y sus alrededores.

Con el tiempo se quedó de alcahueta y sólo muy de vez en cuando accedía con viejos clientes de morocota por noche a su papel de cortesana.

Un día se sintió embarazada y tuvo el palpito que había sido de un capitán italiano que, encima de hacerle ver la muerte chiquita, «le echó el carro» al amanecer. Zobeido tenía sus mismos ojos y el desenfadado tímido del italiano.

A todo lo largo de su estado, Cuqueta se mantuvo virginal, acariciando la idea de tener una niña que compensase su existencia rota, como le dijo Raúl Carrasquel cuando la vio preñada. Desde el mismo instante, tomó una especie de obsesión por pensar y hablar de la niña que iba a tener. Decoró en rosado una habitación y la llenó de muñecas holandesas y de animales de peluche, que sus amigos y admiradores comenzaron a regalarle a montones.

Cuqueta se pasaba horas y hasta días encerrada en la habitación, jugando con las muñecas so pretexto de arreglarlas. Al poco tiempo comenzó con el problema del nombre de la niña. Ninguno le cuadraba. Los que no le parecían respingones, le parecían sin gracia y vulgares. Un día que asistía con Conch'e Piña a una película de Rodolfo Valentino donde la protagonista era una princesa árabe llamada Zobeida, Cuqueta exclamó embelesada por la personalidad de la actriz:

—¡Ya está!, se llamará Zobeida.

—¿Quién, mijita? —pregunta alarmado Conch'e Piña que no lee bien los letreros y no entiende el drama.

—¡Mi hija!... ¡mi hija!

Y desde ese mismo instante llamó e hizo llamar Zobeida a su futura

hija. Llegó el día del parto. Cuqueta comenzó a contraerse de dolor.
—Corre, Conch'e Piña, a buscar al doctor Aguerrevere que ya Zobeida viene empujando.

Corriendo y sudoroso llegó el partero. Tras de él todas las pupilas y alcahueteres de Cuqueta que comenzaron a aglomerarse en el patio, nerviosos e impacientes.

El médico le echó un vistazo al periné de Cuqueta:

—Todavía falta el signo de Domitila —y se tomó un brandy.

Un alarido de recién nacido corrió por la mancebía. Al poco rato salió el doctor Aguerrevere, quien sonriente le dijo a la concurrencia:

—Todo bien, nació un tronco de macho de cuatro kilos por lo menos.

A los tres meses fue el bautizo, y Cuqueta, fiel a su primer deseo, le impuso por nombre Zobeido, a pesar de las protestas de Conch'e Piña, que decía que con ese nombre de marico, su ahijado jamás levantaría cabeza.

Desde que nació Zobeido, Cuqueta abandonó definitivamente su oficio de hetaira, para dedicarse exclusivamente a la administración, lo que fue considerado por sus amistades como un acto de enseriamiento importante.

* * *

Todas las tardes, con sus mejores galas y en el coche de Conch'e Piña salía por El Paraíso a pasear a su hijo. Una tarde, en que se sintió cansada, detuvo su paso en un banco donde un sacerdote leía *El Nuevo Diario*. Era el Padre Franchi. El cura les echó una mirada plena de simpatía y siguió leyendo.

142

Lentamente, como en un desfile naval asomaron al fondo de la arboleda Doña Josefina Serna y Doña Concha.

Cuqueta las ve venir. Más de diez años han transcurrido desde aquella fiesta de la muñeca. Cuqueta no le guarda rencor a la matrona. Era tanta la miseria de su casa, que fue una fortuna toparse con Don Tello.

Las dos mujeres, con aire recatado, se acercan al Padre Franchi y solicitan su bendición. Todo el beatario de la ciudad se precia de su amistad con el cura. Tiene aureola de santo y de sabio. Aparte de ser buen mozo.

El cura se pone de pie y saluda cordial. Cuqueta, en el otro extremo del banco, con Zobeido en el medio, contempla con regocijo la escena. Doña Concha no la ha reconocido.

—¡Doña Concha! —le dijo con voz suave y simpatía.

La mujerona se vuelve y al verla bella y elegante no atina a reconocerla y sonrío a su vez. Pero a mitad de camino la sonrisa se crispa. Es buena fisonomista. Una ráfaga de terror le enmudece.

—Doña Concha —continúa la otra ya vacilante—. ¿No me conoce? —Yo soy... —pero se repliega al darse cuenta de que a Doña Concha no le gusta ni el encuentro ni el recordatorio:

—Este es mi hijo —dice compulsiva. Zobeido la contempla con ojos dilatados.

—¿Tu hijo? —responde Doña Concha—. Yo no sabía que las mujeres como tú tenían hijos...

Cuqueta se siente aplastada pero llena de ira reacciona y restalla:

—¡Maldito sea el coño de su madre!

Las dos matronas, como demonios aspersos, salieron a escape por la plaza de El Paraíso, mientras movían sus faldellones coludos y sus plumas de avestruz, con caminar de yeguas enferiadas.

98. *Saludos a tu mamá*

(1916)

Cuqueta permaneció abatida en su banco mientras el cura Franchi silencioso, la acompañaba.

La muchacha contó su historia y el cura la perdonó como si la hubiera confesado. Desde entonces nació entre ellos una gran amistad y Cuqueta, arrepentida, hizo más exclusivo su negocio cerrándolo los primeros viernes y haciéndose devota de la Magdalena y de Santa Teodora, que en sus tiempos tuvieron el mismo oficio.

Cuando se fundó el Colegio de Santa Catalina de Sena, el Padre Franchi la invitó para que inscribiera a Zobeido.

—Pero, ¿qué va a decir la gente? —preguntó la otra.

—Si no vences a la gente en tu pasado, te vencerá ella en tu futuro. Lucha, hija, y no te sientas sola, pues siempre me tendrás a tu lado, suceda lo que suceda. Al Señor sólo le interesa tu propósito de enmienda.

Fiel al consejo, Cuqueta prosiguió en su esfuerzo.

—Nunca le mientas a Zobeido sobre lo sucedido. Dile siempre la verdad como se les cuenta a los niños las grandes verdades.

—¿Cómo, Padre Franchi?

—En la forma más sencilla.

—¿Y no se irá a sentir avergonzado?

—Si es fuerte, como yo lo creo, crecerá ante el conocimiento: si es débil se volverá cínico, lo cual no es malo para vivir en Venezuela.

Rito, tan pronto pudo, le contó el cuento a Gonzalo, quien lo olvidó sin concederle importancia.

Cuando el hombre se dio cuenta de la indiferencia de su patrono, decidió repetírselo a Doña Josefina.

—¿Cómo? —gorgé la matrona recordando el incidente—. ¿Mis nietos en el mismo colegio del hijo de una perdida? ¡Qué espanto!

—¡Rosarito! —clamó la vieja—. ¿Tú sabes la clase de colegio en que está José Antonio?

—No, mamá —respondió la otra presintiendo la descarga.

—Pues prepárate a oír algo bueno. —Y refirió el cuento con pelos y señales.

Rosarito, dejó salir un «no me digas» y añadió: «Hay que hacer algo». Pero Doña Josefina, que conocía la indiferencia progresiva de su hija, no se dejó engañar y decidió dirigir una campaña moralizadora dentro de sus amigas y relacionados que tenían hijos o nietos en el plantel.

Toda la mañana la pasó Doña Josefina en conspiración telefónica.

—Es que el Padre Franchi es demasiado bueno y no conoce la malignidad del mundo —le decía a Juanita Velutini, a quien, al parecer, le extrañaba la actitud del sacerdote.

—Pues, o él bota a ese niño del colegio o la sociedad entera le volverá la espalda —le decía Maricusa al otro lado del auricular.

—¡Jesús, mamá! —protestó Rosarito—, deja a esa pobre mujer quieta, que quién sabe qué de tribulaciones habrá pasado y quiere sacar a su hijo adelante.

—¡Pero niña! —contestó extrañada la vieja—. A ti como que últimamente se te aflojó un tornillo, que abogas por las vagabundas.

Rosarito, convencida de que su madre no entendía nada, se recostó displicente y siguió leyendo a Anatole France.

Doña Josefina persistió fiel a sus propósitos.

Entre tanto, Rito, tras la puerta, saboreaba la venganza que se había prometido cuando Cuqueta lo hizo arrestar por borracho y escandaloso en su burdel.

Cuando terminó la tarde, Doña Josefina Serna, acompañada de Maricusa y de Dominguita, hizo su entrada en el colegio. Enfundadas a la moda y nerviosas como estaban, parecían tres avispas matacaballos buscando carne para la ponzoña.

Relámpagos iracundos había en los ojos de Maricusa. A veces decía en voz baja para satisfacción de Doña Josefina:

—¡Qué horror! ¡En qué país vivimos!

Doña Josefina guardaba un hosco silencio. El Padre Franchi las hizo pasar a su despacho:

—¿En qué puedo servirles a las señoras, que las veo tan preocupadas? —preguntó reticente, sospechando el motivo de la visita.

Doña Josefina habló en nombre de todas. El Padre Franchi las escuchó sereno y con expresión meditabunda. Cuando Doña Josefina hubo terminado su exposición se levantó de su asiento y sin decir palabras se asomó al corredor. Echó un vistazo al patio buscando a Zobeido. No tardó en divisarlo sentado solo en un banco esperando a Cuqueta.

—Zobeido, ven acá.

El muchacho entró al salón y miró a las tres mujeres.

—Este es el muchacho, ¿qué les parece?

Las mujeres se tomaron confusas:

—Zobeido, Doña Josefina Serna, abuela de Luis Alfredo y José Ramón, te quieren decir algo.

El niño vio a la mujerona con sus grandes ojos negros y con su dicción ceceante preguntó:

—¿Qué será?

Doña Josefina Serna se sintió atragantada y tan sólo pudo decir:

—Que eres muy buenmozo, Zobeido, y me saludas a tu mamá. —Y sin decir más se dirigió a la calle.

99. *El edecán*

(1917)

Gastrón Corrales cumplió veintitrés años el mismo día que fue elegido edecán del Presidente.

—Bueno, mi amigo —le dijo el Dictador—, espero que le haga honor a su apellido y no me desmerezca la confianza que ha puesto Alí en usted.

Alí Gómez, el hijo del Presidente, hizo un gesto de aprobación, mientras el Señor de Maracay continuaba diciendo:

—Su padre fue un palo de hombre, y como dice el refrán, hijo de tigre sale pintado, aunque haya sus excepciones —y fijó su atención en un hijo de Guzmán Blanco que emergía al fondo de la arboleda.

El General-Presidente retomó la palabra y siguió su perorata sobre el valor de la herencia en la vida de los hombres.

Gastón oía con expresión entre firme y complacida. El viejo apoyaba sus palabras con golpes de bastón.

—Sobre todo hay que tener los ojos muy abiertos, porque son muchos los que quisieran verme muerto; sí, señor; sí señor. ¿No te parece Eloy?

El indio, como siempre, guardó silencio y pensó con fijeza en el miedo del General por ser envenenado. No tomaba alimento que previamente Tarazona no hubiese probado. La elección del diario sustento era un complejo ritual, casi de loco. La carne de sancocho tenía que comprarla en una pesa que todos los días debía ser diferente y elegida al azar.

Otro tanto hacía con el pan, la leche, los huevos y todo cuanto pudiera llevarse a la boca.

El General sufría de otro terror: el ser asesinado mientras dormía. Cuando la Conjura pernoctaba en sitios diferentes sorprendiendo a sus amigos con su inesperada presencia de Vicepresidente perseguido. Juan Bautista Pérez, Efraín González y José Rafael Luque le deben sus fortunas al hecho de haberle brindado asilo, pues como dice él mismo: «Nunca creo haber cobrado suficientemente una deuda ni haber pagado lo bastante un favor».



Gastón ante la noticia de que había sido designado edecán del Presidente, se sintió confuso.

—Tú no has escogido tu suerte —le dijo el Padre Franchi—. La suerte te ha escogido a ti. Aparte que rechazarle a Gómez una oferta se-

mejante es demasiado peligroso. Yo, con todo lo que lo detesto, no me atrevería a decirle que no, y eso que no tengo nada que perder. Aparte —continuó—, que si a los déspotas los rodearan hombres como tú, capaces de darles un buen consejo en un momento dado, no caerían bajo la tutela de hombres como Pimentel o de ese cura vagabundo que llaman el Padre Borges. Ese es el peor problema que tienen los déspotas: el que los hombres dignos le resten su apoyo y echar mano a vagabundos aguantándoles el precio que piden por acompañarlos.

* * *

Gómez continuó aconsejando a Gastón mientras el Padre Borges simulaba escucharlo. Al muchacho le repugnaba el cura.

Hacia poco le había hecho un chascarrillo de mal gusto sobre la gente de Calabozo. Borges era un hombre que más que viejo parecía gastado y más que enfermo tenía algo de sepultura, algodones de enfermo y acciones de mancebía. Al otro lado del General-Presidente estaba Don Antonio Pimentel, que con los años y el poder había exacerbado su desparpajo. Los tres viejos juntos merecían una caricatura. Con razón se dice que la riqueza y el clero son los dos puntales de las dictaduras en el trópico. Con algunas honrosas excepciones ha sido vergonzoso el entreguismo del clero criollo. Hasta el mismo Nuncio Pietro Paolo fue repitiendo de grupo en grupo la respuesta que le dio el Dictador cuando a nombre del Santo Padre le sugirió suavemente que legalizara su estado y contrajera matrimonio con Dionisia o Dolores Amelia.

—Y si es tan bueno, ¿por qué el Papa no se ha casado? ¿No le parece, Monseñor? 144

Y el Nuncio, que era un florentino del Renacimiento, y amante de Doña Concha, se dejó de acciones evangélicas para campesinos, y continuó gestionando para Gómez un título nobiliario que lo acreditara como Conde Pontificio. 145

* * *

Luego que el Dictador terminó su perorata, Gastón, acompañado de Alí, se alejó del grupo presidencial hacia donde afluían centenares de personajes de la política y de la industria, que a distancia prudencial inspiraban a que el General los viera de lejos por lo menos.

—Eso de hacerse ver es muy importante —le aconsejó Don Pepe de La Cáscara—, pues así no se olvidan de uno. El General es muy susceptible y él dice que el que no le muestra su amistad es porque no es su amigo.

—Y tiene razón —añadió el español—. Quien expresa en público admiración y afecto por un hombre o una idea, salvo que sea un miserable, no se echa para atrás luego que adquiera el compromiso. En política, comprometerse y comprometer a otros es muy importante. Esa es la razón de estos actos externos y de pública sumisión.

Alí Gómez, que ya venía aburrido, cortó brusco:

—Eso será en otros países, pero aquí con tanto sinvergüenza que hay, a nadie le importa lo que hizo el otro, si con el cambio se quedó arriba.

Y, diciendo esto, adelantaron el paso y dejaron atrás a Don Pepe con sus piernas vacilantes y su nuevo rostro de filósofo bobo. Los cortesanos se inclinaban al paso de Alí.

—Nosotros los andinos seremos fregaos —le decía a Gastón—, pero para jalabolas los demás. Y el peor es el que viene allá. Tócate la bola izquierda.

Al final del sendero los estaba esperando con expresión satisfecha el doctor Caracciolo Parra, Vicepresidente de la República.

Sin decir palabra y con aspavientos de payasito, Don Caracciolo le dijo a Alí, cerrándose la americana con ambas manos.

—A que no saben lo que tengo aquí.

Cuando Gastón y Alí centraron la atención sobre la pechera del viejo, éste la abrió bruscamente. Sobre la inmaculada camisa se destacaba primorosamente un corazón sangrante, «un detente» como el que usaban los carlistas. Sólo que en vez de llevar la piadosa invocación al hijo de Dios, decía:

«Detente, que el General Gómez está conmigo».

El hijo segundo del Dictador era un mozo bien parecido de la misma edad de Gastón Corrales y de una simpatía llana y ruidosa. A diferencia de José Vicente, era cordial, límpido y sereno, con clara conciencia de la significación histórica de su padre y de las fuerzas que negativizaban su influencia.

—A papá hay que hacerle ver que, además de los andinos, lo quiere el resto de los venezolanos, pues hombres como Ezequiel Vivas y José Rosario García le han hecho ver que aquí no quieren a los andinos. Por eso estoy empeñado en que conozca gente de todo el país. Gente como tú, para que le abran los ojos, porque papá, aunque es un hombre de poca cultura es muy inteligente, que trata de compensar con un esfuerzo diario sus insuficiencias. Ya te irás dando cuenta que no hace sino preguntar y se fija en todo.

Al fondo del sendero se bosquejó la imagen del señor José Gil Fortoul con su monóculo y su pipa humeante.

—Ese viejo que viene ahí es culpable por omisión de muchas cosas malas y que por tener talento se le perdonan. Qué razón tenía Bolívar cuando dijo que la inteligencia sin probidad es un azote. A este señor lo único que le interesa es mandar y seguir mandando; por eso no contraría a papá para nada. Él mismo le ha dicho que no tiene sino que decirle lo que quiere para ponérselo en la más estilizada prosa. ¿Qué puede esperarse de hombres semejantes? Por eso es que yo pienso tanto en la juventud que no está contaminada para meterle a papá nuevas ideas sobre el país y los hombres.

Y dieron un sesgo para evitar el encuentro. Pero al pasar frente a la jaula de los monos fueron sorprendidos por una voz ronca que salió tras una ceiba.

—Conque hablando mal del gobierno, ¿no?

Alí y Gastón se sobresaltaron.

Un hombre rubicundo y grueso, vestido de general, avanzó hacia los jóvenes mientras terminaba de abrocharse la bragueta.

Alí no pudo evitar un sesgo de contrariedad al divisar a su hermano José Vicente.

—¿Cómo está, General? —saludó Gastón respetuoso, luego de cuadrarse y de hacerle la venia.

José Vicente le respondió con un gruñido y le preguntó a Alí:

—¿Hay mucha gente con el viejo?

—Pues creo que sí.

—¡Qué vaina! —exclamó el hombre y siguió su camino mientras con el foete iba dando pequeños golpes a sus botas y a la arboleda.

Gastón sintió una profunda simpatía por José Vicente y un extraño sobresalto lo sacudió.

100. *El soldado de la garita*

(1917)

El nuevo oficio le dio a Gastón una perspectiva más amplia de Juan Vicente Gómez. El Dictador era un hombre metódico en todo, menos en su itinerario. Nadie sabía sino en el momento mismo de abordar el Lincoln que le regaló el Presidente de USA, qué dirección tomaría ese día. Lo mismo podía encaminarse a Turmero, que a las vaqueras o a Caracas. A veces, en marcha franca hacia la capital, se devolvía o se quedaba en Los Teques o en La Victoria. Un día le dijo a Gastón:

—Cuando uno coge camino y le sale al paso un compañero, es bueno hacerle ver que uno va más lejos de donde piensa quedarse. El que nos va a hacer daño lo hace siempre la vispera. Como gobernante que soy, ando solo y, lo que es peor, con muchos compañeros de camino que me salen al paso. ¿Qué le parece, amigo? ¿Qué le parece? —Y se sobó el bigote satisfecho del efecto que presumía había provocado en su edecán.

El viejo Dictador era amable y cordial con todos, salvo aquellos sobre quienes hubiese arrojado su condena. En estos casos era terrible-

mente despectivo, como fue el caso de un joven Arreaza, de la buena sociedad de Oriente, quien un día, en el Hipódromo, pretendió abrazarlo zalamero y retenerlo en sus brazos. De un empujón lo apartó de su lado y continuó saludando a los demás con una sonrisa cordial y beatífica, mientras el joven Ignacio Luis Arcaya le decía asustado a su padre: «Barajo, viejo, yo no saludo». Jamás se le oyó alzar la voz ni proferir palabras soeces; de la misma forma que se abstenía de hacer comentarios sobre sus enemigos. Cuando Santos Matute Gómez trató en una ocasión de traer a colación chismes sobre Arévalo Cedeño, el General se llevó el dedo enguantado a la boca:

—De los enemigos, como de los muertos, no se habla ni bien ni mal.

Una mañana clara Alí charla con su padre en presencia de Gastón, quien rígido y respetuoso, asiste al diálogo. El muchacho le habla a Gómez de los crímenes de Eustoquio y de la necesidad de alejarlo de la política:

—Mire, mi amigo: con los míos con o sin razón. Eustoquio tendrá sus modos; pero cuando tuvo que jugársela completo por mí, no dudó en hacerlo. El agradecimiento para los que nos sirven debe ser la primera cualidad del gobernante. No se le olvide eso, mi amigo, si es que tiene pretensiones de mando. Para que lo acompañen a gobernar gente inteligente y sabida sobra; lo que es difícil es encontrar gente dispuesta a acompañarnos en la mala, pues al gobernante como al marino nunca le faltan momentos difíciles. A propósito de todo —le dijo a Gastón con leve sorna y mirada sonriente—: ¿Y qué hizo con el soldado que se le durmió en la guardia?

Gastón se sobresaltó. Estaba seguro que él y nadie más que él, había sorprendido al centinela dormido en su garita. Compadecido por los severos castigos que caerían sobre el infeliz, silenció lo sucedido.

—No deje pasar por alto delitos de esa naturaleza —le dijo—, pues esa es su responsabilidad y le puede costar la carrera una falla como ésa.

«Usted se está preguntando —apuntó Gómez— cómo sé yo lo sucedido y nunca se lo explicará; pero sepa de una vez por todas que yo tengo ojos y oídos en todas partes y que nada sucede alrededor mío sin

que yo lo sepa. Por los momentos puede retirarse, pero ojo de garza de aquí en adelante. ¿Oyó, mi amigo?

—Sí, mi General.

147

Y se retiró temblando.

* * *

Tan pronto desapareció Gastón, el Dictador le hizo una señal a Tarazona y de inmediato apareció el mismo soldado que se había quedado dormido. El hombre se arrodilló y le besó las manos.

—Hiciste muy bien tu trabajo; sí, señor; sí, señor. De ahora en adelante el señor Gastón no me callará nada. Ahora quiero que vayas a La Rotunda y le lleves esto a Duarte Cacique, para que te metan tres meses con Delgado Chalbaud, a ver qué le sacas sobre la conspiración.

—Sí, mi General, sí, mi General —dijo el hombre transportado de gozo retrocediendo de rodillas—. Lo complaceré mientras viva y después de muerto.

Cuando el soldado hubo desaparecido, el Dictador le dijo a su espaldero:

—Qué buen espía es este Cristico; qué buen espía. Sí, señor; sí, señor. Si supiera idiomas se lo mandaba a José María Cárdenas.

101. *Cavila, Gastón, cavila*

(1917)

Gastón, apesadumbrado, llegó a la casa de Alí Gómez donde vivía. A medio vestir se acostó en la cama y encendió un cigarrillo. Su pensamiento molía sucesos recientes. Todavía le martillaba en los oídos la frase del Dictador:

«Nada sucede alrededor mío sin que yo esté enterado. Nada, nada. No se le olvide».

148

«Entonces, caviló Gastón, el General sabía de los crímenes y atropellos de Eustoquio y de Santos Matute Gómez. No era, como decían algunos defensores del régimen, que el General no sabía. Si sabía lo del soldado de la garita sabe absolutamente todo cuanto pasa en las cárceles y caseríos de Venezuela. Negar esta realidad era absurdo. Entonces tenía razón el Padre Franchi cuando acusaba directamente al Dictador de los horrores que estaban sucediendo en el país. ¿Cómo irá a repercutir en mi carrera política lo sucedido?» No sabía más que de armas y, sin el favor presidencial, se ponía todo color de hormiga. Pero al mismo tiempo se sentía incómodo con todo lo que le circundaba, con aquella corte bufa y mediocre, aquella pobreza material y espiritual, las sentencias y modos de aquel viejo que a veces le parecía admirable y paternal y otras bárbaro y malvado. Tenía miedo de que le midiera el alma, como se lo vio hacer a varios políticos. Si algún día el viejo percibía su profunda repulsión por todo aquello, estaba perdido.

Por eso se adhería cada vez más a Alí, el hijo bueno del Dictador, y refutaba con ardor las críticas que formulaba contra su propio padre. Pero cuando Gastón tenía dudas, recordaba a su padre asesinado en «El Socorro», y pensaba en su madre. En Trinidad. En su primera entrevista con el General, y en el día que ingresó a la Academia Militar, recién fundada por él. Y hasta terminaba felicitándose de su buena suerte ya que innumerables jóvenes de su edad se habrían dado con una piedra en la boca para estar en su posición.

Isaías Medina, a pesar de ser andino, no había alcanzado el rango de edecán. Pero otras veces, y en forma creciente, pensaba con obsesión dolorosa en los deberes que impone la patria. En la abyección en que había caído Venezuela desde que los andinos tomaron al país por su cuenta. Su padre había sido víctima de los andinos. La bondad de Gómez no había sido suficiente para compensar el sufrimiento de los años anteriores, aparte de que les quitó por nada la maravillosa hacienda guariqueña. Gastón, esa noche, tiene miedo y tiene rabia. El calor de Maracay agobia. El reloj acaba de dar las diez. Con el General hay que acostarse temprano porque a las cinco está en pie y sus edecanes tienen que estar a su servicio desde las cuatro. Las jornadas son fati-

gosas. Se debe estar pendiente de todo cuanto hace y de todo cuanto dice el General. Hay que medir las palabras no vaya a ser cosa que lo metan a uno en un chisme. Hay que celebrar continuamente sus proezas, festejar sus gustos, agigantar sus detalles. Y ya Gastón no soporta un día más. De no ser por Alí, a quien realmente prodiga afecto de hermano, hace mucho tiempo que se hubiese exiliado.

La noche avanza. La gigantesca casona está en silencio. Alí no ha llegado, ni llegará hasta la madrugada. Es demasiado buen mozo y rico para acostarse temprano. El cansancio del día lo domina. Los ojos se van cerrando. Con mano temblorosa busca el conmutador de la luz eléctrica y apaga la bombilla.

Apenas se ha quedado a oscuras una mano le cubre la boca y una voz familiar le susurra:

—¡Cállate!, que soy Justo Ceballos.

El edecán, tan pronto se tranquiliza, exclama:

—¡Carajo, Justo, tú sí que tienes bolas! —Luego de una pausa añade—: Yo te hacía sobreseguro en Colombia y has venido a meterte en la cueva del lobo.

El mulato cuenta que hace seis meses entró en Venezuela por los lados de Apure trayendo recados de guerra de Arévalo Cedeño para Peñalosa. La insurrección fracasó. A Justo lo busca la policía de Gómez. Hace seis meses que huye buscando salida al exterior. Un día supo que Gastón había sido nombrado edecán del Presidente y que era amigo íntimo de Alí Gómez. Y pensó que en ninguna parte estaría más seguro. Gastón, a pesar de la antipatía que le profesaba Juan Corrales, le tiene cariño a Justo. De niño fue amable y generoso con él. Aunque todo el mundo decía que era una mala persona, él recuerda tan sólo que cuando llegó la noticia del fusilamiento de su padre, Justo lo tomó de la mano y se lo llevó a la orilla del mar y lo consoló en su llanto hasta que se quedó dormido. Por eso apartó de su mente cualquiera idea evasiva y decidió jugarse por Justo, cualquier fórmula o destino.

Comenzó por darle de comer, luego de hacerlo bañar y ponerle ropa nueva ya que «estaba más hediondo —como él mismo dijo— que entrepierna de turco». Gastón, entre tanto, estudiaba la situación. ¿Qué

hacer en este caso? De pronto tuvo una idea y se fue tras ella, sabedor de que tenía consistencia.

* * *

A las cuatro de la mañana tres hombres a caballo salieron de la casa de Ali Gómez. Al llegar a la esquina uno de ellos tomó el camino de la Plaza Bolívar. Los otros dos, tomaron el camino de Choróní: eran Justo Ceballos y Ali Gómez en busca de un barco que fuera a Curazao.

149

102. *Zobeido va al colegio*

(1917)

Cuando Cristico entró a casa de Cuqueta, percibió de un vistazo que algo malo sucedía; tal era la cara de consternación de los presentes sentados en el corredor de la entrada.

—¿De quién es el velorio? —se atrevió a preguntar festivo a tiempo que tendía el brazo a Papagayo.

El aludido, un mulato larguirucho, respondió con voz atiplada:

—¿Qué hay Cristico? —mientras apretaba contra su pecho una perrita pequinesa. Conch'e Piña tampoco ocultaba su disgusto y apenas respondió al saludo.

Intrigado por la atmósfera de tensión que se respiraba, Cristico volvió a preguntar:

—Bueno, ¿y qué es lo que pasa, se puede saber por casualidad?

Conch'e Piña dejó caer con su voz áspera:

—Nada, que ni en el Colegio Alemán admiten hijos de puta.

—¿Y cómo estudiaron entonces las hijas de Doña Concha?

—Ay Cristico, niño —observó Papagayo—, cállate la boca, tú siempre con tus imprudencias que te pueden costar un carcelazo.

Cuando Cristico quedó enterado de que en el Colegio Alemán no admitían a Zobeido porque era hijo natural, montó en cólera y dejó salir como un surtidor toda clase de improperios contra los alemanes y su Kaiser por quien el Dictador sentía manifiesta admiración. Papagayo le arrebató el pañuelo rojo que tenía Cuqueta en la cabeza y a paso de menengue cantó el estribillo de moda:

*El Kaiser no quiere guerra.
El Kaiser no quiere paz,
El Kaiser lo que quiere
Que lo planchen por detrás.*

Conch'e Piña observa entre sonriente y grosero:

—Con razón dicen cuando un macho se pasa para el enemigo «Así empezó Papagayo y terminó volando...» ¡Ay que ver qué tronco de marico!

—Mira, Conch'e Piña, que aquí hay más maricos que doctores en Venezuela, y si tú supieras la calidad de algunos colegas míos te caerías de nalgas. A propósito, Cristico, estaba loco de que llegaras, para que me ayudaras a buscar muchachos buenos mozos como le gustan a un cliente mío, que si le caemos en gracia, estamos hechos.

—¿Quién es? ¿Quién es? —preguntó Conch'e Piña intrigado.

—¡Qué va oh! —exclamó en una contorsión Papagayo—, tú eres muy lengua larga y además yo soy como el doctor Rosca, que guardo el secreto profesional cuando me conviene.

—Pues a lo mejor yo sé quién es tu cliente, pues el otro día te vi hablando con un bigotudo que se me pareció a un «pesao».

Papagayo empalideció y se puso serio.

—Por la Virgen Santa, Conch'e Piña, cállate la boca, que si algo vistes nos puede costar la vida. No vuelvas a mentar eso, por lo que más quieras.

El cochero tuvo la sensación de haber rozado con cable de alta tensión y tan sólo dijo ¡caray! al darse cuenta de lo que había descubierto.

Cristico exclamó:

—Bueno, vamos a ver si dejan la mamadera de gallo y me dicen de una vez por todas qué es lo que pasa con Zobeido y por qué no lo admiten en el Colegio Alemán.

Cuqueta, demudada, refirió que el Padre Franchi le había participado que, a pesar de sus súplicas, el Director del Colegio había opuesto el reglamento. Era imposible admitir a un hijo natural en el Colegio. Cristico volvió a estallar:

—¿Y ahí no estudia un hijo del General Gómez? Que yo sepa el General no se ha casado. El mismo ha dicho que los Gómez ni se mueren ni se casan.

Esta vez, fueron todos al unísono los que reclamaron silencio:

—¡Pero cállate, hombre de Dios! —le gritó desgarrado Papagayo—, mira que ahí adentro está uno de la Sagrada.

—Me importa un carajo la Sagrada y el General Gómez —clamaba Cristico—. ¿Cómo es posible que me le hagan eso a Zobeido? ¡Maldito sea este gobierno!

En ese momento asomó su faz Eloy Tarazona que hacía rato se encerró con Salustia, una tuyera fina y reilona.

—¿Cuánto es? —preguntó sin reserva el hombre.

Cuqueta dispuesta a preservar a Cristico respondió adulate:

—Para los buenos mozos, como usted, lo que quieran.

El hombre dejó caer una moneda de cinco reales, que era la mitad de la tarifa habitual. Cuqueta, sin poderse contener, le respondió:

—Pues va a tener que echarle otro a Salustia, mi general, porque no tenemos vuelto.

El andino, entre avergonzado y satisfecho, respondió:

—Bríndele entonces un trago a los amigos —y desapareció por el zaguán hediondo a orín de perro.

—Tú eres definitivamente un loco —le gritó Cuqueta a Cristico—. ¿Tú sabes quién es ése, que acaba de salir? Pues nada menos que el Coronel Tarazona, y prepárate a pasar frío si te alcanzó a oír.

Cristico, que ya acababa de beberse el tercer brandy, proclamó obsesionado por la injusticia que se le hacía a Zobeido:

—Malditos sean todos los que desprecian al hijo del pobre. Pero

como que me llamo Cristico Pérez, Zobeido entrará a ese colegio aunque me reviente.

Papagayo y Cuqueta miraban con extrañeza a Cristico. Jamás lo habían encontrado tan perturbado. Cristico continuó dirigiéndose a Cuqueta:

—Yo seré una mierda, un cabrón, un marico y un gran carajo, como dice Conch'e Piña...

El cochero frunció el hocico, como advirtiendo inexactitudes.

»... un hijo de puta que ha sufrido mucho —continuó—, pero que también tiene su corazoncito, ¿no es verdad, Papagayo? —El invertido sonrió afirmativo y añorante.

»... un miserable —continuó el hombre—, que sólo ha conocido dos seres humanos que merezcan la pena en este mundo: Cuqueta y Zobeido. Por eso yo te pregunto, Cuqueta: ¿Quieres casarte conmigo para que tu hijo tenga padre y entre al Colegio Alemán?

—¡Esa vaina sí que no! —exclamó Conch'e Piña, que de un salto se puso en pie—, si es necesario me divorcio de Teófila para casarme contigo, pero lo que es mi ahijado no va a tener como padre a ningún marico ni a un cabrón.

Cristico se le vino encima al cochero, pero el hombretón lo derribó de un puñetazo.

Cuando minutos más tarde se restableció la paz, Conch'e Piña aceptó que Cristico se casara con Cuqueta. Días más tarde se celebraron los esponsales. Ofició el Padre Franchi. Fueron los padrinos Papagayo y Conch'e Piña, y Salustia, la del incidente con Tarazona, fue madrina de honor.

Cuando, al día siguiente, Cristico y Cuqueta salieron del Colegio Alemán, luego de inscribir a Zobeido, la muchacha le dijo al proxeneta:

—Yo sé que a ti no te gusta, pero si te animaras te enseñaría muchas cosas. Te quiero mucho.

—No seas pendeja, Cuqueta, que yo ya no funciono ni con la Bertini. —Y diciendo esto se alejó camino de La Rotunda, donde tenía una cita con el alcaide.

103. *La ira del General*

(1917)

El General-Presidente se enteró de que su hijo ayudó a fugarse a Justo Ceballos. Luego de un día de ira volvió a hablarle en presencia de José Vicente, Inspector General del Ejército, y de su hermano Juancho, Gobernador de Caracas.

—Aunque tienes el ángel de las batallas —dijo—, te falta la recia condición de los caudillos. Así no llegarás a ninguna parte. Si más de una vez te he dicho que con los míos con o sin razón, apréndete de una vez por todas que con el enemigo ni agua. Yo soy quien soy porque he sido un enemigo implacable. Cuando los güelefritos averiguan que ser enemigo mío es mal negocio y que gobernando cumpliré cien años, se dejan de tonterías. Por eso no hay perro que me ladre ni ciego que se me atraviere.

»Hasta ahora —continuó el General-Presidente— los políticos en Venezuela han vivido haciéndose carantoñas unos a otros. Dejan de golpear porque esperan que cuando le toque el turno al otro, golpeará menos duro. Por eso los políticos aquí son de la misma empresa y no se tiran a muerte olvidándose de que el poder es cuestión de vida o muerte. Saben que el favor de hoy será cobrado mañana. Conmigo la cosa es distinta. Aquí no habrá más voluntad que la mía, que es la de Venezuela. 150

El Dictador se veía fuera de sí caminando de un sitio a otro.

»Que un hijo mío —continuó— se preste para que un enemigo del régimen como es ese mozo Ceballos escape de mi venganza, es una cosa muy seria. Usted no sabe con quién se está metiendo. La mayor parte de los hombres que me combaten, al principio no lo hacen por odio sino por envidia. Son tan idiotas que creen que como yo no sé hablar bonito, será fácil tumbarme. Pero cuando descubren en medio del camino que

apenas saben de la misa la mitad, se chorrean entonces y tratan de transarse. A algunos, si me son útiles, los aprovecho. A los otros, que son la mayoría, los desbarato. Así se va regando la voz. Y cuando descubren que tumbar a Juan Vicente Gómez no sólo es imposible sino que les va en ello la vida, la tranquilidad y la riqueza se dejan de tonterías y se amoldan a mi gobierno. Por eso he mantenido la paz por tantos años, mi amigo. Pero ese no es el caso de Ceballos. Ese es un hombre lleno de odio que no acepta nada. Por eso es terrible. No tiene más precio que su odio.

El Dictador proseguía su discurso:

»Usted, como ese zoquete de Gastón Corrales, creyeron que era fácil estar en las buenas con Judas y con Juditas. Hacerle una carantoña al gobierno y otra a la revolución; pues conmigo están pelados, gobernaré a este país hasta que me muera y al que se me atraviere lo vuelvo sereta. —La cara del General estaba tensa y grisácea.

»Este joven Corrales —continuó—, con ese acto ha perdido mi confianza y protección y que agradezca que usted está metido en esta vaina porque de lo contrario lo mandaría para La Rorunda. El que está conmigo tiene que darse cuenta que está conmigo y con nadie más. Por eso usted mismo le dice de mi parte que no quiero volverlo a ver, que está de baja y que si quiere hacer méritos con el enemigo que los haga con usted y no conmigo.

Alí amarillento articuló:

—Lo perdió la amistad, es un buen amigo.

—Un edecán no tiene más Dios, mi amigo, que al jefe que custodia. No se le olvide. A usted que tanto le gusta presumir de jefe.

En la observación, Alí al ver que bajaba la ira de su padre se atrevió a responderle:

—¿Y a usted le parece que puedo conservarlo como edecán mío?

—Para ti puede servir. Pero, ahora, lárgate.

Tan pronto hubo desaparecido Alí, José Vicente comentó:

—Me parece muy bien que le haya hablado así. Está perdido de pendejo dándose las de popular cuando nunca ha sabido que el cambur verde mancha. ¿No le parece, tío Juancho?

El hermano del Dictador restó importancia a la afirmación y se limitó a decir:

—Por ahí dicen que Alí es el único bueno de los Gómez —y calló lo que Papagayo el proxeneta le había dicho sobre la generosidad y la fuerza viril de su atezado sobrino.

Desde 1916, Castro se ha residenciado en San Juan de Puerto Rico. Después de su último fracaso en los médanos de Falcón ha perdido algo de su entusiasmo inicial. Vive en la calle Colomer N.º 12 en Santurce. Su casa es sitio de reunión de venezolanos y puertorriqueños. Su vida transcurre aburrida y sofocante; ya ni el Departamento de Estado lo vigila. Tan sólo el cónsul venezolano Arcay lo hace víctima de risibles pesquisas.

La Guerra Mundial progresa. Gómez no se decide a ponerse del lado de los aliados. Zorrunamente defiende la neutralidad de Venezuela. Un día Castro, para su sorpresa, recibe una invitación del Gobernador de la Isla. Empacado en su smoking recuerda sus tiempos de Miraflores. A los pocos días se le hace objeto de otra atención. Observa que Arcay no ha sido invitado.

Otro día recibe en su casa, la visita del Comandante Naval de las Fuerzas del Caribe. El hombre va al grano: Gómez ha decepcionado al gobierno norteamericano con su neutralidad y le insinúa que Mr. Wilson anda en busca de un nuevo caudillo a quien exaltar en Venezuela, y que ese caudillo, si se muestra favorable a los ideales de Norteamérica, pudiera ser el mismo Don Cipriano.

151

Castro lo oye con el rostro fruncido y le responde brusco al poderoso Almirante:

—A pesar de mi enemistad con el General Juan Vicente Gómez, considero que su posición es correcta, Venezuela no tiene nada que buscar en una guerra de potencias. Sólo arracriamos más desgracias sobre nuestro sufrido pueblo.

152

Cuando Cipriano Castro lo vio alejarse supo que con él se iban sus últimas esperanzas.

104. *El restaurante de Duarte Cacique*

(1917)

Zobeido ingresó al Colegio Alemán el 16 de septiembre de 1917. José Antonio Marturet, su compañero de kindergarten, le restó esa soledad ansiosa que acompaña a los niños el día de su ingreso a un gran instituto.

153 El curso era numeroso. Había un muchacho larguirucho con el cual simpatizó desde el primer momento y que se llamaba Rafael Vegas. Procedía de una familia proclera, reducida a la pobreza por oponerse al régimen. Los Vegas, como los Herrera y los Palacios, se habían enfrentado a todos los regímenes que desde la muerte del Libertador se habían sucedido en el país.

—Es que tienen resentimientos de antiguos propietarios —afirmaba el Padre Franchi—. Pero son gente tan terrible como las que actualmente nos gobierna. Sólo que perdieron el tranvía.

154 Otro de los compañeros de Zobeido era un muchacho moreno procedente de Guatire. Se llamaba Rómulo Betancourt y era vecino de los Corrales. Tenía la palabra fácil y el gesto adusto. También estaba en el colegio Miguel Otero, de los Otero de Oriente. Se burlaba de todos y escribía versitos de intención sacrílega.

A la semana de iniciarse el curso, Cristico fue encarcelado por hablar mal del gobierno. Ese día Conch'e Piña recogió a Zobeido y le dio la noticia. El cochero, conmovido, le dio un paseo hasta el Panteón, acompañado de Vegas y de Miguel Otero. Tan pronto tuvo a tiro la cúpula funeraria elevó la voz y exclamó patético:

—Libertador, todavía quedan en este país hombres nobles, Cristico Pérez es un ejemplo.

Miguel, Rafael y Zobeido aplaudieron emocionados y se hicieron brindar chicha por el cochero.

Cristico aguantó, a pie firme, los veinte foetazos con que Luis Duarte Cacique ordenó su encarcelación.

Cuando Román Delgado Chalbaud lo vio llegar, tan sólo se atrevió a preguntarle:

—¿Y a ti por qué, hijo?

—Por hablar pendejadas, mi general.

Delgado Chalbaud, después de cuatro años de encierro conservaba erguida la figura y dominante el rostro. Se diría que el presidio, antes que quebrar su recia prestancia se la ha robustecido. Es un hombre de mediana edad, fuerte y largo, del cual parecía haber huido la dureza de los años anteriores.

Varias personas compartían el calabozo del hasta hace pocos años Almirante de la Flota. Entre ellos estaba Gustavo Machado, un adolescente de diecinueve años, perteneciente a las viejas familias patricias de Caracas. Era un mozo moreno, bien parecido, que tenía en su rostro la alegría receptiva de los conductores de pueblos.

155

Entre Delgado y Machado atendieron a Cristico. Sin ocultar nada de su pasado, les refirió, que por unas palabras y unos tragos de más, lo habían metido en La Rotunda.

Poco a poco se fue enterando de las aventuras y desventuras de sus compañeros. Delgado Chalbaud era médium y todas las noches el Libertador hablaba por su boca. Anunciaba pronto excarcelamientos, muerte del Dictador y prominencia del General Delgado Chalbaud dentro del próximo gobierno. Todos se conmocionaban ante las revelaciones. No así Cristico, a quien el General Delgado Chalbaud, a pesar de sus atrevidos de santón, no lograba convencerlo. Un día el mismo Delgado le contó que el canalla de Luis Duarte Cacique le había robado más de cien mil pesos valiéndose de la tortura. Cuando mayor era la desesperación por el hambre, el alcaide le hacía pasar exquisitas viandas por el calabozo del Almirante. En la medida que arreciaba su apetito, mayor era el precio que el carcelero le imponía por el menú. Por un pollo frito pedía dos acciones de la Compañía de Navegación. Por unos pastelitos de carne llegó a pagar hasta quinientos bolívares. Y trescientos por unos chorizos. Un día lo llamó a su despacho. Una hora

tardó, por el peso de los grillos, en recorrer los cien metros que lo separaban de su oficina. A cada paso se le hincaba con más profundidad el rodete de hierro en el tobillo. Cuando llegó frente a Cacique, éste le dijo sin preámbulos:

—Lo he mandado a llamar, General Delgado —dijo—, para echarle un chisme que me acaban de contar. Hace pocos días, la buena de su mujer se atrevió a importunar al General Gómez con el fin de que lo soltaran. Dicen que valida de su amistad con Dolores Amelia, i' que le dijo al Benemérito tan pronto llegó a la casa: «Yo he venido, compadre, a pedirle la libertad de Román y le participo que no me voy hasta que no me lo entreguen sano y salvo». A lo que respondió el Benemérito sin alterarse: «Usted sabe, comadre, que ésta es su casa y que aquí siempre tendremos por un gran honor tenerla en ella. De modo que será mejor que Dolores Amelia me le prepare un cuarto para que viva con nosotros».

156

Duarte Cacique celebró la anécdota con su risa de sapo.

—¿No le parece genial? —El Almirante de la Flota permaneció imperturbable y se preguntó si aquel hombre conocería realmente la inmensa fuerza del odio verdadero.

105. *La fiesta de Vestalia* (1918)

Gonzalo Machado, apoltronado, deja volar las ideas:

—Venezuela no tiene remedio. Demasiados problemas la afligen para que salga adelante: el clima, la raza, la despoblación, la pobreza, la ignorancia. Para darse cuenta del rezago cultural de Venezuela, basta asistir a una reunión de gabinete y oír las barbaridades que se dicen y se proponen. Todo es espeso y babecante como un pantano. Lento y sin brillo como un ciempiés. Sórdido y quebrado como el cuarto de un burdel. Ahí, con excepción de Samuel Darío Maldonado, que tiene talento, nadie tiene la menor idea de lo que significa ser ministro. El Ga-

binete más bien parece los directivos de una junta de beneficencia, que el cerebro de una nación. Juancho Gómez, el hermano del Presidente y Gobernador de Caracas, es una verdadera plasta con bigotes, que piensa y se mueve con la celeridad de un sietecueros. No entiende sino de vacas y haciendas y no tiene dudas de que ello es suficiente para ser gobernador de Caracas. Gonzalo sonrío cuando recuerda la vez, que el Benemérito quería que la capital de la República fuese trasladada a Maracay. El gabinete en pleno, como de costumbre, celebró la idea, con excepción del doctor Arcaya, a quien el Ministerio del Interior no había empañado su conciencia de historiador.

—Ello no es posible, General —dijo el coriano—, Caracas, aparte de tener una larga historia, es la cuna del Libertador.

—Pues que se traigan la cuna a Maracay —dijo el General y nadie pudo discriminar si su propuesta era un chascarrillo, ignorancia supina o franqueza brutal. Gonzalo Machado, sabía que no era ni lo uno ni lo otro. Gómez, a diferencia de la casi totalidad de sus ministros, que eran hombres subdesarrollados dentro de su propia cultura, era la expresión del sentir y del pensar del hombre medio venezolano, a mitad de camino entre la barbarie y la civilización. No había en él la menor conciencia de pecado cuando se saltaba las disposiciones jurídicas para imponer castigos o suspenderlos. Gómez era simplemente un hombre con una conciencia jurídica medioeval y nada más. La conciencia jurídica que tiene el hombre antiguo cuando considera que si tiene la fuerza no comparte ni discute el poder, o como lo dice él mismo: «jefe es jefe manque tenga cochochos». Si al jefe le gusta Maracay y vive en Maracay ¿por qué no se ha de trasladar la capital a la villa aragüña, cuando allá residen todos los poderes? ¿No es acaso una hipocresía costosa y aburrida lo otro? Tiene razón el General cuando no anda por las ramas. El poder es él y nadie más que él. Todo lo demás es cuento. ¿Para qué tener entonces un congreso y un gabinete ejecutivo cuando todo sale de su cabeza? Por eso a Gonzalo Machado se le descomponía el alma cuando tenía que ir todos los lunes a Miraflores para asistir al gabinete de Victorino Márquez Bustillos, Vicepresidente de la República y Presidente Provisional desde hacía tres años. Aquello era el castigo de

Sísifo que, a conciencia de la inutilidad de su esfuerzo, había de consumir tiempo y talento en el gabinete de aquel Presidente títere. Inmediatamente después del gabinete, Márquez Bustillos corría al encuentro de Gómez a transmitir informaciones y a recibir instrucciones.

* * *

Gonzalo Machado tenía sobre su escritorio un abultado paquete de telegramas felicitándolo por el décimo sexto aniversario de su matrimonio que coincidía con los quince años de su primogénita Vestalia, una muchacha poco agraciada y quien los chuscos llamaban «Zamurita» porque era retaca, regordeta y renegrada.

Vestalia, sin embargo, procedía como si fuera una beldad; aunque por su manía de enumerar enamorados que nunca aparecían y por su cruel maledicencia, Gonzalo comprendió que su hija arrastraba el triste destino de las mujeres feas y con dinero.

Dos telegramas sostenía en las manos el Ministro. En la izquierda estaba el telegrama del Presidente, en la derecha el del Ministro de los Estados Unidos. Gonzalo hizo una asociación elemental y se sintió culpable. La estabilidad del régimen era obra de su gestión ante el gobierno de los Estados Unidos y de las promesas que hiciera de entregarles la riqueza petrolera contenida en el subsuelo. A cambio de esto, la gran nación del norte quintuplicó el exiguo presupuesto de una nación en quiebra y aseguró la estabilidad del régimen. El país se quedó pasmado ante la riqueza que se le venía encima sin darse cuenta; como se lo reclamó acremente Carlos León de que aquello era apenas una limosna ante lo que se llevarían las petroleras.

—Nos dieron el pan, pero nos quitaron la mantequilla.

—Acuérdese, doctor Machado —le dijo el profesor de sociología—, que los que piensan en un país sin despertar son doblemente responsables del atraso o del desarrollo de ese pueblo. Usted ha hipotecado el patrimonio de Venezuela. Usted será responsable ante la historia. Venezuela, tarde o temprano, se lo reclamará a usted o a sus hijos, porque los hijos deberán pagar las culpas de los padres. Es ley de Dios.

Gonzalo guardó silencio y se sonrió; pero Colmenares Pacheco que estaba presente frunció el ceño y fue con el cuento a Gómez. Desde entonces comenzó el descenso de Carlos León hasta que llegó definitivamente a La Rotunda. 119

Gonzalo tiene dos de los mejores royalties que hay en la cuenca del Lago. Sus ingresos por este concepto son colosales. Machado, Gómez y Pimentel son los tres hombres más ricos de Venezuela. Gonzalo, sin embargo, no es ostentoso. Su apatía constitucional se lo impide. De no haber sido por el Lincoln que le regaló el Presidente de la Standard Oil hubiese continuado en su landó, gemelo del que maneja Conch'e Piña. De la misma forma que se niega con obstinación a mudarse para el Paraíso como quieren Rosarito y Vestalia.

—Esta casa es un manare —decía Zamurita— que se está cayendo de vieja. Los cielos rasos están manchados con el pipí de las ratas; los baños son un desastre y toda la crema se está mudando para El Paraíso; complácenos, viejo —continuó la muchacha haciéndole un arrumaco a su padre.

Pero el ministro, sacudiéndose, les dijo con energía al pasar junto al Pez que escupe el agua:

—Yo nací y moriré en esta casa como lo hicieron mi padre y mi abuelo y todos mis antepasados. Somos una raza vertebral que conformó y conformará a este pueblo.

El Pez cortó bruscamente su canto y dejó escapar su tenebroso pito ululante y un chorro de agua negra salpicó a Rosarito.

Un toque tímido en la puerta de la biblioteca sacó a Gonzalo de su ensimismamiento. Dejó caer los dos telegramas. Una mucama de cofia y uniforme le dijo al Ministro:

—Que Misisa Rosarito le manda decir que ya están llegando los invitados y que al parecer por la esquina se acerca Don Juancho Gómez. 160

Gonzalo siguió tras la sirvienta. El patio estaba lleno de gente. Con displicencia saludó a unos y a otros. Entre los invitados estaban

Gastón Corrales invitado por insistencia de Vestalia, a pesar de la suave oposición de su familia.

—Es que es bello, mamá y tiene unos ojos de gato que erizan cuando uno se los tropieza.

Gonzalo, tan pronto vio a Gastón, se dio cuenta de que no tenía el menor interés por Vestalia.

Los dos hombres se saludaron. A Gonzalo le recordó a Juan Corrales. A Rosarito su presencia le produjo un malestar indefinido.

Entre tanto, la Casa del Pez que Escupe el Agua seguía ingiriendo invitados.

Juan Otáñez, seguido de Dominguita, entró vacilante. Sabía que no era bien visto por los personeros del régimen. Gonzalo salió a su encuentro y el abrazo fundió resquemores en los concurrentes que lo fueron saludando uno tras otro.

Juan Otáñez se veía quebrantado y envejecido. Dos grandes bolsas en los ojos y su gigantesca nariz surcada ahora de venillas rojizas revelaban sus hábitos alcohólicos.

Ya su pensamiento era lento y apagado y todo en él indicaba una grave enfermedad.

Tan pronto saludó a Gonzalo se dirigió al bar y bebió copa tras copa hasta que una profunda borrachera obligó a los mesoneros a ocultarlo en una habitación distante.

Rosarito y Doña Josefina, como dos águilas al acecho, desde el Pez de Piedra otean los invitados. Rosarito estrecha los ojos y le dice a su madre:

—¿Y quién invitó a la vieja ésa?

Maricusa, irreconocible por la vejez y un traje estropeado, se abre paso hacia ellas.

—Aunque no me invitaron, cuando vi que hoy era la fiesta de Vestalia, me acomodé y me vine desde Los Teques a ver a esa muchachota que es como hija mía.

Las dos mujeres no encontraron qué decirle a la anticuaria, a quien sabían arruinada regentando una pensión en el pueblecito de la montaña.

Pero un murmullo en la puerta las apartó de Maricusa. Hacía su entrada Don Juancho Gómez, el gobernador. Era un hombre apuesto, muy parecido a su hermano el Dictador. Gonzalo y su familia salieron a su encuentro. El hombre se veía pesado y entorpecido dentro de su frac. Distribuía a diestra y siniestra sonrisas y observaciones insulsas.

—¿Y cómo está pasando la doñita sus quince años?

Vestalia sonrió forzada y añadió algo.

El Gobernador se llevó la mano a un bolsillo del pantalón y se puso pálido como si hubiese sido sorprendido por un ataque de orquitis. Inmediatamente llevó la mano a la pechera izquierda y luego a la derecha, volviéndose un torbellino de manos y bigotes mientras sus manos recorrían su cuerpo. Finalmente una amplia sonrisa iluminó su cara; en el bolsillo del revólver estaba el brillante que le había traído a Vestalia por su onomástico. Envuelto y etiquetado como se lo dieron en Gathman, Don Juancho hizo entrega de la cajita a la hija de Gonzalo.

La muchacha no encontraba qué hacer. La matrona vino en su auxilio:

—Ábrelo mi amor, ¿qué esperas? En Los Andes los caballeros regalan las joyas envueltas, ¿no es así, Don Juancho?

El Gobernador se rió nervioso sin calar la intención. Vestalia des hizo el envoltorio. Un «¡Cónchale!» rorundo salió de su pecho. Un bello solitario deslumbró a Gonzalo.

—Caramba, Don Juancho, se abrió usted como un paraguas.

—Se lo merece usted, mi doctor, se lo merece —y diciendo esto rodeado de sus edecanes se situó a espaldas del Pez que escupe el agua a contemplar la fiesta. El Pez, consciente de su importancia, dejó salir el agua en fluidos borbotones, sin pausas, pitos ni señales. Ni siquiera cuando Don Juancho Gómez le dijo algo a Isidro Barrientos perturbó su canto aunque se sintió impulsado a mojarlos en torrencial aguacero de aguas pestilentes.

106. *A Puerto Rico* (1919)

Al tercer día de haber ingresado a La Rotunda, llegó molido a golpes el Padre Franchi. Según le refirió Duarte Cacique, el cura le había escrito una carta al Papa protestando por el título de Conde de Roma que le había otorgado a Gómez. La carta fue interceptada y el Dictador bramó de furia. Entre las cosas que le decía al Vicario de Cristo era ¿y quién habrá de heredar el título? ¿Cuál de sus sesenta y dos bastardos? Si en La Rotunda languidecía desde hacía meses un cronista social de *El Universal* por haber omitido de una reseña al doctor Ezequiel Vivas, era de imaginar lo que esperaba al antiguo maestro de Zobeido. El sacerdote, al saberse descubierto, trató de fugarse y, confiado en su amistad con Don Federico Roig, que tenía una hacienda en Mare, buscó el camino del mar. Pero Don Federico tan pronto tuvo noticias de que Gómez lo buscaba, procedió él mismo a engrillararlo, no sin antes desnudarlo y darle una cueriza. Así, desnudo y descalzo lo amarró al arzón de su caballo y de un solo golpe cruzó la serranía. Llegando a La Rotunda se lo entregó a Duarte Cacique. «Para que vea el General —dijo— cómo le servimos sus amigos.» Don Federico siguió llamándose Don Federico y en la costa todo el mundo refirió su proeza con admiración y entusiasmo.

Cristico sintió frío cuando vio entrar al cura. El Padre Franchi era de las pocas personas que le merecían cariño y respeto. Y el alma se le encogió, cuando vio a Nereo llevarle con sus propias manos el perol de la comida. El Padre Franchi iba a ser envenenado con arsénico. Una noche oyó su voz saltar entre el cortinaje y gritar:

—¡Malditos sean los que torturan a sus hermanos! Sepan todos que Nereo me está envenenando.

Una carcajada y el tañir del arpa del negro carcelero ahogó el terror de los prisioneros.

Diez días más tarde metido en un saco salió su cadáver por la puerta trasera.

Después de tres meses de encierro, Cristico no averiguó nada que ya no supiese la policía de Gómez. Todos confiaban en una tremenda invasión que de un momento liquidaría la Dictadura. Se barajaban nombres: Leopoldo Baptista, Linares Alcántara, Peñaloza, Cipriano Castro... pero todo era vago, etéreo, brumoso. Cristico veía a aquellos hombres, muchos de ellos con más de diez años de presidio, y se decía:

«Los pobres ¡qué pelados están que ni conocen el automóvil! ¿A quién van a dirigir? ¿Quién les va a hacer caso? La cárcel los está enloqueciendo. La cárcel mata la memoria no de los que están adentro, sino de los que están afuera. Yo no sé para qué el General me mete en esto, cuando yo soy más útil en la calle...» Y se le prendió la idea de irse al exterior. «¿A Puerto Rico, por ejemplo, donde está Castro atrincherado? Con una partida y lo que tiene Cuqueta, estamos listos para educar al muchacho y poner cara de gente decente. ¿No tengo acaso todas las condiciones que exige el General para ser un buen cónsul?»

Cuando se enfrentó con Gómez y le contó con temor supersticioso lo que quería, temía y deseaba, éste lo midió de arriba abajo.

—¿Conque quieres ser un hombre decente? Pues vamos a complacerte. Voy a hacer que te nombren Cónsul en San Juan de Puerto Rico y así me tienes bien vigilado al General Castro.

107. *Los ruegos de Hermenegilda* (1918)

Gastón Corrales, después de pasar algunos meses marginado de toda actividad, por acción e influencia de Alí Gómez ingresó a la Academia Militar como profesor de balística, materia en la que era especialista.

La situación económica del país mejoraba sensiblemente. Corría el dinero. Automóviles costosos recorrían la ciudad. Prostitutas y aventureros de todos los países acudían al festín. En Rusia ha estallado una revolución y han matado al Zar. La nobleza rusa huye por todo el mundo. A Caracas llega un refugiado moscovita de bella estampa llamado Basilio Vasilev. Zamurita, al verlo, se prenda de él, y el coronel de húsares, que no es más que repostero de una confitería de San Petersburgo, ve el cielo abierto y le corresponde. Se celebra la boda con gran algazara del Pez, que escupe el agua ese día con sardónico burbujear de melcocha y suspiros.

* * *

A finales del año murió Doña Hermenegilda, la madre del Dictador. Días antes de su muerte le pidió la libertad de los presos. El General-Presidente se lo prometió con ojos lacrimosos. Su madre era él. Él era su madre. Su dureza y criterio realista se lo había inculcado aquella áspera campesina. Con su muerte se quedaba solo y desprevenido frente a la propia muerte. Acababa de cumplir sesenta y un años. La guerra mundial estaba en su tercer año. La explotación petrolera aumentaba. La riqueza se desborda. Unión en las cárceles, paz en los cementerios y trabajo en las carreteras.

Su madre volvió a implorarle la libertad de los presos:

—Sí, mamá.

—Mira que no descansaré en paz si no cumples tu promesa.

—Sí, mamá.

Al fin murió Doña Hermenegilda. Lloró el Dictador. Desfilaron las tropas enlutadas. Redoblaron los tambores con sordina. Se agotaron las flores del Avila. Pero se descubrió un complot para matar al Presidente en el mismo lugar del sepelio. Auallaron los espías y los perros de presa. El General-Presidente dejó de llorar. La Rotunda tragó completa su ración de presos y los cautivos se quedaron donde estaban.

Cuando días más tarde Alí le recordó la promesa que le hiciera a su abuela, el Dictador le respondió con acento desprovisto de calor:

—La pobre se murió creyéndolo, que era lo que interesaba, lo demás, ¿qué importa?, ¿no te parece? —y se pasó la mano por el bigote que era su forma de cerrar definitivamente un asunto.

162

108. *Es más tarde de lo que parece* (1919-1923)

Desde que lo colgaron por los testículos, Gastón Corrales comenzó a engordar.

—Te caparon chico, te caparon —le espetó con cordial desenfado Nereo, el guardián de La Rotunda, quien por insondables misterios sintió simpatías hacia Gastón.

Cuando meses más tarde se encontró en Puerto Rico, frente por frente con el General Cipriano Castro, y se vio estrechándole la mano, le dio la razón a Nereo: estaba capado, ya no tenía voluntad para nada. Se sentía incapaz de odiar, de combatir, de erguirse. Tan sólo deseaba que lo dejaran quieto, como le recomendó innecesariamente su cuñado Amador Pernía.

Dos años, después de haber pasado otros dos encerrados en La Rotunda, tiene Gastón de haber llegado a Puerto Rico. El 31 de diciembre de 1921, el viejo dictador, cumpliendo una promesa que se hizo a sí mismo, liberó a los presos. Nadie lo quería creer. Ni los presos mismos, cuando se encontraron en el medio de la calle sin grillos ni sombras. Gastón, en un comienzo, no halló qué hacer ni qué decir. Todavía continuaba sin entender lo que había sucedido. Un día se murió Alí, el hijo bueno del Dictador. Se murió de la gripe española del 18. Él estaba presente. Estaba a su lado. El muchacho deliraba por la fiebre. Llamaba a su padre. Quería verlo antes de morir. Sentía veneración por el Viejo Caudillo y el Viejo Caudillo por él. Había quien decía que tan sólo Alí, y nadie más que Alí, era capaz de arrancarle un sentimiento de humanidad al Viejo. Pero ni siquiera Alí fue capaz de vencer la recie-

dumbre del Dictador. El Viejo no acudió al lecho del hijo moribundo, por miedo a contraer la enfermedad y lo dejó morir implorando su nombre ante la desesperada impotencia de Gastón, que le cambiaba las compresas frías que colocaba en su frente.

La muerte de Alí fue la chispa del antigomecismo rabioso que se apoderó de Gastón Corrales. Roto el único vínculo que le ataba al Dictador se sintió libre de compromisos y de confidencia en confidencia, y de chiste en chiste, se encontró en medio de la conspiración de los militares, que encabezados por el Capitán Parra Estrena, trataron de derrocar a Gómez en 1919.

Gastón no sabe ni cómo ni cuándo comenzó la cosa. Él tan sólo sabe que un día accedió a asistir a una reunión donde también estaban Luis Rafael Pimentel y Betancourt Grillet. Se habló de matar a Gómez, de alzar la Academia Militar, de tomar el San Carlos y armar al pueblo. Gastón tuvo miedo de todo aquello pero no pudo negarse. Hubo otro, llamado José Agustín Piñero, que también tuvo miedo y los delató. Por haberlo dejado ir liso se perdió todo. Han debido matarlo. Pero Parra Estrena y Pimentel eran hombres incapaces de matar una mosca. Por eso no pudieron con el Dictador y por eso el Dictador acabó con ellos.

Un día cayeron presos. Los llevaron a La Rotunda. Les pusieron grillos. Otro día se los quitaron. Los metieron en coches individuales uno a uno y los llevaron para Villa Zoila en El Paraíso. Él estaba como atontado y todavía lo está con todos aquellos atropellos y recuerdos. Tan sólo recuerda al General José Vicente que le exige el nombre de los conspiradores. Gastón se resiste. El hombre ordena. Los pantalones caen. Las manos amarradas atrás.

—¿Vas a hablar, muérgano? —pregunta el hijo del Dictador.

Gastón calla. Una cuerda que pende del techo por una polea se enrolla alrededor de las bolsas de su virilidad. El General Vicentico repite la pregunta. Gastón se excusa. Tiene miedo y no sabe nada. Él llegó tarde a la conspiración. Justo Piñero lo confirma; pero no importa, el Inspector General del Ejército quiere repetir por su cuenta, lo que le vio hacer a su padre en Cúcuta, veinte años atrás.

—Denle pues —ordena a los esbirros.

El alarido de Gastón conmueve al palacio de Cipriano Castro. A dos metros del suelo se balancea en el aire colgado por los testículos. Lo colgaron una y otra vez. Dijo nombres, inventó otros. Al final lo dejaron quieto y lo tiraron en un calabozo oscuro. Así pasaron días, luego meses y hasta años. Alguien le dijo:

—Tienes la piedra del zamuro, porque a todos los militares los han ido matando uno a uno.

Nereo los envenenó lentamente con arsénico, mientras tocaba el arpa. Cuando salió el cadáver de Parra Estrena todos los presos entonaron el Himno Nacional. Ni los ajos, ni carajos de Nereo lograron imponer silencio. Parra Estrena era un símbolo. Pero a Gastón ya los símbolos no le importaban nada. Desde que lo colgaron empezó a engordar y a sumirse en la indiferencia. 163

Un día, Nereo le entregó un ejemplar de *El Universal*.

Gastón no pudo menos que extrañarse:

—Lee, que hay algo que te interesa —le dijo con tono seco y ligeramente jovial el carcelero.

Cuando después de un rato se topó con la esquila que invitaba al entierro de su madre, Gastón Corrales tuvo su postrer rapto de ira y gritó a través del cortinaje:

—No, no, esto es mentira, estas son maldades tuyas, Nereo. Mi madre no ha muerto. Mi madre vive. ¡Malditos sean! —Y sollozando como un loco se quedó dormido. 164

Trató de ver a Gloria metida en un ataúd y no pudo. Tan sólo podía recordarla con su rostro de sevillana adolorida esperando el retorno de Juan Corrales. Por eso comprendió que la cárcel quiebra y que a partir de cierto momento los hombres transmigran de una persona a otra cuando el dolor es demasiado grande. Y por dos largos años se acomodó en su calabozo para vegetar y sobrevivir. Por eso no supo si alegrarse o lamentarse cuando la voz del alcaide lo puso en la calle.

Su primera reacción fue de aburrimiento y pereza: ¿A dónde ir ahora? Nadie lo esperaba.

Por eso, cuando le anunciaron su libertad, no entendía nada al salir

a la calle. Con paso vacilante caminó hacia la esquina del Hoyo, deslumbrado por el sol y el aire.

—¡Gastón! —clamó una voz quebrada por la emoción.

Era Conch'e Piña.

Pero estaba tan gordo y tan feo que Conch'e Piña lo sintió distinto y, antes de ponerse a llorar, como hubiese hecho en otros tiempos, tuvo un fugaz pero profundo sentimiento de rechazo hacia el hijo de su patrono.

—¡Cómo te han puesto, hijo!... —dejó caer lleno de estupor y lo subió a su coche.

Conch'e Piña alojó a Gastón en su casa. Teófila, su mujer, y Virgilio, su hijo, que era un muchachón de veinte años, cuidaron con amor al preso. Gastón cerebralmente comprendía el valor y sentido de todo aquello, pero había algo, dentro de él, o fuera de él, que lo impedía sentir plenamente como antes.

—Eso nos pasa a todos los que nos cuelgan por los cojones —le había dicho una vez un preso a quien comunicó su apatía.

En la tarde vino a visitarlo su cuñado Amador Pernía. Vino sin su hermana. El hombre la excusó al principio, luego dejó que Gastón encontrara la verdad: no lo quería ver. Gastón y Mercedes siempre se entendieron mal. Siempre fueron muy diferentes. Cuando Amador le hizo la propuesta de que se fuera a Puerto Rico porque los comprometía con su presencia, Gastón lo encontró razonable y se alegró al saber que su poderoso cuñado estaba dispuesto a enviarle cincuenta dólares mensuales con tal de que no se metiera en política.

Con la mirada opaca y una sonrisa fría, vivió quince días en casa de Conch'e Piña hasta que bajó a La Guayra, donde tomó el barco que lo llevó a Puerto Rico. Cuando el cochero lo vio subir al lanchón, sin volverse, le comentó a su hijo:

—Éste se fuñó... Pasajero que no voltea, se va para siempre. —Y sintiéndose de pronto inmensamente viejo le dijo a Virgilio, pasándole el brazo por el hombro:

—Vamos, mijo, que es más tarde de lo que parece.

109. *La higa de la Libertad*

(1923)

Cristico le da sus últimas recomendaciones a Manolo Martínez al entregarle un pasaporte que lo acredita como ciudadano venezolano.

—Y tan pronto llegues te pones en contacto con Papagayo que en lo que te vea te encuentra colocación. Basta que te mire los ojos vagabundos.

El muchacho, que es un conocido macró del San Juan Viejo, le da un beso en la boca y a paso rápido sale del Consulado silbando el relicario. De pronto se detiene. Acaba de divisar al General Castro. El hombrecito que fue Presidente de Venezuela, y a quien por encargo de Cristico le dio una tremenda paliza, la semana pasada. De un salto Manolo se oculta en un zaguán, y deja pasar al hombre. Es pequeño, viejo y va de sombrero de Panamá. A su lado va una mujer de aspecto distinguido, que debe ser su esposa. El hombre renquea un poco. Debe ser a consecuencia de la paliza. Manolo sale de su escondite y ve la pareja marchar a paso lento hacia el Morro. El mozo fortachón con los brazos en jarra y en medio de la calle los examina a su antojo. Una sonrisa maligna le ilumina el rostro. Pobre viejo. Pero eso le pasa por sato. La trampa estuvo bien montada. Esperó que el viejo estuviera sentado como hacía todas las tardes en el café Ponce y se presentó con una chica amiga suya a quien ofreció diez dólares por montar la comedia. Era una mulata zamba regordeta y exuberante como sabía le gustaban al General. Tan pronto llegaron se sentaron en la mesa de enfrente. Castro discutía en voz alta problemas de la política local. Al instante el Cabito puso los ojos en la muchacha y ésta le coquetó con soltura. Castro se sintió inflamado por la rápida conquista y aprovechando un momento en que Manolo fue al baño le deslizó un requiebro. Fue suficiente para que la muchacha diera un alarido que estremeció al café:

—So grosero —exclamó—, vaya a decirle esas cosas a su madre.

Más de cinco hombres, con aire resuelto, se irguieron de sus asientos como gallos de pelea. Los meseros detuvieron estatuarios su trájín. Una matrona de grandes pechos se abanicó nerviosa. Los compañeros de mesa de Don Cipriano huyeron de su lado. Manuel Martínez, desorbitado de aparente ira, irrumpió en la escena:

—¿Qué te ha hecho ese canalla?

—Me ha ofendido —dijo la otra con voz llorosa.

Manolo no necesitó de más para tomar a Cipriano Castro entre sus brazos y a trompicones sacarle el alma, mientras los buenos parroquianos aplaudían el castigo impuesto a aquel viejo sátiro de aspecto aindiado.

165

Manuel, por su faena, recibió cien dólares de Cristico y un pasaporte para llegar a Caracas.

* * *

Gastón Corrales trabaja en una compañía norteamericana que entrena guardianes para proteger instalaciones petroleras. Aprende inglés con facilidad y comienza a pensar si no será mejor que Venezuela siga el ejemplo de Puerto Rico. Admira profundamente a los norteamericanos, su confort y precisión. Ascende rápido en la jerarquía de la compañía, que termina por enviarlo a Nueva York. Un día conoce a Peggy, que es una bella chica de Brooklyn. La muchacha es enfermera y trabaja en el Medical Center. El noviazgo progresa. A fines de año deciden casarse. Peggy es protestante y se casan por el rito anglicano. El gerente de la compañía asiste a la boda y como todos los protestantes, le da a Peggy un beso en la boca. Gastón sonríe con la misma sonrisa vacía que se le había puesto cuando embarcó en La Guayra. Un cable procedente de Caracas le recuerda que tiene una hermana. Peggy y Gastón son felices. Muy felices. Ella es plácida y ordenada. Los microbios son su obsesión. Para hacer el amor con Gastón, virtualmente lo flambea. Al año nace un niño y lo bautizan Johny, Johny Corrales. Todos son felices. Demasiado felices. Pero un día se acaba todo. Una radiografía que sucede a un largo toser y descubre que tiene deshecho el

pulmón izquierdo. Peggy lo lleva al hospital. Dos meses más tarde entra en agonía pensando en sus padres y sonriéndole a una Estatua de la Libertad que, por habérsele quebrado el antebrazo, le hacía una mítica y epopéyica hija.

110. *El callejón Moreno*

(1923)

Don Juancho el gobernador y Don Juan Vicente su hermano, terminan de cenar en el comedor privado de Miraflores. El General-Presidente, de gran hartón que era, se ha tornado frugal por imposición de los médicos, que lo obligaron a reducir veinte kilos desde su última gravedad. El enflaquecimiento lo ha envejecido y se ha tornado silencioso y sombrío. Desde hace rato oye las explicaciones de su hermano sobre su inocencia en el caso del suicidio de Rosa, la hermana de Dionisia.

—Pero vos salistes a decirle a Santos Matute que había sido cuero tuyo.

—Pero Juan Vicente, ¿y cómo no se lo iba a decir, si era mi hermano y esa mujer había sido de muchos?

El General-Presidente se quedó con la mirada fija en el reloj Luis XV que había encima de una consola y con la mirada vidriosa sentenció finalmente:

—Puede que vos tengás razón, pero Dionisia está furiosa y jura que te lo va a cobrar.

Don Juancho hizo un gesto de desprecio y añadió:

—Perro que ladra no muerde.

Al mesonero que los atendía le tembló la mano cuando le retiró al Presidente el plato de sopa:

—Ay perdón, General —dijo una voz de acento neutro.

Gómez le echó una rápida mirada al hombre luego de verle la cara impávida a Tarazona:

—¿Y de dónde sacaste este pájaro?

—Ah, ese es un muchacho puertorriqueño muy bueno que me recomendó Barrientos.

Y el General-Presidente supo que se llamaba Manolo Martínez.

Terminada la cena, los dos hermanos dieron un largo paseo por los corredores de Palacio. Don Juancho se fue al Cine Olimpia a ver «El último Vals» y el viejo caudillo, como era su costumbre, se fue a dormir en la casita que había instalado en el callejón Moreno, al lado de Miraflores. Al General-Presidente no le gustaba pernoctar en el Palacio. Unos decían que era por respeto a su hermana Regina, quien vivía en la casa presidencial. Y otros porque le tenía miedo al fantasma de Crespo que, según dicen, deambula de noche por los corredores.

Tan pronto llegó a la casita comenzó a llover. El General, a diferencia del resto de las personas, se desvela cuando llueve. Una pavita dejó sentir su canto agorero en la cercanía. Un aire de pesadumbre y malestar lo envolvía. Notó algo en su hermano Juancho que no le gustó del todo. De un tiempo a esta parte lo siente como más participante y envanecido. La vicepresidencia, que le hizo otorgar por el Congreso el año pasado, lo ha tornado ambicioso. Luego recuerda que él también fue vicepresidente y sin embargo... Desde hace tiempo le han venido con cuentos que él no puede creer sobre la fidelidad de su hermano. Es capaz de poner su mano en el fuego por Juancho: pero también hasta hace poco la hubiera puesto por Delgado Chalbaud, y por Leopoldo Baptista, y por Linares Alcántara y por Aquiles Iturbe, quien resultó siendo el jefe de la conspiración de Parra Estrena. El poder tienta al hijo contra el padre. Cuando se estuvo muriendo en el 21, su hijo Vicentico ya disponía como rey en mando. Cuando se recuperó le captó en la cara el desencanto. José Vicente es duro, capaz de cualquier cosa por alzarse con el poder. Odia a su tío Juancho porque lo considera un obstáculo. La pavita sigue cantando. El aguacero arrecia. Le duele la pierna. Una angustia tremenda lo invade.

—Eloy, Eloy.

El indio esta vez sí sabe que lo llama.

—Sí, mi jefe. Sí, mi jefe.

—Tengo miedo de esta noche, Eloy. Algo muy malo está pasando. Una nube roja me envuelve.

El indio se persigna al revés.

—Es noche mala, mi jefe, es noche mala. Yo también lo siento. Algo malo va a pasar.

El viejo General es el ojo de un huracán. Allí, Hermenegilda, Pedro, mis hijos, mis padres. Yo soy el señor de la Sierra y vivo prisionero de mi familia. Ellos son mi conciencia y vida. Y aparece un remolino de puñales. En el fondo se convulsiona su hermano. Arriba, en su escoba, danza la Bruja Cativa y un perro lanudo con ojos de carbones. La noche se alarga y lo extenúa. Cuando todo parece derrumbarse, clarea el alba y cantan los gallos. Resuena la Diana en el cuartel vecino. El General-Presidente se pone en pie. En su rostro la mala noche ha dibujado su mala huella. Pasos en el entreportón de prisa y voces en alto, sorprenden al Presidente. José María Márquez con el rostro gris le da la noticia:

—Una gran desgracia, mi General.

—¿Qué pasó?

—Asesinaron a Don Juancho.

A medio vestir saltó a la calle y llegó al Palacio. En su habitación y en medio de su cama yacía Don Juancho en un inmenso charco de sangre que llegaba al patio. Veintisiete puñaladas clavaban su cuerpo y tres preguntas se hizo el Viejo de los Samanes.

111. *El expediente*

(1923)

Cuando Julio Hidalgo, el nuevo Gobernador de Caracas, puso en las manos del viejo General el expediente, no pudo menos que añadir:

—Es duro, General, muy duro.

El Dictador mantuvo en su mano el legajo como si le tomara el peso, y le dirigió una mirada indefinida al nuevo gobernador. Julio Hidalgo era un hombre de toda su confianza. Dentista fracasado, a pesar de haber estudiado en Estados Unidos, lo tenía de gobernador de Puerto Cabello por su carácter implacable y por la importancia de la fortaleza. Sabía que era un hombre amargado y lleno de resentimientos. «Sólo tengo un Dios que es Juan Vicente Gómez y por él voy al cielo o al infierno.»

Por eso el Dictador lo hizo llamar para sustituir a su hermano y le dio plenos poderes para averiguar la verdad. La primera medida fue poner en cuarentena a todo bicho viviente que hubiese estado en Miraflores la noche del 30 de junio.

Inmediatamente comenzaron los interrogatorios, los careos y las torturas. Volvieron a columpiarse en el aire hombres colgados por los testículos y también lo hicieron por primera vez mujeres por los pechos. El cepo de campaña rompió espinazos. El fracasado dentista dio rienda suelta al sadismo contenido en su oficio. Él mismo interpelaba, careaba y torturaba. Los aires de la gari-gari no fueron capaces de callar el miedo del pueblo. Alrededor de Miraflores se hizo un halo de silencio y abandono. Más de cinco cadáveres vio salir la gente. No resistieron el rigor del suplicio. Julio Hidalgo trabaja día y noche. Parecía incansable. Era una especie de Nereo Pacheco borlado en el Alma Mater.

—Diga quién lo mandó, ño carajo. ¡Que si no te vamos a matar la mujer y los niños!

»Dale otra vuelta al cinillo.

»Métele otra vez.

Gómez no asistió a ninguno de esos interrogatorios, pero sabía, por la gari-gari, cuándo Julio Hidalgo trabajaba.

Al mes ya no había secretos. Luego de haber torturado a treinta y siete personas, el Gobernador le entregó a su amo y señor en voluminoso expediente el fruto de sus pesquisas. El Dictador le tomó el peso con su mano derecha.

La indecisión y el temor nublaron su rostro. En un momento a Hidalgo le pareció que iba a desistir de su lectura porque no quería confir-

mar una sospecha o porque sabía su contenido. Finalmente abrió el legajo. Su rostro permaneció inmutable en la primera página, y en la segunda, y en la tercera. Cuando llegó a la cuarta se detuvo y contrajo el rostro. Sin mostrar extrañeza, pero revelando decepción, articuló, con una voz que no era la suya:

—Fue entonces Barrientos.

—Así es, General —confirmó el inquisidor.

El General-Presidente pensó en aquella sábana llena de sangre. Cuando la extendieron a todo lo largo, él y todos los presentes vieron claramente dibujado en el lienzo el perfil de Isidro Barrientos, el edecán y amigo de confianza de su hermano. ¿Por qué lo hizo? También lo sabía, pero ojalá el pesquisador no lo haya alcanzado a saber. El Dictador continuó la lectura. Dos páginas más allá tuvo que detenerse: allí estaba la razón. Se llevó la mano a los ojos y simuló sorpresa mientras cavilaba.

—¿Esto es verdad?

—Desgraciadamente, mi General, ésta es la única verdad.

—¡Qué desgracia tan grande, Dios mío! ¡Esto es peor que su misma muerte!

—Eso mismo pienso yo —respondió con acento compasivo el verdugo.

—Quiero verlo —exclamó con voz bronca el viejo.

—No puede ser, General, está impedido de andar, la sogá antier lo capó completo.

—Vamos a verlo entonces —apuntó violento y se puso en pie.

Verdugo, espaldero y Dictador bajaron a los calabozos. La puerta del cubículo se abrió y entró Juan Vicente Gómez. Un hombre joven, desnudo y envuelto en vendas yacía en un catre con el rostro transfigurado por el dolor.

El hombre dilató los ojos con espanto cuando vio sentarse a su lado al Viejo de los Samanes, quien lo miró detenidamente sin pestañear. Cuando reparó en la presencia de Hidalgo y de Tarazona les dijo con suavidad.

—Ustedes se me quedan afuera, que quiero hablar con el joven.

Diez minutos hablaron los dos hombres a puerta cerrada. Cuando salió del cubículo, Gómez había envejecido diez años. Antes de ascender la escalinata se volvió a Tarazona y pronunció su sentencia:

—Eloy, a ése no lo quiero ni aquí ni allá.

El indio no dijo nada. Cuando el Presidente y el Gobernador llegaron al despacho presidencial no los acompañaba el espaldero.

* * *

Tan pronto llegaron al despacho de Hidalgo, Juan Vicente Gómez tomó entre sus manos el expediente y le preguntó al dentista:

—¿Cuántas personas más conocen la verdad de este asunto?

El inquisidor sacó cuentas:

—Pues Barrientos y su cómplice, y los muchachos que me ayudaron a arrancarles el secreto, pero son gente de confianza.

—No importa —dijo el Viejo de los Samanes—, enciértralos también junto con Barrientos.

Luego vertió un frasco de bencina sobre el folio y le dio fuego. El expediente, con sus secretos, ardió largamente. Cuando estuvo totalmente consumido, el General-Presidente le dijo a Hidalgo:

—Espero que antes de un mes tan sólo sepamos lo que hubo adentro Eloy, usted y yo. Que los periódicos digan que los asesinos de mi hermano fueron Isidro Barrientos y esos pobres muchachos que nos ayudaron a sacarle el secreto. Nadie sabe cuando trabaja para el diablo.

166 Así es la política.

SÉPTIMA ÉPOCA

Los pájaros ciegos en
el árbol viejo
(1927-1935)

112. *Setenta años*

(24 de julio de 1927 - 5 horas.)

Los gallos de Maracay cantan en la madrugada. La diana y los tambores los hacen callar mohínos. Entre las cornetas y los redobles de los siete cuarteles desfilan sombras. Un cañón retumba una vez, dos veces, tres veces. El General-Presidente al borde de su cama hace rosario con sus dedos:

—Seis, siete, ocho —y se mesa el bigote—, quince, dieciséis, diecisiete. Veinte, veintiuno. ¡Ya soy el gran árbol! Ya sí soy el Viejo de los Samanes.

»Setenta años. Diez veces siete, siete veces diez. He cumplido diez veces siete años. ¿Qué te parece Eloy? Tú no sabes que el hombre como la culebra cambia cada siete años de cuero. A los siete años se hace la luz en su entendimiento. A los catorce debe montar la primera hembra, tiene puñal y puesto fijo en la bodega. A los veintiuno responde por lo que ha hecho y ha dejado de hacer. A los veintiocho ya debe saber para qué sirve y para qué ha nacido. Es la edad en que el hombre se encuentra a sí mismo. Hasta los treinta y cinco crece y madura como la fruta pintona y deja salir de su cuerpo su mejor aroma. A

los cuarenta y dos ya está demasiado «jecho» y comienza a desmejorar de color y de gusto aunque es fuerte y sabio como un caballo de guerra. A los cuarenta y nueve es semilla y cáscara que las mujeres pisan y los hombres siembran. Es la juventud de los que no mueren. A los cincuenta y seis renace en un árbol nuevo que aunque tiene las mañas del caballo viejo es flojo y cobarde para la pelea. A los sesenta y tres ya es sombra de lo vivido, y camino de muerte si no hay luz que lo alumbré. Pero a los setenta ya se es una mata grande y sombreada que da sombra y comida al viajero. ¡Ya uno es tan grande y tan viejo que parece que está ahí desde que nació el tiempo! Árbol y hombre que hagan diez veces siete ya no se mueren. ¡Hoy me visto de árbol grande donde cantarán los pájaros y dormirán los hombres!

Pero la faz se le tuerce en un raptó acongojado. «¡Qué de cosas! ¡Qué de cosas han sucedido en estos años! Asdrúbal, Mamá, Alí, Pedro, Juanchito, Don Cipriano. Todos se han ido y me han dejado solo. Eso es lo malo del árbol viejo. ¿Pero, ya qué importa?

»Vivir es dejar todos los días "algo" de lo que uno quiere, hasta que nos quedamos sin nada. Pero ya no me importan los hombres sino las cosas. Me gusta el sol cuando sale. La lluvia en las sementeras y las buenas hembras cuando son cosas apenas. Por eso viviré cien años. Son los hombres los que nos ponen tristes cuando se les quiere.»

167

Tarazona le trae un jugo de naranjas que a sorbos le amarillea el bigote. Luego se le pinta de negro con un cafecito aguarapado. De un salto se pone en pie y sumerge la cabezota en la jofaina de flores que le regaló Dionisia. «Vamos a ver a Dolores Amelia y los muchachos que hoy es mi día» y abandonó la casona que era su última guarida. Nadie sin largas contraseñas entraba a ella. Hasta la sala llegaban Ministros y Consejeros, hasta la alcoba sus edecanes y hasta la cama sus mujeres. Desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana era fortaleza cerrada. Cuando se asomaba a la puerta, un batallón en vela le presentaba armas. Sacudía la mano frente a la tropa y le entregaba al oficial dos billetes de cien bolívares: «Uno es para ti y el otro para los muchachos». Todos los días, año tras año, sucedía igual como si el tiempo hubiese dejado de contarse en Maracay.

Pero ese 24 de julio será diferente a los otros días. Tan pronto se asomó a la calle resonó el «Gloria al Bravo Pueblo» y los maracayeros arremolinados en la plaza dieron vivas en su nombre. Se lleva la mano a la gorra y se cuadra en lágrimas al recordar a su compadre.

—¿Qué vaina! —se dice— ¿Por qué molestarán menos los traidores que los traicionados?

113. *Dios vivo*

(24 de julio de 1927 - 8 horas)

Esa noche, natalicio del segundo padre de la Patria, hay recepción oficial en el Hotel Jardín que ya es insuficiente para contener la corte.

La multitud se aglomera en el gran patio lleno de palmeras y de fuentes cantarinas. Doce sillas de mimbre están vacías. Ruidos de pajarrera corretean por los pasillos. Se habla en francés, corso y andino. Doña Margot dice que va a contar un cacho muy gracioso. Y como hay diplomáticos pregunta: «¿Cómo lo quieren, en francés o en inglés? Me gusta la acemita, la punta trasera y el frescor de Maracay». El doctor Urdaneta llega con abrigo largo de lana. Al General no le gusta que digan que Maracay es caliente. Es fresco, muy fresco, casi frío.

—Esto está peor que Los Teques. Yo no sé cómo andas con esos descotes, a lo mejor te resfrías.

—Tiene razón, mi doctor, me voy a poner el chal.

Que apaguen los ventiladores, que guarden los abanicos, que quiten el hielo de los vasos, que no se sude, que nadie saque el pañuelo.

Llega el General-Presidente y se sienta en el medio de las sillas de mimbre.

A su derecha José Vicente, a su izquierda Pimentel. La corte en cuarto menguante. Al Presidente lo envuelve un halo de luna nueva.

José Vicente husmea la concurrencia.

—¡Qué cara de malo tiene José Vicente! —le dice Sixto Tovar a Vallenilla Lanz.

—Todo hombre después de los cuarenta años es responsable de su cara —murmura plagario el otro.

Una bella mujer de grandes ojos se abanica al lado de Vicentico. Es su esposa Josefina, la hija de José Rafael Revenga, el áulico de Castro, el mismo que le endilgara a Gómez el sobrenombre de Capagatos. A pesar de su zalamería envolvente de serpentina, Gómez la recela como el caballo al tremedal. «Si la amistad no se hereda —pensaba el General— el odio y resentimiento florece y se multiplica en los hijos como lo hace el árbol con sus semillas. Si Josefina quiso a su padre no puede quererme a mí, y si no lo quiso, ¿por qué ha de quererme?»

Josefina, a pesar de los desplantes de su suegro y de su propio resentimiento, no renunciaba a la idea de domarlo con su voz cantarina de llovizna, pues como decía su padre: «El arma fundamental que esgrime el Centro contra sus invasores no es el coraje de sus hombres sino la blandura marcial de sus mujeres».

* * *

El General-Presidente, en su gran sillón de mimbre, saluda a los concurrentes.

El besamanos es interminable.

Don José de La Cáscara hace una genuflexión de corte. Grave y solemne formula sus parabienes. Berta, su hija, con su novio Franz Eppinger se inclinan sonrientes.

Gil Fortoul retiene la atención del General en una complicada lisonja llena de erres.

Amador Pernía y Mercedes saludan fugaces.

Caracciolo Parra le enseña su «Dctente». Margarita de La Cáscara, casada con el hijo del usurero Perdomo, a quien llaman «la Plasta Perdomo», saluda tiesa. Su marido suelta una sandez y el General se tuerce el bigote.

Gonzalo Machado le estrecha la mano y se aleja presuroso. Rosarito le dice emocionada:

—Y le deseo todo lo bueno, mi general.

El General José Rafael Luque, Presidente del Estado Miranda y uno de sus hombres de confianza, lo saluda afable. 170

El Ministro de Francia le dice:

—Imagínese, Excelencia que, hablando yo con el Ministro de España, me decía que usted era tan grande como Bolívar. Pero yo le respondí: Más que Bolívar, porque el General Gómez cruzó al país de carreteras y el Libertador no. 171

Los concurrentes ríen complacientes. Gómez permanece adusto. El Embajador, encendido, da paso a su colega.

Las lisonjas se filtran por los saludos y el General las avienta con el bastón como ganado flaco que empuja hacia el potrero.

La orquesta, a una señal de Santander inicia la música y Josefina Revenga saca el cuello.

—Mi General, le voy a decir un secreto que se lo tenía guardado: ya terminé de reunir los reales para poder hacerle a usted una estatua a caballo.

Gómez la escudriña con sus ojillos ya inexistentes tras los lentes:

—Josefina, déjese de eso, mire que yo soy un hombre serio. —Y se tornó espinoso y adusto como un cardón. 172

Hace su entrada un hombre joven, gordo y blanco. La gente acude en tropel a saludarle. Algunos hasta suspenden el baile para abrazarle o hacerle carantoñas.

Don Antonio frunce el ceño. José Vicente y el doctor García lo imitan. El hombre se acerca a paso lento. El Viejo lo saluda con efusión:

—Qué bueno que haya llegado, doctor Baptista. Siéntese aquí a mi lado. Compadre, préstele la silla al doctor Baptista.

Baptista Galindo el nuevo Secretario de Gobierno tenía concepciones políticas extrañas y peligrosas, como decía José Rosario.

—El verdadero golpe de Estado contra los dictadores —afirmaba el Secretario— es hacer que se identifiquen con su pueblo. Cuando esto su-

cede lo tratan como si fueran ellos mismos. Si la historia demuestra que la democracia en Venezuela es un fracaso, pues que el déspota sea ilustrado y vayamos por la calle del medio. Si el primer deber de un gobernante es mantenerse en el poder a cualquier costa, como lo ha demostrado el General, el siguiente es realizar. En la medida en que la gente se convenza de que Gómez es la única salida, cesará esta oposición enconada y la dureza del régimen.

Con habilidad, Baptista Galindo siguió liberando prisioneros hasta que logró la amnistía total.

* * *

Román Delgado Chalbaud, el gran enemigo, partió hacia Francia con su mujer y sus dos hijos. Las cárceles expulsaron su carga. Carceleros con voz de hierro fueron sustituidos por espíritus apaciguadores.

Pero un día la ciudad se llenó de terror. La Radioemisora Nacional da la noticia: «Acaba de morir en plena juventud y de una manera súbita el doctor Baptista Galindo». Su cuerpo blanco se volvió morado y sus facciones se hincharon como niño nacido muerto.

«Lo envenenaron», señaló el rumor. «Estos Gómez son unos Borgia», señalaron los historiadores.

Pero un certificado del doctor Alberto Ramírez, médico de la policía, acalló los rumores. «Al doctor Baptista Galindo se le había parado el corazón por haberlo movido demasiado.»

Esa noche, cuando el General se queda sin botas y charreteras, exclama con voz de caminante:

—¡Qué soledad la mía, Eloy, todos me dejan: ¿cuándo te tocará

173 a ti?

114. *Saca la pata lajá*

(1928)

—Ay, General —le refería Cristico a Gómez con su acento de persucia y manos en remolino—: aquello es un rebullicio. Esos estudiantes bailando en la calle y diciendo cosas horribles contra usted.

—¡Ajá!, ¿y qué decían?

—Pues usted ¡que es un dictador!, y una serie de cosas malas.

—¡Ajá! ¿y que más?

—Ay, lo imitaban en sus canciones como dicen que usted dice, ajá, ajá. Ellos han inventado una canción que se llama *Saca la pata lajá* y terminan diciendo: Ajá, Ajá.

»Pero eso no es lo peor, mi General. ¿Usted sabe quién anda medido con esos vagabundos? Pues Zobeido, el muchachito aquel que adopté para que lo dejaran entrar al colegio. Me resultó de lo más malagradecido. Los años en Puerto Rico lo hicieron un musiú y se la pasa hablando horrores de su gobierno. Yo le retiré mi bendición. Porque yo no tengo más Dios que Juan Vicente Gómez y el que no está con él está contra él. ¿No es así, mi General?

El Dictador le dirigió una mirada donde se confundían el asentimiento con el desprecio.

—¿Y la madre del muchacho? —preguntó con voz de sueño.

—Ah, General, ese es otro cuento de nunca acabar, después de todo lo bien que me había portado con ella, ¿qué cree usted que hizo cuando usted me quitó de cónsul?, pues me abandonó y se fue con un norteamericano lleno de plata y con quien vive en Miami. El año pasado me mandó a Zobeido; pero, ¡qué va!, con ese niño no hay quien pueda. Me insulta. Me llama espía y otras odiosidades que para qué le cuento. Por eso, por mí no haga excepción y haga que todo el peso de la autoridad recaiga sobre él.

La voz fustigante de Velasco por el teléfono informó al General:

—Juan Vicente, esto es un zaperoco. Imagínate que porque mandé a encerrar en la cárcel del Cuño a un estudiante Betancourt y a otros

tres facinerosos que echaron pestes contra ti, los muchachos, en solidaridad, se están entregando presos a montones. Son hijos de gente importante y más de doscientos. Si los suelto quedarán sin sanción, si los detengo las cosas se van a complicar. ¿Qué hago?

—Me los metes a todos en camiones custodiados por la tropa y los mandas para puerto Cabello.

»Esa es la vida del gobernante: estirar la cuerda todos los días.

174 ¡Hasta que se reviente!

* * *

La ciudad, llorosa, recibió la nueva. Madres y hermanas hacían de planifieras y los hombres pujaban hasta estallar. Cuando salieron a la calle una ovación los persiguió desde la cárcel a la carretera. Al paso de los camiones saltaban las flores y el Himno Nacional.

Beatriz Peña, la bella reina de los estudiantes, lloraba a lágrima viva en una esquina, mientras sus compañeras, Isabelita Jiménez Arráiz, María Teresa Ugueto y Josefina Juliac, batían con furia banderolas tricolores.

La caravana se atasca en la esquina del Municipal. Eugenio Mendoza le pide permiso al jefe del pelotón, un andino sonriente, para hacerle llegar a sus amigos una pierna de jamón que le arranca fiado a Benedetto. José Antonio Rangel, el hijo de Rangel Garbiras y su novia Malala siguen el ejemplo y dejan caer sobre los presos una lluvia de cigarrillos. Sofía Imber, una atractiva muchacha que celebra en ese instante sus quince años, en un arranque corre hasta la pensión de Madero y le entrega a los estudiantes su torta de cumpleaños.

Todo es júbilo y alborozo alrededor de los camiones, aunque todos saben que marchan hacia el lugubre presidio.

—¡Ese es mi pueblo! —grita ebrio Conch'e Piña y consuela a Juan Otáñez.

Zobeido, en el primer camión, y José Ramón Machado reían a carcajadas de aquella aventura que comenzaba entre lágrimas, himnos de rebeldía y canciones burlescas.

—¡El futuro es nuestro! —gritó Zobeido.

—¡Saca la pata lajá! —le corearon todos.

Y los camiones tomaron el camino del mal llamado Castillo Libertador, como dice Pedro Emilio Coll, Ministro de Fomento, cuando intercede por los presos. El General, acre, le responde:

—Por eso, Don Pedro Emilio, es que usted no me sirve para ministro. Para gobernar en Venezuela se necesita, como hago yo, tener en una mano un rejo y en la otra un saco de morocotas. —Coll intentó argüir pero fue nombrado Ministro en Francia. 175

A los pocos días, por orden de Gómez, los estudiantes retornaron a sus hogares.

—Hijo de rico no va para la cárcel —le respondió Conch'e Piña a Zobeido—. A mí no me preocupó el peo que armaron con el asunto de ustedes. El General Gómez será un tirano, pero pendejo no es. Y mirándola que se le va a meter de frente a los Zuloaga, a los Tovar y a todo ese mantuanaje alzado. El que sí se puede fuñir eres tú, que no tienes quién te respalde, y menos ahora, que tienes al espía de Cristico en contra tuya. Por eso te voy a dar un consejo que fue el mismo que me dio Don Luis Betancourt. Vamos a hacer de este receso guarimba y vamos a sacarte de aquí y más si Cuqueta está en Miami. Y a propósito, chico, ¿qué tal es el americano?

—Es un buen tercio, ya vicjón, pero que adora a mamá como a una reina. Quiere casarse, pero Cristico pide quince mil bolívares para darle el divorcio.

—¡Qué bolas! —explotó Conch'e Piña—. ¿Y la pendeja esa va a pagar esa fortuna? Yo me consigo uno que por cien pesos la deje viuda.

—Deja la habladera de pendejadas, Conch'e Piña —dijo José Ramón Machado, quien acompañado de Luis Alfredo, emergió de pronto tras del coche.

—¡Muchachos del carrizo! —clamó el viejo y los palmoteó con simpatía.

—Zobeido, te andamos buscando. La cosa se ha puesto fea.

—¡Déjense de vainas, muchachos!, ya se lo estaba diciendo a Zobeido, que contra el gobierno nadie gana pelea.

Pero los tres amigos pretextando prisa se alejaron a paso rápido hacia la Plaza Bolívar. Un hombre menudo y nervioso se fue tras ellos y los siguió sin parar hasta que llegaron a la casa del teniente Rafael Antonio Barrios.

115. La segunda historia de Zobeido (1924)

Zobeido, como sospechó Cuqueta desde el momento mismo de su concepción, era hijo del capitán italiano que le hizo ver la muerte en miniatura y huyó sin pagarle al amanecer. Tenía el tipo menudo y ágil, el pelo rizado, y la nariz recta y tallada a pico de los héroes romanos. Serio y solitario, como estaba casi siempre, su expresión era adusta y levemente sombría; pero al reírse le brillaban los ojos negros y concitaba los hados de Cuqueta arrebolando su faz morena por una alegría contagiosa, sardónica y malsana que incomodaba a Cristico y deleitaba a su madre.

—Yo le tengo pavor a Zobeido cuando se ríe —le decía Cristico a Cuqueta el mismo día en que se produjo la ruptura—. Es que parece un mismo diablo; lo que le falta son los cachos y el rabo.

—¿Para qué, papi? —le preguntó Zobeido con voz de falsete y con catorce años—. Tú tienes cachos y un tronco de rabo y no eres el diablo sino la sayona.

La respuesta ocasionó un estallido. Zobeido no sólo se atrevía a echarle en cara a Cristico sus desvarios, sino que verbalizaba las escandalosas relaciones de Cuqueta con Tony, el dueño del Restaurante «Napoli».

Cristico fuera de sí lanzó una bofetada al muchacho, pero erró y cayó de plano sobre la mejilla acarminada de Cuqueta que se transformó en una ametralladora de insolencias. Esa misma tarde le dijo al hijo:

—Recoge tus corotos que Tony nos va a pasar buscando. Nos vamos a vivir con él.

Tony era un italoamericano ligeramente grueso y de edad indefinida, dueño de un restaurante de lujo, que le servía de fachada para negocios más productivos como el juego que florecía más allá de la cocina y el tráfico de heroína que mercadeaba en el bar. Era un hombre cortés y comedido, aunque seco en su trato y terriblemente frío con los desconocidos.

Tony llegó a la casa a la hora convenida, y sereno y silencioso observó el acarreo de valijas. Cuando ya se disponían a partir llegó Crístico con la cara compungida y el rostro arrebatado:

—¿Pero, Cuqueta, cómo me vas a hacer esto? ¿Qué va a decir la gente? Si yo no los molesto para nada. Si quieres, Tony, te la presto por un rato. Pero por Dios no me abandones.

—Tú mismo te lo buscaste —le gritó ella a través de la ventanilla.

El ex cónsul de Venezuela, ya que Gómez lo había destituido, tomó por el brazo a Tony:

—Pídele que se quede, que fue en un arranque que le pegué; dile que nunca más lo volveré a hacer.

El hombre imperturbable miraba a través del parabrisas. Zobeido desde el fondo del auto relampagueaba sus ojos negros.

—Zobeido, no te vayas, mijito. Yo soy tu padre. Este hombre es un gángster y un bandido y Cuqueta no es más que una puta mal agradecida.

La súplica y la acusación simultánea no alcanzaron tiempo para hacer remolinos. Tony sin agitarse lo agarró por el cuello y de un tirón lo estrelló contra el auto. Crístico quedó tendido en la calle, y la pareja, con Zobeido adentro, se alejó veloz.

* * *

Lejos de lo que suponía el doctor Flanagan, un médico a quien consultaron recién llegados a Puerto Rico, Zobeido no era ni inhibido, ni confuso, ni triste, sino agudo, realista y jovial.

Siguiendo los consejos del Padre Franchi, Cuqueta nunca llegó a mentirle, y si en tres oportunidades le dijeron hijo de puta, el insulto no hacía mella, pues Cuqueta se lo enseñó a digerir con amor y buen apetito.

A los diez años le hizo su primera pregunta:

—Mamá ¿qué es una puta?

Cuqueta dejó salir la respuesta que por tantos años molía y aderezaba.

—Una mujer que por dinero vende su cuerpo.

—¿Y cómo hiciste entonces tú? Porque yo te lo veo encima.

Cuando dos años más tarde terminó de comprender, ni le hizo daño ni lo sumió en penosos conflictos con la imagen materna, como pronosticaba enfático el médico que se adentraba en el estudio de los problemas del alma.

—¡Que no, doctor! —le respondía Cuqueta cuando Flanagan atribuía unos mareos sin causa a los complejos que necesariamente tendrían que producir una madre prostituta y un padre homosexual—. Zobeido ni es nervioso, ni tiene problemas escolares, ni se hace pipí en la cama, ni nada de lo que usted me pregunta.

El médico, que creía en la ciencia, se calaba los lentes incrédulo.

—O esta mujer miente como una bellaca o la psicología es una caca.

Pero sí Zobeido no pagó tributo a la neurosis, como quería el doctor Flanagan, sí supo desde muy temprano cuáles eran sus limitaciones y sus posibilidades en la vida. «Ya eso es peor que la angustia y las enfermedades psicósomáticas —exclamó triunfal el médico—, porque perder la esperanza es como perder la razón de la existencia. Eso se acompaña necesariamente de una tristeza vital e inconsciente que tarde o temprano hará sentir su efecto.»

116. *Cuqueta y el recuerdo del Padre Franchi*

Pero Cuqueta escéptica lo dejó partir y se cobijó en el recuerdo del Padre Franchi.

—No se le olvide, señora —decía años atrás el Padre Franchi—, que lo que hace sufrir al hombre es la diferencia. Seis de cada diez venezolanos son nacidos fuera del matrimonio, usted misma tiene ese origen. El ambiente que a usted la rodea actualmente y donde ha crecido Zobeido es el de sus padres. En ese ambiente las normas sexuales son diferentes a lo que a mí —y a usted, iba a decir, pero la historia de la mujer lo obligó a tomar otro camino.

»Ni a usted ni a sus padres perturbó mayormente el hecho de que fuese vendida en una caja de muñecas. Usted era y es bella.

—Gracias por el cumplido, padre —y se volvió coqueta Cuqueta. El cura continuó:

—La belleza, para ricos y pobres, es un valor y los valores se explotan para salir adelante. ¿Cuál era su destino? ¿Casarse con un obrero y parecer una vieja a los veinte años o dejarse poner un hijo por el señorito de la casa donde trabajaba de sirvienta? Fíjese que Dios en su misericordia infinita le señaló, por caminos tortuosos, su redención.

Cuqueta ante los argumentos del cura se alegró una vez más de haber conocido a Don Tello y comenzó a ver con detención los labios carnosos y los dientes blancos y parejos del guapo sacerdote, quien con voz grave y dominical prosiguió:

—Como decía un filósofo alemán, ¡y que me perdone el Señor por citar!o!: «En un comienzo todo era natural, los hombres en la tierra hacían y deshacían las cosas a su gusto; pero llegó el cristianismo y apareció el vicio». El cura humedeció sus labios con la lengua y fue él, esta vez, quien miró a Cuqueta.

»Usted comenzó a ser desdichada cuando su belleza le reveló un mundo donde todo era diferente y pretendió que su hijo fuese a una escuela de niños de sociedad. Pero la desdicha no fue ni definitiva ni improductiva. La conciencia del pecado la llevó a la culpa y la culpa a la virtud. ¿No es así, mi querida amiga?

Pero a Cuqueta ya no le interesaba lo que decía el cura. Se extasiaba en su contemplación, vegetal y golosa.

—¿Será indispensable pecar para llegar al cielo? —preguntó con tono de sermón el cura, pero al caer en cuenta de que eso mismo lo decía Rasputín, giró brusco hacia la ortodoxia ascética—. Este mundo, hija mía, como dice San Juan, es un valle de lágrimas y todos tenemos que llevar nuestra cruz. A usted le ha tocado una que a veces es espinosa y otras ligera. A Zobeido le tocará la suya; pero no creo que sea más pesada que la de los demás. Él nació y creció en un mundo donde su circunstancia no era irregular, ni vituperable; sino lleno de amor y complacencia. Por eso creció fuerte y resistió la adversidad que tarde o temprano trató de clavarle sus dentelladas. Por eso no se sintió ni confuso ni perplejo ante lo que se le revelaba, sino que se enfrentó sin temores ni odios como hubiera reaccionado cualquiera de nosotros si nos viésemos obligados a vivir en el extranjero. Por eso Zobeido no es un niño amargado, ni avergonzado de su madre, ni de sí mismo. Sino prudente y cauteloso como tiene que ser quien no pisa tierra firme. Y generoso y abnegado para con sus amigos como todo el que sabe que los estigmas se borran dando más de lo que se recibe.

Cuqueta emocionada dijo:

—Gracias, Padre, me ha devuelto la tranquilidad —y con los ojos encendidos le dijo—: ¿Me da permiso para darle un beso? —El sacerdote cerró los ojos y ofreció su mejilla, pero Cuqueta agarró su boca con la suya y violenta y voraz le estrujó la lengua.

* * *

Como predijo el cura, Zobeido no se acobardó con el signo de los que nacen rodeados de preguntas; buscó la verdad en los libros y en la palabra de sus maestros. Se interesaba por todo. Escuchaba con atención lo que no entendía, se vengaba de los maestros obvios y daba rienda suelta a su picardía, lo que aunado a su experiencia terminó por dotarle de un lenguaje gracioso, lleno de sentido y penetrante. Tenía el extraño don de dar con el apodo que cristalizaba el tiempo. Muchos años des-

pués de haberse marchado a Puerto Rico, sobrenombres que sembró en la escuela siguieron vivos y penetraron con su recuerdo hasta la Universidad. Por eso «Loro culón», «el Murciélagó» y «El Marqués de Valle Arriba», como bautizó a José Ramón, restallaron jubilosos cuando supieron que Zobeido había regresado a Venezuela.

* * *

Luis Alfredo, uno de sus mejores amigos y a quien llamaba «El Poeta», observó satisfecho que en cinco años Zobeido no sólo no había cambiado, sino que había robustecido su alegría y picardía sin que nunca pudiera sospechar jamás lo que su amigo había sufrido. Tan sólo un hecho le extrañó tanto a él como a José Ramón: cuando Zobeido declinó una y otra vez ir de visita al callejón de las Chayotas, donde había unas francesas rebuenas que cobraban un fuerte:

—A mí no me gustan las putas —les respondió a la tercera invitación.

—¿Se habrá metido a marico? —preguntó angustiado José Ramón—. Ya me imaginaba yo que andando con Cristico iba a terminar ensartado.

—No lo creo —dijo grave Luis Alfredo—, yo no le noto nada. A lo mejor es un adicto a la hermana de la zurda o no embandera.

Una tarde en que los tres amigos habían escanciado media botella de ron se sintieron animados para expresarle hipótesis sobre su castidad. Zobeido, transfigurado y llorando les dijo frío:

—No se dan cuenta, grandísimos carajos, que es como si yo me acostara con mi madre —y salió a la calle dando tumbos.

* * *

Los años pasados con Tony fueron extremadamente duros. Un día le reveló que era su padre, otro que era uno de los jefes de la Maffia y un tercero lo maldijo por haberlo denunciado a la policía.

117. *Cristina Chirinos*

Todavía, en Caracas y a dos años de aquella escena, se le aparece Tony como una pesadilla, fulgurante de odio y batiéndole en el aire aquella denuncia.

—¡Maldito mil veces seas! Esto se paga con la muerte. Pero te salva que lleves mi sangre. Para mi desgracia me olvidé que eres un hijo de puta. Y para que lo sepas de una vez: todos los hombres son traidores y en especial los que guardan la ley y la justicia. Tu declaración me la mandó el propio policía a quien se la enviaste. ¡Tu nunca pudiste sospechar que era uno de mis hombres! —y estalló como un trueno—: ¡Vete, maldito! ¡Que la tierra cuando mueras se niegue a recibirte!

Zobeido al llegar a Venezuela se encontró sin hogar. A pesar de las carantoñas de Crístico, el muchacho ya no pudo soportar a su padrastro y se apartó de él en una tempestad de blasfemias.

Zobeido, por mediación de José Ramón, consiguió un cargo de auxiliar de contabilidad en una de las empresas de los Machado. Estudiaba de día y trabajaba hasta las diez de la noche. Nunca más recibió noticias de Cuqueta, a pesar de que le escribió diez cartas que rezumaban clamores.

Zobeido se enamoró de Cristina desde el primer momento en que la vio en casa de las Tarff. Era pequeña y menuda, suave y cohibida, morena ojinegro y perfilada. El padre de Cristina, cajero de Blohm y Compañía, era un mulato claro de aspecto imponente, a pesar de su atuendo pasado de moda con su cuello de pajarito, chaleco y leontina y sus desmacelados bigotes entrecanos. Vivían en una de las nuevas casas en San Agustín: pequeña, fría y ordenada. En la sala que veía hacia la calle estaban un gran retrato con vidrio manchado de moscas, tras el cual se dibujaba un hombre más oscuro que el dueño.

—Ese es mi padre. El General Pantaleón Chirinos, lugarteniente de León Colina.

El viejo Chirinos y su esposa, una mujer gorda de aspecto bonda-

doso y de un blanco desvaído, presidían la visita de los dos amigos. Hablaba cuidadosamente, con miedo, vocalizando con precisión y utilizando palabras graves, rebuscadas y altisonantes.

—¿Señores, les puedo obsequiar un brandicito?

Al llamado acudió otra de las hermanas de Cristina con una bandeja de latón obsequio de la Cervecería Caracas y tres vasitos de vidrio baratos y mal cortados.

—¡Salud, señores! —dijo el viejo y de un solo trago bebió el contenido. Hubo una larga pausa entre los hombres hasta que el viejo dirigiéndose a Zobeido le preguntó tras gran esfuerzo:

—¿Y cómo me dijo que se llamaba su papá?

—No, Don, no le he dicho nada —y después de un estudiado silencio añadió:

»Creo que es un italiano que vive en Puerto Rico.

El hombre se puso hosco y de un trago ingirió el contenido:

—¿Cómo es eso de que usted cree que es un italiano? ¿Es que acaso no sabe quién es su padre?

Zobeido, decidido a no hacer concesiones, dejó caer:

—Es que yo soy hijo natural y mi madre es una mujer muy conocida llamada Cuqueta.

El hombre que en ese momento tomaba su tercer trago se atragantó y tosió por un buen rato con los ojos llenos de lágrimas.

—Con permiso, señores. ¡Ven, Rita! —y acompañado de su mujer salió de la sala.

Al instante regresó la mujer con su vestido manchado y una sonrisa bondadosa:

—Cristina, dice tu papá que despidas a tus amigos porque ya van a ser las seis y tenemos que ir a la adoración del Santísimo.

Cuando salieron a la calle, José Ramón dijo con voz conmovida:

—¡Se ponchó, compañero! ¿Qué necesidad tenías tú de salir a hablar pendejadas y de escandalizar al pobre viejo?

—Para que lo averigüe más tarde es preferible que lo sepa ahora y para estar colgando mejor es caer —y pasó revista a sus tres fracasos anteriores.

»Ahora termino de comprender —le dijo a su amigo con voz tenebrosa— por qué los hijos de puta somos tan hijos de puta. A los hijos de puta ni la tierra los quiere. —Y se le apareció una vez más Tony con su denuncia en la mano.

Llegando a la pensión de Zobeido el muchacho soltó un sollozo y para pasmo de José Ramón clamó como un loco:

*¡Maldito, maldito sea
quien da curso al pensamiento
y caminos de luz a la idea!*

Y de un salto desapareció por el zaguán.

Cuando José Ramón les contó a su madre y a su abuela la escena, Doña Josefina enjugó una lágrima y Rosarito también.

118. *Los conspiradores*

(1928)

José Ramón Machado había heredado el físico y temperamento enérgico de Rosarito. Era regordete, fornido y moreno y con una nariz que se le ensanchaba de arriba a abajo como una corneta bajo la cual se dibujan unos labios gruesos y amoratados que eran la desesperación de su abuela Doña Josefina:

—¡Hasta cuándo nos seguirá espantando el mulato Machado! —le decía consternada a Dominguita—. Menos mal que Luis Alfredo salió buen mozo; con sus ojotes azules. Parece un mismo príncipe.

—Pero también tiene las facciones toscas y es muy moreno —señaló la madre.

—Cuándo vas a comparar tú —exclamó Doña Josefina indicando— el trigueño claro de Luis Alfredo, «moreno de verde luna», como dice este poeta Lorca, con el arrosquetado de José Ramón. Luis Alfredo es el tipo moreno andaluz, en cambio José Ramón es moreno mulato que si no fuera que anda todo el día como un figurín cualquiera lo tomaría

por un obrero; en cambio Luis Alfredo de overoles no puede negar la clase.

Los dos primos dialogaban con Gonzalo.

—Este gobierno es la vergüenza de América —le decía José Ramón a su padre cuando éste le recriminaba su oposición al régimen.

—Yo comprendo —le decía el Ministro en actitud apaciguadora— que por solidaridad con tus compañeros te metas en ese bochunche. Me hubiera parecido vergonzoso que no lo hubieras hecho, y así se lo participé al mismo General Gómez.

—¿Al Bagre? —preguntó José Ramón.

—Cállate, niño, y no digas tonterías —le respondió molesto Gonzalo—. Mira que las cosas están a punto de melcocha y la próxima vez no voy a poder meter la mano.

—Pero papá, si tú vieras el estado de los presos, la crueldad de los carceleros.

—Es la misma situación de siempre y las cárceles son iguales a las de España y toda Latinoamérica. Gómez no ha inaugurado el sistema, ni con él comienza el abuso del poder. Mi abuelo, el General Andrés Machado, no era muy considerado que digamos y mi padre sirvió de soporte a todos los gobiernos. De modo que déjate de cuentos trasnochados y pon los pies sobre la tierra, porque un grupo de estudiantes pendejos, como son ustedes, y cuatro caudillos macilentos no van a componer este país.

—Pero tío, ¿y los ideales? —ripostó Luis Alfredo.

—¡Qué ideales del carajo! —respondió disgustado Gonzalo Machado—. La justicia jamás existirá en el mundo. Siempre habrá vivos arriba y pendejos abajo. Procura tú estar siempre arriba y olvídate de los demás porque Venezuela es un país que, como dicen los toreros, «no da ni quita cartel».

—Tío, yo creo que tú exageras. El mundo ha cambiado. En Rusia ha sido derrocada una dinastía. Otros horizontes se abren.

Gonzalo Machado abrió los ojos ante lo que afirmaba su sobrino. Como que tenía razón Padre Manuel Arcaya cuando decía que todo aquello era comunista.

El muchacho prosiguió:

—Rusia tenía la misma estructura feudal de Venezuela. Los siervos de la gleba en nada se diferenciaban de los campesinos venezolanos.

—Pero tenían una burguesía de larga tradición y tres Premios Nobel, so pendejo.

Luis Alfredo no se arredró:

—Yo no soy nadie para discutir contigo, porque a cada momento me sacas argumentos de debajo de la manga, pero sí quisiera que conocieras a un compañero de nosotros que es una verga.

—Mire, carajito —le respondió Gonzalo—, si a mi edad cualquier pendejo es capaz de variar mis creencias es que necesariamente soy un bolsa y me imagino que tú no lo creerás. ¿No te parece?

Don Feliciano Palacios y Sojo, que desde su retrato escuchaba, sonrió dubitativo, y el Pez que escupe el agua dejó salir su pito agorero.



La casa de Gonzalo Machado se convirtió en el centro de reunión de ocho o diez estudiantes, todos universitarios alrededor de los veinte años. A las cinco de la tarde, y en pequeños grupos de tres, hacían su entrada en la mansión de los Machado y se ponían a conversar en el corral, donde José Ramón había instalado un taller mecánico.

Un día Gonzalo quiso conocer por sí mismo los sospechosos estudiantes que frecuentaban su casa. Se sentó en el corredor de adelante simulando leer el periódico. A las siete de la noche salió el primer grupo. José Ramón, sorprendido de la presencia de su padre, hizo las presentaciones:

—Mira papá, unos amigos: Miguel Otero, Fidel Rotondaro y el poeta Antonio Arráiz.

Gonzalo Machado los observó con cautela y los dejó marchar.

A los cinco minutos salió otro grupo: Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba y Joaquín Gabaldón Márquez.

Gonzalo Machado no pudo menos que sonreír al encontrarse con los tres amigos que fueron encarcelados en el Cuño y que promovieron toda la revuelta estudiantil.

—¿Conque ustedes son los protomártires del Cuño?

A lo que le respondió Berancourt, un joven moreno de anteojos:

—Y lo tendremos siempre por una de nuestras mayores honras.

El Pez que escupe el agua dejó salir de nuevo su pito protestatario y luego comenzó a sisear desenfrenado. Gonzalo, indignado por la oposición desenvuelta del joven, volvió a la carga:

—¿Y ustedes creen que con discursitos y reinas de carnaval van a tumbar gobiernos? No jile, qué pelados están.

—Eso mismo creía el zar y fíjese —respondió un mozo de mirada brillante, llamado Jovito Villaiba.

—Ah, mijito, ustedes están más trasnochados que el caraj, si siguen así no van a terminar en el Castillo de Puerto Cabello, sino en el Manicomio.

—Los que han hecho historia —apuntó el joven Gabaldón—, siempre han oscilado entre el manicomio y la cárcel. Los hombres sensatos —y casi estuvo a punto de decirle «como usted»—, nunca van más allá de su casa, no hacen historia sino que viven de ella.

José Ramón Machado se sintió con valor para decirle al padre, redondeando el pensamiento de Gabaldón:

—Como ese viejo amigo tuyo, historiador y banquero, que ahora se ha dedicado a inventar grilletes para los que luchan por la libertad. Esos son los hombres que en Venezuela prosperan y a sus ricos herederos cubren de gloria. Verás tú como ese señor, dentro de cincuenta años, será de los intocables de este país. Y ¡ay de quien le eche en cara que los universitarios de su época fueron torturados con su mente de carcelero! Por eso los vagabundos en Venezuela proceden impunemente. Saben que siempre y cuando les dejen bastante dinero a sus hijos y a sus nietos para que defiendan su memoria, saldrán ilesos y embellecidos por la historia. En cambio a los pobres diablos, sin fortuna, como Pío Gil se les tendrá por amargados o locos, porque el dinero de los indignos alcanzará por cien años para tapanles la boca.

El recuerdo de Juan Corrales y sus afanes libertarios le acudió brusco y melancólico a Gonzalo.

—En cierta forma tienes razón, hijo —apuntó el Ministro—, en Venezuela hubo una vez un gran hombre llamado Juan Corrales. ¿Saben ustedes por casualidad, quién fue Juan Corrales.

—¿Juan Corrales?, ¿Juan Corrales? —se preguntó con extrañeza José Ramón, rechazando de antemano los héroes paternos—. Jamás en mi vida lo he oído nombrar, ¿y ustedes? —le preguntó a sus compañeros incitándolos al mohín despectivo. Todos pusieron expresión indiferente y negaron con negligencia.

—¿Se fijan? —exclamó Gonzalo—, nadie sabe hoy día quién fue Juan Corrales, un gran hombre, pero un gran pendejo que sacrificó su vida y su familia por unos sueños locos. Si del otro lado se ve para acá, el mayor castigo que se le puede hacer al pobre Juan Corrales es que ustedes jóvenes y ardorosos revolucionarios no sepan quién fue él.

—La culpa es del país y de su escala de valores —respondió Luis Alfredo—. Aquí lo único que vale es el poder, y los virtuosos sin fortuna son lapidados.

Gonzalo Machado observó satisfecho el razonamiento de su sobrino.

—Entonces, cabeza de tapara, si tú conoces perfectamente lo que es Venezuela y cuáles son las leyes del éxito, ¿para qué carajo te vas a meter a redentor?

—Porque es su deber, doctor —apuntó con voz tímida Isaac Pardo, un joven flaco y huesudo a quien Zobeido apodó el Murciélagu—. Si los Padres de la Patria no hubiesen pensado en las generaciones venideras no habríamos sacudido nunca el yugo de España.

—Los libertadores jamás pensaron en el futuro sino en su propio provecho —ripostó, irónico, Gonzalo.

179 —Eso es lo que dice el Catire Irazábal —dijo Jóvito.

—¿Pero es que entonces no hay ideales? —preguntó Betancourt.

—Pues al parecer no, sino motivaciones y apetitos —anotó Villalba.

—Usted es comunista, jovencito, no me lo niegue —apuntó triunfal Gonzalo—, eso es materialismo dialéctico puro.

El joven margariteño, que repetía frases oídas a los presos viejos en Puerto Cabello, no supo qué decir.

Gonzalo volvió a la carga:

—Pero si a mí no me importa que ustedes sean comunistas, si es que el comunismo va a ganar. Lo que interesa es estar arriba. A mí lo que me preocupa es que los utilicen, tanto a ustedes como a mi hijo, unos aventureros desalmados.

Don Feliciano, desde su retrato, hizo una mueca como diciendo: ¡Eso!

—Mi padre, el General José Rafael Gabaldón, no es un aventurero —protestó Joaquín.

El nombre del caudillo portugués le hizo dar un respingo a Gonzalo. No era ninguna tontería que estuviese en contacto con estos estudiantes tan ardorosamente adoctrinados. Su alarma aumentó cuando vio aparecer al fondo del corredor a otro grupo precedido por Juan José Palacios, estudiante de derecho y de larga ejecutoria revolucionaria. Por eso tomó la decisión de averiguar por su cuenta, antes de que lo hicieran Velasco y Pedro García, lo que hablaban José Ramón y sus amigos en el patio de atrás.

180

119. El imperialismo yanqui *(1928)*

Dentro del taller de José Ramón había un pequeño desván donde guardaban trastos viejos. Gonzalo, desde las tres de la tarde, y en connivencia con el jardinero, se encerró en el cuartucho y se hizo poner un candado.

A las cuatro en punto y con intervalos de cinco minutos, comenzaron a llegar los conspiradores. Gonzalo, echado en un diván, sonreía ante aquel ceremonial de carbonarios.

El joven Betancourt dijo:

—Bueno, muchachos, dentro de unos minutos estará con nosotros el teniente Barrios.

Al oír el nombre del militar, un calofrío sacudió a Gonzalo. «Esto —pensó— va más allá de una algazara de muchachos.»

—Yo, antes de que venga el teniente Barrios —observó Zobeido—, quiero sentar mi protesta sobre nuestra asociación con los militares. Militar es militar y no entiende nada de juego dialéctico. El verdadero ejército es el pueblo en armas.

—Sin militares no se va a ninguna parte —sentenció molesto Betancourt—. Conspirador que piense tomar el poder sin contar con el ejército, está guindado.

—Los militares han sido, son y serán la desgracia de Latinoamérica —respondió Zobeido—. Su formación mental está hecha para la obediencia automática al superior y para exigírsela al subalterno. No pueden entender ni entenderán el juego democrático. No se engañen, muchachos. Estamos como el cachicamo trabajando pa' lapa.

181 —Yo creo que tú exageras —dijo apaciguador Raúl Leoni.

Zobeido se puso en pie y escribió en el pizarrón la palabra JODEN.

—¿Saben lo que significa? Juventud Oficial del Ejército Nacional. Betancourt protestó enérgico:

—Bueno, vamos a ver si dejan la mamadera de gallo, que la vaina es en serio.

José Tomás Jiménez Arráis, que hacía de vigilante, advirtió al grupo:

—Ahí viene.

Los pasos de dos hombres se dejaron sentir. José Ramón, seguido de un hombrecillo pequeño vestido de campesino, hizo su entrada donde los esperaban ansiosos los doce estudiantes.

—Buenas —saludó el hombre entre campechano y condescendiente.

Gonzalo aguzó el oído y se quedó viendo un retrato de su abuelo, el General Machado, que a través del vidrio sucio de moscas y la expresión amarga, parecía reprenderlo.

—Yo soy el teniente Rafael Antonio Barrios y les traigo un saludo

del capitán Rafael Alvarado, coordinador del grupo cívico-militar. Esto mis amigos no es una simple revolución donde a la voz de un caudillo se alzan las montoneras para tumbar al déspota de turno. Esto no es un quitate tú para ponerme yo. En base a eso Venezuela ha permanecido indiferente a la dictadura de Gómez. Total, ¿qué ganaba el país con cambiar a Gómez por Baptista, Alcántara o Delgado Chalbaud? Pero ya la era de los caudillos terminó. Ahora se trata de la reacción de un pueblo que ha madurado contra un sistema caduco que ya no soporta. Por eso es que triunfaremos.

Por un largo rato, Barrios explicó el plan estratégico. Él mismo se alzaría con la guardia de Miraflores, marcharían sobre el cuartel San Carlos donde les abriría la puerta el capitán Agustín Fernández y luego armarían al pueblo:

—Hay cinco mil fusiles y seis millones de balas. Ustedes, los estudiantes, estarán situados en las inmediaciones del cuartel.

Gonzalo Machado se sobresaltó y se incorporó del forzoso lecho. Las cosas eran mucho más graves de lo que jamás hubiera podido imaginarse.

El militar continuó:

—Con el pueblo armado, el juego está listo.

Rómulo Betancourt preguntó:

—¿Y los cadetes de la Academia Militar están con nosotros?

—Todos sin excepción —se le sintió la voz complacida al teniente.

—¿Todos? —preguntó incrédulo Miguel Otero—, pero si el General Eleazar López Contreras tiene un hijo en la Academia. 182

—Él es el primero, lo mismo que el vicjo.

La respuesta del oficial sorprendió a los conspiradores menos a Joaquín Gabaldón, que sabía de los tratos del General López con su padre.

Gonzalo Machado súbitamente sintió un dolor agudo en el pecho. Fue en el momento en que atinó a comprender lo que le preguntó el Ministro de los Estados Unidos, días antes, sobre la conveniencia de que el General Juan Vicente Gómez le transfiriera el mandato a su hijo Vicentico, ya que su gobierno exigía un cambio de estilo y de persona y más de persona que de estilo.

La mención de que el General López Contreras, Jefe de la Guarnición de Caracas, estuviese metido en aquello era verdaderamente increíble.

Gonzalo Machado sintió que la opresión en el pecho aumentaba. Un sudor frío lo empapó de cabeza a pies. La cabeza comenzó a darle vueltas. Se acostó largo a largo en el diván. Betancourt hablaba en forma enérgica. Barrios le respondía con voz suave.

—Pero, ¿quién es el jefe? —exigía el joven compañero de su hijo.

—Ya va, muchachos, en su momento justo lo sabrán.

—¿Es acaso el General López Contreras?

—No, valezón —le respondió Barrios a Gabaldón.

—Es alguien mucho más importante que el General López, que como dije, está de nuestro lado.

—Yo en ese viejo zamarro no confío. Engañó a mi padre —protestó un mozo de acento andino.

183 —Yo oí decir —señalaba Rodolfo Quintero— que tras de todo están las petroleras inglesas y holandesas que no están contentas con Gómez porque las está perjudicando con su apoyo a las compañías norteamericanas. —Pero el grupo, atento a los inmediatos planes bélicos, no le dio mayor importancia a las palabras del maracucho.

Gonzalo Machado sintió gravitar la muerte. Cuando abrió los ojos la vio a ELLA, de espaldas, cubriendo el retrato de su abuelo sucio de moscas.

Los estudiantes opinan, gritan, patean. Su hijo José Ramón exige:

—Quiero que se acuerden de mi padre, ¿oyeron?

—Despreocúpate, chico —responde Zobeido—. La revolución no puede prescindir de hombres como el doctor Machado.

Gonzalo continúa sudando su agonía. Sabe que va a morir. Los estudiantes se van. Una voz dice que la sesión ha terminado y que el golpe es para mañana 7 de abril. Gonzalo quiere hablar, llamar a su hijo, pero no puede. La mujer del manto comienza a darse vuelta lentamente. Ya le va a ver la cara. Cuando la mujer se ha dado vuelta totalmente, tan sólo oye la voz del joven Betancourt hablando del imperialismo yanqui.

120. *México*

(1929)

Zobeido y Betancourt se separaron en Curazao. Zobeido partió hacia México, donde se consolidaba la revolución. Betancourt prefirió quedarse en la isla desértica, atalaya tradicional de los enemigos del gobierno. México deslumbró a Zobeido:

—Cómo se ve que esto fue virreinato y nosotros capitania. Mírame esta Catedral, mírame esta plaza mayor. ¡Qué palacios! ¡Qué avenidas! Los ricos de Venezuela son unos lambucios al lado de los mexicanos. ¡Yo no sabía que éramos tan pobres!

Gobernaba Obregón y se finiquitaba el asunto de los cristeros. Era un hombre alto, gordo, inteligente y cordial, que dio a los venezolanos en exilio todo el apoyo indispensable. Lo que más admiraba Zobeido en el Presidente mexicano fue su habilidad para liquidar el ejército, y vibró de entusiasmo cuando oyó por su boca su frase predilecta:

—El verdadero ejército es el pueblo en armas.

En Ciudad de México, Zobeido conoció a Gustavo Machado. Tenía 30 años, sonrisa fácil e inteligencia aguda. Fue hecho prisionero a los quince años. Estuvo en Rusia, y en Cuba organizó insurrecciones contra el dictador Machado. Gustavo presentó a Zobeido al doctor Carlos León, el antiguo gobernador de Caracas; también se había hecho socialista. Vallenilla Lanz, desde Caracas, escribía que el doctor León confundía socialismo con sociología. Era un hombre ya viejo de ideas etéreas pero obsesionado por sus deseos de derrocar la dictadura.

Una tarde en el Zócalo, Gustavo le presentó a Zobeido a Justo Ceballos. A los cuarenta y tres años tenía la apariencia indefinida de los profetas armados; parecía gordo, pero era todo músculo y robustez; su expresión hosca y su palabra fustigante causaron mala impresión en el muchacho y lo rechazó en principio.

Pero luego descubrió que Justo no era más que pura fachada y que sus afirmaciones enfáticas y polémicas eran más bien expresión de un afán de develar la hostilidad que presentía, que reflejo de una convicción distinta. Luego de una acre discusión, Zobeido le preguntó a Gustavo:

—¿Pero tú estás seguro de que Justo es comunista? Todo lo que dice me parece a mí el breviario fascista.

Gustavo sonrió comprensivo:

—No le hagas caso. Justo es un buen tercio que le gusta discutir por discutir. Haz la prueba; defiende a los fascistas para que tú veas como te embiste.

—Pero un hombre así, es muy peligroso.

El otro hizo un gesto apaciguador.

—Los hombres como Justo jamás traicionan. El peligro es cuando se llega al poder, porque son semilla de disidencias, pero muy pocos los siguen. Finalmente quedan íngrimos y solos como Trotzki, y nadie se acuerda de su paso. Ten presente que todo jefe es expresión de la voluntad de su grupo y los arranques temperamentales de Justo no ofrecen ningún peligro al partido unido y compacto por una sólida ideología. Olvídate de lo que dice, que es un excelente sujeto y un bravo luchador.

Justo, Gustavo y Zobeido viven en una misma pensión. Un día Gustavo sorprende a sus compañeros con la noticia:

—Delgado Chalbaud está organizando en Francia una revolución para invadir a Venezuela. Aquello es un arroz con mango: de un lado revolucionarios honestos como Rafael Vegas, Armando Zuloaga Blanco y Juan Colmenares y José Rafael Pocaterra y del otro militares y bandidos como Ramón Tello Mendoza. De eso no puede salir nada bueno. Delgado Chalbaud en nada se diferencia de Gómez. Yo estuve preso con él y aunque ahora se ha disfrazado de apóstol y ha convencido a un gentío nunca fue santo de mi devoción. La gente se olvida que en tiempos de Castro lo llamaban el Pirata de Oriente y que su ira desmanteló toda la costa de Paría y Cumaná. En los palos de sus buques se columpiaban racimos de ahorcados. Con eso les digo todo.

—Eso mismo me pasó a mí con Arévalo Cedeño —observó Justo—.

Después de hablar tanto sobre libertad, derechos humanos y decencia, su justicia era tan vesánica como la de cualquier esbirro de Gómez y en Río Negro después de fusilar a Funes se encueró con su mujer. A muchos nos dio tanta repugnancia que allí mismo lo abandonamos.

—Ese es el problema de Venezuela y de sus caudillos —señaló Gustavo—. Nada puede esperarse de ellos porque son tan tigres los unos como los otros. Para ellos revolución es cambiar a un tirano por otro. La verdadera revolución debe venir de nosotros y que las armas las empuñe el pueblo. De lo contrario todo estará condenado al fracaso.

Una noche de lluvia los tres amigos conversan y hacen remembranzas de la Caracas picaresca y de sus burdeles.

—¿Te acuerdas de la Mona Liliana? —pregunta Justo a Gustavo—. Eso sí que era una hembra.

—Cómo no me voy a acordar. Si tú mismo me la presentaste en casa de Cuqueta —responde Gustavo.

—Buena hembra que era Cuqueta —observa Justo—. Tú sabes que yo estuve encuerado con ella por mucho tiempo. ¿Qué habrá sido de su vida?

—Vive en Miami —respondió Zobeido.

Los dos hombres expresaron incredulidad.

—Qué vas a saber tú de eso, muchacho del carrizo —señaló—, si tú ni siquiera habías nacido.

—Tenía un año cuando tú te fuiste. Yo soy el hijo de Cuqueta.

—¡Coño! —exclamó Justo y huyó de la habitación.

121. *Chapultepec*

(1929)

Los tres revolucionarios reman en el lago de Chapultepec.

—Hay que mantenerse en línea —ha dicho Gustavo— las tortillas mexicanas y los frijoles engordan.

Justo Ceballos mira con desgano hacia el Castillo. Zobeido hace rato que diserta sobre la revolución:

—México es la Rusia del Nuevo Mundo. La semilla soviética ha prendido en esta tierra. Rusia es el país que más se parece a España y a Hispanoamérica. Al fin y al cabo España y Rusia son las dos puntas de lanza de Oriente contra Occidente. Son pueblos patéticos que besan la tierra. Por eso la literatura rusa la sentimos y entendemos como si fuera nuestra.

—Yo no creo en esa vaina —observó Justo malhumorado—. Venezuela es una cosa y Rusia otra. Y si algo grande tiene la revolución mexicana es su carácter nacionalista, su arraigo a su realidad telúrica, sin tanta imitadera a costumbres extrañas. Esa importación de ideas ha sido la fuente de todos nuestros males. Comenzando por la República y el Parlamento. Quien tenía razón era San Martín y no Bolívar cuando preconizaba para nuestros pueblos monarquía y no república. La monarquía preservaba la legitimidad; la alternabilidad republicana concita la aventura. Por eso pasamos de la anarquía a las presidencias vitalicias como la de Juan Vicente Gómez.

Zobeido y Gustavo se cruzan miradas de inteligencia y se ríen.

—Rusia es tan imperialista como los Estados Unidos o Inglaterra. Y yo no creo que por ser comunista va a ser diferente. Las naciones son como los hombres, y no puede haber amistad entre el poderoso y el bolsa. Nosotros debemos hacer nuestra propia revolución y dejar de estar pensando en pendejadas.

—Vamos a apurarnos —observa Gustavo con señales de impaciencia—. Vamos a llegar tarde a la reunión. —Los remos se mueven de prisa. Alcanzan la orilla y se van por Reforma en busca de la Calle Bolívar. Un gran cartelón cruza la calle: «Viva la Liga Antiimperialista». En una gran casona se aglomera la gente. Un hombre grueso y moreno llamado Don Chema les sale al paso:

—Bienvenidos, camaradas. Los estamos esperando, vengan por aquí. —En un presidium de catorce sillas se sientan Gustavo, Justo y Zobeido. El salón está atestado de rostros cobrizos y de narices anchas. Don Chema abre la sesión. Es solemne y grandilocuente su discurso.

«En eso nos diferenciamos —piensa Justo— los venezolanos de los mexicanos. El venezolano, salvo los andinos que no son venezolanos, detesta la formalidad y el empingorotamiento.»

Don Chema continuó su perorata.

Los rostros oscuros lo miran embobados. Lo sucede otro orador blanco, rubio de tipo español. Su lenguaje es vehemente y su boca escupe maldiciones contra los enemigos del pueblo y de la revolución. Los rostros adormilados se encienden y aplauden entusiastas. El hombre continúa hablando por más de una hora. Justo se distrae con los retratos de Lenin, Zapata y Stalin al fondo del salón. El parecido de Stalin con Gómez es impresionante. «Stalin es hijo de Juan Vicente Gómez y de una bailarina rusa que pasó con un circo por Cúcuta» —dice la voz ausente de Juan Otáñez. «El flux que usa es igualito a nuestro liqui-lique». El hombre, finalmente calla y baja del estrado entre nutridos aplausos. Otro orador sube, es un hombre gordo y moreno, compañero de Zapata. Habla con llaneza y deja salir picardías que saca carcajadas al auditorio.

Zobeido piensa: «A nuestros pueblos, para que nos entiendan, tenemos que hablarle como hace este hombre. El gobernante de Latinoamérica, como decía Martí, debe hablar y pensar en indio. Nuestros pueblos son pueblos ganados por la gana y no por la razón. Tenemos que hablarles en criollo y no con la fría razón germánica. En eso Justo tiene razón».

Al hombre de Zapata lo sustituye un joven moreno, de barbas de chivo y anteojos de licenciado. Su exposición es fría, razonada y elegante.

Los rostros cobrizos se encapotan de nuevo. Zobeido los observa. Son rostros brutales y mal tallados como los hombres de mi tierra. Los ojos no revelan presencia sino un oscuro tedio que espantan a veces con destellos de ira o de burla hacia quien habla.

«¿Se podrá hacer un país y una revolución con esa gente? La razón no interesa. Sólo el insulto procaz y el chiste burdo los sacude de su ensimismamiento.»

En un rincón diferentes y atentos se apiña un grupo de gente

blanca y de ojos azules. Son franceses, españoles, rusos. Su expresión es receptiva e inteligente. Mal me sea pensarlo pero el loco Hitler como que tiene razón cuando habla de las razas superiores y de las razas venidas.

Justo Ceballos cavila sobre el mismo tema:

«Nuestros pueblos, viéndolos con ojos extraños, parecen brutos y feos. Alfonso y Don Chema son más inteligentes que cualquiera de esos musiús, pero no lo parecen porque los filósofos y escritores que estamos acostumbrados a admirar no tienen caras de indios ni esos bigotazos sin peinar. A mí, por el negro que se me vino entre las patas, me cuesta triple esfuerzo para que crean que sirvo para algo. Tenemos que acabar con eso. Tenemos que cambiar esa publicidad donde las catiras le hacen propaganda a las cervezas. ¿Cómo se sienten nuestras zambas y mulatas cuando se ven en el espejo y se comparan con ellas? ¿Por qué las narices tienen que ser rectas, delgadas y estrechas? ¿Por qué la inteligencia debe tener rostro volteriano? Nuestros pueblos no son inferiores sino que los miden con medios no adecuados. Así como el litro no sirve para el maíz, ni el kilo para el aguardiente, nuestras medidas de belleza, inteligencia y bondad tenemos que hacerlas diferentes, porque mientras esto siga, seguiremos saliendo maltratados.»

Por espacio de cinco horas bajaron y subieron los oradores. Cuando concluyó el acto, la mitad de los asistentes permanecían en sus asientos. Estaban profundamente dormidos.

Esa noche, ya muy tarde, Gustavo Machado llegó a la pensión y despertó a Justo y a Zobeido:

—Les traigo una gran noticia, nos vamos a jugar la gran parada. Vamos a invadir a Venezuela por nuestra cuenta; que Delgado Chalbaud y sus generales lo hagan por su lado. La situación está madura. El país está harto del gomezalato. Con trescientos hombres bien apertrechados tumbamos al gobierno e implantamos la revolución.

Hizo una pausa y le dijo con voz grave a sus amigos:

—Todo empieza por Curazao. —Y Justo y Zobeido recordaron la isla holandesa que flotaba frente a Venezuela y a quien Juan Vicente transformó de desolado peñón que era en bullente ciudad internacional.

Las refinerías que deberían estar en Venezuela saltaron por miedo de Gómez a Curazao.

122. *Curazao* (1929)

Curazao es Venezuela con bandera holandesa. Curazao es Holanda con margariteños mestizos y negros corianos que a punto de sudor la enriquecen. Curazao es un peñón salpicado de casitas de Amsterdam con techos para dos aguas rodeadas de arenas y cardonales. Curazao se yergue sobre dos peñones que separa un brazo de mar tan estrecho que parece el gran canal que cruza la ciudad batava. Un puente de barcas une los dos islotes sin rulipanes. De un lado está Willemstad con sus casinos multicolores y sus barracas de hambre. En la Otra Banda, está la Fortaleza y el Gobernador con sus soldados rubios con sombreros de corcho y pantaloncitos de niño explorador.

Resuena el pito largo que anuncia el cierre próximo del puente. La gente apresura el paso de la Ciudad a la Fortaleza y de la Fortaleza a la Ciudad. El puente de barcas se abre. Un buque tanque petrolero se desliza por el canal. La gente se aglomera a verlo pasar. Negras con pañuelos multicolores lo saludan en papiamento. Soldadotes de corcho murmuran en flamenco y los Capriles y los Senior bendicen en ladino. Los hombres cobrizos lo miran pasar y se acuerdan de que el petróleo es venezolano, de que el agua que beben en Curazao es venezolana, de que ellos mismos son venezolanos; pero que la bandera sigue siendo holandesa, que la fortaleza es holandesa y que el orden y la refinería son holandesas.

La noche cae. Avanza y empuja la gente hacia sus casas. Tras las alambradas de la Refinería los hombres reloj se pasean perezosamente con sus winchester. Ya se han acostumbrado a no tener los ojos abiertos. Nunca sucede nada en Curazao.

Curazao en comparación con Venezuela es tierra de Libertad; de

obreros míseros que ganan buena plata, de judíos sefardíes; y de revolucionarios venezolanos que se enmohecen en las pensiones hablando de la invasión que nunca llega.

Un joven moreno de anteojos de carey llega a la pensión de Doña Altamira de Parra, vieja mochera y católica.

Son las dos de la mañana y el joven moreno de anteojos de carey se deja caer vestido en la cama. Es contador y no le cuadra el balance. «Yo quería ser como Sacha Yagulev y reivindicar a los hombres de mi tierra, a mis mujics con sombreros de palma. Pero como en Rusia, los campesinos venezolanos tampoco hacían caso. No somos comunistas sino jacobinos. Comunistas son Miguel Otero, Zobeido y Gustavo Machado. El viejo me dio diez morocotas. Me llevó hasta el Puerto. Sin anteojos y con barbas parecía un mendigo. El "Maracaibo" salía hacia Curazao. Subimos de visita al barco. El viejo me dio un abrazo de despedida y se me enfrió el guarapo. Me escondí en el baño. Sonó otro pito y el "Maracaibo" comenzó a moverse. Nunca había navegado. Salí al entrepuente. Creía que estábamos en alta mar. Pero Puerto Cabello y su Castillo seguían enfrente "¡Polizón!", me gritó el oficial. "Yo tengo con qué pagar mi pasaje, tome una morocota. ¡Huyo de Gómez!" "¡Vuelve al baño y quédate ahí hasta que te avise!" 7 de abril. Esa madrugada soy Sacha Yagulev. El viejo duerme. Busco su revólver en el escaparate. Se ve triste en su cama. Mamá murió en el 26. Las cosas de hombre entre hombres y como hombre se arreglan. ¿Qué te pasa? ¿Qué buscas? El revólver. ¿Tienes un lance personal? No, es la revolución. Cumple con tu deber y cuida la vida. En la esquina del Cuño nos hicieron presos. Grillos de noventa libras. Grillos lecnuceros. ¡Pesán como la culpa de quien los hizo! En Guatire había un Jefe Civil más malo que Guardajumos. Juan Francisco Pacheco le levantó una poblada. ¡Juan Francisco! —le gritó el viejo: "Cayapas no". "Guarenero cayapero". Los guareneros nos despreciaban a los guatireños. Nosotros íbamos a sus fiestas, ellos no venían a las nuestras. ¡Guatire! Ríos llenos de bagres. El Calvario. Luis Felipe Rojas. Volaban los papagayos. Se vendían mapueyes morados el día de Nazareno. ¡Mama-pepepa! la abuela de mamá tenía más de cien años y vio pasar a Bolívar

camino de Oriente. Los mantuanos enterraban sus reales. En Santa Rosa y en el Rodeo encontraron en el año 14 un tesoro de onzas de oro. Onzas de oro y espantos. Maipa era mi espaldero. Salíamos a pasear en burro. Cazaba zorros con machete de noche y en los cañaverales. Maipa decía que la cueva grande que hay en el camino de Guarenas, lleno de velas, antes era la puerta del infierno. Un diablo se asomaba en la noche y le preguntaba a los viajeros: dime una cosa ¿las mujeres todavía paren? Y cuando se le decía que sí, exhalaba un quejido triste: "¡Ay, pero qué vaina!"

»En 1929 se alzó Norberto Borges. Mataron al Jefe Civil y lo quemaron en la plaza.

»Fiesta de San Pedro:

*San Pedro como era calvo
lo picaban los mosquitos;
y su madre le decía:
ponte el gorro Periquito.*

»En Guatire no había puente. Cuando el río crecía se amontonaban los carros y no había nada que hacer. Yo era el ayudante del doctor Ramón Rodríguez. El médico cobraba dos bolívares y daba de ñapa los remedios. Gripe española y aceite tártao. A mí me dio y quedé inmune por eso. Yo era el ayudante del doctor Rodríguez. Andábamos en quitrín. Nunca había visto cómo vivían los pobres. Yo soy Sacha Yagulev, pero los mujics no quieren despertar. El Zar Juan Vicente, el padrecito, les arroja con sus bigotes y sus mantas de machetes linieros. Sancocho de corroncho de río. ¡Quién se comiera una arepa! Las Huellas de la Pezuña es un buen título para un gran libro. El asma se me curó con una infusión de Pepa'e Zamuro. Caí preso el 20 de febrero, dos días antes de mi cumpleaños. ¡Bonita aquella canción: "Besos y Cerezas". "León Dormido", Villegas Pulido, Derecho Constitucional. ¡Venga joven!, tómese un brandicito. Llegará usted muy lejos. Lo estaba oyendo cuando le explicaba a mi hijo. Cuando me preguntaron en el colegio qué pensaba ser cuando fuera grande respondí: "Presidente". En mi

gobierno no habrá exiliados; es preferible la muerte y la cárcel —como dice Miguel—, que vivir en tierra extraña.

»¡Ay carajo, quién se comiera una arepa! ¿O un papelón de pulga e gota o una conserva de sidra?

»La primera bicicleta del pueblo fue la mía. Yo era gente decente, aunque anduviera con los negritos. El primer Ford de tablitas era del viejo. El viejo es un caudillo civil. El pueblo le hacía caso. Cuando Gómez fue por primera vez a Guatire dio la orden para que las casas permanecieran cerradas. Me asomé por una rendija de la ventana y parecía media noche con el sol afuera. Ahí sentí por primera vez a Juan Vicente Gómez. La segunda fue cuando pusieron preso a mi padrino Rómulo Acuña, en cuyo honor me viene el nombre. En silencioso homenaje le dábamos vueltas y más vueltas a la Rotunda. Gente de Guatire; ¿Quién te viera! La Loca Juliana, el Maestro Sojo, Félix Calixto Pompa: "Trabaja joven sin cesar trabaja. La frente honrada que en sudor se moja".

»A los dieciséis años escribí mi primer poema y en el 26 me gané un concurso en «*La Esfera*» con un cuento de Navidad pero mamá había muerto. Había un guerrillero federal llamado Zamurito. Era más malo que Boves. Lo más grande del pueblo venezolano es su amor a la libertad y su sentido igualitario. "Más abajo pisó Bolívar y era el Libertador". Pozo de la Catana, Río Pacairigua. Hacienda Santa Cruz. Grandes sancochos. En el Castillo comenzamos a escribir un diccionario andino-castellano: "Apio" verdura criolla "yo me apio del tranvía". En Mampote vivía una familia italiana donde pasábamos vacaciones. La señora es gorda y blanca y nos ponía macarrones. ¡Juan Vicente Gómez es inmortal! dicen que bebe sangre de niños para curarse del carate que tapa con los guantes. La hora de la revolución se acerca. El consul de Chile, mi amigo, me ha dado un pasaporte chileno para que vaya a Puerto Rico a buscar las armas. Me llamo ahora Carlos Luis Eizagorrigui. ¡Qué diferente a Rómulo Betancourt! Pasado mañana me iré a Puerto Rico. Ya el balance está cuadrado. La revolución progresa tras las alambradas de la refinería.»

123. Otra banda

(1929)

Doce hombres armados de machetes esperan dentro de dos autobusetes la señal de Gustavo Machado. Son las 7 de la tarde y ya hace calor y miedo. La Fortaleza al otro lado del canal atisba el Caribe. Miguel Otero y el gordo José Tomás Jiménez Arráiz hacen chistes. El General Urbina les dirige miradas iracundas. Gustavo Ponte permanece silencioso. José Tomás observa:

*Hay tres cosas en el mundo
Que son de lo más ingrato
Holandés, paloma y gato.*

—¡Basta ya de mamaderas de gallo! —estalló el General Urbina—. Que la cosa es muy seria para estar con tantas pendejadas.

Hay poca gente a esa hora. Los comercios cierran sus puertas a las seis de la tarde. El Puente de barcas lo cruzan los curazoleños en uno y otro sentido. Los soldados de sombrero de corcho montan guardia en la puerta. Resuena el silbato que cierra el puente. Para que lo vuelvan a abrir habrá pasado más de media hora. Y por media hora la Fortaleza quedará aislada de la ciudad. Gustavo da la señal. Las dos camionetas cruzan el puente. Los soldadotes de corcho los ven venir con ojos prevenidos. Nunca pasa nada en Curazao.

Justo Ceballos y Rafael Simón Urbina, un caudillo coriano, son los primeros en descender. Los centinelas apenas despiertan cuando dos machetes cola'e gallo les hacen cosquillas en el cuello y les arrancan los fusiles. Diez fusiles y diez machetes entran por la fortaleza. Cuatro holandeses juegan dominó. Uno de ellos intenta disparar pero un tiro de fusil lo tira al suelo. Otro intenta hacer resistencia y recibe un mache-

tazo. El General Urbina sin motivos le cercena el cuello a un holandés. El resto de la guarnición se rinde.

Al otro lado del canal esperan doscientos hombres. Los isleños no se preocupan de los cuatro disparos oídos. Vuelve a abrirse el puente de barcas. Los doscientos hombres corren presurosos hacia la fortaleza. Los fusiles del arsenal van saltando a sus manos. El General Urbina se transforma ante la sangre y el contacto de las armas. Tiene algo de vesanía su mirada. A Justo le repugna el hombre. Le recuerda a Arévalo Cedeno, un caudillo sangriento que hablaba de libertades.

La bandera holandesa, después de tres siglos es arriada y se bate al viento la venezolana. Los venezolanos dan vivas a la Patria libre y muerte al coloniaje. Leiva, el cónsul espía, huye despavorido. El Tigre de Indonesia, el guardián de la refinería rugie:

—¿Cómo es posible que doscientos mestizos mal nacidos abatan el orgullo del imperio holandés? En Indonesia fusilé a diez mil nativos que pretendieron insurreccionarse. Con mis hombres me bastó para aniquilar a los piratas. —Y ordenó toque de rebato.

Un parlamentario de los insurrectos solicita una entrevista. El Tigre escucha. La Refinería está minada y basta una señal para que vuelen todos. El Tigre de Indonesia frunce el ceño y ofrece. Machado y su gente se apoderan del barco «Maracaibo» y se llevan con ellos el tesoro de la isla.

En la madrugada emprenden marcha hacia Coro y la Bandera holandesa flamea de nuevo en Curazao.

Gustavo Machado sonrío. Vamos en barco hacia Venezuela. La Libertad siempre ha llegado en barco a Venezuela. Aparecen desiertas las costas de Falcón. Desembarcan en La Vela. No hay resistencia. A marcha forzada van por los cardonales. Los pies se ampollan. Hay hombres que se cansan en la retaguardia. Rafael Simón Urbina les quita el arma y los remata de un tiro. Machado y sus compañeros protestan. El General coriano observa: «No se pueden dejar soldados cansados en la retaguardia porque el enemigo se entera». Gustavo cambia la vanguardia por la retaguardia. La tropa avanza. Justo y Zobeido ven con desconfianza a los hombres y el desierto. Ascienden la serranía y el de-

sierto se va con ellos. Los baqueanos de Urbina no aparecen y los otros desaparecen. Los hombres se van quedando cansados. Gustavo los ve con tristeza y los deja exhaustos a la vera del camino. Un ejército avanza en torno a ellos. Lo dicen los baqueanos y el polvo que se levanta a lo lejos. Les sale al paso una emboscada. Muchos mueren, otros huyen. Cuando se reencuentran sólo los acompaña Rafael Simón Urbina y veinte hombres. Esa noche duermen en medio de una selva húmeda. Urbina y sus fieles, que son cinco, se alejan del grupo. Zobeido es el primero en darse cuenta en la mañana que Urbina y sus hombres los han abandonado. Los quince hombres reinician la marcha.

Todos tienen hambre. Todos tienen sed. Los fusiles pesan como la vida. Una voz profunda expresa lo que todos piensan.

—Separémonos en pequeños grupos. Ya todo está perdido. Quince hombres con fusiles no pueden huir. Separémonos de a dos en dos.

186

Justo y Zobeido toman una trocha y se van hacia Oriente. Caminan tres largas horas con sus fusiles y sus morrallas. Los ladridos de un perro los van guiando. Entre tunas y cardonales aparece un rancho. Es un rancho grande lleno de cabras. Tres campesinos, uno viejo y dos jóvenes, los ven venir con caras de alfarería.

—¡Agua por favor! —exclama Zobeido. Los hombres ven los fusiles y los dejan beber.

—Véndanos un chivo —suplica Justo—. Los hombres ven los fusiles y les dan de comer.

—Déjenos descansar —los hombres ven los fusiles y los dejan dormir.

Zobeido y Justo despiertan con los gallos. Un techo de palmas los saluda. Justo busca el fusil.

—Quieto, mi amigo, que aquí lo tengo yo.

Justo y Zobeido se incorporan. El viejo y su hijo los apuntan con sus fusiles.

—Quietos, mis amigos, que si no les agujereo el cuero. Ahí tienen su leche de cabra; que es güena pal despertá y es güeno que se acuesten otra vez.

Justo y Zobeido intentan hablar, quieren convencer al campesino

y a su hijo de sus planes de libertad, pero el hombre les responde:

—Guarde el aliento para mejores ocasiones. A mí no me convence naide porque mi Jefe es el General León Jurado. Así que cálese mi amigo y póngase boca abajo que así están mejor los presos.

—¡Qué pueblo de mierda es éste! —le dice Justo a Zobeido—. ¿Tú crees que vale la pena matarnos por ellos?

—No insulte, amigo —responde el viejo—. Los hombres de bien cuando tienen un compromiso lo cumplen hasta que mueran. Yo estoy comprometido a servirle a mi General León Jurado. Por eso soy comisario del pueblo que está detrás de la lomita. Mala leche la suya, compañero. Si hubiera andado un tantico llega a la playa y a lo mejor hubiera encontrado un alma sin compromiso que lo hubiera sacado de aquí; pero vino con sus propios pasos y se me entregó mansito y yo soy un hombre comprometido.

Los perros volvieron a ladrar.

—Ahí viene la gente —exclamó el viejo—. Ese Leonardo sí es andarín —exclamó con orgullo.

Al minuto un tropel de voces se arremolinó en el rancho:

—Buen trabajo, No Elías. ¿Estos son los muérganos?

Maniatados, Justo y Zobeido bajaron al pueblo. Los metieron en una lancha y zarparon hacia La Vela.

Llegando al Puerto nubes tempestuosas hicieron saltar las olas.

—¡Ah, vaina! —dijo el cabo de presos que era guaireño—. Como que vamos a llegar a tierra nadando.

Una ola barrió la lancha. El mar se hacía cada vez más impetuoso. El guaireño cortó las cabuyeras de los presos.

—Yo llevo presos y no ahogados. Que la Virgen Santísima disponga. Coge pa' tierra —le dijo al marino que manejaba el timón. Otra ola volcó la lancha. Justo y Zobeido nadaron con bríos. Exhaustos llegaron a la playa. Al poco rato otra ola arrojó un bulto humano. Era el cabo de presos. Parecía muerto. Justo y Zobeido lo hicieron respirar. El hombre abrió los ojos. Miró a Justo y a Zobeido y los volvió a cerrar y se quedó dormido. La tempestad rugía. El hombre despertó, se puso en pie y les dijo:

—¿Conque les debo la vida? Fue de Dios que les rompiera las cabuyeras. ¿Y qué habrá sido de los otros muchachos? —preguntó con ansiedad—. ¿Se habrán ahogado? ¡Dios los tenga en su gloria! —y se santiguó con unción. El hombre echó un vistazo al paraje.

»Menos mal que estamos cerca. A menos de media legua está la comadre Eufemia y a dos y media La Vela. Yo tengo un hermano preso en el Castillo. Así que cuenten conmigo. Fue Dios mismo quien metió la mano.

Con la ayuda del Cabo, Justo y Zobeido se embarcaron hacia Barranquilla.

Tan pronto llegaron al puerto colombiano, Justo se dirigió a casa de su antiguo patrón el hotelero. El hombre los recibió amplio y generoso.

—Mientras cogen fuerzas se me quedan en el hotel, duermen en los cuartos vacíos y me ayudan un poco en el trajín.

—Pero Don... —intentó argüir Justo.

—Cállate, muchacho. Hoy por ti, mañana por mí.

—La generosidad y la audacia es lo que hace grande a Latinoamérica —le comenta Justo a Zobeido a punto de dormirse— y es el carácter común que nos une desde México hasta la Argentina. ¿Qué podemos ofrecerle nosotros a este hombre, salvo complicaciones y gastos sin remuneración? Sin embargo, nos recibe y atiende como si fuéramos sus hijos.

A los pocos días llegó la noticia del fracaso de la expedición de Delgado Chalbaud. El Pirata de Oriente cayó acribillado en el Puente de Cumaná y con él Armando Zuloaga Blanco. Una carta de Rómulo Betancourt semanas más tarde les informaba que la expedición que había de salir de Santo Domingo fracasó al naufragar el barco. Señalaba su intención de asilarse en Barranquilla donde el gobierno liberal de Colombia daba toda clase de facilidades a los venezolanos.

—¡Gómez es realmente inmortal! —exclamó con desgano Justo—. La más grande revolución preparada por tanto tiempo ha fracasado. ¿Qué será de nosotros, Dios mío? —Y se durmió pensando en la vieja casona del Pez que escupe el agua, en Cuqueta y en Belencita.

Seis meses pasaron como mazazos sobre Justo y Zobeido. La democracia colombiana no era tierra propicia para revoluciones. Un día Justo le dijo a Zobeido:

—Vámonos ya a México. Su revolución es también nuestra revolución y somos más útiles allá que aquí.

Y de nuevo se encontraron en la Ciudad de las Mil Iglesias. Y los años de 1930 y 1931 colorearon sus vidas. Participaron en decenas de acciones destinadas a reducir los focos insurreccionales que todavía estallaban en el país azteca. Con Gustavo Machado recorrieron la frontera con Guatemala e hicieron de médicos, maestros y apóstoles.

Un día se enteraron que Raúl Leoni y Rómulo Betancourt se habían trasladado a Barranquilla donde tenían una frutería. El Gordo Jiménez Arráiz vendía pastelitos y Rafael Simón Urbina luego de pedir perdón a Gómez ejercía con el mejor celo su cargo de Jefe Civil de La Vela.

Un día Gustavo le transmitió la gran noticia: El Gobierno mexicano estaba dispuesto a derrocar definitivamente al Gobierno de Juan Vicente Gómez; se dispondría de un buque y de un centenar de voluntarios bien apertrechados y de probada reciedumbre. Justo y Zobeido formarían parte del Estado Mayor.

124. *Hijo' e pútamo*

(1931)

Cuando el Viejo recibió la noticia de la muerte de José Vicente, permaneció imperturbable. Para él ya había muerto cuando supo su participación en los sucesos del 28. La traición del hijo fue silenciada y terminó por aceptar que no podía tener más compañía que su sombra, ni más confidente que el espejo.

—José Vicente creyó haberme engañado —le dice al hipopótamo de Las Delicias—, creía que yo no me había dado cuenta, porque lo seguí

tratando igual que siempre, sin saber que Rafael María y Pedro García les habían sacado la verdad a esos bandidos, entre cuajarones de sangre. Al parecer, el muy muérgano estaba entendido con Eleazar. Pero eso no tiene importancia porque ni pasó ni pasará nada. ¿No tuvo acaso Eleazar en sus manos el parque de la guarnición de Caracas y se quedó mansito? ¿Levantó un dedo para que le soltara al hijo que en ese momento se moría de tisis en La Rotunda? Culpable o no, Eleazar me sirve y no me hará daño. Como yo, no arriesga si no va sobreeseguro. Si me prefirió antes que a José Vicente o a Gabaldón, es porque considera que yo soy quien le conviene y no reaccionará mientras yo viva. José Vicente, en cambio, era zonzo. ¿Cómo se imaginaba que podía tumbarme como se lo había metido en la cabeza Josefina, la niña bien que considera que gobernar es como manejar una cuadrilla de frac y crinolina? Ella fue la que le calentó la cabeza. Pero ni siquiera pudo leer en mi cara que yo sabía la verdad. Por siete días lo dejé suelto y a su antojo pero con la cabuya larga. A medida que pasaba el tiempo se fue asentando y le regresó el resuello. ¡Qué sangre de horchata! Tan tranquilo, mientras sus cómplices colgaban por las muchísimas. Yo no le decía nada y lo veía largo. Le halaba la lengua nada más, para ver hasta dónde llegaba aquel carretón de embustes. Hasta que me harté de tanta vaina y le di con el rejo. —El Dictador sorbe el café y el hipopótamo, aburrido, se sumerge en el estanque.

El Viejo se sonríe.

—Ah, hijo'e pútamo, bien falto de respeto.

El animal emergió de las aguas verdosas y lo miró atento:

—Pues como te iba diciendo, una mañana que regresábamos de pasear por los potreros le dije como quien no quiere la cosa:

»Yo he pensado que la política es una cosa muy mala y por eso no quiero que ninguno de ustedes continúe en esto. Por eso me haces el favor de quitarte el uniforme y te dedicas a otra cosa. Y le dices lo mismo a tus edecanes. ¿Qué crees que hizo el muy muérgano? Se quedó calladito. Bueno, la verdad es que se lo dije, como le aconsejé que vendiera la Hacienda El Carmen porque era un mal negocio. Se puso rojo encendido y respiró grueso como buey que recibe un mandarriazo. No me

preguntó ni por qué ni por cuándo. Se fue, y hasta el sol de hoy. Nunca más nos volvimos a ver. ¡Pobre José Vicente! —se dijo y abandonó con aburrimiento la charca, condolido de que por un tiempo tuviese que soportar un aburrido besamanos funerario.

125. *¡Paris, toujours Paris!*

(1933)

La muerte del padre aventó a José Ramón hacia Europa. Cuando el jardinero abrió el desván, se encontró el cadáver de Gonzalo con la expresión crispada y una mosca verde.

José Ramón se sintió culpable y en un arrebato le contó a Doña Josefina todo cuanto había sucedido y estaba por suceder.

La matrona tomó una decisión. Tan pronto llegó al velorio Rafael María Velasco, Gobernador de Caracas, lo tomó de la mano, lo llevó al oratorio y le dijo luego de un largo prolegómeno:

—¡Mañana en la madrugada va a estallar una revolución!

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Eso es lo que le voy a contar, pero antes tiene que prometerme que nada les va a suceder a mis nietos Luis Alfredo Otáñez y José Ramón Machado.

Velasco prometió sin convicción.

Doña Josefina refirió todo cuanto sabía.

Velasco, atropellando a la gente corrió a su despacho.

La información de Doña Josefina abortó la revuelta. Por consejo de Velasco los dos primos salieron hacia París con la dorada aureola de los exiliados. Con el tiempo París y la vida nueva borraron la nostalgia de los dos muchachos.

José Ramón recibía de Caracas un cheque de cuatro cifras que hacía batir en los restaurantes de lujo y en los cabarets de moda. Mientras Luis Alfredo, con una modesta beca que le consiguió su abuela vivía

menos que estrecho haciendo una comida al día y durmiendo en una buhardilla. Si José Ramón había llegado a aceptar que Gómez era una necesidad, Luis Alfredo mantenía los ojos húmedos.

«Este hombre —le escribía Juan Otáñez— ha vendido el país a los americanos. Ha enajenado por cincuenta años nuestra riqueza. Ha aniquilado nuestros valores. Ha deshecho y atormentado por generaciones a los hombres más valiosos del país. Ningún gobernante en Venezuela, hasta ahora, había sembrado tanta desdicha ni había instaurado tanta inmoralidad administrativa.»

—Este hombre no tiene perdón de Dios —decía Gonzalo Barrios, un llanero de Acarigua, agudo, penetrante y socarrón que amaba los clásicos y la cocina provenzal. 189

—Fíjate en estas cifras para que veas cómo nos están ordeñando las petroleras —Luis Alfredo leyó el Boletín y se sorprendió de que una de las subsidiarias de la Shell le había pagado a sus accionistas un 55 % neto de utilidades, mientras que la Standard ganó ocho millones de bolívares cuando el capital invertido era de apenas tres millones y medio.

—¿Tú conoces negocio más redondo? —le preguntó Barrios—. En cambio a nosotros nos pagan apenas dos bolívares por hectárea. Venezuela es el principal exportador de petróleo en estos momentos, y sin embargo vivimos con la misma indigencia de los años anteriores.

Cuando Luis Alfredo le enseñó triunfante a José Ramón las cifras, éste le respondió con su tono suficiente:

—Todo eso puede ser verdad. Pero ¿tú sabes cuánto era el ingreso nacional cuando Gómez llega al poder? Pues no alcanzaba a los treinta millones de bolívares. ¿Y sabes a cuánto asciende hoy día? Pues a seiscientos millones, aclarándote que el 90 % de ese ingreso procede del negocio petrolero. Que los norteamericanos ganen o pierdan, ¿qué nos importa? De no haber sido por ellos, allí estaría la riqueza porque Venezuela no tiene medios para hacer la explotación. ¿No es acaso preferible tener 600 millones antes que no tener nada? Y de no haber sido por el General Gómez todavía estaríamos en esas condiciones — Luis Alfredo simuló aceptar el razonamiento de su primo no tanto porque le importara José Ramón, como por la presencia de Laureanito, el joven

hijo del gran vocero, quien además de serle simpático, admiraba y estimulaba sus dotes de escritor.

Juan Otáñez escribe: «Los sueldos que pagan las petroleras son bajos para un obrero americano que cobra el triple por el mismo trabajo, pero son el doble de lo que gana un jornalero metido en el monte. Los campesinos abandonan las haciendas y los conucos y cambian sus bosques arbolados por cabrias de hierro que apuntan hacia el cielo esperando el chorro negro. Las haciendas se despueblan. Los hacendados se arruinan. Más gana en una semana el dueño de un bar en Cabimas que Eduardo Sanabria en un año en su hacienda. En Caracas, en Maracaibo y en las grandes ciudades florecen grandes negocios de sederías, licores, perfumes, que los extranjeros les enseñan a consumir a los venezolanos y que los venezolanos trabajan para consumirlos. El whisky ha sustituido al ron y al brandy. Es de mal gusto y anticuado tomar esas bebidas fuertes y se importan en grandes cantidades los ingredientes del High-Ball de los americanos y sus cigarrillos rubios de Virginia. En pocos años modestos tabaqueros y bodegueros como el viejo Kannayo y Maladetti que hasta hacía poco vivían en el fondo de sus negocios se han convertido en magnates con aire de financistas que envían a sus hijos al exterior para que regresen pulidos y les enseñen a vivir como gente. Nuevas y fabulosas mansiones surgen al Este de la Ciudad. Por iniciativa de los yankis que les gusta vivir en campos cercados, han fundado el Country Club como tú sabes. Compran terrenos y se hacen mansiones que ni el Marqués del Toro y San Javier soñaron tener. En cambio nuestra gente anda sin una locha y limpios como talón de lavandera. Nuestras casas de Altagracia y de El Paraíso que nos parecían tan buenas, se han quedado anticuadas. Un carro cuesta alrededor de 30.000 bolívares o sea lo que vale una hacienda. Muchachos educados en los Estados Unidos robustecen los vínculos con yanquilandia: hablan, sienten y proceden como gringos. Como sus padres, ignoran la historia de Venezuela. Es una historia con la cual no tuvieron que ver. En nombre del progreso derrumban casas y monumentos seculares para dar paso a verdaderos adefesios. Nuestro mundo se desintegra. Ya no sólo hemos perdido el poder político y el económico, sino que también

lo social se nos va de la mano por obra de esas cabrias demoníacas y de esos especuladores del gobierno y de la riqueza fabulosa de los importadores. Hay sin embargo, los vivos, los sin escrúpulos que siempre abundaron en la godarria y antes de morir de pie se preparan mediante un buen braguetazo o un cucazo pasarse al bando de los triunfadores. Imagínate tú que nuestra prima Conchita...» Luis Alfredo no terminó de leer la carta. José Ramón y su amigueta la princesa de Cleves lo reclamaban imperiosos con el claxon del Maseratti. Un golpe de viento tras la puerta que se abrió voló la última página de la carta y lentamente descendió a la calle, mientras su hijo se preparaba a pasar un delicioso fin de semana en un castillo a las orillas del Sena.

Los dos primos suben al Maseratti y dan el último adiós al Conde, el padre de la princesa, quien no los acompaña en el retorno. Tan pronto el carro sale de la posesión José Ramón le dice festivo a su primo:

—De ahora en adelante te vas a poner firme cada vez que me veas la paloma. ¿Quién me iba a decir que por ella iba a pasar una descendiente de Luis XIV y que mi antepasado el negro Juan Palacios terminara de consuegro de Fernando VII?

»Pero te fijaste, ¡qué casa! Fragonard, Watteau y Delacroix regados por toda la casa como si fuesen pacotillas. ¡Dígame aquel tapiz flamenco!, ¿y la espada de Francisco I? y no hablemos de los cuartos: el mío parecía una sabana llena de corotos que valían un bolón. Y no hablemos del comedor, de la vajilla de Limoges con el escudo del Conde. ¿Y la cristalería? ¿Y los manteles venecianos? ¿Y eso de una sirvienta para cada comensal? ¿Y aquel rimero de cubiertos a cada lado? Yo no encontraba cuál manejar. A propósito, chico, estaba por decirte que no dobles ni acomodes la servilleta cuando haya terminado la comida: eso es propio de burgueses sin sirvientes. Un caballero no acomoda nada porque se supone que tiene servidores para que le acomoden las cosas. Eso me lo dijo Sussane cuando la conocí y la invité al Maxim's. Yo estoy convencido de que nosotros los venezolanos somos unos indios pata en el suelo, empezando por ti y terminando conmigo. No tenemos idea de la buena educación, de la etiqueta y del refinamiento.

¿Te fijaste en los vinos? ¿Cuándo carajo habías tomado tú cuatro clases de vino en una comida? Ahora es que me doy cuenta de que somos unos limpios de solemnidad. Mi padre, que según decían era el hombre más rico de Venezuela, después de Gómez, es un limosnero al lado de esta gente. Mi casa no pasa de ser un rancho y Ruperta una percunsiá. Me chorreo de pensar lo que le va a parecer Venezuela y mi casa al Conde cuando llegue dentro de un mes. Nosotros para esta gente somos lo que la buena sociedad de Tumeremo es para los caraqueños. No tenemos ni clase ni solera, aunque yo creo haberme merido al Conde en el bolsillo: le hablé de todo y creo que con propiedad. Supongo que no me habrá confundido con uno de esos salvajes de nuestros compatriotas.

Luis Alfredo se sonrió y guardó para sí lo que le oyó decir en alemán precisamente al Conde cuando su interlocutor, un viejo elegante y altivo, le preguntó al ver pasar a su hija del brazo de José Ramón:

—¿Y esto, qué significa Philipe, de que tu hija ande de amores con este mico?

—Pequeñas perversiones de la Pequeña. Pero nada de importancia.

Los amores de José Ramón con la princesita terminaron en completo fiasco. Un día lo pusieron de patitas en la calle no sin antes decirle:

—¡Especie de cochino negro!

Por más de una semana José Ramón permaneció abatido por una terrible decepción. No era la pérdida del puro objeto como el brutal rechazo. «Siempre hay alguien más arriba que nosotros», le decía Juan Otáñez, cada vez que se jactaba de «por encima de los Machado, Dios».

Esa tarde Zobeido, quien ha estado en Rusia, y Luis Alfredo visitan a José Ramón, quien no oculta la congoja que lo abruma. Zobeido, ya enterado por Luis Alfredo, le dice burlón:

—¿Y qué le pasa al joven que está más triste que una piscina vacía? La princesa está triste, ¿qué tendrá la princesa?

—Déjate de mamaderas de gallo, Zobeido, que no estoy de vena.

—Pues yo en cambio estoy gozando una bola. Es bueno que los

mantuanitos de Caracas sientan lo que sufre el pobre cuando ustedes le hacen lo mismo. Era demasiado camisión pa' Petra, compañero.

—¡Lárguense! —gritó a punto de llorar. Y cuando se fueron se gritó a sí mismo y con rabia—: pero lo juro por lo más sagrado que seré uno de los hombres más ricos del mundo, aunque le venda mi alma al diablo. ¡A un Machado no se le humilla de esta forma!

En el portal del edificio Luis Alfredo reprende a Zobeido:

—Tú eres muy mal agradecido, ¿qué necesidad tenías de echarle más leña a la candela cuando sabes que el pobre José Ramón está que arde? ¿Se te olvidó que te regaló el pasaje de regreso y cien dólares? De no haber sido por él aquí te hubieras quedado varado.

—Esos reales no son de él sino del pueblo venezolano a quien su padre se los ha arrebatado y no veo por qué tengo que estarle agradecido. Él como buen capitalista invierte pensando en el futuro. Es el típico oportunismo burgués.

Luis Alfredo se encendió de ira, y a Zobeido por quinta vez en su vida lo llamaron:

—¡Hijo'e puta!

126. *Próstatas y revoluciones*

Luis Alfredo intimó con Laureanito, dueño de una gracia pícara y convincente:

—Yo no sé hasta cuándo vas a seguir arrastrando incomodidades y defendiendo una causa perdida. Gómez, como dice papá, es el Gendarme Necesario. Es el Gran Pacificador o el Gran Loquero, pues como lo escribió el mismo Bolívar nuestro mundo es un gran mundo loco que anda buscando un loquero. Gómez no es inmortal. Pero lo que él representa es eterno. Venezuela no acepta otra forma de gobierno que la dictadura. Sin un hombre fuerte como el General, el país se sume en la anarquía. Cuando muera el Viejo, verás como lo sucede otro exac-

191

tamente igual y de seguir en tu línea te morirás olvidado y enfermo y lejos de tu tierra. Deja de ser salmón y de luchar contra la corriente. Fíjate en la cantidad de compañeros tuyos que en un principio eran enemigos de Gómez y ahora están a su sombra dándose la gran vida mientras los pendejos se aferran a un ideal sin sentido. Y a propósito, chico, ¿tú no recibes acaso una beca de la Gobernación?

Luis Alfredo se ruborizó:

—Esas son vainas de mi abuela, que lo hizo sin consultarme.

—Pero la cobras y vives de ella. Ya estás comprometido y con un sueldo de hambre. ¿Por qué no entras por la puerta grande? Con tu talento de escritor tienes el cielo abierto. El viejo más de una vez me lo ha dicho. ¿Qué esperas?

En 1932 publicó un cuento que ganó un concurso en París para autores latinoamericanos. En ese año conoció a Teresa de la Parra, la bellísima escritora, residienciada en Suiza, y que adoraba al General Gómez, de quien recibía jugosa mesada. Por consejo suyo decidió escribir un artículo laudatorio sobre el gran dictador de América. A vuelta de correo, recibió una carta de Dominguita, donde le participaba que el General Gómez lo perdonaba y quería verlo, porque hombres como él hacían falta para engrandecer la Patria. Además, que se iba a fundar un nuevo periódico donde posiblemente llegaría a Director.

Antes del verano retornó Luis Alfredo.

Con lágrimas en los ojos contempló a su padre. Era una ruina total: flaco, envejecido, con los ojos y la nariz encendidos. Arrastraba una cirrosis desde hacía tres años y bebía ron y cerveza en grandes cantidades. Su pensamiento era un buen libro con las páginas revueltas.

—Yo veo a Juan muy mal —le dijo el doctor Ruiz Rodríguez—. Fíjate que está casi demente: disparata, habla solo y se ríe y estalla en rabia sin razón aparente. Y no hay forma que deje la caña.

Tres días más tarde se murió Juan Otáñez. Antes de sumergirse en el coma vio a su hijo con su misma mirada tierna e inteligente de otros tiempos y le dijo:

—Me muero triste, más triste que mi padre, quien dijo en su agonía que el país estaba peor que cuando murió su padre. Huye, hijo, de esta

debacle. Vuélvete a París. Aquí no hay horizontes para los que piensan. Este es un país para jugadores de dominó, corredores de truenos y traficantes de negocios fáciles. Como dijo Romero García: «el país de las nulidades engreídas y las reputaciones consagradas».

Su entierro fue muy concurrido. Ya todo el mundo sabía que Luis Alfredo gozaba de la protección del Presidente. Al día siguiente de su llegada había ido con su madre a Maracay a prosternarse ante la silla de mimbre. A la semana era ya íntimo de los muchachos Gómez: Florencio y Juan Vicente y al mes tenía un puesto importante y mal remunerado que le permitía codearse con la alta sociedad.

* * *

En 1931 el viejo General, superada la depresión que le produjo su hijo Vicentico, quiere retornar a la presidencia que había declinado en Juan Bautista Pérez, un abogado hábil y respetable, pero sumiso y tímido a la voluntad del General. Al principio pretendió sumergirse en sus haciendas y de vez en cuando asomarse a la cosa pública. Pero pasado el tiempo comenzó a aburrirse y comprendió que su mejor hacienda era Venezuela y su mejor rebaño sus habitantes. Tras una frontal maniobra hace que el Congreso destituya a Pérez y lo elija por aclamación. Los hechos se desarrollan tal como lo planea y exige.

Un día vuelve, triunfal, a la Presidencia. Hay júbilo popular. El viejo mandatario es llevado en hombros por las calles de la ciudad.

Conch'e Piña, que contempla el tumulto desde la altura de su coche exclama:

—Mire que yo he visto vainas, pero jamás me pude imaginar que a Gómez, el pueblo de Caracas lo llevara en hombros como si fuera Belmonte. —Y el viejo General, que en ese momento pasa a su lado, le sacude la mano enguantada a tiempo que lo mira fijo con sus antiparras de carey.

El 24 de julio Gómez cumple 74 años. Se siente viejo, distante y satisfecho. La próstata le molesta. Viene Marion, el gran cirujano de Francia. Propone operación. Pero voces amigas le advierten al francés

de los peligros perineales que lo acechan. Marion propone llevárselo a Francia. Gómez piensa en su compadre y se niega.

—Me muero en Venezuela, pero de aquí no salgo.

Arévalo Cedeño hace su última incursión armada. Fracasa. Meses más tarde una expedición mexicana zarpa de Veracruz y desembarca por Coro. Justo Ceballos y Zobeido vienen con los contingentes revolucionarios. León Jurado, el Gobernador, al tener noticias del desembarco le telegrafía a Gómez: «Hoy los zamuros de Falcón comerán carne mexicana». La expedición también fracasa. Los mexicanos son traídos a Caracas. Gómez los hace comparecer a su presencia. Los trata amablemente. Les regala a cada uno cien dólares y los reembarca para su país. Justo y Zobeido son enviados a La Rotunda y encerrados en el mismo calabozo.

—Definitivamente, mi vida es vivir entre rejas —y para animar a Zobeido que está cabizbajo, le apunta cariñoso—: No me llore, mi nene; que como dice el General, «para la propia seguridad de los presos más seguro están dentro que afuera. Afuera cualquiera los puede matar».

Y como Zobeido le responde con un sollozo se sienta en un rincón y se hace pasar el largo film de su existencia aventurera.



Zobeido se despertó bruscamente en la madrugada. Una sensación de pavor y de soledad rezumaba el calabozo. Un cornetín a sordina a duras penas le llegaba. La Gari-gari, el toque de pela. La respiración gruesa de Justo no se escuchaba.

—¡Justo, Justo! —clamó el muchacho, pero su voz quedó sin respuesta—. ¡Justo, Justo, mi hermano, ¿estás ahí? —Pero el calabozo estaba vacío.

Zobeido levantó el cortinaje. El patio central de La Rotunda estaba en sombras. El monótono sonsonete de la Gari-gari se filtraba por todos los confines.

—Justo, te estás pelando. ¡Déjelo quieto, grandísimos carajos!

Su voz retumbó en el presidio. En el calabozo vecino una voz cascada le dijo quedo:

—Cállate, muchacho, que a lo mejor regresa. Se lo llevaron hace rato.

—¿Quién carajo grita ahí? —cañoncó una voz desde el patio—. ¿Quién quiere llevar verga antes de que salga el sol?

—Tú y la madre tuya —respondieron cien voces. El guardián estalló en improperios:

—Pues mañana no hay rancho. A dormir. ¡Coños de madre!

* * *

En el salón del cortinaje negro, Justo se balancea desde sus testículos:

—Yo no sé nada. Todo lo saben ustedes... ¡Ayyy! —y el cuerpo se desgonzó inerte.

—Bájelo —dijo una voz tras la cortina y la silla de mimbre crujió cuando alguien se puso en pie. Pasos quedos y vacilantes de viejo se deslizaron por el cemento y llegaron hasta Justo, quien amoratado jadeaba con dificultad.

—Déjelo por hoy. Cúrenlo. Denle bien de comer y que el doctor Ramírez me tenga al corriente de su salud. Necesito que me dure mucho tiempo.

—Sí, mi General, sí mi General —y los esbirros descalzos se pusieron firmes.

127. *Country Club* (1933)

Los años del 32 al 34 transcurren densos y aplastantes. Los caudillos han desaparecido definitivamente. La aviación, el petróleo y las armas automáticas consolidan la unidad nacional. El gobierno norteameri-

cano, a pesar de los puritanos, está más que satisfecho del régimen de Gómez. El Caribe florece en dictadores. Machado en Cuba, Trujillo en Santo Domingo, Somoza en Nicaragua.

La bonanza económica sigue en ascenso y el pueblo dice: «Gómez tendrá sus presos, pero desde que él llegó hay rial palante. Si uno no se mete con él, él no se mete con uno». El maná de los pozos negros engorda y oscurece conciencias.

Los escritores venezolanos en su mayor parte se han vuelto sumisos y desplazan su culpa escribiendo epopeyas de los tiempos idos o trasegando lisas y picardías en «Donzella» o en cualquier otra cervecería. Leoncio Martínez y Job Pim, a veces satirizan al régimen y pagan con carcelazos y multas sus travesuras.

Don José de La Cáscara se ha hecho respetable. Lo ayuda su figura enhiesta de caballero antiguo y su altivo desdén de perdonavidas. Publica una monografía sobre los orígenes del apellido Urbán y su trayectoria en la historia. Se remonta hasta Wilfredo Velloso y termina en sus hijos. Es elegido por unanimidad individuo de número de la Academia de la Historia.

Al Este de la ciudad se funda el Country Club. La vieja Hacienda Blandín vio trocarse buenos trozos de su floresta cafetera en verdes campos de golf, por donde trajinaban los deportistas con sus raras vestimentas. El Coronel Pernía, uno de los socios fundadores, despierta la hilaridad de Conch'e Piña con sus pantalones bombachos y su gorra roja:

—Y yo que pensaba que el coronel era un hombre serio. ¡Esta vaina se jodió!

Mercedes Corrales está encantada del nuevo deporte, del club y de las mujeres de los gerentes, quienes al verla rubia y con su dicción precisa la tienen como una mestiza de confianza como las que describe Kipling. No tiene la misma suerte Zamurita, la hija de Gonzalo Machado, no tanto por su color caoba vencida sino por esa locuacidad dominante e incoherente que le arrebató la palabra al mismo Don José de La Cáscara con toda su verborrea hispánica y su indiscutible salero.

—Estas venezolanas son un verdadero rollo —le dice a Basilio Vasi-

lev—; yo jamás he conocido a unos seres más parlanchines y que digan más tonterías en menos tiempo. Y sobre todo no escuchan. Si uno intenta hablar lo oyen a duras penas y con expresión inequívoca de fastidio como diciendo, apúrate viejo. Si uno se descuida le arrebatan la palabra o se engarzan en una conversación con quien tengan al lado haciendo caso omiso de la buena educación. A esta gente por más que se digan grandes cacaos, les falta clase.

—No fueron más que capitania —le responde Basilio—. Nunca tuvieron tradición de corte. No son más que campesinos acomodados, sucios de petróleo.

—Y lo vanidosos que son. No dicen tres palabras sin decir yo. Les falta la mundanidad de las metrópolis.

—O les sobran complejos —respondió el ruso—. La mayoría de los personeros de la sociedad caraqueña tiene un origen oscuro. O los acecha el negro o el indio detrás de la puerta, o son hijos naturales o pasaron en su infancia hambre y humillaciones. ¿Será por eso que son tan echones? En mi tierra dicen: «Dime de qué blasonas y te diré lo que te falta». Doña Rosarito, mi suegra, dice que la mayoría de esta gente que viene al Country son unos lambucios, unos don nadie.

—Mira quién viene allí, sin ir más lejos —observó Don Pepe.

Una bella muchacha moreno oscuro entraba del brazo del viejo Kannayo. Era Cristina Chirinos, la primera novia de Zobeido.

—¿Tú sabes cómo la llaman?

—No.

—La llaman la Orquídea.

—¿Y por qué?

—Porque vive de los palos viejos.

Zamurita apareció entre las carcajadas.

—¿De qué hablan, sinvergüenzas?

—De ti, preciosa, o ¿de que más podríamos hablar? ¿Es que puede haber otro tema?

—Ay Don José, usted siempre tan ocurrente.

El viejo de La Cáscara, que hace poco ha sido condecorado con la Orden del Libertador, se pavonea por el Club. Con la riqueza que ha

acumulado con Aranguren aflora a su postergada estirpe y se constituye en el más genuino representante de la aristocracia criolla. A los pocos meses es elegido por unanimidad Presidente del Country Club, cargo que ejerce con celo de mayordomo y rey de armas. Basilio Vasilev es otro de los nuevos personajes del alto mundo social. Su experiencia repostil lo lleva a montar una fábrica de galletas de soda que a diario crece y da pingües dividendos. Viste a la última moda, tiene de querida a una francesa y es el príncipe azul de las mujeres que frecuentan el club. La Plasta Perdomo, que ya era rico cuando se casó con Margarita de La Cáscara, es cada vez más poderoso y «más plasta», según dice la gente. Tanto, que aburre hasta a la misma Zamurita. No obstante el hecho de ser uno de los principales accionistas del Banco Venezuela, hace que todo el mundo simule oír con atención sus dislates que a veces pretenden llegar hasta el sarcasmo.

—He estado leyendo —le dice a Luis Alfredo Otáñez, a quien profesa animadversión— algunas de tus loqueras en *El Nuevo Diario*. —El joven escritor hace un gesto de desagrado y la Plasta insiste:

—¡Guá!, ¿y tú no sabes que a ti te llaman el Loco?

Luis Alfredo enrojece. Con mirada encendida dice calmoso:

—En Venezuela, a todo el que piensa y no tiene real ni poder lo llaman el loco. Es la venganza de los pulperos enriquecidos contra los hombres que como yo saben cuál es su poca o ninguna importancia.

La Plasta frunció el ceño. Al instante, su apoderado, un pequeñín adulante llamado Lope Quetosa le apuntó con voz agria:

—Mida sus palabras, jovencito.

—Yo no puse el tema, por si acaso —contestó el otro—. Yo tan sólo hablaba de los locos y de los sobrenombres —aclaró ante la presencia de Alexander, un importador de agua de colonia, casado con una bella muchacha de Maiquería.

»Yo decía que los venezolanos somos muy amargados y estamos buscando siempre sobrenombres hirientes contra la gente. Aquí el que no es loco es pavoso, marico o bolsa. Es cuestión de herir al que se destaque. El nivel medio de nuestra gente es demasiado bajo para que pueda aceptar sin indigestarse a los que por su inteligencia o cultura

prevalecen. Los hombres no perdonan las diferencias. Aquí tener una cultura o una inteligencia al nivel medio de los pueblos civilizados es exponerse a la ira envidiosa de la mayoría. Por eso emigraron Andrés Bello y Rafael Herrera Vegas, quienes encontraron en el Sur lo que Venezuela no supo darles. Por eso fracasaron Bolívar y Miranda. ¿No les pusieron también el nombre de locos?

La ira de los presentes subía como marea; Luis Alfredo continuó su perorata:

—Yo, por ejemplo, prefiero que me llamen loco a que me digan plasta —y miró fijamente al banquero.

Perdomo se incorporó violento. Lope Quetosa, que tenía muy mala bebida, intentó darle un puñetazo.

Don José de La Cáscara y Basilio Vasilev saltaron y se hicieron barreras. El coro de mujeres que rodeaba al galletero, corrió en tropel. Doña Concha, abanicándose, llegó primera, seguida de Zamurita y de las gringas.

Luis Alfredo buscó la salida. Doña Concha preguntó con voz de alarma:

—Pero, ¿qué es lo que pasó, Pepe?

—Nada, chica, que gente cualquiera es gente cualquiera. Vamos a tener que ser más estrictos de aquí en adelante y poner más cuidado en la admisión al Club.

Luis Alfredo, que lo alcanza a oír, vuelve sobre sus pasos y con voz recia le dice:

—Mire, viejo sinvergüenza, cuando usted y su mujer tenían un garito en Carmelitas, mi padre era ministro, y cuando sus antepasados eran pastores de ovejas en La Mancha, los míos eran conquistadores y libertadores de Venezuela.

Pernía, que era su amigo, salió al paso e intentó calmarlo:

—Vámonos, valezón, que estás muy caliente —y lo acompañó hasta la calle, donde lo esperaba el coche de Conch'e Piña.

Por decisión unánime de la Junta Directiva Luis Alfredo fue expulsado del Club por escandaloso y atraso en sus deudas.

—Es la venganza —como decía mi padre— de los chácharos y de la

gente de orilla al desdén de los mantuanos. La Plasta Perdomo no me puede perdonar las burlas de mi hermana Margarita. No nos pueden perdonar que no eran nadie cuando nosotros éramos los amos del país. ¿Cuándo a un Pernía se le hubiera ocurrido que iba a alternar de quien a quien con un Zuloaga o con un Ibarra hace apenas quince años? Hoy no sólo alternan sino que hasta tienen los humos de vernos de arriba abajo y de creer que constituyen la aristocracia venezolana. ¡Guerda de bandoleros! Tenderos enriquecidos, coroneles peculadores, usureros, espías, traficantes de influencia, vende patrias, porquerías, advenedizos, arribistas, extranjeros sin escrúpulos, aventureros del mundo entero, provincianos ávidos, agentes interpuestos, mantuanos venidos a menos: equilibristas, adulantes, golilleros, sablistas al por mayor. Gente que cree que la historia comienza con ellos; que nada saben de nuestras luchas ni de nuestras lágrimas, que no saben de quién hablamos cuando decimos el tío Simón y el Padrino Marqués. Gente extraña, que ha caído sobre este valle sagrado como una maldición. —Y sin poder contenerse dejó salir un bronco y amargo llanto.

La tristeza volvió de nuevo sobre la casa de los Otáñez. Dominguita, su madre, que no renunciaba a la idea de que su hijo recuperara la grandeza de la familia, cayó en una honda depresión, recrudeciéndose una vieja dolencia cardíaca que la llevó a la tumba semanas más tarde. El viejo General, enterado por Pernía de lo sucedido, sentenció:

—Nómbreme al joven Otáñez Administrador General de la Aduana de La Guayra, para que se desquite.

El nombramiento de Luis Alfredo sembró el desconcierto. Basilio Vasilev se sintió arruinado. Don José de La Cáscara, que había invertido una fortuna en una línea de vinos y de champañas franceses, tuvo miedo. Todos los que habían participado en la afrenta se reunieron día tras día en conciliábulos alrededor de la piscina. Unos fueron partidarios de enviar a Amador Pernía como emisario de paz.

—Díle que estamos arrepentidos.

—Ofrécele un 10 % de cada caja vendida.

—Háblale a Luis Alfredo, tú que eres su amigo.

El andino brusco colocó el vaso de ginebra en la mesa:

—Pero ¿cómo se imaginan ustedes que un hombre con dignidad les va a perdonar lo que ustedes le hicieron al pobre Otáñez? Yo soy un hombre serio y él también. Vayan ustedes mismos a pedirle perdón. No sean pendejos.

Todos a una acogieron con beneplácito la propuesta. Con la Plasta Perdomo a la cabeza y Basilio y Don Pepe, de segundones, se presentaron un día en la Aduana. Luis Alfredo que ya había sido advertido por Rosarito, su tía, aceptó la excusa y las partes en disputa se volvieron síntesis.

—Perdona viejo, es que yo soy muy volado —decía la Plasta Perdomo.

—No, yo también puse de mi parte —contestó remiso Luis Alfredo—, sobre todo contra el pobre Don Pepe, a quien tanto quiero.

—Deja, chico, la cosa, que yo tuve lo mío.

—Es que la caña lo hace a uno cometer disparates —observó Lope Quetosa.

Y a la semana, para celebrar la reconciliación la Plasta dio en su casa un gran baile en honor de Luis Alfredo, tosiendo apenas cuando lo encontró dándose besos con su cuñada Berta Eppinger, que como su madre traspuso la cuarentena con la belleza enhiesta.

—Gallina vieja da buen caldo —exclamó con regocijo y buscó a su concuñado para retenerlo a su lado.

El General-Presidente, cuando tuvo noticia de los acontecimientos sentenció:

—Yo creía que el jovencito este tenía las pelotas más rayadas, pero está visto que como que es mejor con la pluma que para poner a los hombres en su puesto, me lo quitan de ahí y me lo ponen de Director del nuevo periódico.

128. *Isabelita Blanco*

(1933)

A mediados de 1933 llegó a Venezuela Isabelita Blanco, la hija de Santiaguito. La acompañaba su marido el psicoanalista Charles. A los treinta y ocho años se veía espléndida. Una tarde de abril van a Maracay a presentarle sus respetos al General. El Presidente interroga al musí sobre los males que trata y la eficiencia de sus colegas. El psiquiatra hace una interpretación sobre el poder y la castración, que deja al Caudillo más confundido que antes. Isabelita que percibe el desconcierto interviene ágil y concitante y le hace olvidar al Dictador lo que ha dicho su marido.

Isabelita y Charles se instalan en Maracay. Isabelita tiene unas haciendas en pugna con el General-Presidente que espera esclarecer con ventaja.

Tras la pareja, el Presidente recibe en audiencia al nuevo gerente de la Standard Oil. Es un rubio gigantón, de modales bruscos que comenzó de perforador en Texas. Lo acompaña una mujercita menuda y un muchacho de 12 años. Amador Pernía y Mercedes, su mujer, hacen de intérpretes:

—Mr. Williams, General.

El Presidente le extiende la mano enguantada.

—Peggy, su mujer.

—Y éste es mi sobrino Johny. Johny Corrales —y como haciendo un esfuerzo añade—: Este es el hijo de Gastón, mi hermano. ¿Se acuerda, General? Es nieto de Juan Corrales.

El Dictador frunce el bigote y en la mirada se le fueron cuarenta años.

* * *

A mitad del año murió José Rosario García. Murió de tristeza. Meses antes Gómez lo condenó al olvido por proponerle de sucesor a José

María García, su sobrino, gobernador de Caracas. El viejo tío «mordió el peine» como dijo Gómez cuando le hizo ver que se sentía muy viejo y enfermo para continuar al frente del ejecutivo y cayó en la única veleidad que el dictador no permitía: aspirar a sucederle. Tan pronto hizo su propuesta lo dejó marchar con la mirada fría. Nunca más lo recibió en privado, ni escuchó sus consejos. El resentimiento del discípulo que supera al maestro encontró su camino. Las jactancias constantes de José Rosario, que ya había sido marginado, le hicieron valer su ojeriza.

—Cuando yo agarré a Juan Vicente por mi cuenta no era más que un campesino —le contó una voz.

—Él es hechura mía —le había apuntado otra.

—Si yo no hubiese sido un hombre leal, yo fuera el Jefe, porque él no da un paso sin consultarme —volvió a decir la voz primera. El tío hizo lo indecible por recuperar su ascendiente, pero fueron inútiles todas sus tentativas. En Maracay lo saludaba si se le ponía de frente; si intentaba hablar o chancear el General hierático lo ignoraba en rígida sordera. En sus caminatas, como hacían antes los dos por los potreros fingía ignorarlo.

Un día que se presentó en Las Delicias con Don Antonio Pimentel, al llegar lo rodeaban seis personas, cuando aparecieron sus dos consejeros, dijo en subrayado singular:

—Bienvenido, compadre. A Ver Eloy, una silla para Don Antonio. —Y vio al traluz a José Rosario quien amoscado siguió de pie y apoyado en la baranda. El General estaba de buen humor y contaba sus cachos y sus recuerdos de mocedad montañera. Su mirada iba de un rostro a otro, sin detenerse en José Rosario. El viejo tío compulsivo metió baza buceando una respuesta. Pero el General persistió en su sordera y se saltó sus preguntas.

Al poco rato el Viejo de los Samanes dirigiéndose a Don Antonio le preguntó:

—Espero, compadre, que no haya almorzado.

—Pues no General.

—Eloy, Eloy, que pongan un puesto más. —Y avanzó hacia el co-

medor seguido de su cortejo. Cuando el General y sus amigos saboreaban el sancocho de carne gorda, el doctor José Rosario en el fondo de su carro sintió una extraña congoja. Seis meses más tarde murió en su pensión de Llaguno. Cuando le comunicaron la noticia a Gómez, exclamó festivo:

193 —El doctor García murió en paz y nos dejó en paz.

Los cortesanos que lo rodeaban celebraron la ocurrencia y el tío fue borrado del santoral del régimen.

—Juan Vicente Gómez —dijo el psiquiatra cuando Requena, que almorzaba con un grupo de amigos le contó la historia del doctor García—, se ha liberado de la imagen del padre por segunda vez. Ahora es cuando comienza a ser realmente un hombre.

Hugo Fonseca, el Jefe Civil de Maracay que estaba entre los comensales, se puso violentamente de pie y rojo de indignación le espetó a Charles:

—¿Qué significa esa vaina que ahora es que va a ser realmente un hombre? ¿Es que acaso antes no lo era? Usted no es más que un falta de respeto. ¡Capitán! —gritó—, llévese a este carajo p'al rastrojo.

Fue necesario que Isabelita hiciera valer sus encantos y rogara y explicara ante el Gran Jefe que la miraba con gula para liberar a Charles. Cuando la bella mujer dio media vuelta para retirarse, el General le dijo a Pimentel mirándole las piernas:

—Ay, compadre, el que fue marinero cuando ve la mar se acuerda.

—¿Y qué espera, pucs, para darse su gusto? —le susurró el otro.

El General siguió el consejo de Don Antonio y las dos fincas regresaron a Isabelita.

Una de las primeras visitas que hizo Isabelita al instalarse en Caracas fue a Margarita de La Cáscara, su antigua compañera del colegio en Suiza. El aspecto de Margarita la sorprendió: si ella representaba treinta años, Margarita era una redonda matrona de edad indefinida que recordaba una ilustración de Doré sobre la madre de los Gracos.

De sus ojos había desaparecido totalmente aquella violencia fogosa de los años anteriores y aquella lengua sibilina que prometía tanto.

—Pero, ¡niña! ¡Cómo te has puesto! Pero si pareces una vaca.

Margarita, ya pacificada por las sentencias esterilizantes de la Plasta Perdomo, y por sus siete hijos, trató de excusarse.

—La buena vida, chica —le dijo mansa y con la sonrisa vacía.

Isabelita iracunda, se disponía a dejar salir una pesantez, cuando en ese instante apareció esbelta y espléndida Doña Concha de La Cáscara, que más parecía la hermana que la madre de Margarita.

—Isabelita, mi amor —exclamó Doña Concha—, pero qué inmensa sorpresa.

—Pero, ¿qué es de tu vida? Cuéntame.

Y las dos mujeres se enfrascaron en mutuos escarceos de reconocimiento. Doña Concha le refirió que se había dedicado de pleno a las obras sociales y cristianas, siendo la inmediata colaboradora del Padre Verdi, de la Iglesia de Pagüita.

«¿No ves? —se dijo para sí Isabelita—, de joven, puta y de vieja, beata.»

Pero cuando habló de que el curita era un amor y de una inteligencia descollante, pensó: «de que se lo tira, se lo tira».

Luego hablaron de Charles y de su hija Erika.

—¿Tú sabes que está de amores con uno de los príncipes Colonna? Doña Concha empalideció.

«Hay que ver el tupé que tiene la gente —pensó para sí—. Esta mujer hija de aquel mulato inmundo y de una puta francesa, ahora de quien a quien con la nobleza europea. ¡Qué bolas, qué bolas y bolas!»

Pero apenas dijo:

—¡Qué bien, qué bien y qué requetebién! Te felicito, mijita, por ese entronque que ojalá se realice.

129. *Marikina*

(1934)

El viaje de Isabelita Blanco tuvo por objeto, además de recuperar sus haciendas, liquidar sus bienes en Venezuela, para regresar definitivamente a Europa.

—Esto no es un país —le decía constantemente a quien le quisiera oír—. ¿Ustedes creen que con ese negraje y este calorón se puede hacer algo? ¡Qué va, oh! —exclamaba con acento y dichos típicamente criollos que veintiséis años en Europa y dos ayas suizas no habían logrado extirpar—. ¿Por qué será que yo sigo siendo tan venezolana a pesar de todo lo que yo detesto a este país? ¿O será que me está haciendo falta Marikina? Ponle un cable y que se venga en el primer barco.

Al mes llegó a La Guayra la hija de Isabelita. Era una walkiria falsamente flaca, que hablaba cuatro idiomas.

—Les tengo una sorpresa a los dos —dijo la chica en francés—: creo haber encontrado finalmente al hombre de mi vida.

—¿Quién es? ¿Dónde lo conociste? —preguntó alarmada Isabelita, pues temía al carácter romántico y candoroso de su hija.

—Es una gran sorpresa —exclamó la muchacha en italiano—. ¡Les va a encantar!

—Pero, niña, dime de una vez, ¿quién es? —preguntó Isabelita en enérgico español. Marikina se volvió hacia el puente y sonrió con ternura:

—El doctor José Ramón Machado, el hijo de tu gran amigo el doctor Gonzalo Machado. —Y el mozo les extendió la mano cordial y sonriente.

• • •

José Ramón después de cuatro años en Europa consolidó su formación. Se graduó de arquitecto con las mejores calificaciones y adquirió conciencia de que sólo en Venezuela puede vivir y triunfar un venezolano.

La experiencia con la princesita lo curó de veleidades; sin embargo cuando conoció a Marikina, a pesar de su belleza y de sus dotes personales, el descubrir que la muchacha era amiga de Sussane y que frecuentaba su casa cuando iba a Suiza fue más importante que lo otro y cuando la tenía en sus brazos le parecía tener buena parte de aquel mundo, por el que pasó fugaz y siguió amando en silencio.

Fue un noviazgo relámpago que terminó en boda a los seis meses. Marikina recibió en dote todas las haciendas de Aragua. El Pez que Escupe el Agua la siseó con simpatía y Don Feliciano, siempre tan rechazante, hizo un mohín de aprecio.

Don Pepe y Concha de La Cáscara van a visitar a Doña Josefina, quien ese día cumple setenta y cuatro años.

Don Pepe no ha variado su vivacidad y zalamería que vierte sobre Doña Josefina desde que la ve venir llevada de la mano por Luis Alfredo. El viejo y el joven se profesan a pesar de la reconciliación una gran antipatía que disimulan en nombre de los intereses y de la cultura. Para Luis Alfredo, el viejo sigue siendo la personificación de la inmoralidad y de la audacia; para Don Pepe, Luis Alfredo no es más que un pobre diablo sin fortuna y sin futuro político que se las da de intelectual y sarcástico.

Los de La Cáscara se aproximan a Doña Josefina. Don Pepe la toma de la mano y se la besa cortesano. Los dos hombres se saludan con ruidosa cordialidad. Las mujeres se dan besos y amapuches. El Pez que escupe el agua cortó el chorro en espiral, y todos se cobijaron en la sala bajo la severa mirada de Don Feliciano.

Luego de una habilidosa esgrima, Concha dice:

—Estoy recogiendo plata entre mis amistades para ayudar a unos curitas belgas que en la última guerra se quedaron sin convento. ¿No te parece un horror, quince años entre ruinas?

—Ay, mijita —respondió áspera la matrona—, yo creo que tú estás exagerando. Las ruinas del terremoto de Caracas en 1812, estuvieron

hasta hace muy poco por allí y que yo sepa nadie nos echó una mano, y hasta vinieron en cambote las cultas naciones europeas a echar por tierra a cañonazos lo poco que nos quedaba. Conmigo no cuentes para acomodar ruinas en Europa. Para ruinas, las nuestras.

—Ay, Josefina, cállate, que te van a llamar subversiva. Tú no te haces una idea de cómo está la policía buscando comunistas. Por cierto que uno de los presos es Justo Ceballos, el sobrino de Gonzalo.

—¿El vagabundo ése? —preguntó misia Josefina—. Ojalá se pudra en La Rotunda.

—También cayó un muchacho Mayobre y otro que llaman Zobeido.

—¿Zobeido? —clamó con asombro Doña Josefina—. ¿El hijo de la muchacha aquella de El Paraíso? ¿La Muñeca?

—Así es, mijita —añadió con aire de aflicción Doña Concha— si ya los hijos de las mujeres malas están pretendiendo gobernar... imagínate lo que va a ser.

—¡Cállate, Concha! —exclamó con aspereza la vieja—, ellas, como sus hijos, son obra nuestra. —Y poseída de una extraña congoja pidió permiso para ausentarse un momento y a pasos cortos se fue hacia el oratorio donde se desgonzó en el sillón de tafilete rojo de Doñana.

Luis Alfredo hace esfuerzo por charlar con la pareja mientras regresa su abuela. El aire de revuelta que sopla en el país y la amenaza comunista son la obsesión de Don Pepe.

—Primero México; luego Rusia; ahora España y si nos descuidamos Venezuela será el próximo país porque yo veo mucho rojillo por donde no debe estar —y le lanzó una mirada llena de intención a Luis Alfredo.

—Además que esto de que los jóvenes de buena familia sean agentes soviéticos no hay quien lo entienda. Que un Zobeido se meta a comunista es lo correcto pues de puta le viene el galgo; pero que un Justo Ceballos, de las mejores familias de Venezuela y de la nobleza española lo sea es absurdo. ¿Cómo te explicas tú, que eres un hombre tan inteligente y conocedor de estas cosas, que los comunistas en Venezuela procedan de las más rancias familias? ¿Por qué un Inocente Palacios, de la

familia del Libertador, o un Pardo Soublette, o un Rafael Vegas o un Salvador de la Plaza, o un José Antonio Marturet o un López Méndez, o un Herrera Umérez o un Madriz o un Gustavo Machado o tú mismo hasta hace poco hacen causa común contra su propia clase? ¿Es que son locos o soy yo el que está perdiendo la chaveta?

Luis Alfredo contó hasta diez antes de responder.

—¿Acaso usted no ha leído *El hombre de hierro* de Rufino Blanco Fombona?

Don Pepe tuvo un gesto airado.

—No me hables de ese engendro. Es un libro verdaderamente asqueroso.

—Pues ahí tiene una frase que explica en parte lo que usted me pregunta: «Los libertadores no libertaron a los esclavos para que los nietos de los esclavos esclavizaran a los nietos de los libertadores».

Don Pepe hizo un mohín de duda.

—Pues sigo sin entender, guapo.

—Es muy fácil y muy difícil de entender, Don Pepe; todo es cuestión de conocer la historia de Venezuela. Viniendo hacia acá precisamente me encontré a Eugenio Mendoza, que como usted sabe desciende de Don Cristóbal Mendoza y de los fundadores de la patria, nada menos que acarreado como un mismo isleño una carreta de arena. Eso no pasa en otros países, pero en Venezuela las cosas han sucedido de tal forma que no hay Bello que no sea feo, ni Feo que no sea horroroso. Aquí los Blancos son negros, Rubios, los Pardos y los Palacios viven en chozas.

—Pues nene, continúo sin entender.

—Pues se lo voy a poner más fácil: si usted observa nuestra historia, como académico que es, caerá en cuenta de que la aristocracia colonial es la que engendra a los Libertadores; en tanto que los blancos de orilla, o de medio palo en la época, son los partidarios del rey. Cincuenta años más tarde sus descendientes, como los Sanabria, los Azpúrua y los Guzmán son liberales, en tanto que los descendientes de los revolucionarios son conservadores. Tildándonos de oligarcas levantan la bandera de la revolución. Nos vencen. Nos matan. Nos arruinan y fi-

nalmente se quedan con nuestros bienes, se olvidan del pueblo a quien han soliviantado, y, se transforman en la oligarquía más ensobrecida, fraudulenta y exclusivista que conozca la historia. Del mantuanaje heroico sólo nos queda el apellido y la locura. En todas nuestras casas se ha pasado hambre...

—¡Vamos hombre, no exageres! —refunfuña Don Pepe.

—... que hemos pasado hambre y humillaciones y si no lo cree, pregúntesele a Doña Concha.

La mujer asiente con disgusto al recordar a su padre y a su abuelo.

—En mi casa se comía pollo los días muy celebrados y muchas veces nos acostábamos sin comer, nosotros los nietos de los Libertadores, los tataranietos de los Conquistadores, los miembros de las familias más ilustres del país; en tanto que los que lucharon contra la Independencia, los descendientes de los esclavos como Santiago Blanco comían caviar en ponchera y jugaban fortunas en una noche, viendo como nuestros padres y nuestros tíos languidecían en las cárceles.

—Habla más bajo —le susurró paternal el viejo.

—¿Qué cree usted que le puede suceder a un hombre que se encuentre en esta situación? ¿No le parece que el deseo de retaliación más negro tiene que envolverlo? ¿Qué cree usted que se le ocurre a un hombre cuando le devuelven al padre acribillado a bayonetas como le pasó a los Irazábal? ¿Va a ir a la Corte Suprema de Justicia que es la concubina del déspota o va a invocar el Dios de la cólera? Es probable que muchos de nosotros en un primer momento no supiéramos bien lo que era el comunismo. Tan sólo sabíamos que en Rusia se había producido una revolución, y que esa revolución había cortado cabezas a diestra y siniestra hasta acabar con el régimen corrompido.

—Pero eso es odio irracional y resentimiento —observó Don Pepe, crizado de disgusto.

—¿Y usted no sabe que la violencia es la partera de la historia?

—No estoy de acuerdo contigo. Éste que aquí ves pasó más hambre que una garza en Coro y jamás se me ocurrió ponerme de comunista.

—Es que usted es un noble español, Don Pepe —le replicó con sorna Luis Alfredo—, en cambio, nosotros somos los descendientes de

aquellos piratas en tierra que eran los conquistadores y de recias cacicas caribes.

La voz quebrada y llorosa de Rosarito reclamó al trío:

—Corran que a mamá le dio algo.

Los de La Cáscara y Luis Alfredo corrieron a toda prisa. En la silla de tafílete rojo Doña Josefina Bermúdez de Serna descendiente por los cuatro costados de héroes y conquistadores estaba muerta en un sillón ajeno, con su breviario en la mano.

Conch'e Piña desde el pescante de su coche conversa plácidamente en la Placita Miranda con César Acosta, otro cochero, que tiene un bar llamado «El Repollo».

La voz de un pregonero voceando la edición vespertina de *El Heraldó*, le hizo dar un salto.

—¡Extra!, ¡extra! Asesinado de catorce puñaladas Don Cristico Pérez, ex-cónsul de Venezuela en Puerto Rico.

Conch'e Piña le arrebató el diario al muchacho y comenzó a leer atropelladamente. Cristico había sido encontrado en su habitación, cosido a puñaladas. La policía piensa que fue un crimen pasional, aunque no descarta un móvil político.

Conch'e Piña frunce el labio y dice para sí:

—Ese fue el musiú de Cuqueta quien lo mandó a matar —y la semana pasada un puertorriqueño, con cara de mandinga llegó preguntando por Cristico. Le impresionó la mala catadura del hombre y la conseja: «puertorriqueño bueno es el que viene por tierra». Cuando le dio su dirección y señas sabía que le estaba mandando al diablo.

—Así tenía que terminar ese carajo —se dijo—, bastantes vainas que echó para que saliera liso. —Y decidió darse un paseo gratis en su propio coche de alquiler.

130. *Las sombras le hablan a las sombras* (1934)

En La Rotunda conversan los presos en un calabozo. Están aislados del resto de los detenidos. Son comunistas. Se teme que sus ideas se propaguen a través de las paredes húmedas como el tifus exantemático.

José Antonio Mayobre, un muchacho de diecisiete años a quien han tenido aislado por un mes en una celda, le dice al grupo:

—El agua inundaba el calabozo, por lo menos una cuarta del suelo. Tan sólo había un pedacito de tierra seca, del tamaño de una ponchera, donde me acurrucaba para que no se me pudrieran los pies. Había un escaparate lleno de papeles viejos y muy desordenado, a los que no puse mayor cuidado en los primeros días. Pero como al quinto día de estar encerrado, me puse a jurungar, y cuál no sería mi sorpresa cuando me encontré un fajo de telegramas donde el General Gómez le respondía al jefe de La Rotunda: «Recibido y en cuenta, su amigo Juan Vicente Gómez». «Recibido y en cuenta, recibirá instrucciones especiales del General Rafael María Velasco».

194 —¿No ven? —exclamó Fortoul con aires de triunfo—, y pensar que todavía hay gente que cree que el General Gómez no sabe nada del horror de sus presidios. En Venezuela no se mueve una hoja sin la voluntad del sátrapa. Lo demás es paja y fantasía...

—Pero no es menos cierto —señaló Justo Ceballos que estaba distraído y con ganas de disentir— que los pueblos tienen los gobiernos que se merecen.

—¡Se despertó la caverna! —gritó Zobeido.

—Uhuu, reaccionario —protestaron todos.

—¡Que poco dialécticos son! —respondió Justo sabiendo de antemano que iba a hacer rabiar a sus compañeros—. La primera tarea de un político es ver muy clara la realidad que confronta y dejarse de pajaritos preñados. Yo que soy un viejo de cincuenta años...

—¡Si es verdad, papá! —lo interrumpió con voz de fasete Zobeido. Justo lo miró con furia y le dijo suavemente:

—De chiripa y afortunadamente no lo fui, aunque lo intenté varias veces. —Zobeido entrojeció y se le congeló en la cara la sonrisa.

—... pues como les venía diciendo hasta que me interrumpió el pen-dejo éste, yo que estoy combatiendo la dictadura desde los dieciocho años o sea que tengo treinta y dos en la lucha les digo y repito que el problema de Venezuela no es Gómez sino los venezolanos que permiten ese estado de cosas. Eso de creer que hay hombres providenciales que cambian el destino de un pueblo para bien o para mal, es una solemne pendejada impropia de hombres que se dicen marxistas. Gómez es consecuencia de las estructuras y de las instituciones que hacen a los hombres. Y la mejor prueba es que déspotas primitivos como él no se dan en ciertos países de la misma forma que a Venezuela no la pueden gobernar hombres cultos y evolucionados. ¿Se imaginan a Juan Vicente Gómez en Suiza o a un Pitt en Venezuela? ¿Por qué fracasa Miranda, después de haber triunfado en Europa? Porque no lo entendían. A Gómez, en cambio, sí lo entienden, siguen y aplauden comenzando por el pueblo, el verdadero pueblo pata en el suelo, está encantado, porque si Gómez no les ha dado nada material, les ha dado el gran gusto de molestar y de fregar a sus verdaderos enemigos que son los burgueses y terratenientes venezolanos. Es sabido y requetesabido que las mayores fuentes de información las recibe el mismo General Gómez de campesinos y de gente humilde que no buscan otra recompensa sino fregar a quien los ha explotado. Díganme una cosa ¿quiénes venían en el Falke? ¿Pueblo u oligarcas? Y si el barco estaba lleno de apellidos ilustres era porque Gómez se había puesto a competir con sus intereses económicos. Si no, lo hubieran dejado quieto, como hicieron con la mayor parte de los tiranos anteriores.

—Todo eso está bien —le respondió Zobeido aparentando no haber calado el insulto—, y te voy a dar la razón en parte, pues si todo viene del pueblo eso tiene sus variantes. En los medios prósperos los gobernantes son exudado real de su pueblo. En los pueblos atrasados, por el contrario son sus élites quienes conforman los valores de la colectividad. Si Venezuela está atrasada después de cuatrocientos años de haberse incorporado a la civilización occidental, es porque su clase diri-

gente no estuvo a la altura de su deber. Si en Venezuela no hay hogar es porque la oligarquía, desde los tiempos de la conquista trató el problema del sexo y de la familia con una irresponsabilidad brutal. Por eso es que yo creo que si hay un Gómez, no es porque el pueblo venezolano lo merezca, sino porque su clase dirigente lo ha permitido con su irresponsabilidad, ausencia de valor y codicia. Es una clase dirigente que, además de ignorante y deshonesto, carece de brillo, y de visión futura. Por eso en Venezuela, más que en ningún otro país de Latinoamérica, la revolución marchará sobre ruedas y a velocidad vertiginosa.

Una voz burlona saltó del calabozo vecino:

—Ay que risa, María Luisa —y una carcajada atronó el recinto y cada boca de preso escupió una blasfemia.

Las voces airadas de los carocleros restallaron como látigos, las carcajadas y los gritos atronaron el recinto.

—¡Cállense, coños de madre, que les va a roznar el planeta! —gritó una voz asesina.

Ante la amenaza se acurrucaron los hombres en sus rincones húmedos y cada quien se acostó con un recuerdo.

Justo y Zobeido, se acostaron con Cuqueta.

«Me he vuelto viejo y no despuntó la aurora. Cárceles, guerras, exilios, miserias, persecuciones. ¿Para qué? Ni siquiera tengo el respeto y la admiración de los que me siguen. Mi palabra no les llega, se queda siempre a mitad de camino. Treinta y dos años sin un hogar; sin un cuarto y un catre mío; siempre huyendo y saltando de cuartuchos a celdas, de país a país, de presidio a presidio, sin una mujer fija a quien sembrarle un hijo para que florezca grande. ¡Cuqueta, puta de las esperanzas! ¡Burdel de los Angelitos! ¡Callejón de las chayotas! ¡Veintiocho años y el alma llena! Las mujeres venían como mariposas y se ensartaban en aquel alfiler que yo tenía. Soy un viejo vencido, un gran maestro sin discípulos, un profeta sin apóstoles, un gran árbol sin tierra. Juan Vicente, espectro sanguinario que destruyes a los hombres por generaciones. Que has llenado de muerte y tristeza a mi patria y a mi gente. Ídolo extraño a mi patria y a mi gente. Ídolo extraño a nuestra

esencia. Mongol de la montaña. ¡Tártaros de rostros impíos, chácharos, chácharos, chácharos!

»¡Cristina! ¡Antonietta! ¡María! ¡Viejo Chirinos! No tendré hijos fuera del matrimonio. No sembraré dolor con mi simiente. No copularé con las hijas de la desgracia. No me haré cómplice de una sociedad que vomita Zobeidos y Cuquetas. "Por no haber hecho gemir los colchones, Napoleón hizo gemir al mundo". No quiero putas, quiero mujeres. "La vida sin objeto de amor no tiene objeto", ¿quién carajo escribió esa vaina que muele y duele? Mi novia es la revolución y la muerte. Soy el ángel flamígero de la esperanza. Fusiles rojos destrozarán diademas. No seré burgués en pantuflas con una mujer y cinco hijos. ¡Coño, la vida sin objeto de amor no tiene objeto: "El amor del hombre es el mundo". ¡No se te para, Zobeido! ¡No se te para! ¡Ni siquiera tienes ganas! "¡Estar enamorado es sospechar que para siempre la soledad de nuestra alma está vencida!"

»Carcajadas de hombres borrachos, de putas muertas y de maricos en kimono. ¡Todos los hombres son traidores! ¡Que la tierra se niegue a recibirte!

»Trescientos hombres a caballo cruzan el río. Bogan, bogan los caballos y los hombres río arriba. Funes, Arévalo Cedeño, los fusiles de las víctimas apuntan y disparan. ¡Qué fría está la noche!

»¡Qué frío tengo! ¡Qué hambre tengo! ¡Qué ganas de correr las que tengo! Moscú. Politburó, Kremlin, la compañera Poniatoska. Aquí matamos al zar. ¡No se te para Zobeido! ¡No se te para! "La falta de apetito no es continencia". ¡No tiene gracia! Se renuncia a lo que se tiene. Se perdona con la fuerza. Lo demás es mentira, hipocresía pequeña burguesa.

»¡Cállate, Gastón, que soy Justo. ¡Qué bolas las tuyas, Justo! ¡Vete pal carajo, Justo! ¡Justo, se murió Belencita! ¡Perdóname, Justo! No hay por qué, General. En una cureña de brazos se fue el General Corrales.

»Sí, papá. Yo creo en ti papá. No tienes por qué estar triste papá. Te quiero papá. Perdóname papá. ¡Qué mierda es la vida, papá!»

Unas botas vacilantes de viejo se alejan por el corredor. La mano enguantada acaricia el bigote:

—Las sombras le hablan a las sombras —dice y el sueño de sus presos se aleja como resaca.

131. La pensión de Maricusa

(1933)

La pensión de Maricusa en Los Teques era un amplio caserón de catorce habitaciones y gran corral a quien la anticuaría apodó «La Mal Maison».

En un comienzo fue un hospedaje de alto coturno, pero con el tiempo, dada la avilantez de Maricusa y su manía de considerarse gente bien «que hacía aquello por divertirse», la clientela áurea se esfumó para dar paso a estudiantes, viajeros modestos y empleados como el viejo Chirinos. Maricusa vivía sumida en un rencor que trataba de aplacar entre tragos de brandy que la tenían entre dos luces, tambaleante y tartajosa.

La comida que servía a sus huéspedes era de internado; la ropa de cama, salvo una hemoptisis, la cambiaba cada dos semanas y por todo servicio tenía una cocinera y una muchachita de los alrededores llamada Juana María a quien pagaba con la alimentación.

A comienzos de mayo llegaron a la pensión Zobeido y Justo Ceballos. Maricusa no los reconoció por la barba y el aspecto envejecido. Los dos amigos habían salido de La Rotunda hacía dos meses. El mismo día en que fueron liberados decidieron poner en práctica un plan que amasaban desde dos años atrás: dinamitar un puente y hacerlo estallar cuando pasara el Dictador. Nunca se sabe su itinerario pero hay un

día que, quiéralo o no lo quiera, tiene que pasar por Los Teques: El 5 de julio. Puede ser que pase el mismo día o tres días antes, pero en ese lapso, necesariamente tiene que pasar.

—Y yo conozco un puente que hay a la salida del pueblo que por lo alto no se alcanza a ver lo que está arriba. Le ponemos su carga de dinamita con calma y sin precipitación y el detonador tres días antes. Verás que con este sistema no hay pele.

A Maricusa le disgustó el aspecto de los dos hombres, pero, escasa de clientes, los aceptó casi con regocijo, aunque a los quince días los odiaba a muerte. Zobeido protestaba de la comida, de las camas y de la letrina. Y Juana María, que hacía lo indecible por aplacarle el hambre, lo miraba pestañosa y con ojos encendidos.

Un día en que Maricusa ebria se cayó en el patio, Zobeido y los pensionistas estallaron en carcajadas brutales. Maricusa, indignada y de mano en jarra se les enfrentó.

—¿De qué se ríen ignaros, bastardos, gente cualquiera? A ustedes se les olvida que yo soy una de Las Casas y de los Palacios.

—Que va, Doña —le apunta Zobeido—, usted no es de Las Casas sino capillera y eso de los Palacios, olvídense que de milagro llega a pensión.

La mujer sufrió un colapso. Los pensionistas procuran reanimarla.

—Es que tú eres muy tronco'e verga —refunfuña Justo—, ¿para qué te metes con esta pobre vieja?

Cuando Maricusa volvió en sí, aparentó aceptar las excusas de Zobeido, pues le debía una semana y no quería correr el riesgo. Había mejores formas de vengarse. Su instinto le decía que aquel par de hombrazos no eran enfermos, pues ni siquiera tosían, sino peligrosos enemigos de Gómez. Una noche, en la alta madrugada en que los sabía despiertos, se fue sigilosa hasta la habitación.

—Si es muy fácil —decía Zobeido a dos estudiantes del Liceo Los Teques—, ustedes, desde la lomita, nos avisan cuando él pase que Justo y yo hacemos lo demás. Muerto el Bagre, todo se vendrá abajo.

Maricusa movió en redondo los ojos y se volvió a su cama. No durmió en toda la noche. Tan pronto dieron las 5 de la mañana se fue

corriendo hacia la casa del Coronel Medina, Jefe Civil de Los Teques. El hombre escuchó con aburrimiento la denuncia. No era la primera que le hacía Maricusa.

Como la mujer no le observara interés le apuntó con energía:

—Bueno Coronel, si usted no procede, me veré obligada a llamar a Caracas, usted sabe a quién.

El hombre por toda respuesta le dijo:

—Ahí tiene el teléfono, vieja chismosa. —Y se largó hacia el interior de su casa.

Cuatro horas más tarde anclaba en la pensión un autobús con ocho policías, procedentes de Caracas.

—¿Usted es Doña Maricusa de Las Casas? —preguntó el cabo.

—Servidora.

—¿Y los conspiradores?

—Estos son —y señaló a Zobeido y a Justo.

Sorprendidos no hicieron resistencia y maniatados fueron metidos a empellones en el vehículo.

Maricusa a modo de despedida le dijo a Zobeido, quien la veía con rencor desde la ventanilla.

—¿No ¡que capillera? En capilla ardiente es que te voy a ver, condenado.

Y para celebrar su triunfo se preparaba a tomarse una copa grande de coñac, cuando un escobazo cayó sobre su cabeza:

—¡Vieja maluca! —era Juana María, quien lloraba.

132. *El autobús de Pablote*

(1935)

El autobús-presidio se tambalea en la estrecha carretera. El jefe del pelotón es un andino mal encarado que ruge cuando ordena y maldice cuando reclama. El segundo en mando, observa a Zobeido, es un mu-

chacho de Catia, que era limpiabotas y ahijado de Cuqueta. En un momento en que los otros se descuidan, le hace una señal de complicidad. El andino no cesa de maldecir y de insultar a los prisioneros:

—Cuerda de muérganos, asesinos, vagabundos, ya van a ver lo que es bueno cuando llegemos a Caracas. No les van a quedar ganas de seguir viviendo.

Justo Ceballos escudriña los rasgos de los policías. Con excepción del chofer, quien también parece «paisa», los demás tienen cara de negritos sanjuaneros. Justo Ceballos reconoce también a Pablote, un negro descomunal, a quien en sus buenos tiempos le arrimaba la canoa cuando trabajaba de portero en un cabaret-burdel de Los Angelitos. Pablote a su vez le hace señales de simpatía. El andino continúa despotricando contra los prisioneros, los caraqueños y la revolución. A cada versículo dice como letanía:

—¡Ah caraqueños muérganos! —y se encrespan los policías frunciendo el hocico reilón.

—Pero el himno nacional —le apunta Zobeido al cabo— dice: «Seguid el ejemplo que Caracas dio».

El andino le echa una mirada de furia y se levanta con el foete en la mano. Pero un revólver de reglamento le sale al paso. Es Pablote, quien con mirada llameante le dice:

—Quédate quieto, coño de tu madre.

Otro revólver, el del ahijado de Cuqueta, se le mete en la nuca al chófer:

—Métete por ahí —le dice, señalándole un camino vecinal.

Los policías, desatan a los prisioneros y con los mismos mecates amarran al chofer y al cabo, no sin antes propinarle golpes y diecisiete insultos.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunta uno de los muchachos.

—Por los momentos —responde Pablote—, vamos a esconder este perol. Y mi opinión lo mejor es tirarlo barranco abajo. De aquí a que lo encuentren, ya estaremos muy lejos.

—¿Y adónde iremos? —interpela aún más ansioso, otro de los policías. El negrazo le responde molesto:

—Tú sí que preguntas pendejadas, Roseliano. ¿Adónde quieres que vayamos? Pues a donde Dios quiera.

—¿Y qué hacemos con estos coños de su madre?

—Pues ráspalos, ¿qué más podemos hacer?

Los dos andinos se tornan verdosos. El cabo suplica con voz temblorosa:

—Pablote, acuérdate que tengo cinco muchachitos y Ramón tiene cuatro.

—¿Y alguna vez, ustedes se han acordado de los muchachitos de los demás?

Un estruendo sacudió la tarde. Era el autobusetete que caía por el barranco. Cuando terminó de caer, el abismo y la maleza lo habían engullido.

—¡Cojonudo! —exclamó el negro—. No se le ve ni la cola. Eso es lo que vamos a hacer con estos carajos.

Zobeido y Justo se oponen a la medida. Venezuela está llena de Urbinas. Pablote contrariado por la resistencia responde altanero:

—Un momento, coronel, aquí el jefe de la revolución soy yo. Y jefe que deja prisioneros en la retaguardia, se lo comen los zamuros. Si los dejamos vivos dentro de un rato tendremos a todos los chácharos detrás de nosotros; si los raspamos se dilatarán casi un día en darse cuenta.

Después de mucho argumentar, Pablote aceptó dejarlos amarrados.

—¿No ven?, por eso es que los centrales estamos jodidos. Vamos a ver si los desgraciados estos van a andar con tantas finezas, si caemos en manos de ellos. —Y dirigiéndose al cabo de presos le dijo por despedida—: Te salvaste, coño de tu madre, por la pendejada de mis paisanos. Ojalá lo tengas en cuenta cuando nos volvamos a encontrar.

—Y ahora, ¿cómo salimos de aquí con estos uniformes? —preguntó el ahijado de Cuqueta—. ¿Dónde conseguimos ropa de civiles? ¿Cómo hacemos para llegar a Caracas y escondernos?

—Pues muy fácil —respondió el negrazo—, confíen en mí muchachos y llegarán a ser grandes. Vénganse por aquí.

Los seis policías y los dos presos se sentaron al borde de la carre-

tera. Al poco rato apareció un autobús de pasajeros. Pablote salió a su encuentro y con una señal lo detuvo.

—Móntense, muchachos, que la forma más cómoda de transporte son los vehículos automotores. ¿No es así, maestro?

133. *Los meados del General*

(1935)

El viejo Dictador, desde su mecedora, ve con displicencia los grandes titulares del diario *El Universal*, que tenía su hijo Florencio en las manos.

«Insurrección general en Asturias. 30.000 obreros avanzan sobre Oviedo. Se combate en las calles; cientos de muertos.»

—Esto sí que está feo —apuntó el mozo, gran amante de la aviación.

—Esto pasa cuando no hay gobierno —observó con desgano el General que tiene la mirada opaca y las mejillas hundidas—. Eso es lo que sucederá cuando yo muera. —Las últimas palabras resonaron agoreras.

«¿Cuándo yo muera? Y él mismo no quiso creer lo que sabía cierto. Viviré cien años, había dicho cien veces. Soy hermano del Samán de Güere». Pero de un tiempo a esta parte sentía que la vida se le escapaba.

La presencia de Antonio Pimentel lo sacudió de sus meditaciones.

—¿Y cómo amaneció el Brujo de La Mulera? —dijo el hombrecillo a modo de saludo.

Don Antonio, comprendió, por el sesgo del bigote, que el Dictador no quería emerger de sus cavilaciones y le dedicó su atención a Florencio que hablaba de la importancia de la aviación en el nuevo conflicto que se desarrollaba en Abisinia.

Pero el General exclamó con voz de bostezo:

—Vamos, Eloy.

Con la ayuda del indio se puso de pie. Hasta hace poco no aceptaba el apoyo y la ayuda de nadie. A López Contreras, en la Casa Amarilla, lo reprendió áspero cuando lo tomó por el brazo para bajar la escalera.

195 —Yo no necesito apoyo ni para bajar una escalera. Yo me sé valer solo. Yo soy el apoyo de todos.

Pero eso era antes. En los últimos tres meses las piernas le flaquean y a duras penas lo sostienen. Es un anciano de 78 años. Las ideas ya se le confunden. El rostro está demacrado y una sensación indefinida de flaqueza y malestar lo envuelve todo el día.

Los doctores Conde Jahn y Cárdenas Faría, de la Clínica Maracay, lo acaban de examinar y le han dado el visto bueno para ir a Caracas.

Presiente que será su último viaje a la capital, la esquiva ciudad que no se dejó conquistar. Pero se vengó de plano trasladándose a Maracay. Desde entonces Caracas languidece, porque Caracas ha vivido siempre del mercado del poder.

Con paso vacilante baja las gradas de Las Delicias. Un nutrido cortejo de funcionarios de cerca y de lejos asiste al acto. A Juan Vicente Gómez le gusta —con excepción del despertar, que lo hace solo— que cada uno de sus actos esté lleno de mucha gente. Le gusta que lo saluden y saludar. Que haya gente para despedirlo cuando salga de viaje, aunque sea a Turmero, y que haya gente esperando su retorno cuando regresa de la vaquera. Le gusta ver a los hombres más conspicuos del país aglomerándose a su alrededor haciéndose ver, buscando ansiosos una mirada o un saludo. Él mismo no se explica esa necesidad que tiene de la gente cuando desprecia tanto a la gente. Él parece hablar, pero no habla. No comunica a nadie sus recónditos pensamientos. Todo para él parece el mismo tono emocional. Da lo mismo que sea una conspiración para derrocarlo como las mañas y argucias de una de sus vacas lecheras. Ese hermetismo es motivo de largas disquisiciones por parte de áulicos y corifeos. Todo el mundo sabe que Gómez, como los cataros, habla siempre con segunda intención. A veces, o la mayoría de las veces, no

hay ni primera ni segunda intención, pero el afán de desentrañar enigmas pone en boca de la corte fábulas y advertencias en las que jamás había pensado.

Cinco motociclistas atruenan. Al frente de ellos está el negro Evaristo, al que llaman «la Mosca de Gómez» en toda Venezuela. Cuando la sirena de Evaristo resuena por las calles de los pueblos y ciudades, todo entra en conmoción. El carro del aseo urbano riega las calles por donde ha de pasar el General. Los escasos policías se acomodan el quepis. Los notables del pueblo se aglomeran en una de las esquinas de la Plaza Bolívar. Los escolares de uniforme y con sus maestras al frente se ponen en fila y más de una tiene preparado un discursito, no vaya a ser cosa que el General se detenga a orinar. Porque ya toda Venezuela sabe que el mal del General es la próstata y que tiene que orinar a cada instante. El General es muy púdico o lo era hasta hace poco. Ahora orina en cualquier parte. A la orilla de una carretera. A la entrada de un pueblo. En un colegio de señoritas. Cuando alguien, sea institución o persona, tiene el honor de recibir una meadita del General, es motivo de envidia y de consternación. «Con los emperadores romanos —apuntó Requena— pasaba otro tanto. Una lágrima del emperador era muy tomada en cuenta. Toda la corte tenía unos vasos de vidrio llamados lagrimorios. ¿Por qué no se han de recoger los meados del César? Hay que inventar el urinario.»

Juan Vicente Gómez sube al Lincoln. A su lado se sienta Pimentel y del otro lado Julio Santander. En el asiento de adelante se acomoda Florencio. Tres autos llenos de chácharos y de rifles lo siguen. El negro Evaristo hace sonar la sirena con alegría. Los cortesanos se descubren. Juan Vicente Gómez los despide con su mano enguantada y una sonrisa triste. Y el auto presidencial toma el camino hacia Caracas.

134. *La carretera*

(1933)

La carretera era su medio. Él era un General de Carreteras. A través de las sierpes de asfalto y del cemento que las sierpes daban, sedimentó su poder.

La gente se aglomera a su paso. Saluda a la derecha y saluda a la izquierda. Aragua luce esa mañana luminosa. Maracay y sus alrededores han sido su segunda patria. Maracay, como Dionisia, fue un amor a primera vista. «¿Qué hará Dinosisia ahora? ¿Le seguiré haciendo brujerías a mi retrato, en su castillo de Burdeos? No hay nada peor que el despecho de una mujer» —piensa el General.

Una comitiva de veinte automóviles sigue al General-Presidente. Vuelve a aparecer otro pueblo. Un lema, ingenio de Pérez Soto, lo saluda:

—¡Viva Gómez y adelante!

Las calles del pueblecito están llenas de gente. Lo saludan con las manos. Alguien grita: ¡Viva Gómez! Este es el pueblo de la viejita. Era una viejita limpia que siempre le salía al encuentro y le hacía advertencias:

—Cuidado, mi General, con el segundo puente —le dijo un día—, porque lo tienen minado.

Gómez salvó la vida, pero a la viejita la asesinaron unos sinvergüenzas para quitarle los cien bolívares que el General le había regalado. Cuando los forajidos cayeron presos le dijo a Olivieri, Jefe Civil de La Victoria:

—No los quiero, ni aquí ni allá.

En su régimen los ladrones y los criminales salvo que fueran del Gobierno no tenían porvenir. Su justicia era expeditiva. Ladrón que se agarraba, ladrón que iba a parar a las carreteras a halar pico. Si reincidía, se le aplicaba la ley de fuga. Por eso bajo su gobierno, lo que no sucedía antes, la gente dormía con las puertas abiertas sin temor a los la-

drones. Él saneó las finanzas, acabó con las guerras y puso paz y orden de un extremo a otro de Venezuela.

Se puede sentir satisfecho, pero se siente enfermo. Muy enfermo. Gravemente enfermo.

Aparece otro pueblo: Cagua, la rosa de los vientos de Venezuela y le echa un vistazo a sus mocedades. Más abajo está La Puerta, el callejón rocoso donde derrotó a Luciano Mendoza.

La comitiva hace un alto por orden del General. El Presidente necesita orinar. Se detiene frente a una humilde casa. Es la casa de un amigo de Conch'e Piña donde el cochero se pasa unos días.

Conch'e Piña cree ser víctima de una alucinación. Juan Vicente Gómez con paso vacilante le pregunta cordial:

—¿Y cómo está el amigo? Quiero que me preste donde orinar.

Conch'e Piña, confuso, no encuentra qué hacer. La casa no tiene excusado, ni siquiera letrina.

—Haga aquí mismo, mi general, que aquí no tenemos baño.

Y el General, agradecido, con piernas temblonas de jinete, humedeció un mango, corpulento y lleno de racimos maduros.

—¿Son dulces? —preguntó afable.

—Sí, mi General, dulcÍsimos. ¿Quiere probarlos? —le respondió el cochero en el colmo de la consternación, ya que minutos antes le había dicho a un grupo de vecinos que el Dictador estaba muerto.

Cuando subió al Lincoln, Gómez llevaba en la mano una hermosa manga que mordisqueaba sin quitarse los guantes. La comitiva prosiguió hacia Caracas. Los aguaceros de julio le habían dado un verde esplendente a las tierras aragüeñas.

—¡Qué bellas tierras! —Desde que las vio se enamoró de ellas y ellas se enamoraron de él, pues casi todas vinieron a parar a sus manos. Unas las compró baratas y otras se las regalaron por devolverles a las familias un preso. La finca que devolvió a Isabelita Blanco le sale al paso:

—Para un buen gusto un buen susto. —Ella era mejor que las vegas del totalón, que el pajonal a punto y que el cantar del ordeño.

Y se esfuma Isabelita al divisar a San Mateo.

—Quiero entrar al ingenio —le dice a Santander—. Solo. No quiero que nadie me acompañe.

La oruga negra del cortejo se detiene en la carretera.

El carro del Dictador se desprende del convoy y recorre el sendero umbroso que lo separa de la cumbre donde Bolívar resistió heroico.

De la mano del chofer, recorre la casa. Desde el corredor se divisan los valles de Aragua.

El viejo General se sienta en un cañón viejo, carcomido por el orín, y entre somnoliento y bíblico entabla diálogo triste con el Libertador.

* * *

Los veinte autos suben la cuesta de Guayas luego de comer el pan y el queso de Tomás Polanco, quien tiene una pulpería a la entrada de la montaña. Un Ford de tablitas llega a la pulpería. Un militar baja del auto y se acerca a grandes zancadas. Gómez le ve venir y hace más pequeños los ojos.

—¿Quién es? —pregunta a Santander. El edecán, quien reconoce al Jefe Civil de Puerto Cabello, responde:

—El chingo Willet, mi general.

—¿Y qué hace pájaro de mar por tierra?

El hombre saluda y se excusa:

—Perdóneme general, pero le traigo una noticia muy importante.

—¿De qué se trata?

Como el hombre vacila y mira al grupo con reserva, el General hace la señal imperceptible y todos se retiran como marea.

—Diga pues de qué se trata —apunta nervioso mientras se lleva a los labios un vaso de chicha andina.

El Jefe Civil, con expresión gozosa, dice:

—Pues que hace tres días agarré yo mismo por las montañas de Yaracuy al vagabundo de Justo Ceballos y esta mañana lo encerré en el Castillo.

Gómez le dirige una mirada sin consistencia y dándose vuelta preguntó:

—Pero Willet, ¿y todavía vive?

Y sin decir más se dirigió con paso vacilante hacia el auto.

* * *

En Guaracarumbo comienza la niebla, como dice el indio. La imagen de sus Andes juveniles acude a su memoria. Es una mezcla de nostalgia y de resentimiento. De Los Andes salió en derrota y aquí encontró su camino. Nadie es profeta en su tierra. Pero en Los Andes, menos. Por eso los andinos, aunque no dejan de pensar en sus montañas, no vuelven a ellas. Los Andes son tierra dura, de donde salen hombres para dominar tierras extrañas.

En Los Colorados, un grupo de presos comunes y de estudiantes trabajan con picos y palas en la carretera. Se queda viendo al grupo de estudiantes que le devuelven la mirada con expresión hosca.

—Ajá, conque no querían estudiar; pues ahora que trabajen, sí, señor; sí, señor. 197

Y el auto partió hacia Los Teques, capital del Estado Miranda, la ciudad interpuesta entre Caracas y Maracay. Lugar de asilo de los tuberculosos y de las familias decentes venidas a menos. Ahí tiene gobernando a Evencito Luque, el hijo de José Rafael. Cuando murió Luque todos querían el cargo, pero él sentenció tribal: a un Luque otro Luque.

El joven Presidente del estado le sale al encuentro. La comitiva de Gómez se detiene a veinte metros. El General, en un borde de la carretera alivia su vejiga mientras observa con deleite las mariposas paradas en los fresales.

Al llegar a Los Teques, como en todos los pueblos y ciudades que encuentra a su paso, la gente se aglomera al verlo pasar.

Una casa y un recuerdo le salen al paso. Es la casa de Don Enrique Tejera. Esa noche llovía a chorros. Don Cipriano, en la casa de enfrente, lo hacía esperar bajo el chaparrón mientras se divertía adentro con una turquita. El agua calaba su corpachón de Vicepresidente. El viejo Tejera lo identifica a través de la lluvia y de la oscuridad. Su hijo Enriquito cruza la calle con un paraguas.

—General —dice el muchacho—, mi papá le manda a decir que entre a casa.

—Gracias, hijo, dile a tu papá que yo sé esperar.

El negro Evaristo, pasa raudo por las callejuelas haciendo sonar el claxon.

Un cortejo fúnebre les sale al paso. Evaristo, impaciente, bate con furia su alarma.

Gómez se asoma por la ventana, hace la guiña, la señal de la cruz y da orden de esperar. Un arriero lo contempla irreverente. A Gómez le hace gracia.

—Oiga, amigo, ¿quién es el difunto?

—La difunta, mi general, Doña Maricusa de Las Casas.

Gómez, quien no la olvida, siente una fría complacencia.

—¿Y de qué murió?

—Pues se le reventó el piso del excusado y se cayó adentro. Se murió ahogada.

—¿En su propia casa? —preguntó abstraído. Luego pensó: «El que a caca mata a caca muere. Eso es lo que le va a pasar a esa cuerda de periodistas que me llenan de porquería». Y se imaginó una gran laguna que era toda excremento donde unos diablos vestidos de chácharos empujaban con tenazas a sus enemigos.

135. *La despedida de Isabelita*

(1935)

En la Casa del pez que escupe el agua se celebra un almuerzo familiar para despedir a Isabelita Blanco y a su marido que mañana tomarán el «Cordillera» con destino a Europa.

La tertulia vivaquea en el corredor de adelante bajo la mirada sombría de Don Feliciano y la presencia del Pez que borbotea el agua bajo el sol del mediodía.

—Pues yo no sé cómo pueden vivir ustedes en un país como éste —insistió Isabelita en su tema preferido—. Aquí todo es malo, mediocre y vulgar. Yo prefiero mil veces vivir en un apartamento de tercera clase en cualquier ciudad europea que en la mejor casa de Caracas.

—Gracias por el cumplido —le replicó con sorna José Ramón, mientras Charles, su suegro, les hacía señas con humor helvético de que le faltaba un tornillo.

Rosarito, indignada, exclamó:

—Pues, mijita, yo que he viajado tanto puedo decir que mi tierra es mi tierra y mi gente es mi gente. —Y cruzó una mano sobre la otra con solemne hostilidad. Isabelita, se lanzó sobre ella como gata brava a rata gorda.

—¿Y qué me quieres decir con eso, Rosarito? A mí la tierra de aquí me parece una porquería y la gente una verdadera calamidad. Yo jamás he conocido una gente más ignorante y torpe que los venezolanos y no estoy hablando del pueblo, que es el mismo en todas partes. Hablo de la gente decente, los hombres no saben hablar sino de lo que hacen y las mujeres de sirvientas y muchachos con cagantina. Aquí nadie sabe discurrir, por eso los hombres juegan dominó y las mujeres son tan chismosas. ¡Qué razón tiene Luis Alfredo Otáñez cuando me dijo que él no podía escribir una novela sobre la clase alta de Venezuela porque si les pone a sus personajes cultura, inteligencia y sensibilidad parecen inverosímiles y si los pinta tal cual como son resultan pesados, espesos y fastidiosos. Si Teresa de la Parra lo dijo en *Ifigenia* hablando de la gente bien: «Tienen la uniformidad de la mentecatez. Todo lo bueno es divino y lo que no les gusta una lata».

199

Rosarito, indignada, contrajo el rostro, pero Isabelita continuó:

—En Venezuela, como dijo alguien, quien piensa, o gobierna o emigra. Este es un país demasiado tomado por el Trópico, por la decadencia, por la falta de espíritu. Aquí, cuando nos tropezamos con un pedacito de montaña fría y verde, decimos como gran cosota: Ay, igualito a Suiza. ¿Qué significa eso? ¿Que el medio físico es insoportable?

—No me parece —respondió definitivamente molesta Rosarito.

—¿La tierra? ¿La tierra? ¡Qué tierra del carrizo! —seguía rabiosa

Isabelita, que no se resignaba a que su hija Erika y José Ramón se quedasen en Venezuela—. ¿Ustedes se han dado cuenta de la temperatura media que hace en casi toda Venezuela, todos los días del año? Convénzanse que las mejores tierras del mundo, como son las europeas y las que están al Norte y al Sur de América, están en manos de los pueblos más ricos, más inteligentes y más bellos del mundo. Aquí mismo en Venezuela ¿quiénes tienen las mejores tierras? ¿No son acaso los andinos, que son los más sanos, los más fuertes y los más inteligentes?

Un ruido tremendo de algo que cae y se rompe se oyó en la sala. Era el retrato de Don Feliciano desprendido de la pared.

José Ramón, añadió:

—Eso es verdad, suegra.

—Que te he dicho que no me llames suegra, que me pones chocha.

—Bueno, Isabelita, mamáita. Eso que tú dices es verdad, pero como dice mamá, éste es nuestro país y no nos podemos mover de él. En Europa, ni con los bolsillos llenos de real nos aguantan. A mí me enferma que cuando uno le habla a un francés o hasta a un mismo español y lo ven a uno con una mirada de entomólogo, como diciéndonos: «Guá ¿y hasta habla?». Uno para ellos no es nada ni lo podrá ser, y particularmente cuando le palpan a uno el tipo latinoamericano —y le vino de pronto el recuerdo del viejo Conde.

—Eso no es verdad —protestó Isabelita.

—Sí que lo es, mamá —protestó Erika—. A mí que soy catira, que tengo apellido alemán, hablo a la perfección el francés y encima tengo plata, me daba vergüenza decir que mi madre era sudamericana, tales eran las burlas de mis compañeras. En cambio, en Venezuela, me he sentido por primera vez tratada como gente. Yo digo como Julio César: que prefiero ser el primero en la aldea que el segundo en Roma.

El Pez que escupe el agua levantó el chorro hasta la canaleta de arriba y lo sesgó festejante.

Vestalia trató de zanjar en la terrible discusión que presentía entre su madre e Isabelita.

—Por cierto, y hablando de todo como los locos, quien me dicen que está muy mal de salud ¡que es el General Gómez.

—Chito, niña —protestó Rosarito dirigiendo rápidas miradas a todos los rincones—. No seas imprudente.

—¿Pero, qué imprudencia va a ser, mamá, cuando eso es algo que lo dice toda Venezuela? Esta mañana, sin ir más lejos, Doña Concha de La Cáscara me llamó a preguntarme qué sabía yo sobre el particular.

—Pobre General, parece que no puede hacer pipí —apuntó Mari-kina.

—Por el contrario, mijita —opinó Isabelita—, el problema es que meca demasiado, tanto que ha ahogado a Venezuela.

Esta vez Rosarito no pudo contenerse y poniéndose bruscamente de pie se alejó hacia la parte posterior de la casa sin ocultar su desagrado. Ya Isabelita iba a responder con otra de las suyas cuando un cañonazo retumbó en el Valle de Caracas. Inmediatamente lo sucedió otro, y otro y otro.

—No ¡que estaba gravísimo —respondió de vuelta y con la faz radiante Rosarito—, pues ahí lo tienen vivo y coleando y entrando a Caracas.

El cañón de La Planicie retumbó las veintiún veces con que siempre saludaba la entrada del General a Caracas.

A los pocos minutos Ruperta cojeando, anunció emocionada:

—El General Gómez va a pasar por aquí, acaba de pasar el carro del aseo urbano.

—Realmente es simbólico —exclamó Isabelita—, que un gobernante se haga preceder por un camión de basura. Los emperadores romanos se hacían preceder por vestales, los reyes de Europa por húsares y lanceros y los presidentes de Francia por la guardia republicana; en cambio los dictadores sudamericanos, por carros del aseo urbano. Es lógico, si son hienas que van tras la carroña.

Pero Rosarito esta vez no la dejó terminar.

—Hienas que se acuestan con señoras llamadas bien para que les devuelvan las haciendas. —E intentó pararse de nuevo, cuando Ruperta alborozada, volvió corriendo:

—Ahí viene, ya pasó la Mosca.

Un trepidar de motos sucedió al voceo de la sirvienta. Ruidos de

poderosos motores rugieron frente a la casa. En un momento todos los ruidos mecánicos desaparecieron y fueron seguidos de voces humanas y órdenes de mando. Un murmullo de gente, como un río que avanza por el zaguán, entró en la casa. Los Machado fruncieron el ceño, confusos, y dieron un salto cuando vieron aparecer por la puerta entreabierta la figura inconfundible de Julio Santander, quien le dijo a José Ramón:

—Ahí está el General, que si puede entrar un momentico a orinar.

Y el Pez que escupe el agua encogió modoso el chorro hasta volverlo nada, cuando vio aparecer en el umbral de su casa la figura vencida de Juan Vicente Gómez.

136. El pozo del duende preñador

Maniatado y en el suelo de una camioneta, Justo Ceballos viajó de Puerto Cabello a Macuto bajo la mirada de seis policías silenciosos. Cuando el coche-presidio se detuvo ante la Jefatura dirigió una mirada llena de añoranza al Parque de las Palomas donde quedara su infancia. Al fondo el mar reventaba contra el malecón y recordó su adolescencia. Al fondo, las garitas de la casa del Presidente le recordaron su suerte. El calabozo de la Jefatura es limpio y la cama blanda. Esa noche le dieron de comer un plato grande de hervido de pescado, queso y arepa. Y el Jefe Civil hasta le dirigió unas palabras:

—Voy a poner el radio más duro para que se distraiga. A ver si se duerme porque vamos a tener que dejarle la luz prendida por orden del General. Al parecer es usted muy importante para que el Presidente esté tan pendiente. Yo no sé si usted sabe que desde ayer está en Macuto. Buenas noches, mi amigo.

Justo después de la cena y de la música del radio de galena cayó en una gran somnolencia llena de imágenes. A lo lejos llegaba el rumor del mar y cuando creyó oler el perfume de los almendrones se quedó dormido con una sonrisa pensando en Belencita, en sus abuelos, Carolina y

Víctor Alberto. Y se veía niño saltando entre las peñas y sumergiéndose vestido en el pozo que hay frente a la casa donde, según decían las viejas sirvientas, había un duende preñador que les hacía a maldad a las mujeres que se bañaban sin luna.

A las once de la noche se apagaron uno tras otro el radio, la voz de los policías y la luz del corredor. El bombillo de cien bujías y las maripositas de la luz permanecían vivos sobre el corpachón de Justo, quien seguía correteando por la casa de sus abuelos con aire plácido.

Unos pasos suaves se sintieron en el comedor y una sombra se dibujó entre las rejas. La sombra lo contempló largamente, salió a la calle y se guareció en un Cadillac, cinco metros calle abajo.

El ruido de una llave descorriendo el cerrojo despertó a Justo. Una mujer con pañolón de beata abrió la puerta. El hombre se restregó los ojos.

—¿Y de dónde carajo saliste tú? Yo te hacía en Barranquilla. —La luz del calabozo se apagó y una mano tras el manto le hizo señas de que lo siguiera. El policía de guardia dormía profundamente. Salieron a la calle. Estaba solitaria. Justo, siempre precedido por el pañolón que le hacía señas a diez metros, caminó cauteloso hacia la playa. Desde la acera de enfrente Justo vio el Cadillac y alcanzó a ver la sombra de un hombre en el asiento trasero. Llegaron al playón y tres fusiles salieron de los uveros. Un disparo le rasgó el hombro; los otros dos se estrellaron contra las piedras. Los tres fusiles seguidos de sus hombres salieron de los uveros y corrieron tras de Justo. El Cadillac encendió sus luces y lentamente se puso en marcha. Nuevos disparos resonaron en la noche. Justo y el disfraz de beata corren hacia La Guzmania. Voces de jauría recorren la noche. Resuenan nuevos disparos. Justo ya llega a la casa de sus abuelos. Su amigo de Barranquilla baja hasta el pozo encantado.

—Escaparemos nadando —pero su amigo no se sumerge sino que camina por las aguas. Justo no tuvo tiempo para la pregunta. Un balazo de máuser lo dejó muerto. A orillas del mismo pozo donde Santiaguito Blanco deshizo cincuenta años atrás seculares prejuicios de casta.

Los tres fusileros lo alcanzan:

—Carajo, de milagro no se escapó.

—Déjame meterle otro que todavía respira. —Y un nuevo tiro resonó en la noche.

El Cadillac se acerca lentamente y se detiene a la vera del camino. De él baja la silueta temblorosa de un viejo. La luna llena le da en la cara. Es Juan Vicente Gómez.

137. 17 de diciembre

(1933)

La vida del General se fue esfumando, día tras día, desde su última visita a Caracas. Los desvanecimientos fueron precedidos por mareos y a ellos los sucedieron los síncope. Se decía, porque todo eran rumores con sordina, que tenía una atrofia del páncreas y una diabetes irreversiblemente mortal.

El 15 de diciembre en una corrida de toros entró por la puerta de sol la noticia de que había muerto. Los muchachos Gómez confirmaron el rumor cuando abandonaron su palco y salieron con precipitación a la calle. Tras ellos salió la multitud. Los toreros, sin saber qué sucedía y presintiendo una hecatombe, se saltaron las barreras y corrieron por las calles con sus trajes de luces, mientras el toro, agradecido, miraba con asombro a los solitarios tendidos. Los caraqueños ansiosos se aglomeraban en la Plaza Bolívar. Un orador desconocido habló del final de la oprobiosa dictadura. La cara de Zobeido, apenas reconocible por el bigote y un traje de obrero trepa al pedestal del héroe y grita:

—¡Compatriotas! La dictadura toca a su fin. El monstruo ha muerto. Ha llegado la hora de la revolución y de la venganza. ¡A empuñar las armas, compañeros!

Una estruendosa ovación recogió sus palabras. Rafael María Velasco, desde la Gobernación espía a la muchedumbre. Toma el teléfono y marca un número. De algún cuartel de la ciudad se pone en marcha la

caballería. Zobeido continúa agitando al pueblo. Elsa Vera lleva una bandera tricolor, Luis Alfredo Otáñez observa el tumulto concentrado y grave. José Ramón no oculta su expresión sardónica. Una ría de pajillas blancas ondula y fluye ante las palabras de Zobeido. Hace más de cuarenta años que Bolívar no oye palabras semejantes. Conch'e Piña regocijado, dio vivas y mueras. Una voz alertó:

—Ahí vienen los chácharos.

Todos corren a guarecerse. La caballería gomecista reparte mandobles a diestra y siniestra.

Conch'e Piña enlentecido por el reumatismo, trata de huir pero un sablazo lo alcanzó de pleno en la espalda y sin un ¡ay! siquiera se murió ante los ojos atónitos de su hijo Virgilio.

Pero el General no murió el 15 de diciembre. Había sido un colapso del cual se recuperó, para sumirse nuevamente en la agonía el mismo día. Todo el día dieciséis lo pasó inconsciente. Finalmente llegó el 17 de diciembre.

Sus ojos, cerrados desde hacía un día, se abrieron con un brillo metálico.

Todos se estremecieron ante el fulgor mortecino de su mirada.

—¿Qué hora es? —preguntó como todos los agonizantes.

—Las cinco y cuarto —respondió Eleazar López Contreras.

—¿De qué día? —volvió a preguntar con voz quebrada.

—Del 17 de diciembre.

—Buen día para morir.

—Jesús, papá, déjate de cosas —protestó Servilia.

—Este día murió Él.

Un sollozo le respondió.

—Quería echarles la bendición —susurró apenas.

—¡Gonzalo! —exclamó con gran esfuerzo.

—Sí, papá.

—Acércate, hijo, que te quiero bendecir. —El hombre contuvo el llanto, mientras Juan Vicente Gómez persignaba el aire.

—Juan Vicente.

—Sí, papá.

Y la mano sarmentosa, ya sin guante, hizo la señal de la cruz hacia donde presentía el cuerpo.

—Florencio —volvió a decir, pero ya la voz apenas se oía.

Así fueron desfilando uno tras otro los hijos, yernos y hermanos del dictador. Eleazar López Contreras sigue con cautela y con más alivio la escena. El hombre ya está muerto. No es una comedia más, de las muchas que ha hecho en estos diez años. El hombre está muerto. No hay tiempo que perder. Afuera está Pérez Soto, el hombre fuerte que aspira a sustituir al General. Tiene mucha gente, entre ellos al General David Gimón, que es muy ducho en la intriga y en la conspiración. El ochenta por ciento de la oficialidad está con Don Eustoquio. Hay un cañón del gran primo apuntando hacia Las Delicias. «Si Venezuela cae en manos de Eustoquio ¡pobre Venezuela!» rumia el Ministro de la Guerra. El Dictador ha expresado su deseo de que Eleazar sea su heredero. Es una decisión que ha de ser refrendada por el Consejo de Ministros. Eleazar tiene cuatro ministros con él, pero no está seguro del todo. En Venezuela todo el mundo dice que sí y luego hacen lo que les conviene. Por eso no se puede confiar. Pero si los ministros faltan a su compromiso, como puede suceder, para eso está Evencio Luque, el Presidente de Miranda. Si Eleazar López Contreras no es elegido Presidente, Luque declarará la autonomía del estado, y los ministros y hasta el mismo presidente electo será arrestado tan pronto pise las fronteras de Miranda. Hay que ser muy legal hasta donde se pueda. Cuando no se pueda, hay que valerse a como dé lugar.

Eloy Tarazona husmea el final y huye. Tan pronto llega a su casa llama a Rosa, su mujer, una catirita agradecida con quien se puso a vivir hace dos años.

—¡Rosa! ¡Rosa! —vuelve a clamar. Pero la mujer no responde. Abrumado por la sospecha corre hacia la caja de caudales. La caja abierta y un pico le dan la respuesta que busca:

—¡Pedro! —clamó—. ¡Pedro Estrada! ¿Dónde estás? —pero tampoco obtiene respuesta.

—Se fueron los dos esta mañana —dice un sirviente a sus espaldas.

—Con ese pico volaron la cerradura.

Tarazona se desinfla, no tanto por la traición de Rosa y de su protegido Pedro Estrada, un joven policía a quien acogió en su casa, como por la pérdida de sus caudales. Pero no hay tiempo para lamentaciones. Guarda como puede algunas pertenencias en un saco y se dirige a toda prisa hacia la calle. Cuando llega al zaguán ya dos espalderos de López Contreras le salen al paso y a golpes y patadas le preguntan por el tesoro del General.

—Yo no sé nada —lloriquea el indio.

—Eran ochenta millones de bolívares —dice con voz inquisitorial uno de los esbirros.

—Yo no sé nada —vuelve a responder el espaldero.

Un puñetazo le parte el labio.

—El General lo tenía en el cuarto de atrás en sacos de onzas de oro y paquetes de a mil. Evencio Luque y Pimentel los vieron meses atrás porque el General mismo se los enseñó. Habla, porque de lo contrario vas a agradecer cuando te saquemos el último suspiro.

—Por mi madre santa que yo no sé dónde están esos reales. Es verdad que ahí estaban hasta hace poco; yo mismo los fui guardando en el cuarto cerrado por orden del General, que era el único que sabía la combinación.

La revelación exacerbó la ira de los hombres, aunque ya sabían de antemano que el indio ignoraba el paradero de aquella inmensa fortuna. Tarazona vuelto un ovillo sangriento gemía en un rincón como un niño asustado. Cuando el esbirro jefe extrajo un largo puñal y se acercó al indio con la mirada rojiza, exclamó entre chillidos:

—No me mate compañero que la cosa está entre el que menos sospecha y el Coronel Pernía. Si no me mata y me da mi parte yo lo ayudo. Tanto el uno como el otro vinieron hace una semana con dos camiones y cargaron bolsas y paquetes por un rato y ahora ustedes me dicen que el cuarto cerrado está vacío. Hace dos horas al Coronel Pernía y su mujer los vi coger el camino de Choróni y los seguía un camión. Seguramente piensa embarcarse. Si se apura a lo mejor lo alcanza.

Los dos hombres se dieron miradas entendidas y salieron de la casa a toda prisa. El indio tan pronto salieron le dijo a su chofer:

—Corre sin parar hasta que lleguemos a Colombia. Por esta vez me salvé, pero si me vuelven a agarrar, me matan.

En Las Delicias el besamano continúa. Ahora es Regina, la hermana soltera del dictador, quien se inclina llorosa para darle un beso. La sigue Roberto Santana, el yerno poderoso. A su lado está su otro hijo político, el doctor Méndez Llamozas. El General, ya con los ojos a punto de cerrarse sigue haciendo cruces y murmurando bendiciones. Su mirada es ya de cuentabultos. Gonzalo, el mayor de los hijos varones, a la cabecera, tierno y solícito, le dicta el nombre de los hijos al moribundo.

—Indalecia, papá.

—Juanchito, papá.

—Dios me lo bendiga, Dios me lo bendiga —y con automatismo de obispo va repartiendo bendiciones a las figuras ya borrosas de su familia.

Las bendiciones han terminado. Con excepción de Gonzalo y Dolores Amelia, que están sentados a la cabecera, un vasto espacio de soledad se interpone entre la cama del moribundo y la parentela que lo rodea en clipse.

Un movimiento brusco del General echa al suelo el crucifijo. López Contreras, acude a recogerlo. Juan Vicente Gómez que entre nieblas lo ve arrodillado levanta la mano para bendecirlo. Gonzalo señala:

—No, papá, que es López Contreras.

La mano vacila y dice:

—Él es como otro hijo —y le extiende la bendición.

El militar exhala un sollozo y se va a un rincón a enjugar sus lágrimas.

—Con López Contreras los Gómez estamos seguros —declara Regina, en tono festivo.

—Así es —responde un clamor.

López Contreras continúa cavilando en su carácter de heredero, en el cañón de Don Eustoquio y en los ochenta millones de bolívares. Pero tiene que abandonar el cuarto del agonizante para presidir en la Catedral de Maracay una misa de difuntos, por cumplirse ese día el

centésimo quinto aniversario de la muerte de Simón Bolívar. Oficia el Arzobispo de Caracas. Sus ministros y el cuerpo diplomático están de chaqué y levita. Hay una máscara de rostros tensos y adustos. Todos se preguntan: ¿Es por el Libertador este funeral o por el otro? Hay quien dice que el hombre ya está muerto y que López Contreras afianza posiciones antes de dar la noticia. Otros aseguran que morirá ese mismo día como el Libertador. Ambos nacieron el 24 de julio. Gómez, ¿no es acaso su reencarnación, que vino al mundo a redondear su obra? como afirma Requena que es amigo de las cosas del más allá.

* * *

El fluir de vehículos hasta Las Delicias ha disminuido. Nadie quiere comprometerse con López Contreras porque un paso en falso es la muerte. «¿Y si no sale López Contreras?», se dice Pedro Paredes Urdaneta. La sucesión presidencial no está clara.

Unos creen que es Pérez Soto, otros que Eustoquio, que con sus cañones recuerda al Cardenal Cisneros cuando le dijo a las cortes españolas, señalando sus bombardas que los apuntaban mientras discurrían sobre la legalidad de sus poderes: «Estos son mis poderes».

* * *

La habitación del Presidente se encuentra oscurecida. En una esquina montan guardia los médicos del gabinete y los de cabecera: Conde Jahn, Travieso, Cárdenas Faría, Toledo Trujillo, Antonio Requena y Adolfo Bueno. En una época aliviaron sus dolencias; por eso disfrutaron de su protección. Cuando en el 23 se le trancó al General la orina y todos esperaban su muerte el doctor Adolfo Bueno se atrevió a pasarle una sonda y en vez del chorro de orina —como comenta con sorna Rafael Hernández Rodríguez— saltó petróleo. La importancia de los médicos en la historia contemporánea de Venezuela ha sido creciente.

—O los gobernantes son hipocondríacos o tienen una gran vocación terapéutica hacia ese gran cuerpo enfermo que se llama Venezuela

—señaló una vez Núñez de Cáceres, que odiaba a los médicos, y murió de mengua.

La respiración del paciente se hace progresivamente estertorosa. La proximidad de la muerte perfila su rostro. Sus grandes mostachos le dan dignidad y el gran cuerpo, que se ha encogido, inspira compasión.

En la habitación vecina, familiares y allegados trasegan café y bocadillos.

—¿Qué será de nosotros? —exclama Indalecia.

—Él lo decía —observa Florencio—, cuando yo desaparezca, el mundo caerá sobre ustedes.

El reloj del comedor campaneas las diez de la noche.

—Las diez y no he comido —dice Juan Vicente Ladera, otro hijo del General—. Voy a comer a la Barraca. ¿Me acompañas, Florencio?

—No se vayan, muchachos —observa una voz con acento serrano—, que esto es para dentro de un ratico. —De la habitación entornada sale el doctor Antonio Requena.

—Señores —exclama con voz de chambelán—, si quieren asistir a los últimos instantes del General, deben pasar.

El grupo se agita y rodea al moribundo. Ya parece muerto. A ratos deja salir un respiro. Los presentes lloriquean y se muerden los labios. En una cama humilde, de pastor acomodado, yace el dueño y señor de Venezuela. El gran padrote de aquella inmensa prole. El tercer rey de la baraja como piensa Méndez Llamozas. Dos ases lo preceden: Páez y Guzmán. Entre los tres han centrado a su alrededor veinte años de vida republicana. ¿Cuándo aparecerá el cuarto?

Pero la agravación de los síntomas del moribundo los saca de sus cavilaciones.

Hace más de diez minutos que no respira. El doctor Requena apoya el oído en el pecho. Por un rato largo ausculta con aire compungido. Al final se incorpora.

—Late todavía.

El reloj, en medio del silencio, da la media hora.

López Contreras, en una esquina, sigue la escena con los ojos abiertos. Son las diez y treinta de la noche del día 17 de diciembre.

La respiración parece haber cesado definitivamente.

Requena vuelve a posar el oído en el pecho del dictador. Pasa un minuto y pasan dos. Requena cambia de posición y vuelve a escuchar a todo lo largo de cinco minutos infinitos. El reloj da el cuartó. Son las diez y cuarenta y cinco. Requena coloca sus espejuelos en la boca de Gómez, no se empañan. Los signos de muerte son inequívocos. Con voz solemne proclama:

—Señores, el General Juan Vicente Gómez acaba de morir.

Un clamor de llanto se expandió por la alcoba y salió al corredor y se fue a la calle. López Contreras se aproximó al cadáver y dijo:

—Quiero ser el primero en besarlo, fue para mí como un padre.

201

138. *La Casa del pez*

(18 diciembre 1935)

El rumor de la noticia sacudió al país. No parecía posible. ¿Y si fuera otra triquiñuela del hombre para calar a sus enemigos, como había hecho en otras oportunidades?

En la Casa del pez que escupe el agua el teléfono comenzó a repicar continuamente en solicitud de noticias. Rosarito tomó el asunto por su cuenta y prudente administraba la información:

—No, aquí todavía no sabemos nada —le respondió seca a Doña Concha que inquiría con ansiedad noticias.

—Pues eso dicen, no está confirmada.

A las tres de la mañana, Luis Alfredo Otáñez, que venía de Maracay, trajo la noticia.

—Se murió el hombre. El gran loquero, como decía Laureano Vallenilla.

La gente no supo si poner cara de consternación o de alegría; pero faltaba la confirmación oficial.

Esa noche ya nadie durmió. José Ramón Machado, desde las cua-

tro de la mañana, trajeado para salir, daba grandes zancadas de un extremo a otro del patio, sin que el Pez perturbase su habitual caudal de agua.

Veintiocho años tenía y ya había conquistado el primer lugar entre los arquitectos del régimen con su habilidad estilística y el manejo de las comisiones. Su matrimonio con Erika había fortalecido su posición.

Por tercera vez, en menos de media hora, pidió otra taza de café negro, lo que llevó a Rosarito a protestar:

—Pero niño, te vas a volver loco con la tomadera del café.

—Perdona, mamá, pero estoy muy nervioso, ¿y no dice nada todavía la radio?

—No, pero hay una musiquita muy capciosa y a esta hora es señal de que algún pesado va a hablar de un momento a otro.

A las cinco de la mañana el locutor, con voz grave, dio la noticia que todos temían, deseaban y esperaban.

—Anoche, a las 11 y 45 entregó su alma al Creador el Benemérito General Juan Vicente Gómez, que en paz descansa.

Luego de un corto exordio sobre las virtudes del extinto la radio dio la segunda noticia:

—El gabinete ejecutivo, de acuerdo a la disposición constitucional, ha elegido como Presidente Provisional de Venezuela al General Eleazar López Contreras.

—¡Upa! —gritó a todo pulmón José Ramón, para sorpresa de su familia.

—¿Qué es, niño? —le interpeló molesta Rosarito.

—Ya van a ver —contestó risueño el arquitecto.

El locutor comenzó a leer la lista de los nuevos ministros.

De pronto se oyó el nombre de José Ramón, pero la estática y la gritería que armaron los presentes no permitieron saber el nombre de la cartera que le correspondía.

—Ese era el secreto que tenía embuchado. El General López Contreras me lo había prometido. ¿Se dan cuenta de que la Casa del pez que escupe el agua continuará pariendo ministros?

Epílogo

Algo ha sucedido en el Caribe

(1975)

El jet atraviesa los caseríos costeros. Adentro hay un silencio pulcro y confortable. José Ramón Machado toma el high-ball que le entrega la aeromoza. Jimmy, su compañero de viaje, en el asiento lateral, hace otro tanto. Ambos están en mangas de camisa y distendidos en los últimos asientos que dan al pasillo estrecho y alfombrado. Son los únicos pasajeros de primera clase. José Ramón se extraña.

—Primera vez que viajo tan solo.

—Es la temporada —le dice Jimmy.

Nadie diría que José Ramón tiene sesenta y siete años; no representa más de cincuenta y cinco bien vividos: el pelo negro, los dientes completos, escasas arrugas y la piel limpia y bronceada. «Esto se lo debe al ejercicio: golf dos veces a la semana, masajes y una vez que se arrugó demasiado cirugía estética en Houston, la metrópoli médica.» Todos los años va a Houston por una semana para hacerse un chequeo, donde lo registran de cabeza a pies. «El corazón salvo el amago del otro día, lo tiene como un rolo; lo mismo que la cabeza y aquello, que aunque funciona menos que antes, todavía se da sus gustos por lo me-

nos dos veces por semana; los días que no juega golf. Claro está que no con Marikina, que ahora le ha cogido por recorrer el mundo con la vieja princesa de Saboya.» Para él, las muchachitas jovencitas y sabedoras de todo, que para gato viejo... Pero qué le importa a uno pagarse sus buenos gustos, sobre todo si le dan salud, porque no hay nada mejor para el corazón y los pulmones.

La aeromoza se acerca con los diarios: *El Universal* y *El Nacional*. José Ramón, toma uno y le echa un vistazo a los titulares que hablan de petróleo y de Carlos Andrés.

—¡Qué vaina! ¡Yo no sé hasta cuándo van a seguir cometiendo pendejadas!

—¿Qué pasa, José Ramón? —le pregunta en su perfecto castellano Jimmy.

—Musiú, no te hagas el numa.

—Problema serio ése —dice el gringo—, ¿qué te dice tu hijo?

—Él a mí no me dice nada, porque dice que yo soy antiadeco y desde que lo nombraron ministro menos me dice. Yo no sé qué necesidad tenía Víctor Gonzalo, con lo bien que le va en sus negocios, salir de frasquitero a meterse en política.

Jimmy, socarrón, le recuerda que él fue ministro de López Contreras a los veintisiete años de edad y con Medina a los treinta y cinco.

—Eran otros tiempos y bien caro que me costó. Rómulo Betancourt me metió en la lista de peculado, y me quitaron un realero. Afortunadamente que el General Pérez me los devolvió con creces.

—Ustedes son hábiles en política, ¿desde cuándo están mamando?

—Ay, valezón, desde los tiempos en que los negros tenían amo.

—Pocas familias como la de ustedes.

—No te creas, hay muchas, lo que pasa es que saben disimular mejor que nosotros. Sin ir más lejos ahí tiene el caso de Luis Alfredo que fue comunista, del P.D.V., Pérez Jimenista, y ahora es adeco, cuando a mí me costa que le dio reales a los copeyanos para la campaña.

—¡Hombre! —dijo el musió y se tomaron otro high-ball.

El norteamericano era un viejo amigo de José Ramón. Se conocieron en el año 40, y representaba en aquella época uno de los más ricos

consorcios norteamericanos. Tiene muchos negocios en Venezuela, aunque José Ramón no ha llegado a precisarlos. Son compañeros de juerga. Juntos han parrandeado de lo lindo y han hecho transacciones económicas que si le ha costado caro al país a ambos han hecho cada vez más ricos. Jimmy tiene unos 57 años y representa también diez años menos. Tiene un apartamento en Nueva York, frente al Parque Central, que es un verdadero palacio, y su casa del Country Club no tiene nada que envidiarle a la de Gonzalo, en Valle Arriba, con su «Pez que escupe el agua» trasladado de la vieja casona demolida. A pesar de los tantos años vividos en común, José Ramón no sabe mayores cosas sobre las actividades financieras de Jimmy. Sabe que es importante accionista de compañías petrolíferas y de líneas aéreas y nada más.

Jimmy es un gran conocedor de la historia y política de Venezuela. Aparte de que tiene el mismo gracejo criollo. Una de sus diversiones preferidas es disfrazarse, y lo hace con tal perfección, que engaña al más despierto. Una vez se le presentó en su despacho disfrazado de pintor bohemio y casi estuvo a punto de comprarle un cuadro. Cuando era joven, se disfrazaba de mujer en los carnavales y se iba al Hotel Avila a levantar a sus amigos. Pero el musiu es un buen amigo en medio de todo. Se lo ha demostrado en más de treinta años de vida difícil, especialmente cuando los adecos cogieron el coroto en el 45.

José Ramón trata de chancear con Jimmy, pero en el fondo está preocupado. Pues le dio un dolor muy fuerte en el pecho y se le apareció Ella. Era la segunda vez en la vida que la veía. La primera vez fue cuando un accidente de automóvil, hace más de veinte años.

El musiu, que es especialista en cosas del más allá, está enterado. Él fue quien lo obligó a venirse con él, y consultar a los especialistas antes de que se venciese el lapso señalado para la nueva consulta.

—Con esas cosas no se juega. Menos, si viste a ese fantasma, que dices que se le aparece a los de tu familia en trance de muerte. Yo creo mucho en esas cosas.

Y curioso y atento le exigió entonces a José Ramón, que le refiriese con lujo de detalles todo lo referente al fantasma. Incluso, se buscó un dibujante de retrato hablado y se lo hizo pintar.

—Carajo, igualita. Pero mejor bota esa vaina —le dijo José Ramón con la cara crispada de terror. Pero el musiu se llevó el cuadro a su casa para estudiarlo detenidamente.

—En Nueva Orleans hay un brujo especialista en estos problemas, que debemos ir a visitar tan pronto hayamos terminado con tu chequeo en Houston. Pero con tu permiso déjame ir al pipi-room. —Jimmy se levanta y se dirige al lavabo. El norteamericano se tambalea en el pasillo por un vacío que succiona el avión.

—¡Urpia, Dolores! —grita el gringo antes de entrar al retrete. José Ramón se toma otro high-ball.

—Tan buena gente que es este musiu y el desgraciado de Víctor Gonzalo diciendo que es el Jefe de la CIA en Venezuela y el Caribe. Mire que estos adecos sí que tienen vainas. Y se adormece suavemente por efecto de los tragos y de la soledad. Una sensación extraña le hace abrir los ojos y mira hacia el pasillo. Se abre la puerta del lavabo y ve a la Mujer del Manto caminando hacia atrás. Un sobresalto lo sacude, pero de inmediato se calma. Es Jimmy disfrazado que pretende meterle un susto.

—¡Ah, musiu, bien pendejo! —y se ríe a carcajadas cuando Jimmy está al alcance de su mano y le enseña su rubicunda cara de gringo.

Pero la carcajada no terminó de salir. Una llamarada que partió la cabina del piloto hizo estallar el avión en el aire.

Segundos más tarde unas manchas de aceite y algunas cajas flotantes señalaban que algo había sucedido en el Caribe.